Guillermo José Chaminade

Maestro de vida espiritual y de acción apostólica

Piero Ferrero, sm

Piero Ferrero, SM

GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

Fundador de la Compañía de María (Marianistas)
y de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas)

MAESTRO DE VIDA ESPIRITUAL Y DE ACCIÓN APOSTÓLICA

(*De sus cartas*)

La mejor historia
es la publicación de la correspondencia
J. H. NEWMAN

Servicio de publicaciones marianistas
2019

AL PADRE DAVID JOSÉ FLEMING, SM,
XIII SUPERIOR GENERAL DE LOS MARIANISTAS
EN RECONOCIMIENTO FILIAL
POR LA ANIMACIÓN ESPIRITUAL
QUE DESARROLLA EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

© De la edición original:
Piero Ferrero, sm
Guglielmo Giuseppe Chaminade, Fondatore della Società di María (Marianisti) e delle Figlie di María Immmacolata (Marianiste). Maestro di vita spirituale e di azione apostolica.
S. l., Edizioni ARS G.L., 2016.

© De la edición española:
Servicio de publicaciones marianistas – Madrid 2019
Edición de uso interno
Traducción: Francisco Canseco, sm
ISBN: 978-84-288-3399-8

© De la edición digital
Biblioteca Digital Marianista
Ágora marianista 2019

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE: UN SACERDOTE EN LA TORMENTA
EL P. CHAMINADE DURANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y EL EXILIO EN ESPAÑA

1. Introducción
   - *a) Los acontecimientos de la Revolución*
   - *b) El sacerdote Chaminade durante la Revolución*
   - *c) El exilio en tierra española*
2. La correspondencia

SEGUNDA PARTE: UNA PRIMAVERA INCIERTA
LA AZAROSA VIDA DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

1. Introducción
   - *a) La pasión por los últimos*
   - *b) La Congregación mariana*
   - *c) La Congregación mariana y Napoleón*
2. La correspondencia

TERCERA PARTE: UN VERANO MADURO
EL TIEMPO DE LAS FUNDACIONES

1. Introducción
   - *a) El programa*
   - *b) De la idea a los hechos*
2. La correspondencia

CUARTA PARTE: EL CICLÓN OTOÑAL
LA REVOLUCIÓN DE 1830

1. Introducción
   - *a) La Revolución de 1830*
   - *b) Chaminade, hombre de fe*
2. La correspondencia

QUINTA PARTE: INTERMEDIO ASCÉTICO
CARTAS A UN MAESTRO DE NOVICIOS

1. Introducción
   - *a) Los antecedentes*
   - *b) Investigación sobre las fuentes*
2. La correspondencia

SEXTA PARTE: LA «CALMA DESPUÉS DE LA TEMPESTAD»
EL RELANZAMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA Y LA APROBACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES MEDIANTE EL DECRETO DE ALABANZA DE LA SANTA SEDE

1. Introducción
   a) La reactivación de las obras
   b) El espíritu de las obras
2. La correspondencia

SÉPTIMA PARTE: LA TORMENTA FINAL
EL CALVARIO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

1. Introducción
2. La correspondencia

CONCLUSIÓN

ÍNDICE DE DESTINATARIOS

PRESENTACIÓN

Guillermo José Chaminade destaca como figura singular de su tiempo, tanto por su espiritualidad como por su entrega apostólica. El período de su existencia comprende acontecimientos que se encuentran entre los más agitados de la historia, caracterizados por gravísimas tensiones sociales, políticas y religiosas, y por realizaciones mezcladas a menudo con incoherencias vulgares. Su figura de testigo de la fe y de restaurador de la vida religiosa y apostólica, siguiendo el espíritu del mensaje evangélico, merece ser más conocida.

Guillermo nació en Périgueux, cabeza de partido del Périgord, en la Francia meridional, el 8 de abril de 1761, de Blas Chaminade y Catalina Béthon. Era el último de trece hermanos. Del ejemplo familiar recibió la capacidad de una gran actividad, que no le abandonará durante toda su vida. Su crecimiento espiritual fue precoz: demostró desde pequeño una tierna piedad religiosa y cultivó el deseo de hacerse sacerdote. La guía de su hermano jesuita, que volvió a casa después de la supresión de la Compañía, fue beneficiosa para él. Siguió con regularidad el currículo escolar en la ciudad de Mussidan y, preparado culturalmente, decidió trasladarse a Burdeos, para completar los estudios filosóficos. Concluyó su formación académica en París, en el prestigioso seminario de San Sulpicio, y en 1775 fue ordenado sacerdote.

Su trabajo sacerdotal comenzó en un establecimiento educativo, entre los jóvenes, precisamente en Mussidan[1]. Hasta 1789 ejerció allí las tareas de profesor de ciencias, administrador y, finalmente, de director, manifestando una especial sensibilidad y sabiduría en el tratamiento de los problemas educativos y un talento poco habitual en la gestión de los negocios. Tenía un compromiso ascético personal, caracterizado por el aspecto mariano. Con algunos discípulos acariciaba la idea de la necesidad de una pertenencia espontánea y libre a María, como camino seguro para llegar a Cristo. Además, defendía la oportunidad de afirmar públicamente el privilegio de la Inmaculada Concepción, como prerrogativa esencial de la persona de María. El P. Chaminade empezó también a encontrar almas elegidas que deseaban llevar una vida de estrecha unión a Dios, en la entrega al servicio de la Iglesia, los jóvenes, los pobres y los sufrientes. Aquí inicia su correspondencia.

Esa correspondencia es muy extensa: la comprendida en el período de tiempo que va del 1784 a 1848 llena siete volúmenes[2] con más de cinco mil páginas. Algunas cartas son autógrafas, otras muchas fueron dictadas al secretario de turno: en algunos casos el P. Chaminade dictaba un esbozo dejando al secretario la tarea de desarrollarla. Esto explica las diferencias en el estilo. En estos escritos, no destinados a la publicación, no hay ninguna ambición literaria. No se encuentra nada artificial, forzadamente complicado, rebuscado y falso. Su publicación en la edición original francesa la preparó el P. Carlos Klobb, el activo secretario del P. Simler, Superior general de la Compañía de María desde 1876 a 1905, y fue impresa, al menos en la parte más importante, solo en 1930 por el P. Enrique Lebon, durante el generalato del P. Ernesto J. Sorret. Los tres últimos

[1] De 1857 a 1867 los marianistas dirigieron una escuela en Mussidan con 150 alumnos, de los que una veintena eran internos.

[2] G. J. CHAMINADE, *Cartas* (vol. I-VII). Madrid, Servicio de publicaciones marianistas (SPM), 2011-2017. [Será por esta edición, indicando el volumen, el número de carta, su fecha y la página del volumen como se citará en esta edición española (N.E.)].

volúmenes de la edición francesa aparecieron muy tarde (en 1977), editados por el archivero de la Compañía, D. Ambrosio Albano.

Se trata de cartas que hacen referencia sobre todo a asuntos administrativos y a cuestiones habituales relacionadas con la fundación y la dirección de una obra. Pretenden ayudar a resolver los problemas económicos y organizativos concretos desde la perspectiva de la fe. Presentan por tanto toda la densidad de lo vivido. En ellas, la doctrina del P. Chaminade

> se ilumina a la luz de los hechos y su persona aparece en toda la sencillez de lo real y en todo el esplendor de lo verdadero[3].

Así emerge el hombre con todas sus ricas cualidades de bondad, con su extensa y variada cultura, con su espíritu tendente a la reflexión y el conocimiento. Está presente el abandono a la divina Providencia en las dificultades y en los fracasos, así como la benevolencia hacia quien se equivoca y el respeto hacia toda autoridad civil y religiosa. Muchísimas de estas cartas contienen un pensamiento espiritual, generalmente mariano; es como un aldabonazo que ocupa pocas líneas pero que manifiesta la constante preocupación apostólica de su autor: conducir a sus interlocutores a Jesús por medio de María.

El P. Chaminade fue para sus contemporáneos la figura ideal del sacerdote: un hombre sencillo y determinado que ha dado prueba de discernimiento y de capacidad para satisfacer las principales exigencias espirituales. Un hombre de Dios que inspiraba confianza a primera vista: cada uno sentía que podía abrirle el propio corazón, todos percibían que estaba animado por una profunda vida interior[4]. Escribió muchas cartas de dirección espiritual. Quedan pocas, pero son suficientes para poder reconocer en él un eminente maestro del espíritu. En ellas tocamos su genialidad, su carisma en guiar a las almas en las situaciones concretas más diversas. Para él no existía dirección espiritual si no había amistad, es decir influencia mutua. Él sabía –no solo por conocimiento teórico sino también por la experiencia vivida- que solamente Dios actúa en el corazón del hombre, que solo el Espíritu de Dios da eficacia a las palabras del director espiritual. Para él, el progreso en la vida espiritual es obra del Señor. La tarea del director espiritual es sencillamente la de acompañar el alma paso a paso, ayudarla a conocer las intenciones de Dios respecto a ella, apoyarla en cada etapa del camino.

Hay que decir que la correspondencia del P. Chaminade no es anónima, sino fuertemente personalizada. Por ello encontramos en estas páginas una teoría muy variada sobre las personas: el sacerdote, el hermano enseñante, el hermano obrero, el religioso inseguro y escrupuloso, el dudoso y desesperado, la madre de familia, las fundadoras, los candidatos a la vida religiosa, los

---

[3] E. J. SORRET, «Introducción», en G. J. CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c.*, p. 9.

[4] Hacia el año 1876, el P. Étignard, ya discípulo del P. Chaminade, recuerda así la dirección espiritual recibida de aquel hombre de Dios: «Imposible describir el don que tenía de saber atraer, conquistar y seducir las almas. Se inclinaba con ternura como el profeta hacia el pecador, atrayéndolo hacia sí y recuperándolo para el bien: ponía su propio corazón sobre su corazón, la propia boca sobre su boca, respiraba sobre su persona y de ese modo le devolvía vitalidad y calor, lo levantaba de sus miserias. Finalmente lo liberaba de su ignorancia y provocaba en él un cambio de vida. Un alma, tocada por sus palabras y caída en la red de su ingeniosa y paterna habilidad no podía no renovarse, purificarse y rejuvenecer». Más concretamente, el P. Carlos Rothéa afirmaba: «Su dirección era para nosotros fuente de luz, madre de ideas justas y amplias: era el fundamento sólido de nuestra vida espiritual» (*El espíritu de nuestra fundación, II*». www.marianistas.org/portada/Biblioteca Digital marianista, p. 301. [Esta obra se citará en adelante con la abreviatura *EdF*, seguida del número del tomo en números romanos, y con indicación del n. del apartado. Por ejemplo, la cita anterior figuraría «*EdF II,* n. 858». Eventualmente se indicará la página de la edición digital (N.E.)].

congregantes y las congregantes, los bienhechores… Es una verdadera y auténtica galería de pequeños retratos que se animan con una vida extraordinaria a la luz de los grandes principios de la espiritualidad. Estos principios no son abstractos en absoluto, se realizan en la vida concreta, práctica y real, se hacen experiencia.

Las cartas referentes a un proyecto apostólico ocupan mucho espacio en esta selección. El P. Chaminade era un gran organizador de actividades religiosas, especialmente entre los laicos. Muchas cartas se refieren a la fundación de las Congregaciones, de las Hijas de María Inmaculada y de la Compañía de María. Hay otras que se refieren a la organización de las escuelas de magisterio y a la fundación de las comunidades más importantes. Además se recuerdan las relaciones con los obispos y la Santa Sede así como las «circulares» que pretenden precisar los ideales de sus instituciones. Es obligada una referencia a las cartas que revelan su conocimiento doloroso de las confusiones presentes en las actividades de sus hijos. Todas manifiestan en el que escribe un fuerte temple de apóstol, dedicado de lleno al servicio de un alto ideal. Son la fuente más genuina para entender su espíritu y sus convicciones más profundas. Algunas cartas parecen inacabadas por tratar de algo que se nos escapa: se refieren tal vez a problemas tratados precedentemente, de palabra, con motivo de un encuentro con los destinatarios.

▪

Es necesario ahora informar a los lectores sobre el propósito y el planteamiento de este libro. Recoge las ediciones críticas de las cartas del P. Chaminade, pero no ofrece un aparato crítico: no se especifica en cada una de las cartas si es autógrafa o está dictada a un secretario. En una montaña de correspondencia, se hace una selección prudencial y se escogen solo algunas: las de contenido más propiamente espiritual o ligado a un proyecto apostólico. En algunos casos figuran fragmentos espirituales tomados de cartas administrativas, de respuesta a determinadas situaciones o con motivo de su cargo. Ya se sabe que las presentaciones monumentales de documentos en general se admiran: se ven solo con el objetivo de investigación y de consulta. Pero una pequeña selección, ágil y esencial, puede suplir la exigencia de una lectura total. Esta elección se ha hecho con el único objetivo de alimentar el fervor del alma, ayudándola en su búsqueda de la unión con Dios. He contado con la colaboración del P. Aurelio Zorzi para la supervisión de todo el trabajo.

Cada carta va precedida de una breve presentación: una especie de «sombrero» que explica su contenido o destaca un aspecto del tema tratado. Toda la selección sigue el orden cronológico: está dividida en siete partes que abarcan toda la actividad del P. Chaminade, desde la Revolución francesa hasta los últimos años de vida. Es conocido que el itinerario pastoral y espiritual de nuestro autor llega a ser incomprensible si no está encuadrado históricamente. Situaremos por tanto todas las cartas a la luz de los cambios políticos que tuvieron lugar entonces en Francia, con amplias introducciones históricas, no por motivos de vana erudición, sino para ofrecer el contexto cultural, político y eclesial del tiempo de los temas tratados. Así cada documento podrá ser leído teniendo presente su contexto y por tanto ser interpretado correctamente.

PRIMERA PARTE

UN SACERDOTE EN LA TORMENTA

EL PADRE CHAMINADE DURANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y EL EXILIO EN ESPAÑA

1. Introducción

a) Los acontecimientos de la revolución[5]

Durante los decenios que precedieron inmediatamente a la Revolución, la Iglesia de Francia ofrecía de sí misma una imagen vigorosa y sólida, que el ataque de los filósofos no había podido debilitar. Pero bajo esta apariencia de estabilidad se agitaban tensiones y conflictos preocupantes. Estaba la cuestión de los grandes beneficios eclesiásticos, ligados a los obispados y abadías, de los que podía disponer el rey para asignarlos a los hijos menores, a menudo ilegítimos, de la aristocracia. Estos se limitaban a percibir las rentas, delegando el ejercicio efectivo de ministerio sacerdotal que iba unido a ellos a eclesiásticos de una condición social humilde. En el interior de la Iglesia estaba vigente la contraposición teológica y cultural entre jansenistas y antijansenistas, entre galicanos y filorromanos, que comprometía las mejores fuerzas del catolicismo en una interminable polémica doctrinal. Además, en el plano social estaba viva la tensión entre el alto clero, que tenía la propiedad de la sexta parte del territorio nacional, y el clero de las parroquias que llevaba una vida bastante modesta.

El inicio de la Revolución coincide con la convocatoria de los Estados generales, es decir de los representantes de los tres estados de los que se componía el reino de Francia (clero, nobleza, burguesía), promulgada el 4 de mayo de 1779. No existía entonces ninguna animosidad entre la Iglesia y la Revolución incipiente. De hecho, la Asamblea de los representantes de los tres estados se reunió en Versalles y su primer acto fue una solemne procesión religiosa, que desfiló delante de Luis XVI con velas encendidas. Todos comprendían que había motivaciones muy acordes con el Evangelio en el origen del gran descontento general. Sabemos que gran parte de los *cahiers de doléance* («libros de reclamaciones») habían sido escritos por sacerdotes, que en el campo estaban muy cercanos al pueblo. Fue precisamente la alianza entre el clero y el Tercer estado (22 de junio de 1779) la que puso en minoría a la nobleza. La elección fue dura, casi dramática en aquel momento: la alianza entre trono y altar, después de tantos siglos, dejaba el puesto a la alianza entre el clero y el pueblo. Los primeros acuerdos de los Estados generales, que mientras tanto se habían transformado en Asamblea constituyente, fueron apoyados y aprobados por la Iglesia católica: la abolición de los privilegios feudales de los diezmos eclesiásticos (4 de agosto de 1789) y la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano (27 de agosto de 1789).

La situación cambió en poco tiempo. Los violentos desórdenes de la Bastilla (14 de julio de 1789) provocaron muchas preocupaciones. Rápidamente la Asamblea constituyente expresó su voluntad de reglamentar la vida de la Iglesia francesa, al igual que lo estaba haciendo para otros órganos del estado. Así se llegó a no reconocer valor civil a la profesión de los votos monásticos (13 de octubre), a decretar que todos los bienes de la Iglesia pertenecían a la nación (2 de noviembre), a decidir la venta inmediata de las propiedades confiscadas y a suprimir todas las órdenes religiosas (13 de febrero de 1790). La Iglesia perdía de golpe 2.200 hospitales, 600 colegios de

[5] A. GÉRARD, *La Rivoluzione francese, miti e interpretazioni*. Milán, Mursia, 1972; D. MENOZZI, *Cristianesimo e Rivoluzione francese.* Brescia, Queriniana, 1977; J. LEFLON/G. ZACCARIA, *La crisi rivoluzionaria* (1789-1815). Milán, Paoline, 1976; S. SCHAMA, *Cittadini.* Milán, Mondadori 1988; G. BERNANOS, *Diálogo de carmelitas.* Barcelona, Plaza & Janés, 1976.

enseñanza superior, las 106 escuelas de los Hermanos de las escuelas cristianas y las 25.000 escuelas parroquiales[6].

Pero el punto de ruptura entre la Iglesia y la Revolución fue la proclamación de la Constitución civil del clero, promulgada el 12 de julio de 1790. Hasta entonces el estado había tomado una serie de decisiones inspiradas en las ideas ilustradas y más radicalmente anticlericales. Ahora inauguraba verdaderamente una «religión de estado»: suponía una nueva distribución de las diócesis (reducidas de 135 a 83 en correspondencia con las circunscripciones civiles), la elección de los párrocos y obispos por parte del cuerpo electoral, la supresión de toda jurisdicción del Papa sobre la Iglesia francesa, la subordinación del clero, considerado como funcionario estatal, al gobierno. Después de un largo silencio, el papa Pío VI condenó esta legislación, provocando la reacción de la Asamblea, que impuso a los sacerdotes el juramento de fidelidad (13 de abril de 1791). Casi la mitad de los sacerdotes, la mayoría de tendencias galicanas y jansenistas, se sometió; los demás la rechazaron por varias razones, especialmente religiosas. Se produjo una verdadera y real fractura en el seno de la cristiandad francesa.

A la Asamblea constituyente le siguió la Asamblea legislativa. El problema de los católicos, divididos en dos partes enfrentadas, era ya evidente para todos. Al estado le pareció fácil abolir la parte «refractaria», que intentaba organizarse. El 26 de agosto de 1792, la Asamblea aprobaba una ley que obligaba a los sacerdotes no juramentados, considerados enemigos de la nación, a abandonar Francia en un plazo de 15 días: al acabar este tiempo, si eran sorprendidos en territorio francés, serían deportados a la Guayana. Entonces fueron expulsados 40.000 sacerdotes y estallaron las primeras persecuciones. Al estado le pareció además indispensable limitar el influjo de la Iglesia constitucional. El 20 de septiembre del mismo año una disposición, inspirada por los girondinos más anticlericales, asumía una actitud hostil y polémica con los sacerdotes que habían jurado la Constitución civil del clero: les reconocía solo la tarea de desarrollar un modesto servicio religioso, sin poder determinar las reglas, que venían determinadas por el estado.

En septiembre de 1792 fue elegida por sufragio universal la Convención nacional, una asamblea ejecutiva y legislativa que se dividía en tres grupos: *Girondinos, Montañeses y la Ciénaga*. La Convención proclamó la República e instruyó el proceso a Luis XVI, que fue condenado a muerte. En el nivel eclesiástico tomó medidas muy severas contra los «refractarios»: todos los sacerdotes que por ley estaban sujetos a la deportación y todavía se encontraban en suelo francés serían ajusticiados en el plazo de veinticuatro horas. Con el golpe de estado del verano de 1793, los Montañeses eliminaron a los Girondinos y el gobierno que vino a continuación decretó el fin de la Iglesia constitucional: ocho obispos juramentados fueron guillotinados. La lucha contra el cristianismo se convirtió en sistemática y violenta en cada lugar. Se decidió vaciar la religión de Jesús y sustituirla por una nueva religión republicana, que tendría por objeto el culto de ideas abstractas como la Razón, la Libertad y la Nación. Fueron suprimidos el domingo y las demás fiestas religiosas, sustituidas por fiestas laicas y por un nuevo calendario, articulado en décadas en vez de semanas: el número «10» se consideraba racional mientras que el número «7» era considerado mágico. Solo en torno a Robespierre un pequeño grupo consideró que el ateísmo era demasiado aristocrático e intentó promover el culto del Ente supremo.

[6] Con sus propiedades terrenas la Iglesia había ayudado a los pobres. La venta de los bienes eclesiásticos habría debido remediar el antiguo déficit estatal. Sin embargo, las grandes propiedades pasaron a los ricos burgueses. Para ingresar enseguida recursos por la venta de las tierras del clero, el estado decidió poner en venta certificados por el valor de las tierras. Por tanto, se atribuyó a los certificados el valor de la moneda corriente. Pero se imprimieron más del valor efectivo de los bienes confiscados. El resultado fue una inflación galopante; los precios aumentaron y los certificados comprados perdieron valor. Además, la gran mayoría de la población se empobreció. En cambio, se vieron favorecidos los comerciantes, que consiguieron acumular enormes riquezas a través de hábiles especulaciones.

En el bienio 1793-1794 se levantaron las guillotinas en las plazas de Francia. Los mártires se contaron por centenares. Fueron destruidas las abadías más famosas de Francia. *Diálogo de carmelitas* de Bernanos cuenta la historia verdadera de un grupo de religiosas, condenadas a muerte, que dejó la tierra cantando el *Salve, Regina*. Se comprende por ello la resistencia espiritual de la Vandée, que en 1793 fue víctima de un verdadero genocidio: casi 250.000 víctimas, el equivalente a una tercera parte de la población. Se intentó incluso envenenar los pozos con arsénico: ¡verdaderas anticipaciones de las estrategias tecnológicas del siglo XX! Todos los derechos escritos y proclamados en las diversas Constituciones fueron ignorados de la manera más brutal.

En su conjunto se trató de un verdadero holocausto, al término del cual la Iglesia contó con más de 2.000 víctimas: hasta hoy han sido beatificados alrededor de 500 mártires. Después del Termidor (julio de 1794), la Convención se replegó a posiciones más moderadas y animó a los supervivientes de la Iglesia constitucional. Afirmaba que el catolicismo era «servil por naturaleza y humillante para la raza humana», pero concedía el restablecimiento del culto, con tal que tuviese un carácter estrictamente privado y se celebrase en locales distintos de las iglesias que se mantenían reservadas para el culto decadario.

A la Convención, que se disolvió después de haber aprobado una nueva Constitución, sucedió el Directorio, régimen político en el cual el poder fue confiado a un grupo de cinco miembros. Al inicio se mostró favorable al catolicismo filorromano y los católicos refractarios volvieron a salir a la luz durante algunos meses. El desembarco en Bretaña de los ingleses y emigrados monárquicos, en junio de 1795, provocó una nueva reacción anticlerical: el juramento de fidelidad volvió a ser obligatorio y los sacerdotes exiliados debían permanecer así para siempre. En 1796 nacía, con el apoyo del gobierno, el culto «teofilantrópico»: una religión civil que tenía connotaciones deístas. Se basaba en dos principios: Dios y la inmortalidad del alma; imitaba en modo grosero las prácticas de la religión cristiana e incluso su liturgia. Sin embargo, fue un experimento efímero. Después del golpe de estado del 4 de septiembre de 1797, asumió el poder una facción política más anticlerical que la precedente, que tomó medidas represivas más severas. En el exterior, el gobierno del Directorio atacó directamente al papado y en febrero de 1798 invadió el estado de la Iglesia. El papa Pío VI fue hecho prisionero y deportado a Francia, donde murió el 29 de agosto del año siguiente.

Por último, en la política francesa entró en escena Napoleón. Reforzado por la victoria de Marengo (1800), comenzó a llevar en primera persona una política precisa de tolerancia: comprendió la ventaja que podía obtener con la paz religiosa y emprendió, por tanto, un proceso de reconciliación que culminaría con el Concordato con la Iglesia del 1801. Entonces los obispos constitucionales fueron obligados a dimitir y el catolicismo romano fue reconocido como la religión «de la mayoría de los franceses»[7].

[7] La revolución ha sido objeto de gran atención por parte de las corrientes historiográficas. Si los católicos intransigentes expresan juicios muy negativos, no se manifiestan más benévolos muchos otros historiadores no católicos (Carlyle, Cuoco, Botta, Tayne). Junto a esta postura negativa se ha desarrollado también una interpretación católica positiva. Incluso destacando las degeneraciones del movimiento revolucionario, destaca los valores humanos y los impulsos que hacen referencia al Evangelio (Rosmini, Cantù, P. Ventura). Una tercera corriente afirma la inutilidad histórica de la Revolución y de sus masacres. Demasiada sangre derramada. El proceso de reforma del estado absoluto y el triunfo de la burguesía capitalista estaban ya en marcha desde hacía tiempo en la sociedad francesa. Lo enseñaba la «vía inglesa»: resultado regular y tranquilo de un proceso implícito en la historia. No había necesidad de violencia. La Revolución ha acelerado de manera brutal e inhumana una evolución que ya estaba en camino.

b) El sacerdote Chaminade durante la revolución[8]

Haber hecho referencia a los sucesos de la Revolución nos permite ahora entender la postura que adoptó ante ellos el P. Chaminade. Su comportamiento es sorprendente desde el punto de vista del testimonio de fe. Pero vayamos con orden. A pesar de que todavía era joven, fue el delegado del clero de Périgueux en la reunión preparatoria de los Estados generales. De esta pequeña asamblea redactó un acta en la que manifestaba la convicción de la necesidad de reformas para la sociedad francesa y para la misma Iglesia, pero expresaba una duda de fondo: no sabía quién podría guiar el movimiento de reforma. Sin dificultad firmó el «libro de reclamaciones», convencido de que los privilegios y los derechos feudales se habían convertido en algo anacrónico.

El 9 de enero de 1791, convocado en el ayuntamiento de Mussidan, el P. Chaminade rechazó prestar juramento a la Constitución civil del clero. A la gente reunida para aquella ocasión le explicó el motivo de su rechazo. Escribió también un pequeño folleto contra ese juramento. Su ejemplo fue imitado por todos los profesores del colegio de San Carlos, que con ello se situaban en la ilegalidad. El colegio, que se quedó en poco tiempo sin alumnos, se vio obligado a cerrar y después fue vendido en subasta pública. El P. Chaminade dejó con lágrimas en los ojos aquella que había considerado que sería la obra de su vida. Sin embargo, permaneció en Mussidan hasta el 5 de enero de 1792 ejerciendo el ministerio sacerdotal. Para ello aceptó ser vicario de la parroquia de san Jorge, en la que podía administrar los sacramentos, pero no predicar. Todavía quedaba en aquel lugar un poco de tolerancia. En el Périgord de 1.200 sacerdotes solo 200 habían firmado la Constitución civil.

Cuando el cielo político se volvió amenazante, el P. Chaminade partió definitivamente para Burdeos. Pensaba que en una gran ciudad podría evitar las miradas indiscretas de los «enemigos» con el fin de continuar su ministerio sacerdotal. Tenía 30 años y se sentía capaz de afrontar los riesgos de la Revolución. En las afueras de la ciudad adquirió una propiedad cerca de las ruinas de una iglesia dedicada a san Lorenzo, que como escondite se convirtió enseguida en inseguro. De hecho, algunos días después de su llegada tuvo problemas con los gendarmes y la casa fue registrada. A pesar de todo, el P. Chaminade quería crear en su refugio una capilla privada, animada por la presencia de una imagen de María. Por eso quiso comprar dos estatuas de madera, que representaban la Anunciación (la Virgen y el ángel) a una cofradía que había sido disuelta. Para no llamar la atención, las hizo transportar desde el claustro del convento carmelita, de donde provenían, a la propiedad de san Lorenzo al atardecer. Sin embargo, los obreros encargados del traslado fueron descubiertos, arrestados, llevados ante el juez e interrogados. Mencionaron el nombre de Chaminade. Un periódico local habló de él: lo presentó como autor de un complot y agente secreto de la reacción clerical. Cuando después de ocho días las autoridades se convencieron de que las cosas eran mucho más sencillas, el P. Chaminade pudo tener las queridas estatuas, que ahora se conservan en la Magdalena de Burdeos. El culto refractario era tolerado todavía en tres iglesias de la ciudad.

En Burdeos la actitud de tolerancia duró poco. La ola de violencia más cruel explotó el 31 de agosto de 1792, cuando algunos sacerdotes fueron encarcelados y el exprofesor del P. Chaminade, el P. Langoiran, fue desalojado de su escondite, arrastrado por los escalones del arzobispado y masacrado allí mismo con otro sacerdote. Entonces el P. Chaminade buscó otros refugios más seguros que san Lorenzo. Pidió a sus padres que se trasladaran a san Lorenzo, para que asumiesen

[8] P. HUMBERTCLAUDE, *Contributions à une biographie du Père Chaminade* (trabajo policopiado). Friburgo, 1968; L. MEZZADRI, «I religiosi nella Rivoluzione francese», en *Testimoni* (15-V-1989); J. VERRIER, *Jalons d'histoire sur la route de Guillaume Joseph Chaminade,* t. I. [Citaremos por la edición completa: Burdeos, Édition *Maison Chaminade*, 2007 (N.T.)].

la propiedad de su residencia, que estaba bajo vigilancia. Durante este tiempo las autoridades municipales ofrecieron 260 pasaportes a los sacerdotes no juramentados para refugiarse en el extranjero. Él no hizo la petición. Tenemos de este período dos breves cartas suyas de negocios referentes a la compra y el pago de san Lorenzo. En ellas dice que se sirve de «intermediarios» a causa de las «circunstancias», es decir por prudencia[9].

El Terror, que se inició en París el 21 de septiembre de 1792, comenzó en Burdeos un año más tarde debido a la presencia de los Girondinos, revolucionarios más moderados. Pero la subida al poder de los Montañeses puso la ciudad en manos de los hombres de Robespierre. Los sacerdotes que habían quedado en la ciudad eran solo unas decenas, todos bien dirigidos por el vicario general, P. J. Boyer. Este creó al menos cuarenta lugares de culto secretos, en los que se celebraba la misa, y fundó una asociación de pequeños núcleos de laicos que se propusieron la adoración perpetua para la conversión de Francia. Se ofrecía una recompensa por su cabeza, pero ninguno consiguió encontrarlo, mientras que 20 sacerdotes, 17 religiosas y una cincuentena de laicos fueron guillotinados a causa de su fe. La idea que proponía a sus sacerdotes en sus órdenes secretas era la de hacerse ayudar por los laicos, que en general podían moverse más libremente.

En los trágicos acontecimientos de 1793-1794 el P. Chaminade afrontó con gran riesgo la prueba de la Revolución. Vivió siempre perseguido, día y noche, habitualmente a un paso de la guillotina. Disfrazado de las formas más extrañas, reunía en torno a sí fieles en una buhardilla, un establo o un pajar. Los biógrafos, teniendo en cuenta los «recuerdos» manuscritos de los primeros religiosos marianistas (los srs. Serment y Dumontet) y los del congregante A. Faye, cuentan muchas anécdotas sobre cómo se salvó en diversas circunstancias: con la ayuda de un amigo, con su presencia de ánimo o visiblemente protegido por el cielo. Era muy hábil en reaccionar en cada circunstancia del modo más eficaz. Formaba parte del consejo del P. J. Boyer y era también miembro activo de la asociación para la adoración perpetua, dedicada especialmente al culto del Sagrado Corazón. El vicario, en el informe que hará en 1802 al arzobispo mons. d'Aviau, reconocerá en el P. Chaminade «el sacerdote infinitamente respetable por su celo y sus virtudes», que durante la Revolución rindió a la causa de la Iglesia «los mayores servicios».

La llegada de la Convención del Termidor supuso una pausa en la persecución religiosa. El P. Chaminade salió de la clandestinidad, pero tuvo enseguida que resolver un grave problema: como figuraba en la lista de los exiliados, tenía que obtener un certificado provisional de residencia y, una vez obtenido, abrió el oratorio de la calle Santa Eulalia en febrero de 1795. Durante este tiempo se le confió por parte de la autoridad eclesiástica la delicada misión de volver a llevar al seno de la Iglesia a los sacerdotes que, por miedo o por debilidad, se habían adherido a la Constitución civil del Clero. Con su prudencia y delicadeza favoreció la rehabilitación de ochenta de ellos. Algunos meses después parecía que todo fuese como antes, porque el nuevo edicto sobre los sacerdotes refractarios proclamado en París fue, al menos en parte, desoído en Burdeos. En el bienio 1796-1797 sucedió algo importante: alrededor del P. Chaminade se reunió un núcleo de cristianos

[9] G. J. CHAMINADE, *Cartas I, o. c.*, n. 3, 19 de julio de 1792, p. 46; n. 6, 18 Termidor año III (5 de agosto de 1795), p. 48. J. VERRIER (*Jalons I*, cap. VIII, p. 188) presenta una interpretación distinta de la tradicional sobre los hechos relativos a la estancia del P. Chaminade en Burdeos. Habría dejado Mussidan para ir a Burdeos por invitación del P. Langoiran, vicario de la diócesis, con el fin de ocupar un puesto importante en la dirección de aquella provincia eclesiástica: el de la administración de los bienes de los sacerdotes refractarios. De hecho, pudo comprar la propiedad de san Lorenzo gracias a una fuerte ayuda del mismo Langoiran y en al año 1792 tuvo que manejar una gran cantidad de dinero. Alguno conocía su actividad. En relación con esto, es significativo el episodio de las estatuas secuestradas, porque con ese motivo la prensa local presentó a Chaminade como la «larga mano» del vicario. Cuando este fue masacrado, al P. Chaminade no le quedó más remedio que el exilio. Sin embargo, prefirió quedarse en Burdeos ejercitando clandestinamente el ministerio y poniendo, con ello, en peligro su propia vida.

comprometidos, que dejarán un testimonio vivo en la historia del cristianismo francés[10]. Se creó como un proyecto de asociación que se proponía ser fermento de vida cristiana en los diversos ambientes. He aquí lo que escribía uno de sus miembros, D. Joffre, el futuro «santo» párroco de Gaillant:

> He encontrado el sacerdote que mi corazón buscaba: es un santo. Es mi guía y será mi modelo. Yo seré sacerdote y mi decisión es irrevocable, pero hará falta tiempo. Mientras tanto, trabajo. Puedo ver al santo por la tarde, pero no todas ellas. Me asegura que pronto me llevará con él y seré su primer discípulo[11].

Pero prevaleciendo de nuevo el alma fundamentalista de la Revolución, en otoño de 1797 la persecución contra el clero refractario se volvió a encender violentamente. Después del golpe de estado del 18 de fructidor, los nuevos mandatarios volvieron a poner en vigor todas las leyes contra los sacerdotes exiliados, a los que se les imponía dejar el territorio de sus ayuntamientos en veinticuatro horas y el de Francia en quince días. No se amenazaba ya con la condena a muerte, sino con la deportación a la Guayana. Los acontecimientos fueron tan imprevistos que el P. Chaminade no tuvo ni siquiera tiempo de estudiar una ulterior clandestinidad. Los guardias le notificaron el decreto y le urgieron a exiliarse cuanto antes. En la correspondencia de esta época, expresa su pesar por las iniciativas interrumpidas bruscamente, por las esperanzas perdidas.

c) El exilio en tierra española

El P. Chaminade, sin ningún preparativo, se puso en camino hacia España (por Bayona y Pamplona), acompañado por uno de sus «hijos espirituales», el treintañero Guillermo Bouet, que en tierra española entrará en una trapa y será ordenado sacerdote. Llegó a Zaragoza el 11 de octubre, víspera de la fiesta de la Virgen del Pilar. Al día siguiente, pudo participar en la grandiosa procesión que se desarrollaba por las calles de la ciudad, en la que participaban 863 sacerdotes. La animaban los colores de las diversas cofradías, vestidas de las formas más diversas y detrás llevaba una enorme muchedumbre procedente de toda España. Se le puso entonces un nudo en la garganta, pensando en su Francia ¡todavía ocupada en sus experimentos teofilantrópicos! Los sacerdotes franceses no eran bien vistos, porque eran sospechosos de jansenismo. Poco tiempo después, un decreto real decidió su expulsión, pero no fue aplicado nunca. El P. Chaminade encontró sin dificultad alojamiento en una familia. Agotado el poco dinero que había conseguido antes de partir, se ganó la vida haciendo flores artificiales y modelando estatuas de yeso que vendía a los peregrinos. Sufrió una dolorosa enfermedad, que soportó con paciencia.

El exilio duró tres años: tres años no fáciles, pero sin duda fecundos. Delante de la Virgen del Pilar, el P. Chaminade pasó horas de intensa oración y profunda reflexión. Su ferviente piedad le iluminaba sobre las necesidades de la Iglesia francesa y sobre los medios más modernos que

---

[10] En este cenáculo de personas elegidas, además de la venerable Teresa de Lamourous y el sr. Joffre, estaban la srta. M. Bédouret, futura fundadora de las Ursulinas de Pons, la srta. A. Fantini, que será la animadora de las Asociaciones del Sagrado Corazón, y L. Lafargue, que refundará en Francia los Hermanos de las escuelas cristianas.

[11] V. VASEY, *Chaminade, un altro ritratto*, pp. 151.173. Actualmente, el oratorio está ocupado por una asociación católica de estudiantes, que han querido recordar al P. Chaminade con una placa conmemorativa Cf. E. WELTZ, *Sur les pas du Père Chaminade a Bordeaux.* París-Burdeos, p. 41. [Hace unos años, esta casa dejó de depender de la asociación y la placa fue trasladada a la habitación del Fundador, en la Magdalena. (Nota del editor digital)].

tendría que adoptar para realizar el bien en el futuro. Se ha confirmado que la estancia en Zaragoza fue para él un tiempo de gestación de un importante proyecto apostólico. Desde entonces, solicitaba a la Santa Sede, a través del obispo de Auch, el título de Misionero apostólico, mientras seguía con interés lo que estaban haciendo los sacerdotes exiliados de la diócesis de Tarbes, que se reunían habitualmente con el fin de estudiar soluciones prácticas para volver a llevar el Evangelio a su alejada diócesis[12]. Entre el clero exiliado existía una especie de intercambio de ideas. Desde hace tiempo, circulaba también un interesante «proyecto» referente a la constitución de una «Compañía de María» que se dedicase a la educación de la juventud y a la predicación del Evangelio, compuesta por personas de ambos sexos y de toda condición social. Estaría consagrada enteramente a la Virgen Inmaculada y bajo su guía volvería a llevar la fe a Francia. El proyecto era obra de B. Daries, exalumno del P. Chaminade y después profesor de filosofía en el colegio de Mussidan. Su íntima y profunda devoción a María era conocida por todos: frecuentando la asociación mariana del colegio había hecho voto de «defender hasta la muerte el privilegio de la Inmaculada Concepción». Durante la Revolución también él se exilió en 1791. De Bayona, donde residió algunos meses, pasó a España a la corte de Madrid, como preceptor de la familia real. A continuación llegó a ser médico y trabajó en un hospital de Toledo. Después se perdió todo rastro de él[13]. Sin ser sacerdote, había realizado personalmente estudios sacros, profundizando especialmente en el conocimiento de la Biblia. Tradujo un *Catecismo de la Santísima Virgen* del jesuita español Ripalda y compuso diversas obras, entre ellas una *Mariología* bíblica, rica de espléndidas intuiciones. El P. Chaminade, cuando tuvo conocimiento del proyecto mencionado (probablemente a través de su hermano Luis, también él sacerdote exiliado), lo acogió con mucho interés y lo hizo suyo, purificándolo de las florituras literarias que lo hacían fascinante pero también evanescente. Conocido por obispos y sacerdotes, no es extraño pensar que el proyecto de Daries haya sido el punto de partida de las numerosas fundaciones de carácter mariano que florecieron en Francia en los primeros decenios del siglo XIX.

El hombre de Dios, ya especial por el coraje demostrado durante la tormenta revolucionaria, tuvo ocasión de madurar en la escuela del «desierto», lugar privilegiado donde Dios encuentra a aquellos para los que tiene planes particulares. Se dice que en el desierto de la soledad que fue para él Zaragoza, el P. Chaminade tuvo un «encuentro secreto» con María. ¿Visión o inspiración? Parecería que se tratase de una extraña tradición, ya que no está corroborada por ninguna declaración explícita del Fundador. Pero su fuerza está en el hecho de que él nunca desmintió las voces, verdaderamente insistentes, que los religiosos hacían circular sobre este acontecimiento[14].

---

[12] El vicario de Tarbes, P. de Casteran, se expresaba así en una carta a su hermana respecto al P. Chaminade: «Un sacerdote digno de respeto, merecedor de todo elogio» (*Papiers Casteran*, Seminario mayor de Auch, n. 16176).

[13] Sobre el final de B. Daries hay dudas. Parece que murió en 1800 en Madrid, curando a los enfermos de una fiebre contagiosa. Cf. J. VERRIER, «À propos des frères Daries», en *Marian Library Studies*, vol. 17-23, p. 455, Dayton. El «proyecto» de Daries, que se encuentra en los Archivos de la Compañía de María (AGMAR: 12.I.23), consta de trece páginas. Fue encontrado en la Misericordia de Burdeos en 1909, pero ya Simler hace referencia a él (J. SIMLER, *Guillermo José Chaminade, I*. Madrid, SPM, 2005, pp. 136-138). Ese proyecto se encontraba seguramente entre las cartas del P. Chaminade y fue conservado cuidadosamente.

[14] L. GAMBERO, *P. Guglielmo Chaminade a Saragozza.* Roma, 1960; V. GIZARD, *Le temps des prophètes. P. Chaminade à Saragosse*. París-Abidjan, 1992. El *Catecismo* de la Conferencia episcopal española se refiere a esta «visión», pero la referencia ha sido omitida en la versión italiana preparada por A. Zorzi para ediciones Piemme (1989).

2) La correspondencia

En el período que precede a la Revolución, la correspondencia, con las adquisiciones de estos últimos años[15], es intensa pero su contenido es totalmente administrativo. El período revolucionario es pobre: de hecho sabemos que era peligroso escribir. Tenemos la carta al párroco de Sarlat, que era un intento generoso de suscitar en un amigo «la firmeza de los primeros tiempos de la Iglesia»; la carta a un sacerdote juramentado, en la que detalla las condiciones para la rehabilitación y, finalmente, dos hermosas cartas a la venerable Teresa de Lamourous, muy interesantes desde el perfil ascético. Durante el exilio, el epistolario se enriquece notablemente. La carta a la sra. Rigagnon tiene en cuenta el proyecto de una pareja que querría dejar el mundo para entrar en un convento. Las 17 cartas a la ya citada Teresa son un pequeño tratado de alta vida espiritual.

¿Quién era Teresa de Lamourous? Procedía de una familia de magistrados. Nacida en 1754 en Barsac (Gironda), vivió una juventud en el temor de Dios, tanto que había decidido hacerse carmelita. La Revolución arruinó económicamente a la familia, que se vio obligada a retirarse al campo, a una vieja propiedad de la familia (en Pian Médoc, a 20 kilómetros de Burdeos). Durante los años de la Revolución se puso a disposición del P. J. Boyer para sus audaces proyectos. Conseguía introducirse en las prisiones para asistir a los refractarios. Gracias a las confidencias de algún amigo conocía con tiempo el nombre de los afectados por la orden de arresto y se apresuraba a avisarlos. Dos veces fue detenida pero dejada en libertad después del interrogatorio. Se atrevió a ir a la prisión para saludar a su padre espiritual, arrestado y condenado a muerte, el cual la recomendó «servir a Dios como hombre y no como mujer». En su pequeña casa de Pian creó un modesto oratorio para la celebración de la misa. De él se conserva todavía, en la que fue su habitación en la Magdalena de Burdeos, la mesa de cocina sobre la que celebraba el P. Chaminade.

¿Por qué Teresa eligió a este como director espiritual? Había tenido otros padres espirituales: el P. N. Lacroix, exiliado en Portugal, y el P. Pannétier, guillotinado. Tal vez fue este último el que le aconsejó confiarse al P. Chaminade, durante la visita que Teresa le hizo cuando estaba encarcelado. De hecho él conocía bien al sacerdote de Mussidan: sabía de sus grandes conocimientos y de su experiencia en temas de espiritualidad. Dirigiéndose a él, Teresa experimentó enseguida una admiración respetuosa y devota. Quedó impresionada por la paz que inspiraba y el dominio de sí que demostraba. Se veía estimulada por su seguridad en los juicios y la prudencia en la indicación de los caminos del Señor. Veía finalmente en él la excepcional capacidad de adaptarse a cada persona según las exigencias del momento[16].

N. 1. Mussidan, 2 de febrero de 1791
Al señor Pontard, Párroco de Sarlat

Pierre Pontard, ex alumno del colegio San Carlos de Mussidan, está de párroco en una pequeña ciudad del Périgord. El P. Chaminade sabe que su actitud ante los acontecimientos políticos es algo ambigua. Como ecónomo del colegio le escribe una carta referente a cuestiones administrativas corrientes. Sin embargo, aprovecha la ocasión para intentar convencerlo, en vano, de que no firme la Constitución civil del clero. Obsérvese el final tan discreto y conmovedor. Pontard será designado obispo por los electores de Périgueux y pronunciará el juramento impuesto por la ley. Su fe no lo resistirá. Rechazará clamorosamente su propio credo religioso y se casará. De todas maneras, conservará la carta del P. Chaminade: en su perversión continuará considerándolo «un santo». El texto de la carta es el siguiente:

[15] CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c.*, pp. 15-55.
[16] Cf. *Positio super virtutibus* di Maria Teresa de Lamourous. Roma 1978, Congregación de las Causas de los Santos. Oficina histórica.

Señor,

Acabo de recibir el montante de la cuenta de los adelantos hechos al señor Foucauld. Por lo que me ha dicho mi enviado sobre la manera que ha escogido para hacerse con esa cantidad, temo que haya disgustado a la señorita de Restignac, lo que me dolería mucho: no creía yo que su celo fuese tan activo. Le agradeceré que haga llegar mis buenos sentimientos a esta respetable señorita; lo habría hecho yo mismo si no fuese por el temor de que la carta se extraviase y no le llegase a Fongolfier.

Ella me indica que haga volver al señor Foucauld a casa de sus padres. No puedo hacerlo inmediatamente, porque está todavía en cama. Su salud pronto le permitirá hacer este pequeño viaje. Agradeceré a la señorita de Lestignac que me haga saber por el primer correo si la sentencia de proscripción es irrevocable: ahora estará a punto de vencer el plazo de la pensión del pequeño; le hago esta observación para que ella no se extrañe si recibe enseguida la petición.

He sabido con satisfacción que todos los párrocos de su país estaban decididos a no prestar el juramento más que con las restricciones convenientes: puede usted estar seguro de que, en este país, hay una firmeza digna de los primeros siglos de la Iglesia.

Con profundo respeto, señor, su humilde y obediente servidor.

N. 6. Burdeos, 29 de agosto de 1795
Al P. Joaquín Rousset, antiguo recoleto, Libourne

El P. Chaminade había sido designado para recibir en el oratorio de la calle Santa Eulalia la retractación de los sacerdotes que habían jurado la Constitución civil del clero. Había asumido con seriedad este compromiso y en pocos meses había adquirido una experiencia muy notable. Queriendo asegurarse de que los sacerdotes estuviesen realmente arrepentidos, exigía un gesto explícito que testimoniase el rechazo del error cometido. En general, el arrepentido se presentaba ante los fieles y leía sus errores. La carta siguiente se refiere a esa actividad.

Señor,

Me agradaría muchísimo ayudarlo en la situación en que se encuentra. Su edad, su profesión y los puestos de confianza con que ha sido honrado en su Orden han hecho que su ejemplo tenga un gran número de imitadores. Usted debe, les debe pasos claros para retractarse de sus errores y reparar el escándalo que ha dado a la Iglesia con su adhesión al cisma.

Supongo que habrá dejado de ejercer toda función del ministerio, haciendo así un primer acto de sumisión a la Iglesia y a su jefe.

Lo siguiente que debe hacer es la retractación detallada de todos los actos cismáticos a los que ha dado lugar su juramento, junto con los sentimientos de arrepentimiento y obediencia a sus superiores canónicos, que deben acompañar a su declaración. Su edad y sus enfermedades le dispensan de venir aquí a hacer la retractación en persona, pero me la enviará para que yo le dé la publicidad necesaria. En cuanto la reciba, le indicaré lo que le queda por hacer para merecer su reconciliación.

Medite personalmente, a los pies de Jesucristo, la gravedad de su deserción de la causa de la Iglesia; sondee las heridas de su alma, para mostrarlas en toda su profundidad al ministro de Jesucristo que se encargará de sumergirlo en la piscina probática; dé testimonio público, a todos los que haya podido inducir a error, del dolor que siente y del de-

seo que tiene de reparar el escándalo que ha dado; pero sobre todo, póngase enteramente en manos de la Providencia para sus necesidades temporales: una pensión que no se puede pedir más que confesándose prevaricador de las leyes de la Iglesia, no puede percibirse en conciencia; pero en la escuela de san Francisco usted ha debido aprender que la Providencia no abandona nunca a sus verdaderos hijos.

Con todo respeto, señor, su humilde y obediente servidor.

N. 9. Burdeos, 27 de mayo de 1796
A la señorita de Lamourous, Pian

El P. Chaminade enseña a Teresa de Lamourous las primeras reglas del camino espiritual. Se encuentra prisionera de sus imaginaciones y sus prevenciones personales. Cree en ciertas exigencias de su conciencia que son meras ilusiones, como oraciones prolongadas y mortificaciones corporales. Se somete continuamente a exámenes minuciosos, desenterrando con el pensamiento los pecados pasados. Ante las decisiones convenientes que tiene que asumir, encuentra en sí una gran inseguridad y, devanándose los sesos, piensa soluciones extravagantes.

El P. Chaminade la llama a lo esencial, que es vivir una verdadera unión con Dios, en la docilidad al Espíritu Santo. Por eso, tiene que tomar decisiones firmes ante sus actitudes ansiosas. Pocas prácticas de piedad, pero al menos un cuarto de hora de meditación en dos momentos distintos de la jornada. Nada de penitencias extraordinarias: es suficiente con la abnegación interior. Alimento abundante excepto en los días obligatorios de ayuno.

En cuanto a la frecuencia de la comunión eucarística, regían en aquel tiempo reglas restrictivas[17]*, pero se dejaba gran libertad a los directores de conciencia para decidir en cada caso. Para Teresa la autorización es más bien amplia. Para la lectura espiritual le aconseja dos obras complementarias en cuanto al contenido:* El combate espiritual *del teatino L. Scupoli, que enseña la ascesis como ejercicio indispensable en la vida espiritual, y* Los fundamentos de la vida espiritual *de J. Surin, que invita a abandonarse a la acción del Espíritu*[18]*.*

Para la meditación, el P. Chaminade sugiere el método de la oración de fe: la oración es ante todo una interiorización de las verdades de fe enunciadas en el Credo. Dedicarse a la oración significa entonces aprender a estar en la presencia del Señor «con sentimientos de fe, de esperanza, de caridad

[17] La comunión es el momento más significativo en el que se expresa la devoción de los fieles. Sobre su frecuencia, en el pasado hubo disputas muy vivas. La búsqueda de una devoción intimista, propia de la *devotio moderna*, llevó a la frecuencia del sacramento. Pero el jansenismo, con su piedad austera, basada sobre el sentido de la grandeza de Dios y sobre una concepción bastante pesimista de la naturaleza humana, condujo al abandono o, al menos, a una práctica sacramental poco frecuente. No solo A. ARNAUD con su obra *La frèquente communion* (1644), sino también L. BOURDALOUE (+ 1704) y s. FRANCISCO DE SALES (+ 1622) dictaron reglas bastante restrictivas. Al final del siglo XVIII casi en todas partes estaba vigente una práctica muy limitada pero discrecional (*Histoire spirituelle de France.* París, Beauchesne, 1964, p. 267). El P. Chaminade manifiesta una cierta amplitud: solo para las «penitentes» de la Misericordia exigía dos años de catequesis antes de conceder el sacramento. Pero el movimiento de la comunión frecuente creció hasta el *motu proprio* de Pío X.

[18] El libro de L. SCUPOLI (+ 1619), que había sido muy leído en Italia y Francia, se encuadra fácilmente en la *devotio moderna*, corriente espiritual que había querido renovar la vida cristiana a través del equilibrio interior y el ejercicio de la oración mental. Para conseguirlo, en el combate espiritual se aconsejan cuatro armas «segurísimas»: la desconfianza de sí, la confianza en Dios, el ejercicio humano para apoyar la obra de Dios y la oración. En la vida de Scupoli ocurrió un hecho extraño: fue reducido al estado laical por un suceso extraño (¿tal vez una cuestión de ortodoxia?). J. Surin (+ 1665) fue un autor espiritual muy controvertido en vida, en los tiempos de la reacción intimista y de la disputa sobre el quietismo. Pero después de su muerte fue muy apreciado: enseñaba la fe pura, la oración de recogimiento y el abandono en Dios. Durante su vida fue víctima de una enfermedad extraña, tal vez de origen diabólico.

y de sumisión». Para el que se abandona a Dios como un niño, «la montaña del Horeb» está cerca: allá arriba no habrá ninguna alteración del estado de paz y reinará soberano el amor del Señor.

Pax Christi.

Me dispongo con gusto, mi querida hija, a cumplir los deseos que usted me ha manifestado a menudo de que le trace el plan de conducta espiritual conveniente a su estado y a las disposiciones en que se encuentra.

Usted hace algunos progresos en la virtud; Dios le inspira sobre todo un gran deseo de ser toda para él; debo decirle, sin embargo, con el ángel que exhortaba al profeta Elías a comer el pan misterioso que le había preparado: *Te queda todavía mucho camino para andar.* Tiene que llegar a la santa montaña del Horeb, a ese punto de perfección en que ya no recibirá las órdenes de su naturaleza, de sus sentidos, de su imaginación o de su propia mente, sino de Dios mismo, que quiere reinar en usted como Soberano. Querida hija, su felicidad es grande, porque empieza ya a vislumbrarla; pero no la saboreará nunca más que en esa santa montaña.

El fin de este escrito no es decirle todo lo que tiene que hacer a lo largo de todo su camino, sino lo que debe observar en este momento: cuando, por la gracia de Dios y su fidelidad, usted observe puntualmente lo que el Espíritu le prescribe por mi ministerio, veré lo que convenga añadirle; entonces usted me devolverá este escrito, y añadirá sus disposiciones sobre los distintos puntos que contiene. Mientras tanto, le iré explicando poco a poco lo que ahora le indico sucintamente: así usted se hará un plan de conducta espiritual, que llamaremos *su dirección.*

1º No me parece que haya captado todavía bien la distinción entre la vida de la naturaleza y de la propia mente, y la vida espiritual o sobrenatural.

2º Los actos de virtud que usted hace son todavía muy imperfectos, porque se rige más por su razón o su imaginación que por la acción misma de la gracia.

3º Pedirá a menudo a Dios que haga activas en usted las potencias que nos hacen hacer los actos sobrenaturales de las virtudes. Así como nuestra alma obra naturalmente por sus tres potencias o facultades, el entendimiento, la memoria y la voluntad, de la misma manera, lo que nosotros llamamos en nosotros el Espíritu, obra por tres facultades que hemos recibido en nuestro bautismo: la fe, la esperanza y la caridad.

4º Su imaginación ocupa en usted un lugar demasiado destacado: es la causa principal de las inquietudes habituales que la turban.

5º Le descargo de toda oración vocal, excepto las oraciones ordinarias de la mañana y de la noche, oraciones comunes u oficios en los que pudiera encontrarse, oraciones en forma de penitencia que su confesor podría darle y las de alguna piadosa asociación, con tal de que sean cortas.

6º Unirá a la oración de la mañana una oración mental, primero de por lo menos un cuarto de hora; la comenzará adorando a Dios interiormente y diciéndose a sí misma: no soy más que ceniza y polvo, y así me presento ante mi Dios. Después recitará lentamente el Símbolo de los Apóstoles: (si está sola, se postrará en tierra para hacer el acto de adoración; a continuación se pondrá de rodillas y dirá el Símbolo con los brazos extendidos). Una vez acabadas estas preparaciones, se mantendrá en la presencia de Dios, con el mayor recogimiento. La disposición que debe tener su alma en este recogimiento es la de un sentimiento sencillo, o de fe, o de esperanza, o de caridad, o de resignación a la voluntad de Dios. Terminará la oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de mantenerse durante todo el día en el recogimiento y de obrar solo por motivos de fe, etc.

7º Tratará de conseguir por la tarde al menos otro cuarto de hora para repetir la misma oración.

8º Hará todos los días al menos un cuarto de hora de lectura espiritual. Puede leer el *Combate espiritual* o los *Fundamentos de la vida espiritual.* Cuando disponga de tiempo, podrá colocar su oración de la tarde a continuación de la lectura espiritual. Para estar más recogida, puede hacer su lectura sentada: pero le aconsejo hacer sus oraciones de rodillas.

9º Después de la oración de la tarde, hará un examen de conciencia, cuyo objeto principal será ver si ha sido fiel a la práctica del recogimiento.

10º Se confesará cada ocho días, cuando no haya ningún impedimento. Se acusará de sus faltas con sencillez, sin ningún apuro; sin ningún movimiento especial de la cabeza o de las manos, sin exclamaciones, suspiros, etc. Después de acabar el *Confiteor* y escuchar las observaciones o exhortaciones de su confesor, si tiene algún problema o alguna dificultad para su conducta espiritual, puede exponerla, siempre con la misma sencillez: pero también puede exponerla fuera del tribunal… Para preparar la confesión, recordará, durante un cuarto de hora, los exámenes diarios que haya hecho. Empleará otro cuarto de hora aproximadamente en suscitar la contrición. Para conseguirlo, se mantendrá recogida con un sentimiento de humillación y dolor.

11º No comulgará ordinariamente el día de la confesión, los días precedidos de noches en que le haya trabajado algún fantasma impuro, a no ser que sea domingo o fiesta, los primeros días de sus períodos a menos que se encuentre en alguna gran fiesta en que desee mucho la comunión, los días de viaje o de asuntos importantes, en que no se sienta con suficiente fuerza como para mantenerse recogida… Hará la preparación y la acción de gracias de la comunión con la oración de recogimiento.

12º En cuanto a la vida animal, tome todo el alimento que le sea necesario para tener las fuerzas debidas: haga siempre tres comidas, excepto los días de ayuno obligatorio y alguna circunstancia particular en que se le permita ayunar. No le permito tampoco penitencias extraordinarias en mortificaciones como cadenillas, cilicios, disciplina; ni veladas demasiado prolongadas; pero, en compensación, le aconsejo una abnegación interior y exterior muy grande, que será fruto de sus oraciones y del cuidado que tenga de mantenerse recogida… He notado en usted un cierto gusto por la sencillez en su manera de conducirse y de obrar: la invito a continuar y a cortar todo lo que sea superfluo y a no permitir más que lo que su estado exija.

He aquí, querida hija, algo en lo que se debe fijar durante cierto tiempo. Si tuviese que andar sola, yo entraría en más detalles; pero como tendré ocasión de verla de vez en cuando, le iré desarrollando poco a poco los diversos temas que no he hecho más que indicar. Estoy seguro de que hará progresos muy rápidos, si es fiel. Varias veces le he expresado que debe abandonar las ideas inquietantes que a menudo la abruman: usted vuelve a ellas continuamente bajo distintos pretextos, y esta ilusión podría serle muy peligrosa.

Le deseo la bendición y la paz de Jesucristo.

N. 10. Burdeos, 15 de septiembre de 1797
A la señorita de Lamourous, Pian

En la víspera de su marcha al exilio, el P. Chaminade encontró tiempo para escribir a Teresa la siguiente carta, que expresa su total aceptación de la voluntad de Dios en aquella circunstancia desconcertante. Pero la señorita no parece estar plenamente de acuerdo con él: cultiva todavía ideas del todo naturales respecto a las disposiciones de la Providencia.

El P. Chaminade la invita a abandonarse en las manos del Señor, siguiendo el ejemplo de santa Catalina de Siena[19]. Después se detiene a hablar de la fe, la virtud «que le traerá una especie de remozamiento en su interior». La fe sola justifica los esfuerzos que un alma debe sostener para resistir a los impulsos de la naturaleza, para disciplinarlos y ponerlos al servicio de una voluntad decididamente orientada al bien. Solo la fe conduce a Cristo y a la aceptación del Evangelio.

Se suele decir, mi querida hija, que solo morimos una vez. Es verdad: pero ¡cuántas lecciones recibimos de la Providencia para anunciárnoslo y para que nos preparemos a ello! Y cada una de esas lecciones es una especie de muerte. ¿Qué debe hacer un alma fiel en el caos de los acontecimientos que parecen engullirla? Mantenerse imperturbablemente en esta fe, que, haciéndonos adorar los designios eternos de Dios, nos asegura que todo sucede para bien de los que aman a Dios.

Sí, mi querida hija, el Señor no la abandonará: si ni un solo cabello cae de la cabeza del hombre sin que lo haya dispuesto nuestro Padre celestial, las vicisitudes continuas que hacen tambalearse su existencia, las tormentas interiores y exteriores que rugen continuamente y que parecen casi desconcertarle, son pullas del auténtico amor que Dios le tiene. No temo incluso decir que son signos de predestinación.

El espíritu de las tinieblas no dejará de persuadirle de que no hay que pensar que sus dificultades sean como los que experimentan algunas almas justas; que no puede ocultar que en usted hay causas culpables: pero, querida hija, no es menos verdad que Dios cuida de usted siempre, en estas dificultades, proporcionándole los medios, en primer lugar, de purificar su voluntad, de desprenderse absolutamente de todo, de renunciar a esas ideas de una razón puramente natural que la llevaría a juzgar la conducta de la Providencia para con usted, y, en segundo lugar, haciéndole practicar las virtudes más excelentes del cristianismo: esas virtudes se resumen, querida hija, en ese abandono en manos de Dios, sobre todo cuando de ese total abandono no resulta más que sufrimiento, angustia, incertidumbre, etc. Santa Catalina de Siena, a quien Dios dejó durante algún tiempo en una cloaca de ideas vergonzosas, de movimientos y sentimientos impuros, en las tinieblas, etc., supo del mismo Señor que nunca había estado más cerca de ella que en este tiempo en que parecía que la había abandonado. ¿Qué oración hacía habitualmente esta santa virgen antes de la consumación de sus bodas espirituales? Esta: *Señor, aumenta mi fe.* Ya sabe qué feliz efecto consiguió.

A menudo le he dicho, mi querida hija, que usted encontraría todo en la fe; incluso le he aconsejado una especie de oración de fe y estoy persuadido de que es un excelente medio de sostenerla y progresar en la virtud y de que al mismo tiempo le traerá una especie de remozamiento en su interior; la preservará contra los consejos demasiado relajados o demasiado severos que podrían darle personas que la llevarían por una prudencia natural más que por una dirección del Espíritu de Dios. Abandone siempre toda idea, razonamiento o sentimiento que le sugiera su imaginación y compórtese siempre con esa santa sencillez que siempre le he recomendado.

Para no alejarse, o más bien para acercarse, sírvase de su *regla 6*[20]: pero sírvase de ella con prontitud. No tiene usted nada que temer más que lo que le pueda turbar y sobre todo impedirle abandonarse a Dios en la oración de fe y de recogimiento. Dios le hará co-

[19] El alma de la espiritualidad de santa Catalina es el «Maestro interior». La respuesta es el «don total». Signo de la presencia de Dios es «el gozo del alma y el deseo de las virtudes».

[20] Se trata de las reglas de conducta que la srta. de Lamourous había recibido de sus directores, en particular de N. Lacroix, para combatir su preocupación ansiosa y conformarse plenamente con la voluntad de Dios.

nocer por esa vía todo lo que le disgusta, y de una manera muy saludable: cualquier otra manera de ocuparse de sus faltas le será nociva.

Tengo dificultad para remitirle a alguno, porque no conozco lo suficiente a los sacerdotes de Burdeos como para distinguir a los que no se conducen y conducen a los otros más que por prudencia sobrenatural. ¿Qué hacer entonces? Ore con confianza y vaya lisa y llanamente a aquel al que se sienta llevada por un espíritu de fe. Me viene otra idea, que ya le comunicaré.

Pero, querida hija, que nada la desvíe de las orientaciones que su Padre acaba de darle, y que le ha explicado en diferentes ocasiones. Tengo una confianza total en Dios, en cuya presencia le he escrito esta carta, para no poner nada que no le agrade a él y no le sea útil a usted. Le prometo recordarla siempre en mis oraciones; no dejaré de considerarme como su Padre, que debe tener una mayor solicitud todavía cuando se ve alejado de sus hijos en el momento en que estos, más necesidad tendrían de su presencia. Pido a nuestro Padre común que este alejamiento, que entra dentro de su providencia, no perjudique el cumplimiento de sus designios sobre usted. Le pido que rece todos los días las letanías de la Santísima Virgen, y le deseo, como Padre suyo, la gracia y la paz de Jesucristo.

N. 8. Zaragoza, 28 de abril de 1798
A la señora Randon, Burdeos

La señora Rigagnon Randon, mujer de un honrado panadero de Burdeos y madre de numerosos hijos, había demostrado cuando estalló la Revolución, la vitalidad entusiasta de su fe y el ardor de su caridad. Durante los días del Terror, su casa se había convertido en el refugio de los sacerdotes fieles y tal vez había hospedado también al P. Chaminade. Llevada ante el tribunal revolucionario, se había librado milagrosamente de la guillotina.

Coherente con sus profundos sentimientos religiosos, siente una verdadera repulsión por las terribles escenas de la Revolución. Por eso, piensa continuamente en la idea de abandonar el mundo y retirarse con su esposo a la soledad de un convento en España. El P. Chaminade, consultado por este motivo, responde que este generoso proyecto no es fácilmente realizable. La expresión «mamaíta», con la que inicia la carta, responde a una medida de precaución para no dar lugar a sospechas de relaciones censurables.

Usted quiere una respuesta, mamaíta: ya sabe que no es fácil darla.

Toda Europa está en confusión, y España en particular está, según parece, a las puertas de terribles sacudidas. En este momento hay una orden de proscripción contra todos los franceses de ambos sexos, sacerdotes y laicos; todos están obligados a salir del reino en el plazo de un mes, que corre desde hace ya catorce días; la verdad es que desde ayer se cree que esta orden va a ser revocada. Por tanto, todo parece ir en contra de su plan.

Yo no sería totalmente contrario a que viniese sola, sin cambiar nada en su ajuar y sin decir nada, sobre todo después de saber que Mémine cuidaría de sus hijos: pero un viaje tan largo y en esas circunstancias supone muchas dificultades que debe ponderar seriamente ante Dios.

En cuanto a la ejecución completa de su proyecto, debe saber que, aun en el caso que no se molestase aquí a los franceses, usted y su marido tendrían muchas dificultades para entrar en comunidades y que incluso es seguro que no lo conseguirían. Y sus hijos, ¿qué sería de ellos?...

Si, a pesar de todo, sigue creyendo que una decisión tan extraordinaria entra para usted en los planes de la Providencia, explíqueme, con la mayor claridad posible, todas las razones o las luces particulares que tiene: yo las ponderaré ante Dios, y espero de su bondad que me haga conocer su voluntad a este respecto…

Durante los tres años que permaneció en Zaragoza, el P. Chaminade escribió treinta y tres veces a la señorita Lamourous, sirviéndose de medios ingeniosos para hacer llegar intactas sus cartas a buen destino. Antes de destruir las cartas recibidas (por motivo de prudencia), Teresa transcribía las partes que más directamente se referían a la dirección de su alma. Desafortunadamente muchas de estas páginas se han perdido, por lo que tenemos que contentarnos con los extractos de algunas, que son sin embargo suficientes para hacernos ver las líneas esenciales de la dirección dada por el padre Chaminade.

Teresa estaba obsesionada por la idea de tener que reparar los pecados que se cometían en Francia. En el momento más duro de la experiencia revolucionaria, no dudó en ofrecerse, con la autorización del director espiritual, como «víctima» a la justicia divina para la conversión de los pecadores y la salvación de la patria[21]*, presentando la propia ofrenda a través de las manos de María y José*[22]*. En el centro de estas cartas escritas desde el exilio, está justamente este ofrecimiento.*

Como «esposa de Cristo», Teresa debía ahora estar dispuesta a aceptar todos los sufrimientos debidos a la pobreza, las humillaciones y las circunstancias de la vida. Además, es justamente en el sufrimiento aceptado por Cristo en donde se adquiere la plena felicidad del corazón. La bondad de Dios brilla más «cuando parece que nos aplasta».

En los campos que se extendían en torno a Burdeos, Teresa practicaba una caridad capilar en la ayuda al prójimo. El P. Chaminade la aprobaba, pero al mismo tiempo la ponía en guardia contra el peligro de un celo excesivo, que habría podido comprometer la habitual unión con Dios.

Para la vida espiritual encontraba en el plano personal soluciones ingeniosas: cuando faltaba el sacerdote, rezaba igualmente las oraciones de la misa; todos los sábados se confesaba ante un retrato de san Vicente de Paúl; el domingo hacía una fervorosa comunión «espiritual» y cantaba las vísperas. Habría querido unirse a Dios con votos especiales, pero el P. Chaminade no se lo permitía, porque sabía que era escrupulosa. Se lo concederá, pero solo dos años más tarde, a su regreso del exilio.

En cuanto a las lecturas, para alimentar la propia vida interior, Teresa leía las obras de santa Teresa, La perfección cristiana *de A. Rodríguez, la vida de san Vicente de Paúl, los escritos de J. Rigouleuc*[23] *y tal vez también* La doctrina espiritual *de L. Lallemant*[24]*. Una literatura de primera línea en el campo de la ascética y la mística.*

---

[21] Ofrecerse al Señor como «víctima» de expiación es una práctica bastante conocida en la Iglesia. *L' Osservatore romano* presenta el ejemplo de Rosa Giovannetti en el 60 aniversario de su muerte, ocurrida el 30 de enero de 1949. Diplomada en el conservatorio de Santa Cecilia, la joven era una violinista del Teatro de la Opera. Terciaria franciscana, abrazó los ideales de la Acción católica «viviendo en el mundo y en la clausura del corazón». En el centro de su programa de vida espiritual estaba el ofrecimiento a Dios como víctima por la santificación de los sacerdotes. A los 32 años, después de una vida de buenas obras, se vio afectada por un mal misterioso que en cuatro meses la llevó a la muerte en medio de sufrimientos atroces.

[22] Del acto de ofrecimiento de Teresa poseemos dos textos, el de 1796 y el de 1797. El segundo, más preciso, es citado en CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c.*, pp. 62-64. Es, sin duda, fruto de la dirección del P. Chaminade y termina con estas palabras: «Jesús, José y María, encadenadme por favor».

[23] J. Rigouleuc (1595-1668) es el autor de algunos tratados de devoción que se inspiraron en la enseñanza del P. L. Lallemant. Es el jesuita que ha conservado y transmitido la doctrina de este.

[24] L. Lallemant (1587-1665) es uno de los jesuitas más famosos de su tiempo; fundó una escuela espiritual formada por J. Surin, J. Rigouleuc y F. Nouet, nombres todos conocidos por el P. Chaminade. En su calidad de formador del tercer año de noviciado (que entre los jesuitas introduce al ministerio apostólico) impartió en Ruán durante algunos años una enseñanza muy valiosa, recogida por el J. RIGOULEUC con el título de *Dottrina spirituale* y publicada en el 1694. H. BRÉMOND la ha definido como «una gramática de la mística» (*Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, vol. IV). Traza las bases de la vida espiritual a través de la presen-

Al acompañarla espiritualmente, el P. Chaminade sabía claramente cuál era la meta que quería alcanzar: hacer a Teresa coherente con el generoso ofrecimiento que había hecho de sí misma al Señor, hacerle asumir la plena responsabilidad de sus actos, hacerle adquirir «la verdadera libertad de los hijos de Dios». Sabemos que, con la guía del P. Chaminade, encontró finalmente una paz plena y alegre, un coraje y una fuerza de ánimo que le permitirán afrontar y dominar las situaciones más difíciles.

La correspondencia concluía habitualmente con un pensamiento: los años pasan y es necesario tener alguna cosa concreta que presentar al Señor. Teresa entraba en los 47 años y la larga preparación se había completado. Sin saber nada del futuro, el P. Chaminade le invitaba a estar preparada para realizar una gran obra.

- *La primera carta del exilio hace referencia a un hecho. El 23 de septiembre de 1797 Teresa recopiló todos los consejos recibidos de sus padres espirituales, preparó una lista y la entregó al P. Chaminade. Este, después de haberlos leído, los aprobaba escribiéndole lo siguiente:* Siga con sencillez las reglas que ha escrito en estas cuatro páginas: estoy seguro de que llegará a hacer bien la meditación, a progresar en la libertad de los hijos de Dios en una verdadera unión con él[25].
- *De la segunda carta, Teresa recoge el siguiente breve apunte:* El P. Chaminade me escribe desde España el 3 de junio de 1798 recomendándome nuevamente seguir mi regla, añadiendo que no debo volver sobre mi pasado, no solo sobre aquello sobre lo que ya he tenido oportunidad de hablar y sobre lo que querría añadir alguna cosa, sino también sobre aquello que podría haber omitido por falta de luz, de reflexión, de examen, por olvido o por descuido; se me permite analizar los detalles solo de aquello que considero plenamente voluntario –también aquello que me costaría más-, siempre basándome en la regla.

  He aquí ahora los fragmentos de los que hemos hablado: los reproducimos íntegramente

N 11. 8 de diciembre de 1798

… ¡Ay si tuviéramos la generosidad de entregarnos completamente al Espíritu de Dios! ¡Cómo nos conduciría él! ¡Cómo dispondría todas las cosas para nuestro mayor provecho!

Lea al P. Rigouleuc, puesto que siente que le hace bien. Efectivamente, tiene cosas excelentes: sin embargo, como es muy breve, y quizá a veces oscuro, hay que tener cuidado de no creer que todo lo que dice hay que tomarlo al pie de la letra o que se puede ejecutar en poco tiempo…

N. 12. 28 de diciembre de 1798

¿Está contenta del año que ahora termina? En alguna de sus últimas cartas, se reprocha muchas negligencias e infidelidades. Querida, está usted unida a un Esposo que le ha colmado de bienes y le tiene destinados otros infinitos: pero tenga cuidado, que él mismo nos advierte que es celoso. Sea enteramente de él, puesto que él es suyo de un modo tan particular.

---

tación de siete principios, que son como otros tantos escalones que el alma deseosa de santidad debe recorrer (consideración del fin del hombre, idea de la perfección, pureza de corazón, docilidad a la acción del Espíritu santo, recogimiento, vida interior y unión con Cristo). La obra, al proceder de apuntes, tiene un carácter a veces poco elaborado y el texto resulta a menudo oscuro y con lagunas. Existe una edición italiana reciente: L. LALLEMENT, *Dottrina spirituale.* Edizione Paoline, 1985.

[25] De la *Positio super virtutibus,* p. 91

¡Qué hermosa y feliz es la suerte de las esposas del Cordero sin mancha! En efecto, él se ha inmolado por nosotros como un cordero a la justicia de su Padre. ¡Qué sentimientos debe tener una esposa para con un Esposo inmolado por ella, para unirse a ella y ser una misma cosa con ella! Ser para este Esposo muerto por ella, inmolado por ella, como un cordero, vivo y sin embargo siguiendo inmolándose siempre. ¡Qué misterio de amor! ¿Cómo podemos ser, querida, tan negligentes? ¿Cómo es que nuestros corazones están tan fríos, corazones que pretenden unirse al más amable y al más amante de los esposos?

Hace tiempo que el Espíritu Santo la lleva a ofrecerse continuamente al Señor como víctima: es un excelente sentimiento, si lo sabe aprovechar. Para conocer cuáles deben ser las cualidades de la víctima y cuál debe ser la manera de ofrecerla, mire a su Esposo. Es una víctima, y una víctima de caridad; es él mismo quien se ofrece y quien sigue ofreciéndose sin cesar y ofreciéndonos a nosotros, si nos unimos a su sacrificio de amor. Jesucristo está tan unido a este estado de víctima que conserva este carácter en su gloria del cielo: así es como se apareció a san Juan, cuando le quiso hacer ver la dicha y el privilegio de las vírgenes en el cielo; y usted sabe que, cuando él subió al cielo el día de la Ascensión, tenía las cinco cicatrices que le hicieron en la cruz. ¿Qué quiere decir todo esto? Usted lo sabe bien, querida…: hay que hacer este año nuevos esfuerzos de fidelidad; es preciso que se adorne de las virtudes que más complacen a su Esposo: la humildad, la caridad, el espíritu de sacrificio y abandono a su providencia, la pureza. Luego penetrarse de un amor tan ardiente, tan generoso, que le lleve a unirse a usted como esposo, y para eso, sacrificarse, inmolarse, convertirse en víctima…

Me gustaría que se impregnase de esta *Vida* de san Vicente de Paúl. Esta lectura, hecha cristianamente, seguro que le hace mucho bien y le puede servir quizá para seguir su camino.

Le hago llegar el algodón que ha tocado a Nuestra Señora del Pilar. Que la divina Madre se digne bendecir este algodón, si la curación de su sordera es para gloria de Dios…

N. 13. 15 de enero de 1799

Agradezco a Dios que la haya curado completamente de su sordera. Que su voluntad se cumpla en usted.

Cuide su salud. Comprendo que su existencia tiene que ser sufrida: tantos viajes hechos de manera tan incómoda, y a menudo con tiempos y por caminos tan malos son un verdadero suplicio. Tome serias medidas para disminuir las penalidades y suavizar su rigor. Santifíquelas haciéndolas con las mismas miras y disposiciones con las que Nuestro Señor y su divina Madre hicieron sus viajes en la tierra.

Que la actividad de su espíritu y ese ardor que tiene para ir en ayuda del prójimo no ahoguen en usted la operación interior de la gracia y no interrumpan ese abandono continuo en manos de Dios como una víctima que usted le ofrecerá sin cesar: una cierta moderación en el ejercicio de la caridad consigue que se haga mayor bien que siguiendo su actividad.

Procure sobre todo obrar con espíritu de humildad y de anonadamiento: en vano se ofrecería usted al Señor como víctima si no vive esos sentimientos. Dios solamente quiere víctimas humildes: si quiere que Dios haga algo en usted, sea totalmente sumisa a su gracia, dependiente de las inspiraciones de su Espíritu.

Alégrese de vivir siempre en la incomodidad de la pobreza para imitar un poco la pobreza de Jesucristo, que no tenía tan siquiera una piedra en propiedad donde descansar su cabeza.

Procure aliviar a los miembros sufrientes de Jesucristo; cuando no pueda, ruegue al Padre de las misericordias que los asista, recordando que su divino Hijo Jesucristo no ha desdeñado adoptarlos como hermanos.

Si es realmente humilde y caritativa, ¡cuánto bien puede hacer a las personas de su sexo! En Burdeos, ¡cuántas personas abandonadas tanto en lo temporal como en lo espiritual; y sobre todo cuántas expuestas, expuestas a perder una eternidad de dicha perdiendo su honor en la tierra! La humildad y la caridad hacen que ya no se sea de sí mismo, sino de Jesucristo o de sus miembros.

Si Dios nos acerca, tomaremos alguna buena resolución respecto a este lugar retirado: lleve su carga esperando con humilde generosidad[26].

Me he alegrado viendo en su carta que a veces estaba usted expuesta a grandes desprecios: no me alegro de que sufra –bien sabe Dios cómo desearía que fuese feliz- sino porque son ocasiones de vencer el respeto humano, uno de nuestros mayores enemigos: además así está usted menos alejada de nuestro modelo, en quien no vemos más que humillaciones y anonadamiento. Ánimo pues, querida… ¡ánimo! Que todas sus landas, sus brezos, sus arbustos y sus viñas puedan gritarle: ¡ánimo, ánimo…!, ¿por qué te descuidas, tú que has tenido la dicha de conocer la verdad? etc.[27].

Siento dejarle. Que Jesús y María derramen sobre usted abundantes bendiciones.

N. 14. 1 de febrero de 1799

A las dificultades de lo temporal se juntan dificultades espirituales. Estamos pues, querida…, ante todo tipo de adversidades. Habrá que mantener siempre levantado el escudo de la fe: este escudo es impenetrable a los ataques del enemigo, de cualquier especie o naturaleza que sean. Me parece verla valiente… diciendo sin cesar, con espíritu de fe: sí, la pobreza vale más que las riquezas, la pobreza es el camino del cielo; el Esposo de las vírgenes no tenía dónde reposar la cabeza, etc. La humillación es el germen de una gloria eterna; la humillación es la más hermosa librea del cristiano; Jesucristo ha entrado en la gloria por las humillaciones, etc. Vamos, sea valiente, teniendo sobre todo un arma invencible.

Siento tener que dejarla. Que el Espíritu del Señor le anime: solo él puede darle coraje…

[26] La señorita de Lamourous acababa de perder a su padre, junto al que había estado hasta entonces en Pian. Ella pensaba vender esta propiedad, cuyo mantenimiento le resultaba oneroso, porque la Revolución había reducido su familia a una gran estrechez. Aquí el P. Chaminade le disuade del proyecto de desprenderse de Pian, con la esperanza de que esta finca podría servir a sus obras futuras. Pian se conservó y ha prestado siempre importantes servicios a la Misericordia de Burdeos.

[27] Alusión a la actividad apostólica y caritativa que Teresa desarrollaba recorriendo los campos de Burdeos.

N. 15. 2 de marzo de 1799

Querida…, solo seremos felices y tendremos la paz del alma cuando nuestras voluntades sean enteramente conformes a la de Dios: que nuestra sumisión y nuestra resignación a las disposiciones de la Providencia nos den la tranquilidad independientemente de la variedad de los acontecimientos…

… Aprovecho el minuto que me queda antes de que salga el correo para exhortarla a darse a Dios más sinceramente que nunca. Acostúmbrese a cuidar su corazón: dirija todos sus movimientos a solo Dios y su servicio, no por un esfuerzo mental sino por amor. Su actividad natural podría perjudicar a esa vida interior que hace que busquemos a Dios en todo y que no busquemos más que a él.

Le dejo deseándole la gracia y la paz de Jesucristo.

N. 16. 13 de abril de 1799

Cuando le escribí, querida, a principios de año, no tenía ninguna intención de llevarla a hacer ningún voto; puedo incluso decirle sinceramente que no pensaba en ello y que se lo escribí tal como lo sentía. ¿Hay que hacer votos para unirse a Jesucristo? ¿Es su Esposo solo por los votos? Los votos son una buena cosa; son actos de religión; pero Dios no pide que todos le sirvan de la misma manera. Usted puede, querida amiga, tener la dicha, el honor y el beneficio de ser la esposa de Jesucristo sin hacer votos. Menos que nadie debe usted suponer en mis cartas más cosas de las que le digo, porque me gusta decir todo, pensando que usted es suficientemente franca como para replicarme, si me he olvidado de algo: eso sería precisamente lo que habría que hacer.

N. 17. 27 de abril de 1799

Usted comprende, querida…, la dificultad de realizar la ofrenda que usted ha hecho de sí misma como *víctima:* es de prever que cuanto más trate de realizarla, más repugnancia experimentará su naturaleza; quizá incluso se debatirá como una víctima que se degüella; pero su fe, su amor por el Cordero de Dios degollado, el conocimiento del precio de los sufrimientos y humillaciones que Jesucristo ha divinizado en su adorable persona, la justicia de Dios que es preciso apaciguar para usted y para los demás, todas estas miras sobrenaturales, si penetran bien su alma, harán que usted se ría de lo que parece abrumarle a veces. Su situación me viene a menudo a la mente etc.

N. 18. 19 de julio de 1799

Sea valiente, querida…; todas sus cartas me producen alegría, pero la última más que todas las demás. Abandónese en todo y para todo…

Estoy trabajando en dos ramilletes, uno para usted y otro para mí, que llevaré a la Santísima Virgen, en la primera de sus fiestas…

N. 19. 23 de septiembre de 1799

… Elevémonos, querida…, por encima de los sentidos, usted, superando la impaciencia de sufrir por la fuerza de la esperanza y del amor, y yo combatiendo mi sensibilidad y mi compasión por las miras de la fe.

Tengo que confesarlo, puesto que le gusta que le diga todo: si escucho a mi naturaleza, la compadezco; pero si miro la fe, digo enseguida: Teresa es feliz, sufre; y si en este momento usted estuviese aquí, yo le felicitaría, además de todo corazón. Porque, querida hija, aunque yo sea el más flojo y el más sensual de los hombres, tengo sin embargo una firme fe en que todos los que sufren son felices; lo creo tan firmemente como creo en el misterio de la Santísima Trinidad. – Pero ¿en qué consiste la felicidad de sufrir? Cuidaré de no responder directamente a esa cuestión: creería ofender al amor al sacrificio que Dios le ha inspirado por él y por la divina víctima del Calvario y de nuestros altares. Solo le diré que procure que el fuego no se apague; ponga a menudo la leña.

La cuestión de saber cómo debe usted comportarse en su situación es más difícil de resolver…

N. 20. 5 de julio de 1800

Le adjunto trece pequeños grabados de la vida de santa Teresa. No son tan bonitos como yo hubiese querido: pero si son la ocasión de crecer un solo grado en el amor de Dios, ya estaré contento de este pequeño descubrimiento.

Le confesaré que me complacerá mucho verla a menudo ocupada en esta gran amiga de Jesucristo. Además de la obligación que usted tiene, por estar bajo su protección y llevar su nombre, es que Dios parece haberla hecho para amarle aún más de lo que lo aman ordinariamente incluso los cristianos fervientes. ¿Por qué no entregarse enteramente al amor divino como lo hizo tan felizmente santa Teresa? He aquí un gran tema de reflexión.

Me gustaría mucho hablar de una materia tan abundante e interesante. Me limitaré a una sola observación relativa a este tema: es la de sondear, interrogar a menudo a su corazón si se deja afectar por alguna otra cosa que no sea Dios o los intereses de Dios. Este examen lleva a la mortificación interior, al espíritu de sacrificio, etc., pero finalmente conduce al amor divino.

Mi querida hija, ¡ojalá tenga yo la dicha de ver su corazón entregado totalmente al amor, sensible solo a los intereses del Bien amado! Quizá el amor divino le habría ya herido si hubiese tenido un Padre que estuviese él mismo penetrado de ello. Pida siempre a Dios que tenga misericordia con él y no permita que sus pecados recaigan sobre sus hijos…

N. 21. 26 de julio de 1800

Aunque no tengo nada especial que decirle, mi querida Teresa, me siento inclinado a escribirle. Así, tomo la pluma sin saber lo que voy a decirle. Hago como una madre que tuviera la vanidad de hacer a su hija muy bonita, o más bien de ponerla muy elegante pero no tiene con qué: pero hay una diferencia, y es que el sentimiento que haría que yo quisiera engalanar a mi querida Teresa para hacerla agradable a su Esposo no es un sentimiento vano, aunque mi pobreza sea muy real. –Tengo un gran deseo de complacerle, me dirá usted. – Yo le creo, y además es muy necesario que lo tenga, y que sea muy ardiente; por-

que, querida hija, cuesta poco dejarse acomodar. Podría decirle lo que me dijo un día mi difunta madre, en mi infancia, para vencer la resistencia que yo oponía a dejarme lavar y peinar. *Para estar guapo,* decía ella, *tiene que costar.*

Si no le hubiese dicho al empezar que le escribía sin un plan, usted estaría ya temblando: creería que yo quería prepararla para emprender algo duro y difícil. Pero no; por el momento, no tengo nada especial que indicarle, aunque ya sé que está usted dispuesta a todo. Puede suceder, e incluso no hay ninguna duda de que Dios la hace pasar por grandes pruebas; y, en el fondo, si él no lo hiciese, ¿quién (dicho sea entre nosotros), quién tendría el valor de hacerlo? ¿Quién podría humillarla y hacerla descender de alguna manera más debajo de la nada? ¿Quién podría hacerla sufrir en su cuerpo y arrancar la sensualidad que anida en todos sus sentidos? Quién, etc., etc. No quiero infundirle miedo. Su Padre la ama mucho; pero ¿tendría él el coraje de mantenerla siempre en la humillación, hasta que el orgullo fuese completamente ahogado? ¿Podría atarla y tenerla clavada en la cruz hasta que el hombre viejo haya expirado? Y usted misma, que desearía arreglarse y revestirse del vestido nupcial, ¿hubiera imaginado rodar, durante años enteros, en el desprecio y verse reducida a semejante indigencia, etc.? Ya ve usted que es necesario que Dios ponga ahí su mano. Pero ¿no es demasiado pesada su mano? – Sin duda; pero ¿se ha dado usted cuenta de cómo el orgullo, la sensualidad habían penetrado antes; qué profundas raíces habían echado en su alma? ¡Oh bondad y misericordia de nuestro Dios, que cuando mejor surgen es cuando parecen abrumarnos!

Le diré, mi querida Teresa, que no la dejaré tranquila hasta que la vea sonreír a la pobreza, a los sufrimientos y a las humillaciones. – Entonces, me dirá, ¿usted ve amables a esas tres terribles hermanas? etc.

N. 22. 26 de agosto de 1800

… Sea valiente: el tiempo y los años pasan; nosotros avanzamos, mi querida Teresa, avanzamos en nuestra carrera, usted y yo, y tenemos poco más o menos la misma edad; nuestros cuerpos se gastan y todavía no hemos hecho nada. Es cuestión de comenzar algo bueno y de hacer algo por la gloria de Jesucristo, nuestro buen Maestro. Piense en ello y yo también pensaré. Creo que usted sentiría mucha vergüenza de morir sin tener nada que presentar a su Esposo, etc.

N. 23. 6 de septiembre de 1800

Me alegro en el Señor de los buenos sentimientos que la gracia le inspira; no dude de que me esfuerzo en cultivarlos y en hacerles producir los frutos que la divina Providencia tiene derecho a recoger…

Me complace que cada vez tenga más devoción a santa Teresa…[28].

[28] Teresa de Lamourous, después de su muerte, fue enseguida honrada con una bella biografía, iniciada por el conocido P. de Ravignan, que en 1837 sucedió a Lacordaire como predicador en *Notre-Dame*, y concluida por el P. Pouget. La obra, de 450 páginas, publicada en 1843 cerca de Perisse, fue reeditada más veces y traducida en diversas lenguas, también en italiano.

SEGUNDA PARTE

UNA PRIMAVERA INCIERTA

LA AZAROSA VIDA DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

1. Introducción

a) La pasión por los últimos

Al regresar a Francia en el otoño de 1800, el P. Chaminade se dedicó a levantar la Iglesia de la situación a la que la habían reducido diez años de desgarros internos y de persecuciones. Estaba decidido firmemente a afrontar los nuevos desafíos apostólicos: el abandono de la vida cristiana, la degradación de las estructuras eclesiásticas y la indiferencia religiosa. Con este fin, pidió y obtuvo de la Santa Sede el título de Misionero apostólico. Su compromiso por la evangelización apuntó enseguida a cuatro objetivos específicos: la urgencia de la realidad social, el cuidado de la juventud, la restauración de las órdenes religiosas y el renacimiento asociativo y misionero. Con el concordato de Napoleón la Iglesia constitucional quedaba herida de muerte: todo el episcopado debía ser reconocido oficialmente por el Papa. Era silenciado también el galicanismo: obispos y sacerdotes, al regresar del exilio, tenían que asumir una mentalidad nueva. El P. Chaminade no se situó entre los nostálgicos. Estaba convencido de que era necesaria una apertura mental adecuada a los tiempos, creadora de instituciones renovadas e incluso de un nuevo tipo de espíritu misionero. La comunidad eclesial se veía despojada de la hegemonía temporal de la que había gozado hasta ahora: era necesario, por tanto, aceptar la propia purificación social e insertarse en un tejido apostólico con actividades totalmente desinteresadas.

El P. Chaminade era una personalidad compleja, que se dejaba conducir por la fe y por la Providencia. Durante dieciocho meses administró una gran diócesis, la de Bazas. Después rechazó ejercer como párroco. Actuó casi como explorador libre, en el corazón de una ciudad como Burdeos, donde los males sociales se escondían, por así decirlo, bajo el manto de la filosofía del buen humor y de la indiferencia. En esta metrópoli posrevolucionaria se encontró enseguida en el puesto del buen samaritano, mientras cultivaba en el corazón el ideal misionero. Por todas partes vagabundeaban jóvenes no preparados para la vida, sin formación ni oficio y llenos de agresividad. Las personas salidas de la cárcel vivían en estado de abandono y las aceras hormigueaban de prostitutas. Faltaban completamente «primeros auxilios» sociales y religiosos que pudieran de acoger a quien se encontraba en situación de emergencia. El P. Chaminade habría podido pasar de largo, contentándose con un curso de predicación o una misión ocasional, pero había comprendido que a los marginados no les bastaba con el anuncio de la «palabra», aun reconociendo que la conversión era siempre el tema central. Era necesaria una «misión permanente»: centros estables de apoyo a la fe, donde fuese posible la acogida con vistas a una recuperación. Por ello comenzó con las prostitutas, que eran ciertamente la plaga social más visible.

La anciana sra. Pichon Longueville había pensado, antes de la Revolución, en una casa de acogida para mujeres de mala vida, pero la iniciativa no llegó a buen puerto. Ahora estaba decidida a retomarla con la ayuda del P. Chaminade. Este pensó en servirse de la colaboración de Teresa de Lamourous. De primeras, esta lo rechazó, pero después tuvo un sueño: vio al Buen Pastor que la pedía recoger las ovejas perdidas de su rebaño. Al día siguiente acompañó al P. Chaminade a visitar, de manera aparentemente informal, la casa que se estaba preparando con ese objetivo. Observó cada cosa con interés y, finalmente, una vez en la puerta, no salió sino que dijo a su director espiritual y superior de la residencia: «Buenas noches, me quedo aquí». Así nació «La Misericordia» en 1801 y fue una aventura increíble que sorprendió a toda Burdeos. Era algo similar al *Cottolengo* de Turín, sin ninguna renta fija: las penitentes vivían de la caridad y del propio trabajo (fabricación de cigarros, que hacían manualmente). Entre sus benefactores figuraban ministros y el mismo Napoleón, que consideraba aquella obra «una maravilla». La entrada era libre y la estancia

gratuita: las penitentes salían cuando la directora había encontrado para ellas una salida decorosa. En el «reglamento», preparado por el P. Chaminade y Teresa, la institución era entendida no como un asilo sino como una casa de educación en la fe: «un seminario de arrepentimiento», como escribirá G. Goyau[29].

En 1807, siguiendo el consejo del P. Chaminade, Teresa adquirió el amplio y espacioso exconvento de la Anunciación, al que trasladó a sus penitentes y colaboradoras. En 1813, para dar estabilidad a la obra, dio a la fundación los estatutos de una verdadera congregación religiosa, que fue llamada «La Misericordia». Confiando en el seguimiento formativo del P. Chaminade, abrió en 1818 un noviciado. En 1823 las penitentes eran doscientas: por ello fueron necesarias nuevas fundaciones dependientes en las ciudades de Laval, Cahors, Libourne e incluso fue creada una red de casas en Polonia. El instituto de la Misericordia todavía existe hoy día y desarrolla una actividad beneficiosa. Un biógrafo de Teresa de Lamourous[30] ha escrito que solo la casa de Burdeos, de 1801 a 1912, había hospedado a 6.818 penitentes.

Teresa encontraba la fuerza de perseverar en su difícil misión en el recurso a una espiritualidad extraordinaria. Renovó al menos tres veces con cierta solemnidad la ofrenda de sí misma a Jesús en calidad de víctima. Las *Cartas* del P. Chaminade refieren su programa de vida, que era casi un tratado de ascética y mística[31]. En la escuela del P. Chaminade desarrolló una cuidada devoción a la Virgen: por la noche le gustaba contemplar la luna, porque su esplendor le recordaba la imagen sin adorno de la Virgen. En los jardines de la casa de la Misericordia, todos los sábados del mes tenía lugar una procesión en honor de María, durante la cual se renovaba la consagración de la obra a su Corazón Inmaculado. En el reglamento específico de la Misericordia, el día venía marcado por siete oraciones marianas. En toda dificultad de carácter material, Teresa ponía una carta debajo de la estatua de María; cuando la dificultad se resolvía, la sustituía con una tarjeta de agradecimiento. Sus últimas palabras en el lecho de muerte fueron el consejo de recurrir siempre a María: «¡Consultadla en las dificultades, tomadla por Madre!»[32]. Murió el 14 de septiembre de 1836. Actualmente la Iglesia ha reconocido la heroicidad de sus virtudes.

b) La congregación mariana (1800-1809)

Entre las múltiples formas de asociación que caracterizan la historia de la Iglesia son frecuentes los movimientos marianos, es decir, ligados particularmente a la Virgen María, por lo general desde la perspectiva de la imitación de sus virtudes o de la asimilación de algunos de los misterios salvíficos en los que ha estado implicada. Una de las características dominantes de la creación de estos movimientos es el interés por un particular privilegio mariano, la afirmación de un título querido por la piedad popular o también la atención especial hacia un elemento devocional (medalla, escapulario, rosario…) considerado como expresión de un vínculo existencial. Entre las asociaciones presentes en Burdeos, el P. Chaminade prefirió la Congregación mariana de Santa Colomba, transmitida por los jesuitas a los capuchinos (después de la supresión de la Compañía) y después a Noel Lacroix en el período prerrevolucionario. La conocía por haber participado en ella durante los estudios filosóficos. Tenía como objetivo sostener a los cristianos mediante la mutua edificación. Él pensaba que, con algún cambio, podría resurgir nuevamente para desarrollar una labor de recuperación del mundo juvenil. Bastaba con superar el tradicional «devocionismo» –algo

[29] G. GOYAU, académico de Francia, es autor de una breve pero apreciada vida del P. Chaminade (París, Bloud y Gay, 1913). Es uno de los estudios más destacados escritos sobre este tema.
[30] A. GIRAUDIN, *Marie Thérèse Charlotte de Lamourous*. Imprimerie L. Deltrel, 1912, p. 182.
[31] CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c*., pp. 57-81.
[32] Estas informaciones han sido obtenidas de la *Positio super virtutibus* de Teresa de Lamourous.

sentimental y emotivo- e intentar introducir un modelo dinámico y propositivo de la vida evangélica. Para ello era necesario sobre todo suprimir el «aura de secreto» que la había caracterizado en sus mejores tiempos. Se delineaba una específica estrategia apostólica: «nuevas tácticas de combate», como amaba definirla su creador[33]; dar vida a cenáculos de amigos infundiendo en ellos una espiritualidad de conquista. En torno a agrupaciones fundamentalmente laicas y no secretas se debían tener manifestaciones de vida religiosa y un buen número de actividades, desde la catequesis hasta la asistencia moral y material a los pobres.

No había tiempo que perder. Así el 8 de diciembre de 1800 inició enseguida la «nueva» Congregación mariana en un modesto oratorio alquilado en el centro de Burdeos. No sabemos con seguridad cómo se desarrollaron los hechos. Lo cierto es que el P. Chaminade eligió cuidadosamente a los «fundadores». El 2 de febrero de 1801 los primeros doce congregantes se consagraron a la Inmaculada «prometiendo honrarla y hacerla honrar como Madre de los jóvenes». Poco después se unieron a la asociación algunos sacerdotes, entre ellos J. B. Rauzan, futuro fundador de dos familias religiosas, y N. Lacroix, que había regresado del exilio. Observando este grupo de pioneros, salta a la vista una característica: forman parte de ella sacerdotes, clérigos, obreros, estudiantes y profesionales. Es decir, sacerdotes y laicos juntos, un principio constantemente querido por el P. Chaminade, que en sus obras quiso siempre reflejar la composición mixta de la Iglesia. Desde 1801 la Congregación tuvo un *Manual* para sus miembros, rico de oraciones y de buenos consejos, con una hermosa y larga introducción que hablaba de María y de la consagración a su servicio, presentada ya entonces bajo la perspectiva de una «alianza».

La Asociación tuvo un desarrollo muy rápido, vertiginoso. En 1803 los congregantes eran ya varios centenares. Cuando mons. d'Aviau llegó a Burdeos, encontró grupos tan florecientes que decidió apoyarlos totalmente: le dio a su fundador una amplia libertad de acción y lo nombró, como signo de reconocimiento, canónigo honorario de la catedral de san Andrés.

Como la primera sede se quedó pequeña, el P. Chaminade alquiló una iglesia abandonada dedicada a María Magdalena (1804). Aquí dio a todo el conjunto una nueva y más adecuada organización. El gobierno estaba confiado a la guía de un Prefecto, ayudado por consejeros. Eran muchos los que trabajaban en un servicio concreto. Había quien debía visitar y se encargaba de la ayuda a los congregantes enfermos. Si alguno de ellos no podía pagarse las visitas médicas y las medicinas, se recurría a la ayuda gratuita del doctor Trocard, congregante del grupo de los padres de familia. Algunos se encargaban de visitar los hospitales y las cárceles; otros se interesaban por los huérfanos, por los parados en búsqueda de trabajo o se ocupaban de la asistencia a los pobres; otros se dedicaban a la catequesis de los niños y de los adultos en las parroquias; incluso había quien debía mantener contactos por carta con los congregantes ausentes.

La estructura de la Congregación era ingeniosa y compleja. Reunía a todos los congregantes en cuatro grandes secciones: los jóvenes, las jóvenes, los padres de familia y las «Damas del retiro». La sección de las jóvenes fue dirigida hasta 1808 por Teresa de Lamourous: se llamaba «Sociedad de la purísima María y del glorioso José» Los padres de familia eran doctores, jefes de oficina, obreros, jueces y hombres de negocios. Las «Damas del retiro» se proponían hacer todos los meses un retiro espiritual. Se creó también una sección específica solo para los sacerdotes y

[33] *Nova bella elegit Dominus* (cf. Vulgata, Jueces 5,8). El himno que los congregantes cantaban al inicio de cada reunión tenía un tono persuasivo que arrastraba, una capacidad juvenil de persuasión: «Enrolados bajo el estandarte de la augusta María / cantamos su gloria y su grandeza. / Amigos, ¡consagremos a Ella nuestra primavera! / Ella nos asegura la felicidad: / alegra de hecho al que se compromete / en una vida caracterizada por sus consejos. / Su culto es el tesoro del sabio / que sabe escuchar su llamada ya desde la mañana. / A la voz del Señor / un ejército de hermanos / vive el generoso proyecto / de bendecir y exaltar a una Madre dulcísima / que lleva a todos en su seno. / Así María confirma su coraje / y la paz del corazón es su premio. / Dios, conserva la obra / emprendida para tu gloria» (Cf. J. VERRIER, *Jalons I*, *o. c.*, cap. XI, p. 262).

seminaristas. Para garantizar el relevo natural de la Asociación, el P. Chaminade instituyó en 1803 la categoría de los «postulantes», que comprendía a muchachos entre 12 y 16 años. Eran seguidos y dirigidos por congregantes catequistas y por padres de familia. Pensó también en los «alejados», que necesitaban una preparación especial para acceder a la fe. Era la categoría de los «simpatizantes». En general se trataba de jóvenes a partir de los 16 años que no habían hecho todavía la primera comunión. Eran confiados a un «introductor», persona simpática capaz de unir la religión con la diversión. Cuando los progresos parecían suficientes, eran acogidos entre los «probandos», es decir entre aquellos que debían dar prueba de estar preparados para llegar a ser «congregantes» a todos los efectos. De los varios cuerpos de la Congregación, los jóvenes y los postulantes se demostraron, como estructura, los más dotados de talento inventivo y de fantasía creativa. El todo era como una pequeña federación regida por un principio que era reafirmado continuamente: «unión sin confusión».

El P. Chaminade sabía que no se podía mantener a los jóvenes solo con la espiritualidad. Ellos tenían necesidad también de recreo y diversión. Por ello la Congregación organizaba juegos, paseos, comidas, academias, cantos, discusiones y diálogos. Todos los grupos se reunían en asamblea plenaria para las celebraciones religiosas y las conferencias de organización general. En lo referente al resto, es decir a las actividades y a la formación específica, cada grupo era autónomo. El P. Chaminade se preocupaba sobre todo de la formación de sus congregantes y daba mucha importancia a la dirección espiritual. El P. Lalanne escribía que «era un hombre nacido para hacer de guía a otros hombres»[34]. Preparaba cuidadosamente sus instrucciones, que eran breves y concisas. En cada misa la homilía no duraba más de un cuarto de hora. Pero a los más receptivos les daba la posibilidad de una formación más profunda con verdaderos y propios cursos de dogma y de moral. Y los frutos de tanto trabajo fueron enseguida visibles y abundantes. La Congregación ofreció vocaciones a una decena de congregaciones religiosas y dirigió el seminario diocesano hasta el año 1814. Bajo la dirección de Rauzan floreció la gran institución del Sagrado Corazón. El P. Chaminade tuvo además el mérito de haber introducido en Burdeos, y por ello en Francia, a los Hermanos de las escuelas cristianas, a los que ofreció como noviciado su propiedad de San Lorenzo y como superior al congregante L. Lafargue[35].

c) La Congregación mariana y Napoleón (1809 - 1815)

La Congregación mariana del P. Chaminade no era una asociación política y sus reglamentos preveían el alejamiento de quien se declarase o se manifestase «enemigo del gobierno». Los congregantes rezaban por el emperador y, como era obligado, usaban el *Catecismo* impuesto por él. Pero los hechos ocurridos el año 1809 apagaron en todos el entusiasmo que había suscitado la

[34] V. VASEY, *Chaminade. Un altro ritratto*, *o. c.*, p. 214. La dirección espiritual tiene dos momentos históricos de una práctica intensa. Sobre todo en Oriente en el período dorado del monaquismo: el director es el padre, realiza el discernimiento, tiene el don de la profecía. En Occidente se convierte en el siglo XVI en una institución, gracias a san Ignacio, santa Teresa, san Carlos Borromeo… El P. Chaminade vivió en el surco de esta tradición. Hoy está sufriendo una crisis desconcertante: por ingenuidad filosófica en relación con el concepto de libertad, por malentendidos psicológicos en relación con la madurez de la persona, por ambigüedades pedagógicas en relación con una presunta e inaceptable dependencia infantil. Sin embargo, la dirección espiritual sigue siendo una eficaz búsqueda a dos de la voluntad de Dios.

[35] Sobre la Congregación mariana han sido consultadas dos obras: L. RUGGIN, *La Congregazione mariana di G. Giuseppe Chaminade.* Milán, 1975-76; J. VERRIER, *La Congregación mariana del P. Chaminade. T. I: Historia. Tomo II: Apéndices y documentos*. Madrid, SPM, 2014, 544 p. y 488 pp. Sobre los Hermanos de las escuelas cristianas cabe destacar que el congregante B. Rotis llegó a ser el Hermano Eloy, asistente del Superior general.

llegada del imperio. La persecución llevada a cabo por Napoleón contra el papa Pío VII no fue solo un sacrilegio sino también un grave error político. El progresivo deterioro de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la Francia imperial tuvo su epílogo en la ocupación de Roma por parte del ejército francés y la sucesiva anexión de la ciudad papal a Francia. Pio VII fue hecho prisionero y llevado a París.

Desde el lejano 1802 las autoridades civiles de la policía estaban detrás de la Congregación. En un informe al gobierno de París aparece la preocupación por su excesivo desarrollo y por los temas que eran debatidos en las reuniones de sus grupos:

> Se habla de modo injurioso de Voltaire, de d'Alembert, de Diderot…[36].

A Napoleón, en conjunto, no le agradaba el P. Chaminade. En 1808, de paso por Burdeos, había pedido al vicario episcopal su alejamiento: no lo encontraba flexible ni dócil. Cuando parecía que, a pesar de todo, la Congregación había encontrado el camino seguro hacia la estabilidad, sucedió un hecho grave. Con gran imprudencia, un congregante brillante, sin saberlo el P. Chaminade, se puso a difundir la bula con la cual el Papa había excomulgado a Napoleón. Había obtenido una copia a través de Alexis de Noailles, prefecto de la Congregación de París, dirigida por los jesuitas, con la que la Congregación de Burdeos mantenía relación epistolar además de la comunión en la oración. En el otoño de 1809, la policía descubrió la correspondencia entre Lafon y Noailles y procedió a su arresto. El 4 de noviembre, con una decisión fulminante, el Emperador ordenó a su ministro de policía disolver todas las asociaciones católicas. Después de haber sufrido un registro en su domicilio, cuyo resultado fue negativo, el P. Chaminade intentó por todos los medios demostrar su lealtad al imperio. Sin embargo, todos los intentos fueron en vano y la Congregación permaneció prohibida hasta la caída de Napoleón.

El P. Chaminade se despidió de sus mil congregantes y se retiró a San Lorenzo. De hecho, sus congregantes continuaban reuniéndose a escondidas. Durante la supresión, el «grupo selecto» de la Congregación creció en importancia y adquirió fuerza en el nivel de la interioridad espiritual. Sus miembros se consagraban a Dios con votos de religión, aun permaneciendo en el mundo, dedicándose con mayor ardor a la «multiplicación de los cristianos». Se había convertido en un verdadero y propio Instituto secular *ante litteram*. El apostolado de este grupo era realizado sobre todo a través de la influencia personal positiva ejercida sobre las personas concretas. La vida de Lacordaire es la demostración práctica de la fuerza que puede tener el contagio tanto en el bien como en el mal. El P. Chaminade creía en esta actitud activa y capilar, que llamaba «proselitismo», excluyendo de este término cualquier aspecto propagandístico. Él, por su parte, no permanecía inactivo, sino que continuó su compromiso pastoral en la Magdalena, aceptó algunas clases en el seminario y colaboró con los párrocos de la ciudad. En un cierto momento, la Providencia le abrió otro inmenso campo de actividad apostólica en Agen. La Pequeña Asociación de Adela de Trenquelléon, que la policía no había detectado, permaneció como la esperanza más viva de su misión religiosa durante los años de la supresión de la Congregación.

Durante este tiempo, Lafon estuvo arrestado: transferido a una casa de reposo, hizo amistad con el general Malet. Con él preparó el golpe de mano que, el 23 de octubre de 1812, después del desastre de Rusia, debía destronar a Napoleón. Pero los conjurados fueron capturados durante el desarrollo de este intento. Sin embargo, Lafon, disfrazado de carbonero, consiguió huir[37]. Al no

[36] Los archivos de la Compañía de María (AGMAR: 42) conservan numerosos discursos de los congregantes que tienen por objeto los errores de Bayle, Voltaire, Rousseau,…

[37] Lafon consiguió integrarse en la enseñanza bajo un falso nombre, a pesar de que se ofrecía por él una gran recompensa. Durante la Restauración tuvo el reconocimiento de la Legión de Honor e importantes encargos

encontrarlo, actuaron contra el P. Chaminade, que fue nuevamente interrogado y encarcelado. Las sospechas recaían sobre la Congregación, pero se encontró nada imputable al P. Chaminade, que fue puesto en libertad junto con su amigo David Monier[38].

El 30 de marzo Napoleón fue obligado a abdicar y fue confinado en la isla de Elba, mientras Burdeos abría las puertas al duque de Angulema, el futuro Carlos X. De golpe la Congregación resucitó[39]. Entonces el P. Chaminade, al que importaba poco la política, manifestó sus sentimientos monárquicos. Pero la fiesta duró poco. Al año siguiente, con el regreso triunfal de Napoleón a París, los problemas volvieron otra vez. Durante los «Cien días» la policía, considerando que la presencia del P. Chaminade en Burdeos era peligrosa para la tranquilidad pública, lo arrestó y encarceló por dos días (23-25 de junio) y después lo confinó a una localidad desconocida[40]. Después de la abdicación definitiva de Napoleón y su destierro a la isla de Santa Elena, el P. Chaminade pudo regresar a Burdeos, feliz de ver resurgir sus asociaciones, a pesar de alguna queja de los párrocos que veían que les quitaban sus fieles[41].

El 30 de abril de 1814 se pusieron las bases para la reorganización de la Congregación. Más de doscientos congregantes firmaron solemnemente una *Convención* redactada en la apertura de un registro con cubierta roja e hilos dorados. La *Convención* acentuaba el carácter mariano de la asociación. Todas las obras del P. Chaminade tienen un destacado carácter mariano, incluida la Misericordia. Lo testimonia el *Manual del servidor de María* que, aun siendo, según el parecer del P. José Verrier, el resultado de una adaptación de una obra existente constituye

> la más antigua expresión del P. Chaminade sobre la naturaleza y las obligaciones de la consagración mariana[42].

Pero en 1814 los tonos se acentúan. Queriendo repensar la Congregación, el P. Chaminade sintetiza su pensamiento en algunas páginas (fruto de la mencionada *Convención* entre las diversas ramas de la Asociación). En ellas se dice claramente que la difusión del culto de María es el gran medio para llegar a Cristo y que «todo lo que se hace en la Congregación emana de la Consagración»: surge en definitiva de aquella fuente[43].

---

administrativos. En 1826 recibió las órdenes sagradas. Murió diez años después, mientras era el presidente de los filósofos cristianos.

[38] De tal opinión, que parece la más digna de consideración, es el P. Lalanne (*Dict. des ordres religieux*. Éd. Migne, col 745). El P. Simler, en cambio, piensa que el arresto debe atribuirse a dos revueltas de los panaderos que eran congregantes del P. Chaminade, bajo la dirección de David Monier (cf. J. SIMLER, *G. J. Chaminade*, t. I. Madrid, SPM, 2005, p. 274). En vano el P. J. Verrier buscó documentos de esos hechos en los archivos de la policía.

[39] De 1801 a 1803 la Congregación vivió y se desarrolló en los locales más bien pequeños de la calle St. Siméon. Es cierto, sin embargo, que el P. Chaminade utilizaba también los locales de San Lorenzo. Gracias al apoyo de mons. d'Aviau, pudo trasladarse a la Magdalena y celebrar allí la fiesta de la Asunción el año 1804. La Magdalena había sido un antiguo convento, un almacén durante la Revolución, una parroquia constitucional y finalmente la iglesia auxiliar de la parroquia de San Eloy. Durante el imperio, el P. Chaminade no disponía más que de la capilla y de las dos sacristías para las reuniones. En 1814 pudo alquilar todo el conjunto. Cf. E. WELTZ, *Sur les pas du Père Chaminade à Bordeaux*. París, 1892, p. 14.

[40] ¿Dónde fue desterrado? Se piensa que a Périgueux, pero el P. J. Verrier es de la opinión que residió en casa de algún conocido de Chateauroux (cf. *Revue d'histoire de l'Église de France*, 1955, p. 289).

[41] Sobre el caso napoleónico consultar A. COBBAN, *La società francese e la rivoluzione*. Florencia, Vallecchi, 1967; J. C. HEROLD, *L'età di Napoleone*. Milán, Il Saggiatore, 1968; M. GOHRING, *Napoleone*. Milán, Edizione Paoline, 1969.

[42] J. VERRIER, *Jalons…*, *o. c*., (segunda serie), cap. III, p. 63.

[43] *Ibid*., (tercera serie), doc. 16, p. 251.

2. La correspondencia

No esperemos encontrar ya cartas a María Teresa de Lamourous. Ella vivía en Burdeos y la dirección se hacía cara a cara. La guía de la Congregación no produjo una correspondencia de gran profundidad espiritual o apostólica, exceptuando una carta al Papa, una nota a David Monier y un apasionado «apunte» en defensa de la Congregación el año de la supresión. Para la dirección espiritual, los congregantes tenían al P. Chaminade a su alcance. Merece ser recordada una carta al Superior de los Hermanos de las escuelas cristianas, que explica la situación en la que se encuentran los hermanos en Burdeos. Muy diversa y organizada es la correspondencia con Adela de Trenquelléon, que versa sobre temas de formación espiritual.

Adela era una joven de familia noble que, durante la Revolución, fue obligada, siendo todavía una niña, a emigrar con su madre y la hermana más pequeña a España y luego a Portugal, mientras que el padre estaba exiliado en Inglaterra. Tras regresar a Francia en 1801, manifestó su deseo de hacerse carmelita. Debido a su corta edad, la madre la disuadió. Entonces ella comenzó a dedicarse a obras de caridad y de apostolado: visitas a los pobres y enfermos, formación y catequesis a los niños abandonados, empleando en esas actividades todo el dinero que conseguía de la familia o ingeniosamente a través de su propio trabajo (bordado, costura, cría y venta de animales de corral…). Apenas quinceañera fundó la «Pequeña Asociación», un grupo de oración y ayuda mutua, animado por un fuerte espíritu de conquista, que pasó de 7 miembros en 1805 a 60 en 1808. Adela, que vivía prácticamente aislada en el castillo paterno, situado en los alrededores de Agen, se mantuvo en contacto con las amigas pertenecientes a la «Pequeña Asociación» a través de una gran cantidad de correspondencia, en la que manifiesta ser plenamente consciente de la responsabilidad sobrenatural que deriva de la vocación cristiana que quiere vivir en plenitud[44]. En 1808 el sr. Lafon (el congregante que con sus imprudencias puso en serias dificultades al P. Chaminade), se encontró por casualidad, mientras visitaba el hospicio de Figeac, con la baronesa de Trenquelléon, madre de Adela. En el diálogo que se estableció entre ellos, la baronesa habló de la hija, de su «Pequeña Asociación», cuyos miembros se dedicaban a la santificación propia y a las obras de caridad… y el sr. Lafon le habló de la Congregación mariana de Burdeos y de su extraordinario fundador, el P. Chaminade, destacando la afinidad existente entre las dos asociaciones y sugiriendo un posible hermanamiento… La baronesa, siguiendo el consejo de Lafon, habló con Adela del encuentro que habían tenido y la invitó a pedir la integración de la «Pequeña Asociación» en la gran y organizada Congregación de Burdeos.

El P. Chaminade acogió con alegría la propuesta que Adela le hizo a través de una carta de crear una amistad fraterna con la «Pequeña Asociación» de Agen y enseguida estudió el modo de establecer una correspondencia clandestina con la joven del castillo. La situación política que se estaba creando entonces en Francia requería de hecho mucha prudencia. Adela tenía cerca de 20 años cuando su vocación a la vida religiosa tuvo que afrontar una dura prueba: una propuesta de matrimonio vista con simpatía por su familia. Salió victoriosa decidiendo pertenecer a Dios y solo a Dios: ¿cómo? Sobre este punto guardaba dentro de sí un secreto, cultivaba un «querido proyecto»: ¿era todavía el Carmelo la meta de sus aspiraciones o pensaba más bien en constituir con las amigas una nueva congregación religiosa con votos? El P. Chaminade, que tenía también sus propios planes, decidía en su corazón modelar a Adela en vistas a una obra importante que desde hacía tiempo acariciaba en la intimidad de su pensamiento y de sus sentimientos. Mientras tanto, se establecieron relaciones constantes entre las dos asociaciones: intercambio de temáticas espirituales, oraciones por intenciones comunes... En breve tiempo todo esto se resolvió en una relación de mutua participación plena, incluso en los pequeños detalles organizativos.

[44] A. DE BATZ DE TRENQUELLÉON, *Cartas* (2 vol.). Madrid, SPM, 1995 y 2002.

En la asociación de Adela no estaban muy desarrolladas las nociones fundamentales de la espiritualidad mariana, características de la Congregación de Burdeos. Adela y sus asociadas aceptaron con entusiasmo las propuestas del P. Chaminade: adoptaron el *Manual del servidor de María* e incluso una devoción en uso entre las muchachas de Burdeos: la devoción del «Amor actual» de María, que tendría constantemente comprometidas a las asociadas. Pronto las dos asociaciones decidieron fundirse en una sola familia (julio-agosto 1813). La afiliación fue confirmada por el Papa, entonces prisionero en Fontainebleau, expresamente consultado por Teresa de Lamourous. En agosto de 1814 Adela dio a conocer finalmente el «querido proyecto» al P. Chaminade que, en general, lo aceptó. Pero él, a su vez, explicó a la joven su propio «proyecto». Les propuso, sin rodeos, a ella y sus compañeras, llegar a ser «misioneras para multiplicar los cristianos», en una Congregación que prolongase, más allá de la precariedad de la vida de las personas, los beneficios de la Congregación mariana. La propuesta, discutida por las asociadas, fue aceptada con ardor: virtualmente había sido fundado el Instituto de las Hijas de María. La correspondencia entre el P. Chaminade y Adela, además de tratar cuestiones marginales, se orienta, a través de momentos característicos y diferenciados, hacia un progresivo acercamiento a la meta: la fundación de las religiosas marianistas.

N.A. 218.2.35. Burdeos, 1802 o 1803
A Lafont, diácono, prefecto de la Congregación

Tarjeta encontrada por J. Verrier en 1982, en la que el P. Chaminade propone al prefecto de la Congregación predicar el Viernes santo en el oratorio de la calle Saint-Siméon.

Se dice, mi querido Prefecto, que tiene una Pasión: ¿se siente con ánimo de predicarla el Viernes Santo en nuestro oratorio? Pienso que se le va a escuchar con agrado e interés.

26. Burdeos, 26 de mayo de 1803
A N.S.P. el Papa Pío VII, Roma

En 1803 la Congregación mariana, con sus 300 miembros, era una realidad viva y activa entre los jóvenes y los adultos. Podía asemejarse a un vivero de buenos cristianos y siervos de María. El P. Chaminade envió al Papa, a través del legado cardenalicio Caprara, una petición para obtener las indulgencias concedidas en otros tiempos a la Cofradía de los artesanos de Burdeos. No hace falta decir que el resultado fue positivo. ¿Por qué quería una aprobación pontificia? Para subrayar el carácter esencialmente religioso de su Congregación y no tener así preocupaciones de carácter político. La carta es hermosa e importante. En la parte expositiva hace una breve descripción de las obras y de los miembros de la Congregación, ilustrando sus características de universalidad, composición mixta y lucha por la fe bajo los auspicios de María. En la parte práctica insiste en la unión que debe reinar en esta «porción del rebaño» para combatir con eficacia el filosofismo reinante.

Santísimo Padre,

Desde hace algunos años, la Iglesia de Jesucristo ha tenido el consuelo de ver establecerse y aumentar considerablemente, de día en día, en la ciudad de Burdeos, un conjunto de jóvenes de ambos sexos que se reúnen bajo los auspicios y la invocación de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, Madre de la juventud.

Sacerdotes y laicos, de edad madura y piedad sólida, se han entregado especialmente a la animación y a la estabilidad de esta obra saludable, y todo hace esperar que,

mediante la gracia de Dios, este interesante vivero de servidores de María esté llamado a propagar el espíritu de religión y de fervor en los diversos lugares de la sociedad que está destinado a ocupar un día.

Su Santidad, de quien todos los católicos franceses se reconocen deudores por el retorno del ejercicio público de la religión católica en su patria, tendrá la viva satisfacción de saber las gracias que la misericordia divina ha querido procurar a esta interesante porción del rebaño confiado a su cuidado, en una edad tan expuesta a la seducción del ejemplo y en un país durante tanto tiempo entregado a los excesos del error y la impiedad.

Al mismo tiempo, Santo Padre, confiando en la amplitud de su caridad siempre activa por la salvación de sus hijos, le suplicamos que acoja con bondad las súplicas que le dirigen, por medio del sacerdote encargado de su dirección y con el voto favorable y la aprobación expresa de Monseñor el Arzobispo de Burdeos, los hermanos y las hermanas de esta piadosa asociación de la juventud, y las personas de edad madura, de ambos sexos, dedicados a esta obra interesante por una consagración especial al culto de María, para que se digne abrir en su favor, y a favor de los y las que serán recibidos en el futuro, los tesoros celestiales, haciéndolos participar de las mismas gracias, indulgencias y privilegios con los que Pío VI, su predecesor de feliz memoria, gratificó a todos los hermanos y las hermanas afiliados a la Congregación de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen establecida en el Convento de los religiosos Capuchinos de Burdeos.

Pedimos además otra ampliación de este favor por la imperiosa exigencia de las circunstancias particulares en que se encuentra la religión en Francia, para que, atendiendo a estas circunstancias, tenga a bien autorizar al sacerdote o a los sacerdotes que en el futuro estén encargados de la dirección de esta asociación por Msr. el Arzobispo de Burdeos o sus sucesores canónicos, otorguen, en el foro de la conciencia y sin publicación alguna, dichas gracias, indulgencias y privilegios a todos los que la caridad de Su Santidad quiera extenderlos, tanto fuera como dentro de esta asociación.

Postrados a sus pies, los suplicantes le piden con humildad su Bendición apostólica.

N. 30. Burdeos, 19 de agosto de 1806
Al señor David Monier, Burdeos

Se trata ahora de una sencilla tarjeta pero escrita a una de las figuras más interesantes de la primera generación de marianistas. El sr. David era abogado: tras las primeras agitaciones revolucionarias se trasladó a París, donde se entusiasmó con las ideas del momento. Pero los excesos del Terror lo llevaron a una reflexión que supuso un cambio radical de opinión. Por ello, se convirtió en un activista monárquico al servicio del conde de Provenza (el futuro Luis XVIII). Después se entrometió, asumiendo el riesgo y sin escapatoria en un complot contra el Primer Cónsul. Fue arrestado por la policía de Napoleón y encerrado en la prisión del Temple*. Una vez liberado, abrió un estudio legal en Burdeos. Sentía gran repugnancia por la política y era más que indiferente en materia religiosa.*

En aquel momento el P. Chaminade, una vez regresado del exilio, creaba las asociaciones de jóvenes y de padres de familia. Monier entró en contacto con él y experimentó su atracción irresistible. Entonces decidió hacer un largo retiro bajo su dirección e inició un proceso de profundo descubrimiento de la vida espiritual. Desde aquel momento toda su actividad estuvo orientada a las obras de caridad y de apostolado, al lado del P. Chaminade al que llamaba su «venerado padre».

En la siguiente tarjeta el P. Chaminade da a su discípulo algunas indicaciones para la preparación de una conferencia que debía impartir con ocasión de la asamblea de los padres de familia. Le ofrece también un libro de su biblioteca, una obra bastante conocida en la época.

He pensado, mi querido amigo, que para que su trabajo sobre la fiesta de la Asunción sea más completo, podría usted leer algunos pasajes de autores antiguos que han hablado de ello, y sobre todo las notas del señor de Tillemont[45] sobre este tema.

Le envío el primer volumen del *Catecismo* que llamamos de Montpellier[46], donde aparecen completas las citas que están en la traducción: he dejado señalada la página en que comienzan.

N. A. 218.2.36. Figeac 1809
A Lafon, diácono, Prefecto de la Congregación

En el interrogatorio sufrido por Jacinto Lafon en París el 5 de octubre de 1809 figura este extracto de una carta del P. Chaminade.

Le diré pocas cosas de la Congregación. Su correspondencia con varios congregantes le ha tenido que poner al corriente tanto de sus bajas como de sus altas. Veo con agrado que renace el espíritu primitivo. Hay más unión, más celo; los oficiales parecen comprender que hace falta deliberar menos y obrar más.

N. 32. Burdeos, otoño de 1808
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Esta es la primera carta escrita a Adela que se ha conservado. En ella el P. Chaminade se detiene a explicar hasta los mínimos detalles la organización, el espíritu y las prácticas de piedad de la Congregación de Burdeos. El querría que las asociadas de Agen «probasen la alegría de pertenecer de modo especial a la Madre de Dios»: con este motivo les envía algunas copias del Manual del servidor de María*. Como respuesta, Adela le hace llegar una copia de las* Reglas *de su Asociación. Después de haber conocido el* Manual *se dará prisa en recomendar su lectura a sus compañeras, señalando sobre todo «la hermosa instrucción inicial»[47].*

Señorita,

He recibido con gusto e interés su carta y la lista de las jóvenes que desean afiliarse a la Congregación. Me ha impresionado mucho el fervor que me parecía que reinaba en tan gran número de jóvenes vírgenes. Cuando, en una asamblea general de la Congregación de las jóvenes, he expresado los deseos de su piadosa Asociación y he leído sus nombres, todas se han dado cuenta de mi alegría y de la satisfacción interior que sentía, y todas han participado de ellas: todas han prometido considerarles en adelante como parte de la Congregación, recordarles todos los días en sus oraciones, etc.

La Congregación de las jóvenes tiene una misa todos los domingos y fiestas para ella sola. Es costumbre poner sobre el altar, durante el santo sacrificio, un libro que contiene todos sus nombres. No se llevan los de las postulantes y las afiliadas. Como prueba del in-

[45] S. de Tillemont (fallecido en 1698) era un teólogo bastante conocido en la controversia entre católicos y jansenistas.

[46] El *Catecismo de Montpellier* es obra del P. Toupet, sacerdote del Oratorio de Francia, publicado en 1701 bajo la dirección de mons. Colbert, obispo de Montpellier. Expone en su totalidad la doctrina cristiana con amplias referencias a la Escritura y a la Tradición. Tuvo numerosas ediciones: el P. Chaminade se refiere a la de 1725.

[47] A. DE BATZ DE TRENQUELLÉON, *Cartas I*, o. c., n. 90, 19 de enero de 1809, pp. 164-166.

terés particular que nos inspira su Asociación, todos los nombres de ustedes y los de las jóvenes que reciban en adelante figurarán en este libro, que no se utiliza para otra cosa y se guarda con respeto en la iglesia de la Congregación.

El señor Lafon no me había informado demasiado sobre su Asociación: él la conocía solo imperfectamente; no ha podido hacerme llegar el reglamento. Yo le agradeceré, señorita, que me haga llegar una copia del mismo. Respondiendo a la idea imperfecta que me había transmitido el señor Lafon, le envié unas notas para las damas afiliadas a la Congregación, en lugar de las que eran para las señoritas.

La Congregación está compuesta de cinco cuerpos, si se puede llamar cuerpos a nuestras diferentes clases de grupos. El primero es el de los jóvenes, y es el más numeroso; el segundo, el de los Padres de familia, que es distinto del de los jóvenes, pero tiene con él algunas relaciones. El señor Lafon está en el primer cuerpo; ha ejercido varias veces la función de Prefecto (así se llama al jefe). El tercero es el de las jóvenes; el cuarto es el de las madres de familia, que aquí llamamos Damas del Retiro, porque una de sus principales costumbres es consagrar un día al mes al retiro: es el primer miércoles de mes. Volvamos al tercero, que será el que más le interese.

La Congregación de las jóvenes –que son más de 250, sin contar a las postulantes ni a las afiliadas- está repartida en dos grandes divisiones, primera y segunda. Cada división está subdividida en cuatro fracciones. Las ocho fracciones llevan otros tantos nombres de misterios de la Santísima Virgen. Así se dice la fracción de la Concepción, la fracción de la Natividad, etc. Cada fracción tiene una oficiala particular, cada división una oficiala principal, y la Congregación una jefa, a quien se llama la Madre. Actualmente la Madre es la señorita de Lamourous. Si no hay fuertes razones, solo se admiten hasta los 30 años. Su Sociedad tiene la misma costumbre, y eso me ha determinado a afiliarla especialmente a la Congregación de las jóvenes, aunque estén en comunicación de oraciones y buenas obras con toda la Congregación.

Las Damas del Retiro tienen como prácticas diarias el acto de resignación a la muerte y la oración de san Bernardo a la Santísima Virgen. Las jóvenes recitan todos los días el Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María, con un *De profundis* por sus Hermanas fallecidas. Aconsejo a su Asociación que recite cada día este Oficio Parvo, en lugar de las oraciones que le indiqué primero. Este Oficio es muy corto, pero muy hermoso y conmovedor.

He hecho imprimir en Burdeos un libro, en un formato cómodo y fácil de llevar, titulado *Manual del servidor de María.* Contiene, además de los oficios, oraciones e instrucciones de toda la Congregación, la mayor parte de los oficios de la Iglesia. Si quiere, puedo hacerle llegar a Agen 50 o 60 ejemplares bien encuadernados. Aquí nos vemos obligados a venderlos a 3 francos cada uno, a causa de los muchos gastos que esta edición ha costado.

Por esta vez, señorita, voy a detenerme aquí. Poco a poco le iré poniendo al corriente de nuestros usos y nuestras prácticas. ¡Ojalá pueda yo hacerle sentir la felicidad que hay perteneciendo de manera especial a la Madre de Dios! Estamos orgullosos aquí del título de Hijos de María: creemos que formamos su familia privilegiada…

Todo lo que le digo o le diga después sirve en general para cada miembro de su Asociación.

Con todo respeto, señorita, su humilde y obediente

N. 32. Burdeos, 23 de diciembre de 1808
A la señorita Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Los contactos epistolares entre el P. Chaminade y Adela continúan con el objetivo concreto de llegar a la fusión de las dos asociaciones. Del examen de las respectivas prácticas de piedad resulta que existen óptimas iniciativas en ambas. La asociación de Adela querría conocer mejor «la práctica del amor actual» de María, en la que se han comprometido libremente algunos grupos de Burdeos. El P. Chaminade le aconseja leer con este propósito un folleto bastante difundido y por ello fácil de encontrar.

Tal práctica consistía sencillamente en una especial actitud interior de ofrecimiento y de expiación. Las asociadas, reunidas en grupos de al menos 24 miembros, sorteaban para cada una, una hora del día o de la noche para dedicarla a la oración. Durante esa hora la asociada debía meditar como María al pie de la cruz, ofreciendo a Cristo el sacrificio del propio corazón. A la que había correspondido una hora nocturna podía anticiparla a la tarde o bien trasladarla a otra hora del día. Sabemos que el P. Chaminade estaba inscrito a las 16:30 en un grupo de Burdeos[48].

Señorita,

Recibí a su tiempo la carta que tuvo la bondad de escribirme, con la copia del reglamento de su piadosa Asociación. He comunicado una y otra a la Congregación de las jóvenes. No encontraba un momento oportuno para responderle.

Todas mis congregantes sienten una gran alegría y están muy edificadas de nuestra pequeña correspondencia: me han rogado que presente a su Asociación los sentimientos de cercanía que expresarán en adelante en la Misa del primer viernes de mes.

Por su constitución, su sociedad se asemeja mucho a la Congregación de las jóvenes, y por sus prácticas principales a la Asociación de las Damas del Retiro, que pretenden prepararse continuamente a la muerte. Por eso recitan todos los días el acto de resignación a la muerte, que puede usted ver en el *Manual del servidor de María,* y tienen un día de retiro al mes (el primer miércoles); ese día se hace públicamente ese acto de resignación antes de la bendición del Santísimo. El primer miércoles de enero procuran hacer una comunión con las disposiciones que quisieran tener para recibir el santo viático.

Nuestras jóvenes me han rogado, por segunda vez, que le haga partícipe de la *Asociación del Amor actual de María*[49]. Como esta práctica no requiere tiempo y solo pide atención y celo, han pensado que les gustará. Esta práctica no es una regla de la Congregación; es una obra no obligatoria, que adoptaron hace casi dos años. No haré aquí su elogio ni la detallaré, porque se ha impreso en un pequeño libro que seguro que ha caído en sus manos (*Motivos de confianza en María).* Si usted no lo tiene, yo le haría un pequeño extracto, suficiente para adoptarla.

Le he nombrado una corresponsal: es la señorita Lacombe de Puigueraud[50].Ella podrá darle todos los detalles que usted quiera. Conoce a varias de sus asociadas y ellas la conocen. Tiene un gran celo por la gloria de María: el espíritu de proselitismo que la anima le ha hecho aceptar el encargo con mucho gusto. Vive en Burdeos, en la comunidad del Sagrado Corazón, calle Lalande. Nosotros estamos en la misma calle.

La señorita de Lamourous ha recibido con gran satisfacción sus muestras de unión y afecto. Ella a su vez quiere expresarle el cariño que siente tanto por usted como por su Asociación. En este momento está enferma, pero no grave.

---

[48] *EdF I*, n. 153.

[49] *Ibidem*.

[50] Sobre la señorita Félicité Lacombe de Puigueraud, consultar la *Vida* de la Madre de Trenquelléon. Era una de las más valiosas colaboradoras de Teresa de Lamourous en la dirección de la Congregación femenina.

Voy a enviar una docena de *Manuales del servidor de María* a la señora Belloc[51], por medio de un barquero de confianza, sin otro aviso que este, en el mes de enero. Haré cobrar el montante también en su casa. Le agradeceré que la prevenga y le exprese mi respetuoso recuerdo.

Las jóvenes que se vean demasiado cargadas de oraciones con la recitación del Oficio parvo del Sagrado Corazón de María pueden reemplazarlo con la oración de san Bernardo a la Santísima Virgen (*Acordaos,* etc.): invíteles a decir, cuando puedan, el acto de consagración a la Santísima Virgen, que todas nuestras congregantes hacen públicamente el día de su admisión, y que renuevan en grupo, también públicamente, dos veces al año.

N. 33. Burdeos, 28 de febrero de 1809
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Esta carta, que muestra haber sido escrita con prisa, se limita a responder a varias cuestiones planteadas por Adela. Hay en ella un detalle que puede interesar: el P. Chaminade promete oraciones por la conversión al catolicismo de una familia protestante por la que Adela tenía mucho interés. Aquella familia poco tiempo después entraría en la Iglesia.

Señorita,

Me repongo de una enfermedad que ha interrumpido durante algún tiempo mi correspondencia.

En mi convalecencia, no he dejado de transmitir sus cartas a la Congregación de las jóvenes. Me extendería mucho si quisiera ser aquí el intérprete de todos los sentimientos de afecto y estima que les inspira la tercera división: la *tercera división,* así me gustaría llamar a toda su Asociación, y ya encontraré la ocasión, o más bien tomaré los medios para hacerles definitivamente congregantes. Tendré el honor de comunicárselo antes de terminar la cuaresma. Le agradeceré que me haga saber las oficialas elegidas para cada fracción, así como la oficiala principal; será conveniente dejar el nombre de Madre a la jefa de las tres *divisiones.* Le enviaré sin tardar 6 manuales del *Servidor de María*.

Junto a esta carta encontrará un extracto del librito del que le hablé sobre la *Asociación del Amor actual y perpetuo de María.* Todas las señoritas afiliadas que deseen abrazar esta práctica piadosa le indicarán a usted la hora. Yo esperaré a hacer el cuadro de la Congregación hasta que haya recibido su lista…

Nuestras jóvenes son muy sensibles a la petición que usted hace de sus nombres, y sobre todo al motivo por el que la hacen. Sobre esto tengo alguna observación que hacerle: trataré de acordarme en alguna otra ocasión en que tenga el honor de escribirle…

La música del *Canto de la Congregación* es la misma que la de la famosa canción de los marselleses: *A las armas, ciudadanos…* Las jóvenes están también buscando la música de uno de los cánticos de ustedes…

Adjunto también a esta carta una respuesta que quiere darle la señorita de Lamourous. Yo habría incluido también la respuesta de la señorita Lacombe, si fuese más corta: la adjuntaré a los *Manuales*…

En poco tiempo hemos perdido cinco congregantes: dos jóvenes muy virtuosos, uno en Burdeos y el otro en París; dos de las jóvenes, una en la campiña y la otra en Poitiers, las dos también muy virtuosas, y una Dama del Retiro, que ha muerto como ha vivido, muy santamente. Tenemos la costumbre de celebrar en la iglesia de la Congregación un funeral solemne por cada con-

[51] La señora Belloc era la mujer de un médico de Agen, amiga de la infancia de la señorita de Trenquelléon y uno de los miembros más activos de la Pequeña Asociación. Viuda en 1812, consagró desde entonces toda su vida a la educación de sus cuatro hijos y a las buenas obras.

gregante, en cuanto conocemos la noticia de su muerte, y un aniversario por cada clase de congregantes. El de las jóvenes se celebra el primer día libre después de la Anunciación; el de las Damas del Retiro se hace después de la Visitación de la Santísima Virgen.

Cada miembro de la Congregación que puede, aporta una pequeña contribución cada mes. Esas pequeñas contribuciones se emplean en los gastos generales de la Congregación y en los gastos particulares de cada clase: sirven también para atender a las necesidades de los enfermos y necesitados en algunas ocasiones. ¿Cree usted que a nuestras queridas asociadas les gustaría participar en estas buenas obras?...

La Congregación de las jóvenes considerará en adelante como afiliadas a las señoritas Anne Fourteau y Philippine Loriac: estas señoritas disfrutan de todos los beneficios y favores unidos a la afiliación. Continúe, señorita, haciendo conquistas. El señor Lafon agradece sus saludos: le presento de su parte sus respetos. La dirección de la señorita Lacombe es calle Lalande, comunidad del Sagrado Corazón, Burdeos.

Su buena y respetable mamá está afiliada a las Damas del Retiro. Las Damas la han admitido con una alegría especial, por su mérito personal y también porque es la madre de usted: tienen conocimiento de su Asociación y de nuestra correspondencia…

Un saludo especial para la señora Belloc. Si no le ha llegado todavía una orden de pago de 36 francos, no le tardará en llegar: lo he expedido hace varios días como pago de mercancías. Para evitar gastos, procuraré enviarle los seis *Manuales* con algún comerciante de Agen. Tengo el gusto, incluso puedo decir que el consuelo, de ver a esta respetable señora unir a los asuntos domésticos la práctica de las obras de celo.

Hemos hecho la novena en cuanto he recibido su última carta. De vez en cuando recomendaré orar por la conversión de este padre protestante.

Creo que he respondido a todos los asuntos de sus cartas: por favor, siga informándome de todo con confianza.

34. Burdeos, 28 de marzo de 1809
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Fiel a sus prácticas, Adela necesita ser tranquilizada por el P. Chaminade en relación a la devoción del «Amor actual». Los progresos de la Pequeña Asociación en su camino de integración en la Congregación de Burdeos son evidentes: ahora Adela está realizando la división de la Asociación en subgrupos. Pero el P. Chaminade se alegra sobre todo por las «conquistas» que las asociadas están realizando en diversos sectores y por la obra buena que están cumpliendo, movidas por el espíritu misionero: la recuperación, en un internado católico, de dos muchachas pobres, nacidas de padre católico y de madre protestante.

Señorita;

He recibido su última carta del 21 del corriente con el mismo interés con que recibí todas las anteriores.

Empezaré respondiendo a una pregunta que usted me hace en una P. D. de una breve carta del 4 de febrero que yo había perdido de vista cuando le escribí mi última carta. Me pregunta si he estado alguna vez en el colegio de Maffi en Périgord: no he conocido nunca Maffi en el Périgord; pero presumo que usted ha confundido Mussidan con Maffi. He estado al menos veinte años en el Colegio-Seminario de Mussidan en Périgord.

Está usted impaciente por saber cómo voy a hacerlas definitivamente Hijas de María. Su prisa me complace y me edifica. No pensaba decírselo antes de Pascua, pero voy a satisfacer sus deseos ahora. Una visita a cuatro o seis lugares clave de la pequeña Asociación, ahora tercera división, me parece que sería un buen medio de ver a todas mis hijas, en distintos grupos. Cada grupo sería recibido, etc. No he previsto nada, y menos todavía

me he puesto a pensar en las dificultades que comporta necesariamente este proyecto: tengo tan gran deseo de conferirles las gracias y privilegios otorgados a las Hijas de María que no tengo en cuenta para nada los inconvenientes de este largo viaje. Usted misma puede examinar lo siguiente: 1º Si es posible la ejecución del proyecto en un corto espacio de tiempo (puesto que no tengo mucho); 2º Cuáles serían los medios para ejecutarlo; 3º Qué precauciones habría que tomar. No hace falta hablar de él, o hay que hablar muy poco, hasta que el proyecto esté maduro, hasta que hayamos acordado todo.

En cuanto a la lista de las horas escogidas para el *Amor actual y perpetuo de María,* cuando esté completa tenga la bondad de mandármela. Si alguien olvida la hora o no puede hacerla en el momento señalado, se puede suplir por otra hora. Pero no hay que preocuparse demasiado por eso. En cualquier parte en que se esté y cualesquiera que sean las ocupaciones en que una esté empeñada, se puede cumplir su hora, si se toma bien el espíritu de la práctica.

Estoy muy dispuesto a confirmar a las oficialas propuestas, si son generalmente admitidas: la elección me ha parecido muy buena. En cuanto a los deberes de sus oficios, les haré llegar una comunicación en cuanto se consume su nombramiento, a menos que la consumación no coincidiese con la ejecución de nuestro proyecto: en ese caso yo llevaría conmigo todas las informaciones, explicaría, etc.

Aprecio mucho, señorita, la buena obra que usted y sus queridas asociadas han comenzado. Esta obra es preciosa y lamentaría que se abandonase, a no ser que las chicas no respondiesen a las expectativas de sus bienhechoras. Me parece que se podría hacer una distribución en partes, para llegar a todo en cierto modo: por ejemplo ¿no se podrían emplear los dos tercios de las aportaciones en la educación de estas dos chicas y el otro tercio ser destinado a los fines que ya le he indicado? Los dos tercios se acercarían pronto a la suma total primitiva: 1º desde que esta buena obra ha comenzado, varias han entrado en la Asociación y hacen aumentar la aportación; 2º entrarán otras, y 3º algunas de las antiguas, que habrían podido entrar sin duda en la buena obra, quizá ni la hayan conocido.

El nombramiento de oficialas de fracciones hará más fácil la comunicación general de la Asociación. Tenga presente, por favor, que aquí no ordeno, sino que solo propongo con sencillez lo que me parece bueno y útil.

Le ruego que sea mi intérprete ante el señor Larribeau[52]: guardo para él los sentimientos del más sincero y respetuoso afecto. El respetable pastor sería el Subdirector de la Asociación, como tercera división, aunque merecería ser el Director; pero no se puede hacer de otra manera hasta que la Providencia abra de nuevo una vía fácil de comunicación con el Papa.

La señorita de Lamourous acaba de salir de una pequeña enfermedad. Le he comunicado en particular su carta. He hecho también partícipes de ella a las jóvenes de la Congregación: todas me encargan que sea el intérprete de sus cariñosos sentimientos hacia la tercera división. El pasado domingo cantaron con gusto el nuevo cántico que usted les había enviado.

Me uno a las Damas del Retiro para asegurar a su buena mamá nuestros respetuosos saludos.

Nos alegramos muchísimo de sus nuevas conquistas, se convierten en comunes. Los nombres de estas piadosas señoritas van a ser inscritos en el cuadro de la tercera división.

[52] El P. Larribeau era párroco de Lompian, cerca de Trenquelléon.

Acabo de expedirle otros seis ejemplares del *Manual del servidor de María* por medio de un barquero de Agen, llamado Boi. Un recuerdo respetuoso para la señora Belloc. Dentro de pocos días le enviaré una orden de pago por los 12 ejemplares.

Con un cordial saludo, etc.

P. D. No había metido todavía esta carta en el sobre, cuando se ha producido un gran accidente en nuestra pequeña iglesia, llamada de la Magdalena. Hacia las 8 de la tarde, el Jueves santo, media hora después de los oficios, se ha prendido fuego en el monumento. El incendio ha destruido un buen número de objetos preciosos. El que da puede quitar, el que quita puede dar de nuevo: ¡que su santo nombre sea siempre bendito!

N. 35. Burdeos, abril de 1809 (?)
A la señorita Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Adela, que tanto «celo demuestra para la gloria de la Madre de Dios», solicita la afiliación de su asociación a la Congregación de Burdeos. El momento tan esperado se acerca: falta solamente la aprobación del Papa. Como Misionero apostólico, el P. Chaminade no se siente a la altura de la tarea. Mientras tanto da a entender que el paso tendrá lugar con una consagración pública a la Virgen: consagración que los congregantes de Burdeos renovaban públicamente dos veces al año.

Su preocupación por mí, mi querida hija, y la de nuestras piadosas afiliadas me llenan de agradecimiento: me dan una nueva prueba de su interés, y ese interés, no pudiendo tener ningún motivo personal sino solo porque Dios, en su bondad, ha querido servirse de mí para comunicarles nuevos favores y una mayor abundancia de gracias, necesariamente tengo que sentirme consolado y edificado y dar gracias por ello al Señor.

No me he olvidado de la querida afiliación: solo una gran sobrecarga de asuntos me ha hecho ir aplazando de día en día el placer de escribirle. Aunque ya había previsto poco más o menos los obstáculos que usted me indica al proyecto que tanto nos interesa, no he dejado de tenerla a usted en cuenta, 1º porque así le manifiesto mi buena voluntad, y porque en 2º lugar, comprobaba que esos obstáculos eran tan reales como parecían. A menudo las dificultades desaparecen si se explican. Usted destaca muy bien las dificultades surgidas en la ferviente afiliación; hay también otras que no serían más fáciles de superar: a pesar de todo, no renunciamos a un proyecto que sirve para que nazcan buenos sentimientos y para estrechar cada vez más los lazos preciosos que nos unen. Además, puede llevarnos a perfeccionar nuestra obra en otros aspectos.

Confiemos toda clase de éxitos a la protección de nuestra Madre. Bajo sus auspicios, hemos conseguido cosas que serían difíciles de otro modo…

No estoy autorizado por el Soberano Pontífice a delegar el poder de recibir [penitentes]: ¡paciencia, celo, perseverancia! Esperemos que todo se arregle a su tiempo. Todo lo que he podido hacer por usted, ya lo he hecho: a no ser que no quiera que, en calidad de Misionero apostólico para Francia, las adopte a todas como hijas; pero ¿no lo he hecho ya de alguna manera? Por sentimiento más que por reflexión, al dirigirle la palabra, le he dicho: *mi querida hija.*

No hay que forzar nada, ni para la colecta ni para la aportación. Aquellas a las que Dios inspire un gran deseo para el sostenimiento de la obra sabrán ir haciendo pequeñas reservas y de vez en cuando entregarlas a sus oficialas.

Le he enviado 6 ejemplares del *Servidor de María*, siempre a la misma dirección. Usted puede dar el luis de oro a la señora Belloc: yo lo cobraré mediante un justificante tanto del luis como de los libros.

Su pequeña anécdota de Condom me ha gustado mucho. Las congregantes hacen públicamente en grupo su acto de consagración dos veces al año, en las fiestas de la Concepción y de la Anunciación, entre el sermón y la bendición, con el Santísimo expuesto. Hablo de la Congregación de las señoritas, porque las Madres de familia o Damas del Retiro, los Padres de familia y los jóvenes tienen solemnidades diferentes, en las que se renueva el mismo acto de consagración.

La señorita Lacombe ha recibido a su tiempo la carta de la señorita de Lachapelle[53]: le advertiré que le debe una respuesta. Remitiré a la señorita de Lamourous su carta.

Respondo a su carta inmediatamente después de recibirla. Cuando me la entregaron, iba a retirarme algunas horas para despachar algunos asuntos muy atrasados, y le respondo en la soledad. La urgencia de los asuntos me impide expresar con la profusión que quisiera mis sentimientos hacia la pequeña Asociación. Dígales, por favor, que las llevo a todas en mi corazón y que las tengo a menudo presentes ante el santo altar. Y usted tiene, mi querida hija, una parte especial, como representante de la tercera división, dando tantas muestras de celo para la gloria de la Madre de Dios.

N. 37. Burdeos, 7 de noviembre de 1809
A la señorita Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Es una carta curiosa la que el P. Chaminade escribe mientras está agitado por las preocupaciones que le provocan «problemas gravísimos». Reconoce abiertamente las vanidades de las que está llena la vida y se detiene en el tema de la muerte: ¿es posible alegrarse cuando una asociada muere en el amor de Dios? Plantea esta pregunta a las amigas de Adela y espera de ellas un informe de las diversas opiniones que se manifiesten en una encuesta que propone realizar sobre este tema.

Agradezco mucho, mi querida hija, su interés por tener noticias de mi salud: si me he retrasado con usted y sus queridas Hermanas no es precisamente a causa de mi enfermedad, aunque hace algún tiempo mi salud se vio alterada. Me retrasé primeramente con la intención de enviarles un *Directorio* propio para cada una de las oficialas. Luego sobrevinieron asuntos muy graves, y después los retiros que acostumbro a dirigir en el tiempo de vacaciones.

Comienzo a despachar lo atrasado, y pienso primero en la tercera división, que tanto aprecio. Todas las noticias que he recibido de ella, directa o indirectamente, las he comunicado a las dos primeras divisiones. La exposición de sus impresiones sobre el desprecio del mundo, de sus vanidades, de sus exterioridades, a menudo incluso de su indecencia en las modas, puede ser muy útil en nuestras asambleas, con tal que no se muestre ninguna afectación. Me ha hablado usted, por ejemplo, de alguna nueva afiliada. Me ha hablado también de la edificante muerte de la señorita Aminthe Motier: la he recomendado a las oraciones de la Congregación, especialmente durante tres días.

Respecto a su carta, aquí en una asamblea discutimos si unas verdaderas cristianas tenían que alegrarse o entristecerse por la muerte de sus amigas, muertas en el amor de Dios. Nos pareció que cuanto más amigas fuesen, más deberíamos alegrarnos. Pienso que ese es también el sentimiento de la tercera división. Sin embargo, podría usted consultar con tranquilidad a cada una de sus miembros, a través de las oficialas de las fracciones: me podría hacer un resumen de sus opiniones y de los motivos que las sustentan. Que el re-

[53] La señorita Charlotte de Lachapelle, de Condom, era una de las asociadas más fervorosas, más tarde Hija de María con el nombre de María de la Encarnación y superiora del internado de Condom.

traso de estas consultas no le impida, por esperar, escribirme sobre todo lo que le pudiera interesar: pero nunca, querida hija, nada relativo a las noticias…

N. 38. Burdeos, 21 de noviembre de 1809
Al señor P. Pierre, Comisario de policía

En el mes de septiembre de 1809 empiezan las desgracias de la Congregación. El congregante Jacinto Lafon fue arrestado el 19 de septiembre y acusado de instigación contra el gobierno. Napoleón ordenó disolver todas las asociaciones religiosas. El 17 de noviembre la policía registró la habitación del P. Chaminade, se apoderó de sus cartas y prohibió cualquier reunión de los congregantes. Después de cuatro días de doloroso silencio, el P. Chaminade decidió hacer lo imposible por salvar una asociación que contaba con un millar de inscritos. Recurrió al cardenal Fesch, al P. Rauzan, excongregante, y a muchos amigos. Siguiendo la recomendación del comisario de policía de Burdeos, hizo llegar al mismo gobierno central una apasionada defensa de su situación. En ella el P. Chaminade trató especialmente el tema de la utilidad social de la Congregación, como inspiradora de virtudes cívicas además de sentimientos religiosos. Pero todos hicieron oídos sordos a sus llamadas: su voz no fue escuchada.

Señor Comisario general,

Me doy cuenta de que su corazón se ha conmovido con la exposición rápida que tuve el honor de hacerle sobre las consecuencias enojosas que se derivarían de la supresión de la Congregación. Sabe que me he sometido sin murmurar y habría permanecido en silencio si, siendo testigo del bien que han realizado las reuniones de la juventud, no me hubiese invitado usted mismo a presentarle una pequeña memoria para que la vea Su Excelencia el ministro de la Policía general. Su invitación alivió la amargura de mi alma y me hizo esperar.

En las reflexiones que tomo la libertad de hacerle llegar, solo hablo de la Congregación de los jóvenes, porque usted tuvo la bondad de decirme que pensaba que el Gobierno dejaría subsistir a la Congregación del otro sexo, y que todo lo que se puede decir de la primera se aplica con mayor razón a la segunda. ¡Cuántos escándalos se han evitado desde hace nueve años!

He aquí, a continuación, el texto de la memoria, en forma de notas, que acompañaban la carta:

NOTAS SOBRE LA CONGREGACIÓN SUMINISTRADAS POR EL SEÑOR
J. CHAMINADE, CANÓNIGO HONORARIO DE LA IGLESIA DE BURDEOS

Se tendría una idea falsa de esta asociación si se la juzgase por las del mismo nombre que se han formado en diferentes tiempos y que no tienen en común con ella más que algunas denominaciones. La de Burdeos se formó antes del Concordato, cuando la religión católica estaba todavía en cierto modo proscrita; sus ejercicios no comenzaron más que después de haber informado a la autoridad local, y la sumisión fue hecha además al señor Portalis, Ministro de Cultos, por el Vicario general de la diócesis. Así pues, la publicidad que, desde su nacimiento, se dio a la Congregación es una primera garantía de que no había, ni en sus medios ni en su fin, nada contrario a los intereses del Gobierno.

Su objetivo fue preservar a los jóvenes de la corrupción del vicio, y de sacar a los que hubieran tenido la desgracia de caer en él. Se pensó, como medios, tener asambleas los días de fiesta y a las horas en que de ordinario los jóvenes están más desocupados; eran públicas y no han dejado de serlo; se hacían discursos, diálogos o disertaciones sobre

algún punto de religión o de moral. El que llevaba el título de Prefecto y sus dos asistentes no tenían otra función que mantener el orden y la decencia.

La asistencia a estas asambleas, así como a algunas prácticas religiosas, ha sido siempre libre. El eclesiástico que tenía el título de Director no ejercía sobre estos jóvenes otra autoridad que la que nace de la confianza. Su carácter conocido, sus principios moderados, su conducta en todas las circunstancias de su vida, tanto durante la Revolución como después, eran además una garantía para la autoridad.

Si se mira la Congregación en sí misma o en sus prácticas de piedad o en sus asambleas, no se encontrará nada que haga temer ni la exaltación en las ideas religiosas ni la relajación en el respeto y la sumisión debidos a las leyes y a sus depositarios. Nueve años de una existencia irreprensible eximirían de la necesidad de otra prueba; pero tenemos la confianza de invocar aquí el testimonio del señor Comisario general de policía, cuya vigilancia siempre activa, para todo lo que interese al Gobierno o a las costumbres, ha tenido siempre abiertos los ojos sobre esta institución.

No solo no ofrecía nada de peligroso, sino que, al contrario, era de una utilidad incontestable para el mantenimiento de las buenas costumbres por la reforma que introducía entre los jóvenes. Si el Gobierno se digna consultar a las autoridades locales, se convencerá de que ninguna institución ha hecho mayor bien en este aspecto. En las instrucciones religiosas o morales que se hacían a los jóvenes se inspiraban todos los sentimientos que hacen mejor hijo, mejor ciudadano y mejor persona. Para cooperar al bien de esta juventud, algunos padres de familia respetables se habían unido a ellos y los ayudaban en su extrema necesidad; los arrancaban así a menudo de la cruel alternativa de la miseria o del crimen.

Lo que decimos de los jóvenes, podríamos decirlo con mayor razón de las jóvenes. La Congregación ha preservado de la corrupción a algunas de ellas. Su inocencia se ha afianzado en medio de los escollos que hay sembrados en esta gran ciudad.

Así pues, la supresión de la Congregación produce un notable perjuicio a la sociedad, por su utilidad para conservar las costumbres entre la juventud. Privados de las instrucciones y de los buenos ejemplos que recibían allí, la mayor parte que queda de jóvenes virtuosos se corromperá por la ociosidad de los días de descanso, por la frecuentación de los libertinos y de lugares públicos y peligrosos, por la miseria misma. Se verá engrosar la lista de escándalos y quizá de crímenes, y se lamentará la pérdida de una institución que fue querida por todas las gentes de bien.

N. 40. Burdeos, 27 de agosto de 1810
A la señorita Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Por motivos de prudencia, hasta la caída del imperio, el P. Chaminade limita la correspondencia a lo estrictamente necesario, como insinúa en la siguiente carta. En cuanto al contenido, es muy importante, porque encontramos aquí, además de una cálida manifestación de afecto, una expresión de amor por la Madre Adela digna de atención.

Además trata otros temas, como por ejemplo, el referente a las casas propias bajo responsabilidad de un grupo de la asociación. Hablando de esto, el pensamiento del P. Chaminade hace referencia a la disuelta Congregación de Burdeos con un sentimiento de nostalgia y de profundo desagrado. Sin embargo se siente confortado por la permanencia secreta de la asociación en lo profundo de los corazones: «Son pocos los que han olvidado su consagración al culto de la santísima Virgen».

Ha habido un silencio muy largo por parte de los dos, mi querida hija. Ya no había vuelto a ver ni oír hablar de la que me daba sus recados desde que me entregó su carta, y aparece precisamente en el momento en que se encuentra en el campo una persona que tiene algunos papeles que a usted le hubiera gustado ver…

Recuerdo, querida hija, que hace tiempo me preguntó usted qué eran o qué tenían que hacer en la Congregación las señoritas que eran oficialas. Sea cual sea el motivo de su curiosidad, le responderé en pocas palabras. Cada oficiala venía a ser un centro al que llegaban directamente las jóvenes cuyo cuidado se le confiaba: así una oficiala de fracción cuidaba de todas las que componían su fracción; una oficiala principal cuidaba de todas las oficialas de fracción que se encontraban en su división y ponía remedio a los inconvenientes que pudieran encontrarse en las fracciones. Una buena oficiala debía estar habitualmente alerta para mantener el fervor entre sus compañeras, para sostener el cumplimiento de las prácticas y usos de la Congregación, para animarlas sobre todo a la frecuentación de los sacramentos y avisarlas de las fiestas y de las comuniones generales. La Congregación de las jóvenes era en general muy edificante: la Providencia ha permitido su supresión; no he protestado, aunque lo haya sentido por el bien que se hacía. La virtud de sus miembros es menos equívoca desde que ya no existe. Se comportan muy bien: deben de ser pocas las que han olvidado su consagración al culto de la Santísima Virgen.

Le invito, mi querida hija, a hacer este acto de consagración de todo corazón en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, si para entonces ha recibido esta carta: será bueno decirlo también a todas sus amigas. Yo estoy como asombrado de las gracias y bendiciones que reciben todos los que y todas las que lo hacen de buen corazón y perseveran en los sentimientos que les inspira. ¡Qué felices son los verdaderos hijos de María! La Madre de Jesús llega a ser realmente su Madre. – Quizá se pregunte: pero María ¿no puede ser mi Madre como es Madre de Jesús? Sin duda, pero nosotros debemos mirar su maternidad divina según el espíritu más que según la naturaleza. María, según la confesión del mismo Jesucristo, ha sido más dichosa por haberlo engendrado espiritualmente que por haberlo engendrado según el orden de la naturaleza. Si usted no comprende bien esta verdad, que ahora no hago casi más que indicar, volveré con gusto sobre ella en otra carta.

S 40 bis. Burdeos, 19 de diciembre de 1810
Al T. H. F. Gerbaud

El original de esta carta se encuentra en los archivos de la Curia general de los Hermanos de las escuelas cristianas. De hecho se refiere a los hijos de La Salle, cuyo regreso a Burdeos el P. Chaminade había preparado. Su noviciado, el primero en abrirse en Francia después de la Revolución, se había establecido en la casa de la finca de San Lorenzo, adaptada adecuadamente para ello. En 1810, cuando los Hermanos gestionaban en Burdeos ocho clases con un total de 800 alumnos, el noviciado estaba a punto de ser trasladado a Tolosa. Entonces el P. Chaminade envía al Superior general, recién elegido, un informe bastante detallado de su actividad como superior eclesiástico de los Hermanos.

Mi venerable Hermano,

Desde su promoción al Generalato, deseaba escribirle en primer lugar para expresarle la satisfacción que el señor Arzobispo y yo hemos tenido por su elección.

Conocemos ya con qué sabiduría y celo ha trabajado usted por el bien de su Instituto. Su carta circular a todas las casas nos llena de consuelo, hemos encontrado en ella el verdadero espíritu de Juan Bautista de la Salle. Como mi carta iba a ir con la que se proponía escribirle el buen Hermano Paulino, se ha retrasado mucho a causa de su enfermedad.

Después de las diferentes cartas que usted ha escrito al querido Hermano Serafín, y a las que he tenido acceso por lo que en ellas se trataba, y más todavía a causa de diferentes circunstancias delicadas, me he tomado la libertad de escribirle directamente para informarle sobre la verdadera situación de los Hermanos en Burdeos y los motivos de su establecimiento.

Le enumeraré las cosas a medida que me vienen a la mente.

1º Mucho tiempo antes de que se pudiese esperar que el Instituto de los Hermanos reapareciese en Francia, dos jóvenes por inspiración divina abrazaron ese estado y lo siguieron con la mayor exactitud posible.

Los Hermanos aparecieron en Lyon: monseñor pidió algunos de ellos para Burdeos, y los Hermanos Serafín y Alexandre fueron enviados por el venerable Hermano Frumencio: primero se hospedaron en casa de los dos jóvenes. La ciudad les devolvió la antigua casa de los Hermanos, puerta Santa Eulalia, e hizo abrir seis escuelas. El Hermano Serafín hizo venir a algunos de Toulouse…, se abrieron otras dos escuelas en los edificios del seminario, el Hermano Serafín hizo venir a más Hermanos…

Monseñor pidió al venerable Hermano Frumencio permiso para abrir un noviciado en Burdeos, el permiso le fue concedido, yo recibí el encargo de ponerlo en marcha y de cuidar de él…

2º La casa de Santa Eulalia no pareció suficiente para alojar a los Hermanos empleados en las escuelas y a los novicios. Monseñor escribió entonces al venerable Hermano Frumencio y obtuvo el permiso de separar las casas: desde el principio, había conseguido para el Hermano Paulino el título de Director de los Novicios. La dificultad de encontrar un local conveniente me llevó a ofrecer a Monseñor una parte de una casa de campo que está muy cerca de la casa, a doce o quince minutos de la casa de los Hermanos de Santa Eulalia y de la iglesia parroquial. Esta finca está en verdadera soledad, rodeada de muros. He hecho hacer en la parte de la casa que ocupa el noviciado las reparaciones necesarias para vivir sanamente y no tener necesidad de comunicar ni con la otra parte de la casa, que me he reservado, ni con los campesinos. Les he hecho construir una capilla contigua a la casa, donde está el Santísimo Sacramento. Les digo la misa los jueves a no ser que alguna fiesta me lo impida. Esta parte de la casa no puede recibir más que doce novicios…

4º El querido Hermano Paulino me ha facilitado hace algunos días el prospecto que usted ha hecho llegar al Hermano Serafín…

5º Este año, la casa de Santa Eulalia se reúne en el Noviciado para el retiro.

6º El señor Arzobispo, el P. Boyer, su primer vicario general, y yo no deseamos más que la prosperidad de su Instituto, y deseamos también hacer que sirva para el mantenimiento de la religión, sin cambiar nada en sus formas y usos… El Hermano Serafín es un excelente religioso, lleno del espíritu de su estado…

Perdón, mi venerable Hermano, si le he cansado con demasiados detalles y reflexiones demasiado largas: quiero que vea mi amor por su Instituto y la confianza que tengo en usted, unida a la estima que tengo de la sabiduría de su administración.

Solo añado el deseo muy sincero de un año bueno y feliz, expresándole mi más profundo respeto…

N. 41. Burdeos, 11 de marzo de 1811
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

En esta carta el P. Chaminade trata el tema del afecto mutuo, constante y activo, entre persona y persona, nacido de una elección que tiene en cuenta la conformidad de las voluntades. Adela tiene sus amigas: alguna es espiritualmente muy poca cosa. Tal vez será necesario dejarla, si no se decide a abandonar sus vanidades. Si una amiga se casa, está bien mantener con ella buenas relaciones. En la carta se habla también de Jacinto Lafon, mantenido prisionero por Napoleón en una cárcel de París. El P. Chaminade está haciendo todo lo posible por liberarlo.

Aunque me encuentro muy apretado de tiempo, mi querida hija, no dejaré escapar la ocasión de escribirle al menos unas pocas palabras.

He recibido su carta con mucha alegría: los detalles en los que entra prueban que está atenta a todo. Haga con prudencia todo lo que le inspire su celo para sostener la buena obra que ha emprendido para con sus amigas.

Sus amigas: algunas de ellas no merecen ese nombre. Se consideran amigas las que tienen los mismos sentimientos, y aquellas están muy lejos de ello. ¿Qué hay más opuesto al espíritu del cristianismo que le anima a usted que la vanidad y la indecencia en los adornos? Estaría tentado de decirle que ya no las reconozca como amigas. Sin embargo, antes de romper enteramente, hágales severas reconvenciones: ¿quizá algunas se corregirán?

Además me parece más conveniente que tome como amigas solo a jóvenes. Las personas casadas no se encuentran a gusto más que con las personas del mismo estado: sin embargo, si una joven, a la que usted estuviera íntimamente unida, se casara y quisiera seguir siendo su amiga, no tiene por qué romper con ella.

La persona sigue en París: su asunto no está todavía resuelto.

La tengo que dejar. Le deseo a usted y a sus amigas las bendiciones del Señor: ese deseo surge del cariño de un padre que le está enteramente dedicado.

N. 44. Burdeos, 24 de octubre de 1811
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

En los últimos años del Imperio, la correspondencia continúa a trompicones. Sin embargo casi ninguna carta pudo escapar de la destrucción. En esta, fechada el 24 de octubre de 1811, el P. Chaminade recomienda a Adela hacer todo el bien posible pero solo «de viva voz». Lo escrito puede ser, de hecho, comprometedor. El silencio, sin embargo, no debe ser entendido como dejadez, omisión u olvido: es exigido por los tiempos que corren.

He recibido con gran satisfacción su última carta del 14 de octubre: la anterior la perdió la que la portaba y por este pequeño accidente ve usted con qué discreción hay que escribir. Haga todo el bien que pueda. De viva voz o por encargo, pero verbalmente; anime a sus amigas, empléelas en hacer todos los bienes de los que las crea capaces y que surgirán en el orden de la Providencia: pero que su correspondencia no tenga otro fin que el de estimularse mutuamente a la virtud: si tienen alguna cosa particular que decirse, esperen al momento de encontrarse, etc.

Yo mismo escribo muy poco, nada que no pueda mostrarse a plena luz en caso de accidente. No interprete mi silencio como un debilitamiento de sentimientos: la llevo en mi corazón así como a todas sus amigas. Cuando tenga la ocasión de ver a algunas de ellas,

procure decírselo y repetírselo; me parece que ellas no están muy convencidas: yo parecía casi un extraño a las señoritas de Tonneins que vinieron este verano.

No he visto todavía a la que ha perdido su carta. Ella me escribió y yo he enviado a alguien a visitarla. He comprendido que estaba apurada por su madre…

La señorita Lacombe hace mucho bien a las personas de su sexo. Lleva a la virtud y a la religión a todas las que se acercan a ella; algunas la ven a menudo; se diría que ella es su madre, por la confianza e intimidad que reinan entre ellas.

La Dama que tiene mal en los ojos, en lugar de las oraciones que no puede leer, podría recitar quince *Pater* y *Ave,* recordando en cada *Pater* y *Ave* uno de los misterios del Rosario.

No se pueden vender *Manuales* en Tonneins y en otras partes más que a escondidas. Yo hice imprimir mil ejemplares, a condición de que no se imprimiesen más, y pagué en consecuencia. Esto me ocasiona muchos perjuicios; tengo todavía en mis manos un gran número de ejemplares en hojas, que hago encuadernar a medida de la venta, que actualmente es insignificante. Enviaré a Agen o a Tonneins, donde le sean más cómodos, el número de ejemplares que usted vea poco más o menos que pueden ser vendidos. Arregle todo lo mejor posible.

N. 46. Burdeos, 29 de julio de 1812
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

La siguiente carta es interesante porque nos muestra un P. Chaminade comprometido también en concertar matrimonios. Además revela otro medio para enviar la correspondencia: escribir sencillas tarjetas y enviarlas a Agen, por barco. La conclusión es sin florituras: «Endurezcámonos contra los asaltos del infierno».

Pocos días antes de recibir su última carta, mi querida hija, había tenido el honor de escribirle a favor del señor Roland; imagino que habrá recibido la carta, por las precauciones que este señor tuvo que tomar para que le llegase a usted: espero que haya salido bien.

Pondré todo mi interés en encontrar para su hermano una esposa digna de él y de acuerdo con sus expectativas y las de su madre. Necesitaré una pequeña descripción de su hermano: edad, talla, carácter, virtud, fortuna, etc., porque no hay que tratar de unir lo que no podría ir bien.

Veo con mucha alegría, mi querida hija, que se mantiene el fervor entre sus amigas. Usted tendrá el consuelo de verlas perseverar en la práctica de la virtud y de la piedad si se relaciona frecuentemente con ellas; no las pierda nunca de vista, primero ante Dios, rezando por ellas; y después por carta. Exhórtelas a verse entre ellas, a escribirse, pero únicamente para estimularse a amar a Dios.

Al escribir estas últimas palabras, he pensado que se podía hacerle llegar por los barcos pequeños escritos o enviárselos a Agen. Aunque no hubiese cartas, usted estaría al corriente. Le servirían a usted y a las demás. Ni usted ni nadie puede verse comprometida por la comunicación de pequeños escritos que no tendrían ningún otro fin que el servicio de Dios o la gloria de nuestra divina Madre. Desde hoy mismo, encargaré de ello a la señorita L…: ella me pedirá con qué alimentar los boletines… Tratemos siempre de aumentar las hijas de María. Mantengámonos firmes contra los esfuerzos del infierno.

N. 47. Burdeos, abril de 1814
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

El 12 de marzo de 1814 el duque de Angulema, de regreso de Inglaterra, entra en Burdeos, siendo calurosamente acogido por las autoridades y los ciudadanos. Como canónigo, el P. Chaminade está entre las autoridades eclesiásticas que le dan la bienvenida en la catedral. Pocos días después, en París, será restablecida la monarquía y asumirá el reino con el nombre de Luis XVIII. Estos acontecimientos son para todos un motivo de alegría. El P. Chaminade, que jamás se había mostrado como hombre de tomar partido, en esta circunstancia no esconde su alegría: por otra parte tiene buenos motivos para aplaudir la caída de Napoleón.

La carta habla extensamente de la muerte de la señorita Lacombe, desde 1808 directora de la sección femenina de la Congregación mariana. Hace después una discreta alusión a una fundación religiosa, sobre la que el P. Chaminade se explicará «a su debido tiempo y lugar». Finalmente, pide a Adela la lista completa de las inscritas en su asociación: la pondrá en el gran registro encuadernado que, cada domingo, es colocado en el altar durante la misa.

Por fin, mi querida hija, la misericordia divina se ha manifestado a favor de Francia. Burdeos recibe las primicias: ¿será porque en Burdeos el culto de la augusta María goza de gran veneración y ella es honrada e invocada habitualmente por un gran número de fieles de toda edad, de todo sexo y de todo estado? Yo me atrevería a creerlo, si además nosotros, hijos de María, fuésemos más fervientes en el servicio de Dios. Siento una gran alegría cuando pienso que ha sido un fiel congregante[54] quien ha hecho ondear, en el campanario de Saint-Michel de esta ciudad, la primera bandera blanca que creo que ha aparecido en Francia. Agarrémonos más que nunca, mi querida hija, al culto de nuestra divina Madre: ¡sí, María es verdadera y constantemente nuestra Madre!

La señorita Lacombe murió el 23 de enero, o más bien, comenzó a vivir la única vida deseable. Su virtud no se desmintió ni se debilitó en absoluto hasta el final de su carrera. No había día, desde que pareció sin fuerza, que no testimoniase la dicha que tenía de sufrir mucho y su alegría de ir a la patria celeste. Durante su vida, no se hartaba nunca de penitencias y humillaciones. Exultaba interiormente de alegría cuando veía alejarse cada día la hora de su muerte y así podía sufrir más antes de su marcha. Ha pasado cerca de un mes con dolores muy agudos. Durante los ocho o nueve últimos días, ya no podía moverse más que con la ayuda de una compañera: esta se dio cuenta el último día de que cuando la enferma veía que llegaba poco más o menos la hora en que yo la visitaba, ella se hacía dar la vuelta para sufrir más y para privarse del placer de verme. Desde hace tiempo, a cada hora hacía una de las estaciones del viacrucis, y las tres primeras semanas, en cada estación ofrecía sus sufrimientos por una de las fracciones de las jóvenes: no he encontrado nunca un celo más vivo y más constante por la salvación de las jóvenes. Envuelta en una gran modestia y una profunda humildad, se había ocupado sin cesar, desde hace varios años, de instruirlas, de animarlas, de prestarles toda clase de servicios o rezar por ellas.

Han pasado ocho días y vuelvo a esta carta, sin poder terminarla…

Han pasado otros ocho días sin que haya podido tomar de nuevo la pluma. ¡Paciencia!, pero es preciso que le comunique un sentimiento interior que tengo desde hace tiempo y que ha podido ocasionar algún retraso. Yo me decía a veces: *Veamos cómo la señorita Adela toma estas demoras en responderle, a ver si…, si…, si en toda circunstancia está segura de mis sentimientos hacia ella y hacia las jóvenes que ella conduce*. Yo pienso

[54] Se trata de Juan Bautista Estebenet (1777-1848), decano de los antiguos Prefectos de la Congregación. Por entonces, dirigía uno de los internados más apreciados de Burdeos. Después de 1830, entró en la Compañía de Jesús donde murió.

que el lazo religioso que nos une es indisoluble. Ya me explicaré más a su tiempo y lugar. Quiero terminar por encima de todo esta carta y hacer cesar la pequeña prueba que había planeado.

Envíeme, por favor, un catálogo general de todas las jóvenes, su apellido, nombre, edad, domicilio, o más bien su dirección y la profesión de sus padres. Procure que todos los nombres propios sean muy legibles. Distinga las oficialas y las fracciones, así como las que han pronunciado su acto de consagración.

En recompensa por este trabajo, le prometo que en cuanto tenga el catálogo haré transcribir los nombres de las jóvenes en el Libro de la misa. Nosotros llamamos *Libro de la misa* a un gran registro, cuidadosamente encuadernado, en el que hasta ahora se inscribían los nombres de los jóvenes congregantes: las jóvenes tenían otro separado. En adelante, todos los nombres estarán en el mismo registro. Los domingos y fiestas, después de la recitación del Oficio, cuando he subido al altar para celebrar la santa misa, los tres primeros jefes de la Congregación de los jóvenes vienen, se acercan a los primeros escalones del altar, y el Prefecto me entrega el libro y me dice en voz alta: «Señor Director, los jóvenes dedicados al culto de María se encomiendan a sus sufragios. Que sus nombres puedan ser trasladados del altar del Cordero inmolado por nosotros al Libro de la vida». El Libro permanece sobre el altar durante el santo sacrificio. Ya veré lo que conviene hacer para que acaben de organizarse. Deme a menudo noticias suyas con suficientes detalles. Hábleme siempre con la apertura y la franqueza de un hijo con su padre...

(La carta no tiene ni fecha ni forma y eso nos permite suponer que no fue acabada)

N. 50. Burdeos, 29 de septiembre de 1814
A Monseñor el Conde Jules de Polignac, París

La nueva Congregación se extiende como una mancha de aceite. En el verano de 1814 es visitada por dos ilustres personajes políticos, congregantes de París, los condes Jules de Polignac y Alexis de Noailles, a los cuales es concedido el título de Prefecto honorario de la Congregación[55]. En esta carta el P. Chaminade manifiesta su malestar por la ausencia de los dos interesados en la ceremonia de concesión de dicha distinción, con la correspondiente entrega de la medalla de bronce dorado.

Monseñor,

El Consejo de la Congregación de los jóvenes de Burdeos entrega al señor Estebenet, uno de sus antiguos Prefectos, la medalla de Prefecto honorario a usted concedida según la decisión cuya copia tuve el honor de enviarle. Si usted hubiese estado presente, yo habría tenido la grata satisfacción de revestirle yo mismo del hábito de la Santísima Virgen y de colgar en él el signo de la autoridad que usted recibe en la Congregación de Burdeos. Esta distinción lo obliga a apoyar con todas sus fuerzas a la familia de la augusta Madre de Dios y a no permitir nunca que se introduzca en ella ningún abuso que pueda desnaturalizar su constitución. Los señores Prefectos son considerados como los fundamentos y las

[55] Jules, conde de Polignac (1771-1847) dirigía una unidad militar a las órdenes del conde de Artois, hermano del rey Luis XVIII. Participó en la vida de la corte durante la restauración. El conde Alexis de Noailles (1783-1835) fue uno de los más fervientes congregantes de París: sabemos que no tuvo miedo de difundir la bula del Papa, prisionero en Savona. Elegido diputado en 1815, puso su gran influencia al servicio de la religión. Mantuvo relaciones cordiales con el P. Chaminade, trabajó muy de acuerdo con él en la creación de escuelas de magisterio hasta el momento en el que la Revolución de 1830 anuló todo.

columnas de la Congregación; se les invita a menudo a ser modelos cada vez más perfectos de verdaderos congregantes.

Me había propuesto escribir también a Monseñor Noailles; pero el tiempo me apremia: el señor Estebenet marcha con el correo. Le ruego que permita que esta carta sea para usted y para él. Tuve el honor de escribirle a Lyon. Sospecho que el señor Franchet, su secretario, no le habrá entregado mi carta, no sé por qué motivo.

N. 52. Burdeos, 8 de octubre de 1814
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

El P. Chaminade explica el «estado» religioso existente dentro de la Congregación de Burdeos. Es un grupo restringido que realiza el binomio santidad personal-apostolado y se une a Dios con votos privados. Ese compromiso permite realizar «la plenitud de la Consagración a María». Pero algunos de los inscritos querrían vivir en comunidad, otros han entrado ya en comunidades religiosas. ¿Qué será de Adela con relación a esto? ¿Bastarán para ella las condiciones de vida del «estado»? O tal vez será necesario algo más.

… Tomo la pluma para usted después de varios días de intervalo, en los que he recibido sus pequeñas informaciones del 25 de septiembre. No he recibido sus Constituciones, y hablo de ello al P. Laumont[56].

Voy a decirle todo mi secreto. ¿Podría un padre guardarse algo ante una de sus hijas que se abandona sin reservas a él en su conducta? Yo entraba en Francia, hace catorce años, con el título de Misionero apostólico para toda nuestra desgraciada patria, con la autorización de los Ordinarios de los lugares. Creí que no podía ejercer mejor mis funciones que con la creación de una Congregación tal como la que existe. Cada congregante, de cualquier sexo, edad o estado que sea, debe convertirse en miembro activo de la misión. Varios congregantes de cada grupo de la Congregación formarían una pequeña Asociación religiosa, extendida por el mundo. Se encontrarían siempre en estas asociaciones oficiales y oficialas para conducir la Congregación. Algunos de estos religiosos o religiosas han deseado vivir juntos: no había en ello más que ventajas para conseguir el fin. Actualmente algunos querrían vivir en comunidad regular, abandonando todo asunto temporal: es preciso seguir esta inspiración, pero teniendo cuidado de que no desnaturalice la obra de la Congregación sino que, al contrario, la sirva. Varios congregantes han entrado en diferentes comunidades religiosas; lo hemos visto con alegría y cuando los oficiales me informaban de ello con cierto sentimiento de pesar, yo les decía para consolarlos, que jugamos al «quien pierde, gana». Pero aquí es otra cosa: son religiosas congregantes, o más bien congregantes que, permaneciendo como congregantes activas, quieren vivir regularmente como religiosas… Por eso he dicho al P. Laumont que había que cuidar mucho sus Constituciones, y que me gustaría verlas.

Puede pasar esta carta al P. Laumont. Usted se puede dar cuenta de los muchos detalles que encierra esta especie de plan para su ejecución… Aunque, hasta ahora, me haya ocupado habitualmente de todos los grupos de la Congregación, he prestado más atención al de los jóvenes, por ser el más difícil y, al mismo tiempo, el que más podía contribuir al fin propuesto en la misión.

[56] El P. Laumont, párroco de Aguillon, era el director eclesiástico de la Asociación de Adela.

Escríbame pronto, mi querida hija, si su deseo de ser religiosa incluye la idea y los sentimientos de una pequeña misionera. Abra su alma completamente, con entera franqueza… De entre ustedes ¿cuáles son las que tendrían la vocación de ser religiosas?...

Le tengo que dejar para aprovechar el correo. Que la bendición y la paz del Señor estén sobre usted y sobre todo el querido rebaño.

N. 55. Burdeos, 7 de septiembre de 1815
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

En 1814 todo está preparado para el inicio de una nueva familia religiosa alrededor de Adela. No se interponen más que algunas dificultades sin importancia. Pero en marzo de 1815 Napoleón deja la isla de Elba y marcha sobre París: los «Cien Días» paralizan cualquier iniciativa. El P. Chaminade es condenado al destierro.

Esta es la primera carta escrita tras esa condena. Vuelto a Burdeos, reemprendió inmediatamente las actividades. Respecto a las decisiones referentes a Adela quiere tener todavía un tiempo de reflexión.

En la carta se dice que el vizconde de Montmorency[57], que se hizo congregante en 1815, tiene una conducta ejemplar. A través suyo fueron ofrecidas dos copias del nuevo Manual del servidor de María *al duque y a la duquesa de Angulema. Después se habla de una lectura estimulante que el P. Chaminade había hecho, un manuscrito del P. J. de Clorivière, el hombre que, antes de reactivar la Compañía de Jesús en Francia, había trabajado en la formación de los religiosos y las religiosas que vivían en el mundo.*

Por fin vuelvo con usted, mi querida hija: puedo decir que, a pesar de mi silencio, nunca he pensado tanto en usted y en toda nuestra piadosa y querida familia del Alto país. A todos los asuntos atrasados, ordinarios y extraordinarios, se han unido ocasiones preciosas de desarrollar y extender la obra: he considerado un deber aprovecharlas. *La mies es grande.*

El señor Vizconde de Montmorency ha sido, durante su estancia en Burdeos, uno de nuestros congregantes más cumplidores y edificantes… Le hemos dado la distinción y la modesta condecoración de Prefecto honorario de la Congregación.

Hemos hecho encuadernar dos ejemplares del nuevo *Manual del servidor de María* para nuestros augustos príncipes. Se los ha presentado el señor de Montmorency; es él quien se ha encargado de irles inspirando poco a poco y oportunamente el interés que deben poner en la obra de las Congregaciones. La Señora, en particular, ordenó por medio del señor Montmorency que me enviasen algunos restos de los ramilletes que ella había recibido. Nuestros jóvenes congregantes trabajan en este momento en confeccionar cuatro ramilletes para el Santísimo… Hay un grabado enmarcado que tendré siempre sobre mi chimenea.

Creí que podría hablar con el señor Obispo de Agen durante su estancia en Burdeos. No me ha sido posible. Lo encontré con el señor Arzobispo en el momento en que el clero iba a hacer la visita al Príncipe y a la Princesa: tuvo la bondad de volverse para abrazarme; se marchó al día siguiente por la tarde. No pude tener para con él la deferencia de visitarlo en su hotel; tampoco he podido escribirle todavía. Es usted la primera del Alto país para quien tomo la pluma…

[57] El vizconde de Montmorency (1766-1826) era el ayudante de campo del duque de Angulema: será ministro del interior, presidente del Consejo de ministros y miembro de la Academia de Francia.

Espera usted con impaciencia que le hable de su entera consagración al servicio de María y de los compromisos que llevaría consigo. Yo quisiera, mi querida hija, antes de darle mi última palabra, ver todos los sitios y sobre todo las personas. En cuanto a sus Constituciones, no quisiera establecerlas más que después de haberla visto y habérselas explicado. Por supuesto que no ejecutaremos nada públicamente sin haber al menos informado al Papa y al rey.

Durante la Revolución, un excelente hombre trabajó en formar religiosos y religiosas, viviendo unos y otras en el mundo. Hizo imprimir en latín los principios de estas instituciones. Sus reglamentos han permanecido manuscritos; yo he conseguido hacerme con el impreso. Voy a hacer una lectura reflexiva; después releeré de nuevo lo que ya escribí refiriéndome a usted. Quizá entregue estos escritos a la supervisión de dos o tres personas cuya sensatez me es conocida.

La lentitud de todos estos pasos, mi querida hija, no debe disgustarla. Lamentaría mucho que el ardiente deseo que usted tiene de consagrarse a Dios fuese precipitado. Sin embargo, será bueno que usted y sus *íntimas* amigas se ejerciten en el plan que deberán seguir: incluso esta experiencia podrá darnos luz sobre diversos puntos. Le escribiré a este respecto lo más pronto que me sea posible.

El *Manual del servidor de María* ha sido reimpreso en un gran número de ejemplares de modo que se le puedan enviar todos los que necesite. Pienso depositarlos en casa de la señora Belloc. Se venderán a 45 céntimos. Podría también enviar ejemplares a Tonneins, a casa del señor Clairac. Hay que recomendar leer y releer la *Introducción al estado del Congregante* que está al comienzo de la segunda parte del *Manual*…

Se empieza a sentir en diferentes diócesis la necesidad de crear Congregaciones: hay nuevas peticiones y nuevos ofrecimientos en varias ciudades. Gritamos de todo corazón. ¡Viva el rey!, pero gritamos interiormente mucho más alto: ¡Viva la religión!... Diga a todas nuestras hijas que tienen en mí un padre cariñoso…

N. 57. Burdeos, 3 de octubre de 1815
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

En la siguiente carta se precisa el perfil del nuevo Instituto. Se caracterizará por la emisión de votos auténticos y por el ejercicio del apostolado. Se dice con claridad que el objetivo de la nueva obra es «la multiplicación de los cristianos». María será «el apoyo, el modelo y la patrona» de esta obra. La actividad principal de las religiosas no será la escuela ni la asistencia a los enfermos sino la organización y la guía de nuevas Congregaciones y la dirección de retiros breves.

… Usted quiere tener un esbozo de lo que debe ser su pequeña Orden; es razonable. Para hacerse una idea justa, hay que considerar primero lo que deben tener de común con las religiosas de todas las Órdenes (porque ustedes serán realmente religiosas); en segundo lugar, lo que deben tener de particular que les distinga de todas las demás Órdenes.

Ustedes serán realmente religiosas, puesto que harán los votos que se llaman de religión y tendrán que practicar las virtudes que los habrán inspirado y que deben ser sus apoyos. *María,* la augusta Madre de Jesús, debe ser su modelo, como es su patrona. De ahí los ejercicios o prácticas fundamentales de la vida religiosa.

En cuanto a lo que debe distinguirlas de las demás Órdenes, es el celo por la salvación de las almas: hay que hacer conocer los principios de la religión y de la virtud, hay que multiplicar las cristianas. No tendrán que dar clase a los niños, ni visitar ni cuidar enfer-

mos, ni tener internas: dejen que esas obras, por excelentes que sean, las hagan otros grupos más antiguos que ustedes. – Entonces ¿qué haremos? – Ustedes se dedicarán a instruir en la religión, a formar en la virtud a las jóvenes de todo estado y condición, a hacer de ellas verdaderas congregantes, a tener asambleas, sea generales, sea de divisiones, sea de fracciones, etc., a dar pequeños retiros a las jóvenes, a dirigirlas en la elección de un estado de vida, etc. Su Comunidad estará toda ella compuesta de religiosas *misioneras.* Esos criterios son los que deben servir para distinguir si los sujetos son aptos para este estado etc.

Podrá ver, querida hija, por este pequeño esbozo, que la Congregación no tiene por qué resentirse por su profesión religiosa, sino al contrario.

Vea pues ahora qué preparación tiene que aportar usted a un estado que es tan santo y le debe hacer participar en el espíritu apostólico.

Que las bendiciones de Jesucristo Nuestro Señor la colmen a usted y a todas las verdaderas Hijas de María.

N. 60. Burdeos, 15 de diciembre de 1815
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

El P. Chaminade prepara a Adela para su misión de fundadora de una obra que será «una misión». El día de la fundación se aproxima. En una carta del 6 de diciembre se decía que las Constituciones en conjunto habían sido terminadas y que quedaban por perfeccionar los Reglamentos particulares, apenas esbozados.

Nuestras cartas, mi querida hija, han debido de cruzarse; habrá recibido sin duda la última mía pocos días después de la suya del 4 de diciembre.

Me da usted una gran alegría al informarme de todas sus nuevas conquistas; espero que el Señor, en el nombre de María, bendiga nuestros pequeños trabajos… No tema decirme todos los medios que crea que debo tomar por el bien de nuestra misión. Digo *nuestra misión* porque desde hace tiempo caminamos bajo los mismos estandartes, y además están ustedes casi a punto de contraer compromisos tan preciosos ante el Señor y de recibir un carácter tan particular, etc.

Le escribo apresuradamente estas dos palabras, solo para su consuelo: vamos a terminar la octava de la Concepción… Añado además que aquí me dan más satisfacciones los jóvenes y los hombres en general que las personas del otro sexo, excepto ustedes.

Prepárese y prepare a todas sus queridas misioneras; *el tiempo se acerca.*

TERCERA PARTE

UN VERANO MADURO

EL TIEMPO DE LAS FUNDACIONES

1. Introducción

a) El programa

La vida religiosa se remonta al deseo de perfección evangélica (como está expresado en Mc 10,17-30), que implica el seguimiento de Cristo casto, pobre y obediente. El P. Chaminade estaba firmemente convencido que «la vida religiosa es necesaria al cristianismo como el cristianismo es necesario a la humanidad»[58]. Por ello no sorprende que, después de la Revolución, se preocupara por restaurar las órdenes suprimidas. También en esto dio prueba de su coraje. El juicio sobre los religiosos era todavía en parte negativo a pesar de algunos testimonios heroicos durante la Revolución. Es un hecho: en los Estados generales la parte religioso-monástica tuvo poquísimo peso, los abades eran solo el 8 %. La salida de no pocos religiosos y su adhesión a la Constitución civil del clero manifestaba una situación de tibieza y falta de compromiso. No se había sosegado todavía la polémica que acusaba a los religiosos de ser inútiles y a las religiosas reclusas forzadas. Piénsese en la novela de Diderot *La religiosa*[59] y en las polémicas jansenistas. Habían sido suprimidos los jesuitas y el mismo papa Clemente XIV había pensado suprimir otras congregaciones.

No podemos olvidar que, justo en los años del Terror, el P. de Clorivière pensó en una presencia de los religiosos sin hábito y ministerios específicos, llamados a una animación cristiana de la sociedad. Este era también el sueño secreto del P. Chaminade. A la espera de poder llevar a cabo su plan para una acción incisiva en el campo de la fe, fue el restaurador de la vida religiosa tradicional en su ciudad. Con generosidad procuró religiosos a muchos Institutos, prefiriendo entre todos a los Hermanos de las escuelas cristianas. Estos no estaban aliados con la aristocracia, que demostraba que no había entendido nada, sino que destacaban en su enseñanza la primacía de la fe y la fuerza de un compromiso de servicio social, privilegiando a los más jóvenes. Para identificar las características de la vida religiosa deseada por el P. Chaminade, es interesante recorrer sus apuntes sobre la práctica de la meditación[60]. En ellos emergen dos aspectos que podemos considerar modernos. Por una parte, una espiritualidad del «servicio», que combate la ignorancia y se inclina hacia los pobres; por otra, una espiritualidad «íntima» y contemplativa que rechaza al «mundo» y vive la interioridad con una mentalidad de fe.

El P. Chaminade había tomado nota del ocaso de la vieja cristiandad[61]. Sin embargo, veía que se estaban produciendo muchos esfuerzos descoordinados, que requerían un proyecto común que diese cauce e hiciese fructificar tantas energías. Usando términos modernos, se podría decir que existía una conciencia de misión coyuntural muy difusa. Pero lo coyuntural corría el riesgo de la superficialidad y la dispersión. Para superar estos inconvenientes, buscaba instrumentos para una misión estructural, que fuese garantía de estabilidad y continuidad. Por eso, enseñaba que, para cristianizar Francia, era necesario partir de comunidades vivas, que acogiesen el Evangelio y se comprometiesen a vivirlo y difundirlo. El cristiano está siempre en misión en virtud de su bautismo y toda la Iglesia es misionera por su naturaleza. Pensaba en los laicos casi en términos mo-

---

[58] Cf. J. B. LALANNE, *Reseña histórica sobre la Compañía de María de la Congregación de Burdeos* (ed. digital española en https://marianistas.org/portada/biblioteca-digital-marianista/

[59] D. DIDEROT, *La religiosa*. Barcelona, Ediciones del Bronce, 2002 (N. E.).

[60] G. J. CHAMINADE, *Escritos de oración*. Madrid, Ediciones SM, 1975. La edición de sus textos completos se encuentra en ID., *Escritos y palabras* (7 vol.). Madrid, SPM, 2012-2017, especialmente para este tema los tomos II, III y IV).

[61] J. VERRIER, «Chaminade», en *Diccionario de la Regla de vida marianista*. Madrid, SM, 1990, pp. 201 ss.

dernos. Ellos no son solo un puente entre la Iglesia y el mundo: son la misma Iglesia presente en el mundo. No están llamados a ayudar al sacerdote, sino a trabajar en nombre de Cristo y con Cristo para transformar el mundo. No son impuestos por la falta de sacerdotes, sino debido a su pertenencia orgánica al Cuerpo místico de Jesucristo. Por eso, no deben ser solo motivo de preocupación pastoral sino también protagonistas de la evangelización y del saneamiento social.

En el pensamiento del P. Chaminade intuimos estas convicciones: ante todo que la misión no es una invención de la Iglesia, sino que precede a la misma Iglesia; es Cristo el que da un mandato particular y la Iglesia no hace más que llevarlo a la práctica; ella existe, por ello, en función de la misión. Por eso, el aspecto misionero constituye la verdadera identidad de la Iglesia: toda la comunidad, aunque con papeles diversos, tiene que hacerse cargo de ello. Los creyentes tienen que tener conciencia de que son «todos misioneros». Los destinatarios de la misión son todos los seres humanos. Es una tarea inmensa: exige que toda la comunidad misionera salga del propio agujero y sea flexible y combativa.

En la época de su mayor éxito, la Congregación mariana extendió su actividad a gran parte del sur francés. Para mantener la red de comunidades asociadas de las que estaba formada, el P. Chaminade veía la necesidad de una «persona que no muera jamás». Cultivaba la intuición de uno o más institutos que fueran el alma y el apoyo de la Congregación. A la luz de este proyecto y detrás del impulso de estas reflexiones, en 1816 y 1817 nacieron respectivamente el Instituto de las Hijas de María Inmaculada y la Compañía de María. Un elemento en el que se basa el pensamiento chaminadiano era la tradición monástica, que no era clerical: en el sector masculino quería una compañía compuesta de laicos y sacerdotes, pero bien caracterizada por la profesión de los tres votos y por una total disponibilidad a cumplir cualquier obra de apostolado o de misericordia que las cambiantes circunstancias y necesidades requiriesen. Con un correcto interclasismo que tal vez tuviese su origen en la Revolución, se podía responder mejor a las exigencias del apostolado. Para todos, la fuerza provenía de la invitación de María a los siervos de Caná: «Haced todo lo que (Jesús) os diga» (Jn 2,5).

b) De la idea a los hechos

Antes de 1812, en la disuelta Congregación se formó una élite de jóvenes de ambos sexos que tendían a la más alta perfección con la práctica de los consejos evangélicos. Su identidad era conocida solo por el Director. Todavía ninguna regla, ninguna vida en común, ninguna oficialidad: todo estaba rodeado de un aura de secreto. El descubrimiento de los escritos del P. Clorivière pudo haber animado al P. Chaminade a continuar por este camino. El aspecto característico de este grupo informal era una fuerte pasión misionera inspirada por la imitación del celo de María. El «estado», así se llamaba esta clase de vida consagrada en el mundo, tuvo adeptos mientras existió la Congregación, pero como sociedad organizada duró hasta la fundación de la Compañía de María[62].

El 24 de mayo de 1816, Adela de Trenquelléon se despedía de su familia, parientes y amigos. Al día siguiente, seguida por tres compañeras, abandonaba el castillo y subía a un coche de caballos para dirigirse a Agen, donde la esperaban otras dos futuras religiosas. Con ellas entró en «El refugio», un convento ruinoso a causa del largo abandono: en la capilla cantaron un himno de acción de gracias y pronunciaron su consagración a María. Poco tiempo después, el obispo de

[62] Existen muchas notas sobre este argumento: cf. G. J. CHAMINADE, Documentos sobre el «estado», (traducción italiana). Giove, 1963. [Se puede consultar también F. GARCÍA DE VINUESA, *Relaciones de la Compañía de María y de la Congregación-Estado según los escritos de G. J. Chaminade*. Madrid, Ediciones SM, 1970 (N.E.)].

Agen propuso a las cinco hermanas una casa hermosa y espaciosa, la de las Huérfanas de San José. Pero era necesario aceptar, al menos momentáneamente, las reglas de aquel instituto en vías de extinción. El P. Chaminade rechazó la propuesta: más que una sede decente y acogedora, él quería «una Institución nueva, adecuada a los tiempos, a los lugares y a las circunstancias»[63]. Nacía así, en la pobreza y en el amor, el Instituto de las Hijas de María. Las religiosas tenían votos perpetuos y, por ello, la clausura según las reglas canónicas del tiempo. Pero era una clausura moderada, que permitía dedicarse a las actividades apostólicas externas (la dirección de congregaciones y la catequesis en el campo). El Instituto traspasó enseguida los límites de la diócesis de Agen, abrió conventos y escuelas gratuitas en Tonneins (1820), en Condom (1824) y en Arbois (1826). En 1820, la comunidad de Agen se trasladó al amplio y saludable convento de los agustinos y en 1824 el noviciado fue trasladado a Burdeos[64].

Respecto a la Compañía de María, el P. Chaminade pensaba en ella desde los tiempos de Mussidan y sobre ella tuvo un intenso intercambio de ideas con Bernardo Daries. El 1 de mayo de 1817, Juan Bautista Lalanne, miembro de la élite de la Congregación, manifestó su deseo de entregar su vida y trabajo a un proyecto apostólico del P. Chaminade. Este entonces se conmovió y exclamó:

> He aquí el signo esperado desde hace tanto tiempo… Ha llegado el momento de realizar el plan que estoy proyectando desde hace treinta años…[65]

El 2 de octubre de 1817 los primeros cinco marianistas decidieron vivir juntos, adoptando una regla provisional de 6 artículos. El 11 de diciembre hicieron sus votos temporales en la sacristía de la Magdalena. Tres eran los puntos fundamentales de la nueva fundación: la consagración a María, la composición mixta y el declarado intento de multiplicar los cristianos. El resto quedaba indefinido. En 1819 el P. Chaminade consideró oportuno informar al Papa sobre el nacimiento de la nueva Compañía.

De 1816 a 1830, el P. Chaminade vivió un período magnífico. La Misericordia avanzaba viento en popa y estaba en fase de expansión. La srta. de Lamourous fue enviada a Agen por el P. Chaminade para poner en marcha con Adela el nuevo Instituto. En Burdeos los primeros marianistas estaban buscando una actividad, que encontraron enseguida. Las Congregaciones marianas estaban viviendo su segunda juventud y ponían sus bases en numerosas ciudades del sudoeste de Francia[66]. Estas nuevas fundaciones no se realizaban mediante un simple diploma, como ocurría en los jesuitas, sino que requerían una intervención activa y personal de la Congregación-madre, que tenía que aportar los reglamentos, preparar los dirigentes y solucionar las dificultades. Más que de simples agregaciones se trataba de verdaderas y propias sucursales de la Congregación de Burdeos[67]. En 1815, el P. Chaminade estudió la posibilidad de establecer una Congregación incluso en París, pero el intento fue frustrado por la reacción liberal-masónica.

---

[63] G. J. CHAMINADE, *Cartas I, o. c.*, n. 85, 20 de enero de 1817 (a mons. Jacoupy), pp. 219-222.

[64] Sobre la Madre Adela, sus biografías más destacadas son: apenas 33 años después de su muerte, un editor de Poitiers presentaba la primera realizada por DOM PRADIÉ, benedictino; una obra verdaderamente válida desde el punto de vista histórico es la de H. ROUSSEAU (París, Beauchesne, 1920); ágil y moderna es la escrita por E. SOLIRÈNE, *Au service de la Vièrge* (Xavier Mappus, 1947); la última, escrita en un estilo que evoca la escenografía cinematográfica es la de E. BENLLOCH, *El don de la amistad* (Madrid, PPC, 1999).

[65] J. B. LALANNE, *Reseña…, o. c.*, p. 18.

[66] El archivo marianista nos permite conocer la afiliación de unas cuarenta congregaciones, extendidas en, al menos, treinta ciudades.

[67] J. SIMLER, *o. c.*, t. I, pp. 330-335.

Todos afirmaban que las reuniones de la Congregación de Burdeos eran algo excepcional: música, cantos, discursos, diálogos…, todo ayudaba a suscitar interés. Con el objetivo de ocupar a sus miembros, las salas de la Magdalena acogían toda clase de juegos. Anticiparon nuestros mejores Círculos católicos. En el plano social fue abierta una oficina para los congregantes que estaban buscando trabajo. Se dieron cursos de aritmética, contabilidad, geografía, todas las disciplinas útiles en una ciudad fundamentalmente comercial. ¿Por qué no hablar de la obra de los buenos libros? Fue creada en 1816 y se desarrolló de modo capilar: de alguna manera dificultó la difusión de la prensa liberal[68]. Hubo roces, es verdad, con las parroquias cercanas, pero un decreto real confirmó a la Magdalena el título de «oratorio sufragáneo». El 2 de febrero de 1826 se pudo celebrar el 25 aniversario de la fundación de la Congregación con una solemne ceremonia en la Magdalena: el prefecto Marco Arnozan, en señal de amor y gratitud, ofreció a María un gran corazón de plata[69].

¿Qué hizo la Compañía de María? Desde el inicio el Fundador se encaminó decididamente por la vía de la enseñanza, pero no dudó en afirmar que la nueva Compañía no pretendía especializarse y limitarse solo a la función educativa. Si se exceptúa un seminario menor, entonces dirigido por los jesuitas, en Burdeos solo había un instituto que ofrecía la enseñanza media y una formación cristiana: el del congregante J. B. Estebenet. Contaba con 120 alumnos entre internos y externos. Se impartía un curso completo de latín. El P. Chaminade pensó comprarlo y confiar la dirección a Lalanne. En el contexto de la situación ruinosa en la que se encontraba la educación primaria en Francia después de la Revolución, el Fundador quiso abrir una escuela popular en Agen, que confío a la dirección del sr. Laugeay. Fue todo un éxito. La misma prensa liberal quedó impresionada por la actitud de los nuevos religiosos, la novedad de su hábito, de la comunidad de vida, de su testimonio evangélico:

> Los 500 niños que acuden a ellas se convierten en pequeños apóstoles de sus padres[70].

Las peticiones de religiosos educadores llovieron entonces de todas partes, incluso desde Alsacia.

¿Qué método educativo seguían aquellos primeros maestros? Ciertamente no un método individual, que era más adecuado para la educación privada o para los grupos pequeños. El método simultáneo era el seguido por los Hermanos de las escuelas cristianas: el maestro dividía a los alumnos en dos grupos. Daba la lección a un grupo mientras el otro estudiaba o hacía alguna tarea. El método mutuo era practicado en cambio por los liberales. En una enorme sala se agrupaba toda la escuela: el maestro dirigía la lección preparando a los «monitores», los cuales transmitían después la enseñanza a todo el grupo. Ambos métodos tenían sus defectos: el método simultáneo tenía en cuenta la totalidad en detrimento del individuo; el método mutuo excluía toda comunicación directa con el maestro. Los marianistas pensaron adoptar un método *mixto*. El maestro dirigía toda la clase y presidía sucesivamente todos los ejercicios en las diversas clases, mientras un alumno «repetidor», elegido entre los de la clase superior, dirigía cada ejercicio en contacto personal con cada alumno. La Compañía de María siguió perfeccionando el propio método: cada año los directores de las escuelas primarias se reunían con este objetivo, dedicando a ello gran parte

[68] G.GRANDMAISON, *La Congrégation (1810-1830)*. París 1890. Afirma que desde 1817 a 1825 fueron distribuidos alrededor de 2.741.000 libros hostiles a la religión.

[69] *EdF III*, n. 216. En una carta a los seminaristas de Auch el mismo Arnozan afirmaba que la Congregación había sido para él y su familia «como el Arca de Noé y el ancla de la salvación».

[70] G. J. CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c.*, n.202, 18 de junio de 1822, p. 517.

de las vacaciones de verano. Después de cerca de treinta años de estudios, se publicó un completo *Manual de pedagogía SM* (1856-1857)[71].

Hablamos ahora de tres de las más hermosas obras de la Congregación, a las que el P. Chaminade dedicó sus energías de apóstol. *La obra de las prisiones*, apoyada por los padres de familia, que tenía el compromiso de hacer dos visitas semanales a los detenidos para llevarles consuelo material y espiritual. *La obra de los retiros anuales*: cada otoño participaba en ellos una multitud de hombres y mujeres. Finalmente *la obra de los deshollinadores*, que atendía a los muchachos que de Auvernia y Saboya descendían cada primavera a las grandes ciudades para ejercer un trabajo no muy bien remunerado. La obra fue floreciente hasta el año 1838, año en el que su animador, A. Dupuch, congregante desde 1817, fue nombrado primer obispo de Argel. Con menor compromiso fue apoyada después por algunos marianistas de la Magdalena durante unos veinte años. Los deshollinadores eran acogidos en una sala: se les daba una comida y algunas monedas; tenían algún encuentro religioso y muchos eran preparados para la primera comunión. En general todo se resolvía con atención constante y asistencia social.

La fundación de la obra de Saint-Remy (Alta Saboya) fue en aquellos años, un punto de atracción para toda la Compañía de María. El P. Chaminade envió tan lejos a sus religiosos sin recursos suficientes, confiando en la Providencia (1823). No sin dificultades se abrió una escuela, un internado, una comunidad de hermanos obreros, un noviciado, una escuela profesional y finalmente una escuela de magisterio para la formación de maestros. En aquellos años, los obispos señalaban, entre los compromisos operativos prioritarios, el de una educación cristiana práctica a los jóvenes a través de la escuela. Sin embargo, el P. Chaminade, eligiendo la escuela como camino preferencial, miró sobre todo a la formación de los educadores en el nivel espiritual, cultural y pedagógico. Los historiadores reconocen que se deben a él las primeras escuelas de magisterio en Francia para la formación de los maestros. Es oportuno recordar que, en aquel tiempo, unos 25.000 ayuntamientos de Francia carecían de escuelas primarias. Los maestros no eran valorados, porque carecían de una formación específica: eran reclutados entre aquellos que no eran capaces de hacer otros trabajos. Se decía que eran necesarias las escuelas pero faltaban los maestros. La primera necesidad era, por tanto, fundar escuelas que tuviesen como objetivo preciso formar maestros laicos.

Con la compra de Saint-Remy, el interés del P. Chaminade por la formación de los maestros se hizo prioritario. Aprovechó la ocasión para organizar «retiros» para los profesores, consiguiendo reunir más de 200. En 1824, con una veintena de alumnos, hizo el primer ensayo de escuela «de magisterio». El curso incluía francés, caligrafía, geografía, historia, aritmética, canto y pedagogía. El método de enseñanza de las materias, distribuidas en tres años, consiguió buenos resultados. Además el P. Chaminade cuidó los programas teniendo en cuenta la formación religiosa, estableciendo lecciones de moral en todos los niveles. El éxito de esta iniciativa lo animó: esa era sin duda el medio mejor para recristianizar Francia, el camino mejor para oponerse al filosofismo dominante; era el modo más eficaz de conseguir la «multiplicación de cristianos». Esto le llevó a extender el ensayo: habría querido abrir una escuela parecida en Nancy y todo estaba casi preparado, pero los acontecimientos políticos hicieron fracasar el proyecto; fundó una en Courtefontaine. En los años 1829-1830 desde varios lugares de Francia se pedía su intervención.

---

[71] G. ANGELI, *Pedagogia marianista*. Subiaco, Tipografia Santa Scolastica, pp. 88-91. En 1961 el marianista ST. BERTELLE presentó en la universidad de Roma su tesis de licencia *La scuola marianista nella prima metà del secolo XIX in Francia*. L. O'LOMBEL, «Notice sur la Société de Marie», en A. ALBANO (dir.), *Croniqueurs marianistes.* Roma, La Gerbe, Roma 1995, p. 8, en donde escribe: «El método de enseñanza de los religiosos marianistas es perfecto, porque hace surgir emulación, obtiene progresos rápidos y, lo que es infinitamente más valioso, hace a los muchachos dóciles, sumisos y religiosos». (Para tener una información sobre O'Lombel, G. J. CHAMINADE, *Cartas I*, *o. c.*, n. 274, 22 de marzo de 1824, pp. 712-717).

Desde hacía tiempo Adela de Trenquelléon (sor María de la Concepción) no estaba bien de salud pero sobrellevaba sus males con serenidad. El P. Chaminade había intervenido enérgicamente para ponerle un límite en sus ocupaciones y responsabilidades, pero Adela no sabía limitarse. Su correspondencia revela hasta el último momento (28 de noviembre de 1827) su paz interior en la íntima unión con Dios. El 10 de octubre de 1827 escribía a una hermana: «¡Ay, voy a la eternidad!»[72]. Poco antes había visto por última vez al P. Chaminade, mientras visitaba las casas de la región, y se entusiasmó: «¡Cada día es más santo!», fue su comentario lleno de admiración[73]. En enero de 1828 su situación de salud se agravó. Pidió el viático y saludó efusivamente a la comunidad recomendando a las hermanas la unión, el amor fraterno, la fidelidad a la Regla, la obediencia y la separación del mundo. Después mandó leer el relato de la muerte de santa Juana de Chantal, la santa a la que tenía una gran devoción, y dijo: «¡Ven Jesús, amor mío!». La noche del 8 al 9 de enero la hermana que la cuidaba la vio abrir desmesuradamente los ojos y la oyó exclamar: «¡Qué hermosa y grande es!». La tarde del 10, con el rosario entre las manos, repetía: «¡Qué día tan feliz es este para mí!». Hacia las 11, en un arrebato de alegría exclamó: «¡Hosanna al Hijo de David!». Después inclinó dulcemente la cabeza y entregó el espíritu. Tenía 38 años.

2) La correspondencia

La correspondencia de este período es enormemente amplia y variada. Está ante todo la mantenida con los obispos y arzobispos (Burdeos, Agen, Auch…) en la que se habla de las obras fundadas y de aquellas proyectadas: oscila entre el tono espiritual y el organizativo. Amplia es también la correspondencia con Adela, de carácter fundamentalmente espiritual. La relación epistolar con los marianistas se centra en la fundación de Saint-Remy y transmite ánimo y confianza. En cuanto a la dirección espiritual, hay toda una serie de cartas a los religiosos (Rothéa, Clouzet, Gobillot, Perriguey), a las religiosas (Madre Teresa, sor Celestina, sor María de la Encarnación) y a las aspirantes a la vida religiosa (señorita Lachapelle). No faltan las cartas a las comunidades (Saint-Remy, Agen) y aquellas relacionadas con las escuelas de magisterio o con cuestiones referentes a la enseñanza. Finalmente tenemos la correspondencia que se refiere al desarrollo de la Congregación: particularmente significativas son las tres cartas a los seminaristas de Auch. Se trata por tanto de un panorama muy variado que no carece de interés.

61. Burdeos, 11 de enero de 1816
A la señorita de Trenquelléon, castillo de Trenquelléon

Mientras se busca en Agen un alojamiento para las futuras religiosas, el P. Chaminade informa a Adela explicaciones de carácter informativo sobre la naturaleza de la futura vida religiosa. Será una verdadera orden religiosa, sin penitencias llamativas, caracterizada por un vivo espíritu misionero y estará bajo la protección de María. Al inicio, los «reglamentos» serán provisionales pero las «Constituciones» definitivas. Sobre este último punto el Fundador ha consultado a una autoridad en la materia, el P. Vechmans (1785-1831), que en 1799 había fundado la Congregación de la Unión al Sagrado Corazón de Jesús.

> … Pero, mi querida hija, ¿no conoce lo esencial de su nueva Orden? 1º Usted sabe que es un estado religioso, en que usted hace los votos ordinarios de religión y llega a ser de un modo especial esposa de Jesucristo. 2º Usted sabe que unas verdaderas congregan-

[72] A. DE BATZ DE TRENQUELLÉON, *o. c.*, vol. II, n. 728, 10 de oct 1827, p. 638.
[73] *Ibidem*, n. 714, 18 de julio de 1827, pág. 617.

tes deben ser misioneras, con mayor razón unas congregantes religiosas. 3º Usted sabe que la augusta María es su patrona y que ustedes son sus hijas.

Trabajar constantemente en progresar en la práctica de las virtudes religiosas y en los medios a tomar por Dios, esos son los dos principios cuyas consecuencias deben recoger sus modestas Constituciones y todos los Reglamentos derivados.

Su Orden no tendrá ninguna rigidez del lado de la penitencia: pero sí será exigente en la práctica de las virtudes religiosas y en los medios a tomar para que los ejercicios de celo no dañen el espíritu interior.

Me siento inclinado a no darles al principio más que Reglamentos provisionales: los fijaríamos definitivamente solo cuando la experiencia nos asegurase que hemos conseguido el fin. Es también la opinión del Fundador de la Orden de la Reunión. Yo habría hecho lo mismo para sus Constituciones, si pudiera permanecer con ustedes o cerca de ustedes. Pero tal como están las cosas, conviene que sean decretadas y autorizadas.

Veo que usted confunde las Constituciones con los Reglamentos, y efectivamente hay algunas Instituciones que los confunden. En la Orden o Instituto de las Hijas de María, la Constitución no es más que una exposición del objeto, naturaleza, fin y medios de este Instituto, o, por decirlo en una palabra, su organización…

Que la gracia del Señor esté con usted.

63. Burdeos, febrero de 1816
A la señora Belloc, Agen

Juana Diché es la mejor colaboradora de Adela en la Pequeña Asociación. En 1805 se casa con el doctor Belloc, que morirá en 1812, víctima de su entrega sin límites durante una epidemia. Tuvo cuatro hijos. Es ella la que consigue a Adela el alquiler de la casa llamada «el Refugio»; es ella la que el 25 de mayo de 1816 acogerá a Adela y sus compañeras. Muy activa en fundar y dirigir las Congregaciones marianas, vive prácticamente como Hija de María en el mundo y el 25 de julio de 1817 emitirá incluso los votos definitivos. Se encontrará junto a su amiga en los últimos momentos de su vida. Esta carta del P. Chaminade contiene palabras inspiradas y sublimes.

Va usted, mi querida hija, a abandonar el mundo, morir al mundo, permaneciendo sin embargo todavía en la tierra para trabajar aquí en su propia santificación y en la gloria de nuestro buen Maestro y de nuestra tierna Madre, y eso en el Tiempo pascual. Tiene la Cuaresma para prepararse a ello. ¿No encuentra usted una gran semejanza con los misterios que se celebran en esta época? Jesucristo ha muerto, ha resucitado. Después de la resurrección, ha pasado cuarenta días para perfeccionar la gran obra de su divina misión.

Sostenga, anime a todas nuestras hijas con la esperanza de ver próximamente cumplidos sus deseos. Tenga con ellas conversaciones frecuentes de viva voz o por escrito. Unas veces les inculcará deseos de consagrar al Esposo celestial sus corazones y cuerpos vírgenes. Otras veces les pintará la excelencia del estado que abrazan: estarán asociadas a la obra de la Redención, participando del espíritu apostólico, ardiendo con el celo de las misioneras. En otras ocasiones puede hablarles de los beneficios de la vida común y regular, de la felicidad del retiro, y siempre les hará estimar la gracia inapreciable de salir de Babilonia, de renunciar a las vanidades del siglo.

68. Burdeos, 1 de junio de 1816
A la señorita de Trenquelléon, Agen

La carta se refiere a las dudas del obispo de Agen sobre la perpetuidad de los votos. Como deseaba una Congregación limitada al servicio de la diócesis en obras externas, no quería la perpetuidad de los votos que, según el derecho eclesiástico del tiempo, habría conllevado la clausura. El P. Chaminade tenía una opinión diversa y se consideraba apoyado por el criterio de otras personas. Su actitud era motivada: no quería «religiosas a medias», divididas entre Dios y el mundo. La carta contiene un saludo a la señorita de Lamourous que se encontraba entonces en Agen para ayudar con su experiencia a la fundación naciente.

Suspendo por unos momentos, mi querida hija, las numerosas preparaciones a la gran solemnidad de Pentecostés.

Bendigo al Señor por el gran ardor que le inspira para consagrarse especialmente a su servicio. Está usted impaciente por unirse a Jesucristo como Esposa suya. Lo esencial es que su corazón es recto; por eso Jesucristo no queda defraudado: pero hay todavía un error en la mente.

Usted me habla de votos anuales, en oposición a los votos perpetuos. Mi querida hija, ¿qué es el matrimonio en el orden de la naturaleza? ¿No hace contraer un lazo indisoluble? Y sin embargo, no es más que una figura de esta unión especial que contraen con el divino Esposo los que y las que se consagran a Jesucristo por la profesión religiosa.

No he pensado nunca que usted y sus queridas compañeras no quisiesen ser religiosas más que a medias: efectivamente, el sentimiento que el Espíritu Santo ha puesto en sus corazones es muy diferente. Pronto les explicaré todas estas hermosas cosas, con la gracia de Dios. Ayer tomé un billete para ir con un joven (también él quiere ser religioso, pero no a medias): perdón por repetir una expresión que puede molestarle. Acabo de copiar para usted un trozo de un discurso del P. Fleury[74] sobre el estado monástico. Podrá comprobar que nuestros antiguos tenían otra idea de los votos, etc. El señor Obispo y el Superior[75] sobre todo lo aprobarán. Para ustedes, el amor de Jesucristo debe hacerles distinguir lo que los sabios entienden por causas y efectos, etc.

La clausura es una consecuencia de la perpetuidad de los votos; pero no se calienten la cabeza: dejen obrar a sus corazones. Todo se arreglará para bien y Jesucristo, que quiere que sean completamente suyas, no permitirá que sus ministros se equivoquen.

En cuanto a las clases, hay que hacer algunas observaciones: su poca experiencia no le ha permitido darlas. ¡Paciencia de nuevo! Me veo obligado a dejarla, para subir al altar en que les recordaré a todas, así como a la Buena Madre: dígale que la casa de la Misericordia va muy bien y que la persona que ella me recomendó expresamente va también muy bien.

Que la bendición del Señor se derrame sobre este nuevo convento.

---

[74] El P. Fleury, estudioso de la historia eclesiástica y autor del *Discours sur la vie religieuse au XIVe siècle* (*Histoire eclésiast*., t. XIV, ed. Nimes, discurso 12º). El joven compañero de viaje del P. Chaminade es probablemente J. B. Bidon, uno de los fundadores de la Compañía de María.

[75] El P. Mouran, antiguo lazarista, director y más tarde superior del seminario de Agen, acababa de ser designado Superior de la comunidad naciente.

77. Burdeos, 10 de noviembre de 1816
A la señorita de Trenquelléon, Agen

La carta siguiente se centra en tres argumentos: la acogida y la formación de una postulante proveniente de la Congregación de Burdeos, la vida interior de Adela, que se desarrolla ahora ya en una oración continua, y el apostolado entre las jóvenes de la ciudad mediante la Congregación: aquellas jóvenes podrían llegar a ser «pequeñas misioneras». En la carta del 19 de marzo de 1817 el P. Chaminade completará su pensamiento: la Congregación debe distinguirse por una «comunicación rápida» del Evangelio a través de una influencia personal, una especie de «contagio». Ese principio está a la base de la pedagogía marianista.

He aquí pues, mi querida hija, la primera que sale de la congregación de Burdeos para entrar definitivamente en el Instituto de Hijas de María. Haga de ella una religiosa perfecta. Es preciso ocuparla y, además ejercitarla, sin perjuicio de sus ocupaciones, en la práctica de las virtudes. Podrá conseguir de ella lo que quiera motivando su corazón al amor de Dios, a la devoción a María y a la salvación de las almas ...

Ánimo, mi querida hija, trabaje sin descanso en la misión que ha recibido pero sin perjudicar la vida interior que debe llevar y en la que debe hacer continuamente nuevos progresos. Una superiora que se guiase solo por la sabiduría humana en un Instituto como el que usted ha abrazado, no llegaría muy lejos. El Espíritu de Dios debe iluminarla y animarla habitualmente. Que, sin estar en tensión, su oración sea casi continua. De vez en cuando, si se siente interiormente llamada a la oración, vaya y persevere con tal de que sus deberes fundamentales no sufran con ello. ¡Qué dicha para una superiora poder ir a hablar a Dios, consultarle, recibir sus órdenes como una santa Teresa! No hay otro Instituto en que una superiora tenga tanto que hacer y sin embargo pueda dedicar, según lo que necesite, tanto tiempo a la oración porque, si quiere, puede verse reemplazada en todo, al menos cuando tiene súbditas aptas.

He visto con agrado su objetivo para la congregación de las jóvenes: hacer *pequeñas misioneras.* Es el fin; pero no lo diga. Así hábilmente puede preparar religiosas que se conviertan en seguidoras de los verdaderos misioneros. Hará bien en hacerse acompañar por otra religiosa en la Congregación de las jóvenes para formarla en este tipo de buena obra. Si la señora B[elloc] se desenvuelve bien con las Damas, no estaría mal que también otra se dedicase a ello. Tiene usted que apreciar la importancia de la buena obra de las congregaciones, sobre todo si pueden organizarse como yo deseo y es posible. Volveré a menudo sobre este asunto.

Aquí hay varias señoritas movidas a entrar en religión sea por el retiro sea por el ejemplo de la hermana Emmanuel. Usted puede permitirle, incluso ordenarle, que mantenga con ellas una pequeña correspondencia. La señorita C[hagne] podrá ser la intérprete. Esta señorita, mi querida hija, tiene mucha virtud. Si no fuese porque su madre octogenaria se moriría con una separación de su hija, esta sería pronto religiosa: no le falta más que el hábito.

No tengo ya tiempo más que para firmar. Su Buen Padre.

93. Burdeos, 9 de agosto de 1817
A la Madre de Trenquelléon, Agen

Después de haber expresado su satisfacción por cómo van las cosas en el «pequeño convento», el P. Chaminade hace una referencia fugaz a las virtudes ascéticas. El programa, que va desde la renuncia de sí

hasta la unión con Dios, se articula en tres categorías de virtudes: virtudes de preparación, de purificación y de consumación. Hacen progresar al cristiano y al religioso en la incorporación a Cristo[76].
Las virtudes de preparación disponen a un mínimo «dominio de sí», requerido por la vida de unión con Jesús. La primera de esas virtudes es el silencio profundo, en el más amplio sentido del término (control de la palabra, de los gestos, de la imaginación, de la mente y de las pasiones). Las virtudes de purificación tienden a hacerse uno independiente de todo lo que puede llevar al mal (debilidades, inseguridades y sugestiones). Las de consumación –o sea, las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad- florecen en el sacrificio del «hombre viejo», como fruto de la humildad, la modestia y la renuncia al mundo. Se trata de una verdadera y auténtica gimnasia que hace posible la vida espiritual[77].

Más que para responder a su última carta, mi querida hija, tomo la pluma para decirle que no la olvido.

Estoy muy contento de todo el pequeño Convento. Incluso las dos penitentes, que me preocupaban, son objeto de mi solicitud paternal como las demás; su sumisión me anuncia que tendremos en ellas a dos auténticas hijas de María: pero no les haría bien quitando demasiado pronto la venda de las heridas de sus almas. El mal era grande, sobre todo en la Hermana San José. Por lo demás ¿cómo va su enfermedad corporal? Tiene una edad como para poderse curar de todo mal, si tiene buena voluntad: hay que aprovecharla por su bien.

Porque estoy contento, les he recomendado la obra de las *Virtudes de consumación.* Que trabajen todas con un nuevo fervor: la obra, contra viento y marea, avanzará, se culminará.

Un medio de progresar en la virtud del silencio y del recogimiento es ponerse a menudo con humildad en la presencia de Dios, pidiéndole interiormente que vacíe las potencias de nuestra alma de toda idea y de todo sentimiento ajeno a su gloria y al amor que le hemos consagrado.

Mis ocupaciones crecen cada vez más; con la gracia del buen Maestro que me las envía, espero llevarlas a término. Pida por su Padre, que se pueda salvar trabajando en salvar a los demás. Que las más abundantes bendiciones del cielo caigan sobre usted y todas sus queridas hijas.

94. Burdeos, 15 de octubre de 1817
A la Madre de Trenquelléon, Agen

La postulante que el P. Chaminade envió a Agen, la señorita Lhuillier, es ahora sor Enmanuel. Pía y devota, no le gustan las reuniones de las jóvenes congregantes en el campo. El P. Chaminade hace algunas consideraciones sobre la necesidad de este apostolado, que ofrece a las jóvenes una verdadera enseñanza religiosa. «Jesús nos ha ordenado predicar en toda ocasión oportuna y no oportuna», la separación del mundo del mundo se realiza más con el espíritu que con el cuerpo.

[76]. A los primeros marianistas el P. Chaminade les presentó repetidamente un modo práctico de vivir la vocación en su situación concreta. Recogió después de manera sistemática los elementos de esta enseñanza en una especie de tratado de ascética que llamó *Método de las virtudes*. Recientemente ha sido recuperado y estudiado a la luz de las actuales ciencias humanas por I. Otaño, *Lectura del método de virtudes hoy.* Madrid, SPM, 1995.

[77] Este subpárrafo (Desde «Las virtudes de preparación…») figura en la edición original italiana como el primer párrafo de la carta, cuando en realidad es una presentación del sistema de virtudes del P. Chaminade (N.T.)

… Las reuniones de las jóvenes congregantes que su estancia en la campiña ha dificultado, deben activarse con celo, prudencia y perseverancia. La hermana Emmanuel, que trabaja en esta obra por obediencia, un día lo hará por celo.

Ella teme que sea un tiempo perdido: querría mantenerse más separada del mundo de lo que esta actividad le permite, etc.

Las instrucciones infructuosas para el mundo *no están perdidas:* Dios es glorificado con ello. Nosotros no somos más que los testigos pasajeros de la doctrina enseñada por Jesucristo. Se nos ha recomendado predicar a tiempo y destiempo; está ya previsto que el mundo no nos escuchará siempre; no por eso hay que testimoniar menos la verdad, mientras nos sean dados el tiempo y el poder hacerlo: Dios hará fructificar cuando le plazca; que él no permita que se nos pueda reprochar negligencia. Sería tiempo perdido si no se instruyese: no será perdido por el solo hecho de que sea mal recibido o descuidado por los oyentes.

En cuanto a la mayor separación del mundo, no es tanto el cuerpo como el espíritu lo que necesita separarse, aunque el Instituto atienda a los dos. Es preciso crucificarse ante el mundo para edificar el mundo, y crucificarse en particular para unirse más a Jesucristo… Este recelo por estar demasiado tiempo con el mundo es bueno, con tal de que nos lleve a pedir gracias más poderosas y a ver nuestra propia fragilidad; no debe hacernos descuidar en nada la instrucción santa que hemos decidido hacer al mundo.

Usted apoyará, mi querida hija, esta instrucción de las jóvenes congregantes y sus reuniones, con sus consejos y su sabia autoridad…

… Pido a Dios que conceda a nuestras queridas hermanas y en particular a usted, mi querida hija, todas las bendiciones que han pedido para mí durante todo el tiempo que mis cartas han sido tan esporádicas y tan cortas.

100. Burdeos, 3 de agosto de 1818
A la Madre Teresa, Agen

Joven muy brillante y bien inserta en el ambiente mundano, Clementina Yannasch se encontró con Adela durante un viaje: se estableció una mutua simpatía entre las dos jóvenes que pusieron en común sus proyectos de ayuda a los pobres. El 25 de mayo de 1816, con Adela y otras cuatro compañeras inició una nueva Congregación religiosa. Fue nombrada primera asistente y, en 1820, fue la encargada de la fundación de Tonneins. Su gran belleza, su trato exquisitamente señorial y la seriedad y la desenvoltura de su porte impresionaron a la población, que la estimó incondicionalmente. Fue un verdadero triunfo para las obras de las Hijas de María Inmaculada en aquella ciudad. Pero duró poco: Teresa murió el 3 de noviembre de 1823. Poco antes, Adela escribía: «Mi querida hija muere, y muere como santa con una sonrisa angelical en los labios. No hace más que hablar del Cielo, donde espera ir a descansar»[78].

En esta carta, el P. Chaminade indica a sor Teresa una gran meta de la vida espiritual: «la paz y la alegría del espíritu sobre el monte Horeb». Pero para llegar, es necesario reconocer antes la propia «nada», es decir la propia condición de criaturas totalmente dependientes de Dios y la propia radical impotencia en el orden sobrenatural.

Espere todo, mi querida hija, con confianza inquebrantable, de Dios, nuestro bueno y tierno Padre; no espere nada bueno de usted misma. Cuanto más se conozca a sí misma, menos confiará en sus propias fuerzas, y si la luz divina llegase a ser en usted tan viva como para empaparse bien del doble abismo de su nada y de sus miserias, su confian-

[78] A. DE BATZ DE TRENQUELLÉON, *o. c.*, t. II., n. 484, 7 de octubre de 1823, p. 281.

za en Dios sería su único apoyo. ¡Qué fuerte sería entonces! Dios nos comunica su fuerza en la medida de la convicción interior y sentimental de nuestra propia debilidad. Esta convicción, mi querida hija, es una gran gracia… La desconfianza en nosotros mismos, cuando no es contrarrestada con la confianza en Dios y produce abatimiento y desaliento, no es el fruto de una verdadera humildad: a lo sumo sería un aborto…

En cuanto a sus comuniones, siga con sencillez las orientaciones y órdenes de su confesor. Como todavía le queda mucho camino que hacer para llegar a la perfección de su estado, su confesor puede ver en la comunión diaria el medio necesario para hacerla avanzar hacia su fin: usted sabe lo que el ángel del Señor dijo a Elías, cuando iba a la montaña de Horeb…

101. Burdeos, 4 de agosto de 1818
Al señor Changeur, Burdeos

El 2 de octubre de 1817 cinco jóvenes congregantes habían decidido la fundación de la Compañía de María. A la comunidad naciente se le presentaba el problema de la sede. Como el señor Changeur, rico negociante de Burdeos y miembro de la Congregación de Padres de familia, se había manifestado disponible para ayudar al P. Chaminade, este lo implicó en la búsqueda de una primera vivienda.

Señor y querido hijo en Jesucristo,

Es el señor Augusto Brougnon [Perrière] quien ha hecho la visita al hotel Lognac: según el informe que me ha hecho, este hotel podría convenir a la obra en la que estamos trabajando.

Vea usted mismo, mi querido hijo, si es la casa que la Providencia destina a la Compañía de María: apresúrese en dar alojamiento a los Hijos de María, que son también sus hijos y que seguro que serán su corona en el cielo.

Con respetuoso afecto etc.

104. Burdeos, 21 de septiembre de 1818
A Mons. Jacoupy, Obispo de Agen

El P. Chaminade, con entusiasmo y alegría incontenibles, informa al obispo del éxito de sus actividades: «¡Esta juventud no respira más que el espíritu de las cosas santas!».

Monseñor,

Su carta muy afectuosa del 22 del pasado mes no ha quedado sin efecto, puesto que Dios ha querido escuchar sus deseos. La buena cosecha, que usted le pedía para sus servidores, ha seguido a sus oraciones. Los excelentes ministros, los PP. Mouran y Laumont[79], que usted ha tenido a bien enviar en mi ayuda, han cooperado a ello de modo importante. Estos dignos sacerdotes le dirán, mejor de lo que yo pueda escribirle, todo lo que ha ocurrido.

El primer retiro, el de los sujetos destinados al Instituto, se ha hecho en la soledad con un fervor que los hombres no pueden imaginar. Hemos visto brillar en varios aspectos la instrucción más sólida: la constancia en el trabajo fue un ejemplo de ello; la gloria de

[79] El P. Laumont era un sacerdote que rechazó el juramento constitucional y fue exiliado en España. A su regreso en Francia fue párroco en Aiguillon y luego canónigo de la catedral de Agen. Pasó allí sus últimos años en un alojamiento contiguo al convento de las Hijas de María.

Dios no ha sido descuidada ni un minuto. Esta juventud no respira más que el espíritu de las cosas santas: saldrán de ella obreros…

En cuanto al segundo retiro, dirigido a personas del otro sexo, ha tenido una gran afluencia. Tenían que estar todas muy apretadas en los locales. La piedad de la señora Belloc y sus conferencias familiares a las señoras que han querido escucharla parecían señalar a todas un camino fácil y lleno de felicidad. Los ministros de la Iglesia no han tenido que dirigirse más que a corazones que se entregaban totalmente.

Algunos han estimado que el último día se dio la comunión a 800 fieles en varias misas sucesivas. El oratorio estuvo lleno de gente ese día desde las 5 de la mañana hasta las 9 y media de la noche, cediendo el sitio las señoras a los hombres, y así sucesivamente, sin ninguna confusión. Las nuevas admisiones a las Congregaciones fueron numerosas, y los que volvieron al buen camino no se cuentan más que en el Libro de Dios.

No le oculto la alegría que siento. Tengo que atribuir gran parte del mérito a esa colaboración de almas verdaderamente piadosas que Dios ha conservado en nuestro siglo, y al espíritu particular que anima a Prelados capaces de vivificar la Iglesia. Entre estos últimos se encuentra nuestro venerable Arzobispo de Burdeos, que protege a las dos obras de las que le acabo de hablar y ha bendecido con su mano y ha recibido con el beso de la paz a los miembros del Instituto salidos del primer retiro.

Espero, Monseñor, que usted se digne bendecir también a mis colaboradores, los Padres Mouran y Laumont, que los representarán ante usted. Porque, Monseñor, esta no es la Institución de Burdeos, es la Institución religiosa de todos los países cristianos cuya cuna se ha formado bajo sus auspicios.

Esperando detallarle mucho más mis diversas actividades y someterlas a su dirección pastoral, le suplico, Monseñor, que las encomiende a Dios en sus oraciones. Pido también a Dios que usted tenga también su sitio en estas obras que él se ha dignado suscitar en nuestros días.

Reciba, Monseñor, los sentimientos personales de mi afecto respetuoso: dígnese unirme a usted en la caridad de Jesucristo, nuestro Salvador común, y otorgarme su bendición.

107. Burdeos, 29 de octubre de 1818
Al señor Conde de Tournon, Prefecto de la Gironda

La obra de las prisiones de la que se ocupaba la Congregación de los Padres de familia había comenzado durante el período imperial. Bajo la restauración pudo continuar gracias a la protección y apoyo del prefecto de la Gironda, el conde de Tournon. Un campo de trabajo era el antiguo fuerte Ha –un imponente edificio donde se alojó el gobernador de la Guayana y donde fueron reunidos los sacerdotes refractarios condenados a la deportación-, que había sido acondicionado como prisión de la ciudad. Allí fue encerrado también el P. Chaminade dos jornadas durante los Cien Días.

La obra de los deshollinadores fue iniciada en 1817. En ella trabajó asiduamente un congregante, Adolfo Dupuch, el futuro obispo de Argel, que fue sustituido por poco tiempo por el P. Collineau, sacerdote marianista.

La carta pone el corriente al Prefecto de los retrasos del Ayuntamiento en responder a algunas peticiones planteadas por la obra de las prisiones y del resultado satisfactorio de la actividad desarrollada a favor de los pequeños deshollinadores.

Señor Prefecto,

La carta que usted ha tenido la bondad de dirigirme iba a cruzarse con la que yo había tenido el honor de escribirle: he tenido tiempo de parar el envío.

Le hablaba en ella del riguroso silencio que la Alcaldía guardaba sobre las dos obras por las que usted había mostrado interés y sobre las cuales esa Alcaldía le debía una respuesta.

Sobre la primera de estas obras, la de las Prisiones, yo le hacía saber, señor Prefecto, las malas consecuencias que tenía para el fuerte de Hâ el retraso de la Alcaldía en dejar introducir en su prisión los consuelos de la religión, los auxilios de la caridad y los principios de la moral.

Sobre la segunda, la de los pequeños de Auvernia o niños no reconocidos, tuve el honor de exponerle que, ante el silencio de la Alcaldía y en razón de la estación, iba a intentar que se hiciesen reuniones con estos niños, que han tenido un gran éxito. Su última reunión ha sido de 40. Tengo motivos para creer que el próximo domingo será de cerca de 60. Yo me tomaba la libertad de decirle cómo la presencia de usted en medio de ellos, en una reunión solemne, podría producir un buen efecto; pero lo pedía solo para la época en que fuesen al menos un centenar.

El lugar de las primeras reuniones está en la plaza San Julián, en el local de los Hermanos de las Escuelas cristianas; la parroquia San Miguel se presta para las confesiones de estos niños; para la misa se los envía a Santa Eulalia. Hasta ahora todo se hace con puntualidad y de buena gana. Tendré el honor de informarle verbalmente sobre los medios que empleo y que tan buenos resultados producen: me parecen de una gran sencillez; espero que la experiencia confirme su bondad.

Sin duda que habrá usted comprobado, señor Prefecto, lo imperfecta que es la lista enviada por la Alcaldía y su escasa utilidad: las que he hecho hacer son más extensas y más de fiar.

Al comunicarle, señor Prefecto, una parte de mi éxito, lo hago responsable de todo el beneficio, como es de justicia, y le ruego de nuevo que tenga a bien decir una palabra para la Obra de las prisiones en la prisión de la Alcaldía.

108. Burdeos, 4 de noviembre de 1818
A la Madre de Trenquelléon, Agen

La pobreza existente en el convento de Agen no preocupa al P. Chaminade. Lo que le importa sobre todo es que la comunidad esté unida. De todas maneras la ecónoma no debe permitir que falte lo necesario.

… Que su pobreza no la inquiete; la Providencia proveerá. Lo que sería realmente triste y doloroso es que aparecieran sentimientos que dividiesen unos corazones que deben estar tan unidos y que no deben formar más que un solo corazón. Predique a todas nuestras hijas, predíqueles sin cesar esta unión que debe reinar entre ellas, que no debe nunca, no digo romperse, sino tampoco alterarse, a cualquier precio que sea. Que cada una esté dispuesta a hacer en cada momento el sacrificio de todas sus ideas, de todos sus puntos de vista particulares, como ha hecho el sacrificio de todos sus bienes y de todas las esperanzas en lo que ofrece el mundo, etc.

Por muy pobres que sean, que la Ecónoma no deje nunca que falte lo necesario tanto en la alimentación como en el vestido; que la alimentación sea siempre sana… Aunque yo haga a menudo estas observaciones, tanto a usted como a la Ecónoma, que todas sepan que ninguna debe, ni tan siquiera interiormente, murmurar, desaprobar u observar si hay bastante, demasiado o demasiado poco. Cada una debe tomar lo que se le da, dan-

do gracias a Dios, creyendo siempre que no se lo merece, etc. ¡Qué pena si algún día se viese a las Hijas de María demasiado preocupadas de su comida o de su vestido!...

113. Burdeos, 20 de enero de 1819
A la señorita de Lachapelle, Condom

Charlotte de Lachapelle vivía en Condom: fue de las primeras inscritas en la Pequeña Asociación de Adela. En 1816 quería unirse a la fundadora, pero no consiguió superar la oposición de sus padres. El deseo de abrazar la vida religiosa continuaba vivo en ella: se sentía como exiliada en el mundo. El P. Chaminade le escribe esta delicada carta de ánimo, en la que hace referencia a un joven que había formado para que iniciase una Congregación mariana en Condom.

He recibido con alegría, mi querida hija, la carta que acaba de escribirme. A veces me ha extrañado recibir tan pocas veces noticias de usted. Debería consolarse al menos escribiendo a menudo a sus Hermanas de Agen, que tanto la quieren y tanto rezan por usted. Cuanto más disfrutan de la dicha de servir al Señor en el retiro, más la compadecen de verle navegar todavía en el mar borrascoso de este mundo.

Aprovecho deprisa para escribirle la ocasión que me ofrece un joven que va a vivir en Condom. Yo le admití como congregante en Auch. Ha asistido a muchos ejercicios de la Congregación de Burdeos para hacerse una idea real de ella. Si hubiera sabido que iba a tener que dejar Burdeos tan pronto, lo hubiera instruido más y lo hubiera preparado para discutir mejor con los señores de Condom. Pero de todas maneras le será útil: tiene mucho celo. El Colegio podría dar ejemplo a la juventud, etc.

Yo la considero, mi querida hija, como una exiliada, gimiente, hasta que pueda romper todas las ataduras y volar al lugar al que Dios la llama. La Hermana de los Ángeles tiene que esperar todavía hasta Pascua, por lo que me dice nuestra buena Superiora…

Espero ir a Agen después de Pascua… Me gustaría verla ya a usted en nuestro pequeño Convento. ¡Que el Señor derrame sobre usted sus abundantes bendiciones!

117. Burdeos, 6 de febrero de 1819
A la Madre de Trenquelléon, Agen

El P. Chaminade continúa ofreciendo consejos preciosos a la Madre Adela. Debe responder a los «planes de Dios» siendo fiel a toda la gracia. Una superiora no debe ser rígida, sino saberse adaptar a las exigencias de sus hermanas.

He recibido la carta de la Hermana Estanislao. ¡Bendito sea Dios por haberla hecho volver al orden y a la paz! Le escribiré, como a las otras, a las que estoy contento de deberles respuesta: no las olvido.

Pienso a menudo en toda la comunidad en general y en cada una de nuestras hijas en particular, pero sobre todo en usted, mi querida hija, de quien Dios quiere hacer una santa: pero es preciso que sea dócil a la acción de la gracia, que sin duda es abundante en usted y toma tantos caminos para purificarla y santificarla. Un Instituto, que nace cuando se desborda la iniquidad, cuando se presenta al mundo corrompido y pervertido, debe tener como primer jefe a una santa. Vamos, ánimo, mi querida hija; responda a los planes de Dios, sea fiel a la gracia, y a toda su gracia… Recuerde que una Superiora debe ser toda para cada una, pero para ganarlas a todas para Jesucristo. No debe ya dejarse llevar por un

carácter particular, sino, según la ocasión, actuar de una manera u otra; debe saberse amoldar a todas las situaciones.

Conceda a la Hermana Emmanuel las dispensas necesarias para que pueda pasar la cuaresma con buena salud, y cuide también de las demás: cuando tenga alguna duda que no puede resolver, es mejor inclinarse del lado de la indulgencia y hacer compensar las dispensas con actos de virtud.

Me veo obligado a detenerme, e incluso a no volver a leer lo que he escrito, para enviar esta carta al correo. Que el Señor derrame cada vez más sus bendiciones sobre usted y sobre todas nuestras queridas hijas.

124. Agen, 24 de julio de 1819
A Mons. d'Aviau, Arzobispo de Burdeos

El santuario mariano de Verdelais, en la región de Burdeos, era un destino elegido por muchos peregrinos. Sin embargo la estructura de sus muros necesitaba una reparación. El P. Chaminade recordaba todas las veces en las que había rezado ante la imagen de la Virgen que se venera allí. Cuando era muy joven, fue curado milagrosamente de una herida en la pierna que se consideraba incurable. Estaba decidido a restaurar tanto la iglesia como el convento, pensando en la posibilidad que pudiese hospedar una comunidad de la Compañía de María. Su propuesta no siguió adelante debido a la oposición de la curia del arzobispo.

Monseñor.

Mi ida se produjo el 20, como le había anunciado a Su Ilustrísima. Llegué el mismo día a Nuestra Señora de Verdelais. Allí seguí las indicaciones del P. Barrès[80] y las últimas órdenes de usted, haciendo una rápida visita de la iglesia y del antiguo convento. El día fue demasiado corto para que pudiese examinar todo con mucho detalle; pero tomé una idea suficiente del conjunto para formarme una opinión.

Pienso que la iglesia y la parte del convento que no ha sido destruida pueden ponerse en buen estado, aunque no sin importantes gastos en las dos.

El edificio de la iglesia es sólido: parece que ha sido construido para que durase siglos. No sucede lo mismo con los distintos lugares del claustro: han sufrido mucho, están bastante deteriorados e irán a peor si no se reparan pronto. No me extenderé sobre las diversas necesidades de mano de obra.

Dos cosas me han parecido más importantes a destacar: la veneración de los fieles por esta iglesia y la posibilidad más o menos grande de conseguir un local para su servicio.

La veneración de la gente por la imagen milagrosa de la Santísima Virgen no ha disminuido, si creemos lo que dicen personas muy fiables: todas manifiestan que vienen peregrinaciones de muy lejos, que son habituales y que serían mucho más frecuentes si los fieles que las realizan estuvieran seguros de encontrar un ministro del altar y el santo sacrificio de la misa. Algunos de los que vienen se ven obligados, para satisfacer su devoción, a esperar un día y a veces más. Lo importante sería asegurar el servicio, colocando cerca de la iglesia hombres religiosos que recibirían a los peregrinos y se encargarían de mantener un santo sacerdote. Tengo motivo para creer que una parte de la Pequeña Compañía podría antes de poco tiempo cumplir esos dos requisitos.

La condición previa sería asegurarse locales adecuados. Se me ha dicho que no es imposible adquirir el antiguo convento y sus dependencias…

[80] Monseñor Barrés era el Vicario general de Monseñor D'Aviau.

Estoy a punto de hacer una pequeña excursión hasta Auch, y no tardaré en estar de nuevo bajo la dirección y las órdenes de usted. Es un consuelo para mi viaje y para los trabajos de mi ministerio poder presentarle desde aquí el testimonio de mi respeto y de la veneración profunda

N. A. 218.2.14. Burdeos, julio de 1819
A la señora Carrayllon Latour, Burdeos

El P. Chaminade quiere interesar a un grupo de la Congregación femenina en la situación de los deshollinadores. La carta es muy breve. Es una de las últimas encontradas por el P. J. Verrier durante una cuidadosa búsqueda. Contiene una larga nota final que ilustra las condiciones de vida de aquellos pobres muchachos[81]*. Ellos necesitan verdaderamente atención porque «gimen bajo la esclavitud de sus patrones» trabajando por una compensación irrisoria. Obligados a vivir casi exclusivamente de las limosnas, duermen en colchones de paja miserables en precarios dormitorios.*
En el nivel humano, los congregantes hacen una visita semanal al local habilitado como dormitorio; tratan con ellos, se informan de los enfermos y, cuando es necesario, se preocupan de hacerlos hospitalizar. No dejan de ofrecerles algo de dinero y una comida.
En el nivel religioso, intentan reunirlos el domingo por la tarde para una sesión de catequesis, la explicación del evangelio y la oración. Un cierto número de ellos ha hecho ya la primera comunión; más de treinta están preparados para ser admitidos a ella.

Señora,

El interés que usted se toma por la obra de los jóvenes de Auvernia me lleva a pedirle un nuevo favor para ellos. Sería el de encomendarlos a la caridad de las Damas de la Misión. Yo me proponía escribir a sus jefas, pero me parece que acudir a usted es el medio más eficaz y expeditivo: mis cartas no podrían hacer por ellos tanto bien como la intercesión de usted.

Conoce la triste situación de los desgraciados niños de que se trata. Objeto de los desprecios y rechazo de casi todo el mundo, no conocen más que la miseria y los vicios que ordinariamente la acompañan. Estas señoras, cuando conozcan su triste situación, no serán insensibles a su desgracia y pienso que sus corazones se alegrarán de ayudarnos a arrancarlos, si no de su cruel indigencia, al menos de su pérdida eterna.

Adjunto a mi carta algunos detalles sobre la obra para que su caridad haga de ello todo el uso que considere oportuno.

N. A. 218.2.15. Burdeos, 19 de noviembre de 1819
Al Padre Charrier, Libourne

En Libourne, una ciudad situada a unos treinta kilómetros de Burdeos, existe una floreciente Congregación mariana, dirigida y animada por el P. Charrier. Es una asociación modelo, concurrida por personalidades destacadas (presidente del tribunal, abogados, procuradores, profesores…). El P. Chaminade va unos días a Libourne para ajustar algunos detalles de su organización. Entre los congregantes de Burdeos y los de Libourne se lleva a cabo una especie de hermanamiento, con visitas recíprocas, intercambio de conferenciantes y de escritos literarios.

Sí, mi querido hijo, llevo en mi mente y en mi corazón a la congregación de Libourne y su entusiasta director. Si alguna vez me retraso en responder a cartas que tratan de

[81] G. J.CHAMINADE, *Cartas I, o. c*., pp. 344-347.

asuntos no urgentes o que solo quieren informarme sobre lo que pasa, no hay que concluir de ello que se haya producido el menor enfriamiento. Usted tiene demasiado buen espíritu como para caer en semejantes errores.

Si en algunas ocasiones, usted piensa que una de mis cartas dirigida sea a la congregación de hombres sea a la de mujeres, puede ser también necesaria para alguno de sus proyectos, me prestaré a ello gustosamente, a pesar de mis ocupaciones.

Escribo al señor Párroco para que me dé su opinión sobre la fijación de las fiestas o devociones a celebrar en el anexo para la congregación.

Escribo al señor Savinien Giraud, secretario del Consejo, para autorizar a los miembros del Consejo a reunirse una o dos veces sin que usted esté presente. Se le avisará. Usted no tiene más que responder, eso basta; no pregunte la razón. No tardará en saberla. No se debe hablar de ello al señor Párroco.

Estoy muy contento de su plan para alimentar útil y agradablemente las asambleas de las Damas.

Le abrazo afectuosamente, mi querido hijo, en los sagrados corazones de Jesús y de María.

N. A. 218.2.16. Burdeos, 1 de diciembre de 1819
Al Padre Charrier, Libourne

El P. Chaminade informa al P. Charrier de que le ha enviado dos paquetes de estampas que contienen una fórmula de oración con indulgencia para rezarla el día de la fiesta de la Inmaculada. Precisa que, para obtener la indulgencia, es necesario rezarla «con la efusión del corazón y el fervor de la devoción», y concluye diciendo que María, la mujer sin mancha, merece toda nuestra confianza.

Mi querido cohermano,

Le he enviado por correo con cinta protectora y franco de porte dos paquetes de fórmulas para la fiesta de la concepción de la Santísima Virgen. Estas fórmulas forman parte de las instrucciones que nos han venido de Roma. Hay también para las otras fiestas del año, hablaremos de ello más adelante. En cuanto a las que han sido impresas, encontrará cien ejemplares en cada uno de los dos paquetes que le anuncio. Tendrá que repartirlos entre la congregación de las Damas y señoritas y la de los señores. Presumo que no habrá para todo el mundo; pero no he podido reservarle un mayor número; las otras congregaciones afiliadas han sentido la misma reducción poco más o menos. Si embargo, si las personas a las que distribuya las usan bien, todo se arreglará: se prestarán, se copiarán, se pondrán varios en grupo para pronunciarlas o leerlas, en el momento de la recitación de los *Pater* y *Ave*.

La intención del moderador general de las congregaciones es que en todo el universo cristiano las congregaciones afiliadas tengan sus prácticas de piedad uniformes. Este deseo es loable y además nosotros le debemos obediencia. Empezamos por la fórmula correspondiente al día de la Concepción.

Hace tiempo que expresamos el temor de que las condiciones para obtener las indulgencias sean mal e incompletamente cumplidas, lo que impide ganar la indulgencia. La condición para las oraciones no es solo que se hagan sino que haya efusión de corazón y el calor de la devoción, *devotas preces effundere*; la fórmula enviada tiene como objetivo disponer el corazón para esta efusión.

María fue liberada del pecado original; en cambio, todos los hombres llevan su mancha y experimentan sus consecuencias. ¿Qué pérdidas nos ha ocasionado este pecado

original? El autor de la fórmula presenta seis especies y cada una de ellas da lugar a la invocación a la Virgen Inmaculada. Esta fórmula parece igualmente apropiada para hacernos sentir todo el alcance de nuestro mal y llevarnos con confianza a esta Virgen santa que fue liberada de la suerte común en vistas a su maternidad divina…

141. Burdeos, 15 de junio de 1820
A la señorita Carlota de Lachapelle, Condom

¿Tal vez está cerca el día de ingreso de la joven de Lachapelle en el convento? Al P. Chaminade le parece que sí, pero será necesario todavía un año para que sea libre de «correr por los caminos del Dios».

Me entero con gran satisfacción, mi querida hija, que por fin los lazos que la retienen en el mundo se van a romper. Su hermano se va a casar; queda usted liberada de toda promesa; será libre, libre de volar a su querida soledad, libre de correr por los caminos de Dios, libre finalmente de consagrar todo lo que ha recibido de la mano liberal de la Providencia a la gloria de Jesús y de María. Desde que fue congregante, podía considerarse sin duda Hija de María; ahora va usted a recibir esta noble cualidad por el estado que abraza. El mundo mismo solamente la reconocerá como Hija de María.

Va a entrar en el convento, mi querida hija, en un momento en que es muy necesaria al Instituto de María. El traslado de las Hijas de María al antiguo convento de los Agustinos y la nueva fundación del hermoso convento de Tonneins necesitan sujetos, y sujetos por así decirlo muy formados. Tome pues, mi querida hija, una actitud firme y decidida… El demonio no ahorrará esfuerzos para hacerle encontrar nuevos motivos para retardar su retiro absoluto del mundo. Toda razón debe cesar cuando llama el gran Maestro. ¿Qué han ganado los padres de la Hermana Ángeles? Siempre han retardado su entrada en el convento: ahora se muere en medio de ellos con gran pena.

¡Que el Señor, mi querida hija, le conceda valor y fuerza!

142. Burdeos, 11 de julio de 1820
A Sor Celestina, Agen

Una joven novicia del convento de Agen tiene dudas sobre su vocación y se pregunta si no está llamada más bien al Carmelo. La respuesta del P. Chaminade es válida y convincente: «En el Instituto de María, a la propia santificación personal se añade un trabajo efectivo por la santificación del prójimo»; en el Carmelo la práctica de la vida contemplativa pasa por «caminos» extraordinarios infusos, pero se puede desviar también por caminos subjetivos e ilusorios; en cambio las Hijas de María están apoyadas en el camino de la perfección por el deseo sincero de progresar en la vida espiritual mediante la práctica de una ascesis que, a través de las virtudes de preparación, conduce el alma hasta alcanzar la contemplación.

Ha hecho bien, mi querida hija, en abrirme su corazón sobre su vocación: quizá se habría ahorrado muchos sufrimientos si lo hubiese hecho antes.

Me dice que antes de entrar en el convento de las Hijas de María había sentido el deseo de ser de las Hijas de Santa Teresa. La santidad de este último estado la asustó: se creyó más apta para el primero. Sus deseos del Carmelo resurgen constantemente con más o menos fuerza, y la elección a hacer entre estos dos estados la sume en la turbación.

Pero, mi querida hija, ¿ha calibrado usted el deseo que siente por el Carmelo? ¿Ha comparado los dos estados para ver lo que tenían en común y lo que tenían en particular?

¿Lo que usted desearía es lo propio del Carmelo que lo distingue de cualquier otro estado religioso? Parece que usted no ha distinguido en las Carmelitas más que la santidad de su estado: puede ser incluso que no se haya hecho una idea exacta de su santidad.

El Instituto de María y la Reforma de Santa Teresa tienen uno y otro como objetivo conducir a sus miembros a la más alta perfección, pero por caminos diferentes. El Instituto de María nos muestra o más bien nos traza la ruta que debemos seguir para ir a Dios y unirnos a él. La Reforma de Santa Teresa hace conocer más particularmente la vía por la que Dios viene a su criatura y se comunica a ella. En uno y otro estado, usted puede ver el mismo fin, la misma perfección, la misma santidad: pero la manera de tender a ella es muy diferente.

En el Instituto de María, es difícil que se introduzca la ilusión y se percibe enseguida; en la Reforma de Santa Teresa, el demonio puede tomar más fácilmente la forma de ángel de luces.

En el Instituto de María, unas Jefas fervientes pueden conducir fácilmente a sus miembros, con la Regla en la mano, a la perfección; en la otra, se produce una desgracia casi irreparable si no se encuentra, entre las Jefas, almas llegadas ya a una alta perfección y que tengan la experiencia de las comunicaciones divinas.

En el Instituto, la luz de la dirección por las vías divinas se comunica a sus discípulas más por las Jefas y Superioras que directamente de Dios en la oración; en el Carmelo sucede lo contrario: por eso digo que la ilusión puede deslizarse más fácilmente.

En el Instituto de María, no hay largas oraciones, ni vocales ni mentales, pero sí mucho trabajo, santificado por el recogimiento y un silencio religioso; en la Reforma, largos oficios y largas oraciones, soledad, etc.: todo es consecuente, en uno y otro, con el plan de santificación presentado en los dos por el Espíritu Santo.

En el Instituto de María, a la santificación personal se junta un trabajo efectivo por la santificación del prójimo; en la Reforma de Santa Teresa, no se es útil a la religión más que por las oraciones que se hacen por la conversión de los pecadores y la conservación de los justos.

En el Instituto de María, es la vida apostólica; en la Orden del Carmelo, es la vida solitaria.

En uno y otro, tierna devoción a la Santísima Virgen, entera dedicación a su culto: en este punto, la única diferencia está en que el Instituto trata de propagar esta devoción y publicar todo lo que pueda las grandezas de María.

No he pretendido, mi querida hija, establecer aquí una comparación perfecta entre las dos Órdenes: solo he querido ponerla en condiciones de decidir con conocimiento y hacer que pueda leer en su corazón su vocación. Es posible que no comprenda algunos puntos de esta carta; se los podrán explicar en el convento.

Quizá usted querría que no le dejase en sus propias manos hacer la elección, que yo me pronunciase. – Leyendo su carta me ha venido este primer pensamiento: ¿Qué señales ha dado ella de una vocación para el Carmelo? ¿Qué gustos, qué atractivos ha manifestado por la oración mental y la vida solitaria? ¿Qué operaciones del Espíritu de Dios en su alma han anunciado esta vocación? Hablándole con franqueza, mi querida hija, no he visto nada de eso en las pequeñas notas que me han hecho llegar a veces sus Jefas. Al contrario, varias veces he pensado que Dios le había otorgado una gran gracia haciéndole entrar en un convento de las Hijas de María, donde podía corregir algunos defectos que sin duda la habrían perdido en el mundo, y yo admiraba los designios de bondad que él tenía sobre usted, asociándola a los trabajos apostólicos de las Hijas de María, pero dejando que se ocupase en lo que es capaz.

Deseo que esta carta pueda hacer cesar todas sus incertidumbres. Si se queda en el convento, puede guardar esta carta; si por el contrario, tiene que salir deberá entregarla a la Buena Madre.

Es muy posible que los deseos que ahora siente de entrar en el Carmelo no vengan de Dios, sino que sean sugestiones para impedirle abrazar el estado para el que se han percibido o se han creído percibir signos de vocación y para que tampoco entre o no se mantenga en el otro estado, para el cual no se han visto signos reales de una vocación divina.

¡Que el Señor se digne derramar sobre usted las luces de su espíritu y la unción de su gracia!

144. Burdeos, antes de septiembre de 1820
A la señorita Laura de Labordère, Laval

Las nuevas obras no disminuyeron para nada el interés del Fundador por las anteriores. La Misericordia estuvo siempre en el centro de su cuidadosa atención. En 1820, la Madre Teresa fundó en Laval una Misericordia siguiendo el modelo de la de Burdeos. La señorita Laura de Labordère (1789-1867), sobrina de Teresa de Lamourous, fue elegida para esta misión.
El P. Chaminade le escribe a la nueva sede, trazándole algunas reglas de comportamiento exterior e interior, diseñadas para dar seguridad a aquella alma tan generosa pero ansiosa y temerosa.

1. No haga confesiones ni generales ni extraordinarias, no se acuse nunca de pecados graves de la vida pasada con el pretexto de conocerse mejor.

2. En la duda de si se ha acusado de un pecado pasado, no debe acusarse de él.

3. No debe creer que ha consentido malos pensamientos más que cuando han seguido malas acciones con plena libertad de espíritu. No hay que acusarse en confesión y menos todavía dar explicaciones de los pensamientos de impureza bajo ningún pretexto.

4. Conserve siempre la paz del alma; vaya siempre a Dios con una sencillez total; deseche y rechace todo lo que le turbe.

5. En todas sus dudas sobre su conducta interior, decídase rápidamente, haciendo lo que otro le aconsejaría.

En todas sus dudas sobre su conducta exterior, pero ordinaria y en el orden de su estado, decídase rápidamente según sus reglas y el espíritu de su estado: si perdura la duda, haga lo que usted mandaría hacer a otro en su misma situación.

En cuanto a las dudas sobre el procedimiento a seguir en asuntos externos al régimen de la casa, si los asuntos son urgentes pida consejo ordinariamente en el mismo lugar a la señorita Rondeau. Si los asuntos no son urgentes y el plazo de su ejecución permite escribir a Burdeos, o a la Buena Madre[82], o a su Buen Padre, no acuda a otros consejos. Si no está segura de que los asuntos sean urgentes o no, pida consejo en el mismo lugar.

En todos los casos, escriba a la Buena Madre sobre todo lo que pase, tanto si le concierne personalmente como si concierne a las diversas personas de la casa o a las demás personas de fuera que tienen relaciones de alguna importancia con la casa.

Recuerde que no es usted huérfana, ni de padre ni de madre, ni una hija emancipada, sino, etc.

[82] Así era llamada habitualmente Teresa de Lamourous.

Cuide de modo especial a Marinette[83], vele especialmente por su progreso espiritual y de que se penetre cada vez más del espíritu del estado que ha abrazado.

Usted no va más que por obediencia; espero que no obrará más que por espíritu de obediencia, incluso cuando mande; recogerá los frutos tan abundantes y deliciosos de la obediencia: se los prometo en el nombre del Señor, cuyo lugar ocupo, aunque sea indigno, ante usted.

149. Burdeos, fin de 1820
A la señorita Laura de Labordère, Laval

A su hija espiritual el P. Chaminade le enseña sencillez y confianza, además de la práctica de la oración, ejercicio «muy saludable».

Bendigo al Señor, mi querida hija, de que le otorgue la paz del alma. ¿No ha notado usted que solo siente turbación y temores alarmantes cuando no sigue con sencillez sus reglas, cuando no va a Dios con entera confianza? Cuide, pues, la sencillez y la confianza, ¡qué hermosos sentimientos los dos!

Me he enterado con agrado que se entrega un poco más a la oración mental, siguiendo la orientación de su confesor. Siga así: este ejercicio le será muy saludable. Hace tiempo que yo se lo habría aconsejado si no estuviese usted tan inquieta…

154. Burdeos, 23 de marzo de 1821
A la señorita de Lachapelle, Condom

La de la señorita de Lachapelle es una vocación contrastada: he aquí una bellísima carta destinada a sostener a la joven en su elección de vida.

Por fin me dirijo a usted, mi querida hija: es muy tarde para su situación; es también muy tarde, se lo aseguro, para mis sentimientos. No piense que me he olvidado de usted en ningún momento. Yo soy su Padre y usted es mi hija. Dios ha permitido este largo retraso, sin duda para probarla: no supone indiferencia por mi parte.

Sigo con interés y sensibilidad, mi querida hija, sus combates y las pruebas de su constancia. ¿Quién puede dudar de su vocación? ¿Cómo no ver que el gran Maestro que le llama a su servicio la sostiene desde hace tantos años en estas rigurosas pruebas? ¿Qué consejos puedo yo o más bien debo yo darle, cuáles son los que tiene que recibir del P. Castex[84] y de los que y las que tienen el temor de Dios? Los de poner toda su confianza en la gracia del Señor y la protección de su augusta Madre, a la que usted pertenece tan especialmente; y además, sin faltar nunca al respeto que debe a sus padres, tomar, para combatir mejor, una actitud más firme y segura; haciéndoles ver de vez en cuando que, oponiéndose a que obedezca a su vocación, se opondrían a los planes de Dios, a Dios mismo; que no podían usar contra Dios la autoridad con que él les había revestido respecto a usted; otras veces, hacerles ver que las presiones que usted sufre pueden dañar su salud; que otra en su misma situación (llamada Sor Ángeles) murió.

[83] Marina era una Hija de la Misericordia.

[84] El P. Castex ejercía la función de capellán en el hospicio de Condom.

Podía hacerles comprender también que, con un sacrificio voluntario, participarían en todo el bien que su entrada en comunidad pudiese obrar y en todos los méritos que usted pudiese adquirir.

Estas últimas consideraciones podría hacerlas sobre todo a su tía. Si quisiese retenerla junto a ella con la amenaza de privarla de alguna herencia que estaría dispuesta a dejarle, ¡cuántas cosas se le podrían decir! ¿Desearía ella que una promesa de fortuna le impida a usted cumplir los planes de Dios? ¿Desearía ella a su muerte impedirle a usted hacer el bien que Dios le habría inspirado? ¿No tendría nada que temer, cuando compareciese ante el temible tribunal, por haber dispuesto de una parte de su fortuna para detener el paso de la Providencia?, etc., etc.

Prudencia y ánimo, mi querida hija; ¡prudencia valerosa o valor prudente! Entre cada vez más en el espíritu del Instituto de María; siga sus prácticas en la medida en que pueda: que, cuando entre en el arca de su alianza con el Señor, se haya comportado como la paloma que el anciano Noé recibió al atardecer, orgullosa de la rama de olivo, signo de paz y de victoria o de fidelidad.

Anime al P. Castex respecto a la Congregación: las dificultades que experimenta deben hacerle presentir el bien que ella hará un día en Condom. Pienso que él la anima a usted a su vez y que es su apoyo y su consuelo en medio de sus combates.

Hágame saber siempre, mi querida hija, todo lo que le ocurra. Si deja al padre que tiene en Condom, Dios ha provisto ya llenándome para usted de sentimientos enteramente paternales.

164. Burdeos, 6 de julio de 1821
A la señorita de Lachapelle, Condom

Ahora ya la señorita Lachapelle puede emprender el vuelo: abandonar el mundo para entrar en la vida religiosa. Pero el P. Chaminade no conocía todas las dificultades que todavía le impedían responder a la llamada: Charlotte las vencerá solamente con la fuga.

Dios, mi querida hija, al retirar a su tía de este mundo, ha quitado el mayor obstáculo que tenía para entregarse a su vocación. Sus padres ya no tienen razones, ni tan siquiera aparentes, que alegar para impedirle volar a su querido convento, donde debe tomar el título de Hija de María y convertirse en Esposa de Jesucristo, su adorable Hijo.

Tome, mi querida hija, esa actitud de valentía y firmeza que sabe tomar la esclava que quiere romper sus lazos. Hace bastante tiempo que se lamenta: vea con el P. Castex qué medio puede tomar para ejecutar su piadoso plan. Por otra parte, sus padres le dieron su consentimiento con las condiciones que ya se cumplieron hace tiempo.

Que el Espíritu Santo esté con usted, mi querida hija, un espíritu de fuerza y valentía. ¡Que la paz del Señor esté siempre con usted!

175. San Lorenzo, 22 de octubre de 1821
A Mons. d'Aviau, Arzobispo de Burdeos

El retiro anual de los primeros marianistas fue realizado en 1821 en San Lorenzo, al igual que en los años anteriores. Los participantes fueron 32. Como era costumbre, el P. Chaminade pidió al Arzobispo una bendición para la pequeña Compañía de María que entonces se llamaba «Compañía de los Hijos de María».

Aprovechó también la ocasión para hablar de su actividad: desarrollo interrumpido de la Congregación y éxito de los primeros marianistas en la enseñanza; empresa que cree que responde a los planes de Dios para los difíciles tiempos que corrían.

Monseñor,

Los Hijos de María acaban de renovarse en el retiro. Antes de volver al ejercicio de sus trabajos exteriores, desean ardientemente obtener de nuevo la bendición que su caridad enteramente pastoral les concede cada año. Le suplican que señale el momento, la hora en que podrán ponerse a los pies de Su Eminencia. Mañana saldrán del retiro para ponerse a su disposición.

El número de asociados ha seguido aumentando a lo largo del último año, pero las obras han crecido en mayor proporción todavía.

Algunas nuevas Congregaciones instituidas, el número de congregantes acrecentado, las Escuelas primarias de un Departamento vecino puestas bajo nuestra responsabilidad, los trescientos o cuatrocientos niños educados este año en el espíritu de nuestra santa religión, un mayor número todavía dispuestos a recibir los mismos beneficios los años venideros: todas ellas son cosas que, en el espíritu de religión, nos parecen indicar la bondad de Dios con la obra que he creído que está en los planes de la Providencia para el tiempo en que estamos.

Queda a los Hijos de María y a su Director asegurar la continuidad de esta obra tras sus comienzos, obteniendo la bendición del cielo y la de Monseñor, que es nuestro Pastor en la tierra.

Dígnese aceptar, Monseñor, el profundo respeto y la veneración religiosa con la que etc.

P. D. Su Eminencia se dignó el pasado año dar a sus Hijos de María una señal muy grande de bondad, concediéndoles una visita y la celebración del santo Sacrificio en el lugar mismo del retiro: no osan pedir la misma gracia, pero la recibirían con viva alegría.

177. Burdeos, 27 de octubre de 1821
Al señor David Monier, Burdeos

La nota siguiente se refiere a la compra de la biblioteca del P. Conne, exprofesor de moral en la Facultad teológica de Burdeos. Incluía obras de valor, recogidas durante la dispersión de las bibliotecas de los conventos en el tiempo de la Revolución. Contaba con 12.000 volúmenes. El P. Chaminade era consciente del valor que podía representar para la recién nacida Compañía ese medio de trabajo, pero dudaba porque carecía de medios económicos. Las negociaciones fueron laboriosas y terminaron solo a finales de agosto de 1823.

No sé, mi querido hijo, si usted considerará timidez mi indecisión para comprar la biblioteca del venerable P. Conne… Comprometerse por una suma de 12.000 o 13.000 francos, pagando los intereses en la situación en que estamos, no me parece oportuno: pienso que incluso de esta manera tendría dificultad para encontrar los 3.000 francos al contado.

Suponiendo que el R. P. Conne hubiese aceptado las cuatro propuestas que yo le hacía, los amigos del Instituto estarían dispuestos –al menos, eso creo- a ayudar para favorecer el bien de la religión y del Instituto.

Dígale a este buen Padre que lo siento mucho.

Examinando este asunto ante Dios, he decidido no aceptar más que en las condiciones que le indiqué ayer; pero es inútil hablar de ello aquí…

179. Burdeos, 18 de noviembre de 1821
A Sor Encarnación, Agen

La señorita Lachapelle recibe el hábito religioso: el P. Chaminade le escribe palabras de aliento.

Por muy apretado de tiempo que esté, mi querida hija, por terminar bien el retiro de los hombres y por otras muchas cosas, no quiero que reciba el santo hábito de religión de las Hijas de María sin recibir una breve carta mía, que soy de verdad su Padre. No es exactamente una respuesta a su carta: tengo intención de volver sobre ella; solo quiero decirle que tenga ánimo, que ensanche su corazón. ¿Qué vocación más probada y más segura que la suya? Tenga la seguridad de que el divino Esposo al que va a unirse irrevocablemente le otorgará toda su amistad, y por consiguiente gracias sobreabundantes para serle inviolablemente fiel. – ¿Que su salud es débil? – De acuerdo; pero su divino Esposo se contenta con ello: le disgustaría un excesivo temor a responder a su voz. Ya le explicaré mejor en otra ocasión este punto de vista tan tranquilizador.

186$_A$. Burdeos, 10 de enero de 1822
A las Hermanas novicias, Hijas de María, Agen

Del Pseudo-Dionisio en adelante (siglos V-VI), los autores espirituales, hablando de la práctica ascética, distinguen varias etapas que llaman respectivamente purgativa, iluminativa y unitiva. El P. Chaminade adoptó este esquema con un toque de originalidad: habla de las virtudes de preparación que forman a los grandes santos, de las virtudes de purificación propuestas a los predestinados, y, finalmente, de las virtudes de consumación, que son las practicadas por Jesús y María.
Ahora propone estas virtudes a las novicias de las Hijas de María: son el camino que conduce al Paraíso. Allí las vírgenes acompañan a la divina María para depositar la corona frente al trono del Cordero.

Mis queridas hijas,

Las reúno a todas en mis ofrendas ante Dios, como ustedes se han reunido para expresarme sus buenos deseos. Mi afecto paternal se dirige a todas y cada una de ustedes: si Dios se digna escucharme, no habrá ninguna de ustedes que no se encuentre un día en el cielo, entre las vírgenes que acompañarán a la divina María, o que pondrán sus coronas ante el Cordero.

Su Instituto es el camino que debe conducirlas a él. Las virtudes de preparación son, en el Instituto, lo que ha formado en otras partes grandes santos; las virtudes de purificación se proponen a los predestinados; y el tercer orden de virtudes, las virtudes de consumación, son las virtudes de Jesucristo y de María.

No les sorprenda la grandeza de estas miras: son las de Dios, que les dará la gracia para llevarlas a cabo. Confíense a la gracia; ella les ha introducido en el refugio en que están; ella les revelará aquí su luz y sus dulzuras, sabor anticipado de las que nos están preparadas en el cielo. Vivan en la humildad, en la obediencia, en el trabajo, glorificando a Dios interiormente y exteriormente.

Iré, mis queridas hijas, como lo he prometido, para fortalecerlas y ayudarlas, según las fuerzas que Dios quiera otorgar a su ministro poco digno, pero que arde de celo por su

servicio y de caridad por las almas que pueden honrarle. Tomemos este signo de unión: ¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a todos los de buena voluntad!

La señorita Gayet ha hecho bien en hacerse llamar Hermana de la Presentación y prepararse para ser admitida.

Me uno a todas una vez más, y pido a Dios desde el fondo de mi corazón que las colme este año, y el resto de sus días, de sus inefables bendiciones.

Repito de mi propia mano: pido a Dios, desde el fondo de mi corazón, que las colme este año, y el resto de sus días, de sus inefables bendiciones.

188. Burdeos, 25 de enero de 1822
A L. Rothéa, Ribeauvillé

Luis Rothéa es una de las figuras más simpáticas de los orígenes de la Compañía: fue el instrumento, elegido por la Providencia, para introducir a los marianistas en Alsacia, región que llegó a ser el lugar de mayor desarrollo de la Compañía. Se esforzó para abrir siete colegios marianistas. Esta carta, llena de afecto, traza el ideal del religioso: «Hacer sinónimas las características de santo y de Hijo de María».

Vuelvo a usted, mi querido hijo, y, si no estoy más a menudo y más tiempo con usted, ya sabe la razón. Toda razón cesaría y yo correría hacia usted si hubiese algún asunto grave que le afectase personalmente. Un tierno afecto, un afecto enteramente paternal le seguirá a todas partes donde esté, aunque fuese en el extremo del mundo. La constancia y perpetuidad de ese afecto le están aseguradas por la perpetuidad misma de nuestra unión...

Su hermano se encarga también de responder a diferentes puntos de sus interesantes cartas. Lo que seguro que no le dirá es que reina el fervor en nuestro pequeño noviciado… ¡Cómo deseo, hijo mío, que crezca también usted en la práctica de las virtudes religiosas! ¡Cómo deseo que sea un santo! ¡Hagamos sinónimas las expresiones santo e Hijo de María! Que la bendición paternal que le doy ahora, con toda la efusión de mi corazón, pueda producir este feliz efecto.

199. Burdeos, 3 de junio de 1822
A Mons. d'Aviau, Arzobispo de Burdeos

El P. Chaminade tenía la idea persistente de hacer del santuario de Verdelais una obra marianista. En esta carta presenta al arzobispo unas líneas maestras de su proyecto. La joven Compañía tiene ahora los hombres para hacer frente a esa empresa. Sin embargo, el proyecto no es aceptado. ¿Falta de confianza por parte del arzobispo? ¿Oposición de la curia? De hecho, al arzobispo le gustaría que la Compañía de María fuese diocesana, mientras que el P. Chaminade la quiere universal. Tal vez por eso no se confía a los marianistas ninguna obra de la diócesis.

Monseñor,

Desde hace algunos días, estoy casi habitualmente preocupado con la idea del antiguo esplendor de Verdelais, con la necesidad de recuperarlo y con el deber que yo tenía de ofrecerle a usted para ello los servicios del Instituto de María, por débiles que sean.

Antes de adquirir este viejo monasterio, le agradó, Monseñor, el proyecto que le presenté.

Como, después, me pareció percibir que usted tenía otros planes, ya no me he atrevido a hablarle más de ello, y si yo tuviese en cuenta solo mis medios actuales, tendría que mantenerme también alejado de este proyecto. Por el momento, no puedo ofrecerle, y eso entorpeciendo otros proyectos, más que dos sacerdotes, pero buenos religiosos, de los cuales a uno tendría usted la bondad de nombrarlo Coadjutor y al otro Párroco. El más joven de los dos sacerdotes ha ejercido ya el santo ministerio como Párroco y como Coadjutor: es el P. Rothéa. Además sabe tocar el órgano: podría conseguir en Verdelais algunos alumnos en este aspecto. Para sostener el canto y dar a los ejercicios de la religión un principio de dignidad, podrían llevar dos jóvenes postulantes, muy piadosos, que tienen buena voz. Tengo motivos para esperar un aumento de sujetos; confío también en que Nuestro Señor nos enviará los mejores medios para hacer honrar a su augusta Madre.

Monseñor, si no ve temeridad en la empresa que tengo el honor de proponerle, si la mediocridad de nuestras fuerzas y de nuestros medios no le asusta, si además quiere usted secundar nuestros esfuerzos con su protección, tendré el honor de verlo y concertar con usted y el P. Barrès los medios adecuados para una pronta ejecución. *Ad majorem Dei gloriam Virginisque Deiparae*.

230. Burdeos, 4 de marzo de 1823
Al P. Bardenet, Misionero, en Besanzón

El P. Bardenet se convertiría en uno de los colaboradores más activos del P. Chaminade en el Franco-Condado. Durante el Terror, su vida fue la de todos los confesores de la fe que solo milagrosamente escaparon de la muerte. Después de la revolución se dedicó totalmente a la restauración de las obras diocesanas de Besanzón. Fue él quien se encargó de hacer llegar la Compañía de María a Saint-Remy y las Hijas de María a Arbois (1826). Finalmente hizo establecerse a las Hermanas marianistas en la antigua abadía de Acey (1830), donde él mismo se quedó como capellán de ellas hasta la muerte.

Mi muy honorable cohermano,

Debería haberle escrito, sin duda, en cuanto el señor Vicario general de su diócesis me informó de sus planes relativos a Saint-Remy. No sé por qué no se me ocurrió; a no ser que atribuya esta falta a que tengo una confianza total en el señor Vicario general. Debería haber mirado más cerca de mí. Tenga la bondad de excusarme en su interior, mi querido y honorable cohermano, al menos por esa vivificante caridad que hace nuestra unión en Jesucristo.

En cuanto al fondo del asunto, no dejo de sorprenderme de las causas y los medios que nos ponen en relación, tan lejos como estamos uno de otro, sin habernos conocido nunca. No he podido menos que decir: ¡Oh Providencia!

¿Cuáles son los planes de esta Providencia, en esta ocasión, en relación a nosotros, y qué nos pide? He aquí lo que más particularmente ha llamado mi atención. Me hago una consideración bastante simple. Me he dicho: nuestros Obispos, sucesores de los Apóstoles, son los apóstoles del tiempo en que vivimos. Ellos tienen la alta misión. Pues bien, la Iglesia, apostólica en el oriente de Francia, me pregunta a mí, ministro inferior, situado en el otro extremo del reino, si puedo enviar obreros al lado de usted, que el Maestro los espera. No me queda más que, respondiendo como en tiempo de los Apóstoles –¡y ojalá Dios lo quiera así!- obedecer y emplear en ello todo mi poder. He señalado los límites de ese poder, porque debía hacerlo. Es débil en mí, y puede llegar a ser grande en nuestro divino Salvador: se hará su santa voluntad. Cuando este divino Mediador se digna asociarme

a hombres más dignos, ha tomado en consideración mi debilidad, y ese es un motivo de consuelo: tengo confianza en la obra suscitada y obedezco. Usted hará de su parte todo lo que pueda por la gracia: unámonos en Dios solo.

Mi enviado podrá explicarle más en detalle mi pensamiento. Él lo conoce mejor que ningún otro: estuvo conmigo en mi cautividad, en mis trabajos, en las instituciones en que Dios quiso que yo fuese su débil instrumento; no cesará de trabajar conmigo cuando trabaje de acuerdo con usted, mi muy honorable cohermano, en una obra que nos será común.

Él tendrá antes que yo la ventaja de edificarse con usted y con su clero, del que he oído decir este gran elogio: que en él no hay más que un corazón y un alma. Mi enviado compartirá fácilmente ese mismo espíritu, aunque no sea propiamente del clero: no es ni extraño a él ni inútil, puesto que está comprometido en el estado religioso y llevado por la gracia al servicio de la religión.

Todo lo que usted decida o haga con él, me ratifico en ello; lo considero como hecho conmigo mismo. Haga, mi muy honorable cohermano, todo lo que encuentre de bueno para que las costumbres y la religión sean ayudadas y reflorezcan, y para que reinen tan santamente, si es posible, como en los primeros días de la Iglesia; haga abundar en ella obras de fe y frutos de caridad.

Esta Providencia, que se ha dignado ponerme en relación con usted, me da esta esperanza en que no es en vano que nos ha atraído y colocado en sus santas vías. Esta esperanza y este deseo me unen enteramente a usted en Jesucristo, y me llevan a pedirle que me crea sinceramente, etc.

234. Burdeos, 23-25 de abril de 1823
Al señor David Monier, Besanzón

David Monier, que quedó encantado con la visita realizada a Saint-Remy, comunica enseguida sus proyectos al Fundador. El P. Chaminade le responde uniéndose a su alegría, pero también llamándole al realismo, haciéndole ver las posibles dificultades.

Comienzo esta carta, mi querido hijo, el 23 de abril, y no sé qué día la podré terminar.

He recibido sus tres últimas cartas, de Vesoul, de Belfort y de Landser; no las releo, para no turbar los sentimientos que resultan de ellas; pero las releeré al final, por si se hubiese escapado alguna circunstancia importante, que no era del asunto principal. Desde hace varios días, trato de entrar en una paz más perfecta y de no mirar más que los intereses de la religión.

Mi primer sentimiento ha sido de alegría: ¿cómo se podría amar a Jesucristo y a su augusta Madre, y no alegrarse de las disposiciones que ha encontrado en el P. Bardenet, en sus dignos colegas y en los miembros del clero con los que ha dialogado, pero sobre todo en el P. Bardenet, que es aquí como la llave maestra de esta gran obra? Le hago llegar un Diploma de afiliación, que pienso que aceptará con agrado. No podemos no estar estrechamente unidos, puesto que indudablemente tendremos que trabajar de común acuerdo todo el resto de nuestra vida en una obra tan importante. Estoy seguro de que presiente todas las consecuencias positivas de la empresa; si él no hubiera puesto más que un ligero interés, yo no creería que debía seguir adelante, desde que comprendo mejor las cosas. Retomo, mi querido hijo, estas últimas palabras: comprendo mejor las cosas, porque expresan la sucesión de otros sentimientos que ha hecho nacer en mí la lectura de sus cartas.

Las personas que iban a formar parte de la colonia a enviar no serían aptas, en su mayor parte, para las obras que se pueden hacer en este extenso local: tengo que volver a un nuevo examen y a una nueva elección. Si se hiciese en Saint-Remy una Escuela Normal para los quinientos maestros de las Escuelas primarias que hay en la diócesis de Besanzón, no tendría, al menos por el momento, para poner como Jefe de este establecimiento más que a usted mismo: y usted sabe lo necesario que me es aquí y en muchos otros establecimientos hechos o por hacer.

Saint-Remy ofrece, para el futuro, medios de subsistencia; pero en el presente no los veo; y, sin embargo, hace falta de todo en el presente...

Hará bien en indicarme, mi querido hijo, aquellos de nuestros religiosos que más necesitaría en estos comienzos. Al principio pídame los menos posibles. Una vez que esté yo bien enterado de las necesidades, le iré enviando poco a poco. Estas necesidades no tardarán nada en multiplicarse si, a las obras principales, se juntan las reparaciones, los trabajos, etc. …

P. D. Le ruego que exprese al P. Bardenet mi respetuoso afecto, y en general, a los miembros del clero con los que tenga que tratar, el testimonio de mi veneración: pongo en primer lugar a Su Ilustrísima el señor Arzobispo Coadjutor.

257. Burdeos, 18 de noviembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

Se trata de una carta confidencial y con noticias. El P. Chaminade habla a corazón abierto con su discípulo, que tal vez está aquejado de una forma de neurosis. Ante todo hace referencia a la importante iniciativa que llevaba en su corazón de abrir en Saint-Remy cursos de ejercicios espirituales para los maestros laicos. Después se detiene en noticias de diverso tipo, desde la dolorosa pérdida de la Madre Teresa hasta el desarrollo de las actividades específicas de la escuela de Agen, donde, en su opinión, es necesario establecer una clase de recuperación para los alumnos más débiles, formada por no más de 60 alumnos. En lo referente a las casas de Burdeos, el fundador se declara bastante satisfecho, aun lamentando los excesivos gastos de funcionamiento. Alude también a una publicación del gobierno, que proporciona útiles informaciones con respecto al Instituto de María.
Pero todo esto es solo una estrategia para llegar al «punto doloroso». De hecho, la carta concluye con una llamada personal que ponemos a continuación referente a un aspecto del comportamiento individual del religioso. De hecho, desde hace algún tiempo, manifiesta algunas anomalías en su personalidad: reacciones de ansiedad, dificultad en la realización de sus tareas, un cierto desajuste vivido con amargura de espíritu y conflicto interior. ¿Cómo ayudarle? El P. Chaminade hace referencia a su propia experiencia personal, que también presenta dificultades de todo tipo, y asegura su ferviente oración al Buen Dios: solo él sabrá darle de nuevo la confianza que se ha venido abajo.

… En todas sus cartas, mi querido hijo, percibo su alma agitada por la sensibilidad y como sumergida en la amargura. Las causas que yo conozco no me parece que sean como para producir un mal tan grande. No sé qué decir ni qué pensar, al verle habitualmente en una especie de tormento. Usted experimenta contrariedades: ¿y quién no las experimenta en este mundo, y sobre todo en tan grandes empresas? Yo las experimento de todas partes, y siento vivamente sobre todo esa especie de irascibilidad que las suyas, que son también las mías, han puesto en su alma. ¡Que el Señor se digne otorgarle su paz!

Voy al ejercicio del retiro y pediré a Dios que realice ese deseo de mi corazón.

260. Burdeos, 2 de diciembre de 1823
A la comunidad de Saint-Remy

Esta es la primera carta enviada por el Fundador a un grupo de religiosos: está animada por un espíritu de fe y de afecto sincero. Él ve su situación llena de dificultades, especialmente económicas y ambientales. Pero sabe que se encuentra ante un grupo de religiosos que sabrán superarlas.

A MIS QUERIDOS HIJOS, LOS JEFES Y LOS DEMÁS RELIGIOSOS,
CONVENTUALES DEL CASTILLO DE SAINT-REMY.

Hace mucho tiempo, mis queridos hijos, que deseo escribirles: mi corazón me habría llevado a dirigirles a cada uno individualmente la expresión de la ternura paternal que siento por cada uno de ustedes en particular; pero estoy tan sobrecargado de trabajo, y los gastos de correo son tan costosos, que he creído mejor dirigirles a todos unas palabras de consuelo.

Digo de consuelo, mis queridos hijos, porque acabo de saber que sufren grandes privaciones, que un frío extremo les ha sorprendido desprovistos de las cosas más necesarias para protegerse de sus rigores. Mi primer sentimiento ha sido el de la compasión por mis queridos hijos de Saint-Remy: les confieso que me hubiera dolido menos tomar sobre mí todos sus sufrimientos que saber que están en esa penosa situación sin poder remediarla de inmediato. Pero, elevándome por la fe hasta el árbitro de nuestros destinos, he adorado los designios de su providencia paternal. Me he dicho a mí mismo: El Señor toma su criba en la mano; quiere probar a esta colonia de élite; quiere discernir los que son aptos para echar los fundamentos de un Establecimiento que debe producir tan excelentes frutos en estas provincias lejanas. Una juventud virtuosa a medias no sería digna de una obra así. Espero, mis queridos hijos, que ninguno de ustedes sucumbirá a la prueba del Señor; que no habrá entre ustedes ningún flojo, ningún murmurador, ninguno que merezca ser rechazado. Todas las grandes obras, todas las empresas para la gloria de Dios y de la Santísima Virgen, están sujetas a pruebas de diferentes maneras, siempre inesperadas, fuera de las previsiones ordinariamente de la sabiduría humana. ¡Sean valientes, sean radicalmente fieles! ¡Empápense cada vez más del espíritu del estado religioso! Aunque sufran contrariedades y penas, tendrán la paz del alma y la satisfacción del corazón: serán realmente felices.

He sabido con agrado, mis queridos hijos, que tienen ya entre ustedes varios postulantes, que pronto podrían llegar a ser fervientes novicios. Lo lograrán si ustedes les dan ejemplos de puntualidad, de virtud y de fervor. Es una feliz obligación el deber que tienen de darles siempre buenos ejemplos. Díganles que ellos tienen un sitio en mi corazón; que estoy impaciente por conocer suficientemente sus sentimientos y sus disposiciones para reconocerlos y adoptarlos también como hijos míos. Deseo, mis queridos hijos, que ellos participen desde ahora de la bendición paternal que les doy a ustedes en la efusión de mi corazón.

274. Burdeos, 22 de marzo de 1824
Al señor O'Lombel, París

El sr. O'Lombel dirigía en París actividades religiosas y movimientos apostólicos. Estaba preparando el terreno para la construcción de la gran iglesia del Sagrado Corazón.

El P. Chaminade quería aprovecharse de sus conocimientos y de su ayuda para formar una Congregación también en París. O'Lombel se mostró disponible. Deseando, con razón, hacerse una idea de la Congregación de Burdeos, pidió los reglamentos al P. Chaminade, el cual le respondió con esta

larga carta, en la que presenta la Congregación en sus diferentes aspectos organizativos y programáticos.

El Círculo religioso nos ofrece muchos motivos de esperanza, si está bien organizado, como es de esperar.

Tengo el honor de enviarle una copia del Instituto de la Congregación de los jóvenes: es el plan que hay que seguir en la formación de una Congregación de hombres en general. Aquí nosotros distinguimos la Congregación de los jóvenes y la de los Padres de familia: pero en las demás ciudades los reunimos bajo un mismo jefe y una misma dirección. Por tanto, la Congregación de hombres está formada por dos clases: la de la juventud y la de la edad madura. Cada clase tiene dos divisiones, primera y segunda. En la segunda, ponemos a todos los artesanos honestos; en la primera, a todos los que están por encima de los artesanos en la sociedad. Cada división se reparte en más o menos fracciones, según el número de congregantes que la componen. Las fracciones contienen los individuos que tienen la mayor analogía entre ellos. Por ejemplo, en la segunda división de la juventud, la fracción nº 1 estaría formada por todos los jefes de talleres e hijos de jefes o patronos; la fracción nº 2 estaría formada por simples obreros, etc… Si en una división se encuentran muchos sujetos de la misma profesión, se pueden formar una o varias fracciones: en la primera división, por ejemplo, los estudiantes de derecho, los estudiantes de medicina, etc.; en la segunda, los sastres, zapateros, etc. Se necesita tacto y habilidad para formar esas fracciones sin herir el amor propio ni suscitar celos…

Sobre lo que el P. Caillet le dice de las sesiones generales de nuestras Congregaciones, que se tienen por la tarde y nosotros llamamos públicas, me parece que no expresa del todo su espíritu. Si se siguiesen bien las orientaciones y las formas, la idea de las prédicas de los protestantes ni tan siquiera se hubiese presentado. No he oído aquí nunca suscitar esa dificultad, y habría respondido a ella si se hubiera suscitado. Sin embargo, personas muy destacadas e instruidas han estado alguna vez en nuestras asambleas, incluso Obispos: pero nunca se han hecho semejantes observaciones, porque en efecto no procede hacerlas, y ningún laico habla en ellas como enseñando la religión. Ellos leen y pronuncian discursos, relativos sin duda a la religión y a la moral; a menudo son diálogos, cantos, etc… Pero: 1º todos esos discursos, de cualquier clase que sean, han sido vistos y aprobados por el Director, que sigue siendo responsable de la enseñanza en la Iglesia, de la que es enviado y ministro; 2º el Director está siempre presente en las asambleas: tiene su junta y las preside visiblemente; 3º nadie improvisa más que el Director; solo él hace las reflexiones que juzga apropiadas sobre los discursos pronunciados; es él quien responde a las dificultades que se presentan, y que a menudo provoca sin que se den cuenta de ello, para dar más interés a lo que tiene que decir; él es el único que enseña, y todo el mundo lo sabe. Generalmente son los jóvenes quienes hablan en estas asambleas; son ellos los que cumplen las funciones de Oficiales de orden para el buen mantenimiento de las asambleas y de Oficiales de honor para con los extraños. El Director, dirigiendo el conjunto, hace realmente todo. Yo hice comprender desde el principio a los congregantes que ellos formaban un cuerpo, pero que necesitaba ser animado: así no hay ninguno de ellos que no mire al Director en la Congregación como el alma en el cuerpo, por las funciones que tiene que cumplir; pero todos le miran también como a un padre tierno en el seno de su numerosa familia.

Los Párrocos que quieren ser los Directores de las Congregaciones, y que creen disminuida su jurisdicción si no son ellos sus Directores, tienen muy poca idea de las Congregaciones, de los fines de su institución y de las relaciones de protección que deberían

tener con ellas. Si este prejuicio se mantuviese e impidiese el establecimiento de las Congregaciones en París, yo podría hacer algunas reflexiones que ayudarían a hacerlo desaparecer. ¡Qué papel tan digno jugaría, por ejemplo, el señor Párroco de Saint-Roche, si apareciese en la Congregación como el protector abnegado de la Congregación, como aprobador de todo lo que en ella se dice y se hace, como el padre de todos, etc.! Se ganaría el amor y el respeto de todos los congregantes e incluso de los extraños. Cuando hablase, sería escuchado como un oráculo: ¿quién le impediría, por lo demás, prepararse a hablar, hablando rara vez y no estando encargado de los detalles de la Congregación? En cambio, si quiere hablar siempre, se repetirá, hablará mal, aburrirá, hastiará: las asambleas, en lugar de atraer, producirán el deseo de evitarlas, etc.

Yo mismo, señor, quizá lo haya importunado ya con mi larga carta: hubieran bastado unas palabras para comunicarle mis ideas. ¡Desearía tanto que esta obra de las Congregaciones pudiese propagarse en la Capital! Habrá podido usted ver ese deseo por la temeridad que he dejado entrever de formar en París un pequeño establecimiento del Instituto de María, que tendría por objeto principal esta obra de predilección: digo temeridad, porque ¡somos tan pocos en número, y tan poca cosa, dentro de ese pequeño número, enteramente formados para esta obra!

Sea lo que sea, señor, trate de hacerse una idea real de estas Congregaciones. Si el señor Arzobispo de París considerase bueno el plan, él lo apoyaría con su protección y se adelantaría firmemente la reforma de París; pero si los Establecimientos que se hagan carecen de bases fundamentales, se hundirán: será mucho más difícil restablecerlos, tal como deben ser, que formarlos por primera vez.

287. Burdeos, 18 de mayo de 1824
A Mons. de Morlhon, Arzobispo de Auch

Las Hijas de María están a punto de abrir una casa en la ciudad de Condom, en la diócesis de Auch. El P. Chaminade explica el Instituto de las Hijas de María al obispo local.

Monseñor,

Una carta, escrita por orden de Su Ilustrísima, y que me ha dirigido el P. de Belloc[85] , hace las veces de respuesta a la que tuve el honor de escribirle el 26 de abril último.

Yo deseaba conseguir una pequeña parte de su benevolencia para la casa religiosa de la Orden de María que se dispone a establecerse en la ciudad de Condom; es una de las ciudades que la Providencia ha puesto bajo nuestra dirección apostólica.

El P. de Belloc ha tenido a bien advertirme de que Su Ilustrísima no había tenido ocasión de conocer los establecimientos de esta Orden, y que era conveniente que yo le diese detalles del proyecto que había pensado para la susodicha ciudad de Condom. Me siento muy contento de que usted se digne escuchar mi explicación, de la que solo siento no haberme adelantado a sus justos deseos: voy a tratar de satisfacerle sin abusar de la autorización que se me concede.

Las Hijas de María, como su nombre indica, se han puesto bajo la protección especial de la Santísima Virgen. Han adoptado unos Estatutos extraídos en gran parte de la Regla de san Benito: las modificaciones más explícitas son las que han parecido necesarias para defender mejor a estas almas piadosas del contagio del siglo. Ya se sabe que ese contacto peligroso está siempre más o menos próximo de las instituciones religiosas: pero las

[85] El P. Belloc tenía el cargo de Vicario general de la diócesis de Auch.

amenaza aún más de cerca cuando el cuerpo religioso se mezcla en parte en la enseñanza, y las Hijas de María están en todos los sitios en ese caso. Es en contacto con este mundo y de sus necesidades como tienen que obrar su santificación, preparar la de muchos otros y protegerse de todos los peligros.

Están bajo la dirección de una Madre Superiora, que es ayudada en sus funciones por tres Jefas de Oficio, con el título de Madre de celo, Madre de instrucción y Madre de trabajo.

El silencio, el recogimiento, la obediencia y la aceptación de las mortificaciones entran en sus ejercicios ordinarios

La humildad, la modestia, la abnegación de sí mismas, la completa renuncia al mundo son las virtudes a conseguir más expresamente recomendadas.

Además tienen que combatir todo lo que, en su interior, pueda ser un obstáculo al progreso en las virtudes.

Observan una clausura rigurosa.

Las obras de cada casa son llevar Escuelas gratuitas para niñas que no están en buena posición. Están preparadas para llevar separadamente internas de una clase más elevada: ahí se dan todas las enseñanzas útiles y agradables. Pero el fin más importante de esta obra, en esas dos modalidades, es que las alumnas lleguen a ser semillas de virtudes, tanto para el mundo como para la religión.

Las Hijas de María instruyen también en la Congregación, algunos días, a las diversas clases de personas de su sexo que el espíritu de religión puede reunir.

Ese es, en la medida en que yo puedo ver, el resumen de todo lo que las Hijas de María se proponen en sus diversos Establecimientos.

Han producido frutos saludables en la ciudad de Agen y en la de Tonneins-sur-Garonne, que se encuentra más cerca de la ciudad de Condom.

Siendo su fundador y su jefe inmediato por efecto de la Providencia, hago de manera que en todas partes tengan el mismo espíritu y se mantengan en la observancia de la Regla con la aprobación del Ordinario.

La misma Providencia, que ha ordenado así las cosas, ha querido disponer las circunstancias para que se abra un nuevo Instituto en la ciudad de Condom. Mientras que nos ocupamos de ello, ha sido mi deber obtener la aprobación de Monseñor y todas las bendiciones que Su Ilustrísima le quiera otorgar.

Me ha parecido que las autoridades locales, así como las familias más respetables, y podría decir que toda la población de esta comarca, acogerían este Establecimiento con verdadera y gran satisfacción: el Rey no rehusará autorizar una institución tan necesaria.

296. Burdeos, 11 de junio de 1824
Al P. Breuillot, Director en el seminario de Besanzón

El director del seminario de Besanzón se muestra muy bien dispuesto hacia las religiosas de María. El P. Chaminade le anima a interesarse en sus obras y su reclutamiento. Traza además un perfil de la Compañía, que se está orientando hacia la obra de los retiros y maestros.

Señor,

He recibido con una gran satisfacción su carta del pasado 21 de mayo. Parece que Dios bendice las piadosas intenciones que nos inspira y los trabajos de mis hijos de Saint-Remy. Destaco muy especialmente entre ellos al P. Caillet, aunque no esté ahí más que en

misión; el Instituto de María tiene varios sujetos con más medios y capacidades naturales que él, pero no tienen más fe y más virtud: es la única razón de la elección que he hecho para acudir en ayuda de la obra de Saint-Remy.

Aprecio mucho la obra de los Maestros de escuela, tanto de los retiros como del Seminario. Esta obra sobre todo, si puede generalizarse, hará que el Instituto de María marche firmemente hacia el fin que Dios le ha inspirado, la regeneración de nuestra desgraciada patria. El espíritu filosófico se introduce hasta en las aldeas, corrompe todas las edades, todas las condiciones de vida y todos los sexos, empleando muy hábilmente toda clase de medios. Por eso emprendemos diferentes clases de obras, y formamos o hacemos formar sujetos aptos para desenvolverse bien en ellas.

Otra de nuestras obras, que persigue directamente el mismo fin, es la obra de las Congregaciones. El P. Caillet le podrá dar una idea de ellas.

Señor, la mies es abundante, ¡pero hay pocos obreros, sobre todo obreros que sepan recogerla! Usted podría ayudarnos a reclutarlos; podría ver en su Seminario buenos sujetos en los que el Señor habría puesto disposiciones análogas, y facilitarles los medios para unirse a nosotros. No sería una pérdida efectiva para la diócesis de Besanzón: nosotros los volveríamos a dar a la diócesis, y a mejor cambio, el capital y los intereses…

299. Burdeos, 16 de junio de 1824
Al P. Caillet, Saint-Remy

Georges Caillet nació en 1790 en Porrentruy (Suiza). Fue atraído a la Sociedad de María, siendo ya sacerdote, por el P. Rothéa, su amigo y compañero en el seminario. Después de la profesión perpetua, en 1823, comenzó su apostolado en la Magdalena. El Fundador le confió misiones importantes, como la organización en Saint-Remy de los retiros de los maestros (1824) y la tarea de negociar con el gobierno el reconocimiento legal de la Compañía de María (1825).
En esta carta, el P. Chaminade le pide la actitud que él mismo asumía en la manera de llevar los asuntos materiales: mantener la mente y el corazón en un estado de desprendimiento y de independencia.

… Parece usted preocupado, mi querido hijo, por las deudas que contraemos todos los días para multiplicar nuestros Establecimientos o para sostener y extender los antiguos. Rece y rece con insistencia para que las desgracias que usted se imagina no ocurran, para que yo no adelante nunca el orden de la Providencia en las obras que creemos que están en sus planes. Pensaba yo esta mañana en este camino extraordinario que estamos siguiendo, y estaba un poco asustado y desconcertado, cuando el pensamiento de que Dios obraba así para aumentar nuestra confianza en él y para hacernos vivir en total dependencia de su gracia, este pensamiento me ha consolado y fortalecido un poco. Lo que me asombra y me causa a veces alguna turbación es lo que dice san Pablo: [*Nadie que se alista en la milicia se enreda en los negocios mundanos, si quiere tener contento al que lo alistó en el ejército* (2 Tim 2,4)][86] . En mi puesto, y en este combate que tengo que sostener para Dios, precisamente tengo necesidad de entrar en negociaciones seculares. Esta obligación de meterme *negotiis saecularibus* ¿sería una prueba de que el combate no está en los planes de Dios? He ahí la dificultad. Hace muchos años que me la planteo. No encuentro un poco de paz interior más que teniendo cuidado de entrar en estas negociaciones 1º solo como consecuencia de asuntos que yo creo que Dios quiere; 2º entrando en ellas lo menos

[86] *Nemo militans Deo, implicat se negotiis saecularibus ut ei placeat cui se probavit.*

posible; 3º sin dejar de elevarme a Dios, para que mi mente y mi corazón no estén realmente implicados en estas negociaciones. Si usted, mi querido hijo, tiene algo que añadir o algo mejor que decirme, no tema en hablar.

Todo va bastante bien en Burdeos, tanto en la Magdalena, como en la calle des Menuts y en San Lorenzo. Todos agradecen que usted les recuerde.

Terminaré esta larga carta citándole el versículo anterior al que acabo de referirme: [*Soporta los sufrimientos como un buen soldado de Jesucristo* (2 Tim 1,3)][87]...

352. Burdeos, 23 de junio de 1825
Al P. Caillet, París

Es una carta más bien larga que se refiere a cuestiones relacionadas con la enseñanza. En un cierto momento, pasando al campo de la vida espiritual y ascética, presenta algunas consideraciones muy significativas sobre el silencio interior y sobre el puro amor de Dios.

… Antes de ir más lejos, quiero releer el último punto de su carta, en que me habla de su [vida] interior… Lo he leído, y le presento, de forma muy breve, las ideas que me suscita. Usted siente, no solo por sus viajes, sino también, a menudo, por ciertas ocupaciones que es preciso continuar, algunas veces sin ninguna interrupción, qué necesario es el hábito del silencio interior. ¿Cómo conservar el recogimiento, la presencia de Dios, la pureza interior, la atención a las inspiraciones divinas, si, en nosotros alguna facultad o potencia del alma rompe el silencio? Es una práctica muy sabia ejercitar que una potencia del alma, siempre, guarde el silencio. Que siempre que la sorprendamos, a lo largo del día, hablando, a su manera, la impongamos el silencio, diciéndole, por ejemplo: [*Oiré lo que me dice el Señor* (Sal 84,9)][88]. No permitamos a nuestra memoria, por ejemplo, recordarnos otra cosa que lo que es de Dios o para Dios. Al principio es una mortificación interior casi continua, más dura, ordinariamente que la mortificación externa de los sentidos. Para suavizarla y al mismo tiempo para despojarse más pronto de sí mismo, no veo ningún medio mejor que ejercitarse casi continuamente en el puro amor de Dios. Querido hijo, ¡cuándo nos liberaremos de nosotros mismos de tal modo que no amemos más que a nuestro Dios en él mismo y para él mismo! ¿Y no es amarle con pureza amarle en sí mismo o para sí mismo? El amor propio ¿no ensucia, entonces, la pureza del amor divino?...

¡Que el Señor le conceda, querido hijo, su misericordia y su paz!

359. Burdeos, 19 de julio de 1825
Al P. Caillet, París

El P. Chaminade busca un libro sobre la vida interior y encarga al P. Caillet que lo encuentre en algún vendedor de libros usados.

No he recibido, mi querido hijo, ninguna noticia suya después de su carta del 6 de julio, a la que respondí inmediatamente. No me atrevo a fijar fecha para mi viaje a la parte alta de la región, temiendo recibir alguna carta suya que exija una rápida respuesta. Imagino que hay alguna traba en el Consejo de Instrucción pública o en el Consejo de Estado…

Intente encontrar entre los libreros de viejo del Sena, encuadernada o como folleto, una obra en dos volúmenes, de la que no conozco otro título que este: *Discursos cristianos*

[87] *Labora sicut bonus miles Christi Iesu.*
[88] *Audiam qui loquatur in me Dominus meus*.

y espirituales sobre diversos temas relacionados con la vida interior. Si los encuentra, compre dos ejemplares: uno para usted, creo que lo leerá con provecho. Yo solo tengo el segundo volumen, en folleto y en muy mal estado. Sin embargo, lo he leído con interés a pesar de mi poco tiempo.

En medio de todas nuestras ocupaciones, querido hijo, no perdamos nunca de vista a Aquel por el que trabajamos: [*¡En todo, mira la meta!*][89].

379. Burdeos, 2 de noviembre de 1825
Al señor Domingo Weissemburger, Burdeos

Un religioso es reclamado por la familia por cuestiones económicas familiares. El P. Chaminade le dirige unas recomendaciones apropiadas en forma de «obediencia». Hoy día esta forma de actuar puede parecer demasiado dura, pero antes del Vaticano II era la práctica habitual de todas las Congregaciones religiosas. Por otra parte sigue la norma de las primeras Constituciones.

Nuestro querido hijo, el sr. Weissemburger, clérigo tonsurado, religioso profeso de la Compañía de María, podrá, en el más breve plazo, ir a Ribeauvillé, su ciudad de nacimiento, a cumplir la pequeña misión que hemos convenido.

Le recomiendo el recogimiento contra la disipación, tan corriente en los largos viajes, y la vigilancia cristiana y religiosa sobre su corazón contra las inclinaciones de la naturaleza, que volverán a aparecer cuando se encuentre con sus familiares y sus antiguos amigos. Que siempre se pueda decir, con verdad: [*Yo no soy de este mundo, soy de lo alto* (Jn 8,23)][90] . Acuérdese siempre que, por sus santos compromisos, está muerto al mundo para llevar una vida oculta en Dios con Jesucristo: [Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios] .

Le permito alojarse en casa de sus padres en Ribeauvillé, y aunque le eximo de lo que hay de particular en el régimen conventual de la Compañía, ya sea en el viaje o durante su permanencia en Ribeauvillé, intentará acercarse lo más posible a ese régimen conventual, debiendo siempre llevar en su cuerpo, como San Pablo, la mortificación de Jesucristo.

Su estancia en Ribeauvillé será, a lo sumo, de siete a ocho días, salvo que ocurra algo imprevisto; deberá estar de vuelta en Burdeos el 23 de este mes.

Para terminar, quiero recordarle la recomendación de San Pablo a los Filipenses: [*Que vuestra modestia sea conocida por todos los hombres* (Flp 4,5)][91], y le deseo todo lo que puede inspirar la ternura paternal a un hijo muy amado, del que se separa con tanta solicitud, aunque sea por poco tiempo.

¡Que nuestra augusta Patrona, la santísima Virgen María, se digne concederle una protección especial hasta su feliz regreso!

---

[89] *In omnibus respice finem*.
[90] *Ego non sum de hoc mundo; de superis sum*.
[91] *Modestia vetsra nota sit omnibus hominibus*.

381. Burdeos, 5 de diciembre de 1825
A los congregantes del seminario de Auch

El seminario de Auch era en aquel tiempo uno de los más florecientes: en 1825 contaba con 360 alumnos. La Congregación, iniciada en 1822 por un amigo del P. Chaminade, fue después confiada al mismo director del seminario, que fue su alma hasta su muerte en 1881.

Unos días antes de la fiesta de la Inmaculada Concepción, el P. Chaminade escribe a esta Congregación una carta rebosante de espíritu joven e inflamada de entusiasmo. En ella puede hablar a todos los niveles de María, su tema favorito. Comienza con una preciosa confidencia personal: «Desde hace mucho tiempo no vivo ni respiro sino para difundir el culto de la Virgen». Más adelante explica que estar consagrados a la Inmaculada es un gesto que manifiesta una devoción más que ordinaria. Adaptándose a la mentalidad juvenil, recurre a imágenes de la guerra: la vida cristiana del joven es una lucha contra el enemigo para conservar la pureza del corazón. Por eso hay que recurrir a la persona que ha aplastado la cabeza de la serpiente. Hay que ser fieles a la devoción a María: quien encuentra a María encuentra el camino que lleva a la vida.

Queridos hijos:

No se equivocan cuando me llaman su Padre. Si interrogo a mi corazón, siento que merezco este nombre de padre, ¡es tanto lo que los quiero! Sí, tengo para con ustedes los sentimientos del padre más tierno, y estos sentimientos son bien verdaderos, bien sinceros: crean en la palabra que les doy. También les digo que mi más dulce consuelo es el haber engendrado en Jesucristo hijos que son también hijos de María.

Por la gran misericordia de Dios sobre mí y sobre los demás, desde hace mucho tiempo no vivo ni respiro más que para propagar el culto a esta augusta Virgen, y hacer así que cada día se acreciente y multiplique su familia.

Entre ustedes, queridos hijos, Dios ha querido derramar sobre mis débiles e inútiles trabajos sus bendiciones. En consecuencia, ¿cómo no los amaría tanto? ¿Cómo no tendrían gran parte de mi ternura, y su Director gran parte de mi confianza? No les ha engañado cuando les dice que yo los quiero y que deseo, por encima de todo, su felicidad y su progreso en el bien. Confirmo todo lo que les ha dicho de mi parte. No deben dudar de la exactitud con la que mantengo la promesa que le he hecho. Sí, muy a gusto, le traspaso directamente todos mis poderes y le enviaré para ustedes las Cartas de afiliación, porque por los informes que se me han enviado, estoy persuadido que con su conducta edificante y regular mantendrán siempre el honor de María, su buena y amorosa Madre, y que siempre se mostrarán dignos del título glorioso de congregantes de la Inmaculada Concepción.

Insisto en este último pensamiento, que creo que les puede llevar a importantes reflexiones y consejos saludables.

¿Saben y comprenden qué glorioso es para ustedes el ser congregantes de la Inmaculada Concepción y qué grandes son las obligaciones que les impone este título? Se puede ser devoto de María de muchas maneras, todas muy buenas, porque todo lo que se hace en honor de María es doblemente agradable al Señor. Pero consagrarse a María bajo el título de su Inmaculada Concepción, es un acto de una particular excelencia, entre todos aquellos que pueden tener por objeto el culto de la Reina de las vírgenes. – Entonces, me dirán ¿no es más glorioso para la Santísima Virgen el ser Madre de Dios que Virgen Inmaculada? Sin duda: pero honrar en María la Maternidad divina es cumplir un deber de estricta obligación, un deber que exige a todo católico la práctica de la fe; mientras que honrar a María bajo el título de su Inmaculada Concepción es testimoniarle una devoción por encima de lo ordinario; es testimoniarle un amor que no está ceñido a los límites de un

precepto; es expresar a María una admiración que cree todo lo que está permitido creer; en una palabra es una profesión de la dedicación más elevada[92] .

Me encanta recordar a los jóvenes imágenes que les gustan; me gusta hablarles en el lenguaje que a ellos les gusta. ¿Se acuerdan, queridos Hijos, de aquellos tiempos heroicos de la vieja Francia, cuando todo buen y valiente Caballero francés corría al pie de los altares a ofrecer sus armas al Dios de los ejércitos para liberar los lugares regados por la sangre de su Hijo? ¿Recuerdan el celo con que aquellos guerreros, en los que la piedad se igualaba con la valentía, consagraban sus personas y sus fortunas al servicio de la Madre del Hijo de Dios, al servicio de la que llamaban con fuerza en sus plegarias su Soberana y su Dama? ¿Recuerdan aquel grito de guerra, repetido por ellos a menudo, en medio del duro combate, en los peligros más angustiosos: «¡Dios lo quiere!, ¡Dios lo quiere!» y también: «¡Nuestra Señora!»? ¿Se acuerdan cómo estos gritos, que la fe y la confianza inspiraban a nuestros bravos soldados, infundían siempre el desorden entre los enemigos, al mismo tiempo que para ellos eran garantía casi segura de la victoria?

Con estos recuerdos de nuestros valientes antepasados, me parece, queridos hijos, verlos sonreír de alegría y de felicidad; ante estas imágenes guerreras oír que me dicen, con santa impaciencia: Entonces ¿qué? ¿Qué hay que hacer? ¿Cuál es el enemigo que hay que combatir? ¡Aquí estamos, preparados! ¡Viva María! ¿Resistirá el infierno nuestros esfuerzos? Alistados bajo las banderas sin mancha de la Virgen Inmaculada somos invencibles. Sí, ¡viva María!, ¡la victoria es nuestra! Queridos Hijos, ¡me encanta ver ese santo entusiasmo! Es una garantía segura de su constancia, de su perseverancia. Ármense de gran valor; tendrán que luchar combates, combates difíciles y peligrosos… – Pero, añadirán: ¿cuáles son esos combates? ¿Quién podrá pararnos cuando la causa es tan hermosa? ¡Viva María! ¿Dónde están nuestros enemigos? ¡Que comparezcan!... – Mis buenos amigos, Hijos muy queridos en mi corazón, no se trata precisamente de grandes exclamaciones, de trucos sucios, de una bravata: no se consigue nada gratis. Es necesario probar la valentía, no solamente una vez o dos, sino a menudo, es decir siempre. Estos son los combates de la Inmaculada Concepción que debemos combatir. Me explico: necesitan ustedes, al precio que sea, adquirir y conservar la pureza sin mancha que prometieron el día de su entrada en la Congregación. Y para conseguir ese fin ¡cuántos esfuerzos tienen que hacer! ¡Tienen que luchar contra tantos enemigos! ¡Pero luchen, combatan siempre; velen sin cesar y con tanta constancia que no reciban de sus ataques la menor mancha, la menor herida! María no les abandonará en estos combates. Celosa del honor de sus Hijos, de sus queridos congregantes de su Inmaculada Concepción, combatirá a favor de ustedes, les sostendrá, les defenderá y su ayuda les facilitará una victoria imposible para su debilidad. ¡Ánimo, queridos Hijos! Combatirán bajo la librea de la Inmaculada Concepción: ¡qué felicidad para ustedes! ¡Escuchen una voz celestial que les llama, como en otro tiempo a Constantino: [*Con este signo vencerás*][93] . Sí, vencerán, pero una vez más les recomiendo y nunca dejaré de hacerlo: velen sobre ustedes mismos, velen siempre, y conserven siempre la pureza, que deben a aquella a quien se han consagrado bajo el título de Inmaculada Concepción. Si la librea del cristiano que marcha bajo el estandarte de la Cruz, es un vestido sin mancha, lavado en la sangre del Cordero sin mancha, [*inmaculados por la sangre del Cordero*][94] , ¡cómo debe ser el vestido del que no contento con marchar bajo las insignias del Cordero

[92] En aquel tiempo la Inmaculada Concepción no era todavía una verdad de fe proclamada.
[93] *In hoc signo vinces!*
[94] *Sanguine Agni quasi immaculati* (Ap 7,14).

sin mancha, se enrola, además, bajo la bandera de la purísima Virgen, bajo la bandera y los colores de la Inmaculada Concepción!

¡Les felicito, queridos hijos, por su compromiso en la Congregación de la Inmaculada Concepción! Por esta decisión, se comprometen a hacer más que el común de los cristianos, algo que no es obligatorio hacer. ¡Bendiga yo, por ustedes, la misericordia divina que les inspiró una tal decisión! Pero sean fieles a sus promesas. Sin vigilancia, sin una guerra continua, no podrán conservar la pureza de alma y cuerpo; no es posible, sobre todo a su edad y más aún en el tiempo en que vivimos, llevar una vida verdaderamente cristiana, y asegurar la salvación. Todo aliento envenenado del mundo, por ligero que sea, debilita la [*pureza*]. Las más pequeñas faltas conducen infaliblemente a las más grandes. Puede ser que ustedes lo hayan, desgraciadamente, probado, ¿cuántas veces, al menos, no lo han visto por el ejemplo de otros? A partir de esta experiencia formen este principio para toda vuestra vida: que en la vida cristiana no se hace nunca el camino más fácil y seguro que cuando se le estrecha, se le restringe más, y que, al contrario, se corre un gran peligro para la salvación cuando se procura ensancharlo. Sin darse cuenta, se entra en este camino ancho, en este camino de muerte, como lo dice nuestro divino Maestro: [*Ancho es el camino que lleva a la muerte*][95] .

Queridos hijos, muy amados en mi corazón, sean por tanto fieles a sus compromisos, aunque les cueste. Sean agradecidos a Dios por las gracias de predilección que les ha concedido hasta hoy. Cada uno de ustedes, viéndose revestido por la librea de la Inmaculada Concepción, puede decirse: Ciertamente Dios me ama y me protege de una forma especial, porque ha puesto en mis manos un signo[96] que me garantiza la protección y el amor de Aquella que ha destruido el poder del infierno aplastando la cabeza de Satán, de Aquella que me ofrece en su persona el ejemplo más atrayente de las virtudes más amables. ¡Con qué amor, con qué santa alegría deben llevar siempre sobre ustedes esta librea de bendición! ¡Deben besarla con el afecto más tierno, ya que les une a la más cariñosa, a la más amable de las madres!

¡Cuánto deben amar más y más a su querida Congregación! ¡Ámenla siempre, no dejen de quererla! ¡Que sea para su corazón el objeto del amor más tierno; que sea para ustedes como la casa de su padre, como el hogar de su familia, que sea lo más querido que tengan en el mundo! Tengan en ella sus amigos, pero amigos de corazón; todos los congregantes son sus hermanos, ardiendo de amor para con ustedes. Ellos son sus amigos: en ellos encontrarán consuelo en sus penas, ánimo en su desfallecimiento, consejo en las dificultades, oraciones, ayuda en todo género de necesidad. Una vez más, amen y quieran a la Congregación, y este amor constante será para ustedes la fuente de las alegrías más puras, el principio de su gozo. Es posible que alguna vez lloren, pero ¡que esas lágrimas sean para ustedes lágrimas de dulzura y calma! Seguro que esto lo han aprendido ya por experiencia. ¡Amen a la Congregación, ténganla siempre en su interior como un asilo seguro! María la protege, de forma semejante a la torre que construyó David para defender, para siempre, la ciudad de Jerusalén, o también como el ejército terrible que resiste todos los ataques, que triunfa sobre todos los enemigos por la firmeza de su serenidad, por la fuerza de sus armas, como dice la Sagrada Escritura.

Queridos hijos, creo que he sido muy largo: el entusiasmo me ha engañado, empujaba mi pluma, y me ha inspirado esta carta tan extensa. Me produce tanta alegría escri-

[95] *Lata via est quae ducit ad mortem* (Mt 7,13).

[96] El "signo" del que se habla es una medalla de la Inmaculada que se daba a los congregantes.

birles, que me figuro que ustedes la leerán también con alegría –aunque sea tan larga- esta carta que les envía el más cariñoso, el mejor de los padres.

Sin embargo, creo que es tiempo de que acabe, pero no será sin que les hable en nombre de vuestra buena Madre. – ¿Qué les dirá? ¡Qué dulces palabras saldrán de su boca maternal! – ¡Querido hijos, les dice Ella, cuánto les amo! Ustedes me aman y mi corazón les ama también: [*Amo a los que me aman*][97]. Jóvenes, y sobre todo ustedes adolescentes, vengan a mí, vengan a Aquella que les promete su afecto sin límites: [*Si alguien es párvulo, que venga a mí*][98]. ¡Los que vienen a mí en la mañana de su vida, los que me buscan desde su más tierna infancia, están muy seguros de encontrarme y encontrar en mí el mayor amor de madre: [*Los que velan temprano junto a mí, en encontrarán*][99]. Sí, me encontrarán y encontrándome, encontrarán el camino que lleva a la vida, porque yo soy camino de salvación: [*Yo soy el camino*], la puerta del cielo[100]. Hijos míos, vengan a mí, entréguense a mí y yo me entregaré a ustedes y les daré una felicidad tan grande como Dios mismo.

Acabo, queridos hijos, muy amados en mi corazón, les abrazo a todos y a cada uno en particular, con todo el afecto y amor que les tengo y les doy. ¡Que el Señor siga siempre dándoles sus bendiciones y les haga crecer en su amor y en el de María! Este es el deseo que tiene para ustedes el más cariñoso y mejor de los padres.

382. Burdeos, 5 de diciembre de 1825
Al P. Larrieu, director del seminario de Auch

El P. Chaminade dirige también una carta, como una nota, al Director de la Congregación de Auch, en la que afirma que su «única ambición es encender el fuego del amor divino en toda Francia».

Querido Hijo:

Soy muy sensible a todas las muestras de confianza y afecto que me manifiesta en su carta: le respondo lo mejor posible y lo haré con mucho gusto, pues sus sentimientos son totalmente conformes a los míos. Le aseguro y le repito que estoy muy interesado por esta querida juventud que es el objeto de sus cuidados: y no hay nada que no esté dispuesto a hacer para secundar sus esfuerzos y trabajos con estos jóvenes. Hágalos muy prudentes, piadosos y fervientes…

La carta que les envío está llena de temas, que usted los ha tratado con ellos muchas veces, y mucho mejor de lo que pueda hacerlo yo; pero usted ha creído que una carta mía podría ser útil y agradable para ellos: esto solo basta para que me decida a escribirles. Por muy ocupado que esté, nada me impedirá que les diga a estos jóvenes cuánto les quiero y qué consuelo son para mí.

Para usted, querido hijo, ¡ánimo! Trabaje con todas sus fuerzas y sin descanso; apresúrese a llenar de buenas acciones el tiempo que pase en la tierra. ¡Este tiempo es muy corto! Después habrá una eternidad, y esta eternidad debe ser su recompensa o su pena. ¡Trabajemos! Usted lo sabe, mi ambición es encender el fuego del amor divino en toda Francia. El Señor le ha escogido para que me ayude con sus medios y sus fuerzas en la parte de nuestra patria en que usted vive. ¡Trabaje por tanto para extender este fuego al-

[97] *Ego diligentes me diligo* (Prov 8,17).
[98] *Si quis est parvulus, veniat ad me!*
[99] *Qui mane vigilant ad me, invenient me* (Prov 8,17).
[100] *Ego sum via* (Jn 14,6, *Ianua caeli*.

rededor suyo; avive este fuego divino en el corazón de los jóvenes que le rodean! ¡Qué gran favor les hará! Inflamándolos con esas llamas del cielo, salvará a estos pobres jóvenes, que el Señor ha rescatado con su sangre y que nuestra Madre los ha adquirido sacrificando para ellos sobre la cruz a su propio Hijo, el objeto de todo su amor y todo su afecto. Sí, transmita este fuego divino a tiempo y a contratiempo, según la expresión del Apóstol: [*oportuna e importunamente*][101] . ¡Sus esfuerzos serán bien pagados, su fatiga será bien recompensada! ¡Por estos esfuerzos y estas penas Jesús y su buena Madre le llamarán un día al reposo eterno en la morada de la felicidad eterna! ¡Con qué alegría oirá a Jesús y María decirle estas palabras consoladoras: [*¡Bien hecho, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!*][102] . Esperando esta amable invitación, trabaje con constancia, con coraje, en formar para Jesús y María servidores dignos de ellos.

Tenga a bien recibir el testimonio sincero de los sentimientos más cariñosos de mi corazón, y téngame, señor y querido Hijo, siempre en Jesús y María concebida sin pecado como su devoto servidor y padre.

384. 18 de diciembre de 1825
A un religioso de la Compañía de María, Burdeos

Un religioso es tentado en su vocación. Consulta al P. Chaminade y este le escribe una carta llena de sabios consejos, recomendándole, sobre todo, orar y tomar una decisión.

Querido hijo,

He leído atentamente su carta que he recibido hoy; dicha carta me ha demostrado que está luchando contra una gran tentación. No saldrá victorioso de este estado más que con la ayuda de la gracia y no podrá soñar que le llegue esta gracia extraordinaria si no la pide desde el fondo del corazón y está dispuesto a recibirla. Cuando los Apóstoles esperaban la llegada del Espíritu Santo, estaban permanentemente en oración: por tanto, el primer consejo que me sugiere mi amor paternal hacia usted es que se ponga en oración; yo añado mis oraciones a las suyas, con todo el amor de mi corazón, y he comprometido a varios de nuestros hermanos para que recen también por esta intención.

Después de haberle indicado el camino, como Dios me lo ha sugerido y de la forma más sencilla, debo como Padre espiritual suyo, darle consejos y consuelos. Pero, ¿a dónde le llevará todo esto si Dios no coopera en ello? Tengo el deber de decírselo: para usted este problema no es algo indiferente; es inevitable que su resolución última, en la circunstancia en que está, será de gran peso en la alternativa de su salvación o de su perdición. Piénselo ante un crucifijo y pida a Dios que no permita que se extravíe.

Le conjuro, querido hijo, a que relea estos dos consejos preliminares y los ponga en práctica: comience a rezar durante un tiempo razonable y varias veces al día con la intención pura de seguir la voz de Dios; y cuando le llegue una resolución tranquila y consciente, anonádese ante Jesucristo crucificado, y suplíquele que le diga al corazón qué es lo que tiene que hacer…

Sí, mi querido hijo, existe una condición de paz, un lugar donde ella se encuentra: es amar a Dios con toda el alma y no amar más que a él solo. Cuando le llegue la tentación y le llene de turbación: ármese con la fe, resista con fuerza; pida el amor de Dios; llame y rece, y obtendrá. ¡Dios es fuerte para defendernos: pero [es necesario] que nosotros que-

[101] *Opportune, importune* (2 Tim 2,4).
[102] *Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui!* (Mt 25,23).

ramos ser defendidos! Su salvación y su paz están en sus manos: pídalas. Las glorias del mundo nos han seducido, olvídelas: cuando se posee a Dios, se posee todo; poseyendo todo sin poseer a Dios, no se consigue más que perturbación, amargura, remordimientos y desesperación.

Querido hijo, ¡escoja el buen partido: fe en las promesas! Dios no espera más que esto para darle la paz del alma.

Le pido todas las bendiciones que usted necesita, toda su ayuda, todo su amor. ¡Jesús y María estén con usted!

388. Burdeos, 15 de febrero de 1826
Al P. Noailles, Burdeos

El P. Pierre Bienvenue Noailles (1793-1861) era un congregante del P. Chaminade. En 1820 había fundado las Hermanas de Loreto y en 1823 la Sociedad de los Sacerdotes pobres. En 1826 empezó a dudar de sí mismo y de su obra, y confió su angustia al P. Chaminade. En una larga carta le manifestó el proyecto impreciso de unir sus institutos a la Compañía de María y a las Hijas de María.
El P. Chaminade respondió hablando largo y tendido de sus logros y resaltando la característica constante: un abandono total a María, junto con la profunda convicción de que la Virgen tiene una misión apostólica en la Iglesia y que está llamada en nuestros tiempos a protegerla «visible y tangiblemente». De hecho, la unión nunca se realizará y la Sociedad de los Sacerdotes pobres se extinguirá después de un año de vida. Las Hermanas de Loreto, en cambio, transformadas en las Hermanas de la Sagrada Familia, tendrán un considerable desarrollo gracias a la multiplicidad de sus obras. La Iglesia ha reconocido las virtudes heroicas de este gran discípulo del P. Chaminade.

… Pero ¿se dirá que la Compañía de María no es esencialmente una organización enseñante? – Sí, sin duda, y los Apóstoles eran también una agrupación esencialmente enseñante: [*Id y enseñad a todas las naciones,* etc.][103]. Además, ¿no tiene la Compañía de María como cuarto voto, que hacen sus religiosos, sacerdotes y laicos, la enseñanza de la doctrina y virtudes cristianas?

No se oye hablar de esta enseñanza, se dice, pero sí de la enseñanza de las ciencias y humanidades; pero estas enseñanzas humanas las realizan como medios necesarios para conseguir la regeneración actual de las personas, de todas las edades y situaciones. Por tanto, ¿es extraño que la Compañía dedique, especialmente, un cierto número de religiosos, sobre todo sacerdotes, únicamente a la enseñanza [de la religión], a la predicación, a los retiros, a las misiones, y a todas las actividades del santo ministerio? Este es el espíritu de la Compañía de María, que ha sido presentado a las aprobaciones, en primer lugar del sr. Arzobispo de Burdeos, después a varios Arzobispos y Obispos, y que para que se realice su finalidad en sus fundaciones necesita misioneros.

Esto no quiere decir que, siendo la Compañía de María esencialmente misionera en la universalidad de sus miembros, y trabajando para alcanzar su gran objetivo: apoyo de la religión, multiplicación de cristianos, propagación de la fe…; trabajando –digo- en todo eso, particularmente por la enseñanza de las ciencias y las humanidades, los miembros que no estuviesen dedicados a esta labor de enseñanza, tendrían que ser indiferentes y no interesarse en dicha enseñanza; al contrario, según lo que decida la Providencia, deben tener gran interés por la formación y el mantenimiento de los Establecimientos de este tipo y, realizando las diversas tareas de sus funciones propias, atraer a la Compañía perso-

[103] *Euntes docete omnes gentes* (Mt 28,19).

nas que puedan realizar esas funciones y que se sientan que están llamados a la vida religiosa...

Hubiera deseado aún más hablarle de la augusta Protectora y Madre de la Compañía, la divina María. El amor de usted por Ella, su entera confianza, el deseo habitual que tiene de formar parte de su especial familia, de esta Compañía que se gloría en llevar su Nombre, de esta Compañía tan débil e imperfecta en la universalidad de sus miembros, y sobre todo en su primer Jefe, pero que se cree tan fuerte y poderoso poseyendo el Nombre de María, para atreverse a atacar lo que hay de más fuerte y poderoso en el siglo, el deseo que ha tenido siempre de llevar una vida verdaderamente religiosa, son para mí una prueba de su vocación; y si encuentra en sus cohermanos este doble deseo, no encontraría ningún obstáculo a recibirlos en nombre de mis Hijos e Hijas de María. Que no teman, no van a encontrar ningún equívoco, subterfugio, misterio, que pueda cambiar los planes y los sentimientos que el Espíritu de Dios les ha inspirado. Entrando en la Compañía de María no encontrarán más cambio que el de una dirección firme y constante hacia el fin que se proponen, un gran número de medios para perfeccionarse en el espíritu de su estado y para alcanzar mejor el gran fin que nos proponemos, [mientras que] permaneciendo aislados corren gran peligro de no alcanzar ese fin, o alcanzarlo solo débil e imperfectamente. Hágales sentir la fuerza de este antiguo adagio: [*La unión hace la fuerza*][104] . Especialmente hágales sentir que María debe ser glorificada siglo tras siglo, pero más especialmente en estos últimos siglos, por la protección visible y sensible que ella concederá a su Iglesia y a todo grupo que para obtener su protección cantará constantemente sus grandezas y el gran poder de su protección.

S. 393 ter. Burdeos, 21 de abril de 1826
Al P. Becanne, rector de Moncassin

El P. Chaminade escribe a un párroco, que quiere establecer en su parroquia una Congregación mariana, dándole algunas indicaciones precisas.

La petición que usted repite por su carta del 14 de este mes me había llegado por medio del sr. David y mi intención siempre ha sido concederla en tanto que dependa de mí. Con este objetivo voy a invitarle a hacer algunas disposiciones previas, que conducirán a la ejecución de sus deseos para la gloria de Dios y de su Santa Madre.

Por tanto convendría que usted haga que se establezca:

1º un listado nominativo de los congregantes que usted desee afiliar, y que están asociados,

2º el nombramiento provisional de un Jefe que llamaremos Prefecto, y de dos asistentes que se reparten el trabajo según las necesidades y son los consejeros y ayudantes del Prefecto.

3º indicación del nombre y del patrón de la iglesia en la que debe ser establecida la congregación.

4º su petición personal y su ofrecimiento a ser director local de esta institución.

La intención, que no ha desaparecido nunca, de ir a hacer una visita por su comarca me lleva a creer que podría hacerle llegar mi respuesta personalmente al encontrarme con usted. Ha habido asuntos que se han presentado de forma inesperada, pero acabo de decidir que en cuatro semanas, o menos, realizaré el viaje. Si en el intervalo usted pudiera

[104] *Vis unita fit fortior* (literalmente: *La fuerza unida se hace más fuerte*).

hacerme llegar los documentos que le he indicado, yo haría todo lo posible para llevar a Tonneins la afiliación solicitada y las instrucciones correspondientes a dicha afiliación. Tendré el honor de avisarle mi llegada, y si no tuviera la dicha de verle podría dejar los documentos bajo el cuidado del sr. párroco de Tonneins o a los del sr. Royère.

Reciba, señor, la expresión de los sentimientos de afecto que me unen a usted ahora en J. y M.

398. Burdeos, 13 de mayo de 1826
Al P. Rothéa, Saint-Remy

Carlos Rothéa fue el primer sacerdote que entró en la Compañía de María, donde dejó un óptimo recuerdo. Fue su hermano Luis el que le hizo conocer a los marianistas. Primero fue capellán de Saint-Remy, luego director de Saint-Hippolyte y en 1853 será el Provincial del Sur. Tuvo la alegría de hacer entrar en la Compañía a personalidades como los PP. Caillet, Chevaux y L. Meyer.
Esta carta es curiosa: el P. Chaminade parte de un desagradable percance personal del joven sacerdote, para hablarle de la entrega total a Dios, que se realiza a través de la docilidad al Espíritu Santo y el abandono a su voluntad. Este abandono constituye la máxima expresión de confianza en el Señor y debe ser practicado incluso en el cumplimiento de las más pequeñas tareas cotidianas.

Querido hijo, no es necesario que le regañe por haber tomado el vomitivo a contratiempo y sin indicación médica; el mal que ha sufrido le servirá de seria advertencia. En una carta se me ha comunicado que estuvo cinco días sin poder hablar y que solo podía comunicarse por signos. Poco le faltó para perder la vida de repente o bien quedarse sin movimiento y como paralizado para siempre. Desde que me llegó la noticia, todos hemos rezado; y al menos que Dios nos conceda, me atrevo esperar, hacerle más sabio en estos temas. Querido hermano, fantasías de este estilo están fuera de los límites de la discreción. Quiero creer que no sabía usted el enemigo que se tragaba; pero para prevenir, en lo que a mi concierne, que se repita tal tipo de accidente, *exijo que no tome usted más medicamentos que los recetados por un médico y que esto valga para todos los hermanos*. Extiendo esta regla a todos, porque su ejemplo podría ser contagioso para los demás, que bajo el pretexto de algunos malestares se creyeran más sabios y más hábiles que los médicos. A nadie le está permitido ser su propio consejero en sus enfermedades; ni los mejores médicos se atreven a hacer esto.

Además la norma está escrita en el Instituto: *Se debe avisar de la enfermedad que se siente y someterse al régimen y a los tratamientos que sean indicados…*

Cuanto más se estudian las Reglas, mejor se penetra uno de ellas y hay menos confusiones en lo que hay que hacer todos los días y en todos los momentos: cuando se presenta algo que hay que resolver, se consulta la Regla y se hace lo que nos diga.

Hay muchos más casos relacionados con la Regla de lo que en principio se cree y es muy común creer esto. La Regla puede alcanzar hasta las cosas más ordinarias, más imprevistas.

Hay momentos en que la mente está en una perpetua duda sobre todo, el tentador nos hace perder el tiempo en minucias que no son ni siquiera escrúpulos, en cosas en las que la elección del sí o del no es totalmente indiferente. Por ejemplo, ¿leería de pie o sentado? Rezaría ¿paseando o arrodillándome cuando la oración es libre? Leer *y* rezar, en los dos casos, es el objetivo; y la tentación me separa de los objetivos, ocupándome en saber si hay que estar de pie, sentado, paseando o prosternado. ¿Qué me dice la Regla en los mil y mil casos que se parecen a estos dos? Me dice que en casos así no

hay que ocuparse de lo que no es esencial, hay que abandonar mi mente en manos de Dios, hacerlo todo por amor y la gloria de Dios, sin preocuparme de lo que concierne a mi miserable cuerpo.

Lo mismo respecto a las obras de caridad y de servicio al prójimo: se trata de hacer tales obras con un corazón bueno, a conciencia, sin retraso alguno, y no buscar en ellas un ceremonial y unas formas que son muy distintas de la caridad y que a menudo pueden dañarlas mucho.

En cuanto a uno mismo, hay que estar siempre dispuesto a elegir lo que es más humilde y más pequeño; no hay que deliberar en cuanto a los detalles y con antelación, cuando el bien que se propone hacer es habitual y se pide que la gracia de Dios venga en nuestra ayuda.

¿Cómo adquirir este estado de alma en todo? Tiene que rezar habitualmente, recordar en la ocasión precisa y meditar de vez en cuando esta oración: «Dios mío, que no sea yo el que habla y decide por mí mismo, sino que sea vuestro Espíritu Santo. [*No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu del Padre quien hablará en vosotros*][105].

Rece, suplique y obtendrá. Tome la costumbre de abandonar enteramente su cuerpo y su alma en las manos de Dios. Cuando haya alcanzado este estado, y esto puede ocurrir muy pronto, no deliberará ya sobre minucias, no deliberará si necesita tomar emético o quina; lo tomará si se le ordena; no dudará sobre los actos más ordinarios de la vida; caminará sin darse cuenta de que lo hace. Su única atención será el pedir que el Espíritu del Padre hable en usted: [*Habla, Señor, que tu siervo escucha. Que hable en nosotros el Espíritu del Padre*][106].

Deseo que mi carta le sirva para realizar ejercicios útiles durante su convalecencia, y que los frutos que Dios derramará sobre usted puedan fortalecerle para avanzar en su vida. Ya que Dios ha querido que yo le ame paternalmente, no rechazará mi petición; le enviará sus bendiciones.

404. Burdeos, 1 de junio de 1826
Al señor Luis Rothéa, Colmar

Carta breve, pero importante, ya que esboza la íntima conexión que existe entre la vida interior y el apostolado.

Me alegra, querido hijo, que su espíritu esté en paz, después de la agitación que le ha ocasionado Saint-Hippolyte. Aproveche este tiempo para cuidar especialmente sus Escuelas en cuanto a la disciplina interior, la enseñanza y el celo en los caminos de la salvación.

Si, con la ayuda de la gracia, trabajamos en nuestra salvación, habremos hecho bastante; pero no nos está permitido esperar la salvación para nosotros si no cooperamos en la salvación de nuestros alumnos; esto debe ser en lo que más nos interesemos.

Ruego a Dios que le mantenga en el camino y le conceda la recompensa.

[105] *Non enim vos estis qui loquimini, sed Spititus Patris vestri qui loquitur in vobis* (Mt 10,20).
[106] *Loquere, Domine, quia audit servus tuus. Loquatur in nobis Spiritus Patris.*

426. Burdeos, 10 de enero de 1827
Al señor Clouzet, Saint-Remy

Domingo Clouzet entró en la Congregación de la Magdalena en 1814 y fue uno de los primeros siete miembros fundadores de la Compañía de María. El P. Chaminade le confió expresamente la dirección del primer noviciado de la Compañía en San Lorenzo. Más tarde fue el fundador de Saint-Remy y su alma durante treinta años. Sobre todo gracias a él, después de los años difíciles del comienzo, la obra se desarrolló y fue próspera: internado para la escuela primaria y secundaria, escuela de magisterio y retiros para los maestros, escuela práctica de agricultura, comunidad obrera con su noviciado. A partir de 1839 tuvo varias veces el encargo de Visitador de la Compañía y en el mismo año fue nombrado ecónomo general, cargo en el que estuvo hasta su muerte el 27 de febrero 1861.
El P. Chaminade le escribe esta carta, de la cual transcribimos solo la conclusión, para estimularle y alentarle en un momento de especial dificultad.

¡Ánimo, querido hijo! Los Apóstoles, cuando iban a cumplir su misión, lloraban y gemían, pero ¡qué grande fue su alegría, nos dice el Espíritu Santo, cuando vieron la abundante cosecha que recogieron! Usted será como los Apóstoles, querido hijo. Siembre con lágrimas y gemidos, pero la bendición de Dios le concederá una abundante cosecha y una alegría pura que será la recompensa; penétrese bien del espíritu de los Apóstoles!

432. Burdeos, 9 de abril de 1827
Al señor Clouzet, Saint-Remy

Un nuevo estímulo agridulce del P. Chaminade a Domingo Clouzet. La atención se centra sobre la meditación: es una escuela de paz interior así como de resignación y paciencia, virtudes necesarias para superar las dificultades de la vida.

Querido hijo, he recibido sucesivamente sus dos últimas cartas del 14 y 30 de marzo. Lo que ha podido leer en mis dos últimas cartas no son reproches sino consejos paternales; me ha apenado que se haya dejado llevar de su sensibilidad y también que se haya asustado por las dificultades o contradicciones que ha podido encontrar. Necesitamos dominarnos y no dejar que nos domine nuestra imaginación. Por muy angustiado que se encuentre, querido hijo, entréguese a la oración, solo en ella encontrará, en abundancia, esa paz interior de la que nunca debe salir y es en ella donde aprenderá a resignarse y tener paciencia en las numerosas dificultades y contradicciones que siempre se dan en nuestros Establecimientos, que tiene que producir grandes bienes. Adore a menudo interiormente, adore siempre en todas las circunstancias las disposiciones de la Providencia. Tengamos siempre presente esta máxima de fe: *que nada ocurre sin mandato o sin permiso de Dios.* […] ¡Ánimo: ponga toda su confianza en el Señor y en la protección de nuestra Santísima Madre; haga todo lo que pueda por realizar bien y en paz sus obligaciones! ¡Que el Señor derrame sobre usted sus bendiciones!

445. Burdeos, fin del año 1827
A los congregantes del seminario de Auch

Escribiendo de nuevo a los seminaristas de Auch, el P. Chaminade les recomienda que «hagan conquistas para la Virgen» y «arrastren a un gran número de personas a nuestro camino». Luego hace una referencia importante al amor de María: se aprende a amar a María estudiando el corazón de Jesús.

Queridos hijos,

Pronto va a hacer un año que les envié un estandarte de la Santísima Virgen. Debía ser colocado en el altar de María y ser su signo de alianza.

No dudo que desde entonces hayan tenido que sostener muchos combates; ¡el demonio está tan fuertemente empeñado en llevarles a la perdición! Pero ¿han guardado todos su puesto? ¿Se ha combatido tan valientemente como hay que hacerlo? Me traslado hoy, en espíritu, en medio de ustedes –siempre lo estoy de corazón- y voy a contarlos.

En primer lugar, ¿dónde están todos sus antiguos?. ¡Hijos míos!, ¿ha tenido la santísima Virgen que llorar la pérdida de alguno? Alguno de los suyos, ¿ha dejado de amar y de servir a su divino Hijo? No sé qué respuesta me parece escuchar en el fondo de mi corazón, que me llena de tristeza… Vean, hijos míos, cuéntense ustedes y si es verdad que el Corazón de nuestra buena Madre ha sido desgarrado, consuélenla con su fervor, y sobre todo aprendan de sus ejemplos. ¡Desdichado el que reza negligentemente, desdichado el que se mezcla con los hombres que han perdido el temor de Dios! ¡Desdichado el que siente disminuir en su corazón el amor a la santísima Virgen, y que no se esfuerza en renovarse en el espíritu de su vocación!

Pero, tenemos que hacer otra cuenta. No es suficiente defenderse, es preciso, además, hacer conquistas para la santísima Virgen. A ustedes les corresponde, por su dulzura, por su humildad, por la exactitud en frecuentar los Sacramentos, por cumplir sus deberes de estado, sobre todo por su sincera unión cristiana, hacer comprender a los que viven con ustedes qué maravilloso es pertenecer a María. ¿Han hecho nacer en los corazones de ellos el deseo de unirse a ustedes? Hijos míos: sigan contando: porque tal debe ser nuestro celo, que es preciso que al mismo tiempo que nos perfeccionamos en el bien, atraigamos un gran número de personas a nuestro camino. Les doy el beso de paz a los nuevos Hijos de la santísima Virgen, con toda la efusión de mi corazón.

La Congregación de Jóvenes de Burdeos les envía un estandarte del Sagrado Corazón de Jesús: María les introducirá en su adorable Corazón. Estudiando el Corazón de Jesús, aprenderán cómo debemos amar y honrar a María. He bendecido su estandarte.

Un abrazo para todos, hijos míos, y a su Prefecto, por el que siempre rezo, y a su respetable Director. Una vez más: ¡amen al Buen Dios, hijos míos, y sean fieles a la santísima Virgen!

461. Burdeos, julio de 1828
Al P. Lalanne, Gray

Nacido en Burdeos en 1795, Juan Bautista Lalanne, después de unos brillantes estudios, se dedicó a la medicina. Desde los 12 años era acompañado por el P. Chaminade: congregante modelo, miembro del «estado» (grupo de religiosos que viven en el mundo), fue uno de los miembros fundadores de la Compañía. En 1822 fue ordenado sacerdote.

Más tarde fue profesor del colegio Santa María de Burdeos, superior del seminario de la Magdalena, director del colegio universitario de Gray, director de Saint-Remy y de Layrac. Por medio de él la Compañía fue llamada a París. La dirección del colegio Stanislas fue la gran obra de su vida. Educador excelso, a él debe la Compañía en gran parte sus tradiciones en lo referente a la pedagogía.

De esta carta solo queda la posdata que reproducimos a continuación. El P. Chaminade contesta a la objeción planteada por Lalanne de no poder introducir el Manual *en el colegio de Gray si no era matizado en lo referente a la congregación: el horizonte político, de hecho, se volvía cada vez más oscuro y Carlos X acababa de firmar las famosas «ordenanzas» contra los jesuitas y las congregaciones (16 de junio).*

P. S. Querido hijo, esta carta estaba a punto de salir, cuando recibo la suya del 1 de julio.

Encuentra dificultades en que el *Manual del Servidor de María* sea reeditado tal cual es en la actualidad, tanto por el Discurso preliminar como por el índice de indulgencias donde se habla a menudo y directamente de las Congregaciones. – Pero, querido hijo, todavía habría más graves inconvenientes en hacer los cambios que usted indica. – ¿Qué hacer, entonces? – No enviarle ejemplares a su colegio y dejarlo imprimir tal como está. Que las pruebas sean leídas y corregidas muy bien. Si usted tiene algunos cantos nuevos más bonitos que algunos de los antiguos, puede sustituir unos por otros, de forma que no haya, poco más o menos, que el mismo número de hojas impresas.

Por otro lado, querido hijo, parece que no hay ninguna relación entre los autores del *Manual* y los jesuitas, ya que los primeros existían mucho tiempo antes que la aparición de los jesuitas en Francia, y que sus Congregaciones, declaradas bajo el Gobierno de Bonaparte, son anteriores a las Congregaciones de París, que son el objeto de la crítica[107].

465. Burdeos, 12 de agosto de 1828
A los congregantes

Una vez más el P. Chaminade dirige su aliento a los queridos congregantes de Auch y les da algunos consejos para las vacaciones, recomendándoles, en particular, seguir los siguientes compromisos: visita al Santísimo Sacramento, lectura espiritual, examen de conciencia, meditación y, finalmente, la devoción a María.

Un padre no olvida a sus hijos; por tanto no se extrañarán de que estén presentes, queridos hijos, en mi pensamiento, en estos días que pueden tener sus peligros.

No quiero turbar la alegría que les da la cercanía de las vacaciones; al contrario les animo a no perder ninguno de los disfrutes que pueden encontrar en este tiempo, [sin embargo] no frecuentando el mundo, disipándose en juegos ruidosos, o al menos disminuyendo la práctica de la virtud. No, estos placeres no convienen a cristianos, hijos muy amados de María: a ellos les está reservada una alegría más pura; la encontrarán en el Señor: [*Alegraos en el Señor*][108]. Queridos hijos, ¡qué de ocasiones se tienen en el campo, en medio de su silencio y de sus bellezas, para elevarse a Dios! ¡Qué dulce es ir a visitar a Nuestro Señor en el Sacramento del altar y encontrarse a solas con él! Está presente, día y noche, en nuestros tabernáculos, y, sin embargo, se ve consolado, en su larga espera, cuando ve a sus hijos que vienen a adorarle una o dos veces al día.

Tendrán que mantenerse firmes ante los asaltos de tres clases de enemigos, que a menudo, incluso, unirán sus fuerzas. Nuestro Señor nos señala el mundo: [*El mundo me odia*][109]*.* San Pedro nos advierte que el demonio ronda a nuestro alrededor: [*Da vueltas en torno nuestro buscando a quien devorar*][110]. El apóstol Santiago nos previene de la

[107] La Compañía de Jesús había sido restaurada por la bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum,* del 7 de agosto de 1814, y la Congregación de Burdeos remontaba al fin del año 1800.
[108] *Gaudete in Domino.*
[109] *Mundus me odit*.
[110] *Circuit quaerens quem devoret*.

concupiscencia: [*Cada uno es tentando por la concupiscencia*[111]*.* Al mundo, queridos hijos, opónganle el recuerdo de los ejemplos de Jesucristo; combatan al demonio con la fe, y la concupiscencia con una continua vigilancia. No deben dejar pasar un solo día 1º sin hacer algo [de lectura], ya sea en el Evangelio o en algún libro que lo exponga y explique; 2º sin hacer una pequeña meditación; 3º sin hacer seriamente un examen de conciencia, y si no es muy difícil, oír la Santa Misa y visitar el Santísimo Sacramento.

No les digo nada de la Santísima Virgen. Queridos hijos, ¿sería necesario que les dijera que es su Madre; que deben honrarla todos los días; que, en la tentación, encontrarán siempre un refugio seguro en su Corazón? Me imagino verla ofreciéndose ella misma y diciéndoles que no teman, si quieren permanecer siempre fieles, [porque] les cubrirá con su protección de un modo especial en estos días de vacaciones. Sí, hijos míos, recuérdenlo siempre, tienen una Madre que les ama; que quiere ayudarles, y cuyo poder sobrepasa infinitamente todo el poder del infierno.

Les abrazo, en el amor de Jesús, y los guardo en el Corazón de la Santísima Virgen.

477. Saint-Remy, 6 de agosto de 1829
Al señor Gobillot, Burdeos

A un religioso desanimado el P. Chaminade le escribe esta nota: tal vez el cambio de comunidad le ayudará a superar la crisis.

Querido hijo, he recibido y leído su carta del 29 de julio. He visto con pena [su] perseverancia en la pendiente que le hace caer en el desánimo. Usted, siempre, ha contado más con las cualidades naturales del hombre que con la gracia de estado; de ahí las débiles oraciones; de ahí el desánimo. Sea lo que sea, me voy a ocupar seriamente de remplazarle: a la espera de ese momento, haga de corazón todo lo que pueda, como si no tuviera que ser remplazado; compórtese con prudencia, etc.

Rece y haga rezar por mi hasta que vuelva estar con ustedes, y confíe en mis sentimientos enteramente paternales.

P. S. Abrazo con afecto a mis queridos Hijos de San Lorenzo; deseo mucho estar en medio de ellos.

493. Burdeos, 17 de diciembre de 1829
Al señor Perriguey, Besanzón

Augusto Perriguey, que entró en el noviciado en 1825, estuvo en la Casa de la Caridad de Besanzón y luego en la escuela de Saint-Remy, donde murió como consecuencia de un accidente. El P. Chaminade le escribe esta hermosa carta de ánimo, sugiriéndole ponerse en la presencia de Dios antes de cada acción, como eficaz antídoto contra el amor propio y la tendencia natural a la rutina.

Querido hijo, he recibido su segunda carta de diciembre y no debe creer que he perdido de vista la primera; me acuerdo muy bien de todo lo que me dijo a mi paso por Besanzón; tengo también el escrito que me confió, en el que me dice cómo se encuentra el estado de su conciencia.

[111] *Unusquisque tentatur a concupiscentia.*

… Me pide un pequeño reglamento: pero, querido hijo, usted ya tiene uno que no le deja ningún tiempo libre; yo solo puedo exhortarle a que sea más y más fiel a ese reglamento.

Para evitar la rutina, la actividad meramente natural o el amor propio, hágase una ley de no comenzar nunca ninguna acción sin haber hecho algún acto de fe, ponerse en la presencia de Dios y ofrecer a Dios su acción.

En su examen particular, cuente las faltas que haya hecho, corríjalas, e incluso póngase alguna penitencia: espero que, por ese medio, se vaya despojando poco a poco de toda búsqueda de sí mismo y que la paz reine en su alma. Si, a pesar de hacer todo lo que puede, siente todavía alguna turbación, eso será entonces una prueba, y no debe inquietarse por ello.

… Habiendo respondido a sus cartas y peticiones, no me queda más, querido hijo, que abrazarle con afecto, desearle paciencia, ánimo, fidelidad: lo que hago como Buen Padre.

502. Burdeos, 15 de febrero de 1830
Al P. Lalanne, París

El P. Lalanne es enviado por el P. Chaminade a París para defender ante el gobierno la causa de las escuelas de magisterio. Le da las siguientes instrucciones detalladas.

… Ahora vamos al objeto directo y determinante de su misión en París. Tuve la ocasión de conocer al sr. de Guernon-Ranville, Ministro de Asuntos eclesiásticos y de Instrucción pública, por los elogios que me ha hecho de él el sr. Presidente de Saget. Me ha asegurado que una vez que el Ministro conozca la Compañía de María y la obra de las Escuelas normales de enseñanza primaria, con seguridad las protegería y extendería. Según una entrevista con el sr. O'Lombel y un breve extracto de una de mis cartas, él ha prometido proteger todas las Escuelas normales que se formaran a petición de nuestros srs. Obispos y de los srs. Prefectos, [añadiendo] que aún no conocía a la Compañía de María.

Si el Gobierno no pone más interés, este gran medio de reforma de las costumbres y del espíritu de los franceses sería ineficaz; no frenaría nunca el avance del mal, que domina cada día más y más y que acabará por echar a perder no solo la monarquía sino también la religión católica. Su Exc. el Ministro de Asuntos eclesiásticos y de Instrucción pública ha sondeado ciertamente la profundidad del mal. Conoce el problema mejor que nosotros.

Pero mi razonamiento es este: la clase popular constituye las tres cuartas partes de la población de Francia; en consecuencia, el medio que daría a toda la generación naciente una verdadera educación, cambiaría la mayor parte del espíritu y las costumbres de Francia. Las Escuelas normales, tal como las entiende la Compañía de María, reforman a los antiguos maestros de escuela y forman nuevos, aptos para dar en todas partes esta fuerte educación que los niños, en gran parte, conservarán en su edad madura.

Tendremos, querido hijo, que trabajar en hacer verdaderos cursos de religión, que servirán no solo para las Escuelas normales externas, sino también para las internas: la religión debe ser el tema más interesante de la enseñanza dada en las Escuelas normales, aunque no hay que descuidar las otras materias de la enseñanza.

Sería necesario hacer una pequeña Memoria bien [documentada], para que todos abran sus ojos sobre este medio casi infalible. No decimos que no haya otros [medios de]

reforma, y la Compañía misma tiene uno de ellos, como usted sabe bien: pero lo que decimos es que es uno de los mejores y más rápidos, y es una de las intenciones que nos ha llevado a entregarnos especialmente a la enseñanza primaria, y así figura en nuestros Estatutos autorizados por Su Majestad. Elabore, querido hijo, esta pequeña Memoria, recogiendo todas las ideas que hemos conocido sobre la Escuelas normales, todos los Métodos, y también los planes de instrucción religiosa que consideramos muy importantes para dar a los alumnos una gran perfección.

La principal objeción que le pueden presentar es las pocas personas suficientemente formadas que la Compañía puede presentar para llevar esas Escuelas normales. Pero es evidente que en muy pocos años los habremos formado y que, progresivamente, se distribuirán por todas las Escuelas.

Me paro aquí para no retardar más el envío de esta primera carta. Si el plan es aceptado, si el Ministro manifiesta con fuerza el deseo de que los Obispos, los Prefectos y los Rectores de las Academias trabajen en montar esas Escuelas dirigidas por la Compañía de María, nosotros desarrollaremos más todo lo que sea necesario, nos ocuparemos de ello sin descanso.

503. Burdeos, 22 de febrero de 1830
Al P. Lalanne, París

El P. Chaminade trata el tema de la enseñanza de la «religión» en las escuelas de magisterio: es necesario que los candidatos tengan buenas bases lógico-metafísicas y que conozcan las fuentes de las certezas humanas.

… El curso de religión puede ser dividido en tres partes, una para cada año. Estas tres partes se refieren solamente a todas las pruebas de la religión. Estamos en un siglo en el que se hace razonar o más aún disparatar incluso a las personas que vienen del medio rural, y también a los criados en las ciudades. Es preciso que todos sus candidatos de las Escuelas normales lleguen a ser pequeños lógicos, incluso un poco metafísicos; deben conocer todas las fuentes de las certezas humanas. Para abreviar y comunicarles toda mi idea por completo, busque en París la obra que tiene por título: *Los principios de la sana filosofía conciliados con los de la religión, o la filosofía de la religión, por el autor de La teoría de los seres sensibles,* 2 volúmenes[112]. Esta obra es difícil de encontrar, pero si no se encuentra en el comercio para comprarla, se podrá encontrar en diversas bibliotecas. La mitad del segundo volumen de esta obra presenta tres discursos que contienen todo lo que se debe saber de las pruebas de la religión. En las Escuelas normales se explicaría uno de esos discursos cada año. Los alumnos con más disposición aprenderían de memoria cada discurso. El resto de la obra indicada presenta todas las explicaciones que habría que dar y se encontrarían los principios de razonamiento e instrucción de todos los hechos (religiosos) cuyo conocimiento sería necesario. Usted puede encontrar diferentes obras más modernas y más sólidas, pero el desarrollo no es tan didáctico y adecuado a la enseñanza de los jóvenes que vienen del campo, que ignoran todo y que nunca han razonado sobre ellos ni sobre lo que les rodea.

Hace algunos años que, para las Congregaciones de los jóvenes, yo hubiera seguido un plan algo diferente; hubiera seguido la obra llamada *Análisis de la fe*, donde se prueba

[112] Por el P. FRANÇOIS PARA DE PHANJAS, sj (1724-1797). Esta obra se ha vuelto a imprimir en las *Demostraciones evangélicas*, de Migne, tomo X.

que solo la fe católica puede sufrir un análisis exacto. Expone ocho principios, consecuentes unos de otros, que encierran toda la fe católica. Del último se va al primero, como del primero al último. Este proceso no suprime el que se den las nociones preliminares, porque es preciso siempre ponerse en el lugar de los jóvenes que no entienden ni las palabras con las que se quiere explicarles las cosas, etc.

506. Burdeos, 4 de marzo de 1830
Al P. Lalanne, París

El P. Chaminade consideraba las escuelas de magisterio como el punto de apoyo de la palanca para regenerar cristianamente Francia. Quería una en cada departamento. No creía en la eficacia de la parroquia ni en la contribución de la familia. Tenía confianza en los maestros. Pero ellos no estaban a la altura de su tarea. Por lo tanto era necesario formarlos cristianamente en escuelas preparadas para ello. Por eso intensificaba los contactos para abrir todas las escuelas de magisterio posibles: no solo en Saint-Remy sino también en Courtefontaine, Colmar, Nancy, Acey...

… Todavía voy a hacer algunas reflexiones para subrayar la importancia de fundar Escuelas normales en la forma que las proponemos. Es cierto que Francia se pierde –salida victoriosa de la Revolución que la amenaza por todas partes-, si no se salva a la generación del pueblo que está llegando. Pero ¿qué medio habrá para salvar esta generación que está casi toda perdida?. Los hijos se parecerán a sus padres, tendrán sus principios y sus costumbres: a tal padre, tal hijo. A falta de los padres ¿quién estará para suplirlos? ¿Los párrocos, los vicarios? Ven raramente a los niños, tienen poca autoridad sobre ellos, etc. Estos niños están perdidos, si no tienen junto a ellos buenos maestros de escuela. De ahí la indispensable necesidad de formar un gran número de maestros de escuela para poder enviarlos a todos los municipios. De ahí, también, la necesidad de multiplicar las escuelas normales en todos los departamentos. La mayor parte de maestros de escuela en ejercicio o son ignorantes o no saben tratar a los alumnos, o incluso no ponen ningún interés en ello: y supongo que no son motivo de escándalo, lo que no es muy raro. Por eso, la necesidad de nuestros largos y frecuentes retiros de maestros de escuela. Y este medio es agradable y seguro, para hacerlos buenos o por lo menos pasables, o remplazarlos por candidatos formados.

Que otras asociaciones establezcan Escuelas normales, ¡tanto mejor!. Pero entendámonos: que tales escuelas sean formadas con un mismo plan que pueda tener los mismos resultados.

El Gobierno siempre ha sentido la necesidad de tales Escuelas; alguna vez había dado órdenes para ello; había protegido a algunas –por ejemplo la Escuela de Estrasburgo-, pero que fueron llevadas casi sin ninguna dirección y por personas que solo ponían interés en no perder su puesto de trabajo con sus ganancias.

513. Burdeos, 26 de marzo de 1830
Al prefecto de la Congregación de Saint-Hippolyte

El P. Chaminade invita a los congregantes de Saint-Hippolyte a caminar «por los hermosos caminos de la virtud», que son escuela de sabiduría que dan sentido a toda la vida.

Su carta, señor Prefecto, me ha llegado puntual para acrecentar la alegría que reina aquí en la fiesta de San José. Me emociona más la piedad y los sentimientos

religiosos que respira su carta que los buenos deseos que me dirige por la fiesta de mi Patrón. Continúe marchando por los caminos de la virtud y la fe; solo ahí encontrará la sabiduría, de la que hará su compañera inseparable. Hágase intérprete de mis sentimientos paternales ante los congregantes de Saint-Hippolyte, hágales comprender bien que la verdadera sabiduría se encuentra siempre con la virtud y la fe.

Por muy ocupado que estoy, he hecho todo lo posible, señor Prefecto, para expresarle en esta ocasión la ternura paternal con la que adopto de nuevo la pequeña Congregación de Saint-Hippolyte como una parte distinguida de mi gran familia. Doy a su Presidente, a sus dos Asistente y a su Secretario mi paternal bendición, extensible a toda a toda la Congregación.

523. Burdeos, 14 de mayo de 1830
Al señor conde de Noailles, París

Alexis de Noailles, uno de los hombres más influyentes del momento en el gobierno, pedía al P. Chaminade que se encargase de organizar las escuelas de magisterio en el Departamento del Centro. El P. Chaminade aprovecha la oportunidad para ir más lejos y convencer al eminente político de la bondad de su plan de regeneración de Francia, a través de la obra de las escuelas de magisterio.

Señor Conde,

Veo con enorme placer, por su carta del 5 de mayo, que nos entenderemos siempre perfectamente para hacer el bien, no solo en Noailles sino también en todo el Departamento de la Corréze[113]: y lo haremos infaliblemente en toda Francia. He aquí cómo:

Dios se dignó inspirarme, hace muchos años, el deseo de trabajar en fortalecer la religión en nuestra desdichada patria. Para hacerlo más eficazmente, solicité cartas de Misionero Apostólico; las obtuve.

El primer medio de cumplir mi misión fue la fundación o establecimiento de las Congregaciones.

Uno de los siguientes medios que Dios se ha dignado inspirarme es el establecimiento de Escuelas normales. Si hubiese una por Departamento, o al menos en la red de influencia de las Academias de la universidad, llevada según el plan que he trazado, podríamos renovar toda la generación que está en formación y que pronto remplazará la generación presente.

Puedo presentar modelos de estas Escuelas normales en tres Departamentos, a saber: Doubs, Alto-Saona y Jura. Estos Establecimientos no son todavía lo que deseo que sean, aunque ya producen mucho bien. Pero si tuviese un Departamento en el que se me dejara hacer todo lo que me es necesario y en el que fuera ayudado suficientemente, haríamos una Escuela normal verdaderamente modelo para todas las que se establecieran en Francia. Su Excelencia el Ministro de Instrucción pública parece estar convencido de la necesidad de estos Establecimientos: está dispuesto a favorecer a los que estuviesen llevados y dirigidos por la Compañía de María. Puede ver, sr. Conde, por esta pequeña exposición, cómo su benévola intervención podría contribuir a ello eficazmente, aunque solo fuera buscando hacer el bien en Noailles y en la Corrèze.

[113] La Corrèze es un departamento francés a unos 200 kms. de Burdeos; Noailles es un centro urbano del mismo.

CUARTA PARTE

EL CICLÓN «OTOÑAL»

LA REVOLUCIÓN DE 1830

1. Introducción

a) La revolución de 1830

La revolución de 1830 puso fin a la época de la Restauración francesa. La Iglesia había obtenido grandes beneficios de ese momento político. El catolicismo recuperó su lugar oficial en la sociedad y los seminarios se volvieron a llenar. También se produjo una gran renovación espiritual, que tuvo como principal animador a H. F. Lamennais, cuyo *Ensayo sobre la indiferencia religiosa* (1817) tuvo un gran éxito. Tal vez se ejerció alguna presión social para empujar a las masas a volver a la religión (como parece que quiere denunciar Stendhal en la novela *Rojo y negro*), pero no se ha demostrado. El clero, lleno de admiración por Pío VII, había entendido finalmente la importancia decisiva del papado para garantizar la independencia espiritual de la Iglesia, lo que significó el fin del galicanismo. Pero es curioso observar que las diferencias entre la Iglesia y los ultrarreaccionarios hicieron fracasar las negociaciones para un nuevo concordato (1817) y cómo los extremistas supieron servirse de las leyes napoleónicas para controlar el clero[114].

El 26 de julio de 1830 Carlos X disolvía las Cámaras de los Diputados. Entonces las izquierdas salieron a la calle montando las barricadas: la insurrección barrió al soberano y determinó la subida al trono de su primo, Luis Felipe, de la rama más joven de los Orleans, que había abrazado la causa del pensamiento liberal. Pío VIII, en contra del parecer de los cardenales, reconoció al nuevo soberano, pero no lo reconoció el arzobispo de París. Las facciones antirreligiosas se reanudaron con rabia y llegaron casi a igualar las violencias de la última década del siglo XVIII. En todo el país fueron puestas en el punto de mira las instituciones religiosas como sospechosas de complicidad con el depuesto rey Carlos X. El P. Chaminade, que se encontraba en Agen cuando conoció la revolución que estaba teniendo lugar en París, decidió regresar inmediatamente a Burdeos.

La ciudad estaba tranquila y el P. Chaminade continuó su labor pastoral como si nada hubiera ocurrido. De hecho, el 27 de octubre de 1830 sugirió al sr. O'Lombel trabajar duro para obtener del rey de España el permiso para establecer la Compañía de María en ese país. La agitación comenzó un año más tarde, el 14 de febrero, durante una ceremonia religiosa en la iglesia de San Miguel. Las dos facciones opuestas se enfrentaron en la misma iglesia. Más tarde, manifestaciones hostiles explotaron en diversos lugares de la ciudad: la turba sitió la Magdalena y hubo un lanzamiento de piedras en San Lorenzo. El P. Chaminade fue acusado de ser uno de los líderes de la reacción. En su casa la policía encontró algunas medallas de la Inmaculada, las mismas que había encontrado en las de algunos congregantes investigados: grande fue la sospecha de que fuese el signo de reconocimiento secreto de todos los carlistas, un símbolo contra el gobierno. El sacerdote sonrió y aprovechó la oportunidad para dar una catequesis a los policías, comenzando con Adán y Eva. Después de eso, estos, no sabemos si divertidos o decepcionados, abandonaron el lugar.

La situación se hacía cada día más pesada y difícil. En Burdeos y en otras partes la congregación se vio obligada a desaparecer: las circunstancias de la época lo exigían. El noviciado de San Lorenzo se cerró. Objeto de continuas burlas e intimidaciones, el P. Chaminade, para evitar lo peor, se retiró a Agen, la cuna del Instituto de las Hijas de María, donde permaneció hasta 1836. El exilio forzado del fundador provocó una inquietud extraña en la Compañía, haciéndole perder fuerza y dinamismo. Finalmente, se vieron afectados los proyectos pastorales referentes a las escuelas de magisterio; solo se salvó la de Courtefontaine, no sin dificultad. Muchos religiosos perdieron la paz, desgarrados por serias dudas personales; algunos se fueron de la Compañía, reclamando una indemnización.

[114] J. LEFLON / C. A. NASELLI, *Restaurazione e crisi liberale*. Milán, Edizione Paoline, 1975.

El P. Chaminade tuvo que recurrir a todas sus reservas de paciencia y de confianza en la Providencia. Poco tiempo antes había escrito en una carta[115] esta hermosa y significativa confesión:

> ¡Estamos en medio de un mundo nuevo! Estoy en Francia como en tierra extranjera. Casi no sé qué decir o qué hacer; por mi parte espero que los acontecimientos me lleguen, más que ir por delante de los acontecimientos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la Santísima Virgen.

Se llegó así al momento en el que, después del entusiasmo inicial, las dificultades inherentes a la consolidación de la fundación empezaron a aparecer. No se conseguía soportar el peso económico que suponía la multiplicación de las obras, realizadas sin la garantía de un capital inicial; no se tenía tiempo para formar adecuadamente a las personas, mientras que las necesidades de las obras obligaban a mostrarse menos estrictos en la admisión de las nuevas; en la organización, no existiendo todavía un verdadero gobierno de la Compañía, todo recaía todavía sobre las espaldas del P. Chaminade... Esta serie de circunstancias adversas suscitaba en los religiosos sentimientos de miedo y dudas, como aparece claramente en la correspondencia de este período. El Fundador, por tanto, no solo tenía que preocuparse por el buen funcionamiento de las obras, sino también tenía que hacer frente a estas dificultades internas y tratar de remediar las causas de un malestar generalizado. Se aplicó a ello con una correspondencia muy instructiva.

En los años 1830-1833, en Saint-Remy, el P. Lalanne estudió la realización de planes grandiosos para relanzar la escuela secundaria, que mostraba momentos de debilidad. Intentó las experiencias más audaces de escuela activa: la enseñanza de la geografía de Francia, por ejemplo, se llevaba a cabo en un amplio césped, donde los estudiantes se aplicaban para reproducir el territorio francés en miniatura. Revolucionó el plan de estudios tradicional, desplazando el centro del latín a la literatura y dando mucha importancia a las ciencias y a las lenguas. Utilizó todos los espacios de la propiedad y habría necesitado más edificios, pero las disponibilidades económicas de la obra no permitían más gastos. Molesto en la realización de sus planes por los escasos recursos económicos de la Compañía y por las restricciones que imponía la enseñanza oficial, y persiguiendo el ideal de una educación libre, sin impedimentos burocráticos, decidió unirse con C. F. Montalembert, F. Lamennais y J.-B. Lacordaire en la lucha por la libertad de las escuelas. El P. Chaminade lo amonestó, diciendo: «Una olla de barro no puede entrar en conflicto con una de hierro». Gran educador pero pésimo administrador, el P. Lalanne, durante su estancia en Saint-Remy, estuvo en continua y activa discrepancia con el administrador del Instituto.

Para entender el papel desempeñado por el P. Lalanne en la educación secundaria, es necesario echar un vistazo a la situación de los estudios en Francia después de la Revolución. Durante el siglo XVIII, la cultura de los «colegios» era exclusivamente literaria. La Revolución los abolió, sustituyéndolos por otros programas exclusivamente científicos. Con la Restauración se volvió a los programas existentes antes de 1779. En 1820, en el internado de la calle de Menuts, el primero abierto por la Compañía de María, Lalanne había añadido al curso literario un «curso especial», destinado a proporcionar a los alumnos conocimientos comerciales y profesionales, y había impuesto la enseñanza del latín y griego con métodos más rápidos y fructíferos. En Saint-Remy dio amplio espacio al estudio de la geografía, de la geología, de la historia y sobre todo de las matemáticas. El paso a Layrac estuvo marcado por otra innovación: la creación de una sección de «latín-ciencias», una especie de anticipación del actual bachillerato de ciencias. Y si bien hasta enton-

[115] CHAMINADE, *Cartas II*, *o, c*., n. 575, 20 de enero de 1831, pp. 758-759.

ces la enseñanza del griego estaba unida al latín, reemplazó el estudio del griego con el aprendizaje de una lengua viva (italiano o alemán).

En Agen el P. Chaminade se encontró con nuevas dificultades. En la escuela gratuita de los religiosos, donde se alojó durante su estancia, al director, sr. Mémain, le resultaba difícil mantener el equilibrio económico. A la muerte de Adela, con la elección como Superiora general de la Madre San Vicente, las relaciones del Fundador con las hermanas se enfriaron considerablemente. De hecho la Curia diocesana quería separar a las religiosas de la guía del P. Chaminade, tal vez para llevar a cabo la vieja idea de una congregación exclusivamente diocesana. El Vicario general ordenó, de modo autoritario e indiscutible, que el anciano Fundador ya no entrase más en el convento sin un permiso explícito del obispo, en cuyo caso debería ir acompañado por alguien. Ante tal mandato, el P. Chaminade primero calló y luego escribió al obispo, que tal vez no conocía esta situación. Mons. Jacoupy se pronunció a su favor, por lo que pudo volver de nuevo entre las religiosas y tener con ellas algunas conferencias religiosas, incluyendo una sobre la obediencia. Pero, considerándose negativamente aludidas, las religiosas escribieron de inmediato al obispo, diciendo que las palabras de esa conferencia «habían provocado turbación en sus corazones». Ante este hecho, el obispo se vio obligado a renovar personalmente la prohibición. El P. Chaminade, entonces, aceptó vivir apartado con evidente menoscabo de su dignidad: no dijo nada sobre lo sucedido, ni la comunidad masculina fue informada de su sufrimiento. Finalmente, todos vieron que su situación era insostenible: mons. Jacoupy, vencido por la lealtad del Fundador, le devolvió todos los poderes y el 11 de enero de 1833 se hizo la paz con una ceremonia oficial, en la que la Superiora y las hermanas le pidieron perdón. A partir de ese momento las relaciones entre las Hijas de María de Agen y el Fundador se reanudaron y se mantuvieron con la confianza religiosa que habían tenido desde el principio. Cuando surgieron las dificultades Lalanne-Chaminade por la casa de Layrac, la Madre San Vicente escribió:

> ¡Cómo compadezco al P. Lalanne! Dios le conceda la gracia que me concedió hace cinco años, cuando me liberó de la falsa idea en la que yo había caído[116].

El P. Chaminade aprovechó su aislamiento forzado para ponerse al día con la cultura religiosa y ascética de la época, dedicándose a la lectura de nuevas obras. Es probable que conociese entonces los escritos de san Alfonso de Ligorio, que empezaban a aparecer en Francia con cierta dificultad, gracias a la inteligente divulgación que hizo el P. Gousset. Completó la lectura de las obras de Olier, al menos de las publicadas esos años. En realidad, no compartía plenamente su pensamiento, pero aceptaba algunos aspectos positivos de su doctrina, como la insistencia en los misterios de Cristo, la vida de fe y la unión con Dios. Su libro favorito era, sin embargo, *La conduite de l'homme d'oraison dans les voies de Dieu*, en dos volúmenes, del jesuita J. Nouet, discípulo del P. Lallement, publicada en 1674. Todas las tardes leía algunas páginas. El tema era vivir en Cristo por medio de una respuesta fiel a las acciones del Espíritu y entregarse a él, a través de la renuncia voluntaria a su propia voluntad y sus propias satisfacciones. En el desconcierto espiritual de aquellos años, marcados por tantas pruebas morales, el P. Chaminade sintió la necesidad de semejantes lecturas estimulantes[117].

---

[116] Carta al P. Caillet (14 de marzo de 1836). En circunstancias parecidas, también a Santa Juana Antida Thouret, el arzobispo de Besanzón le prohibió entrar en las casas del Instituto de la Caridad que se encontraban en su diócesis y prohibió a las religiosas recibirla, favoreciendo de esa manera la división de las obra en dos ramas (1820): cf. L. MEZZADRI, *Giovanna Antida Thouret. Il coraggio della carità*. Milán, Ediciones San Pablo, 1998.

[117] En la Compañía de Jesús, en el ámbito de la única escuela que lleva el nombre y la autoridad de san Ignacio, existían dos direcciones espirituales; una prevalentemente ascética, la otra marcadamente mística. El P.

Leer y escribir, estas fueron las principales ocupaciones del P. Chaminade durante este período. Desarrolló una de sus obras más importantes, el *Manual de dirección* y los *Consejos a un Maestro de novicios*; perfeccionó la primera parte de las Constituciones (1834)[118], que desde hace tiempo tenía en el tintero. También preparó una nueva fase de trabajo intenso, porque intuía, en las personas y en los hechos, en la vida política y social, el predominio de una nueva actitud conciliadora. En noviembre de 1833 la paz estaba en el horizonte y el espíritu de rebelión parecía haber llegado a su fin. El Fundador se dio cuenta de que había llegado el momento de dar un nuevo impulso a las dos Congregaciones, a sus obras y a sus miembros. En los años 1834-1836 decidió visitar todas las casas del Franco-Condado y de Alsacia; por ello fue a Auch para una fundación importante: la Tercera Orden de las Hijas de María, una corporación religiosa que recogía las reglas de las religiosas marianistas, pero sin clausura. Finalmente regresó a Burdeos para atender a Teresa de Lamourous en sus últimas horas de vida (14 de septiembre 1836).

b) Chaminade, hombre de fe

En aquellos años, actuar responsablemente en la escuela requería la adopción de medios pedagógicos adecuados. Uno de los méritos del P. Chaminade fue precisamente la puesta en marcha de ideas pedagógicas sugerentes, que eran casi como experimentos, combinando el método simultáneo con el mutuo en la escuela primaria. En la secundaria, aceptó algunas propuestas de su discípulo el P. Lalanne: si el acuerdo no fue pleno, no se debió a razones exclusivamente educativas. En el plano pastoral, insistió en dos aspectos que debían caracterizar la escuela marianista: la presencia, en la escuela, de «grupos seleccionados», que actuarían como levadura en la masa, y la evaluación anual comunitaria de los religiosos dedicados a la enseñanza, durante las vacaciones de verano, de los resultados escolares obtenidos. A nivel pedagógico, aceptó el método de la «sana emulación». El deseo de una afirmación personal se convertía en un estímulo positivo para la mejora, de lo que podría beneficiarse toda la comunidad educativa. Se trataba de despertar en el alumno la autoestima a través de una especie de sana «envidia», en un clima de equidad competitiva. Esencialmente en este principio sigue vigente todavía hoy en la dinámica de las notas escolares o en los juicios analíticos y sintéticos sobre el alumno[119].

Cuántas veces en sus exámenes de conciencia el P. Chaminade se habrá preguntado: «¿Qué mal he hecho para ser tan perseguido por los poderes políticos?». Vivió en los años de la gran Revolución, del imperio napoleónico, de la restauración, de los movimientos revolucionarios de 1830 y hasta los acontecimientos de 1848, trabajando en una ciudad importante como Bur-

---

Chaminade leyó y meditó los *Ejercicios*: un conjunto de anotaciones y de reglas redactadas en forma escueta y sencilla. Aconsejó a sus hijos esta «gramática ascética», escrita no para ser leída sino para ser practicada y vivida. La interpretó no según la escuela rígidamente ascética de A. Rodríguez, caracterizada por la insistencia en una virtud metódica y en una meditación discursiva, sino según la escuela de Lallement y de sus discípulos, más sensible a la escucha del Espíritu y a su iniciativa en llevar a cabo la purificación del corazón.

[118] El primer libro de las Constituciones fue publicado en noviembre de 1834. Cf. J. C. DELAS, *Historia de las Constituciones de la Compañía de María*. Madrid, Ediciones SM, 1965, pp. 57-58.

[119] La emulación, según algunos estaría ya hoy superada en cuanto favorecería la actitud deshonesta y neurótica latente en cada muchacho, de desvalorizar al adversario. Otros en cambio ponen en guardia contra la utopía de una sociedad regida por el principio de la absoluta igualdad, aceptado interiormente por el individuo. El hombre real está movido por sentimientos complejos, entre los cuales sobresalen el amor propio y el deseo de afirmación. Para el P. Lalanne y el P. Chaminade era bueno tener en cuenta esta realidad para educar en el control y en una orientación de esos sentimientos hacia objetivos socialmente útiles. Cf. P. HUMBERTCLAUDE, *L'abbé Lalanne*. París, Bloud et Gay, 1932.

deos. Se puede decir que en ella, durante algunas décadas, fue el creador y el motor principal de las iniciativas religiosas más importantes. Siendo muy conocido y bien caracterizado en el perfil espiritual y social, no es de extrañar que su personalidad pudiese molestar a alguien. Sin embargo, evitó tomar posiciones políticas partidistas. Él era simplemente un hombre religioso que mostró, en la auténtica vida cristiana abierta al Espíritu, el fundamento más válido para el progreso humano. La trayectoria política del P. Chaminade tuvo muchos contratiempos por la imprudencia de algunos de sus discípulos. Por eso fue sometido a registros, fue llevado ante los jueces e incluso fue encarcelado. Íntimamente era monárquico. Al comienzo de la restauración sintió en su interior renacer la esperanza, que en un momento de euforia también manifestó externamente. Pero fue un caso único. Después de todo, fue simplemente una manera de participar en la alegría de toda la ciudad. En tiempos agitados por fuertes pasiones políticas, al mismo tiempo que tenía sus propias ideas muy personales sobre los acontecimientos que ocurrían, estaba convencido de que, para multiplicar los cristianos, era necesario vivir en armonía con las autoridades civiles.

Sin lugar a dudas, el P. Chaminade rechazó los aspectos negativos de las revoluciones: los trágicos hechos que todos conocían (el genocidio de la Vandée, la violencia sangrienta, el intento de descristianizar Francia, la lucha contra la Iglesia que supuso el encarcelamiento y la muerte de muchos creyentes...). Pero también indudablemente supo apreciar sus aspectos positivos: la ruptura de la estructura social del Antiguo régimen, la abolición de los privilegios y derechos feudales, la afirmación de los derechos civiles. Reconociendo la validez del principio de igualdad, que es en realidad una aspiración irrenunciable del ser humano y es inherente al mensaje de Cristo, afirmó la necesidad de un cambio y de una adaptación en la acción. En los problemas de la libertad se movió con cautela. A Lalanne, que se entusiasmaba con Lamennais, le hacía ver el desastre que era absolutizar un valor terreno, negando o subestimando la dimensión religiosa y ética de la vida humana, que es la única que impide que la libertad degenere en libertinaje.

De 1830 a 1840, animados por el P. Chaminade que, a pesar de su edad, se prodigaba en los viajes y en un intenso trabajo de contactos epistolares, los marianistas tuvieron en Alsacia un desarrollo muy significativo. Con gran alegría del Fundador, los religiosos fueron llamados de forma espontánea «Hermanos de María». El título era antiguo. Ya los carmelitas, en la Edad Media, quisieron llamarse «Hermanos de la Bienaventurada Virgen», ya que veían en ella a la «hermana»[120] de su contemplación. Para el Fundador el título era emblemático de cómo la vida religiosa no estaba estrechamente vinculada a la ordenación sacerdotal, sino que encontraba su razón de ser en la profesión de los consejos evangélicos. No hay que olvidar que también en la vida religiosa se proponían esquemas y categorías sociales del mundo exterior, permitiendo que se mantuviesen también en la vida común las diferencias de clase y de la riqueza. Y siempre resultaba estridente el hecho de que los trabajos más serviles eran reservados a los no-sacerdotes, es decir, a los «conversos»... Yendo contra corriente, el P. Chaminade, en el origen de la Compañía de María, quiso una congregación que pudiese contar no solo con religiosos sacerdotes sino sobre todo con religiosos laicos, en situación de igualdad, proponiendo incluso para estos últimos tareas directivas y compromisos apostólicos, y no únicamente en el ámbito de la escuela.

Corrían tiempos difíciles para la Iglesia, acusada de ser oscurantista y enemiga de la libertad por la élite intelectual nacida de la Revolución de 1830. El P. Chaminade tuvo sus problemas en Burdeos y las circunstancias le obligaron a vivir fuera de la ciudad. Este período, casi de exilio, se

[120] «María es nuestra hermana», afirmó Pablo VI en la homilía que tuvo en Castelgandolfo en 1968 con motivo de la fiesta de la Asunción. En la tradición cristiana la afirmación está presente en los Padres (Epifanio, Cirilo de Alejandría, Efrén el Sirio, san Agustín). Después, extrañamente, desaparece. Pero es retomada por Erasmo (*soror Ecclessiae*) y Jerónimo de Savonarola: «En ella, su queridísima Madre, Dios se ha dignado hacer una de nuestras hermanas» (*Esposizione sull'orazione alla Vergine*, 1496).

convirtió para él en un tiempo de Dios que le permitió estructurar la espiritualidad de sus institutos a través de algunos escritos[121]. ¿Qué decir de esta espiritualidad? Por espiritualidad se entiende una experiencia de vida y de acción, ancladas en Dios. Ciertamente, es necesario reiterar, con los más reconocidos estudiosos de la teología espiritual[122], que la espiritualidad cristiana es única para todos los bautizados y que la *sequela Christi* es un camino común a recorrer en el camino del Calvario, donde solo es posible consumar el encuentro con Cristo: no hay ni atajos ni alternativas. Pero sigue siendo cierto que cada instituto se encuentra en situaciones existenciales muy diferentes y que cada religioso necesita vivir el encuentro con Cristo según ritmos, modos y características de acuerdo a su propia vocación. Para el P. Chaminade, el punto de partida de un camino espiritual está formado por los valores evangélicos vividos en plenitud. Como siempre, el progreso espiritual no se determina a partir de la cumbre, sino a partir de la base, a través de la reforma personal. Para ello es indispensable la práctica ascética, el rechazo del «mundo» y el espíritu de sacrificio. Una «gimnasia» inicial se realiza a través de la práctica de los «cinco silencios»; después, el camino sigue adelante con la práctica de las virtudes de purificación y de consumación, hasta llegar a la plena unión con Cristo. Eso conlleva también un compromiso especial en el plano social: los religiosos tienen que cuidar de los pobres, ya penalizados por la incipiente y salvaje industrialización. El apostolado se concibe en un contexto misionero y comunitario. Sin embargo, para ser eficaz, todo verdadero apostolado debe nacer de la meditación de la Palabra de Dios, es decir, de «la oración de fe». En resumen, el apostolado es una tarea hecha fecunda por la contemplación. El P. Chaminade no deja de estimular a sus religiosos a ser hombres de oración y dar el «espectáculo de un pueblo de santos»: una oración entendida en su dimensión teológica, como una manera de entrar en comunión profunda con la voluntad de Dios. Por eso, hasta el final de la vida, enseña con paciencia extrema, empezando por los más jóvenes, diversos métodos de oración[123]. Está convencido de que la meditación no es una pérdida de tiempo o una forma de alejarse de los problemas concretos de la historia, sino la manera más íntima, profunda y eficaz de insertarse en el mundo, de descubrir a Dios en los acontecimientos y en las personas.

En el centro de la espiritualidad del P. Chaminade se encuentra por tanto la fe, que la historia de su vida ha destacado y su enseñanza ha proclamado con tonos insistentes. Es la fe, de hecho, la que lo empujó al total «perderse» para encontrarse plenamente en Cristo. La lógica humana le mostraba el camino más seguro para realizarse: buscar enseguida un refugio durante la Revolución, aceptar después un beneficio eclesiástico o una diócesis, como en realidad le habían propuesto, no exponerse a los riesgos de una experimentación apostólica en el campo asociativo y educativo... Pero la llamada era la de ofrecer la vida a la voluntad divina en nombre de la fe. Y fue la fe la que le llevó al corazón del problema: el ejemplo de Cristo y de María. La Virgen Inmaculada fue la atmósfera en la que se movía, la envoltura que envolvía su vida espiritual y la hizo fecunda, el aire que cada religioso tenía que respirar para vivir con Dios y entregarse a él, el ambiente elegido en el cual era posible cultivar los brotes de la vida divina. En oposición al 1700 reformista, tendente a poner las exigencias de la razón por encima de todo, el P. Chaminade se orientó hacia los mensajes de la fe, cultivados en la interioridad de la oración. De esta orientación surgieron dos directrices de fondo en relación a la realidad humana. Por una parte, una oposición intransigente a cierto racionalismo iluminista, que consideraba absolutamente incompatible con el Evangelio: denunció el «relativismo», doctrina que llamaba «indiferencia religiosa», y el Iluminismo, al que lla-

[121] Escribió catecismos, pequeños tratados, resúmenes… Cf. *Escritos de Dirección*, (2 vol.). Madrid, SM, 1964-1965.

[122] G. DUMEIGE, «Storia de la spiritualità», en *Nuovo Dizionario di spiritualità*. Milán, Ediciones Paulinas, 1978 (ed. esp.: *Nuevo diccionario de espiritualidad*. Madrid, Ediciones Paulinas, 1979).

[123] CHAMINADE, *Escritos de oración.* Madrid, Ediciones SM, 1975.

mó «filosofismo». Por otra parte, se inclinaba hacia una mentalidad que le llevaba a recuperar, en las nuevas corrientes culturales, lo que parecía cristianizable, a través de un «apostólico entregarse» en solidaridad con los jóvenes y las clases necesitadas. Especialmente en el mundo juvenil detectaba una nueva incipiente primavera, viendo en él algunas señales premonitorias: una sed innegable de valores espirituales, una viva devoción a la Virgen, la búsqueda de Dios y la nostalgia de valores humanos auténticos[124].

2. La correspondencia

La correspondencia de este período es rica y variada, pero marcada por los trágicos acontecimientos que suceden, que afectaban a todas las obras de la Compañía e influían negativamente sobre los religiosos. Con las Hijas de María, las relaciones no son frecuentes. La correspondencia con el P. Lalanne consiste a veces en contar lo que ocurre o en hacer una crítica de sus iniciativas, sus proyectos y sus ideas. Pero es paternal, rica en referencias religiosas y se entremezcla con algunos elementos de dirección espiritual. Las cartas dirigidas a los religiosos asumen el tono de consejo fraternal, a menudo ofrecen una ayuda concreta para superar una u otra dificultad, o contienen indicaciones de verdadera y propia dirección espiritual.

Con el P. Chevaux y el P. L. Meyer mantiene una delicada correspondencia de dirección espiritual. El P. Chaminade escribe a los directores de Moissac y Courtefontaine para resolver situaciones concretas de malestar. También escribe a los políticos del Antiguo Régimen por razones pastorales. No faltan cartas a comunidades enteras y una a toda la Compañía, en las cuales hace un balance de las actividades realizadas. Merecen destacarse dos cartas al P. Chevaux: una es una pequeña obra maestra que ilustra el tema pastoral de la educación religiosa de los jóvenes y la otra una nota sobre la formación de los novicios.

531. Burdeos, 5 de julio de 1830
Al señor canónigo Laurent, párroco de Belfort

La fundación de Belfort, decidida desde el comienzo del mes de abril, se estaba llevando a cabo. Los tres religiosos anunciados llegaron de hecho al lugar, pero quince días después estallaba la revolución de julio. Bajo las ventanas de la escuela se gritaba: «¡Abajo los hermanos!». Asustados, abandonaron la ciudad. La Compañía volverá en 1875 para abrir el Instituto Santa María.

Señor Párroco,

Le voy a enviar dentro de pocos días los tres profesores que le he prometido[125]. Digo que en pocos días, porque la observación que usted ha tenido la bondad de hacerme, sobre la firmeza que se precisa que tenga el Jefe, me obliga a elegir a uno de un establecimiento un poco lejano, experimentado desde hace muchos años en la dirección de un establecimiento importante; el segundo es también muy experto en llevar una Escuela.

Uno y otro podrán ser muy útiles a los jóvenes militares que no hubieran hecho su primera Comunión o que desearan cultivarse para ponerse en camino de mejorar. Yo les permitiría dar todos los días una hora a los jóvenes soldados que pudieran atraerse. Si lo

[124] Cf. *Manual del servidor de María*, Introducción.

[125] Los tres religiosos eran J. M. Mémain, ya director de Agen; A. Mémain, experto profesor; G. Claverie, un maestro muy amado y devoto de María, de intensa vida espiritual (morirá poco después con fama de santidad).

consiguen, la firmeza que necesitarán con los niños no les creará problemas enseguida con los militares. Por otro lado, no harán nada sin seguir su consejo. Todo está en las manos de Dios.

El tercer profesor es un joven muy piadoso, un poco tímido: es particularmente adecuado para los niños pequeños.

Los recomiendo a todos a su celo y a su bondad.

541. Burdeos, 16 de septiembre de 1830
Al señor Moulinié, director de Moissac

Estos son algunos valiosos consejos que el P. Chaminade da al director de la importante casa de Moissac sobre cómo organizar las vacaciones de los religiosos, para que recuperen las fuerzas y el impulso necesario para iniciar un nuevo año escolar: que se preste una mayor atención a las realidades espirituales (confesión, lectura espiritual, meditación, dirección espiritual) y se conceda más descanso al cuerpo (un poco más de sueño y de recreo y algún paseo semanal).

Sus vacaciones deben ser útiles para el alma y el cuerpo.

Para el alma 1º recapitulando cada uno sus faltas durante el año, viendo las causas, y haciendo su confesión anual; 2º haciendo más lecturas espirituales apropiadas a sus necesidades, algunas oraciones y conferencias más. Cada uno también puede tomarse un tiempo para conocer las necesidades de su alma y lo que habría que hacer para llegar a ser verdaderamente virtuoso; cada uno de ustedes, después de estos diversos exámenes, podrá escribirme una carta en que intentará decirme cuál es su situación actual y cómo debería ser.

En cuanto al cuerpo, podrá darle algo más de reposo, por ejemplo: media hora más de sueño, algunos cuartos de hora más de recreo, pero siempre un recreo religioso; algunos paseos más o menos largos cada semana; si todo esto se hace inteligentemente, espero que al fin de las vacaciones tendrá más fuerza y ánimo para comenzar bien el año.

546. Burdeos, 23 de septiembre de 1830
A la madre San Vicente, Agen

La Superiora general de las Hijas de María atribuía al exceso de trabajo las graves manifestaciones de negligencia religiosa que encontraba en las religiosas. El P. Chaminade interpreta en cambio esta inercia espiritual como una verdadera falta de fe práctica. Si la fe aumentase, ninguna hermana se dejaría abrumar por el trabajo.

… ¿Cómo ha olvidado, por así decir, que la fe es el medio seguro para que el Instituto de las Hijas de María no se extinga nunca y que, por el contrario se haga cada vez más vivo y más edificante? Si todas hacen mucha oración, como lo hemos dicho, si todas hacen buenas comuniones, si todas intentan prepararse a la oración, poniéndose a menudo a lo largo del día en presencia de Dios por actos de fe, si intentan hacer en el día actos de fe pura, la reforma espiritual no tardará en producirse. Serán humildes, caritativas, preocupándose las unas de las otras; amarán el silencio, el trabajo –incluso el de la enseñanza- será sostenido por el celo que animará a las profesoras, lejos de disiparlas. El mismo celo animará a las que se ocupan de lo temporal y el servicio, ya que tendrán el mismo motivo: la gloria de Dios y la santificación de las almas. Que la fe vaya creciendo,

y, entonces, le aseguro que ninguna tendrá miedo al trabajo. Todas llegarán a decir como san Francisco Javier: «¡Todavía más, Señor, todavía más!» ...

554. Burdeos, 28 de octubre de 1830
Al señor Olivier, Saint-Remy

En Noailles, en la provincia de Corrèze, el párroco y el conde Alexis pidieron explícitamente al P. Chaminade un religioso que se ocupase a tiempo completo de la catequesis y de la formación religiosa de los niños. El Fundador escribe al religioso elegido, ilustrándole sobre su nueva tarea y aconsejándole que se comportase siempre «como un verdadero hijo de María».

Querido hijo, le presento un medio de ejercer su celo: es tal como usted lo había deseado siempre.

El sr. Conde Alexis de Noailles y su respetable Párroco desean un religioso de la Compañía de María para dar clases a un pequeño grupo de niños que hay en la parroquia de Noailles, y sobre todo para formar niños cantores. Todo está preparado, puede ir inmediatamente. Si se da prisa, puede que encuentre todavía al Conde. Pero si, incluso, ha salido ya para París, el Párroco y su encargado de negocios le proporcionarán todo lo necesario. Voy a avisar al Conde. En cuanto tenga noticia de que usted ha salido para Noailles, le volveré a escribir. Noailles está a diez leguas de Brive, Departamento de la Corrèze. Cuide comportarse siempre como verdadero Hijo de María.

555. Burdeos, 29 de octubre de 1830
Al P. Lalanne, Saint-Remy

En Saint-Remy el director, el P. Lalanne, demuestra excesiva confianza en sus ideas de reforma y manifiesta delirios faraónicos en el diseño de las renovaciones y ampliaciones. Es inevitable que esto dé lugar a violentos enfrentamientos con los hermanos, especialmente con el ecónomo sr. Clouzet, que se queja de no estar en condiciones de soportar las pesadas cargas financieras que conllevan la realización de los proyectos del P. Lalanne. El P. Chaminade trata de intervenir con palabras sabias y a la vez enérgicas.

Le escribo, querido hijo, con mi propia mano, y, por así decir, temblando, por temor a herirle, y ciertamente no es esa mi intención. Usted, sin duda, es bueno, pero le quiero mejor. ¿Me hará el favor de creerlo? Pienso que sí. Pero usted verá que hoy día las ideas se han desarrollado mucho y extendido; que, que… Por tanto, querido hijo, me guardaré mucho de contradecir jamás sus ideas, aunque yo las vea inadmisibles en la práctica, porque no soy más que un anciano, y que no puedo tener más que ideas antiguas… Me limitaré a decirle, porque es mi deber: ¡Tenga cuidado! [*Hay un camino que parece recto al hombre, y cuya salida lleva a la muerte* (Prov 16,25)][126]. La autosuficiencia, a menudo ciega. Por muy iluminado que uno se crea, es peligroso aferrarse a las propias ideas. Es propio de la prudencia consultar en las dificultades, antes de pronunciarse o determinarse. Es preciso desconfiar de sí mismo e incluso de las propias ideas… Si es exagerado esto de recurrir a antiguas sentencias, habrá que recurrir a la paciencia.

Querido hijo, ¡estamos en días muy malos y vendrán peores tal vez dentro de poco tiempo! ¡Apresurémonos a hacer el bien; apresurémonos sobre todo en crecer en el

[126] *Est via quae videtur homini recta, cujus extrema, etc*. (Prov 16,25).

espíritu de fe, que es el espíritu de todas las virtudes! ¡Salvémonos, al precio que sea, y salvemos también a los otros! ¡Estrechemos más y más los lazos que nos unen! La fe, la esperanza y la caridad nos pueden llevar a triunfar. El espíritu de desunión puede echar a perder a la Compañía…

560. 15 de noviembre de 1830
A la madre San Vicente, Agen

La noche del 9 al 10 de enero de 1828 falleció en Agen la Madre Adela de Trenquelléon. El P. Chaminade, que no estuvo presente en el momento de la muerte, se trasladó inmediatamente a Agen para consolar a sus hijas. La dirección de la Congregación pasó a manos de la Madre de San Vicente. Enseguida se pensó escribir una biografía de la fundadora, pero el proyecto, del cual el P. Chaminade habla en esta carta, no se realizó. Para tener una breve publicación sobre la Madre Adela habrá que esperar hasta el año 1861. En 1869 apareció un amplia «Reseña» sobre ella, firmada por León Aubineau, en las columnas del Univers*, que fue luego insertada en el segundo volumen de* Serviteurs de Dieu au XIXe siècle*, publicado en Lyon por el editor Vitte.*

… Después de la muerte de nuestra piadosa sra. de Trenquelléon, el sr. Lacoste había ofrecido escribir su vida[127]. Su ofrecimiento no fue aceptado [ni] rechazado. El P. Collineau habló entonces de algunas personas que, a su parecer, serían más indicadas para ese trabajo. No se ha hecho nada. Yo siempre he tenido las memorias en mi mano. Actualmente el sr. Lacoste está poco ocupado, es posible que quisiera ponerse a trabajar; yo le haría llegar todos los documentos que tengo. Es necesario que el sr. Lacoste no vea esta invitación como un mal menor.

Querida Hija, esté siempre animosa; cuide su salud; no tiene que mirar este cuidado de su salud como un consejo o una invitación que le hago, sino como una orden que creo debo darle.

¡Que el espíritu de fe, querida hija, germine en los corazones de todas las Hijas de María, y sobre todo en el suyo!

570. Burdeos, 22 de diciembre de 1830
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El P. Lalanne manifiesta una evidente simpatía por las ideas de Lamennais. En esta posdata el P. Chaminade expresa con pena y al mismo tiempo con delicadeza su desacuerdo.

… P. S. Esta carta no salió ayer tarde por la intención de unirla hoy con dos pequeñas cartas; y hoy precisamente he recibido por correo su discurso, como me lo había anunciado. Lo he leído entero de una vez. Aunque este discurso me parece que está escrito elegantemente, le confieso, querido hijo, que no he podido superar un sentimiento de pena, desde el comienzo hasta el fin de la lectura. Este discurso evidencia un verdadero talento e incluso genialidad en su autor; comunica también virtud, fe, habilidad y coraje; pero dudo mucho que sea aprobado por personas graves y de gran sensatez. Usted supone como verdaderos y ciertos principios que serán siempre impugnados, y sería la mayor de las desgracias que, en efecto, fuesen admitidos generalmente. Creo que usted ha compuesto este

[127] J. J. Lacoste fue uno de los más fieles amigos del Instituto de las Hijas de María. Era consejero de prefectura y profesor de la Escuela central del departamento de Lot-et-Garonne. Tenía gran facilidad para escribir y dejó numerosos escritos.

discurso con intenciones muy limpias. Ha creído encontrar el medio de recordar las ideas y la necesidad de las virtudes religiosas, pero ¿cómo lo conseguirá? ¡Está muy lejos de entender por libertad lo que entienden los líderes del liberalismo, y lo que entienden los periódicos y el pueblo adoctrinado por ellos! La libertad y la igualdad, tal como usted las entiende, no serían ese poderoso alimento que perturba todas las mentes, que es el arma más fuerte de la impiedad, etc.

No leo el *Avenir*[128], pero por lo poco que oigo decir, este periódico fuerza los principios y debe producir más mal que bien. No me extraña que un obispo lo haya prohibido en su diócesis.

No quería decir más que dos palabras y he dicho más de cuatro. Compadézcame todo lo que quiera por no tener más que ideas antiguas.

574. Burdeos, 14 de enero de 1831
Al P. León Meyer, Saint-Remy

León Meyer fue ordenado sacerdote en 1825, pero soñaba con entrar en la Compañía de Jesús. Mientras se dirigía a Friburgo, lugar del noviciado de los jesuitas, se detuvo en Saint-Remy, donde se estaba desarrollando un retiro para los maestros. Conquistado por el entusiasmo de aquella joven comunidad, decidió cambiar de rumbo. En lugar de Friburgo se dirigió a Burdeos, donde el P. Chaminade le introdujo en la vida religiosa marianista. Enseguida le fue confiada la dirección de casas importantes hasta el momento en el que la Providencia lo escogió para llevar la Compañía de María al Nuevo Mundo. De la carta quedan solo unas pocas líneas, que manifiestan la presencia de una gran tristeza en el corazón del fundador.

Querido hijo, tiene razón al creer que la razón humana remplaza a menudo al espíritu de fe que debería dominar más en varios de nuestros establecimientos más importantes y esa es una de mis mayores penas. La Revolución que nos ha llegado será como la criba del Señor: solo permanecerá el buen grano.

582. Burdeos, 2 de marzo de 1831
Al caballero Adolfo de Rubelles, París

El caballero de Rubelles fue un político y un ardiente polemista. Participó en la celebración religiosa del 14 de febrero de 1831, la chispa que desencadenó la revuelta popular en París. Fue una celebración en memoria del Duque de Berry, hijo de Carlos X, apuñalado en 1820 por un sectario, un tal Louvel. El mismo día una celebración semejante tuvo lugar en Burdeos en la iglesia de San Miguel y también aquí dio lugar a un levantamiento popular.

El P. Chaminade propone al Caballero abandonar el mundo y abrazar la vida religiosa, pero él preferirá permanecer en la lucha política, dirigiendo dos periódicos de tendencia borbónica. Fue mandado

[128] Durante la restauración, Hugo F. Lammenais (1782-1854) fue el alma del pensamiento católico. El papa León XII (fallecido en 1829) le dio el título de «último Padre de la Iglesia». A partir de 1830, junto a H. Lacordaire y el conde C. Montalembert, trabajó incansablemente, a través del periódico *Avenir*, en la promoción de un entendimiento entre las ideas liberales-demócratas y la doctrina católica. Sin embargo, los tiempos no estaban maduros para ello. Además, los principios liberales y sociales defendidos por el periódico llevaron a un tal radicalismo que no podían ser aceptados por Roma, como en el caso de la aclamada separación entre la Iglesia y el Estado y el de la denuncia unilateral del concordato. Por ello en 1832 el papa Gregorio XVI, con la encíclica *Mirari vos*, condenó el periódico que, por otra parte, había suspendido ya las publicaciones.

arrestar por Luis Felipe y encerrado en una prisión hasta 1841. Una vez liberado, morirá en un accidente durante un viaje.

Comparto, querido hijo, su dura situación: puede ser una última llamada del Cielo para hacerle romper todos los lazos que aún le atan al mundo. Usted es feliz en su desgracia, si esta desgracia no es más que un medio del que se sirve Dios para atraerle a Él.

Si no se le puede reprochar otra cosa contra el Gobierno, querido hijo, que haber asistido al servicio en Saint-Germain l'Auxerrois, voy a intentar encontrarle un trabajo. Pero sea totalmente franco y no me ponga en peligro. Yo tengo por principio que jamás hay que hacer nada contra el Gobierno ya establecido. Así, aplicando este principio, he atravesado todas las Revoluciones, no ocupándome más que de mi ministerio y de servir al prójimo.

Si no se le puede hacer otro reproche, aunque el general Richemont no se haya equivocado, el Gobierno sabe muy bien que casi todos los que asistieron al servicio no tenían una intención hostil y menos aún la idea de provocar disturbios públicos. Con este correo voy a escribir al Jefe de uno de nuestros Establecimientos, en que usted podría ser empleado convenientemente. Recibirá de él, directamente, una carta en que le informará completamente. Le doy su dirección en París. Es posible que se retrase algo, para asegurarse que usted no sea objeto de ninguna investigación de la policía.

Mientras tanto, esté realmente ante Dios si quiere asegurarse la corona de la inmortalidad por el desapego de todas las cosas creadas, y en consecuencia por la penitencia y la mortificación de sus pasiones.

581. Burdeos, 2 de marzo de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El 11 de marzo de 1831, el P. Chaminade, obligado por los disturbios populares que estallaron en Burdeos, se trasladó a Agen. En esta carta cuenta con mucha serenidad, sin rastro de resentimiento, lo que sucedió.

Le hablé, respetable hijo, en su tiempo del sr. caballero de Rubelles, hace casi dos años y medio, cuando yo estaba en Gray: puede que usted lo haya visto durante su estancia en París. Ha dado siempre testimonio del deseo que tendría de entrar en la Compañía: los lazos que le unen al mundo, y tal vez sus pasiones secretas, le han impedido siempre realizar generosamente su deseo. Estaba empleado en el Ministerio, para hacer un breve análisis de las obras que surgían y dar una rápida idea de ellas al Ministerio que le había contratado; esto es, al menos, lo que yo entendí.

En la Revolución, al estar sin ocupación, fue aceptado en Saint-Cyr al servicio del general Richemont, en calidad de Secretario. Estuvo en el acto religioso celebrado en Saint-Germain l'Auxerrois[129], cuyas consecuencias fueron terribles. El general, al saber que había asistido al servicio, le dijo que le era imposible mantenerle con él, ya que su presencia en la iglesia era un acto de hostilidad contra el gobierno. Está en París sin trabajo y sin fortuna; se ha acordado de mí, y me ha escrito. Le respondo por este correo. Usted tiene, a continuación de esta carta, copia de esta respuesta. Su dirección en París es: sra. Dupuis, calle

[129] La iglesia de San Germán fue la sede en la cual tuvo lugar, en París, la celebración del funeral del Duque de Berry.

San José, n. 10, para enviar al sr. Alfonso. Usted hará, respetable hijo, todo lo que crea juicioso y prudente, y no hará nada, si todo esto le parece contra lo juicioso y prudente.

A consecuencia de estos graves movimientos que han tenido lugar en París y que ignoraba entonces, tuve una visita muy importante. Dentro de casa todo ocurrió con calma y honradez; en el exterior una muchedumbre ocupó todo el día la calle Lalande, según se dice en torno de tres a cuatrocientas personas. No hubo consecuencias: solo hay que reparar los cristales de las ventanas situadas en el n. 3 de la calle, rotos a pedradas o a bastonazos, porque, como se me ha dicho, un vecino les procuró una escalera y bastones. La visita dentro de casa no duró más que dos horas y media. Algunos días después fui citado como testigo del asunto del sr. Estebenet, que había sido arrestado como consecuencia de una inspección que le fue hecha al mismo tiempo que la mía. Después de muchas preguntas, durante dos horas y media, el Juez de instrucción me dijo que no sería citado más y que podía hacer uso del salvoconducto que había sacado el día anterior para ir a Agen. El Juez de instrucción siempre fue muy cortés y honrado. Cuando usted me propuso ir a Saint-Remy, acababa de obtener mi salvoconducto para Agen, donde realmente tenía asuntos que resolver. Sin embargo, su invitación me sirvió. Dije al Juez de instrucción que acababa de recibir una carta que me decía que mi presencia sería muy útil en otro Establecimiento y que pensaría decidir cuál sería el destino de mi primer viaje. Y cualquiera que fuera la utilidad de mi presencia en Saint-Remy, me incliné por Agen, especialmente por su proximidad. No digo que más tarde no emprenda ese largo viaje. Mientras tanto, entréguese generosamente a la santificación de todos los que le rodean, empezando por usted mismo. Usted es una persona instruida, no tiene que alimentarse de ilusiones. Me agrada mucho que usted saborea la máxima evangélica: [*Solo una cosa es necesaria* (Lc 10,42)][130].

Creo que cuando los tiempos son más malos y difíciles, debemos entregarnos más a una verdadera oración y hacer que la fe siga creciendo en nosotros. Creo que la Santísima Virgen, por su poderosa intercesión, nos guiará al orden y a la paz. Recemos con insistencia y perseverancia.

587. Agen, 15 de abril de 1831
Al señor Perriguey, Besanzón

Un religioso, descontento con su trabajo, escribe al P. Chaminade. Este le responde haciéndole ver que un cambio de comunidad no resolvería su caso, porque el malestar reside en la profundidad del corazón, y le invita a llevar el peso de su vida en unión con los sufrimientos de Jesús.

He recibido en Agen, mi querido hijo, la carta que usted me escribió el pasado día 4 en Burdeos. Me sorprende mucho que me diga que no recibió respuesta a la última carta que me había escrito: tengo la seguridad moral de haber respondido a todas sus cartas. Me sorprende todavía más que cada día que pasa en la casa de Besanzón sea para usted una carga insoportable –tal como usted lo dice-, tan grande es el sentimiento de sus miserias. Y ¿cree, mi querido hijo, que saliendo de Besanzón se verá liberado de la pesada carga de sus miserias? Como está dentro de usted, la llevará a dondequiera que vaya y sería de lamentar que intentase liberarse de ella sin reparar en medios. Es una gracia que Dios le hace [y] el sentimiento que usted tiene, lejos de hacerle culpable, no hará más que purificarle. Si quiere llevarla debidamente, únase a Nuestro Señor Jesucristo, que ha llevado esa

[130] *Porro unum est necessarium* (Lc 10,42).

misma carga con las de las miserias de todos los pecadores. El Espíritu de Jesucristo le animará y le fortalecerá, y él le hará encontrar dulce y ligero lo que usted considera muy amargo y pesado.

Tiene razón en creer, mi querido hijo, que si usted hubiese llegado a Burdeos, yo le habría recibido, porque sus intenciones son buenas, aunque haya también parte de ilusión.

¿Por qué no permanece tranquilo, puesto que está donde Dios le quiere y donde, por tanto, encontrará su santificación? Yo no pensaba realmente cambiarle, mientras estemos en la Revolución. En el tiempo crítico en que nos encontramos, no hago más cambios que los indispensables. Sin embargo, voy a escribir al señor Bousquet[131]. Si él juzga que el cambio será útil para su santificación, tomaré de inmediato las medidas necesarias para ejecutarlo.

593. Agen, 3 de junio de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El P. Chaminade toma tiempo respecto a los proyectos irreflexivos del P. Lalanne, ya que quiere revisarlos cuidadosamente. Después vuelve sobre el caso Lamennais. Le parece extraño que Lalanne crea en la bondad de la revolución que se está llevando a cabo y le dice claramente, sin entrar en polémicas: «Nuestras ideas, por desgracia, no coinciden».

… No entro a considerar, mi querido hijo, si es factible el plan de reforma del sistema actual de enseñanza que está usted meditando, según me dice, desde hace diez años; pero yo albergaría mis temores sobre el éxito de un Prospecto, tal como usted lo anuncia, divulgado entre el público al final de este año… Releyendo en su carta el punto del Prospecto, creo ver que todas las clases seguirían la marcha ordinaria y que usted aplicaría su plan de reforma solo a los niños de diez a doce años que le fueran confiados y cuya educación e instrucción usted seguiría de año en año. Si es así, no existirían los mismos inconvenientes y retiro mis observaciones sobre el primer punto de vista. Cuando llegue el tiempo, procure hacerme llegar el proyecto del Prospecto antes de hacerlo imprimir y publicar.

La empresa es audaz; es digna de un alma fuerte y plenamente dedicada al bien de la religión y de la patria. La propuesta que me hace no me sorprende, conociendo el carácter de usted. [Sin embargo], es posible que sea intempestiva y que usted mismo la encuentre así antes de que llegue el fin de año.

Por si yo pudiese encontrar intempestiva su propuesta, usted hace una serie de reflexiones que no son para discutir en una carta. He creído entender que usted veía la Revolución poco más o menos como Lamennais: en esto, mi querido hijo, no coincidimos, y lo lamento. – Me dice que del caos actual puede salir un mundo nuevo. – Sin duda, el Todopoderoso puede hacer un mundo nuevo en este caos, como ha formado el cristianismo en el seno de la idolatría. Que la Compañía de María sea llamada a contribuir a esta feliz regeneración, es, como usted sabe bien, el deseo ardiente de mi corazón; pero *cada cosa a su tiempo*[132]*…*

[131] Director del orfanato de Besanzón.
[132] *Omnia tempus habent*.

594. Agen, 5 y 7 de julio de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

La escuela pública amenazaba la existencia de Saint-Remy. La idea de la libertad de enseñanza ejercía una fascinación irresistible en la mente del P. Lalanne. También él gritó contra el monopolio estatal, mostrando su simpatía por L'Avenir *y sus fundadores. Tal vez se entusiasmó por la apertura muy famosa de una escuela primaria sin autorización, en mayo de 1831, que terminó en un proceso. Lalanne escribía en esa ocasión: «Habrá lucha y proceso. O venceremos, y será un gran triunfo, o perderemos, pero con tanto clamor, que será como una victoria». No se equivocaba. La condena fue equivalente a una victoria: en 1833 el ministro F. Guizot reconocía la libertad de enseñanza para la escuela primaria. En la siguiente carta, el P. Chaminade trata de los métodos de enseñanza primaria y del movimiento de Lamennais, al que reprocha una insuficiente profundización doctrinal y algunas de las tesis como discutibles, al menos en la situación concreta.*

Todos los días, mi respetable hijo, buscaba una hora libre para responder con calma a su carta del pasado 10 de junio: cuando las tareas se me están multiplicando, en lugar de ir disminuyendo, hago tomar de repente la pluma. Pero le advierto que, aunque haya prisa fuera, no la hay dentro. He tardado en responderle porque esperaba recibir algunas cartas del P. Chevaux o del señor Clouzet; estamos a 5 de julio y silencio absoluto.

Que cada uno, en el silencio, se ejercite en la piedad. He dicho o he escrito a la mayor parte de nuestras casas que la Revolución era la criba del Señor, que él tomaba en su mano; y efectivamente algunos de nuestros sujetos, como la paja, han volado al mundo; y todavía no es todo puro.

No dejo de ocuparme, sin embargo, todos los días, al menos delante de Dios, de nuestra gran obra[133]. Trabajo especialmente en la *Dirección* propiamente dicha. Esta parte es muy extensa y delicada. Ruegue a menudo por mí: sin una asistencia especial del Espíritu Santo, no haré nada que valga la pena.

Me he ocupado también y me sigo ocupando de vez en cuando del *Método de enseñanza primaria.* El trabajo está casi acabado. El Método que usted había hecho nos ha servido mucho; pero no conseguía el fin que nos debemos proponer. 1º La enseñanza no era propiamente simultánea, incluso en la misma clase: todas las *fuerzas* no trabajaban al mismo tiempo. 2º No servía para alumnos de todas las clases, y, por consiguiente, se renunciaba a presentar la Escuela modelo a los candidatos de las Escuelas normales. 3º Hacía desaparecer casi completamente nuestro antiguo Método: ese cambio traía muchas consecuencias. 4º Nuestros maestros son enviados a la generación naciente como misioneros: es preciso que esclarezcan y desarrollen estas débiles inteligencias y formen estos jóvenes corazones en la virtud: el Método debe llevar a ella como necesariamente y sin decirlo. Creo que lo hemos conseguido. Además, todo marcha con tanta y más rapidez que en la enseñanza mutua. Tenemos ya a favor de este Método el testimonio de un antiguo magistrado, gran administrador, que lo ha examinado con atención. Voy a hacerlo conocer primero a los maestros que tengo cerca, después irlo poniendo en práctica poco a poco, y finalmente lo estableceremos.

Acabaré, mi querido hijo, por donde usted mismo acaba, pero que es por donde yo hubiera querido empezar. Quiero expresarle toda mi satisfacción de que no lea a Lamennais y sobre todo de que no se adhiera a sus doctrinas. El Rey de Cerdeña fue muy prudente prohibiendo que *L'Avenir* entrase en sus Estados. Algunos pasajes de las cartas [de usted] parecían indicar que sostenía los mismos principios y eso me afligía, sin atre-

[133] La revisión de las Constituciones.

verme a expresarle mi pena. No quiero decir que no haya nada bueno en *L'Avenir:* pero es un teólogo débil con altas pretensiones. Primero se impuso su reputación; algunos eclesiásticos, aunque poco numerosos pero de cierto renombre, al principio estaban locos con él. Me he encontrado con algunos de ellos que no han podido sostener media hora una discusión un poco seria… Pero ya basta, puesto que usted está en guardia contra lo que él llama sus doctrinas. Aunque el *Quotidienne* y la *Gazette de France* tengan en general puntos de vista más madurados y mejor razonados, hay que saber tomar y dejar. Conozco poco el *Correspondant*[134]: me parece que usted lo define bien en pocas palabras: es un *joven* literato que hace profesión de ser cristiano...

596. Agen, 8 de julio de 1831
Al señor Perriguey, Besanzón

El sr. Perriguey ha decidido confiar al P. Chaminade el motivo por el que desea ser trasladado de Besanzón. La respuesta expresa ternura y dulce amistad. Al joven no le gusta trabajar con los chicos: por ello el P. Chaminade le ofrece al menos cuatro alternativas. Para lograr la tranquilidad interior, le aconseja, finalmente, la práctica de las tres avemarías[135] *para rezarlas al levantarse y por la noche antes de dormir.*

Su carta del 30 de mayo pasado, querido hijo, me ha embargado de compasión por usted. Hubiera sido mejor que me hubiese hecho saber antes toda su situación. Siempre me decía alguna cosa sobre ello: pero yo tenía motivos para creer que usted estaría por encima de las miserias que le atormentan.

Sería difícil encontrar un puesto en el que no tuviera ninguna relación con niños. Sin embargo, hay tres casas de la Compañía en que podría encontrar ese puesto: Saint-Remy, Saint-Hippolyte y Courtefontaine. En Saint-Remy, como portero: pero entonces tendría que aprender el oficio de fabricante de géneros de punto, porque no podría permanecer siempre con los brazos cruzados o rezando; este puesto podría ser casi a perpetuidad. En Saint-Hippolyte, me están pidiendo continuamente un cocinero y un panadero. En Courtefontaine, el señor Dornier está sobrecargado porque él tiene que hacer todo: hace más de un año que hice que le pusieran un criado; pero con usted serían dos y todo iría mucho mejor, si se entendiesen entre ustedes. Usted podría estar casi en soledad, llevar a cabo sus ocupaciones, que no serían excesivas, en la presencia de Dios y en el silencio: pero tendría que saber hacer de manera aceptable una cocina casera; sería bueno también que supiese hacer pan. Y si alguno de esos puestos no le conviniesen, encontraríamos fácilmente algún otro, como en San Lorenzo y en la Magdalena, donde no hay niños y donde se observa fielmente el silencio durante todo el día. Vea, mi querido hijo, lo que le diga su corazón y lo que pueda aprender con más facilidad. En el Hospital puede usted aprender tanto

[134] El *Correspondant,* fundado en 1829 por algunos jóvenes católicos para la defensa de la religión, desapareció en agosto de 1831, eclipsado por *L'Avenir,* reapareció en 1843 y llegó a ser una de las más importantes revistas católicas.

[135] El P. Chaminade aconseja la práctica de las tres avemarías también en el retiro de 1822 (*Escritos Marianos*, tomo II, n. 793). Se trata de una devoción típicamente francesa, propuesta por P. Barry como práctica mágica y milagrosa. Su obra *Le paradis ouvert* tuvo, del 1636 al 1868, más de 20 ediciones (cf. FLACHAIRE, *La dévotion à la Vierge dans la littérature catholique au commencement du XVIIe siècle*, p. 322). El P. Chaminade aconseja esta piadosa costumbre no como talismán que tiene el poder de abrir el paraíso sino como una humilde oración que puede ayudar a encontrar o a mantener la paz del corazón.

el oficio de fabricante de géneros de punto como el de la cocina y la panadería. Póngase de acuerdo con el señor Bousquet. Tiene tiempo si le hace falta por la imposibilidad o al menos la gran dificultad para enviarle alguien en el momento de la venta de las lanas y de su preparación; pero cuando ya sepa lo que va a hacer, enviaré a alguno antes de que usted marche para que se vaya poniendo poco a poco al corriente.

Mientras tanto, mi querido hijo, procure tratar con naturalidad y con más indiferencia esas manifestaciones diversas de amistad; cuanta más importancia les dé, más atormentado se sentirá. Entregue continuamente su corazón a Dios, y desprecie lo que suceda en su naturaleza. Le aconsejo la práctica de tres *Ave Marías* al levantarse y antes de dormirse: muchas personas han actuado así y han conseguido la tranquilidad que usted pide. Que el Señor, mi querido hijo, se digne otorgarle su paz y su bendición[136].

598. Agen, 7 de agosto de 1831
Al señor Étignard, Saint Remy

El sr. Étignard es un religioso incapaz de tomar una determinación duradera. El P. Chaminade intenta corregir esta falta de firmeza y de perseverancia dándole algunos consejos inspirados en los principios ascéticos del Venerable Olier. Son principios bastante pesimistas sobre el potencial de la naturaleza humana, corrompida por el pecado original. La referencia a ellos tiene como propósito destacar «la fe que contiene la omnipotencia misma de Dios». Tal vez al joven religioso le podría ayudar un retiro ignaciano de un mes; pero todo resultará inútil, el religioso saldrá de la Compañía de María. Después será sacerdote y conservará un recuerdo magnífico del Fundador. A él se debe el «monumento funerario» erigido para el P. Chaminade en el cementerio de la Cartuja de Burdeos.

Usted expresa muy bien, mi querido hijo, en pocas palabras el estado de su alma, cuando dice que *le es terriblemente más difícil que a los demás conseguir el fin.* – No, mi querido hijo, no le será terriblemente más difícil. No era más difícil a Nuestro Señor resucitar a un muerto, Lázaro, por ejemplo, que curar una enfermedad, expulsar la fiebre, por ejemplo, de la suegra de san Pedro. Usted no ve que la fe encierra en sí misma la omnipotencia, por decirlo así, de Dios. Es verdad que para nuestra justificación es necesaria nuestra cooperación a la gracia. Nuestra salvación es obra de Dios y del hombre sin duda, pero fundamentalmente de Dios. Nuestra cooperación no es propiamente más que dejar hacer a Dios lo que él quiere hacer, saborear lo que él hace, desear que él trabaje en nosotros, querer que ponga tal y tal sentimiento, etc., etc. Además, tenemos la fuente de todas las gracias en Jesucristo que está en nosotros, que nos pertenece, y tenemos el medio de beber en esa fuente: ese medio es la fe. Tenemos también el medio de acrecentar nuestra fe, de hacerla cada vez más viva: son las buenas obras. Las buenas obras tienen algo de eficaz en sí mismas, capaz de convertirse en alimento de la fe. Cuando comprenda estos primeros principios, no dirá: es difícil; menos todavía: es *terriblemente* difícil.

Lo que hace que le parezca tan difícil el asunto de su salvación es 1º la gran fragilidad que usted siente; 2º la falsa convicción de que las fuerzas del hombre son las únicas necesarias en esta obra que es la más importante para nosotros; 3º su carta parece indicar una tercera causa: la maldad de su naturaleza, que usted siente vivamente y supone que es superior a la que puedan sentir todos los demás.

Se engaña, mi querido hijo, e incurre en prejuicios que se oponen grandemente a los progresos que podría hacer en la fe. 1º ¿Qué importa a la gracia que usted sea débil?

[136] El sr. Perriguey eligió Saint-Remy, donde vivió devotamente hasta su muerte.

¿No es ella omnipotente? 2º No solo las fuerzas del hombre no tienen importancia en el asunto de la salvación, sino que, para trabajar en ella, debe estar convencido de su absoluta incapacidad e impotencia. 3º La corrupción de nuestra naturaleza es total[137]; hay en ella una maldad diabólica, que le haría capaz de los mayores crímenes. Cuando hablo de la naturaleza humana, hablo de todos los hombres, de usted, de mí, de todas las personas honestas e incluso de todos los santos. Si el hombre no hace todo el mal del que es capaz, es porque Dios no lo permite; es porque, a los que han sido bautizados, Jesucristo, que está en ellos por la fe, ha purificado, ha santificado el alma, y la ha retirado del pecado que queda vivo en la naturaleza. Jesucristo le comunica sus grandes, sus nobles sentimientos, y el alma, unida así a Jesucristo, se encuentra siempre en oposición a la naturaleza, que no ha sido regenerada como ella: de ahí ese combate continuo entre la carne y el espíritu del que habla san Pablo… No puedo, mi querido hijo, más que indicarle sucinta y rápidamente estas grandes verdades: espero que el Espíritu de Dios las desarrolle en su espíritu y se las haga gustar.

No crea que hay exageración en lo que le digo, ni que yo no le comprendo bien. Si no me entiende, a usted le corresponde preguntarme: pero entonces tendría que repetirme textualmente lo que le haya dicho, porque no hago sacar ninguna copia de lo que dicto.

Hacer un retiro de un mes, seguir los Ejercicios de san Ignacio es un buen deseo y una prueba de su buena voluntad: lo que me temo es que no esté suficientemente dispuesto. Usted querría hacer el retiro en Saint-Hippolyte, porque el P. Rothéa, que ha oído su confesión general, podría dirigirle durante esos santos Ejercicios: no sé si el P. Rothéa tiene la suficiente experiencia para esta dirección. La razón que alega para no hacer este retiro en Saint-Remy me parece muy débil. «Parecería quizá anómalo, me dice usted, a nuestros hermanos, sobre todo a nuestros hermanos profesores, que pase un mes sin seguir el ritmo de las vacaciones». – ¿No tendría que suponer más caridad en sus hermanos y creer, al contrario, que se sentirían edificados por la privación de los momentos de solaz concedidos a los otros? ¿No tiene nada que temer en Saint-Hippolyte? ¿No tiene quizá ahí demasiada gente conocida?

Cuando se acerque este retiro, mi querido hijo, y después de recibir de usted otra carta, quizá podré darle algunas orientaciones generales para este importante retiro. Los mismos Ejercicios de san Ignacio contienen muchas orientaciones particulares, bajo el título de *Anotaciones.*

Mientras tanto, haga muchos actos de fe sobre Nuestro Señor Jesucristo: 1º que él es verdaderamente Hijo del Dios vivo; 2º que es nuestro Señor y Maestro; 3º que habita en nosotros por la fe; 4º que su reino está dentro de nosotros; 5º que es no solo nuestro Mediador de redención, sino también de religión…

606. Agen, 26 de octubre de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El P. Lalanne está pasando por un período de exagerada susceptibilidad psíquica. La realización de sus ideas, en el campo didáctico-pedagógico, le provoca un estado de tensión incontrolable. Cualquier consejo, aunque fuera amistoso, generaba en él una reacción de impaciencia.

[137] El P. Chaminade reproduce aquí las expresiones del P. Olier y de la mayor parte de los escritores ascéticos de esta época, expresiones que se inspiran en la carta a los Romanos y en la escuela agustiniana.

El P. Chaminade intenta llevarle a la razón y a los motivos de fe que deben inspirar a todo religioso. Tal vez necesita un tiempo de descanso espiritual en un «retiro solitario», pero es necesario, sobre todo, que vuelva a la práctica de la dirección espiritual. Después de todo, no hay que desesperar, porque en su corazón hay «un auténtico deseo de pertenecer completamente a Dios».

… El origen de nuestras interminables discusiones [está en] algunos principios que usted anteponía y que me causaban mucha pena. En un principio, creí poder hablarle el lenguaje de la fe: usted me respondió que ya no estaba en esa edad en que se necesiten semejantes explicaciones; que yo debía tener en cuenta que usted tenía más de treinta años; que las luces de la razón venían de Dios como las de la fe…

He creído que debía aconsejarle hacer un retiro en soledad. Uno de los efectos de un buen retiro habría sido casi indefectiblemente, sin duda, ponernos de acuerdo: pero el motivo de este retiro no era precisamente conseguir este efecto, aunque fuera muy deseable. Le he dado este consejo tomándolo para mí mismo: acabo de dar dos retiros sucesivamente, y estoy tomando mis medidas para hacer mi retiro en soledad.

La figura de este mundo pasa: nosotros seremos bienvenidos a la eterna felicidad solo en la medida que seamos conformes a Nuestro Señor Jesucristo. Son verdades de fe que se realizarán indefectiblemente, cualquiera que sea la interpretación que les demos. Si no siente la necesidad de hacer este retiro, para vivir y morir en conformidad con la vida y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, más vale suspenderlo, y mientras tanto orar, humillarse y meditar las grandes verdades de la fe.

He releído cuatro veces, mi querido hijo, las cuatro últimas líneas de su carta, sobre todo esta frase: «Hay en mi corazón un verdadero deseo de ser de Dios y de hacer su santa voluntad». Lo creo sinceramente, y puedo decir que siempre lo he creído; pero usted sabe que, en materia de religión y de salvación, los deseos, incluso verdaderos, no bastan. Usted será en el futuro –como usted dice y como yo espero- mi hijo, con más verdad que hoy, aunque hoy yo me considero muy realmente su padre y padre tierno.

611. Agen, 3-5 de diciembre de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

En Saint-Remy la situación de la vida de comunidad mejora. El enfrentamiento entre Lalanne y Clouzet se está arreglando. El P. Chaminade, que tanto ha hecho por el restablecimiento de la paz, ahora se alegra. Está satisfecho de que Clouzet haya reanudado la dirección espiritual y no deja de recomendarle un mayor conocimiento de Jesús, que «conduce a un mejor conocimiento de María, así como el conocimiento de María conduce a un conocimiento más íntimo de Jesús». Por último señala a su discípulo un valioso folleto del P. Olier.

… Me alegra mucho, mi querido hijo, que tenga diálogo amistoso con el P. Lalanne; él es recto y usted también; él quiere sinceramente el bien y usted también lo quiere con la misma sinceridad: ¿cómo no van a llegar a entenderse? En cuanto a mí –y espero que me lo reconozca el corazón de uno y otro- [quiero] hacer solo lo que está bien, lo que debe hacerse según el orden y lo que conviene: además es un deber imperioso para mí, y el afecto que tengo por uno y otro no debe hacerme doblegar [en este punto]. Siento una gran pena cuando tengo que contradecir a alguno de mis hijos, y sobre todo de mis hijos mayores.

Usted ha tomado un excelente medio, mi querido hijo, para avanzar en la virtud y el espíritu de su estado, el de tener frecuentes entrevistas con el P. Chevaux: seguro que con ello llegará indefectiblemente a conocer y gustar las virtudes de Nuestro Señor Jesucristo,

el verdadero modelo de los cristianos y de los religiosos. La Santísima Virgen es nuestro modelo sin duda, pero porque ella es una copia muy exacta y muy perfecta de Jesucristo, su adorable hijo. El conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo nos lleva al conocimiento de la Santísima Virgen, así como el conocimiento de la Santísima Virgen nos lleva a un más alto conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Dejé al P. Chevaux un pequeño volumen precioso del P. Olier, es la *Introducción a la vida y a las virtudes cristianas.* Él ha debido empaparse de él y hacerse maestro, por decirlo así, para él y para los demás...

613. Agen, 10 de enero de 1832
Al P. Lalanne, Saint-Remy

La Compañía de María tiene que ajustar el paso: la crisis la golpea en todos sus sectores. Según el Fundador, lo que falta es la «interioridad»: no se les da a las realidades espirituales el lugar preeminente que les corresponde. Esta distorsión es grave y provoca toda clase de desórdenes en las comunidades. Es necesario aprovechar «los días en los que estemos menos agobiados» para volver a vivir de la fe.

… Que nuestro *statu quo,* mi querido hijo, no le inquiete de ningún modo. Si permanecemos indestructiblemente unidos en Nuestro Señor y en su augusta Madre, seremos muy fuertes. Nuestra desgracia, o más bien nuestra pobreza de sujetos, viene, yo creo, del pequeño número de nuestros sujetos que tienen realmente el espíritu del cristianismo, o, lo que es lo mismo, el espíritu de Jesucristo. Nuestra fuerza real reside en las disposiciones interiores. No digo, con ello, que no haga falta un cordón defensivo reglamentario y puntos orgánicos sabiamente establecidos: pero esos puntos orgánicos, aunque fuesen como torres que parecerían inexpugnables, no serían nada si el interior de la plaza no va bien…

Empleemos, mi querido hijo, los días en que nos inquietan menos, en llenarnos del espíritu de Jesucristo y en formar algunos sujetos que estén dispuestos a ello, a vivir de la fe.

Agradezco mucho, mi querido hijo, las felicitaciones que, por medio de usted, me envían todos nuestros hijos de Saint-Remy con motivo del año nuevo. Usted las acompaña con las suyas, lo que me hace apreciarlas todavía más. Le ruego que sea el intérprete cerca de todos de mis sentimientos paternales. Querría expresar más fuertemente los que caracterizan los adquiridos con usted desde hace tantos años.

620. Agen, 29 de marzo de 1832
A mis queridos hijos, los hermanos que forman la comunidad del Noviciado de Saint-Remy

Con motivo de la fiesta de San José, cada comunidad enviaba al P. Chaminade la felicitación por su santo. Habitualmente era una carta colectiva: a pie de página, cada religioso señalaba, antes de la firma, la virtud del santo que quería imitar. Como de costumbre, el Fundador colocaba en el altar de San José, en la iglesia de la Magdalena, la lista de sus nombres y así rezaba por ellos durante la celebración de la Eucaristía.

La lista de sus nombres, mis muy queridos hijos, en la hermosa solemnidad de mi glorioso y amado patrón, ha despertado toda mi sensibilidad y ternura para con ustedes.

He leído y releído sus nombres, que me hacen presente sus personas, a las que tanto afecto tengo.

Las virtudes que piden al Señor, por intercesión de San José, me hacen ver que todos están en buenas disposiciones y que todos quieren llegar a ser verdaderos hijos de María. Tengan, pues, ánimo, mis queridos hijos; ¡marchemos con firmeza hacia la corona de la inmortalidad, que encontraremos en lo alto del camino que nos traza la Compañía de la augusta Esposa de San José!

Aunque la carta que contenía sus nombres me llegó después de la solemnidad, no por eso he orado menos por ustedes. No he podido poner esta lista sobre el altar en la celebración de los sagrados misterios, como es nuestra costumbre, pero lo he suplido de la mejor manera que me ha sido posible llevándola varias veces ante el Santísimo Sacramento, orando sobre esta lista y uniéndome a sus oraciones como ustedes se unen a las mías.

Permanezcamos, mis queridos hijos, íntimamente unidos. Estén primero íntimamente unidos entre ustedes por los lazos de la caridad fraterna y después unidos todos por los mismos lazos de caridad a su tierno padre, que los mira como una porción preciosa de su familia y que les desea en toda ocasión, pero sobre todo en esta, abundantes bendiciones.

633. Agen, 26 de junio de 1832
Al P. León Meyer, Saint-Remy

En esta carta de dirección espiritual se desaconsejan ante todo «las penitencias exageradas». El P. Chaminade está fuertemente atraído por el misterio de la unión del hombre con Dios mediante el espíritu de fe y de amor: dejar que el corazón sea atraído por Dios y por su amor, y descansar en él. ¡Ojalá pudiésemos acoger a Cristo y a su Espíritu «para orar, así como para cumplir todas las acciones del día» con ellos! El tiempo dedicado a la oración tiene justamente este objetivo.

… Los sentimientos de penitencia, de mortificación, de humildad, de recogimiento son particularmente preciosos; sea verdaderamente fiel: le llevarán a una buena oración y la oración los acrecentará.

El ejercicio de la penitencia debe ser regulado, no solo según las fuerzas del cuerpo, sino también según las inspiraciones del Espíritu Santo y según el Espíritu de Jesucristo. La dificultad está en asegurarse de la verdad de esas inspiraciones, porque, en los tiempos de fervor, Satán se transforma a veces en ángel de luz, para sugerirnos penitencias indiscretas y haciéndonos abandonar así la penitencia misma, por la repugnancia que tenemos o por los percances de salud que produce. Con atención, humillado ante Dios, usted podría hacer este discernimiento con el director de su conciencia.

Un ejercicio general para crecer en todas las virtudes de penitencia, mortificación y humildad es unirse al Sagrado Corazón de Jesucristo penitente, mortificado, humilde etc., en un espíritu de fe y de amor. Me gustaría que se ejercitase en la unión con Jesucristo o con el santo Espíritu de Jesucristo para orar, y también hacer todas sus acciones con él, por él y en él…

655. Agen, 14 de diciembre de 1832
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El joven Juan Chevaux realizó brillantemente sus estudios en el seminario de Besanzón, donde destacó por su profunda participación en las prácticas de piedad. Convencido de que era indigno del sacerdocio, volvió con su familia y en su pueblo del Jura se puso al servicio de un venerable sacerdote, consumi-

do por el cáncer, ayudándole hasta la muerte. Justo en aquellos años la Compañía de María tomó posesión de la casa de Saint-Remy. El joven Chevaux no tardó en presentarse (1825): se convirtió en religioso y fue empleado en el trabajo en los campos. Pronto se descubrió el secreto de su vida y de sus virtudes, y por orden expresa del P. Chaminade llegó a ser sacerdote (1828). Ejerció su ministerio en Saint-Remy en el internado y en la comunidad de los hermanos obreros. En 1841 fue nombrado Provincial de Alsacia, después fue elegido primer Asistente general y finalmente Superior general. En esta carta aparece todavía la situación conflictiva de Saint-Remy, alimentada por las opiniones divergentes de Lalanne y Clouzet. Se afirma la necesidad de «permanecer unidos bajo la dirección del Espíritu de Jesús y bajo los auspicios de María». Con esta unión, la comunidad podría llegar a ser «muy fuerte».

Espero, mi querido hijo, que todas las cartas que he escrito a Saint-Remy habrán llegado a sus destinatarios, y que habrá visto que he aprovechado las distintas observaciones que usted me ha hecho.

¡Cómo ha cambiado el estilo, o más bien el tono de las cartas del P. Lalanne! Es el de la sumisión y la modestia en lugar de… Confío mucho en que llegaremos a una paz sólida y en que podré ocuparme del interior de las dos comunidades…

El sr. Clouzet parece volver; pero los sentimientos naturales parecen dominar mucho más que los de la gracia: ¿quizá habrá que creer que los primeros son la preparación a los segundos y al triunfo completo de la gracia? Consúltele a menudo, incluso sin necesidad; hágale sentirse necesario, pero sin derogar nada fundamental de lo que pide su título de Superior en activo: la sabiduría sabe tomar las actitudes adecuadas.

Respondo al P. Rollinet: después de leer la carta y cerrarla, le agradeceré que se la entregue.

El P. Lalanne acaba de pedirme que suspenda el envío del P. Meyer a Courtefontaine. Aproveche el tiempo en que tiene una relación tan íntima con este último para animarle al servicio de nuestro divino Maestro y de nuestra augusta Madre. Que no haya nada en el mundo que debilite en usted el verdadero espíritu de la Compañía de María: [*Soy tu siervo y el hijo de tu esclava*. *Es necesario que haya escándalos*][138]*.* Mi querido hijo, si permanecemos muy unidos por la dirección del Espíritu de Jesucristo, bajo los auspicios de María, seremos muy fuertes: el infierno unido no podrá nada contra nosotros. [*Pondré enemistades entre ti y la Mujer y Ella te aplastará etc.*][139]*.* No se extrañe de las dificultades

No escribo de nuevo al P. Meyer. Que cuide mucho de nuestros cuatro jóvenes postulantes que hacen sus estudios en el palacio: nos pertenecen aún más que los novicios.

661. Agen, 23 de enero de 1833
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El P. Chaminade escribe esta carta para ayudar a la acción de la gracia que trabaja en el ánimo del P. Lalanne, que ahora parece reconocer su propia culpa, la de haber organizado una especie de conspiración contra él. Para el Fundador, la actitud del director de Saint-Remy tiene dos explicaciones: la falta de una auténtica fe del corazón y la tibieza en la devoción a María. La fe del corazón, si es sincera, suscita un reconfortante sentimiento de penitencia; la devoción a María debe ser alimentada con lecturas enjundiosas. El P. Chaminade recuerda finalmente que, en una comunidad, es el ejemplo del superior el que arrastra a la fiel observancia de la Regla y a los ejercicios de piedad «bien hechos».

[138] *Ego servus tuus sum et filius ancillae tuae…* [(Salm 143,12)]. *Oportet ut veniant scandala* [(Mt 18,7)].
[139] *Inimicitias ponam inter te et Mulierem etc., et Ipsa conteret etc.* [(Gn 3,15)].

… Usted remediará, mi querido hijo, todos sus males interiores 1º si la fe, que está sólidamente establecida en su mente por sus altos estudios, pasa enteramente a su corazón. [*Con el corazón se cree para la justicia*][140]. Hay que amar lo que se cree. Nosotros tenemos motivos poderosos de credibilidad y solo hay que ser razonable, por así decirlo, para someter su razón a la fe. Esta sumisión es ya un gran favor de Dios: pero ella solo precede a la sumisión del corazón, y el corazón no se somete más que amando. Es así al menos como yo lo veo y me parecería muy peligroso no verlo así en la práctica. La fe, y sobre todo esta fe del corazón, es un gran don de Dios; por eso siempre tenemos necesidad de decir: [*Señor, aumenta nuestra fe*] (Lc 17,5): Dios otorga, por así decirlo, fácilmente esta gracia, cuando uno se ejercita en hacer obras de fe.]*El justo vive de la fe*][141]. ¡Qué dicha para nosotros, mi querido hijo, si podemos andar el resto de nuestros días por las hermosas vías de la fe! La fe que iluminase solo nuestra mente no nos daría *la vida de la justicia,* que es una vida divina.

2º En la humildad sucede como en la fe: es la humildad de corazón la que el Señor pide de nosotros. [*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*][142]. Considero la humildad como uno de los primeros frutos de la fe del corazón. La humildad hace progresar en proporción al crecimiento de la fe. Si nos conocemos bien, encontraremos en nosotros una gran abyección; la humildad nos la hará amar… Los sacrificios que la obediencia le obligará a hacer le costarán poco, en proporción a lo que la fe del corazón crezca en usted. ¡Qué dicha, al contrario, estar seguro de hacer la voluntad del Dios de su corazón! ¡Qué amables son estas palabras: [*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*][143].

3º Lo propio de *la fe del corazón* es dar estabilidad a las facultades de nuestra alma, a nuestro entendimiento y a nuestra voluntad: digo la voluntad del hombre nuevo. De aquí, comprenderá la necesidad del recogimiento, comprenderá también lo que es preciso juzgar de una falta habitual o casi habitual de recogimiento. Este pensamiento profundizado puede hacer temblar al principio: pero se cambia bien pronto en un sentimiento consolador de penitencia, y también en un sentimiento de agradecimiento hacia aquel que se digna iluminarnos y nos da medios tan fáciles de ir a él y ser todo de él.

4º Sin discutir aquí hasta qué punto podría necesitar una nueva confesión general, se puede ver fácilmente al menos una excelente actitud y un final feliz. En cualquier duda en materia de salvación, ¿no es preciso tomar el camino más seguro?... Me complace que comprenda: [*Felices los limpios de corazón, porque verán a Dios mismo*…][144].

En la medida que crezca su devoción a María, más capaz será de inspirarla a los demás. Aprovecho lo que usted me dice para darle el título de una obrita bastante nueva: *Amor a María: Motivos para suscitar en todos los corazones el amor a María, Madre de Dios,* en Lyon, Perisse hermanos, libreros, calle Mercière nº 33, 1831. Usted podría hacer el pequeño gasto de ocho a diez ejemplares, de los cuales ofrecería tres o cuatro al P. Chevaux.

5º En cuanto al estado moral y religioso de la casa, he observado en general, poco más o menos en todas partes, que los inferiores estaban ordinariamente al nivel de su Superior en cuanto a virtud y regularidad. Hay que hacer un acercamiento poco más o menos semejante entre los alumnos y sus maestros respectivos. Todo depende del primer Jefe:

---

[140] *Corde creditur ad justitiam* [(Rom 10,8)].
[141] *Domine, adauge nobis fidem!* [(Lc 17,5)]. *Justus ex fide vivit* [(Heb 10,38)].
[142] *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde* [(Mt 11,29)].
[143] *Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra!* [(Mt 6,10)].
[144] *Beati mundi corde, quoniam ipsum Deum videbunt…* [(Mt 5,8)].

¡atención a él delante de Dios! No entraré en ningún detalle a este respecto. Un Superior no debe solamente trabajar por sus inferiores en común sino también aisladamente y en particular, más o menos según sus necesidades. Cuando usted me dé su descripción lo más fiel posible y experimente dificultades para hacerles progresar en la virtud, le diré sencillamente lo que pienso… La piedad no sale de los corazones más que como las chispas salen de una piedra por la acción del eslabón. Son necesarios los ejercicios de piedad, pero bien hechos: hay que saber también preparar la yesca.

… Mi corazón, mi querido hijo, está lleno de los sentimientos del mayor afecto y del deseo de que corresponda a lo que Dios quiere de usted y de que llegue a ser un santo, y un gran santo.

671. Agen, 13 de marzo de 1833
Al señor Clouzet, Saint-Remy

Clouzet, con tendencia a formas incontroladas de malhumor y animosidad, ha hecho progresos en el camino de las buenas relaciones comunitarias. Le ha ayudado un curso de ejercicios espirituales. Tiene muy buena intención, pero sigue siendo demasiado humano. Lo importante –le dice el P. Chaminade- es salvar su alma por medio de una vida «dulce, humilde, caritativa, paciente y obediente».

… Lo que me interesa especialmente, mi querido hijo, es su alma y su salvación. Por mucho bien que usted hiciese, no se salvaría si no fuese amable, humilde, paciente, obediente, etc. Las buenas intenciones que tenemos no hacen buenas por sí solas nuestras acciones: por muy buena que sea una acción, llega a ser defectuosa a los ojos de Dios si falta una sola virtud.

Su conducta desde hace cuatro años es muy edificante. Su resistencia al P. Lalanne ha debido de ser muy penosa para usted; he alabado siempre su firmeza: pero usted sabe que no he cesado de decirle que practique las virtudes fundamentales de su estado. Podría haber puesto mejor en práctica las advertencias paternales que yo le hacía. Si lo hubiera hecho, se hubiera encontrado mejor dispuesto para recibir el plan de organización que he creído deber dar a la nueva comunidad. Seguro que no habría visto usted ni su humillación y su degradación, ni obstáculos para proseguir el bien que ha hecho a la obra de Saint-Remy y a toda la Compañía de María, ni, ni, etc., ni sobre todo una falta de confianza en usted. Si no ha visto todas esas cosas en su retiro de Nuestra Señora de los Ermitaños, mi querido hijo, no ha sacado todos los frutos que cabía esperar que usted sacaría.

«Pero este retiro, me dice usted, ha sido muy corto». – Pues bien, mi querido hijo, trate de suplirlo. Tenga con el P. Chevaux conversaciones serias y profundas sobre las virtudes de un religioso que no quiere engañarse, sino que quiere sinceramente salvarse: me ha parecido que el P. Chevaux sabe ir sinceramente al fin.

674. Agen, 19 de marzo de 1833
Al P. Lalanne, Saint-Remy

Las cosas de la Compañía de María no van bien. Tienen lugar abandonos muy llamativos. El P. Chaminade trata de afianzar a Lalanne en su plan para reconducir la obra a las condiciones iniciales, apoyándose mucho en la paternidad providente de San José.

Creo, mi querido hijo, que, si somos sensatos, no debemos ocuparnos, en el momento actual, más que de sostener las obras que existen, conseguir para ellas cada vez más confianza, purificar la Compañía de María, reformar y perfeccionar a los que sean susceptibles de ello, desprendernos de las dificultades y trabas en que nos encontramos metidos. Mientras tanto, quizá lleguen tiempos mejores.

Estoy muy contento, mi querido hijo, de verle con tan buenas disposiciones. Dios nos bendecirá, la augusta María y su santo Esposo nos protegerán, si no buscamos más que el bien, con una total abnegación de nosotros mismos y de todo lo que hace el *nosotros mismos.*

… Acabo de decir la misa; he puesto todo en manos de san José, dotado de una prudencia sobrenatural tan alta. He puesto en sus manos las personas como las cosas, por tanto a usted, para que, por su mediación, no obre usted ya por usted mismo y para usted mismo y no busque las obras mismas de Dios más que para Dios y de la misma manera como Dios las pide. Somos los hijos de María sin duda y esa es nuestra gloria y nuestro consuelo; pero somos también los hijos adoptivos de san José y no es pequeño ese motivo de la confianza que tenemos en él.

Tengo la secreta alegría en el alma [de que] podré abrazarle antes de lo que parecía, y de que, con ocasión de algunos asuntos que parecen temporales, podremos hablar con más holgura de nuestros grandes intereses espirituales, que son eternos por su naturaleza.

687. Agen, 17 de mayo de 1833
Al P. Lalanne, Saint-Remy

El P. Lalanne tendrá que dejar la dirección de Saint-Remy para asumir la del Instituto Santa María de Burdeos. Está desanimado y expresa sentimientos de gran desconfianza respecto a la posible evolución de la situación escolar. El P. Chaminade manifiesta entenderlo, pero le invita a hacer la voluntad de Dios y a «abandonarse en los brazos de la Madre de la divina misericordia».
Bajo la dirección de Lalanne, el Instituto de Burdeos volverá enseguida a ser floreciente, pero su director estará ansioso por regresar a sus seductores experimentos que aquella pequeña escuela no le permitía realizar.

… Sí, mi querido hijo, se lo diré siempre: Haga la voluntad de Dios; el cumplimiento de esta muy justa y muy amable voluntad lleva la paz y la alegría al alma. [*¿Quién se resiste a Dios y conserva la paz?*][145] Destaco una línea de su carta: «Todos mis presentimientos son negros…; he ofendido demasiado a Dios». Pongámonos con confianza en los brazos de la misericordia divina y de la Madre de esta misericordia, con sumisión a todos los efectos de su justicia: por muy terrible que sea la justicia, ¡cómo son atemperados sus efectos con la misericordia! Si sus presentimientos son negros en relación a Saint-Remy, le confieso que nada de eso sucede en mí, sino al contrario. Además, debemos considerar como gran beneficio que Dios se digne castigarnos o probarnos.

Sus reflexiones sobre la organización ulterior del internado secundario son excelentes y yo las tendré en cuenta. Puedo decir que yo estaba equivocado sobre los talentos atribuidos al P. Chevaux[146]: es raro que acierten al hablarme de los sujetos y esa es a veces la causa que me hace ir como tanteando en los asuntos.

---

[145] *Quis restitit Deo et habuit pacem?...* [(Job 9,4)].

[146] El P. Chevaux, nombrado director del internado de los alumnos de las clases superiores de Saint-Remy, no respondía a las expectativas, se mostraba inseguro en el ejercicio de sus funciones.

Todas las personas que han tenido relación con el P. Fontaine le aprecian y le estiman; habla y escribe con una gran facilidad e incluso elegancia, sin que parezca que se dé cuenta…

… Veo con mucho agrado el respeto que usted tiene por la *verdad pura y simple;* pero no veo cómo, siguiendo el consejo del sr. Clouzet sobre el anuncio de una ausencia ilimitada, iría contra la verdad pura y simple. ¿Es que se le ha dicho que debe renunciar a Saint-Remy? ¿Es que se le ha dicho que estaría siempre en Burdeos? Es que, etc. Es verdad que hemos creído que Dios quería que usted fuese a Burdeos; pero eso es todo. ¿Cuánto tiempo lo querrá Dios? Le confieso que no lo sé: presumiblemente será al menos por algún tiempo; pero eso no se tiene por qué explicar en un comunicado. Además, hay que tener cuidado con la Universidad; es preciso que tengamos tiempo de hablar entre nosotros: veremos más tarde si le conviene ver, antes de marchar, al sr. Rector de la Academia de Besanzón. No se preocupe, mi querido hijo; pero obre tomando, para Dios y de su parte, toda clase de precauciones para que su retirada temporal de Saint-Remy no perjudique al internado que usted ha montado. Si, a pesar de todas las precauciones, las cosas no van bien después de su marcha, nadie tendrá nada razonable que decir contra usted: sucederá todo lo que Dios permita, y nosotros adoraremos las disposiciones de su providencia...

692. Agen, 17 de junio de 1833
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux está encargado de dirigir una parte de la obra de Saint-Remy. Sin embargo, bajo su dirección, las cosas no marchan bien. Tal vez no está hecho para la escuela. El P. Chaminade ve el aparente fracaso a la luz de la fe, en el plano religioso no se puede hablar de mal resultado; lo importante es haber realizado de la mejor manera posible la misión recibida. De todas maneras, sentirse débiles nos refiere a alguien que es más grande y más fuerte: a Dios.
El P. Chevaux quisiera completar sus estudios de filosofía y de Sagrada Escritura iniciados en el seminario. Como ahora en Saint-Remy está el P. J. B. Fontaine, un sacerdote que tiene una preparación universitaria, podría hacerse guiar por él para seguir adelante con sus estudios personales.

… No tengo pena porque usted tenga el sentimiento de su debilidad, e incluso de su incapacidad: nada hay más conveniente ni sentimiento que esté más en la verdad. Si todos los hombres deben tenerlo, incluso los hombres más templados y esclarecidos, con mayor razón usted que no es el primer hombre del mundo. ¿No ve que estamos realmente en un orden sobrenatural, aunque parezca natural, y que precisamente por eso, en este orden sobrenatural, todos nosotros somos impotentes e incapaces, que necesitamos que Jesucristo sea nuestra fuerza y nuestra luz? Por todas sus humillaciones y el reconocimiento de sus debilidades, parece que usted cree que para cumplir altas funciones serían absolutamente necesarios talentos naturales: eso sería verdad en el orden civil y administrativo; pero en el orden religioso, en el que recibimos una misión que es divina, todos sus razonamientos perderían su sentido y no honrarían al gran Maestro a quien servimos: [*Dios ha escogido a los débiles del mundo para confundir a los fuertes*][147].

Me complace mucho, mi querido hijo, que usted tienda a llevar una vida verdaderamente interior; y una vez que todo esté bien organizado en Saint-Remy en una y otra comunidad, conversaremos, para usted y para los demás, sobre las vías de Dios en la santi-

[147] *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* [(1 Cor 1,28)].

ficación de las almas. Me sería difícil expresar la pena que he sentido por tener que escribir tantas cartas a Saint-Remy y haber hablado tan poco de lo espiritual.

El estudio de la teología y de la sagrada Escritura es un deber estricto para todos los que son elevados al sacerdocio. Lejos de mí censurar la aplicación que usted haga de ello, a no ser que sea excesiva o desordenada. – Pero ¿qué pauta y qué autores debe usted seguir? – Hablaremos de ello un poco más tarde. Una de las funciones principales que tendrá que cumplir [en Saint-Remy] el P. Fontaine[148] será la de enseñar la filosofía y la teología: ha sido declarado apto en los exámenes que ha tenido que sufrir para las ordenaciones; él también podrá iniciarle a usted en la lectura de la Sagrada Escritura. No habrá que descuidar tampoco el estudio de la Historia eclesiástica: volveremos sobre estos interesantes temas…

712. Agen, 13 de noviembre de 1833
Al señor Perriguey, Saint-Remy

El interés del P. Chaminade por este religioso es realmente ejemplar. En la siguiente carta, un problema de herencia se convierte para el Fundador en una ocasión para tratar cuestiones materiales y espirituales, incluso algunas aparentemente insignificantes, como las pequeñas prácticas de piedad personal.

Siento mucho, mi querido hijo, que me haya visto obligado a responder tan tarde a su carta del pasado 9 de septiembre. Me extraña que no le queden por cobrar más que 100 francos de su legítima. Pero puesto que todo está estipulado así, he escrito al sr. Clouzet que le permita ir a su casa para cobrar esa pequeña cantidad y acabar todo. Le digo también que le deje emplear este dinero en comprar ornamentos para la capilla: usted verá con él qué ornamentos son los más necesarios.

Invito también al sr. Clouzet o a descargarle de la ropería en cuanto pueda o acercarla a la puerta si es posible: porque entonces este empleo podría compaginarse muy bien con el de la puerta.

Sea cada vez más observante: encontrará una gran paz de alma con la observancia exacta de su Regla.

Puede unir a la práctica de las tres *Ave María* la de pronunciar nueve veces el santo Nombre de María, *María,* en honor de los nueve meses que la Santísima Virgen tuvo la dicha de llevar en sus entrañas a su divino Hijo.

720. Agen, 4 de enero de 1834
Circular a toda la Compañía

Se trata de una circular de tono optimista. Recuerda, sí, las dificultades y los escándalos, pero a la luz de la voluntad divina. Ahora todo se está recuperando con fervor.

[148] Juan Bautista Fontaine, después de haber asistido al seminario de Beauvais, entró en 1830 en la Compañía de María. Ordenado sacerdote en Burdeos, después de unos brillantes exámenes, sucedió a Lalanne en la dirección de Saint-Remy. Bajo la dirección del P. Chaminade redactó la última edición del *Manual del servidor de María*. El Capítulo General de 1845 lo eligió segundo Asistente. Murió de escarlatina en 1861. Animado de un celo ardiente, dotado de una extraordinaria capacidad de trabajo y de estudio, y poseedor de una vastísima cultura, era considerado por muchos como el hombre nuevo, capaz de recoger y gestionar la herencia del Fundador.

… Todas las cartas posteriores, que me han llegado inmediatamente antes del primero de año o el mismo día, no han hecho más que insistir en la manifestación de estos sentimientos.

¡Qué feliz año me hacéis augurar! ¡Qué hermoso futuro para la Compañía de María! Estoy de acuerdo, mis queridos hijos, en que prosperaremos si permanecemos siempre íntimamente unidos y si son realmente observantes. La Compañía de María es visiblemente, como lo reconocen todos, una obra de Dios, colocada especialmente bajo la protección de su santísima Madre; no puede ser destruida más que por las manos de ustedes manos, y esas manos unidas. Pero ¡qué crimen tratar de infligir ese daño a esta obra! ¡No, no será así! Si hemos tenido que llorar por la deserción de algunos miembros de la Compañía, tenemos muchas razones de consuelo. Se presenta un número mucho mayor de postulantes de toda clase; los antiguos se consolidan; casi todos parecen reemprender una vía renovada. Es preciso que haya escándalos, dice nuestro divino Maestro: sentencia difícil de entender de primeras; pero, sin querer sondear los juicios impenetrables de Dios, ¿no vemos aquí una feliz aplicación, por el bien que Dios saca de ella y por el fortalecimiento de los buenos?

Desearía, mis queridos hijos, hacerles un resumen rápido de los progresos y las mejoras de nuestra querida Compañía: pero me reservo esta satisfacción para más adelante. Por lo demás, no podrían darse cuenta de estos progresos más que cuando hayan visto un cuadro de la situación en su punto de partida...

Yo no quiero vivir, mis queridos hijos, más que para todos ustedes. Quiero conducirles a Jesucristo y a su augusta Madre. Les he consagrado y les consagro de nuevo, en este principio del nuevo año, todos mis trabajos y todos los momentos de mi vida. Quiero que haya entre nuestros corazones un entendimiento completo; que no formemos todos más que una sola familia, íntimamente unida por los sentimientos recíprocos de amistad y de religión. Al consagrarles toda mi vida y mi existencia, lo sé, no lo hago por mucho tiempo: soy ya muy viejo, y más de lo que algunos de vosotros piensan. Pero ¿no es esa una razón, mis queridos hijos, para darme prisa en perfeccionar y también extender la obra de Dios, la Compañía de María? ¡Qué es lo que no podríamos hacer bajo los auspicios de nuestra augusta Madre y Patrona! ¡A qué grado de virtud podríamos llegar!

Confiando plenamente en su poderosa protección, les doy, mis queridos hijos, en este nuevo año, en la efusión de mi corazón, mi bendición paternal.

724. Agen, 20 de enero de 1834
Al P. León Meyer, Courtefontaine

El P. Chaminade toma aquí en consideración dos casos: el de un religioso desanimado y el de un postulante de 32 años que ha hecho ya sus estudios teológicos, y los encomienda al buen corazón del superior de la casa. Haciendo referencia a sus 72 años, dice que siente remordimientos por no haber servido mejor a Dios y, a partir de su experiencia personal, se siente autorizado a aconsejar «avanzar en los hermosos caminos de la oración» y vivir «para Dios en Jesucristo».

Le agradezco, mi querido hijo, que me comunique, al principio de su carta del 4 de enero, el pensamiento, que usted llama triste, que ha venido a su alma a la lectura de mi

circular y de mis ordenanzas[149]. Aunque mi salud se mantiene, no debo preciarme de que mi carrera sea todavía larga: pronto terminaré mi 72º año. Me parece que no ambiciono vivir todavía mucho tiempo, aunque tendría necesidad para reparar el pasado, tan pobre en buenas obras. Aunque sea usted joven, fuerte y vigoroso, no debe agarrarse a la vida, mi querido hijo: manténgase siempre dispuesto a partir. Que cuando llegue a mi edad, si llega, no tenga usted la pena que yo siento de no haber servido mejor a Dios. Entre por las hermosas vías de la oración, que su unión con Jesucristo sea cada vez más íntima, viva con Dios en Jesucristo.

Haga la Hora santa todas las semanas: esto no será una orden más que si no está considerablemente ocupado y hasta el final de este año escolar; la renovará si ha sabido sacar gran provecho de esta santa práctica.

No se desanime respecto al señor Galliot; haga de manera que vuelva a tomar sus funciones con el mismo celo y entusiasmo que las ha ejercido antes: una falsa idea se ha apoderado de su espíritu; la responsabilidad de su oficio le resulta insoportable.

Pida al sr. Galliot, si se repone un poco, que me escriba sobre el sr. Lassigne. Recomiéndele, en espera de una determinación, emplearlo poco fuera: es bastante difícil, en general, hacer llevar una vida interior a esta clase de personas. Escribo unas palabras al sr. Lassigne y al P. Chevaux: tenga la bondad de entregarles sus notas respectivas.

Escribo ampliamente al sr. Galliot, sin hablarle todavía de las becas del año pasado. Hay que abrir su corazón: no lo conseguiré si usted no me ayuda; pero ¿cómo me va usted a ayudar si su propio corazón está cerrado respecto a él? ¡Que la caridad y el celo lo dilaten!

Si el señor Lassigne se afianza y se le puede enviar sin temor al Noviciado, y al Noviciado eclesiástico, encargaré al señor Galliot que arregle sus asuntos temporales.

Esté tranquilo sobre los 2 francos dados al joven huérfano y dejo a su disposición algún dinero donado a la iglesia para el párroco.

Habrá usted recibido, antes de esta carta, una segunda circular para el año 1834: tome para usted, por favor, la mayor parte de los sentimientos de afecto paternal que expreso a todos mis hijos de la Compañía de María en este nuevo año.

725. Agen, 7 de febrero de 1834
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux, con sus dificultades en la escuela, se siente indefenso ante las dificultades de la tarea de educador. Los jóvenes no responden, son superficiales y están limitados por una falta de preparación de la que ciertamente no son culpables. Para animarle, el P. Chaminade le envía la siguiente carta, que es de las más hermosas que ha escrito. En ella se manifiesta un cierto optimismo de fondo: los jóvenes son mejores de lo que parece. ¿Tal vez una parroquia o una misión popular serían más adecuadas para el P. Chevaux? ¿Pero qué es mejor que una «misión permanente» como la escuela? Siguen ocho bellísimos consejos, de los que el octavo es el más interesante: para desarrollar en una escuela una acción pastoral verdaderamente intensa, es necesario formar dentro de ella grupos de jóvenes animadores, una especie de «pequeños misioneros», capaces de hacer fermentar todo el grupo escolar.

[149] La referencia es a la Circular del 4 de diciembre de 1833 y a las disposiciones sobre el Registro de las profesiones promulgadas con la carta del 12 de noviembre del mismo año. Y alusión, sin duda, al pasaje en que el Buen Padre hablaba de su edad avanzada.

Tengo ante mis ojos, mi querido hijo, su carta del 23 de enero pasado. La llegada del sr. Brunet a Saint-Remy pondrá remedio, espero, a los problemas que usted me señala en la primera parte de su carta: el sr. Brunet, por lo demás, no tendrá ya excusas, aparentemente válidas, para no cumplir y cumplir bien sus ejercicios espirituales.

Vengamos ahora, mi querido hijo, al gran mal que usted me ha señalado. Lo que parece abatir sus fuerzas y disminuir la energía de su alma, debería al contrario inflamar su caridad y su celo. No desapruebo el sentimiento que tiene de su incapacidad y de todos sus defectos, naturales o adquiridos, pero desapruebo el desaliento que ese sentimiento parece producir en usted. – Pero ¿es usted un intruso en el puesto que ocupa? – No, no lo es; sino que usted ha sido enviado legítima y legalmente. Nuestro Señor Jesucristo quiere tener toda la gloria del bien que usted hará y de las victorias que conseguirá. Nuestro Señor quiere hacer participar en esta gloria, no a usted y a los suyos, sino a su augusta Madre, la Santísima Virgen, con cuya protección usted superará todos los obstáculos: [*Lo débil del mundo lo eligió Dios para confundir a lo fuerte*][150]*.* ¿Por qué, mi querido hijo, no pone usted toda su confianza en Jesús y María? ¿Cree usted que san Pedro estableció la cátedra apostólica en Roma por su educación, su ciencia, su sabiduría y sus dotes naturales? ¿No cree que tuvo tanto éxito solo por la confianza que tenía en el Maestro que le enviaba? Si usted ora y no obtiene, ¿por qué no continuar orando, hasta que su oración sea escuchada, y mientras tanto hacer todo lo que él le inspire?

Parece que se le caen los brazos, cuando ve a la juventud que le rodea y que tiene, como usted, la misma misión, llena, dice usted, de buena voluntad, pero que carece de experiencia. – ¿Dónde ha visto usted que los apóstoles y setenta discípulos hayan llegado a tener experiencia antes de trabajar en la gran obra que les fue encomendada? Ellos tenían buena voluntad, es verdad: pero eso era todo. Los discípulos de Nuestro Señor no tenían más capacidad que los apóstoles; conocían, como ellos, toda su insuficiencia; pero como ellos también, tenían toda la confianza en él para la misión que recibían. ¡Cuánto hemos degenerado nosotros! ¿Dónde está nuestra fe, nuestra fe en Jesucristo? No tengo la intención ahora, mi querido hijo, de humillarle, ni de humillar a sus colaboradores, pero sí de despertar a todos de la especie de adormecimiento en que parece que han caído y recordarles lo que todos ustedes son por la entrada en la Compañía de María. Ustedes son verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud, sea cual sea, no es exactamente el fin que se han debido proponer al consagrarse enteramente a Dios, bajo la protección especial de la augusta María. La enseñanza no es más que un medio que nosotros utilizamos para cumplir nuestra misión, es decir, para introducir en todas partes el espíritu de fe y de religión y multiplicar los cristianos.

Imprégnese, mi querido hijo, de estos sentimientos; trabaje en hacerlos llegar a los corazones de todos sus cohermanos, sus colaboradores; seguro que los encontrará en un grado más alto del que piensa. Si todos ustedes están animados, habrán encontrado el remedio al mal horrible que reina en el internado secundario. ¡Todos ustedes son misioneros, cumplan su misión! Quizá el nombre de *misión* pueda excitar la imaginación de algunos, imaginándose que, para ser misionero, es preciso ir a predicar de ciudad en ciudad, de parroquia en parroquia –sin haberse formado la idea de una misión estable y permanente. Hay que rectificar a este respecto, mi querido hijo, todas las ideas que no sean conformes a ella.

[150] *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* [(1 Cor 1,27)].

Pero quizá se pregunte: ¿Cómo realizar y sostener una misión semejante? ¿Qué resultado se puede esperar? – Voy a darle algunas ideas, de las que quizá pueda usted sacar algún provecho:

1º Unos verdaderos misioneros no deben basarse nunca en sí mismos, en sus talentos y su ingenio, sino poner toda su confianza en la ayuda de la gracia de su misión, y también en la protección de la Santísima Virgen, trabajando en esta obra, para la cual ella ha sido elevada a la Maternidad divina.

2º Todos deben estar bien convencidos de la importancia de la salvación de las almas, rescatadas al precio de la sangre de Jesucristo.

3º El fin principal que todos deben proponerse en todas sus acciones, pero particularmente en sus prácticas espirituales, debe ser la salvación de los alumnos, la enmienda de sus vicios y su progreso en la virtud.

4º Es preciso que todos obren con gran acuerdo. La obra es común y cada uno es solidario hasta cierto punto de toda la obra. Sin embargo, se pueden distribuir: cada profesor, por ejemplo, los alumnos de su clase; para cada división, el jefe de esta división; en los recreos, todos prácticamente pueden trabajar.

5º Poniéndose de acuerdo verán cómo se pueden vencer algunas de las dificultades que se encuentran. Algunos alumnos, por ejemplo, pecadores ya obstinados y con hábitos arraigados, se los distribuyen entre ustedes: los que están más especialmente encargados de ellos rezan por ellos, piden su conversión, invocan las luces del Espíritu Santo para dirigir bien su conducta.

6º Hay que tener cuidado de no caer en un celo indiscreto. Los comienzos casi ni se notan. No se acertaría con un alumno del que no se hubiera ganado, hasta cierto punto, la estima y la amistad.

7º No se puede ocultar que su internado secundario conlleva dificultades que no se encuentran ordinariamente en otros internados. El de Saint-Remy está compuesto en general de niños de familias distinguidas en el Departamento, sea por su nacimiento, sea por sus riquezas. [*¡Ay de vosotros, los ricos!*][151] Una maldición va unida por así decirlo a ellos. El orgullo del nacimiento y de las riquezas les arrastra ordinariamente a las pasiones más bajas. ¡Qué diferencia, para la educación cristiana, [con] esos internados formados de alumnos, hijos de esos pequeños burgueses de la campiña ordinariamente poco pudientes!

Pero las dificultades no deben asustarnos: hay que introducir también la religión en las clases superiores de la sociedad. Cuando, en sus trabajos, encuentre algunas de esas dificultades que le parezcan insuperables, podría comunicármelas: quizá podré indicarle algunos medios.

8º A medida que tenga alumnos que se vuelvan seriamente a Dios, encontrará algunos que tendrán celo y de los que podrá usted servirse, respecto a los demás, como pequeños misioneros: he visto en otras ocasiones que se consiguen grandes éxitos.

Usted y todos sus cohermanos pueden en adelante informar de todo lo referente al celo, a la religión y a la piedad, tanto de lo personal como de lo que concierne a los alumnos, al P. Caillet, nombrado Jefe general de celo. Voy a advertírselo.

Tendrá que continuar su correspondencia con el P. Lalanne para todo lo referente a la instrucción. Independientemente de su oficio de Jefe general de instrucción, está encargado especialmente del internado secundario [de Saint-Remy] y de su buen mantenimiento; [pero] no creo que este llegue a mantenerse, por muchos medios que se tomen y por mucha fama que se le dé, si la religión no domina en él. Además, nuestro estado es de

[151] *Vae vobis divitibus!* [(Lc 6,24)].

un orden sobrenatural: si enseñamos las ciencias y las artes, no es más que para enseñar al mismo tiempo la ciencia de la salvación.

730. Agen, 4 de marzo de 1834
Al señor Justino Dumontet, Villeneuve-sur-Lot

Justino Dumontet, al cual está dirigida la siguiente nota, fue una de las figuras más interesantes de la Compañía de María. Su abuelo materno, de origen italiano y profesor de lengua italiana en el liceo de Burdeos, había sido convertido por el P. Chaminade. El joven Justino, que se había quedado huérfano de su madre a los diez años en 1823, fue adoptado por el Fundador, que le hizo hacer la primera comunión en la Magdalena y le recibió como postulante en San Lorenzo. Después de la profesión (1829), durante algunos años estuvo al servicio personal del P. Chaminade. Más tarde, trabajó como director en cinco casas de la Compañía. Fue organizador litúrgico-pastoral en París y Burdeos, y terminó sus días a la edad de noventa años en el Instituto de Santa María de Caudéran. Religioso ejemplar, fue uno de los pocos que, en una época en la cual la comunión frecuente no era habitual ni siquiera en las comunidades religiosas, se mantuvo fiel a la comunión diaria. Tenía un don especial para preparar a los niños para la Primera Comunión y en Burdeos se dedicó ardientemente a la obra de los «pequeños deshollinadores». Nos ha dejado también valiosos recuerdos sobre el P. Chaminade. Sabemos de hecho gracias a él que el Fundador estaba acostumbrado a darse la disciplina y que no se dormía por la noche sin haber leído antes unas páginas de las obras de P. Nouet.

Con un poco más de coraje y de fidelidad, usted andará completamente por la buena vía. Esta vía parece estrecha, y lo es en efecto: pero es la que conduce a la vida eterna. Hijo mío, ¿ha pensado alguna vez en estas palabras evangélicas: Es la vía estrecha la que conduce a la vida eterna? No pensemos más como niños, no obremos más como niños; y realmente, mi querido hijo, su edad no es la de un niño.

Reciba, mi querido hijo, etc.

728. Agen, 11 de marzo de 1834
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux es también el maestro de novicios. Un Maestro de los novicios, según el P. Chaminade, debe ante todo conocer bien el espíritu de la Compañía de María. Si los religiosos marianistas deben procurar defender los intereses de su augusta Madre, un Padre maestro debe ser capaz de entrar en el corazón de María. Y ¿qué encuentra? Un único deseo: el de transformarnos en Jesús. Después, en el noviciado, es necesaria la elección de los candidatos que se ha intentado formar. Al hacer esta elección hay que seguir el criterio sugerido por San Benito: aceptar a aquellos que verdaderamente buscan a Dios, a través de la unión con Cristo y la devoción a María[152]*.*

ORIENTACIONES A UN MAESTRO DE NOVICIOS

El interés que usted pone en formar a los novicios confiados a su solicitud, me hace superar gustosamente la especie de repugnancia que siento, en medio de muy numerosas ocupaciones, a dar en general consejos de dirección, y sobre todo en una materia tan delicada. Para una mayor utilidad, haré esta carta común a todos los que están encargados en la Compañía de una dirección semejante.

Yo quisiera primeramente que un Maestro de novicios se impregnase bien del espíritu de la Compañía de María; que sienta vivamente su naturaleza y su fin. Solo el nom-

[152] Cf. *Regla de san Benito*, LVIII.

bre de Compañía de María puede reanimar todos sus sentimientos. En efecto, ¿qué es la Compañía de María? Es la reunión de los hijos de María, los más implicados en los intereses de la augusta Madre, que, sin ningún respeto humano, se asocian para fortalecerlos, primero en ellos mismos y después en todos con los que tengan relación.

Si usted ha entrado alguna vez en el Corazón de nuestra tierna Madre, no ha encontrado en él más intereses que los mismos del Corazón sagrado de Jesucristo, su adorable Hijo, su Primogénito, nuestro Hermano mayor. Es que el amor tan ardiente que María nos tiene nos lleva a la conformidad con este Primogénito; su ambición –si se puede utilizar este término refiriéndonos a la más santa de las criaturas-, toda su ambición es que todos los hijos que su caridad ha engendrado después de él, estén de tal modo unidos que con él no hagan más que un mismo Hijo, un mismo Jesucristo.

Animado de estos sentimientos, le será fácil reconocer a quién debe admitir de los que se presenten para entrar en la Compañía de María. No admita nunca, por favor, a quien no vea ningún signo de vocación divina, ninguna de las operaciones del Espíritu Santo que les llevarían a presentarse. Es verdad que a veces, por un designio secreto de la misericordia de Dios, algunos se han aproximado a nosotros primero por motivos completamente humanos: estaremos contentos cuando sepamos penetrar este secreto de la Providencia y hacerlo reconocer a los demás. Pero, en general, cuando se presenten a usted los sujetos para entrar en la Compañía, eleve primero su alma a Dios y entréguela enteramente al Espíritu de Jesucristo. Y como otro Samuel, mírelos, examínelos, no solo sobre las apariencias, sino más especialmente sobre sus disposiciones interiores: [*Dios penetra el corazón*][153].

Sí, debe mirar el corazón: si no ve ninguna operación del Espíritu Santo, quiere decir que no ve ningún signo de vocación. Como todos los deberes de la vida religiosa se reducen a dos: a la *separación del mundo* y a la *unión con Jesucristo,* también debe percibir en los que se presentan algunos sentimientos relativos a eso deberes, como por ejemplo el temor u horror del mundo, la idea de la incompatibilidad del espíritu del mundo con el espíritu del cristianismo, la falsedad de sus principios, etc. Para los que hayan participado menos en la corrupción del mundo y que no hayan adoptado sus principios, si su piedad parece inspirada por una verdadera fe en Jesucristo, si manifiestan alguna devoción a la Santísima Virgen, usted verá qué parte tiene la fe en esos sentimientos. Esos signos pueden ser más o menos característicos: en caso de duda, hay que recibir a los sujetos como postulantes, si además tienen las demás cualidades requeridas para la admisión.

El postulantado puede ser más o menos largo; pero, en general, no debe durar más que el tiempo necesario para asegurarse de la vocación de los sujetos, en el sentido de los signos de vocación que haya creído [descubrir] en ellos. Con unos, vaya examinando lo que es el mundo y lo que es el espíritu del cristianismo; los peligros inminentes que hay permaneciendo en un lugar donde reina el azote de una peste devastadora, etc. Con los otros, hable a menudo de las grandezas y amabilidades de Jesucristo y de su santa Madre, de la dicha de ser llamado a su servicio para procurar su gloria, etc.

Cuando crea que los signos de su vocación están suficientemente desarrollados y tenga una certeza moral de que perseverarán, redacte un acta con todos los motivos que tiene a favor de su admisión y también con los temores que le queden todavía, y envíela al Superior general.

[153] *Deus cor intuetur*. Alusión a la elección de David por Samuel, tal como se relata en 1 Re 16.

744. Agen, 10 de junio de 1834
Al señor Justino Dumontet, Villeneuve-sur-Lot

El P. Chaminade tuvo que ayudar varias veces a los que dirigía a superar las tentaciones más diversas: la castidad, la vocación, la inestabilidad, las quimeras, la discordia, la fe... Los remedios que habitualmente sugería eran dos: el «espíritu de la oración» y «no hacer nada por cuenta propia», siguiendo dócilmente los consejos de un director espiritual.

Me ha gustado, mi querido hijo, que pidiese durante el mes de marzo el espíritu de oración: nunca haremos nada en el orden de la salvación sin el espíritu de oración y con él podemos llegar a todo; pero no hay que contentarse, mi querido hijo, con pedirlo: sea usted riguroso en el punto de la oración. Si es usted realmente fiel a orar con fe y humildad, las tentaciones contra la amable virtud se irán debilitando poco a poco; además usted crecerá con más fuerza cada vez para resistirlas.

Le daré otro secreto, que es casi infalible, sobre todo si va unido al primero: es el de no buscar nunca en nada hacer su propia voluntad. Si procura ponerlo en práctica, no tardará en ver los buenos resultados. He visto a este respecto casi milagros operados por esta práctica; y para ello, no hace falta más que un poco de coraje. ¡Qué quiere usted, mi querido hijo, los flojos no entrarán nunca en el reino de los cielos: ¡usted lo sabe bien!

747. Agen, 4 de julio de 1834
Al P. León Meyer, Courtefontaine

Se trata de dos notas con un contenido ascético. El P. Chaminade veía en sus religiosos que la urgencia de la caridad creaba una especie de conflicto entre actividad y necesidad de la oración. Entonces enseñaba que solo la meditación consigue armonizar la oración y la acción.

«Necio quien se olvida», dice un viejo proverbio, mi querido hijo. No mereceremos ser incluidos en él si, por nuestro celo, nos agotamos en la santificación del prójimo y trabajamos eficazmente en nuestra propia santificación.

La oración, mi querido hijo, y una buena oración nos es necesaria; prepárese bien a ella: [*Antes de la oración prepara tu alma, no seas como hombre que tienta a Dios*][154].

Espero que llevará poco a poco a M. G. a su sencillez y fervor primitivos, haciéndole comprender los peligros de la disipación y de la curiosidad.

[154] *Ante orationem praepara animam tuam, non sis sicut homo qui tentat Deum* [(Eclo 18,23)].

QUINTA PARTE

INTERMEDIO ASCÉTICO

CARTAS A UN MAESTRO DE NOVICIOS

1. Introducción

a) Los antecedentes

El 8 de septiembre de 1834, el P. Chaminade viajó hacia el nordeste, donde estuvo hasta 1836, para visitar las diversas comunidades marianistas que trabajaban en la región. No hace falta contar lo que vio y comprobó: conciencias agitadas, desánimo, obras a menudo ineficaces. Todo parecía estar en riesgo por la falta de confianza y coordinación. Pero había un elemento muy positivo: la creciente difusión de las escuelas de la Compañía en Alsacia. El rápido afianzamiento de los religiosos marianistas iba unido a la tímida manifestación de nuevas vocaciones. Por ello la primera preocupación del Fundador fue la de implantar un noviciado nuevo y en funcionamiento, en la artística abadía de Ebersmunster, donada en aquellos años a la Compañía de María.

Como Maestro de novicios fue designado el P. Metzger, un sacerdote de 28 años, que había entrado en la Compañía en 1834. El joven sacerdote, encontrándose ante una tarea que no podía llevar a cabo por sí solo, solicitó orientaciones adecuadas al Fundador. Este, queriendo responderle de la mejor manera posible, le dirigió diez cartas, en las que condensó todas las reglas ascéticas necesarias para la guía de un noviciado. Las escribió en el invierno de 1835-1836, mientras residía en Saint-Remy[155]. Estas cartas, vistas en su conjunto, siguen un plan muy personal y son el resultado de una elaboración bien pensada. Enviadas a todos los noviciados de la Compañía, fueron leídas, transcritas y consideradas por todos como un documento programático. Por desgracia, de las diferentes copias que se hicieron, solo ha quedado una completa, la del P. Chevaux. Otra, más tardía (1840), obra de un novicio de Courtefontaine, contiene solo seis cartas. Las variaciones entre estos dos textos son mínimas.

Sobre el contenido, comienzan mencionando lo que se tiene que hacer en los primeros quince días del noviciado: dedicarse a la práctica de las «virtudes de preparación» y vivir en «el deseo de Dios». Para los días siguientes está previsto el desarrollo del siguiente programa: nociones sobre los votos, el conocimiento del estado religioso, la fe en la presencia de Dios y un comportamiento modesto en la vida. A continuación, se presenta la figura de Cristo con toda su fascinación: aquí sitúa la necesidad de la unión con él, cabeza del Cuerpo Místico, unión que funda la unidad de los cristianos entre ellos. Pero Cristo vive en nosotros por la fe: es la fe la que nos hace ver al Señor en todas las cosas, la que nos hace vivir en su presencia y nos permite escucharlo en el silencio del corazón. Básicamente, la enseñanza espiritual que se presenta no se desvía de los principios ascéticos afirmados por los escritores espirituales del siglo XVII, que el autor, por otra parte, cita puntualmente.

b) Investigacion sobre las fuentes

Parece apropiado, llegados a este punto, informar brevemente al lector sobre los maestros espirituales más seguidos y citados por el P. Chaminade cuando expone la doctrina ascética para enseñar y hacer practicar a los novicios.

Jean-Jacques Olier (1608-1657). Convertido por la Virgen en Loreto mientras era estudiante en la Sorbona, fue discípulo de san Vicente de Paúl. Ordenado sacerdote, desarrolló una gran

[155] Metzger no respondió a la confianza que el Fundador había puesto en él, por lo que fue sustituido enseguida.

diversidad de actividades pastorales predicando misiones y fundando el famoso seminario de San Sulpicio. Escribió muchos libros, que Migne ha recogido en un solo volumen: *Oeuvres complètes* (París, 1856). Hasta 1828, en los escritos del P. Chaminade no encontramos ninguna cita explícita de Olier, pero la doctrina, que se había convertido en patrimonio común del clero francés del siglo XVIII, está un poco presente en todas partes. El 1828 es el año en el que comenzaron las reediciones de Olier. Desde entonces el P. Chaminade inició su lectura, descubriendo de este modo las fuentes de la doctrina sulpiciana, en la que ya en parte se inspiraba. De hecho, a partir de 1831, el P. Chaminade cita explícitamente a Olier en las *Cartas*[156] y en algunos escritos de dirección[157]. En relación a las *Cartas a un maestro de novicios*, las cita ampliamente en la octava carta. No se puede decir, sin embargo, que el Fundador haya seguido a Olier de forma continua y regular. De hecho, se preocupó siempre de integrarlo en la doctrina que le era más propia sobre el papel de María y la importancia de la fe para llegar a la conformidad con Cristo.

Henri Marie Boudon (1624-1702). Devoto de la Inmaculada y atento a las necesidades de los pobres, su lema era: «Solo Dios». Doctrinalmente muy cercano a Bérulle, Olier y Lallemant. Como archidiácono de Évreux se dedicó con celo a la restauración del clero de su diócesis. Su extensa obra escrita fue publicada en tres volúmenes por Migne (París 1856). El P. Chaminade utilizó el folleto *Dieu présent partout* en la cuarta carta, al desarrollar el tema de los «ejercicios sobre la presencia de Dios».

Pierre Caussel (1651-1728). Sacerdote muy piadoso, desde 1683 hasta su muerte dirigió los hospicios de Montpellier, manifestando un gran amor por los pobres. En la predicación tenía una capacidad extraordinaria para tocar los corazones de los oyentes. Sus sermones –cuya doctrina refleja fielmente el pensamiento de Olier-, transcritos por algún oyente especialmente interesado, fueron recogidos en dos volúmenes y publicados póstumamente (París, Hérissant, 1733 y 1760) bajo el anonimato. El uso de este autor por parte del P. Chaminade aparece claramente en la sexta y séptima carta, donde es citado a menudo casi literalmente.

Bernardin Picquigny (1633-1709). Religioso capuchino, estudioso del Nuevo Testamento y en particular de san Pablo, es un autor de segundo nivel en el panorama de la Escuela francesa. En el campo ascético, escribió la *Pratique efficace pour bien vivre et bien mourir* (París, Coustellier, 1714). En la segunda y tercera carta, el P. Chaminade se sirve de ella abundantemente.

Louis Tronson (1622-1700). Sulpiciano y Superior general de su congregación. Escribió varias obras en latín, pero es universalmente conocido por sus *Examens particuliers sur les divers sujets propres aux ecclésiastiques* (Lyon, 1690, 2 vol.). En la quinta carta están recogidas varias sugerencias tomadas de esta obra.

Jean-Paul du Sault (1650-1724). Monje benedictino, fue profesor, maestro de novicios y finalmente prior en la abadía de Aviñón. Escribió tres libros sobre la vida espiritual, elogiados por san Alfonso María de Ligorio. El P. Chaminade utilizó la obra *Avis et réflexions sur les devoirs et l'état religieux* (Toulouse, Douladoure, 1706, 2 vol.) en las cartas novena y décima[158]..

---

[156] CHAMINADE, *Cartas III, o. c.*, nn. 611, 694, 698, 701 y 728.

[157] El P. Chaminade cita las siguientes obras de Olier: *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, *Catéchisme chrétien*, *Catéchisme chrétien pour la vie intérieure* y *Mémoires manuscrites*. Esta última obra crea un problema: ¿cómo podía conocerla el P. Chaminade ya que solo fue publicada por Migne en 1856? Es posible que hubiese copiado algunos extractos durante su estancia formativa en San Sulpicio.

[158] Para todos estos autores y sus obras ver la nota bibliográfica que aparece al final de *Escritos de Dirección* vol. II, *o. c*.

2. La correspondencia

Las diez cartas autógrafas de esta sección no existen en los archivos de la Compañía. Sin embargo, hay dos cuadernos en los que han sido copiadas por el P. Chevaux y el novicio Grandmougin.

En el idioma original fueron incluidas en los *Écrits de direction* (vol. II, parr. 78-208). La edición española las ha publicado en *Escritos de dirección II*, párr. 78-208 y en *Escritos y palabras*, vol. VII. Madrid, SPM, 2017, pp. 199-246[159].

Ebersmunster, septiembre de 1835
al padre Metzger, padre maestro,
Ebersmunster

Esta carta puede ser considerada como el prólogo de las diez cartas que la seguirán. En ella el P. Chaminade se declara decidido a prestar su colaboración en la formación de los novicios pero precisa que podrá hacerlo solo a través de la correspondencia. Es la forma a la que se ve obligado debido a sus múltiples compromisos. Pero eso tiene indudables ventajas.

Accedo por fin, mi respetable hijo, a sus deseos. Me pide usted que le señale la dirección que debe dar a los novicios que van a ser confiados a su cuidado. Diez postulantes se han reunido ya en Ebermunster, hay varios en Saint-Remy y cierto número repartidos por distintos establecimientos: todos están esperando para reunirse a que las obras del hermoso local que se les destina estén acabadas.

Para determinarme a este trabajo, mi querido hijo, solo ha sido precisa la urgente necesidad. No me habría atrevido a emprenderlo, si la orden de Dios, por así decirlo, no me hubiese empujado a ello. Todas las veces que he pensado en ello, he sentido su dificultad y la delicadeza que exige: pero, en definitiva, cuento con la asistencia del Espíritu del Señor para quien trabajamos: no hay dificultades para él.

La dirección que usted desea, mi respetable hijo, se la daré por correspondencia: este procedimiento se adapta mucho mejor a las circunstancias en que me encuentro, y quizá también a sus necesidades. Así podré volver sobre cuestiones que no parezcan suficientemente explicadas y responder a las dificultades que de primeras yo no hubiera previsto. Al final, será fácil hacer un resumen metódico de toda la correspondencia.

Primera carta[160]

El noviciado es un largo itinerario de vida espiritual. El primer paso que el aspirante novicio debe realizar es el de mirar al cielo con el vivo deseo de poseer a Dios. De ahí la necesidad del «silencio de la palabra». Es también adecuado hablar de la vida eterna presentándola como recompensa a la lucha que el novicio se prepara a sostener para practicar la ley del Señor. Estas son las premisas que dan acceso al noviciado como tal.

En esta primera carta, mi respetable hijo, no le hablaré sino de su entrada en el noviciado: desearía 1º que durante los 10, 12 o incluso 15 primeros días, acostumbrara usted a los novicios a seguir el reglamento del noviciado y a guardar sobre todo el silencio de la palabra; 2º a los postulantes que entran en el noviciado, como los atletas en la arena o **[4]** como los soldados en la milicia de Jesucristo, les presentará usted vivamente la corona de vida que será el premio de su victoria; o, como Moisés prometía a los israelitas

[159] Es por esta edición por la que se cita (N.T.).

[160] El texto es la continuación inmediata de los párrafos ya citados más arriba (N.T.).

la hermosa tierra de Canaán, en donde corría la leche y la miel, usted les mostrará lo que la fe nos enseña de la tierra de los vivos, de la patria celeste.

[*Creo en la vida eterna*]. La alegría de la vida eterna se debe grabar profundamente en todos los que entran en esta santa milicia. ¡Cuántos combates tendrán que sostener! Pero quienes combatan bien, esos, como atletas de Jesucristo su divino Jefe, tendrán asegurada esa corona de gloria que no se marchitará nunca: [*Quien lucha en el combate no es coronado si no lucha de verdad* (2 Tim 2,5)][161].

También será bueno hacerles contemplar la recompensa temporal o el fin inmediato de sus trabajos, el céntuplo en esta vida, la semejanza y la unión con Jesucristo y su maravilloso seguimiento, pero sobre todo la corona de inmortalidad, la vida eterna.

¿Se preguntará cuáles son las leyes de Jesucristo? Esencialmente estas: el Reino de los cielos se consigue por la fuerza y son los violentos quienes lo ganan (Mt 11,12). Quien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc 14,33).

¡Qué cobardía, mi respetable Hijo, no se nota en los noviciados si, al comienzo del noviciado, la visión del Cielo y el deseo de poseer a Dios, que es él mismo la vida y la dicha eternas, no se imprimen fuertemente por las vivas luces de la fe en el alma de cada novicio! A la descripción de la felicidad esencial de los santos, puede añadir usted la de la felicidad accesoria, que a veces hace más impresión sobre los principiantes.

[5] En consecuencia, le invito, mi respetable Hijo, a hacer casi todas sus instrucciones, conferencias y exhortaciones sobre la fe en la vida eterna. En las entrevistas particulares, vea los progresos que los novicios podrían hacer; asegúrese de que han comprendido todas las verdades que encierra este artículo tan importante de nuestra fe; hágales realizar resúmenes o análisis de sus conferencias o simplemente notas, cada uno según su capacidad. Que mediten, que reflexionen sobre las mismas verdades; que continuamente, al meditarlas, reflexionarlas o escribirlas, hagan actos de fe sobre esas verdades; que le pidan al Señor aumento de fe: [*Aumenta nuestra fe* (Lc 17,5). *Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad* (Mc 9,23)][162]. Cada vez que tengan la ocasión de abordar o hablar al Maestro o al Submaestro de novicios, se les puede decir: [*Creo en la vida eterna*], y el otro responder: *Amén*.

Reconocerá, mi respetable hijo, que sus alumnos harán grandes progresos en la fe de este artículo 12º del Símbolo si oyen hablar con gusto de él, si se animan y no tienen miedo a las leyes de Jesucristo sobre el combate espiritual. Es así como se prepararán a la ceremonia de su recepción, que podrá tener lugar hacia el decimoquinto día de su entrada , con tal, no obstante, de que hayan sido admitidos por el consejo y que se encuentren en estado de hacer la sagrada Comunión[163] el día de su recepción.

Segunda carta

El estado religioso consiste en la práctica de los consejos evangélicos a través de la observancia de los votos y la participación en los ejercicios religiosos. El P. Chaminade presenta este estado como el «noviciado del Paraíso». En este texto está muy presente la vieja concepción de una perfección cristiana demasiado identificada con el estado religioso.

[161] *Qui certat in agone non coronatur nisi legitme certaverit* (2 Tim 2,5).

[162] *Adauge nobis fidem… Credo, Domine, adiuva incrdulutatem meam* (Mc 9.24).

[163] Sobre la frecuencia de la comunión hay que tener en cuenta la época. Solamente en 1905, con el decreto *Sacra Tridentina Synodus*, se permitió la comunión diaria, cerrando una polémica muy viva desde los tiempos de A. Arnaud (1612-1694), que enseñaba que la comunión era «un premio para los santos».

Le prometí, mi respetable Hijo, pronto una segunda carta para proporcionarle una idea justa, aunque sucinta, del estado religioso y del modo que entendemos adoptar para formar en él a los novicios: mantengo mi palabra y no diré sino lo que, poco más o menos, todo el mundo dice sobre esta materia.

En el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, hay dos caminos que conducen a la salvación eterna: el camino de los mandamientos y el camino de los consejos.

El primero es un amplio camino que el Salvador del mundo enseña en general a todos los seres humanos que quieren salvarse. [*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (Mt 19,17)][164].

El segundo es una senda muy estrecha, que propone y aconseja solamente a quienes, no contentos con la observancia de los mandamientos, aspiran a la perfección del cristianismo: [*Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo* (Mt 19,21)][165].

Todos los mandamientos de Dios se reducen al amor: [*Amarás*][166]; igualmente, todos los consejos del Evangelio se reducen a la perfección del amor, es decir, a hacernos amar a Dios más perfectamente: de ahí, la consecuencia de que el amor perfecto es la finalidad del estado religioso.

Dos tipos de medios contribuyen a la perfección del amor en el estado religioso, a saber, los votos de Religión y los Ejercicios religiosos.

Los votos contribuyen a ello de dos maneras: 1ª separándonos de todos los falsos bienes que **[8]** podrían desviarnos de Dios y comprometer nuestros corazones; 2ª uniéndonos de una manera indisoluble a Dios, el único, verdadero y soberano bien de nuestros corazones.

En primer lugar, los votos nos separan de todos los falsos bienes.

Tres tipos de bienes aparentes y engañosos sorprenden, ocupan y divierten el corazón de esta gran multitud de personas que componen el mundo, a saber, las riquezas, los placeres y los honores; lo que le hace decir en general al discípulo amado de Jesucristo, san Juan (1 Jn 2,16): todo lo que hay en el mundo es o concupiscencia de la carne, es decir, amor al placer, o concupiscencia de los ojos, es decir, amor a las riquezas, u orgullo de la vida, es decir, amor a los honores.

¿Qué hacen los votos de Religión?

Nos separan de golpe y para siempre de esos tres tipos de bienes engañosos, que ocupan y divierten al mundo. Cortan de nuestros corazones esos tres amores criminales, que constituyen propiamente el mundo y que son incompatibles con el amor a Dios.

El voto de pobreza cercena la concupiscencia de los ojos o el amor a las riquezas.

El voto de castidad cercena la concupiscencia de la carne o el amor a los placeres sensuales.

El voto de obediencia cercena la soberbia de la vida o el amor a los honores.

Así considerados, los votos son la ruptura de nuestras cadenas, el fin de nuestra esclavitud y el comienzo de la libertad cristiana, puesto que eliminan **[9]** los obstáculos al amor divino y nos sitúan en perfecta libertad para amar a Dios y ofrecerle en todo momento el sacrificio de nuestros corazones: [*Rompiste, Señor, mis cadenas: te ofreceré una hos-*

[164] *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* (Mt 19,17).
[165] *Si vis esse perfectum, vade, vende quae habes et da pauperibus et habebis thesaurum in caelis* (Mt 19,21).
[166] *Diliges*.

tia de alabanza (Sal 115,16-17)][167]. Este es el primer efecto de los votos. Y he aquí el segundo:

Los votos nos unen a Dios.

Al mismo tiempo que nos separan para siempre de los bienes engañosos de este mundo, nos unen con un triple lazo a Dios, verdadero, único y soberano bien de nuestros corazones, en el tiempo y en la eternidad; pero nos unen a él para encontrar ahí desde ahora lo que encontraremos por toda la eternidad, es decir, nuestro tesoro, nuestra alegría y nuestra gloria.

En el cielo, los santos, alejados de los falsos bienes de la tierra, gozan solamente de Dios y solo en Dios encuentran totalmente su bien. [*Todo bien* (Éx 3,19)][168]. Dios es su vida, su alegría y su tesoro, y él es totalmente todo para todos y cada uno de ellos: [*Todo en todos* (Ef 1,23)][169].

Y es así, proporcionalmente, como desde ahora, en la religión y por los votos, un alma se separa de los bienes de este mundo y queda unida, vinculada y apegada a Dios, para encontrar solo en él su vida, su reposo, su alegría, su tesoro y su gloria.

Sí, un corazón verdaderamente religioso, separado del mundo, reposa únicamente en Dios, ama solo a Dios y no busca su dicha sino en Dios.

[10] El estado religioso es, pues, el noviciado del paraíso, el aprendizaje de la eternidad bienaventurada y [*el comienzo de la vida eterna*][170]. Es todo eso por los dos efectos de nuestros votos, que nos separan de los falsos bienes de este mundo, nos unen y nos vinculan inseparablemente con Dios, el único y soberano bien; pero lo es también por los ejercicios religiosos que son los mismos que los ejercicios de los bienaventurados.

Ejercicios religiosos: ¿Qué hacen los santos en el cielo? Ven, aman y alaban a Dios.

¿Qué hace un alma verdaderamente religiosa? Piensa continuamente en Dios, ama únicamente a Dios, y lo alaba y lo bendice noche y día. Obra, sufre y hace todo por su gloria; solo se ocupa de Dios o para Dios. Esta es la relación de nuestro estado y nuestros ejercicios con el estado y los ejercicios de los bienaventurados.

Un estado y otro coinciden en el fondo y en la sustancia; solo difieren en la manera y los accidentes. El estado de los bienaventurados es un estado perfecto; el nuestro no es más que un noviciado y un aprendizaje. Los santos son hombres hechos, nosotros somos niños; ellos son profesos, nosotros novicios. Ellos llevan a cabo perfectamente todos sus ejercicios, nosotros con frecuencia fallamos en el cumplimiento de nuestros deberes. **[11]** La misma religión de una parte y otra en el cielo y en el claustro: un mismo Dios es adorado en ellos, un mismo mediador por quien nos acercamos al trono de su misericordia; los mismos ejercicios y las mismas tareas; un mismo fin, que es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas.

Hasta aquí, mi respetable Hijo, lo único que he hecho, por así decirlo, ha sido copiar el comienzo del primer Ejercicio del 9º día del retiro de Bernardino de Picquigny[171], excelente teólogo. Es más o menos la idea que me he hecho siempre del estado religioso, pe-

---

[167] *Diripuiste, Domine, vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis* (Sal 115,16-17).

[168] *Omne bonum* (Éx 3,19).

[169] *Omnia in omnibus* (Ef 1,23).

[170] *Inchoatio vitae aeternae.*

[171] *La práctica para bien vivir y morir* fue redactada en forma de un retiro de 10 días. Era una especie de «preparación a la muerte» en dos partes. La primera se refería a la despedida de la tierra (los primeros siete días). La segunda buscaba interpretar la alegría del cielo para el que en la tierra ha vivido como buen cristiano, como religioso y como sacerdote. El P. Chaminade emplea para ello el noveno día que está dedicado a la «resurrección espiritual mediante la renovación de los votos».

ro me siento satisfecho de que este visión general hubiera sido sancionada ya por una pluma cuyo mérito había sido sancionado ya por la Sede Apostólica, para poner un fundamento de confianza a la obra que emprendo, y trataré de no decir nada que no sepa apoyado en autoridades serías. Evitaré hablar de opiniones. Las verdades de la fe y las consecuencias evidentes que se pueden sacar de ellas, son más que suficientes para guiarnos en la práctica más perfecta de la vida religiosa que debemos llevar en la Compañía de María.

¡Estado religioso! Mi querido hijo, hágales sopesar bien la relación de estas dos palabras. Sin duda, todo cristiano debe practicar la virtud de religión y el cristiano que la practica de hecho, puede ser llamado religioso; pero el cristiano que la practica por estado y que tiene la dicha y los medios de practicarla constantemente en todo, ese es el *religioso* propiamente dicho y todas las acciones de su vida están reguladas o subordinadas a la obediencia, todas sus acciones son actos de religión. El voto de obediencia eleva esta virtud puramente moral a la dignidad de virtud de religión, cuyos actos son homenajes rendidos a la divinidad. Los religiosos son llamados con frecuencia regulares a causa de la regla de religión que han abrazado con la emisión de sus votos. **[12]** Por eso, de un sacerdote religioso se dirá que es un sacerdote *regular* o simplemente un regular, para distinguirlo de un sacerdote *secular*.

Estado religioso; es, pues, muy fácil, mi respetable hijo, hacerse una idea de la semejanza de este estado en la tierra con el de los bienaventurados en el cielo; sin embargo, hay un rasgo de semejanza sobre el que deberá insistir mucho, en razón de su importancia, y que solo ha quedado expresado con una palabra en la idea general que acabo de darle del estado religioso. Es este: en el cielo y en el claustro se adora a un mismo Dios, se adora a un mismo mediador, por quien nos acercamos a aquel. El punto es demasiado importante como para no hacerlo objeto de una carta especial, que será la siguiente.

Antes de terminar esta, mi respetable hijo, le haré notar que la idea del estado religioso que acabo de darle, contiene substancialmente los grandes principios de una teología mística. El principio fundamental de la teología mística es este: [*Si alguien quiere venir tras de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga*… (Mt 16,24)]. O también las palabras de san Pablo: [*Consideraos realmente muertos al pecado, pero viviendo para Dios en Cristo Jesús* (Rom 6,11)][172].

En efecto, toda la práctica de la perfección consiste en morir al hombre viejo, o, según la expresión de san Pablo, en despojarse del hombre viejo para revestirse del nuevo. Quien vive, muere; quien muere, vive: la tumba fue para Nuestro Señor Jesucristo como una madre que lo engendró a una nueva vida, totalmente divina; la unión divina, la transformación en Dios, la vida de Dios y en Dios, y el puro amor a Dios son tanto más perfectos cuanto más progreso se ha hecho en la abnegación de sí mismo, en la separación interior de toda criatura, en la crucifixión, la muerte y la separación del hombre viejo. En el noviciado, se debe ocupar muy poco **[13]** a los alumnos con los favores particulares de Dios así como con los grados de abnegación, sino en seguir avanzando y eso en la confusión de su nada y de sus miserias espirituales; se deben recibir, sin duda, con agradecimiento los favores divinos, pero no apegarse a ellos, sobre todo si sin sensibles.

Todo el arte del maestro de novicios consiste en no presentar jamás el yugo del Señor sin hablar de la dulzura que brota de él para los que lo llevan por completo sobre ellos. Este santo yugo entonces solo tiene la apariencia de un fardo, es amable y es ligero. [*Cargad sobre vosotros mi yugo… mi yugo es suave y mi carga ligera… encontraréis el des-*

[172] *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me* (Mt 16,24). *Existimate vos quidem mortuos esse peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu* (Rom 6,11).

canso para vuestras almas (Mt 11,29-30)][173]. Es bueno incluso evitar servirse de algunos términos empleados por algunos autores de espiritualidad, como ascética, mística y otros; y cuando se encuentren, traducirlos por palabras normales. ¡Qué dicha creer! ¡Qué encanto en el amor divino, de qué esfuerzos no se es capaz cuando se ha comenzado a gustarlos!

Tercera carta

Para presentar la visión cristiana de lo sobrenatural, el P. Chaminade, en esta tercera carta, trata de la virtud de la religión, de la que tiene que revestirse cualquiera que tenga la intención de emprender el camino de la perfección. El espíritu de esta virtud honra en Dios la plenitud del ser. Y es precisamente lo que hace la Iglesia triunfante, toda atenta a proclamar en el cielo la santidad de Dios con la aclamación del triple Santo de la visión de Isaías, aclamación que estamos invitados a hacer también nuestra en la conclusión del prefacio en cada celebración eucarística. En la tierra este espíritu inspira sentimientos de alabanza y de adoración, de amor y de temor hacia el Señor. Dado que la virtud de religión comenzó con la encarnación del Verbo, que ha dado al mundo «un Dios adorador de Dios», ahora nosotros tenemos que alabar al Creador por medio de Cristo, sacerdote de la Nueva Alianza.

Vuelvo a dirigirme a usted, mi respetable hijo, y me extenderé más sobre la semejanza de la religión del claustro con la del cielo, por no tener en la tierra y en el cielo más que un mismo mediador, N.S.J.C. A la unión por J.C., en él y con él, para alabar, bendecir y adorar a Dios, se la llama con justicia la Religión práctica del cielo y de la tierra.

Es la religión práctica del cielo, puesto que la Iglesia triunfante no hace otra cosa y es en J.C., con J.C. y por J.C. como rinde sus homenajes a Dios.

[*Por quien alaban los ángeles tu majestad, etc.*][174]. Es por J.C., vuestro hijo, Dios mío, por quien los ángeles alaban vuestra majestad, las Dominaciones os adoran, las Potestades os reverencian, las Virtudes del cielo, los Querubines, los Serafines con común alegría exaltan vuestra gloria.

Es la religión práctica de la tierra, puesto que la Iglesia militante, extendida por toda la tierra, la ejerce públicamente en voz alta, todos los días en presencia de sus hijos reunidos, para que todos la oigan y la noten, y habiéndola oído y notado, todos la practiquen a ejemplo suyo.

En el prefacio de la misa, la Iglesia, tras haber alzado su voz, tras habernos invitado a elevar nuestros corazones para alabar, bendecir y dar gracias a Dios, se extiende también en alabanzas, bendición y acciones de gracias. Pero para hacerlo más dignamente, junta sus voces a las de los ángeles y al mismo tiempo con esos espíritus bienaventurados se une al corazón de J.C., su esposo, para dar gracias a Dios en ese corazón y por ese corazón, alabanzas dignas de Dios.

[*Por eso, con los ángeles y arcángeles, etc.*][175]. Por eso, para alabaros, bendeciros y daros gracias dignamente, unimos nuestras voces a las de los espíritus bienaventurados, os decimos todos juntos, en el corazón y por corazón de J.C., vuestro hijo amado: [*Santo, santo, santo*][176], el Señor de los ejércitos.

Es esta, mi respetable hijo, la práctica más sólida de toda la religión: la práctica de los ángeles; la práctica de los seres humanos; la práctica de la Iglesia triunfante en el cielo,

---

[173] *Tollite jugum meum super vos… jugum meum est suave et onus meum leve… invenietis requiem animabus vestris* (Mt 11,29-30).

[174] *Per quem majestatem tuam laudant angeli, etc.*

[175] *Et ideo cum angelis et archangelis, etc.*

[176] *Sanctus, sanctus, sanctus.*

la práctica de la Iglesia militante en la tierra; en dos palabras, **[16]** esta práctica es unirnos al corazón de J.C., el centro de la piedad, cuando queremos alabar, bendecir y adorar a Dios.

Para explicar bien esta práctica, que debe ser vista como uno de los principales fines de la encarnación del Verbo, es necesario suponer y explicar algunas verdades fundamentales de la Religión cristiana.

1ª Verdad: Antes de la encarnación del Verbo, Dios no ha sido dignamente alabado, servido y adorado… ¿Por qué? Porque solamente era alabado, servido y adorado por seres humanos y por ángeles, es decir, por simples criaturas, que, por no ser sino nadas animadas, no podían rendir a Dios el honor infinito que le es debido. Pero desde que, por el misterio inefable de la Encarnación del Verbo, un Dios se ha hecho ser humano, desde que, en consecuencia, un Dios hecho ser humano se ha hecho el servidor y el adorador de Dios, desde entonces Dios ha comenzado a ser servido, amado, bendecido y adorado dignamente. Ha recibido los honores verdaderamente divinos, los homenajes y las adoraciones dignas de él, es decir, infinitos y proporcionados a su grandeza. Un Dios de majestad suprema ha sido servido, amado y adorado por un Dios, su igual en majestad.

Por lo tanto, el misterio de la Encarnación del Verbo ha sido, propiamente hablando, el comienzo de la adoración digna de Dios. Jesucristo es, pues, propiamente hablando, el primer y único servidor y colaborador digno de Dios, el único que rinde a Dios un honor digno de un Dios, es decir, un honor infinito y proporcionado a la majestad de Dios.

Solo en J.C., un Dios es adorador de Dios.

Segunda Verdad: que explica y confirma la primera.

Jesucristo, Hijo de Dios, ha honrado dignamente a Dios su Padre toda su vida, con todos sus actos y con todos sus sufrimientos, porque los unos y los otros han sido teándricos, como dicen los teólogos, es decir, divinamente humanos y, por lo tanto, de un mérito infinito, pero J.C. lo ha honrado dignamente principalmente por el sacrificio de su muerte, en la que un Dios ha sido sacrificado a la gloria de un Dios.

En el altar de la cruz, J.C., como sacerdote y soberano pontífice, se ha sacrificado a sí mismo a la gloria de Dios, de modo que él mismo ha sido sacerdote de su sacrificio y él mismo ha sido víctima de **[17]** su sacrificio.

Un Dios sacerdote, he ahí un sacerdote digno de Dios, y he ahí, en consecuencia, a Dios dignamente honrado por un Dios sacerdote, por un Dios víctima, por un Dios sacrificado a la gloria de Dios.

3ª Verdad: Consecuencia de la segunda. Porque el sacrificio de la muerte de J.C. ha rendido a Dios el mayor de los honores, el Hijo de Dios, en el celo por la gloria de su padre y no contento con rendirle este honor solo una vez y en un solo lugar de la tierra, ha querido como sacerdote eterno y universal honrarlo en todo tiempo y en todos los lugares, en el cielo y en la tierra, con la representación y la continuación mística de ese mismo sacrificio.

A este efecto, antes de su muerte instituyó la sagrada Eucaristía, en la cual, por la separación mística de su cuerpo y de su sangre, es y será representado el sacrificio de su muerte, y continuado por toda la tierra habitable, en todas las horas del día y hasta la consumación de los siglos.

Después de su muerte y resucitándose a sí mismo, ha conservado en su cuerpo inmortal y glorioso las marcas de sus heridas y del tipo de su muerte, en sus manos, en sus pies y en su costado, y las ha llevado al cielo, en donde las presenta continuamente a su Padre.

4ª Verdad: consecuencia de la precedente.

Así pues, en el cielo, ante el trono de su Padre, J.C. es como continuamente inmolado, dice san Juan; sigue mostrándose allí en ese estado de inmolación por los sagrados estigmas de su cuerpo, que representan el género de su muerte. [*Vi un cordero de pie, como inmolado* (Ap 5,6)][177].

En la tierra sigue siendo sacrificado místicamente en nuestros altares y sigue manteniéndose en su estado de inmolación y de anonadamiento en nuestros tabernáculos. Por lo tanto, siempre y en todas partes, en el cielo y en la tierra, J.C. sacerdote eterno continúa honrando infinitamente a su Padre por la representación y por la continuación mística del sacrificio de su muerte.

Cuarta carta

El conocimiento amoroso de Dios conduce al efectivo «ejercicio de la presencia de Dios», pues Dios está presente en todas partes con su grandeza y su bondad inefable. El hombre está presente a Dios y Dios al hombre no solo con la mirada y con la acción sino también con su ser. San Pablo decía a los atenienses: «En él vivimos, nos movemos y existimos». De esta verdad de fe deriva la necesidad de recordarnos que existimos como «participantes del Ser Infinito» y que las tres Personas divinas habitan en nosotros. Pero es necesario vivir de acuerdo con ello: respetando interiormente y exteriormente –con la modestia del comportamiento y del lenguaje- esta verdad, evitando el pecado y buscando ardientemente la perfección.

Desea usted, mi respetable hijo, que le diga mi sentimiento sobre la primera práctica que tiene que introducir en el noviciado. He reflexionado con frecuencia sobre ello. Mis reflexiones me han remitido siempre a la santa presencia de Dios en todo, al santo temor de Dios, al amor perfecto al que debe tender siempre el religioso. *Marcha en mi presencia,* le dice Dios a Abrahán, *y no pecarás jamás*. Las palabras mismas del texto sagrado tienen mayor amplitud: *Marcha en mi presencia y serás perfecto* (Gn 17,2).

Supondría en este punto, mi respetable hijo, que sus alumnos conocen el dogma de la presencia de Dios en todo, que Dios ve todo y escucha todo: y usted sabe que es, además, una de las primeras verdades que enseña la doctrina cristiana. Debe asegurarse usted de que todos estén instruidos en ella suficientemente. Quizá encontrará usted, incluso, algunos que respondan bien a la pregunta de cómo está Dios en todo. Pero se dará cuenta de no se han hecho ideas justas y claras de su respuesta, que Dios está presente en todo por esencia, por presencia y por potencia.

Para desarrollar su fe, o mejor, para hacerla bien verdadera, tendrá primero que hacerles comprender: 1. Que Dios, que está en todo, es ahí todo lo que es; 2. Que Dios está en todo con todas sus grandezas. Y a continuación, por eso mismo, que Dios está en todo y exige **[20]** 1. el recuerdo de su presencia; 2. el respeto interior y exterior.

1. *Dios es en todo lo que él es*. Está por entero en la menor de sus criaturas y esto necesariamente, porque de otro modo habría partes que lo componen y sería divisible. Sin embargo, es verdad que Dios es infinitamente grande y que no hay lugar alguno que lo pueda contener. No hay más belleza y bondad, más libertad y poder en el cielo y en todo el mundo que en el más pequeño grano de arena o en la más pequeña gota de agua. También en estas aplica tanta presencia y poder. Dios está en todas partes y en todo, se puede decir también que todo está en Dios. Los jóvenes están siempre tentados de dar al espíritu las cualidades de la materia y se lían fácilmente. También hace falta, al hablarles de Dios, tratar de hacerles comprender bien y distinguir un *ser espiritual* de un *ser material*, las cua-

[177] *Vidi agnum stantem tanquam occisum* (Ap 5,6).

lidades opuestas de dos especies de sustancias. Dios es espíritu e inteligencia, pero espíritu infinitamente grande e infinitamente perfecto.

Puede usted terminar esta primera parte de su conferencia recordándoles este hermoso pasaje del discurso de san Pablo en el Areópago: para que busquen a Dios y puedan encontrarlo como tanteando. Porque es en él en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser: [*puedan encontrar a Dios, aunque sea a tientas, aunque no está lejos de cada uno de nosotros: en efecto, en él vivimos, nos movemos y existimos* (Hch 17,27-28)][178].

[21] San Pablo dice: *puedan encontrarlo, aunque sea a tientas*, porque, aunque Dios sea invisible, se le puede conocer por la reflexión y el razonamiento, que es como el tanteo del alma, lo mismo que un ciego puede encontrar los muebles de su habitación tanteando. La verdad de fe de la presencia de Dios en todo es muy conforme a la razón. ¡Qué medio tan poderoso para educar las almas desarrollándola!

Acabo de decir, mi respetable hijo, que la fe en la presencia de Dios en todo era conforme a la razón, pero no he querido dar a entender que hay que fortificar la fe por medio de la razón, sino que los principiantes pueden servirse con provecho de esta para adquirir el hábito de ver a Dios en todo y por todas partes, y de elevar su mente y su corazón a Dios. Volveremos, espero, sobre esta observación al hablar de la fe.

Prosigo.

2. *Dios está en todo con todas sus grandezas*. En cuanto a la demostración de esta verdad, nada más fácil. No es sino una consecuencia de la que acabo de hablar. Y en efecto, si Dios es en todo lo que él es, es preciso que lo sea con todas sus grandezas y todas sus perfecciones infinitas, que no solo son inseparables de su esencia, sino que no forman más que una sola cosa con ella. Pero como aquí se trata de dar lugar al crecimiento de la fe, voy a copiar al mismo P. Bourdon[179] sobre esta conmovedora verdad.

[22] Dios no posee en sí mismo grandeza alguna que no la haga presente en la menor de sus obras. En todas partes es un Dios fecundo, que produce su semejante de su propia sustancia. Y puesto que la produce, es Padre, y puesto que aquel a quien produce es de su propia sustancia, es, pues, su Hijo.

Los dos juntos, el Padre y el Hijo, dos personas que no son más que un Dios, producen una tercera que les es igual; porque, al verse una a la otra perfectas e infinitamente amables, es imposible que no se amen infinitamente. Producen, por lo tanto, un amor infinito, que es el Espíritu Santo, que es Dios como el Padre y el Hijo. En este adorable misterio de la Santísima Trinidad, no hay más que una sola esencia divina y esa sola esencia está toda entera en cada una de las tres personas. Así, las tres son Dios, puesto que tienen las tres la naturaleza divina, y cada una de ellas es Dios, porque tiene la divinidad tanto como las otras dos. Pero las tres no son sino un mismo Dios, porque no son las tres sino una misma divinidad. Las tres personas divinas son, pues, un solo Dios.

Pero este Dios en tres personas está en la tierra igual que en el cielo; en cualquier lugar que podamos estar, el Padre eterno engendra allí al su Hijo, y el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo. De esta manera, el paraíso está en nuestra tierra y nuestra tierra se convierte en **[23]** un paraíso. ¡Qué felices seríamos si nuestros ojos estuvieran abiertos y

[178] *Quaerere Deum, si forte attrectent eum, aut inveniant quamvis non longe sit ab unoquoque nostrorum: in ipso enim vivimus, movemur et sumus* (Hch 17,27-28).

[179] El folleto de Boudon sobre la presencia de Dios (MIGNE, tomo I, col. 343 y siguientes) no es utilizado por su contenido sino por su planteamiento y desarrollo. De hecho el esquema del autor es de una claridad ejemplar.

viéramos siempre, como los ángeles, la faz del Padre con la del Hijo y la del Espíritu Santo! Pero la fe le da ese privilegio al cristiano.

Estamos, pues, dentro del ser infinito de Dios. Dentro de la esencia y la sustancia divina; dentro de las propiedades incomunicables y los atributos personales de la Trinidad gloriosa. Bebemos nuestra vida de la vida viviente que es vida en el Padre, vida en el Hijo y vida en el Espíritu. Ese Dios que es y que no recibe de nadie, y cuyas perfecciones son infinitas, puesto que no hay nada que pueda asignarle límites, está en mi ser; penetra hasta lo más profundo de mis arterias, no hay nada tan escondido que no lo descubra. Si la visión de un objeto excelente nos fascina y eleva nuestra mente y nuestro corazón, ¿dónde está aquí nuestra fe? ¿Y no debe la visión sobrenatural que esa fe nos tiene que dar de las grandezas y de las bellezas infinitas del ser adorable que está dentro de nosotros y por todas partes, conducir todas nuestras reflexiones a una feliz despreocupación de las criaturas que, ante esta alta majestad, no son más que átomos, y de las cuales las primeras y las más elevadas en el mundo son menos que nada en su divina presencia…?

¡Qué dulce pensamiento para un cristiano, cuando, al considerar que si Dios está en todas partes con todas sus grandezas, lo está con todo su poder! En consecuencia, ¡qué descanso en su corazón, sabiendo que todas las criaturas y todos los demonios del infierno están sometidos a este poder que no tiene límite! ¿Qué puede temer?

[24] Si Dios está en todo con todas sus grandezas, lo está, por lo tanto, también con sus bondades infinitas, que no se pueden explicar… También lo está, pues, con su sabiduría, que gobierna todo, que dispone de todo de modo admirable y que hace que los mayores males se conviertan en grandísimos bienes para quienes lo aman. Hay, pues, una providencia que abruma a sus queridas criaturas con sus beneficios…

3. Creo inútil, mi respetable hijo, hacerle notar que Dios exige el recuerdo de su presencia. ¡Qué ingratitud hay en quienes la olvidan!

4. Que exige el respeto interior. Pero ¿no es esto una verdad evidente? Si el respeto les es debido a los reyes de la tierra, si es, por así decirlo, inseparable de la alta elevación en la que los pone su grandeza, ¿qué debe ser de la Majestad divina?

¿Quién podrá pecar al acordarse de que Dios está presente, al decirse: Dios me ve, Dios me mira?

No solo el pecador comete sus crímenes en presencia de Dios, sino en Dios mismo, cuya inmensa majestad llena todo… Él utiliza a Dios para sus iniquidades. Es Dios mismo quien se queja por la boca de un profeta.

5. Hará falta, además, mi respetable hijo, hacerles sentir a sus queridos alumnos que la presencia de Dios les exige el respeto externo, es decir, una gran modestia. **[25]** *Que vuestra modestia sea reconocida por todos* (Flp 4,5), grita el gran Apóstol, *porque el Señor está cerca*, y está muy cerca, ya que está en donde nosotros estamos más que estamos nosotros mismos. Actuamos y caminamos en su esencia divina…

El famoso prelado de Belley cuenta que, teniendo ocasión de espiar a san Francisco de Sales para ver en qué estado y en qué postura se hallaba cuando estaba solo, lo había visto siempre en una modestia admirable. Y es que este santo obispo actuaba siempre en presencia de Dios.

A la vista de la presencia de Dios, los novicios no solo no hacen acción mala alguna, sino que no las nombran, como es decoroso entre quienes se consideran miembros de Jesucristo. Incluso no se les oye hablar de locura, ni de bromas, ni de cosas impertinentes e inútiles. Si hablan, es como personas escuchadas por Dios: en todo, no pierden su visión, incluso en las acciones más bajas, como comer, beber o dormir. Así guardan la moderación cristiana y evitan los excesos. Se recrean en la presencia de Dios, como hijos ante un padre

bueno, pero que es muy sabio, Van de paseo, conversan, se divierten, hacen, por último, todo, sacrifican todo y sufren todo teniendo a Dios ante los ojos.

David era rey y en medio de los mayores aprietos del mundo y entre todo lo que hay en el siglo que puede aportar más distracción, no obstante asegura que sus ojos estaban siempre alzados al Señor y que los pensamientos de su corazón se mantenían siempre en su presencia. [*Traía al Señor siempre ante mi mirada* (Sal 15,8)][180].

Termino aquí, mi respetable hijo, esta carta, ya muy larga; pero muy pronto le escribiré otra sobre el mismo tema tan importante de la modestia. Reciba, etc.

Quinta carta

Como se anuncia en la conclusión de la anterior, esta carta retoma el tema de la modestia, presentando una serie de pequeñas aplicaciones respecto a las expresiones faciales, las actitudes del cuerpo, la manera de hablar, de caminar y de vestir.

Todos estos consejos pueden parecer quizá demasiado minuciosos y de poca importancia, pero en un noviciado constituyen un útil ejercicio de la voluntad y tienen un valor formativo. El P. Chaminade, con este conjunto de normas de comportamiento, quiere preparar a sus futuros religiosos para tejer relaciones sociales convenientes y dignas.

No he olvidado, mi respetable hijo, que le debía una carta sobre el quinto punto de vista bajo el que considerábamos la presencia de Dios, como exigiendo el respeto externo o la modestia. Con estas consideraciones particulares, creo que quedaré dispensado de una o tal vez dos cartas sobre la presencia de Dios. La fe en la presencia de Dios es un artículo fundamental o un punto de partida para llegar al fin del estado religioso. Por eso, le he comprometido a comenzar por ahí todo el trabajo. Pero ahora solamente hablaremos de la modestia.

La modestia cristiana, y con mayor razón la modestia religiosa, es una virtud que hace que, por respeto a la presencia de Dios y para no edificar mal al prójimo, regulemos con decoro todo nuestro exterior, que no haya nada de ligereza en nuestras miradas, nada de indiscreción en nuestras palabras ni indecencia en nuestra ropa, que no haya nada de desorden en nuestros gestos, en nuestras posturas ni en nuestras acciones; que no haya nada en nuestro exterior que no convenga a la santidad de nuestro estado y a la edificación que le debemos al prójimo. San Ambrosio quiere que nuestro exterior esté arreglado sin afectación, sin artificio y sin dedicarle demasiado cuidado. [*Que sea puro y sencillo, que huya del exceso y de la afectación; en efecto, no agrada lo artificial*][181]. Esta doctrina de san Agustín y de san Ambrosio es la de los Concilios y otros Santos Padres y de la Iglesia universal. Pero pasemos al detalle.

[28] Modestia en el comportamiento de la cabeza y la compostura de la mirada. Los santos nos han dado como regla:

1º Que se mantenga normalmente la cabeza recta, sin levantarla o bajarla demasiado; que no se la incline ni de un lado ni otro; que no se la apoye en una mano, que no la vuelva acá y allá con ligereza ni a la menor ocasión: [*No se vuelva la cabeza de aquí a allá con ligereza* (san Buenaventura)][182].

2º Que no se tengan los ojos perdidos ni fijos excesivamente en lo que se mira; que se los tenga de ordinario un poco bajos; que el movimiento no se sea ni demasiado fre-

[180] *Providebam Dominum in conspectu meo semper* (Sal 15,8).

[181] *Sit purus et simplex, studium desit atque affectatio; nihil enim fucatum placet*. SAN AMBROSIO, *De oficiis ministrorum* I, cap. 8, n. 75, Migne, P. L. 16, col. 45.

[182] *Caput ne leviter hinc inde circumferatur*. SAN BUENAVENTURA.

cuente ni demasiado precipitado; que las miradas sean siempre humildes, suaves y respetuosas: [*Que la mirada sea modosa y sencilla* (Buenaventura)][183].

3º Que no se intente escupir o sonarse de una manera que sea molesta para los demás; que no se silbe nunca y que se abstengan de bostezar ante nadie.

4º Que se abstengan de estallar en risas e igualmente de reír demasiado a menudo; pero que tampoco se esté triste, sombrío, demasiado serio y demasiado grave. [*El tonto ríe a gritos; el sabio, empero, apenas reirá calladamente*][184].

5º Que se evite todo lo que denota algún artificio y que podría hacer parecer o suponer algo de afectación. [*Si hay algo afectado en la naturaleza, que se enmiende con decisión* (san Ambrosio)][185].

Por último, que se mantenga una cara alegre, serena, abierta, tranquila, sin pena, sin tensión; que se tenga un cierto aire de bondad, de dulzura y de piedad, capaz de ganar los corazones y llevarlos hacia Dios.

[29] Reglas de la modestia en la compostura y las posturas del cuerpo. Las principales son:

1º No tener el cuerpo curvado ni inclinado a un lado u otro, sino mantenerlo recto pero sin tensión y sin afectación.

2º No apoyarse unas veces sobre sobre un pie y otras sobre el otro, y no cambiar continuamente de sitio y de postura, lo que los Santos han considerado como una señal de ligereza. [*No cambies de pie a menudo ni te muevas con frecuencia: esto es señal de ligereza*][186].

3º No tener nunca las manos en los costados ni a la espalda; ni llevarlas nunca a la cara ni tocarse a sí mismo sin necesidad.

4º Abstenerse de esos flojos y muelles estiramientos de brazos y de piernas, que proceden de un fondo de pereza y negligencia.

5º Cuando se está de pie, de rodillas o sentado, no apoyarse o inclinarse indecentemente y no cruzar los pies ni poner las piernas una sobre otra.

Por último, es propio de la modestia religiosa evitar las actitudes y las posturas orgullosas y altaneras, comodonas o afeminadas, disolutas y demasiado libres; las que indican ligereza y falta de mortificación, las que, en una palabra, podrían ser tema de desprecio o de escándalo para aquellos que solo juzgan de nosotros por el exterior.

Sobre la modestia en el hablar.

La modestia en el hablar pide que no se hable ni demasiado ni demasiado poco. [*Tiempo de callar y tiempo de hablar* (Ecle 3,7)][187].

[30] Solo puede soportar a disgusto esos grandes discursos que no dejan a los demás tiempo de hablar, ni esos taciturnos que, con su silencio mal regulado, son muy molestos en las conversaciones.

No permite interrumpir a los que están hablando, ni adelantarse, con una respuesta precipitada, a los que nos preguntan.

Regula de tal modo el tono de voz, que no permite que sea ni demasiado alto ni demasiado bajo.

---

[183] *Sit aspectus verecundus et simplex*. SAN BUENAVENTURA.

[184] *Stultus in risu extollit vocem suam; sapiens autem vix tacite ridebit* (Eclo 20,5). *Fatuus in risu inaltat vocem suam, vir autem sapiens vix tacite ridebit* (Eclo 21,23).

[185] *Si quid in natura vitii est, industrie emendet*. SAN AMBROSIO.

[186] *Ne pedes saepe mutes aut saepe movearis; hoc enim signum est levitatis*. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedag*., L. 2, col. 7.

[187] *Tempus tacendi et tempus loquendi* (Ecle 3,7).

No tolera tampoco que se use un tono imperioso, magistral o gruñón.

Condena las palabras de mentira, de broma, de desprecio, de bufonería, de adulación, de vanidad y todas las demás que pueden herir la buena educación y causar una justa molestia a aquellos con quien se habla.

Hace que, con el deseo de escuchar y de aprender, no se apresure nadie a dar su opinión sobre los temas que se tratan, como si se fuera más capaz de juzgar sobre ellos que los demás; que, cuando se habla, es siempre con sencillez, y que si las cosas son dudosas, no se habla nunca de modo tajante o demasiado arriesgado.

Evita toda clase de contestaciones y disputas, y prefiere dejarse vencer cediendo con suavidad que ganar disputando con terquedad.

Por último, como se vigila en todas sus palabras, siguiendo este aviso de san Agustín: [*Que todo pase por la lima antes que por la lengua*][188], nunca dice nada que pueda molestar la buena educación y de lo cual el prójimo no quede edificado.

[31] De la modestia religiosa en el vestir.

NOTA. Estas reglas convienen por igual a los eclesiásticos y a los laicos.

La modestia no permite servirse de tejidos de seda, como tampoco de los que son demasiado ricos, que tuvieran demasiado lustre o brillo.

También soporta difícilmente las ropas demasiado amplias o demasiado estrechas, demasiado largas o demasiado cortas.

Pide que en los sombreros y otras prendas parecidas, se evite todo lo que pudiera hacer destacar la singularidad y el aire del mundo, e ir a la moda del siglo.

Incluso no les permite a los obreros que trabajan, quitarse ropa de tal manera que no conserven ninguna señal de religiosos.

Si condena el exceso de la limpieza, desea también que las ropas no estén manchadas, desgarradas ni sucias.

De la modestia en el caminar.

1º Hay que abstenerse de ir demasiado rápido y con mayor razón de correr, a menos que sea para evitar un peligro o para algo legítimo.

Según esta regla, cuando se sube o se baja una escalera, no hay que subir ni bajar más de un escalón a la vez.

Se debe ser tan fiel a no marchar demasiado rápido que, incluso cuando hay obligación de ir a un sitio, se prefiere apresurarse a partir que ir deprisa al andar, y se elegirá más bien **[32]** soportar alguna incomodidad, recibir alguna confusión y ser sospechoso de pereza que parecer desordenado en su caminar.

2º Es propio de la modestia no marchar demasiado despacio, arrastrando los pies o levantándolos con negligencia; igualmente lo es no caminar con paso pesado y latoso, pero tampoco hay que caminar con tanta igualdad y delicadeza que solo se quiera tocar el suelo con la punta de los pies.

3º También es un gran defecto, dice san Buenaventura, marchar con afectación, como con un resorte o como una máquina, yendo con pasos contados, estudiados, excesivamente graves, con un aire lento de fasto y de un modo que no es propio sino para el teatro.

4º También hay que evitar, al caminar, toda agitación de cabeza, de manos, de brazos, de espaldas y de cuerpo, que los Santos condenan y que según su sentir podrían hacernos sospechosos de orgullo, de ligereza o de hipocresía.

---

[188] *Omnia versa prius veniant ad limam quam ad linguam*. Citado por TRONSON, que da como referencia: *S. Aug., Apud S. Bonav.*

Por último, hay que regular de tal modo nuestra manera de caminar, estemos en la ciudad o en casa, delante de la gente o en privado, se nos vea o no se nos vea, que todo sea en ella honesto y manifieste la santidad de nuestro estado.

De la modestia en la iglesia.

La modestia pide no entrar jamás en la iglesia sino con respeto y con un exterior lleno de religión hacia la majestad divina que en ella habita.

Pide que se marche con la cabeza descubierta, con santa gravedad y que, si se pasa ante el Santísimo Sacramento, no se deje de doblar la rodilla o bien **[33]** inclinarse siguiendo el uso de las Iglesias en que uno se encuentra.

Prohíbe hablar en ella si no es por gran necesidad; pide que se haga entonces en voz baja y en pocas palabras; lo cual pide también que se observe en la sacristía, que hay que considerar como una parte de la iglesia.

Pide que se sea tan contenido y tan regulado en sus miradas, en la compostura y en la postura, que todo respire piedad y se note la devoción que debe haber interiormente; pero desea también que esta devoción lo sea sin ningún gesto o movimiento del cuerpo extraordinarios.

No ve sino con pena que no se pueda soportar, tanto en invierno como en verano, alguna incomodidad, ni siquiera la picadura de una mosca, sin hacer algún movimiento indecente o sin una señal de impaciencia.

No puede tampoco ver sin pena que no se haga uno algo de violencia para impedirse reír, bostezar o dormir.

En una palabra, pide que todo nuestro exterior predique la santidad del lugar, para que, a ejemplo nuestro, los demás puedan entrar en sentimientos de piedad y de religión hacia Dios y guardar el respeto de deben mantener en las iglesias.

De la modestia en el refectorio.

Las reglas de modestia que los religiosos deben observar en el refectorio piden que, después de haber hecho la oración y pedido a Dios que bendiga nuestros alimentos, cada uno ocupe su puesto según el rango que le está asignado, para no turbar en nada el buen orden de la comunidad con ceremonias afectadas.

Que, una vez sentados a la mesa, no se despliegue nunca la su servilleta antes de la persona que es más importante.

[34] Que antes de comenzar a comer, se empleen unos momentos en elevar el corazón a Dios, para ofrecerle esta acción y para renunciar a todo placer que la carne pueda encontrar en ella.

Que no se tengan los brazos y menos aún los codos apoyados en la mesa y que se tenga cuidado de encorvarse o de estirarse de una manera muelle o negligente.

Que no se eche ninguna mirada sobre las porciones que se traen para elegir la mejor; que no se mire a lo largo de las mesas para ver lo que se sirve.

Que no se gire la cabeza a un lado y otro para ver a los que están en el refectorio, ni a aquellos que entran o que salen de él, sino que se contente con observar si le falta algo al vecino, para advertir suavemente a los que sirven.

Que se coma con calma y como los Santos nos enseñan.

Que al beber, no se mire a nadie, sino que se mantengan los ojos bajos…

Por último, la modestia religiosa pide que se evite, al comer, algunos defectos que los que saben vivir no se atreverían a cometer: morder el pan o las viandas, llevar el pedazo a la boza con el cuchillo en la mano, cascar las pepitas y romper los huesos para comer lo que hay dentro y todo aquello que, en una palabra, la buena educación del mundo menos severa no permite.

Cuando se sirven algunos platos que no son de nuestro gusto, **[35]** la modestia no soporta que se los rechace ni que se manifieste disgusto al tomarlos.

No permite empujar con el codo a su vecino, ni pisarlo, sonreírse los unos a los otros ni hacer señal alguna con los ojos o con la cabeza.

Solo puede soportar con tristeza que se esté sucio, que se deje caer algo sobre el mantel que pueda mancharlo, que se emplee la servilleta para enjugarse la cara ni servirse de ella, incluso, para frotarse los dientes.

No aprueba que se tiren al suelo las migas que quedan al final de la comida y le gusta que se recojan cuidadosamente, a ejemplo de algunos Santos y por respeto a estas palabras del Señor: [*Recoged los pedazos, para que no se pierdan* (Jn 6,12)][189].

Si ocurre que el lector se equivoca en algo, la modestia impide que se intervenga para reprenderlo o que se le dé a entender con una seña que se ha notado su falta.

Cuando uno sirve la mesa, la modestia pide que en él aparezca mucha humildad y dulzura, y sobre todo una caridad vigilante que no tenga ni mucha lentitud ni demasiada prisa.

Por último, pide que cada uno en el refectorio se mantenga de tal modo que no se note nada en su postura, en su gesto ni en todo su exterior que no esté afectado por la presencia de Dios. [*Y los justos celebrarán fiesta en presencia de Dios* (Sal 67,4)][190].

He aquí, mi respetable hijo, un buen número de reglas de modestia: están todas extraídas más o menos literalmente de los *Exámenes* del P. Tronson[191] sobre esta virtud. Este respetable Superior del Seminario de San Sulpicio las ha recogido **[36]** de las reglas de los Santos y especialmente de san Buenaventura: ninguna que no sea una consecuencia de la fe en la presencia de Dios, ninguna cuya práctica no pueda considerarse como un ejercicio de esta adorable presencia. Los novicios deben adherirse a ellas por este motivo sobrenatural más que por un deber de buena educación y cortesía.

Emplee, mi respetable hijo, todo tipo de medios para hacer comprender a sus alumnos el dichoso hábito de la presencia de Dios. Haga poner en los lugares más visibles de la casa pequeños cuadros en los que estén escritas en caracteres gruesos estas palabras: **Dios me ve**. Que cada uno, al pasar ante esos cuadros, diga, al menos interiormente: Lo creo. Hágales con frecuencia el elogio de la modestia exigida por la fe en esta divina presencia; preséntele a menudo la modestia de Jesucristo y de la Santísima Virgen. Cuando sus alumnos hayan hecho progresos en la presencia de Dios y, en consecuencia, en la modestia, podrá, para darles nuevos ánimos para la práctica de esta virtud de la presencia de Jesucristo, hablarles de su incorporación a J.C., etc.

Le hablaré de ello en otra carta. También le hablaré del silencio, tanto externo como interno, tan necesario para mantenerse en la presencia de Dios. Acabaré esta larguísima carta con algunos pasajes relativos a la modestia, que podrán servir para alimentar sus instrucciones y algunos de los cuales podrán aprender de memoria.

[*Que vuestra modestia la noten todos… El Señor está cerca* (Flp 4,5)][192]. El celo y el espíritu de santidad deben llevar al religioso a no tolerar nada en su exterior que pueda ser

[189] *Colligite fragmenta ne pereant* (Jn 6,12).

[190] *Et justi epulentur in conspectu Dei* (Sal 67,4).

[191] La obra de Tronson quiere ayudar a los que practican el examen particular siguiendo el método de san Sulpicio. Cada examen se articula en tres puntos: 1. Consideraciones sobre el ejemplo de Jesús en relación a la virtud tomada en examen; 2. Examen de las actitudes personales; 3. Oración a Dios. El P. Chaminade utiliza varios puntos tomados de una edición de 1739 (París, Hérissant), encontrada en la biblioteca de la Magdalena.

[192] *Modestia vestra nota est omnibus hominibus… Dominus prope est* (Flp 4,5).

obstáculo a su completa perfección. [*Que sea santa (la mujer) de cuerpo y de mente* (1 Cor 7,34). *¿No sabéis que vuestros cuerpos son de Cristo?* (1 Cor 6,15). **[37]** *Vuestros miembros son templo del Espíritu Santo* (1 Cor 6,19). *Os pido, si amáis a María y si os esforzáis por agradarla, que emuléis su modestia* (san Bernardo)][193].

Sexta carta

La doctrina de la presencia de Dios se completa con la de la «incorporación a Cristo». En esta carta, de hecho, se habla ampliamente del Cuerpo místico, del cual Cristo es la cabeza, nosotros somos los miembros y el Espíritu Santo es el alma. La incorporación a Cristo se realiza mediante el don del Espíritu Santo a través de los sacramentos, que presuponen y aumentan la fe, la esperanza y la caridad (virtud de la comunión) y actúan por el poder de la palabra de Dios. Sobre esta verdad se funda la doctrina de la comunión de los santos, por la cual los bienes de cada miembro son compartidos por todo el cuerpo. En la unión del Cuerpo místico la Virgen María ocupa sin duda un lugar destacado.

Siento, mi respetable hijo, gran satisfacción por tener que hablarle de Nuestro Señor Jesucristo. Pero ahora le hablaré solamente de un aspecto de él: tendré, así lo espero, ocasión de hablarle más ampliamente a lo largo del tema de nuestra correspondencia activa.

Vuestros cuerpos son miembros de Cristo (1 Cor 6,15). *Vuestros miembros son templo del Espíritu Santo* (1 Cor 6,19)][194].

El cuerpo no tiene otro destino que servir a J.C., a quien pertenece. J.C. es el jefe de nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo es miembro de J.C., y esta relación del jefe al miembro y del miembro al jefe, será eterna. Nuestro cuerpo debe, por lo tanto, servir eternamente a J.C. de un modo que sea digno de él, es decir, santa y castamente. Toda impureza debe parecerle horrible al cristiano: [*ni se nombre* (Ef 5,3)][195], ni siquiera se debe hablar de ello. Todo lo que es contrario a la modestia más estricta deshonra al religioso.

Pero ¿cómo somos los miembros de Jesucristo? Para comprenderlo, distinga con los Padres y los teólogos dos cuerpos en Jesucristo: un cuerpo natural y un cuerpo místico; se ha revestido del primero en el seno de la augusta María, pero ha formado el segundo con todos los fieles. Por medio de la digna recepción de su cuerpo natural, nos hacemos miembros de su cuerpo místico de una manera más excelente que por ningún otro sacramento. El cuerpo místico de J.C., dice santo Tomás, es la Iglesia. J.C. es su jefe, todos los fieles en estado de gracia son sus miembros, pero es por la sagrada comunión como somos incorporados a él /…/ San Pablo dice expresamente que todos los fieles, tras alimentarse del mismo pan, no forman sino un solo cuerpo: [*Somos un solo cuerpo los que participamos de un solo pan* (1 Cor 10,17)][196].

[40] La unión de espíritu es una consecuencia natural de la unión corporal, porque, al no ser sino un solo cuerpo con J.C., es manifiesto que debemos estar animados por su espíritu, e. d., por el Espíritu Santo. He aquí cómo san Cirilo de Alejandría explica este misterio: «La comunicación del Espíritu Santo, dice este Padre, ha comenzado por J.C.: es él quien lo recibió el primero, porque, aunque sea Dios por naturaleza, se concibe, no obstan-

---

[193] *Ut sit sancta corpore et spiritu* (1 Cor 7,34). *Nescitis quoniam corpora vestra sunt Christi?* (1 Cor 6,15). *Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti* (1 Cor 6,19). *Obsecro, si Mariam diligitis, si contenditis ei placere, aemulamini modestiam ejus*. SAN BERNARDO, *Serm. in Assumpt. de B.M.V.*, Ops.12. (Corregimos la cita francesa, que dice *in Assumpt. de Verbo* (N. T.)].

[194] *Corpora vestra membra sunt Christi?* (1 Cor 6,15). *Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti* (1 Cor 6,19).

[195] *Nec nominetur* (Ef 5,3).

[196] *Unum corpus sumus qui de uno pane participamus* (1 Cor 10,17).

te, que en calidad de ser humano semejante a nosotros, ha recibido la unción y la santificación del Espíritu Santo: pero es él mismo quien ha santificado su templo, e. d., su humanidad, y quien ha santificado a todas las criaturas capaces de santificación. El misterio de J.C. es, pues, el comienzo y como el canal por el cual, al recibir la participación del Espíritu Santo, nosotros somos unidos a Dios y santificados». Pero es especialmente por medio de la comunión como el Salvador hace reinar este Espíritu en nuestros corazones. Porque, igual que nuestra alma comienza a animar el alimento que hemos tomado en el momento en que está unida a nuestro cuerpo, lo mismo el espíritu que anima a la humanidad del Salvador y que es como el alma de su alma, comienza a animarnos tan pronto como, por la comunión, nos convertimos en sus miembros. Y lo mismo que los espíritus animales se difunden desde la cabeza en todo el cuerpo natural, para darle el movimiento y la vida, igualmente en el cuerpo místico de J.C. el Espíritu Santo desciende del Jefe sobre todos sus fieles, que son sus miembros, para comunicarles verdadera vida divina.

La Eucaristía es una extensión de la Encarnación.

A medida, mi respetable hijo, que sus alumnos vayan gustando más estas hermosas verdades, aumentará su fe en la presencia de J.C. en ellos. Concebirán un gran respeto con sus cuerpos, como miembros de Jesucristo, y estarán llenos de consideración los unos por los otros: y ¡con qué modestia! No se asombre usted, sin embargo, si no **[41]** captan bien esa gran verdad de nuestra incorporación a J.C. A medida que crezcan en la fe y conozcan mejor los designios de Dios en el misterio de la Encarnación, se harán ideas más claras, sobre todo en la explicación de los sacramentos, y especialmente en los del bautismo y de la eucaristía. El bautismo y la penitencia nos arrancan del cuerpo del demonio y nos hacen pasar al de J.C., de tal modo que nos convertimos, tanto en el cuerpo como en el alma, en los miembros de J.C. Los demás sacramentos aumentan y perfeccionan esa unión, pero sobre todo el del altar, en el cual comulgamos en la carne y en la sangre de J.C., y por la una y por el otro en su espíritu y su divinidad, en donde se hace como una mezcla totalmente divina de J.C. con nosotros.

Antes o después, mi respetable Hijo, explíqueles bien cómo J.C. es el Jefe de los cristianos: ¡san Pablo vuelve sobre ello tan a menudo en sus epístolas…! He aquí cómo les habla a los Efesios: «Dios Padre ha sometido todo a J.C. su Hijo, y lo ha dado como Jefe supremo a la Iglesia, que es su cuerpo místico y su plenitud por los miembros que le da continuamente, como es la plenitud de su Iglesia por su influencia continua en todos sus miembros que le son fieles»[197].

Jesucristo es llamado el Jefe o la cabeza de su Iglesia, porque 1º) como la cabeza ocupa el primer rango en el cuerpo, lo mismo J.C. ocupa la primera plaza en su cuerpo místico; es en él en quien residen el espíritu y el alma que animan a todo el cuerpo; es de él de quien todos los miembros reciben la vid a la santidad. 2º Lo mismo que la cabeza está unida estrechamente al cuerpo, lo mismo J.C. está estrechamente unido al cuerpo de su Iglesia, del que **[42]** jamás puede separarse. Todos los cuerpos y asociaciones que no tengan a J.C. como Jefe, no son su cuerpo, porque no está unido a ellas y las gobierne por la influencia de su Espíritu. Pero ¿qué es lo que conforma esa unión tan íntima y tan inefable entre Jesucristo y sus miembros?

Esta gran unión se forma:

1º por el Espíritu Santo, que J.C. ha recibido en toda su plenitud y al que comunica a todos sus miembros, según la medida que les es propia. Este Espíritu es como el alma de

[197] *Et ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius et plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur* (Ef 1,22).

ese gran cuerpo, al que anima y hace vivir. No hay dos espíritus en ese cuerpo: el mismo Espíritu que está en el Jefe, está también en todo el cuerpo y en cada miembro en particular (Ef 4,4): «No hay más que un Espíritu, dice san Pablo, lo mismo que no hay más que un cuerpo y hemos sido bautizados todos en el mismo Espíritu para no formar todos juntos sino un mismo cuerpo, se sea judío o gentil, esclavos o libres; y todos hemos bebido la sangre de J.C., para ser todos un mismo Espíritu, [*y todos hemos bebido en un solo Espíritu* (1 Cor 12,13)][198]. Digamos todavía algo más grande. Como el Espíritu Santo es espíritu de unión y la caridad sustancial del Padre y del Hijo en la santísima Trinidad, que une a las Personas divinas entre ellas, igualmente ese Espíritu Santo, difundido desde el Jefe a los miembros, siendo el mismo, une a los fieles a J.C. a fin de que no formen con él más que un solo cuerpo y un solo ser humano, y que no tengan todos juntos sino un corazón y un alma.

2º Esta gran unión se forma con los sacramentos, que son como las venas y los canales que llevan la sangre, el espíritu y la vida de J.C. a cada miembro, para ponerlo en estado de cumplir sus funciones particulares. Es la doctrina del gran Apóstol, y he aquí como habla: [*Jesucristo es el Jefe, de quien todo el cuerpo, cuyos miembros está unidos y conexos con lazos mutuos* (del cual todas las partes o sus miembros, están unidos y como sellados por los diversos ministros que por medio de los sacramentos les administran el espíritu de las gracias) *recibe su crecimiento,* **[43]** *por una influencia secreta de ese Jefe que provee a cada miembro según la medida que le es propia, a fin de todo el cuerpo se forme y se perfeccione en la caridad*][199].

3º También debe decirse que esa unión se forma por la fe, por la esperanza y por la caridad, y por la palabra de Dios. Es de J.C. de quien recibimos estas virtudes; nos las da para que vayamos a él, para que permanezcamos en él y él permanezca en nosotros.

No se puede ver nada más admirable, mi respetable Hijo, ni nada más santo que los efectos y las consecuencias de la unión que se da entre J.C. y su cuerpo místico. Le invito a hacérselo observar a sus alumnos: voy a exponérselas detalladamente.

1º Si estamos unidos a J.C. como los miembros a su Jefe, no formamos entonces sino un solo ser humano con él: porque la vida de los miembros debe ser la misma que la de Jefe.

2º Al no formar los miembros sino un solo ser humano con J.C., se sigue de ello que todo lo que se dice del Jefe puede ser dicho de los miembros: de modo que somos con él sacerdotes, víctimas y reyes, y no formamos con él sino un único Hijo de Dios.

3º Todos los miembros participan de todos los bienes y en todos los beneficios que posee el Jefe, en sus méritos, en sus sufrimientos, en sus humillaciones y en su gloria. Os he dado, decía J.C., todo lo que me ha dado mi Padre. Comunica y hace partícipes a todos sus miembros de todo lo que ha recibido de su Padre, es decir, de su Divinidad y de su Humanidad.

4º De este gran principio se sigue además que el bien y todo el mal que se hace al menor de sus miembros, **[44]** se le hace a él en persona, como lo dirá el último día: *En verdad os lo digo, siempre que habéis prestado los deberes de caridad al menor de los míos, es a mí a quien se los habéis prestado; y siempre que se los habéis negado, es a mí a quien se los habéis negado*. Mt 25,40.44. *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4).

---

[198] *Et omnes in uno Spiritu potati sumus* (1 Cor 12,13).

[199] *Qui est caput, Christus, ex quo totum corpus compactum et connexum per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscujusque membri, augmentum corporis facit in aedificationem sui in caritate* (Ef 4, 15-16).

5º Puede también concluirse que J.C. es Jefe, por estar íntimamente unidos a todos sus miembros, quien hace en ellos y con ellos todo el bien que ellos hacen: es él quien reza, quien llora, quien actúa en ellos, quien les hace merecer y quien los hace dignos de la gloria.

6º La unidad del Espíritu que rige este cuerpo hace que todos los dones sobrenaturales y todos los otros bienes espirituales que le son confiados a este cuerpo, se hagan comunes a todos los miembros; y aunque no tengan todos las mismas funciones, actúan en todo para la utilidad común de ese cuerpo y participan de todo lo que le ocurre. Ver 1 Cor 12. Cada miembro cumple sus funciones para sí y para todo el cuerpo. Basta con ver sin envidia y amar el bien que hay en cada miembro, para que tengamos parte en ello.

7º Se sigue también de esta unión admirable que, al no ser todos los miembros del cuerpo místico de J.C. sino una sola cosa por el Espíritu Santo y por la caridad que los une, hay un santo intercambio de oraciones, de buenas obras y de méritos entre los miembros de ese cuerpo, porque la caridad, que no busca sus propios intereses, hace que todo el bien que los justos llevan a cabo, aproveche a todos los que están unidos al cuerpo por el Espíritu Santo. De ahí, se sigue igualmente que hay comunicación de bienes espirituales entre los santos que están en el cielo, los que aún están en la tierra y los que están en el purgatorio, es decir, que los santos se interesan por nosotros ante Dios con sus oraciones, y que también nosotros los honramos con nuestras alabanzas; y que rezamos por los están en el purgatorio y que Dios tiene en cuenta a menudo nuestras oraciones para aliviarles en sus penas.

8º La adhesión y la unión que existen entre los miembros de J.C. es tan grande, que hay entre ellos no **[45]** solo comunión de los méritos de J.C., del cual, como Jefe, viene todo el bien y todo el mérito que se encuentra en todo el cuerpo, sino que además se participa en los méritos de los justos que hay y que ha habido desde el comienzo del mundo, a fin de que su abundancia supla nuestra pobreza, de modo que cada miembro, viviendo del espíritu de Dios, participa en todo lo que se hace actualmente y en todo lo que se ha hecho siempre en la Iglesia, y dice con el profeta: participo de los bienes de todos los que temen a Dios y guardan sus mandamientos (Sal 118,63).

9º Se sigue también de esa misma unión que todos los miembros de este cuerpo no participan en los méritos de los demás miembros sino en proporción a su fe, su caridad y la unión que tienen con J.C., como en una sociedad en la que se consigue muchas ganancias; los que más han puesto en ella, retiran frutos más abundantes. Pero J.C., que es el Jefe, el lazo y el dueño de esa sociedad espiritual, distribuye los bienes de ella y sus ganancias según los méritos de cada uno. Sin embargo, esos méritos y esas ganancias son dones de J.C., y no obtienen su fuerza y su valor sino de su muerte y de sus demás misterios. En esa sociedad todo consiste en estar unido al Jefe, porque, como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la cepa de la vid, lo mismo, si no estamos unidos a J.C., si el no permanece en nosotros y nosotros en él, no podemos dar fruto alguno (Jn 14,5) ni tener mérito alguno de buenas obras. Toda nuestra dicha radica en estar unidos a J.C. por una fe firme y una caridad constante, y en vivir de tal manera que nada sea capaz de separarnos de J.C.

Todo lo que le he dicho, mi respetable Hijo, en esta sexta carta, está tomado más o menos de dos obras: la primera, *De la devoción a Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía*, del Padre Vaubert[200]; y la segunda, *Del conocimiento de Jesucristo*, cuyo autor ha querido

[200] LUC VAUBERT (1645-1715) es un jesuita que fue profesor, director de un colegio y después «padre espiritual». Todos sus escritos tratan sobre la eucaristía. Es un autor agradable y casi moderno, en el sentido de

guardar el anonimato[201]. Debe usted, sin duda, servirse **[46]** del conocimiento de estas verdades para seguir inspirando a sus alumnos más modestia, más reserva con su propio cuerpo, más consideración los unos con los otros; pero será bueno también dar nuevos desarrollos a lo que hemos dicho al comienzo de nuestra correspondencia sobre la mediación de J.C.: en efecto, ¿cómo, si no fuera también nuestro Jefe, sería el Mediador de nuestra religión? Pero si es el Jefe de su cuerpo místico, si somos realmente sus miembros, ¡qué consecuencias! Si no hay más que un solo Hijo de Dios, si no hay más que un J.C. viviente y amado por el Padre eterno, de quien él (el Padre) quiere recibir los homenajes en el tiempo y en la eternidad… ¿Qué lugar ocupa en ese cuerpo místico de Jesucristo la Santísima Virgen? ¿Qué será de los que no hayan sido incorporados a J.C., o no hayan permanecido unidos como miembros vivos, con su vida?

Séptima carta

La unión con Jesús, mediante la fe y el recogimiento, es esencial para la fecundidad espiritual de los cristianos y con mayor razón de los religiosos. El P. Chaminade exalta la belleza y la armonía del Cuerpo místico, en el que, después de Jesús, María ocupa un lugar esencial: de hecho, a ella se le atribuye la función de «cuello». Esta imagen, sin embargo, es insuficiente para explicar el torrente de gracia que ella, como una madre, hace llegar hasta nosotros.

Al comenzar esta carta, vuelvo, mi respetable Hijo, sobre el n. 9º, con el que terminaba la última, sobre la necesidad de nuestra unión con J.C. Los cristianos están tan realmente unidos al cuerpo místico de J.C. como las ramas o los sarmientos están unidos a la Cepa de la vid. Es J.C. en persona quien hace esta comparación (san Juan 15). [*Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; quien permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5)][202]. De aquí, dos consecuencias inmediatas:

1. Sin esa unión, las ramas no pueden dar fruto. Quien ha perdido la fe de la Iglesia, se jacta en vano de sus buenas obras; separado de J.C., es imposible que dé fruto alguno de una bondad sobrenatural y digna de Dios. Todo lo que hace, sigue estando viciado por el estado de falta de docilidad, el orgullo y la rebelión en la que persevera. El pecador que conserva la fe sin tener la gracia, tampoco puede hacer nada que sea meritorio para la vida eterna. Todo el tiempo que pase en esa funesta separación, es tiempo perdido para el cielo… Ya esta unión esencial de la que habla aquí J.C., añadamos la unión que se tiene con Jesús con el recogimiento interior. Un alma disipada da poco fruto en comparación con un alma unida a Dios por medio del recogimiento en acciones buenas y santas, si se considera que los actos externos están viciados por la falta de intención, de diligencia, de atención, de exactitud, ¡fruto desdichado de la disipación en la que se vive!

2. Por medio de esta unión, las ramas dan mucho fruto. Permanecemos en Jesús y obtenemos de Jesús que él permanezca en nosotros, pues conserva nuestro corazón en la fe, en la gracia y en el recogimiento. ¡Unión admirable, unión divina de los cristianos y, so-

---

que está alejado del rigorismo de sus contemporáneos. De hecho facilita el acceso al sacramento a todos aquellos que quieren aprovecharse de él para ser mejores. En la sexta carta el P. Chaminade presenta solo un pensamiento de él y es precisamente la respuesta a la pregunta «¿Cómo podemos ser nosotros miembros del Cuerpo de Cristo?», tomándolo del libro *La dévotion à notre Seigneur dans l'Eucharistie (*Paris, 1806).

[201] El autor anónimo es PIERRE CAUSEL, *De la connaissance de Jésus Christ* (París, Hérissant. Se cita el capítulo XIV de la segunda parte.

[202] *Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere* (Jn 15,5).

bre todo, de los religiosos con J.C.! No forman sino un solo y mismo cuerpo, una sola y misma vid. Jesús es la cepa, nosotros somos los sarmientos; de esa cepa divina, la gracia, como un jugo exquisito, se difunde en nosotros, constituye nuestro alimento, nuestro crecimiento y nuestra fertilidad. ¡Qué abundancia de frutos han dado los apóstoles, los mártires, los santos, los verdaderos religiosos y los cristianos fervorosos!

Vea usted la distinta suerte de las ramas: 1. Las ramas que se separan de la cepa. *Quien* **[49]** *no permanece en mí, será echado fuera, como un sarmiento inútil, se secará, se recogerá, se le echará al fuego y arderá*. Sopese bien estos cinco anatemas. 2. Las ramas que permanecen unidas a la cepa: *Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo que queráis y se os concederá. La gloria de mi Padre es que deis mucho fruto y que os hagáis discípulos míos* (Jn 15,7-8). Sopese la magnificencia de estas promesas.

¡Qué multitud de seres humanos tienen la desgracia de no ser del cuerpo de J.C.!, ¡y son del cuerpo del demonio! Tienen como jefe y como príncipe al dueño de los espíritus malignos que están esparcidos por los aires y ejercen su imperio sobre los infieles: [*Según el príncipe de la potestad del aire, de ese espíritu que ahora actúa en los hijos de la de desobediencia* (Ef 2,2)][203]. El último día todos los seres humanos serán divididos en dos grandes grupos. Los que hayan vivido y muerto en el pecado, aunque hayan sido del cuerpo visible de J.C., tendrán a su cabeza al demonio, que aparecerá ante J.C. con la gran multitud de réprobos; por otro lado, se verá a J.C. con todos los elegidos, que forman su cuerpo místico. Entonces estos dos grandes cuerpos estarán completos; todo se habrá cumplido; ya no habrá **[50]** nada más por hacer: cada uno ocupará el lugar que le será debido. El cuerpo de los réprobos será precipitado en los pozos del abismo con el Demonio, su jefe. Todos los miembros del cuerpo de J.C., reunidos en torno a su Jefe, serán elevados con él al cielo para glorificar eternamente a Dios. El gran día será el día de la resurrección y de la ascensión total y perfecta de todo J.C.; el cumplimiento y la consumación de Dios en sus elegidos.

Podrá usted, mi respetable Hijo, hacer notar y admirar según lo juzgue conveniente la belleza del Cuerpo místico de J.C.; estos detalles pueden dar lugar a excelentes reflexiones morales, que podrían no estar tan bien colocadas en otro lugar. El capítulo 12 de la 1ª Carta de san Pablo a los Corintios puede servirle de modelo.

La belleza del Cuerpo místico de J.C. consiste:

1. en la justa proporción que hay entre los miembros que lo componen y en el orden natural en que cada uno de ellos está situado, como lo vemos en el cuerpo natural. Para que no haya cisma y división alguna en el cuerpo, Dios ha querido que cada uno permanezca en su sitio, en paz y sin envidia.

[51] 2. en la diversidad de funciones de cada miembro: ¡qué deformidad aportan a este hermoso cuerpo quienes, teniendo que ser pies, quieren hacer las funciones de las manos! ¿Pueden esperar ser movidos por el Espíritu Santo, que anima todo el cuerpo?

3. su belleza consiste sobre todo en la santidad del jefe que gobierna, del espíritu que lo anima, de la comunión en los bienes y en los males que hay entre los miembros y el Jefe… Por hermoso que sea este cuerpo, no tiene aún toda su integridad ni su perfección.

Lo que tiene que sopesar especialmente, mi querido Hijo, son los tres principales deberes que tenemos con nuestro Jefe. 1. Deber de continua dependencia de ese Jefe divino, para no seguir, en todo nuestro comportamiento sino los movimientos y las impresiones de su espíritu, para no querer y no hacer nada sino según su santa voluntad. 2. De-

[203] *Secundum principem potestatis aeris, hujus spiritus qui nunc operatur in filios diffidentiae* (Ef 2,2).

ber de hacer a menudo actos internos para mantener esa unión y acostumbrarse a rezar, a actuar y a sufrir uniendo nuestras oraciones, nuestros actos y nuestros sufrimientos a los de J.C. 3. Deber de hacer todo y sufrir todo con tal de conservar la unión de todos los miembros y para no romperla jamás. Este deber tiene que extenderse a conservar la unión entre todos los miembros de la Compañía de María y especialmente los de una misma comunidad.

El miembro principal del Cuerpo místico de J.C. es el mismo Jesucristo, como su jefe; pero, después de él, la Santísima Virgen ocupa el primer lugar y el más esencial; varios Padres y Santos Doctores de la Iglesia le han dado el de cuello de este augusto Cuerpo. Se comprenderá fácilmente la razón, a poco que se reflexione sobre lo necesario que es este miembro en el cuerpo natural. No es preciso, sin embargo, imaginarse, según la indicación del gran Bossuet[204], que la Virgen no sea más que un simple canal, por el que todas las gracias y el Autor mismo de las gracias llegan hasta nosotros. Debemos a la Santísima Virgen el inefable misterio de la Encarnación y con ello todas las gracias cuya plenitud está en J.C., nuestro Jefe. María es la fuente de esa plenitud, para transmitírnosla maternalmente. Es en este sentido en el que el arcángel la saluda como [*llena de gracias* (Lc 1,28)][205], y en el que piadosos sabios le aplican el texto de san Juan: [*de su plenitud todos hemos recibido* (Jn 1,16)][206].

[53] Si sus alumnos, mi respetable Hijo, llegan a comprender y a gustar estas verdades, sentirán fácilmente por qué la Iglesia aplica a la Santísima Virgen lo que los escritores sagrados dicen de la sabiduría y lo poco que de ello digo en el *Servidor de María*, página 217; no se sorprenderán cuando, más tarde, usted les hable de la unión con la Santísima Virgen. Ese sería el lugar de hablarles de la presencia y la permanencia de J.C. en nosotros y, como efecto, de la vida interior, pero haré de esto el tema de otra carta. Reciba, etc.

Octava carta

La Iglesia nos enseña que Cristo habita en nosotros y nos comunica su vida divina a través de la fe y los sacramentos del bautismo y de la eucaristía. De esta premisa se deriva para el cristiano la absoluta necesidad de un completo abandono en Cristo, hasta no vivir más que para él. El P. Chaminade habla a menudo de ese abandono, que define como «santa indiferencia para todo aquello que no sea el servicio de Dios». Esto no se debe confundir con la insensibilidad estoica, porque se sigue sintiendo la inclinación hacia las cosas agradables, y ni siquiera con la despreocupación de los quietistas, porque no se es indiferente a la salvación eterna. Se trata más bien de la plena conformidad con la voluntad de Dios y la total confianza, que proporciona una profunda paz del corazón.

Que J.C. esté presente en nosotros, mi respetable Hijo, y habite en nosotros, lo puede concluir fácilmente de lo que hemos dicho hasta ahora, pero será muy consolador para sus alumnos tratar independientemente esta verdad tan interesante. El conocimiento que tengan de ella le servirá a usted, si quieren ser fieles, para guiarlos a la más alta perfección y a llegar ser en personas verdaderamente interiores. El P. Olier, en su pequeño *Catecismo cristiano*, se expresa así: «Que Nuestro Señor Jesucristo habita en sus corazones de otro modo que por la sagrada comunión no soy yo quien se lo dice, sino san Pablo con estas pa-

[204] S. B. BOSSUET, *Sermons sur les mystères et le culte de la Mère de Dieu*. París, Julien Lanier et Cie, 1855, pp. 20-21.
[205] *Gratia plena*.
[206] *De plenitudine ejus omnes accepimus* (Jn 1,16).

labras: [*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones* (Ef 3,17)][207]. **[54]** J.C. habita en nuestras almas obrando en ellas la vida divina que se comprende por entero bajo el nombre de fe. No habita en nosotros solamente como Verbo por su inmensidad para llevar a cabo las obras de la naturaleza y para darnos la vida humana, sino que habita también en nosotros como Cristo, por su gracia, para hacernos partícipes de su función y de su vida divina».

El P. Olier se hace aquí esta pregunta: ¿será innecesario entonces acercarnos al Santísimo Sacramento del altar, ya que llevamos siempre a J.C. en nosotros? Su respuesta es esta: «Perdóneme usted: aunque Nuestro Señor esté en nuestros corazones para difundir en ellos a cada momento las gracias de su vida divina, eso no debe impedirnos acercarnos al Santísimo Sacramento; porque este sacramento nos da gracias especiales y más abundantes que las que recibimos de la sola comunión espiritual. Las gracias que se dan por el sacramento, se dan según la medida de la gran caridad de Dios, cuyos abismos son infinitos. Pero lo que recibimos a diario por medio de la oración y los suspiros de nuestro corazón, se da en proporción a la mortificación del hombre viejo y de la fidelidad **[55]** que tenemos en renunciar a nosotros mismos y a todas las búsquedas secretas de la naturaleza. Esto depende también de los sentimientos de fe, de caridad, de humildad y de otras disposiciones particulares, de las que hablaremos en otro lugar; y como la infidelidad de la criatura está mezclada ahí a menudo, las comunicaciones de J.C. y las comuniones en su vida interior son también muy raras y muy débiles; la criatura estropea todo e impide los mayores designios de Dios sobre nosotros. J.C. está en nosotros para santificarnos y en nosotros y en nuestras obras para llenar de sí mismo todas nuestras facultades: quiere ser la luz de nuestras mentes, el amor y el fervor de nuestros corazones, la fuerza y el fervor de todas nuestras potencias, a fin de que en él podamos nosotros conocer, amar y cumplir las voluntades de Dios, su Padre, para actuar en su honor o bien para sufrir y soportar todo para su gloria».

El P. Olier no ha tenido la intención de confundir la comunión espiritual con J.C. dentro de nosotros con la comunión espiritual con J.C. en el Santísimo Sacramento.

Voy a continuar, mi respetable Hijo, sirviéndome del pequeño *Catecismo cristiano*, contentándome con hacerle algunas observaciones cuando me **[56]** parezcan convenientes. El P. Olier supone que alguien le pide que le enseñe a comulgar a menudo en espíritu a lo largo del día y a usar bien una práctica tan santa. Responde: lo haría en pocas palabras, tras haberle hecho notar que Nuestro Señor J.C., cuando le hablaba a sus discípulos, les decía que su carne y su alimento espiritual eran hacer la voluntad de Dios, su Padre, y que él hacía todo con su Padre y con la virtud de su Padre: [*Mi Padre actúa siempre y yo actúo* (Jn 5,17)][208]. Mi Padre, decía, hace todas las obras en mí y conmigo; y también yo estoy por entero en él y con él, y las obras de mi Padre son mi alimento. [*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió, para llevar a cumplimiento su obra* (Jn 4,34)][209]. Pero aprendamos de esto que, como Jesucristo hacía todo en su Padre y con su Padre, es preciso también que nosotros hagamos todo en Nuestro Señor; porque él ha venido para habitar en nosotros, para vivificarnos con su fuerza, para llenarnos con una gracia capaz de santificarnos

[207] *Christum habitare per fidem in cordibus vestris* (Ef 3,17). J. J. OLIER, *Catéchisme chrétien pour la vie intérieure* (Migne col. 491-492). Esta obra estudia, en la primera parte, el espíritu cristiano según la enseñanza paulina; en la segunda expone los medios para obtener y conservar el espíritu cristiano: la oración, la misa, la comunión y la meditación.

[208] *Pater meus usque modo operatur et ego operor* (Jn 5,17).

[209] *Cibus meus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus* (Jn 4,34).

en todo, para entregar todas nuestras obras a Dios, su Padre, y a fin de que, difundiéndose en nosotros, él sirva de alimento a nuestra alma.

No se extrañe de no entender esta verdad, **[57]** pero crea y obre en consecuencia y llegará el día en el que conocerá, dice Nuestro Señor, que igual que Dios está en mí y yo estoy en él, yo estoy en ti y tú en mí. [*En aquel día sabréis que estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros* (Jn 14,20)][210]; e igual que [*mi Padre, permaneciendo en mí, hace mis obras* (ibid. v. 10)][211], lo mismo yo, permaneciendo en vosotros, haré vuestras obras y vosotros haréis las mías, como yo hago las de mi Padre.

La fe le ordena a usted esperar en J.C. y con J.C.: la Iglesia lo dice todos los días en la Santa Misa. [*Sean dados todo honor y toda gloria a Dios Padre por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo*][212]. Basta con creerlo, sin querer comprenderlo. He aquí el resumen de toda esta doctrina: «Jesucristo habita en nosotros por la fe, actúa en nosotros y quiere que nos sirvamos de la fe para recurrir a él y unirnos a él, a fin de hacer todo en él y con él y no hagamos las acciones en nosotros mismos y por nosotros mismos; porque todo lo que hay en nosotros y no es de Jesucristo, no lleva a Dios; nuestras intenciones y nuestros pensamientos **[58]** tienden al pecado por la corrupción de nuestra naturaleza y, si llegamos a actuar en nosotros mismos y a seguir la inclinación de nuestros sentimientos, actuaremos en pecado; es fácil ver así qué cuidadoso hay que ser al comenzar las acciones, para renunciar a todos los sentimientos, a todos los deseos, a todos los pensamientos y a todas las voluntades propias, para entrar, según san Pablo, en los sentimientos y en las intenciones de J.C.: [*Tened en vosotros,* dice el Apóstol, *los mismos sentimientos que J.C.* (Flp 2,5)][213], para vivir con toda piedad y religión con Dios, en toda justicia con el prójimo, en toda santidad con ustedes mismos y sobriedad con la criatura, [*rechazando la impiedad y los deseos profanos, para vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente* (Tit 2,12)][214], y lo que el Hijo de Dios había dicho en dos frases a sus discípulos: [*Si alguno quiere venir tras de mí, que se niegue a sí mismo, etc., y me siga* (Mt 16,24)][215]. Si alguno desea seguirme para vivir cristianamente, que renuncie por completo a sí mismo en todas sus acciones y que se una a mi espíritu para actuar en virtud, para la gloria de Dios, mi Padre.

Antes de entrar, mi respetable Hijo, en la aplicación de estos principios a la oración mental y a todos nuestros actos, será bueno instruir a sus alumnos sobre la cualidad tan asombrosa de esposo de la Iglesia y de **[59]** nuestras almas que J.C. se digna ejercer continuamente tanto con su Cuerpo místico como con cada uno de sus miembros. Acabamos de decir que la fe nos enseña que J.C. habita en nosotros, que opera sin cesar la vida divina por la fe que nos une a él para obrar con él: lo que debe comprometernos a entregarnos por completo a él para no vivir sino para él, es que está en nosotros en calidad de esposo, que tiene el mayor deseo de unirse a nosotros. Tras estas consideraciones, me permitirá usted, mi respetable hijo, detener aquí esta carta, para proponérselas más ampliamente en la 1ª que tenga el privilegio de escribirle. Reciba, etc.

---

[210] *In illo die agnoscetis quia ego sum in patre meo, et vos in me et ego in vobis* (Jn 14,20).

[211] *Pater in me manens, ipse facit opera* (Jn 14,10).

[212] *Per ipsum et cum ipso et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria*.

[213] *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (Flp 2,5).

[214] *Abnegantes impietatem et saecularia desideria, ut sobrie, juste et pie vivamus in hoc saeculo* (Tit 2,12).

[215] *Si quis vult post me venire, abneget semtipsum etc., sequatur me* (Mt 16,24).

Novena carta

Jesús nos dijo que «hay que orar sin cesar». Pero ¿se puede orar sin cesar y al mismo tiempo atender a los deberes del propio estado? Sí, transformando en oración las acciones habituales. El medio más adecuado es el de cultivar durante el día el ejercicio de la presencia de Dios, considerándose inmersos en Dios «como una esponja en el agua del mar y como un vaso de cristal expuesto a los rayos del sol». Para mantenerse en la presencia del Señor es suficiente «una simple mirada de la mente unida a un dulce fervor del corazón. Pero abandonarse a Dios para acercarse progresivamente a este ideal de fe y de amor presupone el abandono de sí mismo y produce «una maravillosa pureza de espíritu». ¿Es una meta demasiado alta? El P. Chaminade recomienda diversos medios, accesibles a todos.

Hace muchos días, mi respetable Hijo, que no he podido tomar la pluma para escribirle. En este largo intervalo me ha venido la idea de hablarle de la oración mental y del deber del religioso de una oración como continua; por otra parte, sus alumnos, si están bien imbuidos de la fe en la presencia de Dios en todas partes, se encontrarán dispuestos a cumplirlo con alegría.

Abra el Evangelio y las cartas de san Pablo; por todas partes ve en ellos la necesidad de la oración y de la oración continua: [*Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). *Rezando en toda ocasión* (Ef 6,18)][216]. Es lo que han tratado de llevar a cabo rigurosamente los fieles de los primeros siglos. [*Cantamos,* dice san Clemente de Alejandría, *las alabanzas del Señor en los campos al cultivarlos, en el mar cuando navegamos y en cualquier otra ocupación en que estemos, sabiendo que Dios está en todas partes*][217]. El mismo Padre dice también que [*el hombre espiritual rezará en todo lugar; toda su vida será una oración y una conversación continua con Dios*][218].

Los religiosos que se han consagrado al Señor por su profesión, están obligados más aún que el resto de los fieles a esta oración continua. Pero el medio más propio para dedicarse a este deber es mantenerse siempre en la presencia de Dios; por eso hay que cultivar cuidadosamente el ejercicio de esta santa presencia. Mantengamos, pues, en la medida de lo posible, nuestra mente aplicada siempre y nuestro corazón siempre unido a Dios. Considerémonos en el seno de su esencia, penetrados por dentro y rodeados por fuera, e inundados por todas partes de ese ser inmenso, como una esponja en medio del mar, como un vaso de cristal expuesto a los rayos del sol, **[72]** o como un trozo de hierro en medio de un gran fuego; o bien miremos a Dios en medio de nuestro corazón como en su templo o en su trono, desde donde ve todo lo que ocurre en nosotros.

Sigamos manteniéndonos en el deseo de agradarle y cumplamos sin cesar nuestros deberes con él con actos de adoración, de amor, de alabanzas, de acción de gracias y de contrición, de petición, y consagrémosle todas nuestras acciones. Para hacer más continua nuestra atención a Dios, se puede uno mantener en una simple visión de Dios, acompañada de una inclinación amorosa del corazón hacia ese divino objeto, y reforzarla de vez en cuando con reflexiones sobre sus adorables perfecciones. Esta sencilla mirada de la mente, acompañada de un dulce ardor del corazón, y esa aspiración o arrebato del corazón, sostenido por la mirada de la mente, se llevan a cabo casi sin multiplicar los actos o al menos estos no son muy frecuentes. Se permanece apegado y unido intensamente a este divino objeto, en tanto lo puede permitir la fragilidad humana.

---

[216] *Oportet semper orare et non deficere* (Lc 18,1). *Orantes omni tempore* (Ef 6,18).

[217] *Deum ubique adesse persuasi, laudantes agros colimus, laudantes navigamus et in omi allio instituto*.

[218] *In omni loco vir spiritualis orabit; precatio est et universa vita et cum Deo conversatio.*

Este ejercicio continuo[219] de la presencia de Dios conserva admirablemente la pureza del alma, santifica nuestras acciones ordinarias, nos hace aprovechar las ocasiones de practicar la virtud y nos eleva insensiblemente a una alta perfección: por eso nunca nos aplicaríamos lo suficiente a él. Sin embargo, hay que hacerlo de una manera suave, tranquila y libre, en la que participe más el corazón que la cabeza.

Si su debilidad o sus ocupaciones no le permiten estar siempre ocupado de modo explícito con Dios, trate al menos de observar estos cuatro puntos:

1. No hacer nunca acción alguna, ni grande ni pequeña, que no la haya ofrecido a Dios con una elevación del corazón;

2. Dirigir su mente a Dios todas las veces que entre usted en sí mismo; de modo que no se dedique jamás voluntariamente a pensamientos inútiles;

3. Adoptar el hábito bueno de no dejar nunca…[220].

Décima carta

El año de noviciado es un aprendizaje de la vida de virtud, en la que la práctica del silencio es uno de los ejercicios más importantes. En esta página de ascética, de estilo obviamente anticuado, se elabora el elogio del silencio, con un énfasis que hoy día es difícil de aceptar. Sin embargo, básicamente el silencio que quiere el P. Chaminade es el que evita hablar de cosas innecesarias y regula las necesarias. Entre las muchas causas que confunden la mente, la falta de silencio es la principal. Ya que la naturaleza humana tiende a pasar rápidamente de un pensamiento a otro y el amor propio se complace en los pensamientos vanidosos, el Fundador propone como remedio el «silencio de la mente», que consiste en cultivar pensamientos buenos y útiles, excluyendo los inútiles y perjudiciales[221], como la curiosidad, la búsqueda de las últimas noticias y las conversaciones ociosas. También se debe tener cuidado con los falsos silencios, como los que surgen, por ejemplo, por el mal humor. El silencio auténtico tiene a Dios como principio y como fin. Su objetivo es la conversación con el Creador, vivir en él, inmersos en su espacio infinito. No se limita a medir las palabras, sino que se manifiesta en toda la vida de la persona.

1. El silencio, mi respetable Hijo, es como el ornamento[222] del estado religioso y le da la vida, la fuerza y el movimiento. No hay regularidad alguna allí donde no hay silencio alguno; o si aún queda un resto de él, aquella no hace sino languidecer y pronto quedará destruida, como un cuerpo del que se ha separado el alma. El silencio es la llave de la religión. La puerta le permanecerá a usted siempre cerrada, estará usted siempre fuera de su estado, no entrará usted nunca en su verdadero espíritu, en una palabra, será usted más bien una persona del siglo que un religioso, si no es fiel al silencio. El silencio: es una de las

---

[219] Estos consejos provienen del capítulo XII de la obra de du Sault.

[220] El manuscrito Chevaux, único documento que conserva esta carta, se para aquí bruscamente… Pero el P. Chaminade copia *Avisos y reflexiones sobre los deberes del estado religioso… por un religioso benedictino de la Congregación de San Mauro* (Dom du Sault o du Soult), cap. XIV sobre la oración y después el capítulo XXXV y los siguientes, que reproducimos en esta nota:

> «… pasar un cuarto de hora, sin hacer una elevación del corazón, incluso en las que más disipen.
>
> «4º Ocuparse de Dios con santas aspiraciones en los intervalos libres de la jornada: como cuando se oye el comienzo de un ejercicio, cuando se va y viene por el monasterio. Un buen religioso vuelve siempre su corazón hacia Dios, en cuanto tiene libertad para ello, como una aguja imantada gira siempre hacia el polo».

[221] En los *Escritos de Dirección* I, (párrafos 712 a 717) se precisa el pensamiento del P. Chaminade sobre este silencio de la mente.

[222] Traducimos así, conjeturalmente, el francés *Orne* del original. Otra posibilidad, que respeta la grafía del original, es que se refiera a un departamento del norte francés, famoso por su belleza (N. T.).

principales columnas del templo del Señor. Todo se derrumbará y caerá por tierra, si llega a faltar. Este templo solamente se construye con una exacta observancia del silencio y cae en ruinas desde el momento en que uno se separa de una tan santa práctica.

2. El silencio es el guardián de la inocencia, el padre de la devoción, el maestro de la vida interior, la alegría del corazón, la fuente de la oración, la fuerza del alma, el reglamento de las costumbres, el freno de las pasiones, la muralla contra las tentaciones, la escala del cielo, la perfección de los religiosos, la puerta de la salvación y el gran medio para progresar en los caminos de la gracia.

3. El silencio es uno de los principales caracteres de un buen religioso. Ser silencioso y ser buen religioso es casi lo mismo, porque un religioso que guarda el silencio, sin buscar consuelo alguno entre los seres humanos, se hace digno de encontrarlo junto a Dios, a quien toma a pecho agradar con la práctica de sus reglas y sus ejercicios, y con su aplicación a la oración mental, al recogimiento y a la lectura, y todo esto es lo que hace a un buen religioso. Y al contrario, no guardar silencio alguno y ser mal religioso es casi lo mismo, porque, al hablar con los seres humanos, se pierde poco a poco el gusto por Dios, se abandonan insensiblemente sus reglas, sus ejercicios y sus prácticas de piedad, de modo que al final se acaba sin tener de religioso más que el hábito.

[68] 4. ¿Hablan los muertos?, ¿o se les ve salir de sus tumbas para conversar con la gente del mundo? Han hablado mucho antaño, mientras vivían, pero ya no hablan, tras haber perdido esta vida. Si tienen aún labios y lengua, ya no las usan. Reposan en paz y en un profundo silencio en el fondo de sus tumbas. Por su compromiso, los religiosos están en un estado de muerte. Sus casas son sus tumbas, deben descansar en paz en el seno del Señor y guardan profundo silencio. Antaño estos muertos conversaban con los humanos; pero ahora deben guardar el silencio con ellos y, si usan su lengua, no debe ser sino para hablar de Dios y cantar sus alabanzas.

N. B. Tenga, pues, una estima y un amor extraordinarios por el silencio: no le prestará jamás suficiente atención ni lo amará con excesivo ardor.

Muertos al mundo y a sus vanidades, no deben mantener ya relación alguna con el de los mortales. Son gentes del otro mundo y todas sus relaciones deben ser con Dios o con sus santos. Deben llevar una vida totalmente escondida en Dios con J.C. y no buscar consuelo sino en su relación con estos. Si lo siguen buscando aún en el trato con los seres humanos, hay que ver si no están muertos y si, en consecuencia, están fuera de su estado, que es un estado de muertos.

5. Cuando abrimos la boca para hablar, es como si abriéramos la puerta de nuestro corazón al enemigo, para que entre. Lo hará sin duda, si no ponemos una guardia fuerte en esa puerta para custodiarla. Pero ¿qué guardia será suficientemente fuerte, si no la obtenemos de Dios? [*Es a Dios a quien corresponde gobernar la lengua* (Prov 16,1)][223]. Por eso, cuando no podemos dispensarnos de hablar, debemos dirigirnos a él para pedirle que ponga en nuestra boca las palabras que debemos decir y nos impida proferir las que son desagradables. [*Pon, Señor, una guarda en mi boca y custodia la puerta de mis labios* (Sal 140,3)][224].

[223] *Dei est gubernare linguam* (Prov 16,1).

[224] *Pone, Domine, custodiam ori meo et ostium circumstantiae labiis meis* (Sal 140,3).

[*La persona que no contiene su lengua, se parece a una ciudad que no tiene muralla alguna* (Prov 25,28)][225] y en la que se puede entrar por todos lados para saquearla, quemarla y destruirla.

6. Si debemos dar cuenta, es decir, ser castigados en el juicio de Dios [*hasta por una palabra inútil*][226], ¿qué será por las palabras prohibidas por nuestras reglas, las palabras **[69]** contra la voluntad de Dios, las palabras que con frecuencia llevan consigo como principio la desobediencia, la pasión y el desorden del corazón?

7. El silencio, para la persona espiritual que está verdaderamente animada por el espíritu de J.C. y el del estado religioso, lejos de ser una molestia, es un delicioso placer, porque le sirve de medio para conversar continuamente con Dios, en cuyo trato gusta delicias inefables. El silencio es el lenguaje del alma para hablar con Dios, como la palabra es el lenguaje para hablar con los seres humanos. Es el arte de persuadir a Dios y de obtener de él todo lo que se quiere. Es en el silencio donde también Dios instruye al alma sobre las verdades de la salvación y sobre los misterios divinos. [*Oiré lo que dentro de mí dice el Señor* (Sal 84,9)][227].

8. Todo nos exige el silencio: Dios, nuestros intereses y los del prójimo. Dios lo pide, porque no podemos honrar dignamente la grandeza infinita de su majestad sin mantenernos en su presencia en un respetuoso silencio; no podemos escuchar como hay que hacerlo los oráculos de su sabiduría, sin cerrar nuestros oídos a los discursos de las criaturas y sin callarnos en su presencia; no podemos satisfacer su justicia sin permanecer mudos a los pies de su trono como criminales convictos de sus crímenes, embargados de miedo, penetrados de dolor y cubiertos de confusión.

Lo piden nuestros intereses, puesto que es interés nuestro guardarnos de pecar y progresar por los caminos de la justicia. Pero nada más a propósito para guardarnos del pecado que el silencio, puesto que con él nos ponemos a cubierto de una infinidad de pecados que no se podrían evitar si se habla. [*En el mucho hablar, no faltará pecado* (Prov 10,19)][228]. Tampoco nada más apropiado que el silencio para progresar por los caminos de la justicia, puesto que la conserva, la alimenta y la perfecciona en nosotros. [*La justicia cultiva el silencio* (Is 32,17)][229]. Todas las virtudes descansan a gusto y se encuentran seguras en el seno del silencio, pero tiemblan y corren mil peligros cuando están obligadas a salir de él.

Lo piden, por último, los intereses del prójimo, porque el silencio le ahorra mil complicaciones que le causamos con nuestros discursos y lo pone a cubierto de una infinidad de pecados en los que nos embarcamos cuando hablamos.

[70] 9. Al silencio no solo le compete reprimir nuestra lengua e impedirle derramarse en discursos inútiles; debe también regularla, cuando estamos obligados a hablar. Estas son las reglas principales que hay que observar al hablar:

1. No hablar sino cuando, por decirlo así, el Espíritu Santo desate nuestra lengua, inspirándonos hablar en las ocasiones en las que la obediencia lo exija o algunas razones legítimas aprobadas por nuestros superiores legítimos.

---

[225] *Sicut urbs patens et absque murorum ambitu, ita vir qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum* (Prov 25,28).
[226] *Etiam de verbo otioso*.
[227] *Audiam quid loquatur in me Dominus* (Sal 84,9).
[228] *In multiloquio non deerit peccatum* (Prov 10,19).
[229] *Cultus justitiae silentium* (Is 32,17).

2. Hablar poco y no decir sino lo que es necesario. A este propósito, dice un Santo Padre, hay que [*alargar nuestro discurso cuando hablamos con Dios y acortarlo cuando hablamos con los seres humanos* (san Efrén)][230].

3. Hay que sopesar todo lo que se dice, para que no se nos escape nada que pueda desagradar a Dios o que sea contrario a nuestras obligaciones. Debemos, por así decirlo, poner todas nuestras palabras en la balanza de los juicios de Dios, antes de permitirnos proferirlas al exterior, para examinar si hay en ellas algo que pueda atraernos la condenación: [*hazte una balanza para pesar tu boca* (según Eclo 28,29)][231].

4. Hay que hablar tan útilmente que lo que se diga valga más que su silencio. [*Hay que hablar solo cuando ello sea más útil que el silencio… o calla, o di algo mejor que el silencio* (san Juan Crisóstomo)][232].

5. Hay que hablar con sencillez, evitando todas las maneras afectadas de hablar del siglo; con humildad, sin proferir palabra alguna que suene a orgullo; con suavidad, no diciendo nada duro, chocante o desagradable; con verdad, evitando toda mentira o equívoco; con contención, reprimiendo todas las ganas de hablar, y sin interrumpir a nadie; con gravedad, guardándose de todo hablar ligero, sin hablar nunca con precipitación excesiva; con modestia, hablando bajo o con una voz que no sea demasiado elevada, y evitando siempre todo gesto o postura indecente.

10 (*sic*). No guardar un silencio de ídolos o de animales, que no esté regulado por la piedad o por la razón. Que su silencio sea espiritual y divino, y que le sirva como medio para aplicarse a las cosas celestes y para unirse estrechamente a Dios, que no sea…[233].

---

[230] *Cum Deo, multis; cum hominibus, paucis loquere*. SAN EFRÉN.

[231] *Ori tuo fac stateram* (según Eclo 28,29).

[232] *Tunc solum loquendum est, quando plus proficit quam silentium… aut tace, aut dic meliora silentio*. SAN JUAN CRISÓSTOMO.

[233] Otra vez el manuscrito Chevaux, único documento que conserva esta carta, se para aquí bruscamente… Pero los *Avisos y reflexiones sobre los deberes del estado religioso…* sigue así en el capítulo XXIX:

> «… que no sea un silencio estúpido, que le mantenga en una triste y perezosa ociosidad, que sea un silencio religioso que le llene de fervor y de celo por la gloria del Señor. Con las criaturas no hay que guardar el silencio sino para hablar con el Creador. A veces se ven religiosos bastante silenciosos, pero que guardan el silencio solamente por melancolía, pena o mal humor, y que, al guardarlo, se ocupan de todo menos de Dios. No es ese el silencio que debe observar un religioso. Eso no es una virtud religiosa ni cristiana, es un grosero defecto. Con esa conducta se profana una práctica tan santa y se convierte en una inercia de la que habrá que dar cuenta a Dios: [*Darán cuenta del silencio inútil* (*Reddent rationem pro silentio otioso*) (san Basilio)]. El verdadero silencio solo debe tener como principio y fin a Dios; no debe ser observado sino por agradar a Dios y unirse a él. Tenga cuidado, pues, de perder por su falta de aplicación a las cosas de Dios el mérito y el fruto de su silencio». (Nueva edición cuidadosamente revisada y corregida por el P. J. Dufour. París, Hippolyte Walzer, 1889).

SEXTA PARTE

LA «CALMA DESPUÉS DE LA TEMPESTAD»

EL RELANZAMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA Y LA APROBACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES MEDIANTE EL DECRETO DE ALABANZA DE LA SANTA SEDE

1. Introducción

a) La reactivación de las obras

Después de la Revolución de Julio, la situación de las obras marianistas de Burdeos era bastante crítica. La Institución Santa María en la calle del Mirail, la escuela secundaria que la Compañía de María dirigía en la ciudad, había cerrado el internado y estaba constantemente amenazada por peligros inminentes. El noviciado de San Lorenzo había sido cerrado y la Congregación carecía de consistencia espiritual e iniciativas prácticas relevantes: por respeto a las ideas liberales había incluso cambiado su nombre por «Cofradía de la Inmaculada Concepción». En Burdeos, la Compañía solo estaba representada por la capilla de la Magdalena, atendida por algunos sacerdotes. El nuevo arzobispo, mons. J. de Cheverus, no había conocido al Fundador y juzgaba su obra por lo poco que veía, formándose una opinión poco favorable. Por eso, dudó mucho antes de conceder las sagradas órdenes al P. J. B. Fontaine. En el ambiente de la curia diocesana había algunos que conocían al P. Chaminade, los que habían dejado la Compañía alrededor de 1833: el P. J. B. Collineau y el sr. Augusto Perrière, ex asistentes del Fundador y ahora muy respetados y considerados en la diócesis. Pero ellos estaban convencidos de que la obra del P. Chaminade, demasiado inconcreta y dispersa, no tenía futuro alguno. De la misma opinión era también el superior del seminario, el sulpiciano P. Hamon.

Después de haber iniciado la Tercera Orden de las Hijas de María, hacia finales de 1836, el P. Chaminade regresó finalmente a Burdeos. Pero inmediatamente comprobó el vacío a su alrededor y se encontró con una comunidad religiosamente desorientada. Entonces se apresuró a animar a los hermanos, transmitiéndoles las alentadoras noticias sobre el extraordinario desarrollo de la Compañía en el Franco-Condado y Alsacia, donde estaban floreciendo nuevas y sólidas vocaciones. Les dijo que no había nada que temer: las casas de la Compañía eran ya veinte y los religiosos, aunque disminuidos de 150 a 120, estaban ya creciendo progresivamente; las Hijas de María, por otra parte, ya tenían cinco casas, mostraban estabilidad en su implantación y no habían conocido ninguna crisis seria. Mientras tanto, la dirección de la diócesis de Burdeos había pasado a las manos de mons. Donnet (1837), que había sido obispo auxiliar de Nancy. Con él se podía sin duda trabajar: era un amigo. Para hacerse una buena idea de la situación de la Compañía de María en ese período, junto a los tristes ejemplos de algunos religiosos de los que quedan referencias en las quejas que el Fundador expresa en su correspondencia, es necesario también recordar los maravillosos ejemplos de virtud ofrecidos por muchos hermanos, que apoyaban la obra común con su fervor y su dedicación incondicional. El P. Chaminade reconocía todo esto, pero añadía que para el trabajo futuro se requería un compromiso aún mayor por parte de todos.

El P. Chaminade se puso de nuevo manos a la obra en la Congregación mariana, a la que dio un nuevo impulso, estimulando la regularidad de las reuniones como en los días de la Restauración. Los éxitos visibles no se hicieron esperar. La asociación, relanzada, fue capaz de ofrecer cuadros dirigentes a dos obras importantes: los grupos de san Francisco Regis, para la regularización de los matrimonios[234] y la Conferencia de san Vicente, creada por F. Ozanam (1813-1853), dedicada a la actividad asistencial. Alentado por los resultados obtenidos, el Fundador dedicó sus últimas fuerzas a las nuevas fundaciones y a la reorganización de la Compañía de María, con el fin de hacerla más funcional. Un santo sacerdote, párroco de San Mauricio en Besanzón, concibió el

[234] La obra, puesta bajo la protección de Francisco Regis, fue fundada en 1825 en París por el P. Gossin y aprobada en 1828.

proyecto de un gran instituto de educación para la burguesía de la ciudad, pidiendo al P. Chaminade que le enviaría algunos de sus religiosos: así tuvo origen, en 1838, una de las obras más importantes de la Compañía, que con la ayuda de la diócesis también sobrevivirá a la persecución de 1903. Para comprar el terreno se recurrió a un medio ingenioso: una gran suscripción entre todos los miembros de la parroquia[235]. Además de esta escuela de Besanzón, otras dos fundaciones en el *Midi* coronaron los esfuerzos del Fundador: las de Clairac y Castelsarrasin (1839).

La Compañía ya estaba lista para llevar su acción fuera de Francia. Llegaron ofertas desde Suiza y Baviera. Un grupo de religiosos salió para Suiza para abrir una escuela en el cantón de Friburgo, que adquirió enseguida gran prosperidad y eficiencia. La Tercera Orden de las Hijas de María estaba llevando al Instituto de Madre Adela elementos sustanciales de renovación. Bajo la sabia dirección de la Madre Leocadia se desarrolló rápidamente y no tardó en abrir, como una cascada, nuevas casas: Baran (1837), Pavie, Cazaubon (1839), Montréal, Aux (1840), Sarrant (1841), Mas d'Avignon, St. Antonin, Fleurance (1843), Astaffort, Pergain (1845), Castelmoron (1846), Cologne (1847), Bon-Encontre (1849)… El Fundador albergaba un amor especial a la Tercera Orden (una verdadera Orden sin clausura): hasta 1842 fue todos los años a Auch para recibir los votos de las nuevas religiosas y manifestarles su aprecio[236]. Dentro de todas las comunidades reinaba ahora la paz y la unidad de sentimientos y objetivos. El único inconveniente fue la agitación sin rumbo del P. Lalanne. Quiso trasladar el colegio de Burdeos, que mientras tanto había registrado una fuerte recuperación, a la amplia abadía de Layrac, para realizar allí los experimentos educativos y pedagógicos de Saint-Remy. Pero las ingentes dificultades financieras con las que se encontró le quitaron la serenidad y la paz. Por ello, salieron de nuevo a la luz las viejas aspiraciones libertarias, que se tradujeron en un gesto de rebeldía. En realidad no tuvo muchas consecuencias: todo terminó en un arrepentimiento y una reconciliación.

b) El espíritu de las obras

El P. Chaminade pudo finalmente proceder a una redacción más clara del espíritu de sus obras. Trabajó intensamente en el segundo libro de las Constituciones de la Compañía de María, cuya idea central era una marcada centralización de los poderes en las manos de la Administración general. Esta estaba constituida por los tres oficios: celo, educación y asuntos temporales. De ellas tenía que depender la animación de toda la Compañía. La redacción de los dos libros de las Constituciones terminó en julio de 1838 y el texto, después de ser sometido a los obispos de las diócesis en las que estaban presentes los religiosos de la Compañía[237], fue enviado a Roma para su aprobación. Pero antes de que el nuevo texto llegase a las comunidades, el Fundador aprovechó los retiros anuales de 1839 para explicar a los religiosos, mediante los tres sacerdotes encargados de la predicación de los retiros, el «espíritu» de la Fundación. A ellos el P. Chaminade dirigió la famosa *Carta a los predicadores de retiros* que, divulgada, tuvo un influjo extraordinario en toda la Compañía[238]. En esa carta se afirmaban claramente las características del Instituto: Compañía consagrada a María, impregnada internamente de espíritu misionero y «católica» en la universalidad de

[235] Cf. CHAMINADE, *Cartas V, o. c.*, n. 1162, 24 de agosto de 1839, p. 79-80.

[236] Con fecha 4 de abril de 1921, las dos ramas de la Congregación de las Hijas de María, a petición propia, fueron reunidas por la Santa Sede en una única Congregación.

[237] J. C. DELAS, *Historia de las Constituciones…, o. c.,* pp. 63-68

[238] CHAMINADE, *Cartas V, o. c.*, n. 1163, 24 de agosto de 1839, pp. 83-94. Cf. J. B. ARMBRUSTER, *El estado religioso marianista*. Madrid, Servicio de publicaciones marianistas, 1995; E. CÁRDENAS, *Itinerario mariano de Guillermo José Chaminade, misionero de María*. Madrid, Servicio de publicaciones marianistas, 2004.

sus obras. Así es, aunque, de hecho, en aquel momento los marianistas estuviesen todos dedicados a la enseñanza.

En septiembre de 1839 el Fundador sintió una inmensa alegría al recibir de Roma el tan esperado Decreto de alabanza, con el cual se reconocía la bondad de sus familias religiosas. Así, para dar una orientación definitiva a la Compañía, se preocupó por aclarar el significado de las Constituciones, publicando, una tras otra, las tres circulares sobre los votos. En esos años muchas vocaciones florecieron un poco por todas partes, mientras que el trabajo educativo y pedagógico de los hermanos cosechaba elogios encendidos[239].

En cuanto a la espiritualidad de sus Institutos, el P. Chaminade la quiso unida al concepto de «camino»: una especie de itinerario de pertenencia a Dios por medio de María[240]. Asociada con Cristo en la eterna enemistad con Satanás, como se revela en la Biblia desde sus primeras páginas, María es vista como la primicia del reino espiritual de la Iglesia. Todo el cristianismo vibra con esta presencia salvadora y militante. Ya lo había dicho san Bernardo: «Si el mundo se derrumba a tu alrededor, si te sientes perdido, mira a la Estrella, invoca a María». En la carta de 24 de agosto de 1839, el P. Chaminade escribió que «el poder de María no ha disminuido», de hecho, siempre está atenta a los peligrosos vaivenes del mundo y a las necesidades de la Iglesia. Para él la figura de la Virgen, presentada con referencias bíblicas y enseñanzas patrísticas, es una figura que estimula a la generosidad y a la entrega. Profundiza su papel activo y materno en la vida espiritual, en el crecimiento cristiano y en el apostolado. Para que Dios pueda cumplir su obra en nosotros es necesario hacer «alianza con ella». En este sentido, el primer objetivo se logra con la consagración bautismal, el último con la adhesión a la vida consagrada. La nueva era mariana, anunciada por él en varias ocasiones, no es una afirmación retórica: es una convicción personal profunda, sentida hasta tal punto que se siente obligado a comunicarla al Papa[241].

El párroco que había querido a los marianistas en Friburgo, al exponer el motivo de su elección, decía expresamente que la razón era mariana: los marianistas difundirían entre los alumnos el conocimiento y el culto de María, para conducirlos más fácilmente al encuentro con Jesús. Ya en el primer *Reglamento de los religiosos de María* (1819), el P. Chaminade insertaba el siguiente artículo:

> Se aprovecharán con gran cuidado todas las oportunidades para inspirar a sus alumnos el amor de la Virgen, haciéndoles conocer los beneficios de consagrarse a su servicio y de dedicarse a su culto. Se les inspirará una gran devoción a una madre tan tierna[242].

La primera generación marianista siguió fielmente esta orientación[243]. El mismo P. Lalanne, a pesar de que llevaba una vida a menudo inquieta y agitada, se mantuvo fiel a esa orientación, como lo demuestra su discurso en una escuela con motivo de una solemne entrega de premios, en la que entre otras cosas dice:

> Ustedes que han tenido la suerte de tomar de las fuentes de la fe cristiana los principios de la verdad, ya saben lo que el cristianismo ve que contiene el augusto nombre de María. ¡María! Es la ternura materna elevada a la dignidad de virtud sobrenatural. ¡María! Es la pureza de la

[239] Juan María de Lamennais, fundador de una congregación de «Hermanos» en Bretaña, en una carta del 23 de mayo de 1836, hace referencia a los marianistas, alabando su actividad escolar (cf. *La vita di La Mennais*, t. II, pp. 154-155).
[240] P. FERRERO, *L'alleanza con Maria*. Vercelli, 1997.
[241] CHAMINADE, *Cartas IV, o. c.*, n. 1074, 16 de septiembre de 1838, pp. 510-511.
[242] *Espíritu de nuestra Fundación*, I, n. 145. Cf. https://marianistas.org/portada/Bibioteca digital marianista.
[243] P. FERRERO, *Il pensiero mariano nella tradizione marianista*. Vercelli, ArSGL, 1998, pp. 19-25.

inocencia consagrada y protegida por el poder de una gracia privilegiada de Dios. ¡María! Es el celo de la caridad divina, unida a la paciencia del trabajo y la generosidad del sacrificio. ¡María! Es la alegría del corazón, en la sencillez y la cotidianidad del más humilde servicio. Feliz de haber comprendido y creído en una realidad tan densa de significado, afirmo que aquellos que yo represento aquí han elegido, desde hace tiempo, a María y la han situada como estandarte de sus comunidades y de sus obras[244].

2. La correspondencia (de 1836 a 1840)

Favorecido por una cierta serenidad y paz, esta es la edad de oro de la dirección espiritual del P. Chaminade. Destacan en primer lugar las doce cartas breves al sr. Claudio Mouchet, enfermero en Saint-Remy. Incluyen sobre todo consejos que se refieren especialmente a su vida de oración: tiene de hecho el don de la presencia habitual del Señor, una especie de «oración continua». El Fundador le anima suavemente, asegurándole que «Jesús ora en él». Hay numerosas cartas al P. León Meyer, que nos han llegado, por desgracia, solo parcialmente: en general, solo nos queda el pensamiento de fondo. Respecto al P. Chevaux, continuamente probado por crisis internas, la correspondencia se extiende libremente en un amplio espacio espiritual, pedagógico y teológico. Resurge el caso Lalanne: esta vez la respuesta del P. Chaminade es enérgica, aun siendo paternal. Para las Hijas de María, está solo la carta a la Madre Javier sobre la interpretación exacta de las Constituciones. Al sr. G. Bernhard, panadero en la casa de Courtefontaine, le propone la práctica de la infancia evangélica.

Algunas cartas se refieren a casos especiales: al sr. David Monier, desanimado; al sr. Fridblatt, alma inquieta e insatisfecha; al sr. Clouzet, que parece está en el camino de la conversión. No están olvidados los postulantes, novicios, estudiantes, futuros religiosos, religiosos ejemplares (Dumontet, Enderlin, Genre), los maestros de Saint-Remy, las diversas comunidades. Por último hay que recordar las cartas más importantes: al Papa y a toda la Compañía sobre la aprobación de las Constituciones. Además está la circular a los predicadores de retiro, que merece mayor importancia: a ella hay que añadir la carta al canónigo Valentini, que resume, básicamente, la doctrina mariana de la Compañía de María.

787. Ebersmunster, 21 de julio de 1835
Al P. Perrodin, Acey

Julio César Perrodin era vicario en Arbois cuando la revolución de 1830 le obligó a abandonar la parroquia junto con el párroco. Poco después se retiró a Acey, donde compartió la dirección espiritual de las Hijas de María con el P. Bardenet. Así fue como conoció la Compañía de María y a su Fundador. Animado por él y por el P. León Meyer, decidió entrar en la Compañía de María. Llegará a ser enseguida provincial del Franco-Condado y luego rector de la Magdalena, donde destacará como director de almas.

En esta carta, además de consejos generales, recibe la propuesta de encontrarse alguna vez con otro aspirante a la vida religiosa, para hacer algún tipo de corrección fraterna.

Bendigo al Señor, mi respetable hijo, porque le ha ido haciendo ver cada vez más lo *único necesario* y la perfección que él exigía de usted: es un favor de predilección. Marcharemos en adelante juntos por la vía estrecha que conduce a la vida. Jesucristo es esta vía y él es su puerta: nos esforzaremos en seguir a Jesucristo, acompañados siempre de nuestra augusta Madre, la divina María.

[244] *Espíritu de nuestra fundación, o. c.*, t. III, n. 394, apartado «¿Qué es la Compañía de María». También el *Manuel de pédagogie chrétienne* se recomienda diversas veces al maestro hacer conocer y amar a la Virgen (1ª parte, pp. 76-77; 2ª parte, pp. 83-84).

Espero ir a Acey hacia el final del verano, y allí, en algunas entrevistas, explicarle los beneficios del hermoso estado que abraza. Calcularemos también las dificultades que tendría para entrar con toda libertad. Haré todo lo posible para tener el honor de visitar al señor obispo de Saint-Claude. Incluso quizá sea conveniente ir a Saint-Claude, para un establecimiento que acabo de prometer a Su Ilustrísima en su capital para Todos los Santos.

Mientras tanto, esté tranquilo, así como el P. Danne[245]. Trabajen uno y otro en crecer en el amor de Dios y en la abnegación de sí mismos, que van necesariamente juntos. Yo desearía también que, mientras tanto, fuesen respectivamente el uno para el otro Maestros de novicios; que varias veces por semana, si no es todos los días, se dijesen mutuamente los defectos que cada uno encuentre en el otro, con algunas palabras de ánimo para seguir siempre adelante.

846. Agen, 17 de julio de 1836
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

Claudio Mouchet entró con diecisiete años en la Compañía de María en 1832. A lo largo de toda su vida realizó las tareas de ropero y enfermero en diferentes casas de la Compañía. Fue uno de los religiosos más virtuosos de su generación. El P. Chaminade lo dirigió durante bastante tiempo, como se demuestra por una serie de cartas felizmente conservadas. En esta que presentamos aparecen tres pensamientos: los fragmentos de nuestras pequeñas debilidades sirven para construir el templo de la humildad; el ejercicio de la humildad permite vernos como Dios nos ve y nos juzga; solo en Dios tenemos nuestra verdadera consistencia.

Su breve carta, mi querido hijo, del 3 de junio último, me dice que ha comprendido que soy realmente su padre, porque ha sentido que es mi hijo: yo también he sentido que soy su padre.

Continúe siguiendo los consejos que le he dado; sea fiel a ellos. No se inquiete por las distracciones que no son voluntarias y que no nacen del corazón: lo único que tiene que hacer es dejarlas pasar tan pronto como se aperciba de ellas. La santísima Virgen y Nuestro Señor, a los que se mantendrá usted cada vez más unido, suplirán su debilidad y el defecto de la estabilidad de vuestra mente. Tiene razón al creer que el buen Dios le deja todos esos defectos para mantenerlo en la humildad y en un perfecto desprecio de sí mismo; que, si tiene alguna virtud y algunos buenos sentimientos, los ha recibido de la bondad y de la misericordia de Dios, y que por usted mismo no es sino miseria y pecado.

855. Agen, 6 de agosto de 1836
Al P. Chevaux, Saint-Remy

Se presenta aquí en forma resumida el tema de la alabanza que las criaturas deben a su Creador: todo, durante el día, debe ser vivido en referencia a Dios, con alegría y sin tensiones internas. Este deber universal es más fácil de realizar allí donde florece una viva intimidad con María.

No dejaré partir este correo, mi querido hijo, sin decirle a usted que me alegro del restablecimiento de su salud; primero, naturalmente, por la amistad que le tengo, pero más aún, porque el Señor le da un tiempo para que se una cada vez más a él por la fe y por el amor.

[245] El P. Danne, sacerdote de la diócesis de Saint-Claude, pedía, como el P. Perrodin, su entrada en Compañía.

Que todas sus oraciones, e incluso todas sus ocupaciones, estén dedicadas a Dios por él, con él y en él: es una práctica universal para rendir a Dios la gloria que le debemos, para obtener todas las gracias que necesitamos, y para adquirir la santidad a la que estamos llamados. Esta práctica se hace fácil, si nos mantenemos unidos habitualmente a la Santísima Virgen.

Cuide, mi querido hijo, esa salud que le es tan preciosa. Evite sobre todo cualquier imprudencia. Tenga cuidado con toda concentración de la mente, con todo afecto demasiado sensible.

854. Agen, 6 de agosto de 1836
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

Nuestro Señor está siempre en el centro del alma, incluso en el momento de las tentaciones y de la aridez. No hay que maravillarse de las distracciones y de la frialdad en la oración, ya que es obra de los sentidos y de la parte del corazón que escapa al control humano. Es una suerte servir a Dios en el desierto «sin aquel fervor sensible que es tan delicioso». Que vengan las arideces, con tal que se viva en unión con Dios y con María: entonces es «el Señor el que reza por nosotros».

He respondido, mi querido hijo, a la breve carta que me envió por medio del sr. Fontaine, los primeros días de junio, y añado dos palabras aquí a la del 25 de julio. Las tentaciones, las sequedades en la oración, las distracciones *involuntarias*, el sueño incluso, también *involuntario*, no perjudicarán en modo alguno sus oraciones mentales, y sobre todo su eficacia, si siempre se une usted a Nuestro Señor Jesucristo. Es él, mi querido hijo, quien reza por nosotros, y quien está incluso en nuestra oración. Manténgase siempre con la Santísima Virgen, en el amor y la confianza en ella. Toda su dicha radica en su unión con Nuestro Señor Jesucristo por la fe y el amor. No desee consolaciones, ni ese fervor sensible que es tan delicioso: Nuestro Señor ve sin duda que usted estaría orgulloso de él si se lo hiciera experimentar; pero sea invariablemente fiel y manténgase en paz.

Por lo demás, siga exactamente las prácticas que le he dado. Comulgue tres veces por semana, siempre preparándose a ello.

Si experimenta alguna tentación, permanezca fiel; que la fe sea el motivo de su fidelidad: todo consiste en eso.

861. Auch, 31 de agosto de 1836
Al señor Donzé, Saint-Remy

El destinatario de esta carta es un postulante, al que el Fundador invita a prepararse al noviciado entrando en un verdadero espíritu de penitencia, que es el primer paso (vía purgativa) de la ascesis religiosa.

Su carta, mi querido hijo, me ha penetrado de un tierno sentimiento de compasión. Estoy demasiado ocupado, en este momento, para darle con detalle los consejos que necesita: los resumo todos en el de entrar seriamente por la vía purgativa, es decir, en un verdadero espíritu de penitencia. Que todas sus oraciones y todas las acciones de la jornada estén hechas en ese espíritu de penitencia.

Si su salud se restablece lo suficiente, puede ir al Noviciado de Courtefontaine, pero después de haber hablado con el P. Fontaine, para saber si hay necesidad de usted expresamente: pienso darle un buen vigilante. Consulte también al P. Chevaux y reciba mis tiernos abrazos.

879. Burdeos, 7 de octubre de 1836
A los señores Périsse hermanos, Lyon

*La carta a los editores de Lyon es una demostración del gran interés que el P. Chaminade tiene por los libros de espiritualidad y de cultura religiosa. Busca el tercer volumen de una obra de Saint-Jure. El editor le responde que ese volumen es ilocalizable. Jean-Baptiste Saint-Jure (1588-1657) pertenece a ese grupo de autores espirituales llamados «eclécticos». De hecho a veces sigue a Taulero, otras a San Ignacio y la tradición carmelitana e incluso a la Escuela francesa. Además de los importantes tratados espirituales (*El hombre religioso*,* El libro de los elegidos *o* La unión con Jesucristo*), escribió también biografías ejemplares de poco valor histórico pero ricas de reflexiones místicas.*

Hace unos días que llegué por fin a Burdeos. Acabo de verificar si el *Hombre Religioso* que han reimpreso ustedes contiene la obra completa que el Padre J. B. Saint-Jure de la Compañía de Jesús escribió sobre esta materia. Parece evidente que ustedes no han reimpreso más que los dos primeros libros de esta interesantísima obra, cuya división, anunciada en la edición de 1673 era la siguiente:

El primer [libro] serían las reglas y los votos de religión; el segundo, las cualidades requeridas para vivir en comunidad; el tercero, las causas de las defecciones de los religiosos, el cuarto, sobre las causas de la decadencia de las órdenes religiosas; y el quinto las instrucciones necesarias para formar rectamente a los novicios y dirigir la acciones principales de los religiosos.

¿Pudiera ser que el Padre Saint-Jure no hubiese tenido tiempo de terminar los tres últimos libros antes de su muerte, o no habrán podido ustedes encontrarlos? Únicamente han llegado a mis manos los dos primeros libros que han reimpreso ustedes, y de los que no tardaré en hacerles más pedidos…

897. Burdeos, 9 de noviembre de 1836
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El alma, purificada por la práctica de la virtud, llega a la madurez mediante la unión habitual e íntima con Dios. La mejor manera de prepararse para los votos perpetuos es la de vivir «siempre en compañía de la santa Virgen» y contemplar a Dios, no como una abstracción mental, sino como alguien que vive en la intimidad del propio corazón.

No he podido responder antes, querido hijo, a su carta del 26 de septiembre último, y estoy aún tan ocupado que solo podré decirle unas pocas palabras.

Me pide usted permiso para emitir sus votos definitivos. En caso de que no se lo hubiesen concedido en el retiro en que acaba usted de participar, cuénteme de nuevo cuál es su disposición de ánimo y estoy muy inclinado a concedérselo. Cuando haya recibido su nueva carta, escribiré a Saint-Remy, y aunque no sea tiempo de retiros, tendrá usted la felicidad de poderse consagrar enteramente al servicio de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre. Pero esta unión, tanto con Nuestro Señor como con la Santísima Virgen, debe venir más del corazón que de la inteligencia. Y es en esta unión donde debe usted poner toda la confianza contra su natural perverso y contra las tentaciones del demonio.

912. Burdeos, 10 de diciembre de 1836
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El sr. Mouchet desearía prácticas ascéticas más radicales pero el P. Chaminade no es de la misma opinión.

Ya no se trata, querido hijo, de otorgarle el permiso para consagrarse entera y definitivamente al servicio del Señor y de su Santísima Madre en la Compañía, porque ya había aceptado la petición que usted me dirigió al efecto y, según la carta del P. Chevaux, la ceremonia ha debido tener lugar en la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 8 corriente. Y ahora es usted, más que nunca, y tanto como es posible, mi hijo, hijo de mi corazón, y yo soy realmente su padre en el orden de la fe y de la religión.

Siga, hijo mío, avanzando, como tenemos convenido. No voy a concederle el aumento de la penitencia que me pide; ya lo veremos un poco más adelante si Dios lo requiere de usted: pero sea realmente fiel, y nada de escrúpulos, antes bien, fidelidad total.

De algunas cartas enviadas al P. León Meyer quedan solo unos fragmentos que, sin embargo, merece la pena conocer. Se trata de consejos preciosos respecto a las lecturas y la práctica de la oración mixta. Especialmente significativa es la enseñanza que se contiene en el último fragmento citado: el hombre que entra en sí mismo y se «vacía interiormente» puede darse por entero a Dios y puede oír la voz del Espíritu, siempre gracias a la ayuda de María.

761. Saint-Remy, 9 de febrero de 1835
Al P. León Meyer, Courtefontaine

… 8º Toda infidelidad e impureza cualquiera obstaculizan la unión con Dios. Para conseguir hacer oración, trate, al comenzarla, de renunciar a todo tipo de afectos profanos; únase a Jesucristo como nuestro Jefe y nuestro Mediador ante Dios, para orar en él, por él y con él. Únase también a la Santísima Virgen, que dispondrá a su adorable Hijo a servirle de Mediador.

La lectura del *Tratado del Amor de Dios* de san Francisco de Sales[246] es muy buena: los primeros capítulos, sin embargo, son más un estudio que una lectura espiritual.

762. Saint-Remy, 17 de febrero de 1835
Al P. León Meyer, Courtefontaine

Una obediencia ciega me parece que es el único remedio para la enfermedad del escrúpulo que atormenta al señor Perchet. Hay que comprender los escrúpulos en una esfera a menudo muy amplia, sobre todo cuando son realmente piadosos y tienen el temor de Dios. Si usted cree que le doy demasiada amplitud o que omito algunas circunstancias importantes, tenga la bondad de decírmelo.

Sigamos adelante, mi querido hijo; trabajemos por la gloria de nuestro buen Maestro y de su augusta Madre, a pesar de las contrariedades, las penas y las dificultades de todo tipo: pero pongamos siempre cordura y prudencia.

[246] El P. Chaminade conocía y apreciaba a san Francisco de Sales. Adela de Trenquelléon lo seguía paso a paso, sirviéndose de la *Introducción a la vida devota* (H. ROUSSEAU, o. c., p. 153).

786. Ebersmunster, 18 de julio de 1835
Al P. León Meyer, Courtefontaine

Cuando no pueda, mi querido hijo, desembarazarse fácilmente de las distracciones, haga oraciones mixtas, en que, más fácilmente, podrá mantenerse en guardia contra su importunidad, cuidando de combatir las causas fuera de la oración: *Eliminada la causa, desaparece el efecto*[247].

814. Saint-Remy, 10 de enero de 1836
Al P. León Meyer, Courtefontaine

Ponga el mayor empeño en hacer entrar a los novicios en el espíritu y en la práctica de la vida religiosa, pero siempre con prudencia. Hay que seguir la acción de la gracia en ellos: aunque sea abundante para todos, no tiene la misma fuerza para cada uno.

860. Auch, 31 de agosto de 1836
Al P. León Meyer, Courtefontaine

… Procure, mi querido hijo, seguir avanzando en el espíritu de oración: el medio más poderoso es la unión a Jesucristo. Le supongo unido ya a la Santísima Virgen por la fe, la confianza y el amor…

895. Burdeos, 4 de noviembre de 1836
Al P. Léon Meyer, Courtefontaine

Esté siempre animado, querido hijo; lleve usted una vida interior verdadera, en medio de todas sus ocupaciones; ¡sea usted un auténtico hombre de oración!

Le repetiré el consejo de san Bernardo al papa Eugenio, que había sido discípulo suyo: [*¡Sé estanque, no canal!*][248]. El estanque da toda su abundancia; el canal da lo que recibe y está siempre seco.

918. Burdeos, 17 de diciembre de 1836
Al P. Léon Meyer, Courtefontaine

Para terminar, le invito a recordar las cortas palabras de Nuestro Señor a sus Apóstoles: [*Permaneced en mí y yo en vosotros* (Juan XV)][249].

[247] *Sublata causa, tollitur effectus.*
[248] *Concha esto et non canalis!*, máxima muy repetida por el P. Chaminade.
[249] *Manete in me et ego in vobis* (Jn 15,4).

966. Burdeos, 17 de mayo de 1837
Al P. Meyer, Courtefontaine

… Siento, hijo mío, que ya es tiempo para que su alma se engrandezca para no entorpecer la obra de Dios con ideas cortas y sentimientos inanes. El verdadero medio para conseguir el éxito es vaciarse enteramente de sí mismo y entregarse enteramente al Espíritu del Señor. La protección de la Santísima Virgen le será a Vd. de gran utilidad en este doble aspecto.

923. Burdeos, fecha incierta
A un novicio de Courtefontaine

Un novicio pide ser admitido al estado eclesiástico. El P. Chaminade señala las condiciones: es necesaria una verdadera confianza en María y demostrar una caridad misericordiosa.

Me hubiera gustado conocer los principales signos positivos que han hecho admitirle a usted en el Noviciado de la Compañía de María. Llamo principales signos positivos al deseo de hacer penitencia, fruto ordinario de una verdadera conversión; al deseo de entrar por la estrecha vía de los consejos evangélicos, es decir, pobreza, castidad, obediencia: si la Compañía de María es el género de estado religioso al que ha sido usted llamado, me gustaría apreciar en usted algún signo de verdadera confianza hacia María, la Madre de Jesús y nuestra; y también, algún signo de caridad compasiva hacia aquellos que aún están empeñados en las vías del mundo para apartarles, y para preservar a los que aún no son sus esclavos: este último sentimiento es uno de los principales signos de la vocación al estado eclesiástico.

924. Burdeos, 3 de enero de 1837
Al señor Genre, Courtefontaine[250]

Al invitar al joven religioso Honorato Genre, apenas salido del Noviciado, a tender a la perfección, el P. Chaminade advierte que no solo son importantes las tareas que desarrolla un religioso. Lo que sí es esencial es saber elevar su propio corazón a Dios durante el día. El camino principal que conduce a Dios es la lucha del «espíritu contra la carne»; la tendencia hacia la perfección no se ve invalidada por alguna debilidad ocasional.

Su imaginación, querido hijo, no es tan loca como podría parecer a primera vista. Los principios de la vida interior son en sí mismos muy rigurosos y tienen gran extensión. La mortificación, por ejemplo, debe ser universal y continua: siempre existirá un combate más o menos esforzado del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu. Aún otro ejemplo, el religioso contrae una obligación, más especial que el simple cristiano, de tender siempre a la perfección. La imaginación le agobia a usted especialmente en la aplicación de los principios. La tendencia, por ejemplo, a la perfección, aunque debe ser continua, no lo es más que como obligación moral y, aunque en alguna ocasión haya faltado us-

[250] El sr. Honorato Genre entró en 1835 en el noviciado de Courtefontaine y fue empleado tanto en trabajos manuales como en la enseñanza en numerosas casas de la Compañía, dando testimonio de una virtud singular.

ted a la mortificación, es cierto que ha realizado usted un acto de falta de mortificación, pero no ha ido directamente contra la obligación que tiene usted contraída de tender a la perfección.

… Que a uno lo ocupen en trabajos manuales o que lo ocupen en la enseñanza, ¿qué le importa? No hay que tener otra meta salvo la de obedecer a Dios y despreciar soberanamente toda idea contraria. Uno debería estar igual de a gusto aunque, en lugar de un empleo honroso según los hombres, le dieran, por ejemplo, el de lavar los platos o barrer las cunetas de la calle. No hay que encontrar nada grande o pequeño, glorioso o humillante, en lo que está en el orden de Dios. Es así como siempre se tiende a la perfección, no buscando sino a Dios, no amando sino a Dios: pero no hay que inquietarse por los sentimientos contrarios de la naturaleza propia. Ir siempre con gran sencillez: mortificar las propias pasiones, cortar el apego a sí mismo, pero sin desasosiego ni inquietud.

No debe usted sentir ninguna inquietud, querido hijo, si el P. Meyer le asigna dar una clase; pero debe entenderse con este buen Padre, abrirle frecuentemente su alma con toda sencillez y seguir con la misma sencillez los consejos y órdenes que le dé: un ejercicio que para usted podría ser muy útil. Los tiempos libres que le queden, los dedicará usted al estudio para preparar el examen de marzo, [para] obtener el certificado de segundo grado. Dejo al P. Meyer totalmente libre para que le envíe a usted o a cualquier otro, si es la ocasión. Escríbame de cuando en cuando, siempre con franqueza y sencillez. Espero que alcanzaremos los objetivos que Dios le tiene reservados.

927. Burdeos, 17 de enero de 1837
A los profesores de Saint-Remy

Es una tarjeta de felicitación por el nuevo año. El P. Chaminade confirma su voluntad de trabajar hasta el final para contribuir al aumento del fervor religioso de sus hijos.

A mis queridos hijos de Saint-Remy, srs. Clouzet, Jefe, Gaussens, Laugeay, David, Hunolt.

Soporto seguir viviendo, queridos hijos, todo el tiempo en el que pueda serles útil, sobre todo para asegurar el bien eterno de todos ustedes. Por su vocación al estado religioso, han entrado en el camino que conduce directamente a la vida eterna; entiendan bien que por ese camino deben andar, por no decir correr, con fervor. Intentaré sostenerles en él en cuanto de mí dependa, tanto con mis oraciones como por los consejos que pueda darles.

Que el Señor se digne derramar sobre ustedes y sobre todos los que están confiados a sus cuidados la abundancia de sus gracias, desde los primeros días del nuevo año.

947. Burdeos, 18 de marzo de 1837
Al señor Justino Dumontet, Moissac

La eucaristía es la luz que ilumina el día pero solo la fe impide que las comuniones se hagan por costumbre. El sr. Justino comulga todos los días, pero se queja de que tiene poco tiempo para prepararse para ella. Pues bien, a la preparación ordinaria basta que añada buenas obras durante el día. Alimentado con el pan eucarístico, podrá convertirse en un constructor de paz y unión fraterna dentro de la comunidad.

Haga siempre lo que de usted dependa para que la paz y la unión se conserven entre ustedes; todas las penas haya que pasar, se soportan mejor cuando todos participan en ellas en unión fraterna.

Tiene usted razón, querido hijo, al pensar que la fe, y la fe sola, puede impedir que sus comuniones no se conviertan en uso y costumbre. La fe hará que pueda ver cada comunión como un beneficio insigne. Si tiene poco tiempo para prepararse como sería de desear, juntará a la preparación ordinaria la práctica de hacer a lo largo del día tantos actos como pueda para la preparación y la acción de gracias. La fe hará que el pensamiento de la comunión se haga dominante en usted.

963. Burdeos, 2 de mayo 1837
Al señor Justino Soleil, Saint-Remy

Un interno de Saint-Remy, un poco reacio a la disciplina, escribió una carta al P. Chaminade. No se somete fácilmente al que tiene la tarea de guiarle, enseñarle y corregirle. Pero desde hace tiempo parece más tratable, afable y dócil. El P. Chaminade se alegra de ello. Está seguro de que el joven progresará todavía más.

Su carta, querido hijo, del 13 de marzo, pero que no salió de Saint-Remy hasta el 12 de abril, me ha tranquilizado un poco con respecto a usted. Parece tener buena voluntad, intención de corregirse y sobre todo hacer progresos en la fe y en la humildad. Me olvidaré, de momento, de los reproches del pasado; no piense usted más que en ir avanzando. Estoy escribiendo al P. Chevaux para decirle lo que debe hacer con usted. Sea usted dócil, pero dócil como un niño pequeño: no pido más; pero no toleraré la desobediencia. Si aparecen dificultades, comuníquemelas, pero, antes de recibir mi respuesta, empiece, siempre, por hacer lo que se le haya dicho y de la manera en la que se lo hayan dicho.

962. Burdeos, 2 de mayo de 1837
Al P. Chevaux, Saint-Remy

¿Es posible enseñar la fe? Sobre esta cuestión el P. Chaminade da al P. Chevaux algunos buenos consejos. La fe es básicamente un regalo de Dios. Por ello, aun siendo importante el diálogo y teniendo su peso indudable los motivos de credibilidad, en última instancia se trata de decir «sí» a las verdades contenidas en el Credo.

… Su conducta y sus pequeñas discusiones con el sr. Justino no me satisfacen plenamente. No es por la Iglesia como el Señor empieza a darse a conocer, pero es ciertamente por la Iglesia como Dios nos da a conocer lo que de Él está por encima del conocimiento y la razón. Los principios de nuestra fe son la fuerza de las luces que Dios da a nuestra razón para hacernos conocer su existencia, y está comprendido en la idea de un Dios cognoscible por la razón: [pues] Dios ha puesto en nuestra razón las pruebas de su existencia y de sus infinitas excelencias. Es así como hay que proceder para explicar el Símbolo de nuestra fe y de todas las verdades propuestas por la Iglesia, [siendo] ella misma, una de las verdades de nuestra fe. ¿Cómo quiere usted que, de buenas a primeras, se diga a alguien: hay que creer en la santa Iglesia, una, católica y apostólica, porque la Iglesia propone esta verdad?

Es bien cierto que no se debe discutir de fe en tiempos de tentación; pero también que hay que instruir y establecer claramente los motivos de la credibilidad. El orgullo del sr. Justino felizmente disminuirá cuando ponga interés en aprender los primeros princi-

pios: su ignorancia es grande y su capacidad limitada. Pero con facilidad puede llegar a creer en Dios y en Jesucristo, su adorable Hijo, y por la fe en Dios y en Jesucristo, puede usted corregir todos sus vicios y hacerle avanzar en todas las virtudes. ¿Qué debe evitar, qué debe hacer quien cree en Dios y en Jesucristo? ¿Por qué no hace que el sr. Justino aprenda el *Catecismo de Couturier*[251] y al menos la explicación del Símbolo de los Apóstoles? Exija de él que sepa responder a todas las preguntas, no precisamente a la letra, sino según la doctrina. Si se muestra dócil y, en todo caso, no cae en faltas graves, puede usted admitirle a participar en los sacramentos. Es de presumir que, guiado de esta manera, no tardará en satisfacerle: y ya veremos, más adelante, quién sabe qué otros desarrollos…

972. Burdeos, 15 de junio de 1837
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El sr. Mouchet soporta con alegría las mortificaciones impuestas o propuestas por la vida cotidiana. Tiene de todas maneras permiso para hacer además algunas pequeñas penitencias extraordinarias. Pero la columna vertebral de su vida espiritual es la santa comunión, a la que añade la oración en unión con el Señor y la Virgen María. Es necesario que esta unión se convierta en habitual a lo largo del día.

Si hubiese notado, querido hijo, necesidad urgente, hubiera respondido antes a sus cartas de 29 de enero y 19 de mayo. Doy gracias a Dios por conservarle en el buen camino. Sus votos perpetuos son para usted buena salvaguardia; tiene usted la seguridad de la abundancia y de la fuerza de las gracias que le hacen falta para perseverar: solo es cuestión de ser fiel a la llamada [y responderla].

No me sorprende que encuentre usted gran ayuda en la sagrada comunión y en las pequeñas prácticas de penitencia que le han sido autorizadas. ¡Siempre adelante! ¡Siempre adelante! Cuando tenga usted cierta seguridad de que Dios le pide más, hágamelo saber. Sea usted además fiel a la práctica de la mortificación y de la modestia; para ello no necesita usted permiso, puesto que con estas prácticas no hace usted más que cumplir con sus deberes.

Me dice usted que sigue haciendo sus meditaciones en unión con Nuestro Señor y con la Santísima Virgen y con sentimientos de humildad a la vista de sus miserias e incapacidad para hacer el bien: siga siempre así; y a lo largo del día, renueve a menudo los actos de unión y de humildad, a fin de que tales sentimientos de conviertan en algo casi habitual en su alma.

Me dice usted que sufre muchas distracciones durante la oración mental. Como no vienen del corazón, no son, de ordinario, más que un efecto de la inestabilidad de su espíritu; no les preste atención; desprécielas tan pronto se dé cuenta y, humillándose ante Dios, continúe rezando como si no hubiese usted estado interrumpido con esas distracciones.

Siempre recibiré, querido hijo, sus cartas con interés y siempre le tendré presente.

---

[251] El P. Juan Couturier (1761-1799), jesuita hasta la supresión de la Compañía, fue después párroco en Léry. Durante la revolución sufrió dos años de cárcel. Liberado en 1795, no fue al exilio sino que vivió clandestinamente. Murió en su escondite el viernes santo de 1799, mientras alguien le leía el relato evangélico de la Pasión. Dejó numerosos escritos que fueron publicados póstumamente durante la Restauración. Su *Catecismo* en tres volúmenes fue publicado en Dijon en 1821. Fue traducido en diversas lenguas y en Francia tuvo 10 ediciones. El P. Chaminade utilizó la tercera edición.

977. Burdeos, 1-3 de julio de 1837
Al P. Chevaux, Saint-Remy

La meditación, la fe y la audacia son el trío infalible del progreso espiritual.

Los temas de meditación que ha elegido usted son muy buenos. Esencialmente todo consiste en que haga usted un uso de la fe que le ponga en contacto –en cierta manera, pero de forma bien real- tanto con los misterios como con las verdades de la fe que se toman como sujeto de meditación. La fe, tanto los misterios como las verdades, que penetre en usted, no dejará de vencer la cobardía de que usted se queja.

983. Burdeos, 7 de agosto de 1837
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux se considera responsable del poco fervor que reina entre los novicios y los profesos. El P. Chaminade le anima a la confianza, invitándole a aceptarse con sus propios límites, con aquella fe desnuda y simple que nos hace poner toda nuestra confianza en Dios, sin pretender consuelos y éxitos humanos. Se está en la verdad si, ante los abusos, se dice con los profetas: «Hemos pecado». Pero jamás detenerse ahí: el director debe cumplir con su deber de alejar el mal. Por último, un consejo muy valioso: leer la interesante Historia de la vida de Cristo *de F. de Ligny, obra que sin duda debía tener un gran valor ya que, impresa en 1774 en Avignon (en 3 volúmenes), fue reimpresa en París en 1885.*

He recibido sucesivamente, querido hijo, sus tres últimas cartas, del 5 y 7 de julio pasado y del 2 del corriente: empiezo mi respuesta por la última.

El conocimiento que tiene usted de sí mismo, así como los deberes de su estado y de su posición, parecen desconcertarle: se atribuye usted la falta de fervor y todo el mal que se hace en Saint-Remy. – El sentimiento habitual que le domina, de impotencia e insuficiencia para el bien es, generalmente, obra del Espíritu del Señor; pero si observa usted atentamente, reconocerá a veces ciertas maniobras de Satán transformado en ángel de luz: los sentimientos de humildad inspirados por el Espíritu del Señor están lejos de disminuir la confianza en él, de desconcertarnos o abatirnos.

Dios juzga apropiado producir en usted una especie de insuficiencia física que le coarta el cumplimiento de las importantes tareas de su puesto. Si, para su santificación, él quiere usar este medio, esté usted en paz. Comprenderá usted así, fácilmente, que lo poco o mucho de bien que pueda usted hacer no viene de usted ni de sus esfuerzos. Hable y actúe conforme a las necesidades de su estado, con intenciones cada día más puras, pidiendo al Señor que sea en todo y por todo su apoyo, y manténgase tranquilo.

Se ha dicho que hay mucho mal y por lo menos poca observancia entre los novicios, e incluso los profesos. – Está bien, querido hijo, que asuma usted su parte de responsabilidad. Cuando los profetas querían aplacar la cólera de Dios, irritado por los crímenes del pueblo, decían a Dios: Hemos pecado, etc. Pero al quedarse ahí, no verá la parte que en ello tienen los demás; y si no la ve, ¿qué clase de celo podría usted desplegar para apartarles del mal?

Se encuentra usted pobre de luces y de sentimientos de fe en sus oraciones. – Como estoy demasiado ocupado para entrar en detalles sobre el tema, le aconsejaría leer un poco cada día, incluso varias veces, la *Historia de la vida de Nuestro Señor Jesucristo* por el

P. de Ligny. Léala con gusto; ¡es una lectura tan deliciosa! Ahí encontrará usted toda la verdad.

Por el momento no contestaré a los casos de conciencia que me propone en sus cartas, porque no creo que sean para usted una necesidad actual…

995. Burdeos, 18 de septiembre de 1837
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

A su querido hijo espiritual el P. Chaminade le aconseja caminar en la presencia de Dios y vivir en unión con María. Es el remedio infalible contra los pecados veniales y las imperfecciones. Está presente en el sr. Mouchet el terror a cada resistencia voluntaria a la gracia. Pero incluso la mejor vida espiritual no está libre de alguna culpa de fragilidad, que por otra parte es fuertemente aborrecida. La clara conciencia de la propia vulnerabilidad tiene que llevar a un gran sentido de humildad.

He recibido, seguidas, sus dos cartas, querido hijo; no las he contestado inmediatamente a su recepción, porque realmente me era imposible; pero hace usted bien en escribirme, aunque no reciba respuesta.

Ya sabe usted el interés que pongo en verle avanzar en el hermoso camino de la virtud y que asumo mi parte de responsabilidad en las caídas que pueda usted sufrir. Tiene usted razón, querido hijo, al atribuir las numerosas faltas que comete a su falta de vigilancia y a su negligencia; podría usted añadir la insuficiencia de oración, según el consejo del Señor: «¡Velad y orad!»[252]. Esta vigilancia sobre uno mismo consiste para usted, querido hijo, en mantenerse en presencia de Dios, y aún más, en mantenerse unido a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen. ¡Cuánta fuerza hallará usted en esta unión! ¡Cuántas luces, también, para poder ver los propios defectos! Podría también añadir, ¡qué profundos sentimientos de humildad, de negación de sí mismo, etc.!

997. Burdeos, 22 de septiembre de 1837
Al P. Lalanne, Layrac

La Institución Santa María de Burdeos, fundado en 1817 en la calle des Menuts, fue trasladado en 1825 al Hotel Razac en la calle du Mirail. Durante diez años tuvo la fama de ser una institución educativa de primer orden, sobre todo bajo la dirección del P. Lalanne. Este, por desgracia, decidió trasladarlo en 1835 a la extensa abadía benedictina de Layrac, dos leguas al sur de Agen. Tenía una hermosa iglesia del siglo XI y edificios del siglo XVIII. El instituto de la calle du Mirail fue alquilado desde 1855 hasta 1874 y la obra educativa fue asumida por un Instituto de San José. En 1874 fue recuperado por la Compañía de María que, en 1901, lo trasladó a Cauderan, englobándolo en el Colegio Grand Lebrun. La abadía de Layrac tenía que ser puesta en marcha y restaurada después de años de abandono. Lalanne mandó hacer grandes obras para adaptar los locales a las necesidades de la escuela. Quería transformarla en un segundo Saint-Remy, pero el ritmo de los gastos era insostenible. Las deudas ascendieron a cifras de vértigo, a las que era imposible hacer frente con los ingresos ordinarios. La situación era paradójica: de una parte estaba Lalanne, ardiente, emprendedor pero sin sentido administrativo; de la otra parte, el P. Chaminade, paciente, magnánimo, siempre atento a la voz de su conciencia, ante cuyas exigencias no retrocedía.

No había manera de entenderse. Lalanne, liberado de las obligaciones del voto de pobreza, tomó la decisión de asumir personalmente la gestión de la Institución. Estaba convencido de hacer el bien.

[252] [Mt. 26,41].

Era, sin duda, un gran educador y un apóstol. Escribía al P. Chaminade: «El P. Brunet desarrolla una actividad excelente... sus muchachos elevan su corazón a Dios 20 o 30 veces al día»[253].
Tras el fracaso de Layrac, el P. Lalanne fue a París, donde el arzobispo le confió la dirección de la sección religiosa de la escuela de los carmelitas, el actual Instituto católico. Cuando en 1855, liberado de las obligaciones financieras contraídas, asumió la dirección del colegio Stanislas, restableció plenamente sus lazos con la Compañía. A pesar de todo lo sucedido, el P. Chaminade apreciaba mucho a su hijo primogénito, como lo demuestra esta carta.

… Me dice usted, querido hijo, en su carta de 16 del corriente, a la que contesto: «¡Cuántos sinsabores para usted y para mí, y qué fácil hubiera sido evitar tanto trastorno! Pero hoy no puedo ir más que a donde me llevan la verdad y el recto derecho». – No veo, querido hijo, cómo hubiera podido evitar estos sinsabores, y cuántas advertencias, al contrario, le he hecho. ¿Quién ha causado la gran perturbación que se ha vuelto tan nociva para la Compañía a la que dice ser tan afecto? ¿Está en su espíritu? Haga usted unos pocos días de retiro y, si el Espíritu del Señor se digna iluminarle, verá claramente que *la verdad y el recto derecho* no le han llevado a todo este tumulto.

No acepto, querido hijo, su *adiós* y aún menos su *adiós para siempre en la tierra*: siempre será usted mi hijo, aunque sea mi antagonista, porque siempre sentiré hacia usted un verdadero amor paterno. El amor de David por Absalón puede ser el símil, como ya le escribí una vez desde Saint-Remy, en una ocasión bastante parecida. No habrá separación absoluta más que en la eternidad, si no vamos uno y otro por la estrecha senda en la que hemos tenido la suerte de entrar.

1011. Burdeos, 20 de noviembre de 1837
Al señor Clouzet, Saint-Remy

El P. Chaminade expresa su satisfacción respecto al sr. Clouzet, tocado por la gracia del Señor.

No puedo resistir, querido hijo, testimoniarle el consuelo que me han producido dos cartas de Saint-Remy, que me informan de los efectos salvíficos que la gracia del Señor ha operado en usted al final del retiro. Estaba usted dominado por ciertas fantasías que le habrían conducido a un mal fin: hace tiempo que yo me lamentaba por ello ante Dios. Siga usted siendo fiel; la gracia perfeccionará su obra.

Los daños y pérdidas que el P. Lalanne nos ha ocasionado me siguen poniendo en gran necesidad, tal como ya le he dado a entender. La mayoría de vencimientos de intereses de los capitales hipotecados van a vencer durante el corriente del mes próximo y primeros de enero; creo que no hace falta decirle más a usted; tendrá que equilibrar sus necesidades con las nuestras.

1014. Burdeos, 29 de noviembre de 1837
Al señor de Moneroc, Clairac

¿Puede acoger la escuela católica a los protestantes? El P. Chaminade contesta que sí.

[253] P. ZIANS / E. WELTZ, *Répertoire analytique de la correspondance adressée au Père Chaminade*, AGMAR: n.6, p. 240.

… Cuando pregunten si los niños protestantes pueden ser admitidos en esta escuela, se responde: sí. Los maestros hacen por ellos todo lo que hacen por los católicos: no hay ningún género de distinción Con todo, según su prudencia, pueden suspender *momentáneamente* tal o cual ejercicio para tal o cual individuo. Si se presenta algún caso en que el Jefe del Establecimiento no sepa resolver y para el cual no crea poder usar sus facultades discrecionales, entonces contestará que va a escribir a sus superiores.

En las clases, los maestros nunca deben hacer distingos entre protestantes y católicos, puesto que por el mismo motivo que vienen a clase se supone que quieren ser católicos o que lo son realmente. Nunca, fuera de las aulas, deben los niños católicos decir nada contra los protestantes ni tampoco viceversa: no deben ellos mismos percibir ni comprender que haya alguna distinción.

Si la escuela se dirige así, ciertamente no surgirán problemas y habrá muchas ventajas. Evitando todo lo que pueda entenderse lo que se llama espíritu de partido, seamos católicos hasta la efusión de nuestra última gota de sangre, pero seamos siempre modestos, moderados, es decir, verdaderamente caritativos hacia todos, con una dulzura sin raíz alguna de amargor, según la expresión de san Pablo.

Si ocurriese algún incidente, sea en el establecimiento, sea fuera de él que interese a las escuelas católicas, estará usted obligado a prevenirme de ello.

1019. Burdeos, 8 de enero de 1838
Al señor Justino Dumontet, Moissac

Toda la ascesis cristiana es un combate iluminado por la fe. Tenemos que exponernos a esta luz soberana para que sus rayos lleguen al corazón. Esa es el arma que permite triunfar sobre los enemigos del alma.

El combate que tiene usted que afrontar se le hará cada vez más fácil, consiguiéndole sucesivamente nuevas victorias, si es usted capaz de servirse del arma de la fe: con esta arma, manejándola bien, podemos triunfar siempre sobre todos los enemigos invisibles de nuestra salvación.

1024. Burdeos, 23 de enero de 1838
A la Comunidad de Courtefontaine

En respuesta a la carta de felicitación para el Año Nuevo enviada por la comunidad de Courtefontaine, el P. Chaminade menciona los trabajos que está llevando a cabo: pequeños tratados sobre la dirección y los métodos de enseñanza.

A mis queridos hijos de Courtefontaine, los srs. Meyer, sacerdote, Superior, Fridblatt…[254],

Sus nombres reunidos, queridos hijos, que suman cuarenta y tres, aun siendo de clases y funciones diferentes, me prueban que todos tienen los mismos sentimientos por

[254] Siguen los nombres de todos los firmantes de la carta, entre los que figuran algunos benefactores laicos a los que el P. Chaminade había afiliado a la Compañía. Los esposos Gervais y Luise Carret murieron sin tener hijos, dejando todos sus bienes a la casa de Courtefontaine, de la que habían sido, junto a la sra. Coudre, los más destacados benefactores.

mí, así como, entre ustedes todos. Courtefontaine no es más que una familia que tiende a un mismo fin.

Todos ustedes me desean, hijos queridos, un buen año y una larga vida: con sumisión a Dios pero también de buen grado continuaré sobrellevando mi exilio en la tierra mientras pueda serles útil; pues estoy verdaderamente entregado a todos ustedes.

Les diré, como en secreto, que pienso en ustedes y trabajo por ustedes todos los días. Mi trabajo más particular en estos momentos es para el Noviciado: se trata de la Dirección de los novicios y del Método de enseñanza primaria.

Conserven, queridos hijos, la unión de caridad entre ustedes: hagan cualquier sacrificio antes que alterarla.

Crean en mi sincero afecto por ustedes, y reciban todos juntos mi bendición paternal.

1026. Burdeos, 31 de enero de 1838
A la Comunidad de Saint-Remy

El P. Chaminade contesta así a la carta de felicitación por el Año Nuevo.

A mis queridos hijos de Saint-Remy, los srs. Clouzet, Superior, Gaussens, David, Laugeay, Hunolt, Bousquet, y a todos los religiosos obreros y a todos los novicios.

Su carta de Año Nuevo, queridos hijos, me llenó de consuelo, pues [manifiesta] su unión en la fidelidad a sus obligaciones religiosas y en el obediente respeto a su ya anciano padre según Dios. No han perdido ustedes nada con mi demora en la respuesta. Su carta, casi todo el tiempo ante mis ojos, ha hecho que mi espíritu les recordara y que creciera el afecto con el que elevaba el corazón a Dios rogándole por ustedes, pidiéndole las gracias que necesitan para seguir caminando por la senda estrecha en la que han tenido la dicha de entrar: solo este camino evangélico es el que conduce a la vida, todos los demás, incluso el que pueda parecer recto a la razón humana, no nos conducirán más que a la perdición. Que el Señor, queridos hijos, se digne derramar sobre ustedes sus abundantes bendiciones, no solo sobre el año que acaba de comenzar, sino sobre todos los que le sigan.

1029. Burdeos, 3 de febrero de 1838
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

En la siguiente carta se precisa el ámbito debido de la mortificación. Las tendencias naturales que no se pueden suprimir porque son vitales, simplemente se tienen bajo control y se santifican a la luz de los buenos sentimientos que nos animan.

Tenía la firme intención, mi querido hijo, de permitirle comulgar todos los sábados por las intenciones que usted propone, siempre que su confesor no juzgue lo contrario.

Usted se entrega a la mortificación y hace bien: pero hay que entenderla bien. La mortificación debe consistir esencialmente en no seguir ninguna de las inclinaciones de la naturaleza corrompida; y si hubiera algunas de estas tendencias que sean según el orden de la Providencia, usted no las seguirá por que sean de la naturaleza, sino porque Dios lo manda: así por ejemplo el comer, beber, dormir, etc. Usted las mortificará con las privaciones de lo que tengan de excesivo o de desorden, y las santificará siguiéndolas con los buenos sentimientos y las buenas ideas de las que usted se ocupa.

Vamos, querido hijo. ¡Animo siempre y gran confianza en la santísima Virgen! Ella es realmente su Madre de bondad; sea usted su hijo, de espíritu y de corazón.

1037. Burdeos, 21 de marzo de 1838
Al P. Lalanne, Layrac

Lalanne escribía así al P. Chaminade: «Humillado y confundido a la vista de mis extravíos, no sé cómo voy a terminar..., con tal de salvar mi alma, el resto no me importa. Si no he podido ofrecerle el don de mi acatamiento, que el menos le sea agradable el don de mi arrepentimiento». El Fundador responde a esta carta declarándose confiado en la luz de Dios, que conducirá todo hacia lo que sea mejor.

Desde que recibí su carta del 17 del corriente en el día tan hermoso de San José, querido hijo mío, no he cesado de dar las gracias al Señor y a su santísima Madre, nuestra Mediadora ante él. Siga usted, con prudencia sin duda, toda la impresión de la luz de la gracia; y aunque tuviese usted que arrancarse el ojo derecho, tuviese usted que cortarse la mano o el pie, no vacile usted: más valdría entrar en el cielo con un ojo, una mano o un pie, que ir al infierno con todos los miembros. Necesariamente tendrá que hacerse usted violencia para dar seguimiento a su conversión: pero no tema usted: [*Quien comenzó en vosotros la obra de la salvación, él también la llevará a plenitud*][255].

Le ayudaré todo lo que me sea posible. Preveo dificultades muy grandes: ¡pero tengo confianza en la luz de Dios, que nos dirigirá en todo lo que seamos capaces de hacer! Envíeme usted el verdadero estado de su situación, tanto en lo material como en cuanto a lo personal: reflexionaré ante Dios y le comunicaré con sencillez el partido que tenemos que tomar. [*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura*][256].

No entro en otros detalles por ahora. Ore usted mucho, a pesar de todas las ocupaciones que tiene que tener, y continúe usted bien seguro de mi tierno e inalterable afecto.

1042. – Burdeos, 31 de marzo de 1838
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El P. Chaminade invita a su hijo espiritual a abandonarse incondicionalmente a la corriente sanadora del amor de Dios. Nunca más una lealtad mercenaria sino inspirada por la amistad con el Señor. Y todo ello en compañía de María.

He recibido, querido hijo mío, su última carta.

Sea usted realmente fiel al Señor, no como un esclavo, por temor, sino como buen hijo, por amor. Penétrese usted a menudo de todo lo que hizo y sufrió por usted, de todas las gracias que le concede. Que reine siempre en usted; que le guste a usted depender enteramente de él, y de no hacer nada sino para él y para su agrado. Manténgase usted siempre en compañía de la Virgen santísima, especialmente durante sus oraciones y meditaciones y en la sagrada comunión. También yo le encomendaré a menudo a san José: tenemos en él un gran protector.

---

[255] *Qui coepit opus bonum, ipse perficiet* (Fil 1,6).

[256] *Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus, et omnia adjicientur vobis* (Mt 6,33).

1056. Burdeos, 13 de junio de 1838
A la sra. Richard, de soltera Lichtenberger, Colmar

La afiliación se concedía a las personas que se habían distinguido por alguna forma de colaboración con la Compañía de María o con el Instituto de las Hijas de María. Sin embargo, la sra. Richard quería algo más: vivir y morir como una verdadera Hija de María".

Mi respetable hija, por su carta del 25 de enero último, que por fin me ha llegado, he escuchado la voz de su corazón; he comprendido sus deseos. Usted pide una afiliación no solo a las oraciones y méritos de las Hijas de María, sino al mismo Instituto, deseando vivir y morir como verdadera Hija de María, conformándose, en su estado y situación, en cuanto le sea posible, al espíritu de las Constituciones y Reglamentos del Instituto, sin obligación alguna de practicar los Reglamentos según la letra. Es el mismo género de afiliación que el de la sra. Boileau: como ella, usted seguirá asumiendo todos los intereses del Instituto de las Hijas de María, de todas las formas que estén a su alcance, según las circunstancias que la Providencia le ofrezca o le permita. Para entrar en comunión más particular con las Hijas de María, le invito a recitar devotamente a diario el Oficio Parvo del Corazón de María.

Dentro de unos días, respetable hija, iré a Agen, al convento-madre de las Hijas de María; allí inscribiré el Diploma de afiliación en el cuadro correspondiente, así como esta carta que lo acompaña. La sra. Boileau medita desde hace largo tiempo las Constituciones de las Hijas de María; ella podrá explicarle su espíritu; le será a usted de provecho tener frecuentes encuentros con ella: incluso podrían ustedes recitar juntas a veces el Oficio Parvo del Corazón de María.

DIPLOMA DE AFILIACIÓN PARA LA SRA. RICHARD

Nos, Misionero Apostólico, Institutor de la Orden de las Hijas de María, etc.

Tras los informes recibidos sobre el comportamiento piadoso y edificante de la sra. María Josefina Antonia Richard, de soltera Lichtenberger;

Tras los insistentes ruegos que nos ha hecho de afiliarla al Instituto de las Hijas de María;

Queriendo secundar sus deseos, la afiliamos por la presente al Instituto de las Hijas de María, rogándole que conforme su comportamiento interno y externo, en cuanto le sea posible, al espíritu del Instituto y que asuma sus intereses, como Hija de María en el sentido de su afiliación.

Este acta será inscrita, con la carta que le acompaña, en los registros del Convento-Madre de las Hijas de María en Agen.

Dado en Burdeos, bajo nuestra firma y el refrendo de nuestro secretario particular el 13 de junio de 1838.

1058. Auch, 24 de julio de 1838
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux vive en su vida interior las pruebas de los santos. Ahora está atravesando una crisis de desolación espiritual. El P. Chaminade le anima paternalmente. El cristianismo no es un camino cómodo de consolación; es necesario ir hacia Dios con una fe pura.

¿Por qué, hijo mío, tiene usted miedo de esta respuesta interior?: *¿Dios te rechaza*? No puede venir más que del demonio, que es esencialmente un espíritu de mentira. Su respuesta es, por lo tanto, mendaz o mentirosa. Diríjase usted siempre al Señor con toda confianza, por mucho asco o sequedad que sienta usted en sus meditaciones. Son tan solo

pruebas para su fe y, uniéndose fielmente a Jesucristo, su fe se hará más viva y firme y, yo diría, más meritoria. ¡Felices los que van a Dios por pura fe sin consuelos!

1064. Burdeos, 14 de agosto de 1838
A Monseñor Donnet, arzobispo de Burdeos

Es la primera vez que en la correspondencia del P. Chaminade se hace referencia a la Compañía de María de Lyon (maristas), fundada en 1815 y constituida definitivamente en 1836. Sin embargo, las relaciones entre las dos Compañías y sus fundadores se remontan a una época muy anterior. L'Apôtre de Marie *(XIII, p. 373) hace referencia a un intercambio de cartas entre el P. Chaminade y el P. Colin, pero no se han conservado. Parece ser que entre los dos tuvo lugar un encuentro personal, probablemente en Agen. Se pensó, al parecer, en diversas ocasiones, la posibilidad de unir las dos familias, pero la idea fue desechada ya que los objetivos de las dos Congregaciones eran diferentes. En una carta al P. Caillet el P. Chaminade escribirá el 3 de noviembre de 1844: «He recibido hace pocos días una carta de un superior de una comunidad de los maristas, que conoce muy bien nuestras desavenencias. Me invita a escribir al P. Colin, con el que estuve muy unido en otro tiempo. Él está preocupado y cansado por el comportamiento de algunos de sus sacerdotes»*[257].

… He sabido, Monseñor, que la *Compañía de María de Lyon* trata de establecerse en Burdeos y en la diócesis: estoy de verdad contento, al pensar el bien que realizará y que yo no he podido hacer. He sabido al mismo tiempo que quiere abrir algunos Internados bajo los auspicios de Su Grandeza: es un beneficio más de la divina Providencia que aplaudo de corazón. Si fuera así, Monseñor, y si el Internado de Layrac pudiera también ser conveniente, lo cederíamos de buen grado, dado que estamos en la imposibilidad de mantenerlo. Si el Hotel de Mirail pudiera ser igualmente conveniente, podríamos arreglarnos con facilidad. La distancia de los dos lugares es suficientemente grande para que el Internado de Layrac no perjudique al de Burdeos.

Esos son mis proyectos, Monseñor, que me atrevo a presentarle; si pensara que pudiera dárseles curso, tendría el honor de hablar con Su Grandeza después de la fiesta de la Asunción a la hora que le venga bien indicarme.

1066. Burdeos, 24 de agosto de 1838
Al P. Chevaux, Saint-Remy

No es de extrañar que al ardor y a los impulsos íntimos de la ascensión espiritual sigan a menudo horas oscuras de aridez e incluso de luchas profundas. En esta alternancia se fortalecen los buenos y santos propósitos. Es luchando y resistiendo al desánimo, al aburrimiento y a la desgana como se confirma la autenticidad y la vitalidad de la propia fe. Sufrir es, por tanto, necesario para unirse a Dios y demostrarle la pureza del propio amor, como hizo santa Teresa. En este mundo interior atormentado debe estar siempre presente el rostro materno de María.

Me parece evidente, querido hijo, que la bondad divina le está poniendo a prueba. Su mano amorosa, aunque también algo áspera, le sacude, pero es para curarle. Sométase usted en espíritu de fe y de sacrificio a lo que quiera obrar en usted.

¿Qué le importa a usted, hijo querido, cómo se encuentre, con tal que honre a Dios? Le basta ser tal como él lo desee, en las alegrías o en las penas, en la luz o en la os-

[257] CHAMINADE, *Cartas VI*, *o. c.*, n.1356, 3 de noviembre de 1844, p. 214.

curidad. Quédese usted en paz y contéstele al Señor con el Apóstol, que ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez ni el abandono…, nada le separará a usted de su amor.

Si cuida usted comportarse como debe, en el estado en el que se encuentra, aprovechará usted mucho. Querido hijo, ¡qué feliz es un alma cuando le da a Dios la prueba de su fidelidad en la más terrible desolación, de que solo le busca a él y que, con tal de poseerle, mira a todo lo demás como si fuera nada!

Posea usted a Dios en la fe, puesto que la tiene, y disfrute usted de este precioso tesoro, aunque esté oculto a sus ojos… Diríjase usted también a María, y ruéguele que se muestre Madre, mostrándole a su Hijo.

Tan solo, mi querido hijo, guárdese de sucumbir a la desazón. El demonio aplaudiría, para vergüenza del cielo, su falta de fe. Dirija sus ojos a santa Teresa, que pasó diez años en un estado peor que el suyo, y esfuércese en imitarla; esta alma fuerte no recortó ni un solo minuto de las horas que consagraba con delicia a la más sublime contemplación, a pesar de que para ella rezar resultaba un suplicio horroroso… Usted sabe, por lo demás, qué dones singulares fueron el fruto de tan larga perseverancia y de un martirio tan doloroso.

Siga usted entregado a la solicitud del internado de primaria y a la comunidad de obreros. Haga usted lo poco que buenamente pueda y deje a Dios el cuidado del resto. Actúe usted en todo de manera que no haya errores de su parte.

Adiós, querido hijo, no se aflija usted demasiado por su situación: no tiene más que motivos de consuelo a los ojos de la fe; cuídese usted, sea usted fiel, y cuide usted además su salud.

En cuanto a la restitución de la que usted me habla, hará usted bien en celebrar misas para pagarla: es una obra buena a la que con agrado doy mi consentimiento.

Reciba, querido hijo, la expresión de mi afectuosa e inalterable entrega.

P. D. Cuando no haya podido cumplir el tiempo prescrito para la oración, no le permito tomarlo de la noche: las pocas horas consagradas a su descanso son ya demasiado cortas.

1068. Burdeos, 27 de agosto de 1838
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chaminade señala al P. Chevaux una vocación más bien especial que podría dar buenos resultados.

Me adelanto a anunciarle, querido hijo, la próxima llegada a Saint-Remy de un eclesiástico de cierta edad, que ha venido a presentarse en Burdeos quizá para entrar en la Compañía.

Antiguo jesuita, de 26 años de profesión, salió de la Compañía de Jesús con ocasión de las Gloriosas[258], o quizá en ocasión de su disolución en Francia por las Ordenanzas de junio de 1828, y desde entonces ha ejercido su ministerio como vicario en Saint-Vit, cerca de Courtefontaine, durante cerca de 8 años. Viene provisto de un certificado de lo más favorable del arzobispo. Su apellido es Glussot[259].

[258] Así llamadas las tres jornadas revolucionarias de julio de 1830.

[259] El padre J. B. Glussot (1788-1848) entró en la Compañía de Jesús cuando fue restaurada en Francia, y salió a petición propia, no con ocasión de las «Gloriosas» o de las Ordenanzas, sino a causa de las inquietudes profundas surgidas en la Compañía por la doctrina de Lamennais acerca de las bases de la certeza o *filosofía del sentido común.* Admitido en la Compañía de María después de una larga prueba, vivió en ella santamen-

Como llegó a abrirse poco, a pesar de su aspecto de franqueza, y como también yo veía en él dos irregularidades mayores según nuestras Constituciones, a causa de su antiguo estado y de su edad, me pareció que debía rehusar. A este hombre valeroso le entró una pena tal que no se atrevió a insistir y marchó a Solesmes. Al llegar a Angulema, sin saber casi ni por qué, como dijo, me escribió, para comunicarme su pena, su dolor y su desazón, pidiéndome que le permitiera entrar en Courtefontaine.

Conmovido por su perseverancia, creí deber responderle inmediatamente a la dirección que me indicaba y le permití que fuera no a Courtefontaine, sino a Saint-Remy.

Esta persona tiene talento para la filosofía: la enseñó durante nueve años en los jesuitas antes de salirse. No sé el motivo de su salida: pienso que se debió a un pique. Si se presenta, usted verá. Podría ser una gran ayuda para la casa.

Reciba, hijo querido, mi más afectuoso abrazo.

P. D. En cuanto llegue, si llega, le dirá usted que me avise y que me escriba, tal como se lo ofrecí de viva voz cuando marchó de Burdeos. Dele usted la ocupación que juzgue conveniente durante las vacaciones.

1069. Burdeos, 29 de agosto de 1838
Circular a toda la Compañía

Todo está preparado para el envío a Roma de las Constituciones. El Fundador lo comunica a toda la Compañía con una circular, en la que añade algunas orientaciones para el buen uso del tiempo durante las vacaciones escolares.

Desde hace varios días, queridos Hijos, quería informarles de las grandes cosas que están sucediéndole a la Compañía, pero las ocupaciones que estas me han proporcionado no me han permitido realizar antes el deseo de mi corazón.

Por fin, por la gracia de Dios, he dado la última mano a las Constituciones. He hecho más: he ido a Aux para sometérselas a su Eminencia monseñor el Cardenal d'Isoard y el piadoso prelado, tras un examen de lo más concienzudo, ha querido aprobarlas con gran halago y autenticidad. El obispo de Ajaccio ha hecho lo mismo con toda diligencia. No hay más que enviarlo todo a Roma para la Institución canónica tan deseada y realmente tan deseable.

Tengo la dicha de anunciarles que todo está listo. Los obispos de las diócesis donde se encuentran la Compañía y el Instituto se unen a nosotros con cartas particulares al Sumo Pontífice, para solicitar esta gracia. Su Eminencia y Su Grandeza el obispo de Ajaccio se han encargado de presentarlas en la Santa Sede. En consecuencia, un director del seminario de Aux, sacerdote que se distingue por sus virtudes y sus talentos, partirá para Roma hacia final del próximo septiembre con este importante encargo. Tengo la confianza de que todo se terminará pronto felizmente.

Roguemos al Señor, mis queridos Hijos, tanto para agradecer lo que ya se ha hecho como para suplicarle que acabe su obra. Roguemos a María, para que se acuerde de nosotros en esta hermosa circunstancia, y digámosle con amor que se digne mostrarse Madre nuestra, hoy como siempre.

Digamos ahora unas palabras sobre las próximas vacaciones. ¿No es de admirar que coincidan con nuestro gran proyecto? ¡Qué poderoso motivo tenemos para pasarlas

---

te, dando el ejemplo de la más perfecta obediencia religiosa y murió súbitamente en Marast el 5 de febrero de 1848, al terminar la santa Misa.

santamente! La verdad, no seremos dignos de la gracia que pedimos al cielo, si no vivimos como verdaderos religiosos durante estos trámites en la Curia de Roma.

Antes de regular el tiempo de nuestras vacaciones, Hijos queridos, he consultado a Dios en la oración y le he preguntado cómo ha de comportarse un religioso de la Compañía de María durante ese tiempo. Aquí, me parece a mí, que os presento la expresión de la voluntad de Dios.

Digo lo primero *un tiempo de descanso para el alma*.

Mis queridos hijos, ¡qué gran verdad decir que sus almas necesitan descanso, tras un año entero de fatigas, sufrimientos y agitación! Sin cesar ocupados de lo exterior, sin cesar arrancados de Dios por las funciones exteriores de la enseñanza, ¿no es de temer que sus almas hayan hecho de la disipación un hábito, y que ya ni experimenten ese descontento, esa vaga inquietud de la que el corazón culpable de Agustín era el triste escenario?

¿Pero dónde podrán buscar ese delicioso reposo para el alma y dónde lo podrán encontrar? Su propia experiencia, como la de san Agustín, les bastaría para enseñárselo si la Sagrada Escritura no lo instruyera. «Mi corazón no ha encontrado la dulzura del descanso, exclamaba el obispo de Hipona, mientras lo ha buscado fuera de ti». «Buscad al Señor, dice la fe, y encontraréis reposo para vuestras almas». Por tanto es en el Señor, mis queridos Hijos, es decir, en la práctica exacta y fiel de su regla, de sus votos y de sus ejercicios de piedad, donde encontrarán el descanso. Exclusivamente ocupados de Dios y de ustedes mismos, por decirlo así, consagrarán ustedes a este cuidado, el único necesario aquí abajo, todo el tiempo prescrito y disponible. Los ejercicios de piedad se harán por tanto en comunidad con exactitud y edificación. Nadie quedará dispensado bajo pretexto alguno, a menos de imposibilidad real. Las conferencias serán más frecuentes.

Deseo que se fije un momento al día para rezar en común por el éxito de nuestros asuntos en la curia de Roma: con este fin se rezará el himno *Veni, Creator*; las letanías de la Virgen y el *Memorare*, a partir del día de la recepción de esta circular.

En segundo lugar, he dicho que las vacaciones son un *tiempo de descanso para el cuerpo*.

Es cierto, queridos Hijos, que ustedes necesitan descanso tanto físico como moral. Un arco siempre tenso acabaría por perder su elasticidad. Al viajero cansado se le permite detenerse de tiempo en tiempo en el camino para tomar aliento, mientras aguarda el descanso de la vuelta. Necesitan ustedes por tanto descanso, porque han trabajado mucho; les hace falta, y me hace feliz ver que el cielo se lo concede.

Disfruten ustedes del tiempo que se les concede y sépanlo utilizar. La suspensión de las clases, los recreos, los paseos más frecuentes y largos, ahí tienen ustedes, queridos hijos, con qué satisfacer su necesidad. Tan solo tengan ustedes en cuenta lo que enseñan la razón y la fe sobre este punto. La razón les dice que disfruten de paseos y estudios para su propia instrucción. Que todo lo que ustedes vean y lo que digan, que todos sus pasos y sus sendas tengan una verdadera utilidad. Y la fe, queridos hijos, no es menos exigente. Oigan ustedes lo que les dice por boca de san Pablo: «Ya andéis, ya comáis, ya descanséis, hacedlo todo por Dios y con él» (1 Cor 10,31); háganlo por tanto en el orden de la obediencia a Dios y a su sabiduría. En las conversaciones no pierdan ustedes de vista que quien les escucha les pedirá cuenta de las palabras inútiles; lejos de su hablar todo lo que pueda herir la caridad y la justicia; que todo su obrar esté orientado al cielo.

Doy permiso con agrado para que de vez en cuando se hagan excursiones a las cercanías: solo que no se detendrán en sitio alguno para las comidas. Se llevarán consigo, si es preciso, provisiones frugales. Nunca pasarán la noche fuera.

Por último, queridos Hijos, las vacaciones son *un tiempo de preparación* o bien para los retiros que ocurren al final de las mismas o para el curso escolar que les sigue.

Se prepararán a los retiros por el ejercicio de la oración, como lo he dicho antes. También entregándose al descanso entendido desde la fe.

En cuanto a sus funciones, lo harán ustedes con fruto a través del estudio. Perfeccionarse en las materias de enseñanza que ya se conocen, aprender las demás, ejercitarse en todas, ahí tienen en tres palabras todo el trabajo intelectual de sus vacaciones.

Así, queridos hijos, sus vacaciones estarán llenas de estas tres distintas ocupaciones, *la oración, el recreo y el estudio*. En la importancia relativa de estas tres cosas sabrán ustedes que la oración, situada en primer lugar, no debe omitirse. Las circunstancias exigirán a veces prolongar el estudio con perjuicio de los recreos, y recíprocamente, pero jamás en perjuicio de la oración o de los ejercicios de piedad.

Dejo a la prudencia de los Jefes el cuidado de redactar el reglamento de vacaciones a partir del plan que acabo de trazar.

El orden exige que el Reglamento, una vez ajustado, sea puntualmente observado: de otro modo las vacaciones serían perjudiciales y los religiosos de María quedarían muy por debajo de su profesión.

Como ustedes ven, queridos Hijos, supongo que pasarán ustedes sus vacaciones en cada uno de sus respectivos Establecimientos. Nos reuniríamos para el retiro: me ocuparé de indicarles con tiempo este asunto.

1076. Burdeos, 16 de septiembre de 1838
Al papa Gregorio XVI, Roma

Las Constituciones fueron enviadas a Roma con esta breve declaración, en la que el Fundador manifiesta al Papa las razones que le llevaron a fundar el Instituto de las Hijas de María y la Compañía de María. Digna de atención es la conclusión: el P. Chaminade anuncia proféticamente la era mariana que estaba a punto de iniciarse.

BREVE EXPLICACIÓN DEL PROPÓSITO QUE HA TENIDO EL AUTOR DE LAS CONSTITUCIONES DEL INSTITUTO DE MARÍA Y DE LAS DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA AL FUNDAR ESTAS DOS ÓRDENES.

Santísimo Padre:

Si me hubiera sido permitido venir en persona a postrarme humildemente a los pies de Su Santidad, le hubiera revelado los sentimientos más íntimos de mi corazón. Le hubiera dicho, con filial sencillez, qué grande es mi dolor, desde hace tanto tiempo, a la vista de los esfuerzos increíbles de la impiedad, del racionalismo moderno y del protestantismo, conjurados para la ruina del hermoso edificio de la revelación. Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar de la Santa Sede las cartas credenciales de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe, presentando por todos lados, ante el mundo asombrado, grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en asociaciones especiales, practicasen sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral. Imbuido de esta idea, y urgido, además, por dignos Prelados, deposité mi alma entera en una humilde súplica a los pies de Nuestro Santo Padre el Papa Pío VII, quien se dignó escuchar favorablemente mi petición y me concedió las más amplias facultades por un decreto del 20 de

marzo de 1801. Desde entonces, Santísimo Padre, se han ido formando en varias ciudades de Francia fervorosas Congregaciones, unas de varones y otras de mujeres; la religión tuvo la dicha de contar con un número bastante grande de ellas en poco tiempo y se hizo mucho bien. Pero, Santísimo Padre, este medio, por excelente que sea cuando se utiliza con sabiduría, no bastaba. La filosofía y el protestantismo, favorecidos en Francia por el poder, se han apoderado de la opinión pública y de las escuelas, esforzándose por expandir en todos los espíritus, sobre todo entre la infancia y la juventud, ese libertinaje del pensamiento, más funesto aún que el del corazón, del que es inseparable. ¡Además, quién podría solo concebir todos los males que producen!

He creído ante Dios, Santísimo Padre, que era necesario fundar dos nuevas Órdenes, una de mujeres y otra de varones, que probaran al mundo, por el hecho de sus buenos ejemplos, que el cristianismo no es una institución envejecida y que el Evangelio puede practicarse todavía hoy como hace 1800 años; y que disputasen a la propaganda, escondida so color de mil y un pretextos, el terreno de las escuelas, abriendo clases de todos los grados y de todas las materias, especialmente a la gente del pueblo, que es la más numerosa y la más abandonada.

He ahí, Santísimo Padre, el propósito que la divina Providencia me inspiró al fundar hace más de veinte años la Compañía de María y el Instituto de Hijas de María.

La Compañía de María empezó bajo los auspicios del santo arzobispo de Burdeos, mons. d'Aviau, hace más de veinte años en la capital de su diócesis. Hasta la muerte de este venerable Prelado fue la obra de su corazón. Incluye tres clases: 1ª, la de los laicos educadores, cuya misión principal es propagar el conocimiento, el amor y la práctica de nuestra divina religión por medio de la enseñanza; 2ª, la de los obreros, que tienen por objeto abrir escuelas de artes y oficios para los jóvenes del mundo, con el fin de defenderlos o de disuadirlos del contagio del siglo y de enseñarles a santificar sus trabajos por la práctica de las virtudes cristianas; 3ª, en fin, la de los sacerdotes, que es el alma y la sal de las otras dos. Esta clase, cuando sea lo bastante numerosa, se consagrará al ejercicio de todas las funciones de su ministerio en el mundo; está encargada de la dirección de la Compañía de María y del Instituto de las Hijas de María.

La Orden de las vírgenes, Santísimo Padre, que ha tomado el nombre de Instituto de Hijas de María, fue fundada en 1816 en la ciudad de Agen, bajo la protección del venerable obispo de esta diócesis, que hoy tiene a bien suplicar a Su Santidad que le conceda la institución canónica. Trabaja, según sus medios, en los mismos fines que la Compañía de María; se ocupa, en consecuencia, de la enseñanza, de los trabajos propios de las personas de su sexo, de las Congregaciones, y de obras de beneficencia. Gracias a la cooperación de su Eminencia el Cardenal d'Isoard puede en adelante prestar a la religión los mayores servicios.

Las Constituciones de la Compañía de María, Santísimo Padre, y las del Instituto de Hijas de María desarrollan los fines, los medios, la organización de las personas y el gobierno de las dos Órdenes, según el espíritu de San Benito, adaptado lo mejor posible a las inmensas necesidades del siglo actual.

Estas dos Órdenes han tomado como nombre distintivo el de María Santísima. ¡Ojalá la den a conocer, la hagan alabar y amar por toda la tierra! Porque estoy íntimamente convencido de que Nuestro Señor ha reservado a su Santa Madre la gloria de ser particularmente la que sostenga la Iglesia en estos últimos tiempos.

¡No considere, Santísimo Padre, la indignidad personal del que se atreve a quitarle preciosos momentos del tiempo de Su Santidad para balbucear a sus pies algunas palabras sobre las obras del que no es más que un pobre instrumento! ¡Considere más bien, Santí-

simo Padre, el Santo Nombre de María, bajo cuya protección se presenta ante vuestro trono, y que es quien le da toda su gloria, toda su fuerza!

1084. Burdeos, 20 de octubre de 1838
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El P. Chaminade muestra una preocupación paternal por la salud de este religioso: quiere estar informado por el sr. Clouzet. A continuación, confirma que tiene sobre él un plan para llevar a cabo. Luego habla largo y tendido sobre su camino espiritual. El camino más seguro es el de la fidelidad interior a la gracia, a toda la gracia y a lo que ella conlleva.

Me he demorado mucho, querido hijo, en responder a su carta del 9 de junio último, y usted no ha perdido nada, pues he tenido todo el tiempo su carta ante mí sobre mi mesa: he estado pensando en usted casi todos los días, sin contar el tiempo destinado a la oración por todos mis hijos.

Desde hace algún tiempo tengo cierto proyecto sobre usted, pero aún no es tiempo para hablar de ello. Avance usted en el amor de Dios y en el aborrecimiento de sí mismo, es decir, del hijo de Adán: pues el amor de Dios hará que usted pueda amar como hijo, para hacerse usted digno de él, uniéndose cada vez más a Jesús y a María y trabajando por imitarles.

Me pregunta usted, querido hijo, en qué habrá de consistir para usted la verdadera fidelidad. – Consiste en 1º obedecer exactamente a todo lo que le está prescrito por los Reglamentos generales de la Compañía, por las indicaciones particulares que le he dado y por los que pueda darle el director actual de su conciencia; 2º consistirá también en corresponder en general, no solo a la gracia o a todas las gracias que usted reciba, sino a toda la gracia o a todo lo que encierran las gracias que puedan concedérsele: desde esta última perspectiva podrá usted crecer en fidelidad.

Tan solo ahora me doy cuenta, querido hijo, que, cuando me escribió su carta, sufría usted dolores de estómago bastante considerables. Al no recibir respuesta mía a su carta me debía usted haberme hablado de nuevo de su enfermedad. ¿Está usted completamente repuesto de su enfermedad? ¿O su enfermedad ha aumentado? ¿O tan solo se ha atenuado? Si sigue aún, háblele usted al sr. Clouzet de mi parte y él mismo tendrá la bondad de hablarme de ello. No trate usted, querido hijo, de aumentar sus penitencias hasta que me entere de que usted ya no está malo, que se siente usted bien y que ha vuelto a tomar fuerzas.

1089. Burdeos, 17 de noviembre de 1838
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

¿Tal vez el sr. Mouchet recibe algún maltrato en la comunidad? Es posible. Sin embargo, él es feliz porque sabe que la humildad es el camino que conduce al amor de Dios. El P. Chaminade precisa este punto de vista: la humildad que se abre al amor de Dios no es la del que se encierra en sí mismo sino aquella del que la recorre con la caridad.

La verdadera humildad, querido hijo, es efecto del amor de Dios o de la fe animada por la caridad. Así pues, ame usted a Dios hasta el completo desprecio de sí mismo; ame a Dios y aceptará usted el ser despreciado por todos, bien persuadido de que le hacen justi-

cia al despreciarle, ame usted a Dios hasta gozarse de recibir los malos tratos que puedan darle.

Durante los retiros ha tomado usted la resolución de seguir dedicándose a la práctica de la humildad, y veo con agrado en su carta que ha sido para adquirir el amor de Dios. Usted siente que lo uno no puede ir sin lo otro, y es verdad: pero irá más deprisa, me parece a mí, si va a la humildad por la caridad. El camino por lo menos es incomparablemente más ligero; sus oraciones irán mejor así como todos los demás ejercicios.

¡Ah, querido hijo! ¡Cuánto amará usted a Dios, cuando él le haga conocer y sentir un poco lo bueno que es, qué misericordioso es! La bondad es la naturaleza misma de Dios. Es así como usted amará a Nuestro Señor Jesucristo, como también amará de todo corazón a la Santísima Virgen María; me parece imposible amar a Dios sin amar a Jesucristo y a su santa Madre. Pero usted solo amará bien en proporción al desprecio que tenga usted de sí mismo y de lo que sea suyo.

1115. Burdeos, 6 de febrero de 1839
Al P. León Meyer, Courtefontaine

Útiles consejos espirituales al P. León Meyer, atrapado en una actividad excesiva. Solo el que progresa en la meditación consigue transformar toda su vida en una oración incesante.

Asocie usted a su trabajo, mi querido hijo, la práctica constante de la vida interior.

Avance usted continuamente en la práctica de las virtudes: es una obligación muy rigurosa para el religioso, y todavía más para el sacerdote religioso.

Me dice usted que le haría falta una paciencia angélica. ¡Ay! Mi querido hijo, añadiría que le hace falta una paciencia divina. La paciencia cristiana es una participación en la paciencia de Jesucristo.

No deje usted mismo, mi querido hijo, de hacer progresos en la oración; la oración es como el pivote sobre el que gira toda la vida interior; y de hecho, toda nuestra vida es como una vida de oración: [*Es preciso orar siempre y nunca desfallecer*][260].

1117. Burdeos, 12 de febrero de 1839
Al señor Clouzet, Saint-Remy

El P. Chaminade quisiera que el sr. Clouzet fuese el administrador general de la Compañía. Este se declara incapaz para la tarea, porque no cae bien a los hermanos y porque necesita, en lugar de más responsabilidades, un largo retiro para cuidar su propia santificación. En esta carta, el P. Chaminade, con argumentos persuasivos, intenta convencer al sr. Clouzet de que dé marcha atrás en su rechazo.

… En cuanto al título y funciones del Jefe general de trabajo, que le concierne a usted, tengo diversas observaciones que hacerle acerca de las reflexiones que me presenta. Es verdad que muchos de sus hermanos, y quizá la mayoría, tienen prevenciones contra usted; pero observe usted: 1º que esas prevenciones tenían por objeto su conducta religiosa y no las funciones que usted ha de cumplir; 2º usted es considerado generalmente como el más capacitado en la Compañía [para] los asuntos temporales: lo que en sí mismo, sea verdadero o exagerado, poco importa en el caso presente. Las prevenciones ya pasa-

[260] *Opportet semper orare et numquam deficere* (Lc 18,1)

das no van a seguirle o le seguirán poco; ¿qué pasará, por el contrario, si usted se penetra cada vez más de verdaderos sentimientos religiosos, que en el fondo, son los del mismo Jesucristo, que nos dice tan a menudo que no es de este mundo, sino que procede del cielo?

En cuanto a las razones que usted extrae, mi querido hijo, de las necesidades de su propia santificación, de lo indispensable de la vida retirada, etc., etc., le haré observar 1º que es preciso que usted aprenda a observar el retiro, la soledad y el recogimiento en medio de los asuntos de los que tendrá que ocuparse, sea en los viajes, sea en las temporadas de ausencia que tenga usted que hacer; 2º que en todas partes será necesario que usted parezca y sea de hecho un hombre consagrado a la pobreza, a la castidad y a la obediencia: que por todas partes donde usted vaya pueda decir la misma verdad que san Pablo: no ejerzo tal y tal función más que por Jesucristo. Mírese usted a sí mismo, como inferior a todos sus hermanos, no siendo, por decirlo así, más que un hombre de negocios: de ahí, la afabilidad, la bondad y todas las deferencias de una humilde caridad, etc., etc.

Todo ello le parecerá posible, querido hijo, si la fe le hace ver en ello una delegación que procede de Nuestro Señor Jesucristo. Tendrá indefectiblemente todas las gracias necesarias para esta delegación; en consecuencia, las gracias de solicitud, recogimiento interior, de celo, de abnegación de sí mismo, de completa entrega a la obra del Señor, etc., etc.

1121. Burdeos, 21 de febrero de 1839
A un postulante de Courtefontaine

La iniciación a la vida ascética no es fácil y el que quiere llevarla a cabo, ante todo debe convertirse, es decir comenzar a renunciar a sí mismo y practicar el desapego afectivo de todo pecado. Aquí nos encontramos ante un caso de conversión que «María comenzó y quiere llevar a cabo». La conclusión será la entrada en la vida religiosa. Por ahora, en esta etapa de la vida espiritual, bastan pocas penitencias, que deben ser autorizadas.

Cuando he recibido su carta del 16 del corriente, mi querido hijo, la he acogido por entero en el fondo de mi corazón: usted lo estaba sin duda ya desde antes, y de tal modo, que a pesar de su mala conducta y la de su sr. hermano, nunca pudo usted salir de él. Debe este favor a la Santísima Virgen: sin duda, ella ya le había adoptado a usted como hijo. ¡Oh querido hijo! ¡Qué obligación tendrá usted de consagrar toda su vida a hacerla honrar!

Me pide permiso para hacer su promesa de novicio: aún no se la puedo conceder. Es conveniente que haga un postulantado muy estricto, hubiera podido decir severo, y que durante ese tiempo purifique su alma con grandes sentimientos de contrición, que pedirá usted sin cesar al Señor por intercesión de la Santísima Virgen. María ha comenzado la obra de su conversión: ella la querrá llevar a cabo como Madre de Misericordia. Cuando el P. Meyer juzgue a propósito darle a usted la absolución y admitirle a la santa Mesa, entonces le rogará usted que haga las formalidades ordinarias para la admisión de postulantes al Noviciado y que me escriba sobre usted, se lo computaré a continuación como tiempo mismo de Noviciado.

Me pide, querido hijo, que le imponga penitencias proporcionadas, no a sus faltas, sino a sus fuerzas, y también, sin duda, a sus disposiciones: su ruego muestra su arrepentimiento y la voluntad de una vuelta sincera; usted mismo me indicará las penitencias que usted cree que debo imponerle: veré lo que he de hacer y se lo determinaré.

1122. Burdeos, 21 de febrero de 1839
Al señor José Bernhard, Courtefontaine

El sr. Bernhard, panadero en Courtefontaine, se había quejado de que su nombre no figuraba en la carta de respuesta a la felicitación de Año Nuevo. Al responderle, el P. Chaminade aprovecha la oportunidad para darle algún consejo espiritual: la oración debe interiorizarse, debe llegar a ser silenciosa. Además es bueno adquirir el espíritu de la infancia espiritual.

Suficientemente conocía yo, mi querido hijo, las disposiciones de su corazón para conmigo, pues en nada me sentí molesto al no ver su nombre junto al de sus Hermanos en la carta de Año Nuevo: pero ha hecho usted muy bien en añadírmelo ahora.

No se inquiete por sus numerosas distracciones durante sus oraciones, e incluso de algún extravío de la mente en sus ocupaciones: la primera regla a seguir es la de tener paciencia; la segunda, es buscar la causa y trabajar para destruirla. Ya llegará usted a ello, así lo espero, por la práctica del recogimiento interior, aprendiendo a caminar en la presencia de Dios, y a crecer siempre en el amor.

Mucho desearía, mi querido hijo, que preparase usted a alguien para que le remplace en la panadería. Hace usted bien por otra parte en hacer todo lo que le piden: nunca llegará a quebrantar demasiado su propia voluntad. Un verdadero religioso debe estar en manos de sus Superiores como un niño bien nacido entre las manos de su padre y madre. No se extrañe usted además, de que su naturaleza se oponga a esta infancia evangélica; san Pedro la sentía todavía en el lavatorio de los pies antes de la santa Cena: imite usted su sumisión, en cuanto Nuestro Señor le apercibió de que no había razón a oponerse a las órdenes que recibía.

S. 1124 bis. Burdeos, 5 de marzo de 1839
Al señor David Monier, Burdeos

Desde hace algún tiempo el sr. David Monier está atravesando una profunda crisis espiritual, debida a la falta de confianza en su confesor, que era el mismo P. Chaminade. Este interviene con una carta muy delicada para convencerle de volver a acercarse de nuevo a los sacramentos, especialmente en la cercanía de las fiestas pascuales.

Estoy edificado, mi querido hijo, por su generosidad para con Dios renunciando a estar informado de las noticias, por su baja en la suscripción de *La Guyena*, justo además cuando parecían más interesantes.

Esta acción me hace aguardar y esperar la siguiente, la de no dejar de acercarse a los sacramentos; nada le he exigido y nada de más le exijo, sino lo que me parece que la caridad le prescribe, si es que usted no creyera estarlo obligado por estricta justicia.

Si me cree usted en el error, no por eso tiene usted menos obligación de frecuentar los sacramentos. Si ni usted ni ninguna otra persona de peso puede disipar mi equívoco, tiene usted obligación de tomar otro confesor.

La obligación de acercarse a los sacramentos va a hacerse imperiosa; la pascua comienza del domingo en ocho días; comprenderá usted que tengo el deber de hacerle estas observaciones, me crea usted o no en el error.

No sabría usted expresar, mi querido hijo, cuánto sufro por este estado de cosas, de las que no me atrevo a hablarle por el bien de la paz. Este sufrimiento es de todos los días y de varias veces al día; me puede usted librar de él con facilidad a la vez que se procura los mayores bienes.

1125. Burdeos, 10 de marzo de 1839
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

El amor de Dios es una fuente de alegría. El que está en el amor de Dios goza ya desde aquí abajo la vida que viviremos en el cielo. El sr. Mouchet se encuentra en esta feliz situación, viviendo en una actitud interior de gran libertad y de unión con Dios.

Solo tengo tiempo, mi querido hijo, para decirle que he recibido su breve carta del 14 de febrero, que tenga siempre buen ánimo y que este ánimo esté sostenido por el puro amor de Dios. Viviremos eternamente en el seno de Dios, de su amor, es decir, del amor con el que Dios se ama a sí mismo: por eso los santos vivirán una vida completamente divina. Es preciso que trabajemos aquí abajo participando de la vida de la que habremos de vivir en el cielo.

Cuide usted de su salud, pero con ese cuidado secundario que no impide que su corazón sea solo para Dios y de Dios.

Le recomiendo siempre, mi querido hijo, la mayor unión con Jesús y María: la protección de san José puede serle de gran medio para este fin.

1127. Burdeos, 19 de marzo de 1839
Al P. León Meyer, Courtefontaine

En esta breve carta se habla de la vida interior. Según el P. Chaminade, esta constituye dentro de la vida activa un fuerte principio de unificación, en torno al cual se construye una nueva unidad personal, en la que todo converge en Dios. Hace que la vida espiritual no se rija más por un orden externo (aunque sea apostólico) sino por la presencia y la acción del Espíritu, que el alma descubre cada vez más profundamente dentro de sí. El P. Meyer se da cuenta de que no consigue vivir plenamente como quisiera. Por ello pide al Fundador que rece a san José por él, sobre todo con esta intención. El P. Chaminade invita al religioso a dedicarse ante todo al ejercicio intenso de la meditación: «la vida interior, de hecho, no es más que una meditación continua».

… Me da mucha pena, mi querido hijo, que crea usted no tener tiempo para hacer meditación o buenas meditaciones. Hay que presumir que si usted se dedica seriamente a la meditación, no se quejará de no tener tiempo para hacerla. Usted me ha indicado que ruegue a san José que le conceda la gracia de una vida interior: en verdad, la vida interior no es más que una meditación continua y no comprendo cómo se puede llegar a ello sin buenas meditaciones regulares.

1136. Burdeos, 17 de mayo de 1839
Al P. Chevaux, Saint-Remy

La siguiente carta testimonia la amplitud de conocimientos de teología moral que tenía de hecho el P. Chaminade y la amplitud de miras con la que trataba de interpretar las normas rígidas de entonces. Nótese cómo evita cualquier afirmación absoluta y como se remite a la prudencia del confesor. El espíritu al que se refiere es el asumido por algunos moralistas de la época, como el P. Gousset, que difundió en Francia la doctrina de san Alfonso de Ligorio.

… Yo no conocía la obra titulada *Directorio de los confesores en el tribunal de la penitencia,* de Salvatori[261]; y no puedo en este momento verificar el pasaje que usted cita. No despedir nunca al penitente sin darle la absolución, o no despedirle, a lo sumo, más que por ocho días, lo hacen en general los Italianos, los Españoles, los Alemanes, etc.; esta práctica me parece venir de una doctrina bastante sabia de la *Sapienza*[262]. Pero creo que se ha hecho de ella, a menudo, una mala aplicación. La *Sapienza* piensa que el pecador no se acusaría si no estuviera sinceramente arrepentido: pero ¡cuántos pecadores, sobre todo los que reinciden, están obligados a manifestar que no tienen aversión del pecado, y menos aún aborrecimiento!... Los confesores franceses, antes de la primera Revolución, aplicaban muy rígidamente los principios: hace falta una gran prudencia para conciliar todo. Es seguro, también, como pretenden los Españoles, que hay que tener confianza en la eficacia del sacramento; esta opinión es justa, pero no destruye, sin embargo, la dificultad de una presunción moral de que el pecador ha llegado a ese inicio de amor exigido por el concilio de Trento. Concluyo que no es posible hacer una ley práctica, sin excepción alguna, para dar la absolución indistintamente a toda clase de penitentes después de la acusación de [sus] pecados, porque sería necesario, muy a menudo, cerrar los ojos para no ver que los penitentes no han llegado al inicio del amor.

1137. Burdeos, 22 de mayo de 1839
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

Como enfermero, el sr. Mouchet tiene que ser por vocación el servidor de todos. Es necesaria una cierta infancia espiritual que lleve a hacer el bien sin preocuparse de si obtiene resultados tangibles. ¿Sentirse una criatura indigna? Se trata de un tema recurrente en la hagiografía católica que tiene sus raíces en el conocimiento profundo e íntimo que el hombre de vida espiritual adquiere de su propia debilidad humana y de la santidad de Dios.

Ha hecho muy bien, querido hijo, en decir todo al P. Chevaux, ya que él se lo ha pedido. Él tiene permiso de concederle, en ciertos casos extraordinarios, todo lo que usted necesite. Compórtese con el P. Chevaux, y con los otros Jefes, con la docilidad de un niño pequeño que querría hacer el bien, pero que no lo sabe hacer porque no tiene la suficiente inteligencia para conocerlo. Además, no razone nunca las órdenes que puede darle, o sobre lo que se puede hacer con usted; y con sus cohermanos e incluso con los internos sea siempre como el servidor de todos. Continúe, por lo demás, avanzando como hemos dicho.

Deseo que el amor de Dios crezca siempre en su corazón, de tal forma que no vea en usted más que una nada miserable o la más indigna de las criaturas. No encontrará ninguna exageración en la expresión de la «más indigna criatura», cuando conozca mejor la bondad de Dios hacia usted y el poco amor y agradecimiento de usted hacia él, lo que podría ser considerado como una ingratitud.

[261] F. M. SALVATORI, s.j. (1740-1824), *Istruzione pratica per i confessori novelli*, dividida en dos partes, Roma, diversas ediciones. En la carta del 19 de abril, el P. Chevaux informaba al P. Chaminade que en la comunidad alguno seguía la opinión de un autor italiano, un tal Savatori (¡así escrito!), según el cual había que absolver siempre. Cf. P. ZIANS / É. WELTZ, *o. c.*, pp. 499.
[262] Universidad de Roma (N. T.).

1153. Burdeos, 22 de julio de 1839
Circular a las dos Órdenes

Con esta Circular, el P. Chaminade comunica a sus religiosos y religiosas el reconocimiento recibido de la Compañía de María y de las Hijas de María a través del decreto de alabanza emitido por la Santa Sede.

GUILLERMO-JOSÉ CHAMINADE, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA Y DEL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARÍA, A SUS QUERIDOS HIJOS DE LAS DOS ÓRDENES.

¡Alégrense en el Señor, mis queridos Hijos! El cielo acaba de escuchar nuestras oraciones y el infierno se ha esforzado, vanamente, en paralizar nuestras gestiones ante el Vaticano. Tengo el gozo de anunciarles, por fin, la aprobación solemne y auténtica de la Compañía de María y del Instituto de las Hijas de María.

El Soberano Pontífice ha hecho examinar con cuidado nuestras Constituciones en la Sagrada Congregación de los obispos y regulares, por varios cardenales que forman parte de ella, y para que el asunto no se retrasase, al estar enfermo el cardenal prefecto, Su Santidad ha nombrado, sobre la marcha, un prefecto temporal, de forma que poco tiempo después, el Santo Padre, tras el informe favorable que le ha sido presentado en la audiencia del 12 de abril último, ha pronunciado, bendiciendo al Señor, que las dos Órdenes eran dignas de total recomendación y que, en consecuencia, se debía dar sin tardar en su favor un decreto de alabanza, de aprobación y de ánimo.

Por tanto, he recibido este precioso decreto, mis querido Hijos; lo he leído y releído con el respeto y el agradecimiento filial a todo lo que emana de la Santa Sede y mi corazón ha quedado confuso y mi alma arrebatada. Ustedes mismos lo leerán pronto, porque quiero enviárselo para su común alegría, y así compartir todos los mismos sentimientos.

En el decreto verán, en primer lugar, que nuestro Santo Padre funde en el mismo decreto las dos Órdenes con las mismas alabanzas, las mismas exhortaciones y los mismos ánimos, para enseñarnos que, para siempre, nuestras dos Órdenes, marchando juntas hacia el mismo fin, en dos líneas paralelas, por dos caminos respectivamente apropiados a los sexos, deben estar unidas, aunque distintas, y rivalizar en celo, en caridad y en esfuerzos para procurar la gloria de Dios y de la Santísima Virgen María.

Además encontrarán en el decreto, con enérgicas expresiones, cuánto hemos agradado al corazón de Su Santidad y cómo, en una efusión de su alegría y de su ternura paternal, nos bendice, nos alaba y nos anima a la perseverancia.

Encontrarán, sobre todo, que su deseo, que su voluntad misma es que se *inculque* a ustedes el espíritu todo de caridad en nuestras obras, asegurándoles que ustedes darán a la Iglesia útiles servicios, si perseveran.

Por lo tanto, mis queridos Hijos, de aquí en adelante no nos será suficiente observar puntualmente nuestra Regla, para ser verdaderos Hijos de María; hace falta más y sobre todo que se penetren a fondo de su espíritu; es necesario que yo mismo me esfuerce en *inculcarles* los principios, para que respondamos todos al deseo, mejor a las órdenes de Su Santidad. Pero saben que mis esfuerzos aislados no serían suficientes para ello, si sus Jefes respectivos de las dos Órdenes, si ustedes mismos, si todos unidos, no trabajamos efectivamente en ello con toda la entrega de nuestra profesión religiosa. Y cuando, en el futuro, les recuerde el espíritu de nuestras Constituciones, cuando buscase inculcárselo o cuando sus Superiores lo hagan por mí, apartarán sus ojos de nuestra indignidad personal, para no ver en nosotros más que al Vicario de Jesucristo mismo, que les propone, por nuestra mediación, renovar sin cesar su fervor en el cumplimiento de la obra emprendida.

Además, mis queridos Hijos, la aprobación, verdaderamente magnífica, con la que Su Santidad ha querido honrar nuestras dos Órdenes, no consuma todavía enteramente el objeto de nuestros deseos: pero es la prenda segura y la más fuerte garantía posible de lo que esperamos de la bondad Pontificia. También un obispo, uno de nuestros poderosos protectores ante la Santa Sede, al abrir la carta de Roma por la que Su Eminencia el Cardenal Giustiniani le anunciaba el precioso decreto concedido en nuestro favor, exclamó en medio de su Consejo: «¡Aquí está la Beatificación; pronto llegará la Canonización!». En efecto, el Soberano Pontífice nos lleva a esperar, formalmente, que más tarde elevará las dos Órdenes al supremo rango de *Institución canónica,* de manera que los votos que ahora son simples, llegarán a ser solemnes. También en su gran benevolencia para con nosotros, ha encargado oficialmente a Su Eminencia el cardenal Giustiniani que nos diga que no debemos temer nada a causa de los retrasos que imponen las circunstancias, y que tales retrasos no son por las Constituciones mismas, ya que ellas le han agradado altamente.

Nuestro deber, mis queridos Hijos, en este tema es esperar con una confianza plenamente filial, el momento del Señor. Hoy día, lo que más importante es penetrarnos bien del espíritu de nuestras Constituciones y conformarnos a ellas religiosamente. Si se han introducido algunos abusos, si el enemigo ha sembrado la cizaña en nuestros diversos Establecimientos, debemos apresurarnos todos a arrancarla con prudencia y precaución; y si algunos Jefes se viesen impotentes, les invitaría a avisarme, para que, uniendo mis esfuerzos a los suyos, lleguemos a curar el mal.

é, por ejemplo, que, por la desgracia de los tiempos que corremos, se ha introducido un abuso grave en la Compañía de María: no hay casi uniformidad en el vestido de los Hermanos. Sé también que la mayor parte lo lamentan, de manera que no dudo de la urgencia con que se adoptarán en todos los lugares los medios que están indicados, para realizar la mayor uniformidad posible.

Se acercan, mis queridos Hijos, los retiros anuales. Se esforzarán todos en aprovecharlos para recobrar el antiguo fervor. Entonces se les enviará estas Constituciones que han merecido por parte de Sagrada Congregación de los obispos y regulares, y por el Soberano Pontífice sobre todo, tantas alabanzas y recomendaciones. Prepárense lo mejor posible tanto para los retiros como para la recepción de sus santas Reglas, para que estas dos circunstancias sean el punto de partida de una renovación del fervor en las dos Órdenes.

Acabando esta circular, mis queridos Hijos, les invito con toda mi autoridad a dar gracias a Dios por los insignes favores que acabamos de recibir de la Santa Sede. Debemos también rezar para pedir la bendición del cielo sobre Nuestro Santo Padre el Papa Gregorio XVI, sobre el cardenal Lambruschini, Ministro secretario de estado de Su Santidad, sobre Su Eminencia mons. Giustiniani, cardenal-decano de la Sagrada Congregación de los obispos y regulares, y sobre el sr. canónigo Valentini, del que somos deudores por su solicitud con nosotros.

Por el momento, rezarán cada día, durante tres meses, a partir de la recepción de la presente Circular, el *Magnificat,* siete *Gloria Patri* y el *Memorare*. Les daré a conocer, pronto, lo que el agradecimiento exige ulteriormente de nosotros.

1156. Burdeos, agosto de 1839
Al P. Fridblatt, Courtefontaine

Fridblatt había sido estudiante en las universidades alemanas y había llegado a Saint-Remy con un traje excéntrico, con dos botas ostentosas y con dos pistolas en la cintura, como vestían los estudiantes universitarios en Alemania. A pesar del severo noviciado que había hecho en Burdeos, los disturbios de

1830 calentaron el carácter aventurero del estudiante de otros tiempos. Llegó a ser sacerdote, pero era una de esas almas inquietas que, precisamente porque eran muy imperfectas, no encontraban jamás suficiente perfección a su alrededor.

El Fundador le escribe de manera bastante dura. Solo después de leer la carta del P. Chaminade sobre el voto de estabilidad, el P. Fridblatt se abandonó enteramente a la gracia, apreciando su vocación y convirtiéndose en un óptimo religioso y en uno de los sacerdotes más santos de la Compañía.

Querido Hijo, voy a responder a su carta del 25 de julio último.

Usted desearía ir a hacer una experiencia en alguna casa religiosa –me imagino que, como no habla de ninguna, a una comunidad de trapenses- y regresaría si no hubiese encontrado lo que buscaba. Ninguna casa de la Compañía le garantiza suficiente fervor edificante, espíritu de penitencia, etc., en el sentido que usted lo entiende. Y, aunque sea sacerdote, «no puede inspirar el fervor a los otros, ya que no es lo suficiente virtuoso para ello…». «Saint-Remy no está en el grado de fervor que yo pienso, y si lo hubiera, es seguro, que no durará mucho tiempo». – Y si Dios le hubiera destinado para que prolongara esa duración, ¿qué respondería, querido Hijo, al plan de Dios?

He sopesado, querido Hijo, todos los motivos de los cambios que usted alega; los encuentro insuficientes: en consecuencia, no puedo consentir un ensayo. Incluso creo que no debe pensar más en ello y no ocuparse de cambios en manera alguna, sino dedicar todos sus cuidados a responder a los planes y designios de Dios sobre usted. Porque vea que algunos religiosos no tienen el espíritu de su estado o tengan muy poco, ¿no cree usted, que si usted lo quisiera realmente, no podría, con el auxilio de la gracia, progresar en su vida interior?

Usted dice: «No veo que esté en la ilusión: el espíritu de Satanás se guardaría bien de inspirarme semejantes sentimientos, porque, etc.». Se equivoca, querido Hijo; parece que usted no ha comprendido lo que san Pablo quiere enseñarnos cuando nos dice que Satanás algunas veces se transforma en ángel de luz, y todo nos dice que, ante nosotros, hace el oficio de tales ángeles. Después de inspirarle esos sentimientos que usted llama evangélicos, ¿qué progresos reales realiza usted en las obras? ¿No ve que nunca se le plantea la práctica actual y que tal práctica no es posible más que allí donde usted realmente está, etc.? Satanás sabe muy bien lo que hará cuando le haya sacado del lugar que la misericordia de Dios le ha concedido. Pero, me paro aquí: le he dicho bastante si usted quiere avanzar con rectitud.

1163. Burdeos, 24 de agosto de 1839
A los predicadores de los retiros

Esta carta es uno de los escritos más bellos del P. Chaminade, el que refleja con mayor fuerza y claridad su pensamiento. Es una respuesta a la voluntad expresada por el Santo Padre de que se grabase profundamente en el espíritu de los religiosos, con un perseverante trabajo de persuasión, el espíritu del Instituto. Está dirigida a los tres predicadores de los ejercicios espirituales anuales (P. Caillet, P. Fontaine y P. Perrodin), para que la hiciesen objeto de sus instrucciones en los diez retiros que predicarían en total. De esta larga carta se hicieron varias traducciones íntegras[263]*. Aquí ofrecemos solo la parte central, que es la más significativa.*

Mi respetable Hijo,

[263] Cf. especialmente el análisis retórico y doctrinal de la carta hecho por J. VERRIER (París, julio de 1988).

En mi Circular del 22 de julio último decía a todos mis Hijos de las dos Órdenes: «Verán ustedes en el decreto pontificio que el deseo de Su Santidad, que su voluntad misma es que se les inculque el espíritu de nuestras obras, todas de caridad, asegurándoles que darán útiles servicios a la Iglesia si perseveran».

Se presenta ante ustedes una preciosa ocasión para cumplir, lo mejor que puedan, las órdenes del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Llega el momento favorable de inculcar el espíritu de nuestras Constituciones y de nuestras obras, que tan altamente han agradado a su corazón pontificio. Quiero hablar del retiro que usted va a dar. Penetrado de esta máxima de san Pablo: *La letra mata, pero el espíritu vivifica*, se aplicará usted con toda su fuerza a hacer apreciar la excelencia y el carácter especial de nuestra divina misión.

Para ello, desarrollará en primer lugar lo que tenemos de común con las Órdenes religiosas; después dirá lo que nos distingue de ellas y a continuación se dedicará a precisar el aire de familia que nos caracteriza incluso en las obras comunes.

… 2º Lo que distingue a la Compañía de María y al instituto de las Hijas de María de la otra Órdenes religiosas.

Usted sabe, mi respetable Hijo, que tenemos, en la gran familia de las Órdenes religiosas, un aire de familia que nos distingue de todas las demás. Describimos este carácter y precisamos lo mejor posible lo que es de la *letra* y lo que es del *espíritu.*

Todas las edades de la Iglesia están marcadas por los combates y las gloriosas victorias de la Santísima Virgen. Desde que el Señor ha establecido la enemistad entre ella y la serpiente, ella ha vencido constantemente al mundo y al infierno. Todas las herejías, nos dice la Iglesia, han inclinado su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco ella las ha reducido al silencio de la nada. Pero hoy día la gran herejía reinante es la indiferencia religiosa, que va embotando las almas en la torpeza del egoísmo y en el agotamiento de las pasiones. La profundidad del abismo vomita en grandes oleadas una humareda negruzca y pestilente, que amenaza envolver toda la tierra en una noche tenebrosa, vacía de todo bien, repleta de todo mal, e imperturbable, por así decir, a los rayos vivificadores del Sol de justicia. Así mismo, la divina llama de la fe palidece y se muere en el seno de la cristiandad; la virtud huye, llegando a ser cada vez más rara, y los vicios se desencadenan con un terrible furor. Parece que ya tocamos el momento anunciado de una defección general y como una apostasía casi universal.

Este cuadro tan tristemente fiel de nuestra época está lejos, sin embargo, de desanimarnos. El poder de María no ha disminuido. Nosotros creemos firmemente que Ella vencerá esta herejía como todas las otras, porque es, hoy como siempre, la Mujer por excelencia, esa Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente; y Jesucristo, que siempre la denominaba con ese gran nombre, nos enseña que ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A ella, por tanto, le está reservada en nuestros días una gran victoria; a ella pertenece la gloria de salvar la fe del naufragio que la amenaza entre nosotros.

Pero nosotros hemos comprendido este pensamiento del cielo, mi respetable Hijo, y nos hemos apresurado a ofrecerle a María nuestros débiles servicios, para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Estamos alistados bajo su bandera, como sus soldados y sus ministros, y nos hemos comprometido por un voto especial, el de *estabilidad,* a ayudarla con todas nuestras fuerzas hasta el fin de nuestra vida en su noble lucha contra el infierno. Y, como una Orden justamente célebre ha tomado el nombre y el estandarte de Jesucristo, nosotros hemos tomado el Nombre y el estandarte de María, prestos a correr por todos los lugares a que nos llame para extender su culto y, por él, el reino de Dios en las almas.

Este es, mi respetable Hijo, el carácter distintivo y el aire de nuestras dos Órdenes: somos especialmente los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la tarea de la reforma de las costumbres, el apoyo y crecimiento de la fe, y por ella la santificación del prójimo. Depositarios del ingenio y de las grandes ideas de su caridad casi infinita, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el fin de nuestros días y de ejecutar actualmente todo lo que nos diga, dichosos de poder gastar en su servicio una vida y unas fuerzas que le son debidas. Y de tal forma creemos que esto es lo más perfecto para nosotros, que nos prohibimos formalmente por nuestro voto el derecho de escoger y abrazar nunca otra Regla.

Añadiré, mi respetable Hijo, que por el voto de *estabilidad* entendemos obligarnos en justicia a cooperar lo mejor posible hasta el fin de nuestra vida en la obra emprendida.

Nuestras Constituciones, que la Santa Sede ha alabado tan magníficamente y aprobado después de maduro examen, lo establecen de una manera muy formal como para que se pueda dudar de ello. Me contentaré, por tanto, con recordar, de paso, para la Compañía los artículos 19, 20 y 21; y los del Instituto 69 y 175, y preguntaría si el honor, la delicadeza y la justicia no tienen que llorar, así como también la religión y el Corazón de María, ante el escándalo de la apostasía religiosa.

Aquí, se presenta una dificultad, y por muy aparente que sea, me permitirá que la resuelva con usted.

Todas las Órdenes religiosas, se me dirá, han honrado a María de una forma especial y se glorían de pertenecerle.

Responderé que estamos lejos de pretender que el culto de la Santísima Virgen sea exclusivo nuestro. Esto sería, en verdad, una muy tonta pretensión: porque ¿quién ha podido amar al Hijo sin amar a la Madre y quién ha se ha atrevido a tender a la perfección evangélica excluyendo de su consagración a Jesús el culto especial a María? Pero lo que miro como el carácter propio de nuestras Órdenes y lo que me parece que no existe en las fundaciones conocidas, es que, para repetirlo, nosotros abrazamos la vida religiosa en su Nombre y para su gloria; es para entregarnos a ella en cuerpos y bienes, para hacerla conocer, amar y servir, muy convencidos que no llevaremos a los hombres a Jesús más que por su Santísima Madre, porque creemos, con los santos doctores que ella es toda nuestra esperanza. [*Toda la causa de nuestra esperanza*][264], nuestra Madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida.

Y además, respondería todavía, mi respetable Hijo, que si otras Órdenes tienen esto en común con nosotros, debemos felicitarlas, bendecirlas e invitarlas a rivalizar con nosotros en el celo y el amor, a fin de publicar en todo lugar el augusto Nombre de María y sus inefables beneficios.

He aquí, por tanto, mi respetable Hijo, nuestra doctrina sobre el voto de *estabilidad;* es nuestro signo de alianza y nuestro sello distintivo.

¡Qué fácil es ver que el que se queda en la *letra,* se desplaza monstruosamente en la preciosa familia de María! Siempre indeciso y siempre inquieto, su corazón, minado por el aburrimiento, va por todos los lugares, sobre las alas de la duda, buscando, bajo pretexto de lo más perfecto, la satisfacción de un secreto deseo de infidelidad a la Santísima Virgen. Su título y su cualidad de servidor y de ministro de María no es nada a sus ojos; su profesión no es suficientemente perfecta. Necesita algo más, ¡como si hubiera algo más noble y más perfecto que entregarse al servicio de la Madre de Dios y abandonarse a su cuidado maternal, como lo hizo Jesucristo mismo! Tampoco quiere pertenecer a María de forma

[264] *Tota ratio spei nostrae.*

especial, porque sus pecados, dice, exigen una satisfacción más rigurosa y, en consecuencia, acaba por romper con sus manos las dulces cadenas que le unían a la Reina de los ángeles y de los hombres. Usted conoce el resto: ya no es el Hijo de María y pronto o tarde perece…

En consecuencia, mi respetable Hijo, ¡ay del hijo desnaturalizado que reniega de María y abandona su familia! Al contrario, ¡feliz y mil veces feliz el que es fiel! ¡Usted no dejará de hacerlo sentir a sus Hermanos y a sus Hermanas queridas! El Santo Padre, incluso, unirá su voz a la suya, para persuadirles de «que no tienen sino que avanzar día a día en la carrera emprendida bajo los auspicios de la Santísima Virgen, seguros que tienen que rendir útiles servicios a la Iglesia». Y para animarles poderosamente a la perseverancia, dígales hasta qué punto son los Hijos de María.

Si todos los hombres son los hijos adoptivos de la Madre de Dios, los miembros fieles de la Compañía y del Instituto lo son aún de forma más perfecta, por títulos especiales muy queridos por su divino Corazón.

Como religiosos en general, por el hecho de sus votos, que los unen a la cruz del Salvador, no forman más que uno con él. Íntimamente unidos a él por el amor más fuerte, están en él como él en ellos; son sus discípulos, sus imágenes, otros él mismo. También, desde el día dichoso de su profesión, desde lo alto de su Cruz los presenta a María como otros Juan, diciendo: «¡Mujer, he ahí a tu hijo». Es decir: ellos son mi semejanza, no son más que uno conmigo; adóptalos, pues, en mí y sé Madre para ellos, como lo eres para mí!

Pero mantengo que nuestro voto de *estabilidad* nos une a María de forma más especial que a los otros religiosos; tenemos para ello un título más, un título singularmente fuerte, a su preferencia. Por lo tanto, ella nos adopta con más privilegios; recibe con gusto nuestra promesa especial de serle fieles y devotos; después nos alista en su milicia y nos consagra como sus apóstoles. ¡Oh, mi respetable Hijo, qué sagrado es este contrato; qué fecundo en bendiciones es para nosotros! Después de todo esto, ¿comprende usted las tristes deserciones que tenemos que lamentar?... ¿Entiende la indiferencia apática de algunos?... ¿Entiende que no se sacrifique nada por María, que quiere darnos un tal rango en su gran familia humana?...

… Nuestra obra es grande, es magnífica. Si es universal es porque nosotros somos los *misioneros de María* que nos ha dicho: «Haced lo que Él os diga». Sí, nosotros somos todos misioneros. A cada uno de nosotros la Santísima Virgen le ha confiado un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo.

Tampoco el Santo Padre ha podido dejar de decir, «en su alegría de bendecir al Señor que nos ha inspirado un tal designio», como nos lo dice de su parte Su Eminencia el cardenal Giustiniani: «La obra le ha agradado altamente, la ha estimado digna de toda alabanza y de toda recomendación, y ha querido que su espíritu se inculque en todos los miembros», a fin de animarlos a seguir yendo hacia delante. Incluso va hasta asegurarles que, lejos de ser inútiles a la Iglesia, «rendirán a la Iglesia importantes servicios», si perseveran. Como usted ve, no hago más que citar las palabras pontificias mismas.

A usted, por tanto, mi respetable Hijo, corresponde aceptar y realizar lo mejor posible la comisión que le doy de parte del Soberano Pontífice. Tiene que «inculcar en el corazón de mis queridos Hijos», durante el retiro que va a empezar, «el espíritu de nuestras obras, todas de caridad». Tiene que hacer sentir a aquellos y aquellas que enseñan directamente, cuánto se engañarían si limitaran sus esfuerzos en instruir en las letras humanas; si pusieran todos sus cuidados y toda su gloria en hacer sabios y no cristianos, o en conquistar una reputación mundana, olvidando entonces que son misioneros de María, para rebajarse al rango vil de los industriales de la enseñanza en nuestro siglo, descenderían de

la altura de su sublime apostolado. Por último, tiene que decir a los que están empleados en el servicio interno de las casas o en los diversos oficios, el espíritu y el secreto de su divina misión: lo hemos consignado en nuestra santas Reglas, cuando hemos establecido de qué manera ellos concurren a la obra general de la enseñanza; les hemos mostrado cómo contribuyen poderosamente con sus trabajos, su celo y sus oraciones a extender el reino de Jesús y de María en las almas. ¡Su parte es tan bella! Nuevos Josés, están encargados de asistir y mantener a los niños de la santa familia con sus penosos ministerios.

Me paro aquí, mi respetable Hijo. He querido decirle mi pensamiento total sobre nuestras obras y sin duda lo he hecho muy largo; pero no le sorprenderá, porque sabe muy bien que no se puede agotar, al tratar un tema tan querido por nuestros corazones. Descanso con confianza sobre su caridad la gran carga que le doy o, mejor dicho, que la misma María le impone. Penetrado como usted está del espíritu de su estado, le será fácil inculcarlo a mis queridos Hijos de las dos Órdenes.

Sabe que el Decreto pontificio nos concede el favor de la indulgencia plenaria para la renovación de los votos perpetuos y para los de la primera emisión. No deje de poner en su conocimiento esta agradable noticia.

¡Que la Santísima Virgen, nuestra Madre y nuestra Soberana, bendiga su viaje, bendiga sus esfuerzos, bendiga su persona y a todos mis queridos Hijos!

¡Reciba este deseo de mi corazón, mi respetable Hijo, y que mi bendición paternal sea la garantía de su realización!

1167. Burdeos, 5 de septiembre de 1839
Circular a toda la Compañía.

Las Constituciones, corroboradas por el decreto de alabanza de la Santa Sede, están listas para ser enviadas a las diversas comunidades. Una circular prepara la entrega a cada religioso. Contiene palabras sublimes, casi inspiradas, que reflejan el estado de ánimo del P. Chaminade, ahora ya tranquilizado por la perspectiva de un período de paz y prosperidad que parece abrirse para la Compañía de María.

GUILLERMO-JOSÉ CHAMINADE, FUNDADOR Y SUPERIOR GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA Y DEL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARÍA, A SUS QUERIDOS HIJOS DE LA COMPAÑÍA.

Por fin, mis querido Hijos, sus deseos y los míos se han cumplido: ahora puedo mantener mi promesa y darles nuestras queridas Constituciones. ¡En adelante a ustedes corresponde conformar su vida a estas Constituciones! Las únicas auténticas, ya que solo ellas han sido aprobadas por el Trono pontificio, no es posible modificarlas[265]; fijan definitivamente el *espíritu* de la obra emprendida, los *medios* de realizarla y su *organización* y el gobierno que le es propio. El texto original está depositado en Roma, en los archivos de la Sagrada Congregación de los obispos y regulares. ¿Quién sería el profanador que se atreviera a alterarlas o a repudiar las copias auténticas?

Además, queridos Hijos, estas Constituciones no contienen más que lo que practicamos desde el origen de nuestra Compañía. La divina Providencia ha querido que una tan larga experiencia consagrara nuestras Reglas con su infalible testimonio, antes que la Santa Sede concediese para siempre su divina sanción.

¿Cómo les diría, mis queridos Hijos, la sensación de alegría y esperanza que hace en este momento que mi corazón se estremezca? Me parece que acogerán con gozo estas

[265] Sin la autorización de la Santa Sede.

Constituciones como la garantía de mi ternura, como el tesoro de mis secretos para su felicidad y como el testamento de un padre que les ama con toda su alma. Sí, mis queridos Hijos, ustedes las acogerán con amor y, mientras que sus Jefes jurarán ante el altar procurar que sean observadas con exactitud, según el deber de su cargo, todos ustedes se comprometerán a ser fieles a ellas hasta la muerte.

Reciban, por tanto, sus santas Reglas de mi mano paternal; medítenlas sin cesar, para penetrarse más y más de su espíritu, que es totalmente de *caridad*, ha dicho la Santa Sede. ¡Que ellas estén siempre en su corazón y en sus labios, en su frente y en sus manos! ¡En ellas está la vida y la felicidad; de ellas sacarán ese agua que saltará hasta la vida eterna!

Mi edad avanzada me anuncia que no tengo más que pocos días para vivir entre ustedes, mis queridos Hijos: les exhorto a que les vea rivalizar en celo y esfuerzos para poner en práctica las Constituciones que les presento en nombre de Dios. ¡Deben dar este consuelo a mi vejez; sobre todo es un deber ante la Santa Sede y ante la Santísima Virgen María!

1175. Burdeos, 8 de octubre de 1839
A la Madre Xavier, Agen

La siguiente carta ofrece indicaciones útiles sobre el espíritu de la Regla y sobre su interpretación. Reafirma que el espíritu del Instituto es el celo por la gloria de Dios a través del conocimiento y el amor de María.

Responderé brevemente, mi querida Hija, a la pequeña dificultad que me presenta, porque hoy estoy muy ocupado.

Puede ser que el artículo 297 no esté tan claro como usted desea, pero si lo lee con atención, verá que se dice que, después de la carne asada, el pescado o los huevos, según los días, hay un segundo plato que puede ser ensalada, o legumbres o un postre conveniente según la estación del año y las necesidades de las personas.

Añado, mi querida Hija, que es preciso entender este artículo en el espíritu que ha sido dictado. Pero este espíritu no es solo el de la penitencia, sino también el del celo y la caridad. Nuestro espíritu en el Instituto y en la Compañía no es propiamente la penitencia, tal como lo entendían los antiguos solitarios, san Benito, san Bernardo y los trapenses…, por eso no hemos adoptado el régimen austero al que tantos otros religiosos se han entregado. Pero como nuestro espíritu es el celo, el celo de la gloria de Dios por el conocimiento y el amor a la augusta María, abrazamos todas las obras de celo y en consecuencia seguimos un régimen que sea suficiente para mantenernos en los trabajos, sin favorecer, sin embargo, a la naturaleza.

Por tanto, he aquí nuestro espíritu en cuanto a la alimentación y a los cuidados del cuerpo en general. Nuestras Constituciones han debido, en consecuencia, determinar lo que parece suficiente en general; pero se engañaría si se creyese que las Constituciones excluyesen la posibilidad de actuar de otra manera, en el caso en que se necesitara otra cosa. Esos casos son excepcionales y salen de lo común. La letra de la Regla, sin rechazarlos, no los incluye de hecho; pero el espíritu los abraza, de forma que no es derogarla dar, según las necesidades particulares y reales de las personas, lo que parece razonablemente necesario cuando el régimen común no conviene. Es la Superiora la que tiene que ver lo que hay que hacer en la aplicación.

1182. Burdeos, 31 de octubre de 1839
Al canónigo Valentini, Roma

Mons. Salvatore Valentini, canónigo de la basílica de san Lorenzo en Dámaso en Roma, se había implicado mucho para acelerar la promulgación del decreto de alabanza. La siguiente carta, que acompañaba al envío del diploma de afiliación a la Compañía de María, es como el eco de la gran carta a los predicadores de retiros y resume muy brillantemente el pensamiento del Fundador.

Señor canónigo,

Me apresuro a enviarle una primera muestra de nuestro agradecimiento y nuestra singular estima, y me complace enviarle el diploma de afiliación prometido. Este diploma tendrá por objeto, sr. canónigo, asociarle a usted a nuestras dos Órdenes religiosas de Francia, que están especialmente entregadas a la Santísima Virgen y hacen profesión de pertenecerla como su milicia santa en los tiempos difíciles en que vivimos.

Creemos que a la augusta Madre de Dios, que, según la Iglesia misma, sola ha vencido todas las herejías, está reservada en nuestro tiempo una gran gloria y un total triunfo sobre las fuerzas combinadas sobre el filosofismo moderno y la indiferencia religiosa, consecuencia del filosofismo, y sobre el infierno que lo ha vomitado desde las profundidades del abismo.

Con este pensamiento de fe hemos decidido ofrecerle nuestros débiles servicios, para combatir por ella y con ella los combates del Señor; en consecuencia, hemos tomado su nombre, tan dulce y tan fuerte al mismo tiempo, sus armas inexpugnables y su luz invencible; por esto nos entregamos a ella, en cuerpo y bienes, y de ella esperamos la gracia inestimable de ser educados y formados por ella según el modelo de su divino Hijo, para tener con él esa preciosa conformidad que es la única que, según las palabras del Apóstol, nos asegura la felicidad eterna.

Hemos tomado por divisa la palabra, tan llena de sentido y de verdad, que dirigió a los servidores de la bodas de Caná: «Haced lo que él os diga»; y así abrazamos con este propósito la obra de la educación cristiana de la infancia y sobre todo de los pobres, la obra de las artes y oficios, la obra de las congregaciones, de los retiros y de las misiones; abrazamos toda las obras [de celo].

Su Diploma de afiliación le asocia, por tanto, a nuestros trabajos. Son grandes en su finalidad como en su objeto; si hoy día su realización no está desarrollada como lo será en el futuro, tenemos la confianza de que las bendiciones que el Padre común de los fieles acaba de derramar sobre tales obras les comunicará plena fecundidad, y estoy lleno de alegría de poder decirle, sr. canónigo, que usted ha contribuido mucho en el bien que se realizará.

Su diploma, sr. canónigo, será un lazo de amor y agradecimiento recíproco, trabajando en Roma, la ciudad santa, por las dos Órdenes de María, como agente, amigo, protector e, incluso, como un hijo tan honorable como entregado.

1185. Burdeos, diciembre de 1839
Al señor Enderlin, Friburgo

El sr. Francisco José Enderlin (1804-1879) es una de las figuras más veneradas de la primera generación de la Compañía de María. Después de haber dirigido admirablemente la escuela de Ammerschwir durante doce años, en 1838 fue llamado por el P. Chaminade, que confiaba mucho en él, para introducir la Compañía de María en Suiza, con la fundación de la importante escuela de Friburgo. En 1851, por

invitación del gran obispo alemán mons. Ketteler, abrió en Maguncia la escuela Santa María, donde trabajaría hasta su muerte, ganándose la confianza y la estima de toda la población, como lo demuestra el monumento, erigido a expensas de sus alumnos, que alberga sus restos mortales en el cementerio local.

Le he leído, mi querido Hijo, con vivo interés, gracias a los detalles en los que ha entrado sobre todas las cuestiones que le había planteado: por lo cual ya me encuentro como en un país conocido.

Veo con agrado por lo que usted me dice y además por *L'Observateur du Jura,* que recibe el P. Caillet, que su escuela, aunque recién nacida, goza de gran reputación; se prevén muchas esperanzas; también desde ciertos sectores se pretende paralizar el bien que se espera o que se teme: debe estar siempre en guardia ante lo que pueda ocurrir cuando se actúa de forma imprudente si el celo no se realiza con prudencia. Tiene un excelente apoyo y un padre cariñoso en el canónigo Aeby; en él tiene un consejero esclarecido y un amigo incondicional; procure no decepcionarle; esté siempre dispuesto a consultarle en todo y no hacer nada hacia el exterior que él no haya aprobado previamente.

He leído el Reglamento horario de sus clases y encuentro en efecto que están ustedes sobrecargados. Es desagradable que el Método sufra, por el momento, algunas dificultades: siga el consejo del sr. Aeby; pero haga todo lo posible para acercarse poco a poco a nuestro modo de actuar que, de hecho, le descargará mucho. En este punto guarde total discreción y deferencia al parecer del sr. párroco.

Veo con alegría que la unión de la caridad reina en su pequeña comunidad.

Para el ayuno del viernes siga el parecer del sr. Aeby, ya que presenta algún inconveniente para la salud [de usted].

Le recomiendo, mi querido Hijo, la observancia de nuestras santas Reglas, nuestras Reglas serán su fuerza, su apoyo y su consuelo, si es fiel a ellas: Dios no le bendecirá en otras condiciones.

Escríbame a menudo, mi querido Hijo, y no deje de indicarme sobre todo lo que, por las necesidades del país, podría crear inconvenientes con nuestras Constituciones; es preciso establecer en Friburgo una gran conformidad con nuestras otras Casas.

SÉPTIMA PARTE

LA TEMPESTAD FINAL

EL CALVARIO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

1. Introducción

Los acontecimientos de los últimos años han sido la cruz de todos los biógrafos del P. Chaminade, ya que sus juicios sobre este tema han sido muy divergentes. Fue precisamente la dificultad de dar una interpretación histórica exacta de esos acontecimientos la que llevó al bloqueo de la causa de beatificación, que había sido introducida a principios de siglo, con la convicción por parte de muchos de que sería un camino muy difícil y cuyo resultado podría ser negativo.

El proceso diocesano se llevó a cabo desde 1909 hasta 1912 en Burdeos y en Vitoria (España). Fueron escuchados 83 testigos, 14 de los cuales habían conocido al P. Chaminade. Las comisiones rogatorias tuvieron lugar en Auch y en Malinas en 1910. El 13 de diciembre de 1910 un decreto romano reconoció la ortodoxia de los escritos del P. Chaminade. La comisión solamente destacó, en alguna parte, la excesiva dependencia de Olier.

En Roma la causa fue introducida el 8 de mayo de 1918, bajo el pontificado de Benedicto XV. La primera sesión (21 de julio de 1931), dedicada al examen de las virtudes heroicas, no tuvo un resultado positivo. Después de una segunda sesión, celebrada el 24 de noviembre de 1936, la Sagrada Congregación decidió el reenvío de la causa a la Sección histórica, para el estudio más profundo de los últimos años del P. Chaminade. La Sección histórica, a petición del P. V. Vasey, postulador de la causa, comenzó ese estudio en 1968 con la ayuda de una investigación más amplia en los archivos vaticanos y en muchas diócesis francesas. El resultado fue una visión nueva y detallada de los hechos en cuestión, recogida en un grueso volumen que lleva el título de *Inquisitio historica*[266]. El 6 de febrero de 1973 los teólogos consultores de la Sagrada Congregación examinaron lo expuesto y lo aprobaron por mayoría. La consulta de los cardenales y obispos expresó la misma opinión favorable.

Finalmente el Papa, después de haber ratificado la opinión expresada por los organismos competentes, dio a conocer al mundo, con el decreto del 18 de octubre de 1973, que el siervo de Dios, Guillermo José Chaminade «practicó muy claramente en grado heroico las virtudes teologales y cardinales». Finalmente, en mayo de 1999, el reconocimiento por parte de las comisiones pertinentes de los médicos y teólogos de una curación milagrosa, obtenida por su intercesión, abrió el camino para su beatificación (3 de septiembre de 2000).

Pero vayamos a los hechos que tanto han dificultado el procedimiento ordinario de la causa. Su completa exposición presenta aspectos y situaciones complejas, que requerirían de un amplio tratado, como se prueba en la mencionada *Inquisitio*.

Aquí nos limitaremos a presentar brevemente los hechos y circunstancias fundamentales, con algún discreto comentario. Todo comenzó con la complicada situación económica en relación al cierre del internado Santa María de Burdeos, tras el abandono del sr. Augusto Perrière. Después de 1840, era evidente para todos que la gestión económica de la Compañía no funcionaba bien; el P. Chaminade era lento en resolver los asuntos y comenzaba a acusar el peso de los años. Por esto fue invitado por su Consejo a la «renuncia formal» como Superior del Instituto, para permitir a otros más ágiles que gestionaran legalmente los temas jurídico-financieros. Él aceptó sin problemas esa invitación, feliz de poder dedicarse ya solamente a las cosas espirituales. La dirección de los hermanos continuó en sus manos, como antes.

Así, en 1841, se llevó a cabo el primer proyecto de división de la Compañía en Provincias. En el verano de 1842 el Fundador viajó a Agen y Auch para visitar a las Hijas de María. Cuando el noviciado de San Lorenzo no fue suficiente, en marzo de 1841 tomó medidas para trasladarlo a un

[266] SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. *Inquisitio historica de quibusdam animadversionibus in Servi Dei vitam*. Roma, 1970.

lugar más grande, llamado Santa Ana, donde permaneció hasta 1870. Siguió escribiendo a los religiosos cartas de una gran espiritualidad y presidiendo los Consejos de la obra. Pero no todo iba bien durante esos años. El hecho más lamentable fue el de Lalanne que, desoyendo la obediencia, siguió acumulando deudas hasta tal punto que tuvo que dejar la escuela de Layrac en manos de los acreedores.

En la disputa económica respecto al internado de Burdeos, la sentencia del tribunal resultó desfavorable para la Compañía de María (febrero de 1844). Entonces, ¿qué valor podría tener la «renuncia formal» que había hecho? Sabiamente el P. Chaminade pensó que era el momento para regularizar el gobierno de la Compañía, quería efectivamente retirarse y nombrar a su sucesor, como establecían las Constituciones. Pero los Asistentes, manipulados por el P. N. Roussel, no estaban de acuerdo y se opusieron al proyecto con argumentos engañosos. Este fue el punto de partida de un calvario que tuvo los perfiles de una novela de intriga. El Fundador, con razón, se preocupó. Conocía la extraordinaria inteligencia de Roussel, pero también su indignidad moral, agravada por una ambición hábilmente disfrazada. Quería escribir a las autoridades eclesiásticas y hacer un llamamiento a toda la Compañía. Pero fue precedido por una «Memoria confidencial» firmada por los tres asistentes y enviada a los arzobispos de Burdeos, Besanzón y Albi, considerados amigos de los marianistas. El documento traicionero e indigno, lleno de acusaciones más o menos veladas, inventado con mala fe, presentaba una Compañía de María caída en la anarquía, porque estaba dirigida por un hombre debilitado física e intelectualmente, que escondía bajo falsas apariencias intenciones poco dignas. Mientras tanto, el P. Chevaux tomó, por así decirlo, el pulso de los religiosos sobre la disputa en curso con una especie de referéndum. De las 32 comunidades consultadas, todas se pusieron de parte del P. Chaminade. Sin embargo, se produjo un acontecimiento imprevisto: el 31 de octubre de 1844 el arzobispo de Burdeos, por mediación del nuncio apostólico, transmitió la infame «memoria» a la Congregación romana, que, dando crédito a las calumnias contenidas en ella, aprobó con fecha 30 de julio de 1845 la convocatoria de un Capítulo general.

El Capítulo se reunió en Saint-Remy del 5 al 9 de octubre de 1845. En una nota de 1847, el P. Chevaux confesará ingenuamente que se llevó a cabo en ese lugar para que el P. Chaminade no pudiese intervenir. La misma convocatoria del Capítulo se llevó a cabo de manera irregular respecto a lo establecido en las Constituciones y la asamblea fue dirigida con procedimientos autoritarios que provocaron muchas discusiones. Los capitulares fueron, de hecho, privados de la posibilidad de cualquier consulta previa y de cualquier investigación para buscar información. La propuesta del P. León Meyer de reelegir al P. Chaminade fue enérgicamente descartada a priori, aunque la mayoría de los votantes estaban dispuestos a designarle nuevamente, por medio de una votación, como Superior general. Además, los capitulares fueron obligados a escuchar, sin pestañear, un violento discurso de N. Roussel en contra del Fundador[267]. Sabemos que el Capítulo eligió como Superior general al P. Caillet y como asistentes al P. Chevaux, al P. Fontaine y al sr. Clouzet. En una carta que el P. Rothéa escribirá más tarde al P. Chaminade se lee lo siguiente: «Lo que más me duele es el hecho de que yo no he sido valiente en el Capítulo..., debería haber abandonado la asamblea»[268]. Unos meses más tarde, el 23 de diciembre de 1845, la elección del P. Caillet fue confirmada por un edicto papal.

Antes de continuar, me viene una reflexión espontánea. Lo que sucedió durante esos meses fue algo inaudito, inaceptable desde todos los puntos de vista. Es realmente extraño que al P. Chaminade, a pesar de sus continuas peticiones, no se le permitiese ver el memorial acusatorio para poder defenderse. Basándose en esas páginas tendenciosas, astutamente preparadas por

[267] CHAMINADE, *Cartas VII, o. c.*, n. 1439, 23 de enero de 1846, pp. 23-24.
[268] *Ibid.*, p. 25.

Roussel y aceptadas sin pensar por Caillet y Clouzet, los arzobispos de Burdeos, Besanzón y Albi, el nuncio apostólico, Mons. Fornari, y la misma Congregación de obispos y religiosos se hicieron su propia idea sobre la conducta del Fundador. Sin ser interrogado, sin ser informado de las acusaciones que le habían imputado, sin previo aviso, sin haber tenido la oportunidad de decir una palabra en su defensa, el P. Chaminade, únicamente sobre la base de aquel escrito difamatorio, fue denunciado a la corte de Roma. El Capítulo general que siguió pareció a algunos no solo ilegal sino nulo. El P. Chaminade fue el primero en señalar su ilegalidad al nuncio apostólico. Pero este no se dignó ni siquiera contestar a su carta, creyendo ciegamente las informaciones recibidas por el P. Caillet y considerando al Fundador como un pobre viejo, víctima de imaginaciones obsesivas. Nadie creyó tampoco en la opinión expresada por la gran mayoría de los marianistas.

Cuando en enero de 1846 se supo que Roma había ratificado los resultados del Capítulo, el P. Chaminade quiso celebrar una misa de acción de gracias y se apresuró a escribir al P. Caillet una carta de total sumisión. Pedía solo una reunión con él para poder definir cuáles fuesen sus tareas como fundador, después de la decisión del Papa. Solo quería colaborar con el nuevo Superior en la reforma de los abusos que durante este tiempo se habían infiltrado en la Compañía de María. El P. Caillet no respondió, como no responderá a las dieciocho cartas que el Fundador le escribirá a continuación. Al contrario, el 25 de octubre se le ordenaba abandonar el noviciado de Santa Ana; en Burdeos fue relevado de su misión como director de la Congregación; se le prohibió escribir a los religiosos, que estaban muy preocupados por el caso; finalmente su correspondencia fue puesta bajo control. Es verdad que el P. Caillet dirigió el 26 de octubre de 1845 una hermosa circular a toda la Compañía, en la que elogiaba al Fundador, pero esa nunca fue entregada al Padre de los marianistas[269].

El P. Chaminade, después de haber recomendado a los novicios obedecer al nuevo Superior, se retiró a su apartamento de la Magdalena y allá emprendió una especie de combate solitario. Quería defender su carisma, que decía que provenía de Dios, de toda deformación, empuñando las armas de la doctrina, del derecho y de la espiritualidad. Se sentía depositario de una paternidad a la que no podía renunciar. San Alfonso, que se había encontrado en su misma situación, escribió: «Si no soy escuchado, escribiré mil cartas al secretario del Papa y al Rey»[270]. Así que, también él, usando la fogosa pluma de su joven secretario, Paul Bonnefous, se quejó incansablemente de su situación, a través de cartas y memorias enviadas al P. Caillet, al Ministro de educación y a las más altas autoridades eclesiásticas[271]. Solo tenía un temor ante Dios: el de «no haber clamado antes y más alto»[272]. Pero todas sus protestas cayeron en el vacío: los destinatarios de sus cartas eran todos indiferentes u hostiles. Todos menos uno: mons. Chamon, obispo de Saint-Claude. También los religiosos fueron mal informados con una campaña de publicidad repetitiva. Entre los más influyentes, solo los PP. Carlos Rothéa, León y Benito Meyer, los hermanos Laugeay, Dumontet, Hoffman, Gaussens y pocos más se mantuvieron fieles al Fundador. El pobre anciano,

[269] ID., *Cartas VI, o. c.*, n. 1429, 29 de diciembre de 1845, nota 121, pp. 578.

[270] CARD. CAPECELATRO, *Vita di S. Alfonso Maria de' Liguori*, vol. II, p. 473. En circunstancias parecidas, otros fundadores pasaron por esos sufrimientos de su paternidad: san Francisco de Asís, san José de Calasanz, san Juan Eudes, Madre Javouhey… María Teresa Soubiran, canonizada el 26 de octubre de 1946, murió fuera de la Congregación que había fundado. Don Calabria conoció la rebelión de sus hijos y los sufrimientos de una «visita apostólica» (cfr. M. GODILI, *Don Calabria*. Milán, San Paolo, 1999). Don Tomás María Fuso (fallecido en 1891), fundador de la Compañía del apostolado católico de la preciosísima sangre, sufrió mucho en los últimos diez años de su vida a causa de las calumnias infamantes difundidas sobre él por un religioso (cf. *Osservatore Romano* del 27 de febrero de 2000).

[271] En los archivos vaticanos se han encontrado 39 cartas del P. Chaminade (cf. *Inquisitio…, o. c.*, pp. 307ss).

[272] CHAMINADE, *Cartas VI, o. c.*, n. 1397, 10 de octubre de 1845, p. 436.

en verdad, creía que contaba con un apoyo más amplio. En este mar de problemas, el único consuelo era el Crucificado:

> Delante y al pie de mi crucifijo, encuentro mucha fuerza y en esta fuerza un poco de consuelo[273].

El P. Chaminade explicaba así a L. Meyer, en la carta del 5 de diciembre de 1845, las razones de su obstinada resistencia en la defensa de sus derechos como Fundador:

> Es un hecho que, cuando un Fundador de una Orden muere sin haber corregido los abusos antes de su muerte, esos mismos abusos son considerados como costumbres y ya no hay manera de corregirlos sino a costa de un sinfín de controversias[274].

¿Estos abusos nacían de una mente enferma o tenían una consistencia real? Según el P. Rothéa existían realmente y eran evidentes, y enumeraba unos cuantos llamativos sucedidos en la casa de Saint-Remy[275]. El P. V. Vasey, en su biografía sobre el P. Chaminade, aborda el tema de los abusos, documentándolos ampliamente[276]: algunos parecían de una gravedad excepcional. A la misma conclusión llega la *Inquisitio histórica*[277]. El P. Caillet no quiso intervenir, porque situaba al Fundador en la categoría de los «visionarios» y de los «tercos». Es cierto que en 1847 propuso una conciliación mediante la concesión de favores puramente externos, pero sin abordar el quid de la cuestión: la reforma de los abusos. El P. Chaminade, que se estaba recuperando de una grave enfermedad, no podía aceptar la componenda.

El comportamiento del P. Chaminade, caracterizado por una repetición obsesiva del mismo tema, ¿no se debía tal vez a una idea fija, fruto de un estado psicológico patológicamente debilitado por la senilidad? Muchos lo han pensado o al menos sospechado: los obispos, el P. Simler... Pero no lo parece examinando la correspondencia. En sus cartas encontramos siempre una sutil y aguda vivacidad intelectual, un espíritu de observación a menudo minucioso, una lucidez mental que maravilla en un anciano de 86-90 años[278]. El comportamiento del P. Chaminade se inspiraba en el imperioso dictado de su conciencia, que le obligaba a intentarlo de todas las maneras posibles para obtener del P. Caillet que volviese a reflexionar sobre esto. Con gran sentido de realismo se preguntaba:

> ¿Qué gano con lo que estoy haciendo? Nada según la naturaleza, mucho ante Dios.

¿Qué decir del P. Caillet? Un consultor de la Congregación de los Santos dijo lo siguiente:

> El P. Caillet hizo del P. Chaminade un santo; actuando así se ganó el cielo.

Tal vez se refería a su buena fe. También nosotros pensamos en un fondo de recta intención. Una vez Superior general, fue víctima de un modo de pensar un poco maniqueo. Gruñón, áspero, poco inclinado a la sociabilidad en las relaciones humanas, había adoptado una lógica que le daba una seguridad absoluta.

---

[273] *Ibid*., n. 1375, 13 de junio de 1845, p. 345.
[274] *Ibid*., n. 1425, 5 de diciembre de 1845, p. 539.
[275] ID., *Cartas VII, o .c*., n. 1439, 23 de enero de 1846, pág. 25.
[276] V. VASEY, *Chaminade, another portrait*. Dayton, Marianist Resources Commission, 1987.
[277] SACRA CONGREGATIO… *Inquisitio…, o. c.*, doc. VI, pp. 209-290.
[278] Esta correspondencia no debe ser tomada literalmente. Básicamente hay solo algunas notas autógrafas, el resto fue confiado a secretarios a menudo mediocres. Es posible que alguna expresión dura sea debida a ellos y que alguna toma de postura no sea auténtica.

> Aquí –se decía a sí mismo- Roma ha hablado y la causa se ha acabado. El P. Chaminade no se somete, por lo tanto es un rebelde. Vivir en ese estado es un pecado mortal. Por lo tanto es duramente reprendido.

Apoyado en esta convicción, en su intento de corrección adoptó todo tipo de medios: desde los externos (órdenes breves y precisas y la técnica del silencio) a los relacionados con el fuero interno, sin duda ilegítimos (prohibición de los sacramentos y presiones sobre el confesor del P. Chaminade). En torno a él se hizo tierra quemada: tenía que ceder o salir de la Compañía. Por eso impuso también al anciano la división de sus bienes. Debido a todo esto, el Fundador no encontró ni siquiera un confesor y durante una larga enfermedad ¡nadie hizo nada para llevarle la comunión! Sin duda, sobre el P. Caillet pesa la acusación de un grave abuso de autoridad.

En 1840 el P. Chaminade obtuvo el privilegio de celebrar todos los días la misa de la Virgen en lugar de la prescrita por el calendario litúrgico. Tuvo alguna consolación entre tantas amarguras ya que, el 24 de octubre de 1848, el P. León Meyer le anunciaba su intención de partir para América para implantar allí la Compañía de María. Pero añadía:

> Una de las razones de mi partida es la de no escuchar nunca más hablar de esta triste historia[279]

Así el P. Chaminade llegó a la edad de 89 años. No, no tenía ninguna intención de dejar la Compañía pero fue declarado «separado» de ella por el P. Caillet y su Consejo. No quería la separación de los bienes, que en el primer testamento habían sido destinados a la Compañía de María, pero la separación se hizo por una decisión unilateral del P. Caillet. Por si no fuese suficiente, este reclamó junto a sí al hermano Kuen, que ayudaba al P. Chaminade y le hizo secretario después de la marcha de Bonnefous, dejando al pobre anciano, que se había vuelto ya sordo y ciego, sin un mínimo de cuidado. Permaneció con él solo su fiel sobrino Víctor Chaminade. Mientras tanto, muchos amigos y colaboradores habían muerto, incluido su querido David Monier (1849).

El P. Lalanne y la Madre San Vicente conocieron las tristes condiciones en las que vivía el P. Chaminade y tal vez presionaron al P. Caillet para un cambio de rumbo. Todavía se estaba a tiempo. Sabiendo que el anciano estaba ya al borde de la tumba, el Superior general y sus Asistentes se pusieron de acuerdo para tomar por unanimidad una decisión importante. De hecho, en el acta de la reunión del Consejo del 7 de enero de 1850 se lee el compromiso de devolver al P. Chaminade el título de Superior general honorífico, así como de acogerlo como miembro del Consejo de la Administración general, con voz deliberativa así como de restituirle la plenitud de su autoridad como Fundador[280].

El P. Chaminade nunca había pedido otras cosas. Pero fue una reparación muy tardía, ya que, cuando se decidió, un ictus le había dejado sin habla. Chevaux y Caillet corrieron enseguida a la cabecera de su cama, para comunicarle la decisión que habían tomado. El P. Chaminade se alegró vivamente, manifestando lo mejor que podía su deseo de paz[281]. Por su parte, el P. Caillet,

---

[279] Meyer a Chevaux, 14 de julio de 1848, citado en CHAMINADE, *Cartas VII*, *o. c.*, p. 555, nota 12.

[280] SACRA CONGREGATIO…, *Inquisitio*…, *o. c.*, p. 413. Mientras tanto el P. Rothéa había propuesto una reunión de provinciales para resolver este caso.

[281] Como se ha dicho, el P. Caillet impuso al P. Chaminade la separación de los bienes, lo que exigía que se cambiase el testamento. El Fundador pensó que tenía buenos motivos para dejar los pocos inmuebles que tenía (entonces gravados en parte por hipotecas) a los pobres del hospicio de Burdeos. No hace falta decir que toda la Administración general se irritó contra esta decisión. El tardío arrepentimiento del Superior general y de su Consejo tenía como objetivo obtener una nueva redacción del testamento. El P. Chaminade

guiado hasta el último momento por su estrechez mental, fue a consultar al arzobispo de Burdeos sobre la posibilidad de administrar los últimos sacramentos al moribundo. La respuesta fue positiva. Así el Fundador santificó sus últimos días con la comunión diaria. Todos aquellos que lo visitaron se sintieron edificados por los sentimientos de piedad y caridad que manifestaba. Recibida la extremaunción, murió el 22 de enero de 1850, estrechando entre las manos el crucifijo. Estaban presentes el P. Caillet, los miembros de la Administración general y un gran número de religiosos y amigos, incluyendo el P. Joffre, el santo párroco de Gallian.

Dos días después se celebró un funeral en la capilla de la Magdalena y otro en la catedral de San Andrés, y sus restos mortales fueron depositados en la tumba de los canónigos en el cementerio de la Cartuja. No hubo ningún discurso de despedida, pero el mismo día de su muerte el P. Caillet envió a la Compañía una breve Circular en la que decía:

> No solo hemos perdido a un hermano sino al Padre que nos ha dado a luz en Jesucristo, que ha abierto para nosotros el hermoso camino que seguimos con alegría, que ha hecho de nosotros la familia especial y privilegiada de María.

En la Circular posterior, del 13 de febrero, reconocerá de forma más explícita en el Fundador un amor vivo por la santa Virgen, madurado especialmente a los pies de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, donde tuvo la inspiración de fundar la Compañía. Después, sobre la figura del P. Chaminade cayó la cortina de un olvido casi total, que duró más de 50 años. A su alrededor se creó el desierto. ¿Qué epitafio más elocuente para él que estos versos del P. David María Turoldo?

> Soy un tallo abrasado,
> un árbol quemado
> en medio de un páramo:
> ¡si al menos en la rama más pelada
> una cigarra cantase![282]

Pocas fueron, en verdad, las «cigarras» que con su canción trataron de devolver el debido reconocimiento a su memoria. El primero en cantar fue el mismo N. Roussel[283]. Cuando salió de la Compañía de María, declaró abiertamente que en la *Memoria confidencial* había declarado en falso, engañando a todos. Había actuado muy mal. El P. Chevaux había condenado la *Memoria,* pero más tarde apoyó la posición del P. Caillet, contribuyendo de manera significativa a la deformación de los hechos relacionados con los últimos días y con la muerte del Fundador. El sr. Kuen, que durante algunos años cuidó al P. Chaminade durante su vejez, fue más tarde fue uno de los testigos más firmes de su vida santa y mortificada. «¡Es un santo!», exclamaba cuando pensaba en los sufrimientos de la cruz que soportó con resignación y amor. Y no se deben olvidar los testimonios de dos cardenales. El cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, no ahorró de hecho, críticas muy duras

> a los miembros ingratos de la Compañía de María, que habían privado al P. Chaminade del justo aprecio, dándole un motivo de dolor y renegando por ello de su propia cuna.

---

manifestó su voluntad de modificarlo, pero el notario declaró que no podía redactar un acta notarial sobre la base de un simple comentario.

[282] D. M. TUROLDO, *Udii una voce*. Milán, Mondadori.

[283] El 5 de febrero de 1847, el P. Roussel, en una carta al P. Caillet, confesó que había engañado a los arzobispos y traicionado al P. Chaminade: «No tengo palabras para expresar mi pesar, mi vergüenza y mi sincero arrepentimiento».

Supo también reconocer sus errores:

> Yo no apreciaba al P. Chaminade pero era un santo. Cuando hago investigaciones en los archivos de la diócesis, encuentro su nombre a la cabeza de todas las buenas obras.

Y en otra ocasión, durante su visita en Barsac al colegio dirigido por los marianistas, dijo:

> El P. Chaminade ha sufrido mucho por culpa de sus hijos que lo hicieron morir fuera de la Compañía pero soportó todo esto con la calma y la paciencia dignas de un santo, y no dudo que algún día será elevado a los honores de los altares.

El cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzón, quiso manifestar un «devoto recuerdo de veneración por el P. Chaminade», al que se sentía unido por una «deuda de gratitud».

En el Capítulo general de 1858 tuvo lugar el primer intento de rehabilitación del P. Chaminade. El P. Lalanne había preparado un largo discurso para la asamblea. En la cubierta del manuscrito se ha añadido un comentario: «No pronunciado porque los ánimos estaban muy caldeados». También el P. Rothéa envió un mensaje escrito a los capitulares, pero el P. Caillet no quiso leerlo. En él decía:

> Tenemos que reconocer que hemos pecado, por lo tanto, es necesario reparar públicamente el daño que hemos hecho al Fundador con traiciones y calumnias.

En el mismo Capítulo, el P. Benito Meyer habló en el mismo sentido, pero su discurso cayó en el vacío. Para entender la mentalidad de esos años es suficiente recordar el siguiente episodio. Cuando el P. Rothéa fue nombrado Provincial del Sur (de Réalmont), algún religioso lo señaló al P. Caillet como «elemento peligroso», ¡porque hablaba a los novicios de la Provincia de la «santidad» del P. Chaminade!

Sin embargo, el P. Lalanne no desistió de llevar a cabo su plan[284]. En 1865 se dirigió a la Congregación de obispos y religiosos con un informe amplio y detallado para solicitar la revisión de los acontecimientos ocurridos desde 1845 a 1850. En el Capítulo de 1868 defendió públicamente «la paternidad irrenunciable del padre Chaminade» y denunció las irregularidades y las intrigas del Capítulo de 1845:

> Hubo protestas que fueron sofocadas con el silencio, pero que permanecieron vivas en el fondo de los corazones.

En su discurso con motivo del traslado de los restos del Fundador, el 14 de noviembre de 1871, le dirigió palabras muy inspiradas. Y en la carta del 10 de febrero de 1875 al P. Étignard le expuso todo lo que pensaba sobre este tema:

> El P. Caillet obtuvo con engaño que el Padre fuese condenado; se hizo elegir Superior con unas elecciones que fueron nulas en la práctica; el P. Chaminade fue un hombre suscitado por Dios para llevar a cabo una obra divina; la Compañía no puede regenerarse sino remitiéndose de nuevo a la tradición del Fundador.

[284] Cf. J. B. LALANNE, *Reseña histórica sobre la Compañía de María de la Congregación de Burdeos* (ed. digital en pdf), https://marianistas.org/portada/biblioteca-digital-marianista/ (N:T.).

Al P. Lalanne le seguían otros religiosos. G. Dumontet y M. Hoffman fueron autores de unas declaraciones que manifestaban una triste nostalgia por el Fundador perdido. El P. León Meyer, que aún no había recibido la noticia de la muerte del P. Chaminade, escribió lo siguiente el 27 de febrero de 1850 al P. Chevaux:

> Probablemente el P. Chaminade celebrará la fiesta de San José en el cielo, y entonces todo irá a mejor, como él mismo me dijo un día...

Fue uno de los que nunca se puso de parte de la Administración general y, a pesar de los esfuerzos realizados por el P. Chevaux para hacerle cambiar de idea, siempre creyó que la elección de P. Caillet no había sido legítima. Por eso, en 1865, tuvo el valor de invitar al P. Caillet a presentar «con un gran acto de humildad su dimisión»[285]. Todos estos testimonios favorables al P. Chaminade permanecían como esporádicos y aislados y no habrían servido de nada si los PP. Simler y Klobb no hubiesen comenzado un estudio cuidadoso de aquellos años difíciles (1841-1850) y si ese estudio no hubiese sido continuado con rigor histórico por los PP. Hiss y Lebon, y llevado recientemente a buen término por el P. Vasey. Quien introdujo la causa de beatificación conocía perfectamente las dificultades y los obstáculos aparentemente insuperables que encontraría, pero confió y el tiempo y el gran tesón de los postuladores de turno para desenredar la confusa madeja de los últimos diez años de vida del Fundador le dieron la razón[286].

2. La correspondencia (de 1840 a 1850)

De 1840 a 1844, la correspondencia continúa regularmente presentando temas nuevos y estimulantes. Al P. Julio César Perrodin, que finalmente ha obtenido el permiso de su obispo para entrar en la Compañía, le escribe las mejores cartas sobre la espiritualidad mariana. Con el director de la escuela de Friburgo trata de la pedagogía escolar, de la publicidad y del ayuno. Con el P. Chevaux, ya sea de temas relacionados con la práctica diaria, ya sea de temas esenciales de la vida ascética. Al P. Lalanne, que vive días terribles, le aconseja mirar la Estrella, «la única que puede salvar». Con el sr. Mouchet, cuyo progreso en los caminos del espíritu es evidente, continúa el diálogo formativo. Las dos cartas al P. León Meyer y a la Madre San Vicente tratan asuntos prácticos. En varias ocasiones, se encuentran muestras de afecto para toda la Compañía. La carta a la Tercera

[285] Estas informaciones han sido deducidas por V. VASEY, *Los últimos años del P. Chaminade* (Madrid, SPM, 2013) y por la *Inquisitio…, o. c*., pp. 338-357. Véase también el testimonio de J. B. Lestrade, un religioso que abandonó la Compañía para ser sacerdote diocesano. En 1887 tuvo la idea de enviar al P. Simler una memoria de los hechos más destacados de su juventud como religioso marianista. Narra por ello la vida en el noviciado y sus primeras experiencias apostólicas en la comunidad de Moissac. Del P. Chaminade habla como del «más hermoso anciano que haya conocido jamás». Se había quedado impresionado de sus virtudes, de su afabilidad y de la extrema pobreza de su habitación, a propósito de la cual y con evidente referencia al drama de los últimos años de su vida, exclama: «Así era la habitación del hombre al que se ha intentado borrar de la memoria, acusándolo de amar el dinero y las comodidades de la vida» (cf. A. ALBANO (coord.), *Chroniqueurs marianistes*. Roma, La gerbe, 1995, p. 182).

[286] Una prueba del silencio general sobre el P. Chaminade fue la actitud del periódico *Fides et labor* del colegio Santa María de Roma. La primera referencia al Fundador se encuentra en el discurso que pronunció mons. Carlo Salotti en la ceremonia de entrega de premios del año escolar 1915/1916. La segunda, en la carta que Benedicto XV dirigió a la Compañía de María con motivo del centenario de la fundación. El número de octubre-diciembre de 1917 está dedicado enteramente a la vida del P. Chaminade. Desde entonces la referencia al Fundador es frecuente.

orden de las Hijas de María se centra en la unión en Cristo de todas las hermanas. Por último, en una hermosa carta, cuyo destinatario no se especifica, se ofrece un breve tratado sobre la fe del corazón.

En 1844 la correspondencia, de repente, cambia de tono. Se vuelve repetitiva y unidireccional. Como se le había prohibido escribir a los religiosos, el P. Chaminade no tiene la oportunidad de tratar sobre temas de espiritualidad. Ahora tiene solo una exigencia: la de «ser tranquilizado» por el P. Caillet sobre el cumplimiento de sus inalienables deberes como Fundador, como de hecho la misma Congregación romana había recomendado que se hiciese[287] y solo esto es lo que busca. En el plano humano, hay algunas cartas dirigidas al P. León Meyer: pocas, de hecho, porque su correspondencia, como hemos dicho, estaba controlada y a veces tampoco era entregada.

El contenido de las cartas de este período es, sin duda, del P. Chaminade. No así la forma que aparece prolija, así como algunos detalles, algunas expresiones tajantes y el fuerte tono polémico. Son obra de la pluma de su fogoso secretario Pablo Bonnefous, un joven aspirante a la vida religiosa. También el P. Chevaux comprendía que esto no se debía a la responsabilidad del P. Chaminade:

> Muchas expresiones son el producto de la imaginación imprudente de su redactor[288].

1187. Burdeos, 11 de enero de 1840
Circular a las dos Órdenes

A la felicitación de año nuevo de sus hijos, que ahora han llegado a ser numerosos, el Buen Padre ya no puede contestar con cartas privadas, por lo que emplea el sistema de la pequeña circular, en la cual puede expresar libremente sus sentimientos.

GUILLERMO-JOSÉ CHAMINADE, SUPERIOR GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA,
A SUS QUERIDOS HIJOS DE LAS DOS ÓRDENES.

He recibido, mis queridos Hijos, con muy viva alegría sus felicitaciones del Año nuevo; sus manifestaciones de amor y de entrega me consuelan y me liberan al mismo tiempo de algunas penas que encuentro en el camino de la vida. Creo verles reunidos en torno a mí y la ilusión paternal me hace gozar de inefables delicias. Forman, mis querido Hijos, una impresionante familia. De vez en cuando sus filas se clarean en verdad, dejando partir a los ancianos y los más dignos a la gran Casa de la eternidad. Pero jóvenes reclutas vienen inmediatamente a ocupar la plaza de sus mayores y poco a poco el número se acrecienta. ¡Bendito sea Dios!

Miembros de una sola familia, todos deben amarse como hermanos y hermanas, no teniendo más que un corazón y una sola alma. La unión hace la fuerza. Esta verdad, entendida ya por los antiguos, no tiene su completa realización más que en el seno del cristianismo, porque es solo en Jesucristo donde está nuestra fuerza y nuestra vida. Sí, mis queridos Hijos, es en Jesús por su santa Madre como la unión hace la fuerza. Por tanto, estén unidos a su anciano Padre; ámenlo como él los ama y esfuércense por entrar en su planes, que son los de la gloria de María y de la felicidad de ustedes.

---

[287] En la carta del cardenal Orsini, Prefecto de la Sagrada congregación de obispos y religiosos, enviada al nuncio de París, mons. Fornari, con fecha del 23 de diciembre de 1845, se decía en italiano: «La Congregación aprueba el Capítulo general y la elección hecha por el mismo. V.S. hará que el sr. Chaminade acepte las decisiones de la Santa Sede».

[288] Cf. *Positio super virtutibus*, p. 1104.

Crezcan todos en la fe y en el espíritu de su divina misión: este es, mis queridos Hijos, el deseo más ardiente de mi corazón. Además, ustedes saben que yo no vivo más que para ustedes, es a ustedes a quienes he entregado mi vida y mi persona, ¡feliz si pudiera asegurarles con mi sangre la felicidad de los elegidos!

He recibido últimamente una carta de Roma que me causa gran alegría. S. E. el Cardenal-Ministro ha tenido a bien darme una noticia que viene de su gran benevolencia, obteniéndome de la Santa Sede varios favores de gran valor. Espero el breve que tendré la alegría de ponerlo en su conocimiento.

¡Que este Nuevo Año, mis queridos Hijos, cuente para la eternidad! Renovémonos en el fervor de nuestra vocación y santifiquémonos con una gran fidelidad a las gracias del Señor. ¡Que la Santísima Virgen María encuentre en nosotros verdaderos Hijos dóciles y devotos!

1188. Burdeos, finales de enero de 1840
Al P. Chevaux, Saint-Remy

En esta carta se habla de dos religiosos en los que el P. Chaminade tiene mucha confianza: el P. Ferréol Dumont (1813-1890) y el sr. Esteban Guillegoz (1810-1873). El P. Dumont era un espíritu indagador y dialéctico, con una amplia formación, que iba desde las matemáticas a la filosofía escolástica, de la Escritura a la moral. En su ardor por el estudio estaba expuesto a veces a algunas temeridades de pensamiento e imprudencias de lenguaje. Hombre de comunidad y director espiritual muy buscado, podía pasar horas enteras en contemplación con la mirada amorosamente fijada en el sagrario. También era muy devoto del viacrucis. Como pintor, nos ha dejado un importante retrato del P. Chaminade. Al sr. Guillegoz le gustaba profundizar en los temas religiosos y vivía una fe profunda. Durante veinte años fue director de Saint-Remy: digno sucesor del P. Lalanne y del P. Fontaine, fue capaz de dar a la Institución la imagen de una escuela moderna. En la crisis que la Compañía de María atravesó en 1868, desarrollará un valioso trabajo de pacificación.

… Respondiendo directamente al P. Dumont, no me detengo a razonar, porque lo creo inútil, sino que me contento con mostrarle el principio erróneo de sus opiniones religiosas y su funesta consecuencia, sin entrar en el fondo de las opiniones mismas. Si hay buena fe, como lo supongo, esto será suficiente para desengañarle. Me parece, además, que el P. Fontaine ha sido mal aconsejado cuando, para intentar convertir a estos señores, ha tomado la vía de las conferencias –que supongo que son comunes a la Comunidad- y sobre todo conferencias sobre la fe según el texto de Feller. El catecismo de Feller[289] contiene elementos reprochables; ha abordado filosóficamente cuestiones que, si no son erróneas, al menos son temerarias y peligrosas; en fin la discusión filosófica no es el medio de convicción que necesitan los srs. Dumont y Guillegoz. Conferencias privadas, por vía de explicación y exposición de la fe, me hubieran parecido más convenientes y más útiles, sobre todo si hubiera escogido como autor al canónigo Aimé, en su libro titulado *Fundamentos de la fe*[290]. Sobre todo esto he escrito dos palabras al P. Fontaine.

Usted, querido Hijo, siga avanzando, ¡sea generoso y fiel a la gracia del Señor! ¡Que la oración le guarde siempre en la paz verdadera!

---

[289] F. X. DE FELLER (1735-1802), jesuita belga. Tras la supresión de la Compañía de Jesús, se consagra por entero a la defensa de la religión y de la Iglesia. Entre sus numerosas obras las más célebres son el *Catecismo filosófico,* traducido a las principales lenguas de Europa, y el *Diccionario histórico.*

[290] *Los Fundamentos de la fe* del P. AIMÉ, canónigo de Arras, publicado en 1775 (ver MIGNE, *Colección de Catecismos*, t. 1).

1189. Burdeos, 1 de febrero de 1840
Al señor Enderlin, Friburgo

Con el director de Friburgo, el P. Chaminade trata de didáctica. Es conocida su competencia en asuntos relacionados con los métodos de enseñanza. En la conclusión, se destacan algunos consejos prácticos verdaderamente paternales.

Me gustan mucho, mi querido Hijo, las largas cartas cuando contienen, como la suya, detalles útiles.

Veo con agrado que ha apreciado el Método que ustedes llaman de Salins[291] y estoy persuadido, como usted, de que tal Método favorecerá a nuestras escuelas, cuando se aplique bien. Sin embargo, no sería de su opinión, cuando dice que con este Método un maestro poco activo, no solo no haría nunca nada bueno, sino que incluso lo haría peor que con el Método simultáneo puro y simple. Creo, y la experiencia lo atestigua, que, por otra parte, en igualdad de circunstancias, un [tal] maestro triunfará mejor con nuestro Método que con cualquier otro.

Comparto, muy a gusto, su admiración por la pedagogía alemana. En nuestros foros pedagógicos resuenan a veces elogios merecidos a los Métodos de enseñanza de Alemania, más avanzada que nosotros desde este punto de vista; sin embargo, no me haría discípulo de esos métodos y no le aconsejo a usted que se entusiasme demasiado con ellos. Nuestro Método está acomodado al carácter de nuestra Francia; es precioso por el arte con el que desarrolla los progresos, pero todavía no es suficientemente conocido por los que lo practican. Sueño seriamente regularizarlo en primer lugar en los noviciados y en todos los nuevos establecimientos, y después poco a poco en los otros.

Le permito el uso de alimentos grasos durante la cuaresma en los días autorizados por el obispo, y también se lo permito al sr. Meyer; no sé bien qué aspecto va a presentar su pequeña mesa con el sr. David comiendo de vigilia.

Ustedes son muy pocos para imponerles la lectura durante la duración de toda la comida; pueden continuar como lo hacen hasta ahora[292].

Regularice, por favor, sus cuentas y pague al sr. Jorge [Loestsch] los adelantos que le ha hecho, lo necesita.

1190. Burdeos, 9 de febrero de 1840
Al P. Perrodin, Courtefontaine

El P. Perrodin finalmente consigue de su obispo el largamente esperado nihil obstat *para entrar en la Compañía de María. El Fundador, para prepararle a la profesión de los votos perpetuos, le escribe esta carta de tono entusiasta y combativo, en vista de un ideal religioso a conquistar.*

No quiero, mi querido Hijo, retrasar más tiempo mi respuesta.

Su buena carta, que he leído con emoción, ha respondido a lo que esperaba de su corazón. La Santísima Virgen María, no hay duda alguna, recibirá gran gloria por su genero-

[291] En la escuela de Salins, el método de enseñanza mixto empleado por la Compañía de María se practicaba con rigor y éxito. Por esto el *Método antiguo* del sr. Laugeay (1824), perfeccionado sucesivamente, tomó el nombre de *Método de Salins*.

[292] Sucediéndose en la lectura durante la primera parte de la comida.

so sacrificio. Dios, desde siempre, le había predestinado al servicio de su divino Hijo, en las filas del sacerdocio, bajo los estandartes de su Santísima Madre. Jesucristo le entrega a usted a María como su ministro fiel y su valeroso soldado. El Rey del celestial imperio le enrola para siempre en la guardia de la Reina. En adelante, usted le servirá sirviendo a Aquella a la que ha asociado a su corona y a su gloria. Será muy especialmente el soldado de María y el misionero de esta Virgen Inmaculada ante los pueblos.

Su vocación, mi querido Hijo, es grande, es sublime; ¿qué digo?, es divina. La fidelidad con la que ha respondido desde hace cuatro años, contra todos los obstáculos, me es una gran garantía de su perseverancia. Dios, tengo la confianza, Dios le ha escogido para la obra de su corazón, la obra por excelencia, la de la perfección cristiana, en primer lugar en usted y después en sus Hermanos y en las personas del mundo.

Su vocación, mi querido Hijo, está suficientemente probada. Dios le ha dado abundantes gracias y María le ha dado muchos testimonios de su aceptación, para que yo no dude acogerle para siempre y para que usted mismo no dude de dar en primer lugar el paso decisivo.

En el seno de la tempestad que amenazaba tragarse la débil embarcación en la que se encontraban los Apóstoles, san Pedro debía, a ejemplo de su Maestro, caminar con paso firme sobre el agua, cuando se metió en el mar. Usted conoce el reproche que le valió su duda y la consecuencia de esa pusilanimidad en aquel que, una vez confirmado en gracia, llegó a ser la piedra fundamental de la Iglesia.

¡Siga adelante en el nombre de Dios, mi querido Hijo, y no en nombre de consideraciones de la naturaleza; avance con toda confianza! ¡María le ha dicho, desde hace mucho tiempo: Venga, sígame! Usted lo sabe, tanto porque ha tenido siempre una íntima convicción de ello, como porque ha resistido muy bien ante todos los obstáculos. Hoy es libre y no tiene más que responder de hecho, no solamente con el deseo, a la palabra de su Reina y su Madre. No se trata de dudar ni de medir sus fuerzas, sino de entregarse. Por tanto, ¡entréguese [y que] Dios y María bendigan su generoso sacrificio!

¡Admiremos qué miserables somos, mi querido Hijo! ¡Llamamos generosidad y sacrificio a la entrega a Dios, como si el alma pudiese perder algo al darse a aquel que se da a cambio a sí mismo! Por tanto, esto no es un sacrificio, es una adquisición que usted hace y ¡qué adquisición, la de la Divinidad misma y de su inefable felicidad aquí abajo!

Acabado su retiro, en el día convenido con el P. Meyer, hará su profesión perpetua en sus manos. El corazón del P. Meyer le sugerirá lo que deberá hacer para realizar una ceremonia interesante. Los novicios tendrán sus ojos fijos en usted y envidiarán su felicidad. No los dejará sin haber grabado en sus almas algunas buenas resoluciones. Podrá salir para Acey el día siguiente de su profesión.

Vuelto a su puesto, se ocupará, como ya se lo he dicho, de su pequeño reglamento particular y me someterá el proyecto. Por mi parte, le daré todos los consejos convenientes para su situación.

Me paro aquí, querido Hijo. Sea para el buen P. Meyer un ángel consolador; el pobre está muy inquieto, muy sobrecargado de trabajo; lo siento más de lo que él parece creerlo.

1192. Burdeos, 25 de febrero de 1840
Al P. Lalanne, Layrac

En Layrac, el P. Lalanne sigue hundiéndose en las deudas. El P. Chaminade, a pesar de su buena voluntad, se ve obligado a abandonarlo. Pero lo hace con una turbación muy viva e intensa, como se ve por el tono muy sufrido de esta carta.

… Dios le ha reservado un castigo terrible. Llamado a servirle solo a él y a glorificarlo por el culto de su Santísima Madre, para esos fines le había dado mucha fe y talentos naturales. Pero no ha podido decidirse a servirle solo a él y su loco orgullo le ha hecho asociar la vista de la gloria personal de usted a la suya. Esta es la palabra clave de toda su vida. Este es el secreto de su situación actual. Dios se venga. Él ha declarado en las Escrituras que no dará su gloria a nadie y, en consecuencia, le ha abandonado en apariencia a sus sueños de gloria personal. Él se ha retirado de usted y le ha privado de su bendición, está usted perdido. Ahora está en el fondo del abismo. Su mano amiga, aunque ruda, le sostiene como por milagro, mientras que su voz le llama por mi boca. Luchará en vano contra el aguijón: como san Pablo, será derribado en el camino de Damasco. Usted verá si, como san Pablo, quiere entregarse por fin a la dirección de Ananías para recibir por medio de él las órdenes del Señor.

Resumo, mi querido Hijo. A menos que surja un amigo generoso y rico que se entregue a liberarlo asociándose a su situación, está inevitablemente situado entre una quiebra y una bancarrota… Hoy día todavía puede paralizar mucho lo odioso de la primera desgracia, reuniendo a sus acreedores y poniéndose a su merced. Esto respecto a sus negocios. Y para usted personalmente, le repito que está luchando en vano contra el aguijón. Dios le humilla profundamente, le hace caer por tierra, para que le recuerde única y exclusivamente a él. [*De qué le sirve al ser humano ganar el mundo…*][293]. Repase esta sentencia.

Quiero, antes de acabar esta larga carta, decir todavía una palabra. Dice que me dispongo a tirarle piedras como los otros. ¿A qué alude? Por casualidad ¿es que usted llamaría tirar una piedra a la reclamación que le hago respecto a lo que pertenece a la Compañía? De buena fe, mi querido Hijo, ¿es que tendrá corazón para privarnos de tres objetos que usted había reconocido que nos pertenecen?[294]. Le ruego que me responda con claridad sobre estos temas.

¡Vamos!, mi pobre Hijo, entréguese a Dios y a María… No pierda de vista, en el seno de la tempestad, la única estrella que le ilumina para salvarse. No añada a la ruina de su fortuna y su reputación la de su alma.

Salve su alma del triste naufragio que le amenaza y cuente siempre con mi tierna unión como con mi paternal compasión.

S 1192 ter. Burdeos, 28 de febrero de 1840
Al P. Chevaux, Saint-Remy

La comunidad de Saint-Remy está desconcertada por el comportamiento totalmente inadecuado del señor Pussot. ¿Qué hacer? Casi todos están de acuerdo en que se debería invitar al religioso a abandonar la Compañía, pero el P. Chaminade está en contra de los juicios apresu-

[293] *Quid prodest homini si mundum universum*… (Mt 16,26).
[294] La biblioteca del P. Conne, los muebles y las colecciones científicas del Internado Santa María de Burdeos.

rados. En la carta recomienda una política más flexible, con la esperanza de que, al posponer la decisión, algún religioso ferviente consiga recuperar al hermano.

El retraso de esta carta, mi querido Hijo, ha sido una ligera indisposición felizmente superada.

Hoy solamente le diré que por fin he recibido noticias del sr. Clouzet, y sobre el asunto del sr. Pussot, que 1º los religiosos de la comunidad convocados al consejo no necesitan ser profesos definitivos para ello; por lo tanto, usted convocará a los profesos temporales y definitivos; 2º no sería conveniente que el asunto se arregle en una única sesión; será muy provechoso que haya intervalos; 3º durante los intervalos, algún religioso más ferviente podría trabajar el tema. Repito que mantendré por hecho lo que se haga.

Si en el intervalo de su carta de respuesta a esta el sujeto se hubiera enmendado, no sería necesario convocar el consejo para juzgar conservarle en la Compañía, a fin de que, si se determina, en efecto, guardarlo con nosotros, sea reconocido de nuevo y esté bien vigilado, para que pueda aprovechar la lección para el futuro. En el caso de recaída, no se dudará el despido.

1201. Burdeos, 9 de abril de 1840
Al P. Chevaux, Saint-Remy

El P. Chevaux comunica al Fundador que el P. Ricardo Bôle, sacerdote de la diócesis de Besanzón y misionero en Santa María (Jefferson Country en Arkansas), mediante un escrito del 23 de diciembre de 1839, hace un llamamiento a la Compañía de María «para que vaya a establecer el Reino de Jesucristo en el Nuevo Mundo». El P. Chaminade, aun teniendo ya el ofrecimiento de algunos religiosos voluntarios para esta misión (entre los que está el P. Fontaine), responde negativamente.

… No creo, mi querido Hijo, que haya llegado el momento de la divina Providencia para ir a la conquista de las almas en el Nuevo Mundo. Usted ve los apuros que tenemos para mantener lo que hay en Francia; no sería prudente irnos a establecer tan lejos, dado que no somos nada ricos en personal. Estoy muy seguro que un cierto número de personas partirían con alegría para la misión propuesta, pero no estamos preparados y me aflige. Por tanto, le responderé que por el momento no estamos preparados, pero que abrazaremos con gozo esta obra, cuando llegue el momento del Señor.

Soy muy sensible, mi querido Hijo, a los testimonios de amistad y de interés que usted me otorga. Gracias a Dios, mi salud está totalmente restablecida; puedo trabajar como antes. Continúe cuidando lo mejor que pueda el Establecimiento de Saint-Remy; estoy muy satisfecho del espíritu que allí reina, por ello bendigo a la Santísima Virgen.

1202. Burdeos, 26 de abril de 1840
Al P. Perrodin, Acey

Es una carta de dirección espiritual, escrita al P. Perrodin poco después de su profesión religiosa. Es una invitación convincente para «combatir las batallas del Señor» y realizar «obras de justicia y santidad». Es una invitación a emplear bien el tiempo, siguiendo un reglamento personal, que incluya el estudio de las Constituciones y la profundización en la Sagrada Escritura. El texto sagrado debe ser el tejido de las conversaciones de un sacerdote.

Quizá me reproche, mi querido Hijo, en lo íntimo de su corazón el largo silencio que tengo con usted, pero esté seguro que no le olvido.

Su preciosa carta me encontró indispuesto desde hacía varios días; guardaba cama y me vi obligado a suspender el trabajo cerca de tres semanas. Comprenderá que suspender el trabajo no hizo más que aumentarlo en cantidad, de forma que me sentía aplastado por tal volumen, cuando pude reemprender el curso ordinario de mi vida. Gracias a Dios, después de casi un mes no siento nada de la indisposición que sufrí y felizmente mi salud se mantiene bien.

La lectura de su carta, mi querido Hijo, me ha causado muy sensible placer. Me habla de su alegría y contento con gran entusiasmo, me hace sentir su felicidad y me parece que besa con arrebato las dulces cadenas de la vida religiosa, de las que se ha cargado. Me doy cuenta perfectamente de los sentimientos tan auténticos de los que se ha llenado su corazón con el pensamiento de su profesión. Hecho, prácticamente, esclavo del Señor, el hijo más singular y el misionero de la Santísima Virgen María, usted participa con abundancia de la libertad de los hijos de Dios y saborea las delicias y los preciosos efectos de la consagración de su ser a su servicio. ¿Cómo no me daría cuenta de lo feliz y contento que está?

No necesito, sin duda, comentarle largamente las pruebas que el cielo le concede, para probar su virtud e inspirarle, sobre todo, la desconfianza de sí mismo. Las tres concupiscencias que están en nosotros, contra nosotros y contra la ley de Dios, gimen impacientes bajo el yugo de los votos de religión; más todavía, me parece que bajo el yugo de las promesas del bautismo. El combate de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne tiene por objeto, en el plan de la Providencia, dar a los ángeles y a los hombres el espectáculo maravilloso de la constante fidelidad del espíritu, hacia y contra las sugestiones, las furias y el atractivo fatal de la carne. ¿Qué hay de más bello y más digno de Dios que esta obra de justicia y santidad, esta vida angélica del cristiano en su casa de barro y de pecado? Por tanto, vigile y rece, mi querido Hijo, porque el espíritu está pronto pero la carne es frágil; combata valientemente los combates del Señor, en usted y fuera de usted, y no entristezca nunca al Espíritu de Dios que habita en usted, por una caída siguiendo las inspiraciones de la naturaleza.

El tiempo es un tesoro precioso, es el precio de la misma eternidad o, más aún, la eternidad es su premio; ¡juzgue por ello de su valor infinito para el alma cristiana, para el sacerdote sobre todo, en la preciosa economía de la fe! Leyendo nuestras queridas Constituciones sobre la distribución y el empleo del tiempo, encontrará en ellas profundas enseñanzas y le unirá más y más a su santo estado, que tiene por fin esencial regular el empleo del tiempo del que usted es responsable ante Dios y de hacerle cumplir todo en el momento oportuno.

El estudio, en sus ratos libres, es absolutamente necesario. Pero, me preguntará, ¿cuál es su objetivo? Para responderle, mi querido Hijo, debería yo preguntarle a usted mismo; pero, ya que usted me pregunta, intentaré muy gustosamente satisfacer su pregunta.

En primer lugar, debe hacer un estudio razonado y profundo de nuestras santas Reglas, en su conjunto y al detalle. Debe también estudiar las Constituciones del Instituto [de las Hijas de María]. Se dará cuenta que este estudio razonado le conducirá a todas las cuestiones serias y prácticas de los votos, la clausura, la meditación, las penitencias, la enseñanza católica, la oración, los santos cánones en su relación con el estado religioso, la vida interior…

El segundo tema de estudio para usted, mi querido Hijo, es la Sagrada Escritura. Todos los días, en cuanto le sea posible, debe leer y meditar algunos pasajes de este libro divino. Pero huirá del espíritu profano en sus investigaciones; es el corazón, iluminado por las luces de la fe, quien hará el trabajo. No debe descuidar la parte histórica. La palabra del sacerdote debe ser, tanto como sea posible, un tejido de la Santa Escritura, sin afectación ninguna.

He aquí dos amplios campos abiertos a sus reflexiones. Entre en ellos con ardor pero con sencillez; no debe trabajar en su instrucción más que con la mirada de la fe y no con la mirada de la vanidad humana.

Ha recibido la circular sobre el voto de pobreza: pienso que dicha circular le será suficiente para tener las cosas claras en el tema. Posteriormente nos pondremos de acuerdo para el uso de los pequeños beneficios en el pequeño comercio del que usted me habla. Por el momento hará tres partes, una para la capilla, otra para su mantenimiento según nuestras Regla y la tercera para Courtefontaine. Cumplirá la palabra que le dio a su sr. hermano de entregarle 50 frs. al año, según le prometió.

Pronto regularizaremos sus ocupaciones como capellán.

Apruebo su reglamento horario.

Tiene en Acey, para su propio gobierno, los mismos derechos y las mismas atribuciones que un Jefe de Establecimiento.

1204. Burdeos, 5 de mayo de 1840
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

Para adquirir el sentido del propio no ser nada, no hay mejor práctica que la adoración de Jesús en la eucaristía. Al P. Chaminade le gustaría ver entre los dos primos Mouchet (Claudio y Nicolás) una verdadera competición para revestirse del hombre nuevo, como enseña san Pablo.

Me decido, mi querido Hijo, a responder a su última carta. Sabe que me encanta recibir sus cartas; pero escríbame con entera franqueza, no exagere nunca, ni para el bien ni para el mal, lo que quiera decirme.

No he hablado con el sr. Clouzet excepto de su salud; por favor, háble me, también con sencillez: yo no soy su Padre a medias.

Un excelente medio de vencer todo orgullo es ponerse ante el Santísimo Sacramento, en un verdadero espíritu de humillación y negación de sí mismo. Así usted participará de la humillación y negación de sí, ante la santa humanidad de Jesucristo que se encuentra en la santa eucaristía, ante la majestad divina. Nada aviva tanto los deseos de humillación y el horror que se tiene de la estima los hombres que su unión con Jesucristo anonadado; entonces, usted hará verdaderos actos de adoración.

Me alegra que usted haya puesto toda su confianza en el P. Chevaux.

Me parece bien que haya una piadosa emulación entre usted y su primo para animarse mutuamente a despojarse enteramente del hombre viejo y revestirse de Jesucristo, que san Pablo llama el hombre nuevo o nuevo Adán.

1205. Burdeos, 13 de mayo de 1840
Al señor Enderlin, Friburgo

El P. Chaminade recomienda mucha prudencia a la comunidad de Friburgo, en lo que se refiere a la práctica del ayuno. Es suficiente una pequeña privación que no ponga en peligro la salud.

Su carta, mi querido Hijo, me ha edificado y consolado. El deseo que tiene de llevar una vida verdaderamente regular le lleva a exponerme varias dificultades que la lectura de la circular sobre la pobreza le ha hecho descubrir.

1º Usted no puede ayunar, y lo creo; independientemente de las razones que alega, las enfermedades de pecho de los srs. David y Meyer[295] están en situación de [reclamar] muchos cuidados; ya han tenido graves ataques. A pesar de todo eso, no quisiera decir que están totalmente exentos de ayunar, pero sí que deben suavizar el ayuno, para que no llegue a ser una causa real de empeoramiento de su salud. En el desayuno y la colación, se puede tomar con prudencia y sin escrúpulo lo que es realmente necesario e incluso conveniente; pero estas dos comidas deben estar acompañadas de algunas privaciones o mortificaciones relacionadas con el ayuno, privaciones y mortificaciones que con seguridad no puedan ser causa de alteración de su salud…

1208. Burdeos, 16 de junio de 1840
Al señor Enderlin, Friburgo

Los dos pensamientos siguientes forman parte de una larga carta en la que el Fundador habla de problemas pedagógicos y vocacionales. Los traemos aquí porque nos parece que son interesantes.

> … ¿Sería muy posible que el sr. canónigo redactor no pidiese informaciones sobre la Compañía de María, sobre su origen, sobre su naturaleza, etc. nada más que para conocer lo que nosotros decimos, lo que pensamos de María, de lo que nuestra Compañía se gloría al llevar su nombre? Si fuese así, en breve le haría llegar un pequeño tratado que me propongo hacer imprimir como introducción a la nueva edición del *Manual del servidor de María*[296]. No tememos en manera alguna publicar los sentimientos profundos que tenemos hacia la Santísima Virgen, Madre del Salvador y Madre nuestra. Tendrá la bondad de comunicar al sr. párroco mis respuestas, todas, a las cuestiones propuestas.
>
> … Consideré, desde el principio, su envío a Friburgo como una verdadera misión, misión que le daba Nuestro Señor por mediación de su divina Madre. Vi con alegría que ustedes tres partían con el ánimo y el celo de verdaderos misioneros; no dudaba del éxito, a pesar de todas las dificultades y oposiciones que allí encontrarían.
>
> … Penétrese, mi querido Hijo, más y más del espíritu de su estado religioso y en las conversaciones que tenga con sus dos compañeros intente que ellos también se penetren de ese espíritu.

1210. Burdeos, 30 de junio de 1840
Al señor Claudio Mouchet, Saint-Remy

Esta es la última carta que el P. Chaminade escribió al sr. Claudio Mouchet, que morirá piadosamente en Saint-Remy en 1885, a los 71 años, después de una vida caracterizada por extraordinarias gracias in-

[295] Se trata del P. Benito Meyer, hermano del P. León Meyer.
[296] Tal vez aquí el P. Chaminade se refiere al *Tratado del conocimiento de María*, que estaba todavía en elaboración o a otro documento que no se llevó a cabo.

teriores. El argumento principal que trata el Fundador es el anonadamiento del Hijo de Dios en la eucaristía. Ante este sacramento, el primer deber del cristiano es la adoración, que es la acción exterior religiosa con la que se testimonia el honor y el respeto que merece la grandeza divina. La adoración eucarística hará germinar sin duda, en los corazones de los fieles, sentimientos de anonadamiento y humildad que son los que corresponden a la condición de criatura del hombre. El P. Chaminade concluye invitando al sr. Mouchet a ser el consejero espiritual de su primo Nicolás en la práctica de la meditación mixta, un método en el que los afectos se alternan con la lectura de un tema.

Su carta del 7 del corriente me ha llegado, mi querido Hijo, y quiero decirle algunas palabras, al contestarle al P. Chevaux.

Cuanta más fe tenga usted en Jesucristo, Dios y hombre, una fe que se acerque a la de san Pedro cuando respondió a Nuestro Señor que interrogaba a sus Apóstoles: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», más se penetrará de sus anonadamientos, especialmente en el Santísimo Sacramento, donde está como Dios y como hombre en total realidad. Ahí está anonadado como Dios porque, como dice san Pablo, el Verbo divino se anonadó en su encarnación al hacerse hombre, y la santa humanidad de Jesucristo está anonadada desde el primer momento ante la divinidad, según lo que nos dice el profeta David: Todo mi ser, toda mi substancia es una verdadera nada ante Vos. Sus anonadamientos se continuarán eternamente en el cielo y serán objeto de eterna admiración para todos los que están en el cielo. En el cielo se verá este misterio a la luz de la gloria; sobre la tierra Jesucristo lo deja sentir solamente a la luz de la fe. Esté con respeto ante el Santísimo Sacramento; considere a la luz de la fe estos divinos anonadamientos y la luz de la fe producirá en usted un profundo sentimiento de anonadamiento. Su fe crecerá poco a poco y le hará cumplir, como algo habitual al menos de corazón, el primer deber de los cristianos hacia Dios: el de la adoración y el anonadamiento.

Creo que su primo tiene corrientemente, no propiamente buena voluntad, voluntad decidida, sino solo buenas veleidades. Querría que Dios hiciera todo en él y sin él, y Dios quiere que correspondamos a la acción de su Espíritu en nosotros. Enséñele, por toda oración, la oración mixta, tanto del Símbolo de los apóstoles, como los salmos penitenciales o la oración de la mañana y de la tarde, y que se atenga a ello. Si es fiel, la fe actuará en él, antes o después, y entonces podrá escribirme.

En la vida espiritual, mi querido Hijo, todo se encierra en una fiel correspondencia a la gracia y a toda la gracia.

1220. Burdeos, 8 de septiembre de 1840
A la Madre San Vicente, Agen

El P. Chaminade recordando todavía su larga estancia en Agen, no puede dejar de señalar a la Madre San Vicente las dos nuevas lecturas que ha hecho, añadiendo un comentario, que Dios ama a los que con sencillez demuestran buena voluntad en el cumplimiento de su voluntad.

Respondo hoy a su carta del 31 de agosto, mi querida Hija, porque el sr. Bonnefoi no podía salir hasta mañana 9 de septiembre. Ha debido ponerse de acuerdo con María en el asunto de las medias…

Querida Hija, ponga siempre el mayor interés en su alma; es preciso salvarla al precio que sea; sigo estando dispuesto a ayudarla el tiempo que sea.

Sentí mucha pena al salir de Agen. Veía con alegría cómo la comunidad entra más y más en el verdadero espíritu de fe, según el modelo de la Santísima Virgen. Manifestaba

poco mi gozo, para no aumentar la pena que sentiría la comunidad con nuestra separación; debemos seguir el curso de la Providencia y adorar totalmente sus designios. Que todas se ejerciten en el *Sacrificio perpetuo*[297] y en cada una de sus cinco partes: la primera encierra implícitamente las otras cuatro. ¡Qué agradable es a Dios la disposición de una verdadera buena voluntad! El capítulo octavo del primer tomo de *El interior de Jesús y de María*[298] le dará una preciosa explicación de la buena voluntad.

1224. Burdeos, 17 de octubre de 1840
Al señor Enderlin, Friburgo

Aquí se habla de la escuela de Friburgo y de su extraordinario éxito. Comienzan a florecer también las primeras vocaciones. Todo va bien, pero la mayor preocupación que se debe tener es que también en esta obra «la Virgen sea glorificada».

… Tiene muchos alumnos de un sitio y otro, algunas personas se han presentado para entrar en la Compañía de María. Es muy desagradable, en primer lugar, tener clases totalmente separadas. También es muy desagradable tener clases demasiado pequeñas: en esa situación el orden y la disciplina sufren necesariamente. Pero lo que es más desagradable es tener postulantes para examinar, sin medio de poderlos alojar en la comunidad para seguirlos más de cerca y así conocerlos mejor. ¿Qué quiere que le diga respecto a los tres de los que me habla? Enviarlos a Ebersmunster sin haberlos probado suficientemente es una imprudencia; además es muy difícil probarlos bien si no están con nosotros y bajo nuestra mirada… [Mientras tanto,] vea usted, mi querido Hijo, la situación y actúe lo mejor que pueda. Pruébelos todo lo que le sea posible; examínelos a la luz de nuestras Constituciones y de acuerdo con el sr. párroco. Si el sr. párroco opina que se les envíe a Ebersmunster, usted los enviará… Concilie todos los intereses, los de estas personas y también los del noviciado. Antes de tomar ninguna decisión definitiva, envíeme el parecer suyo y del sr. párroco, sobre cada uno. Me dará toda la información posible de las personas y yo me pronunciaré.

Trabaje, mi querido Hijo, para que la Santísima Virgen sea glorificada en su Establecimiento. Vele lo mejor que pueda en que nuestras santas Reglas sean observadas. ¡Que usted sea, y también sus Hermanos, verdaderos religiosos de María!...

---

[297] Sin duda, el P. Chaminade hace alusión a la obra de S. GOURDAN, canónigo regular de la abadía San Vicente de París, *Sacrifice perpétuel de foi et d'amour au Très Saint-Sacrement par rapport aux mystères et aux différentes qualités de Notre Seigneur Jésus-Christ* (1711). La obra está dividida en cinco partes: sacrificio perpetuo según los misterios de Nuestro Señor Jesucristo relatados en los santos Evangelios; sacrificio perpetuo según las cualidades de Nuestro Señor Jesucristo expresadas en la Sagrada Escritura; aspiraciones eucarísticas expresadas en los salmos y en el Cantar de los cantares; elevaciones sobre el sacerdocio de Jesucristo según las palabras del profeta Malaquías; y holocausto interior durante la Santa Misa en relación a los misterios de la Pasión de Nuestro Señor. Esta obra estuvo muy extendida en el siglo XVIII e incluso en el XIX.

[298] *El interior de Jesús y de María,* obra póstuma de N. GROU, s.j. (1731-1803), autor de excelentes libros de espiritualidad. Este es uno de los pocos trabajos verdaderamente válidos de mariología de la primera mitad del siglo XVIII.

1223. Burdeos, 17 de octubre de 1840
Al P. Chevaux, Saint-Remy

Carta de dirección espiritual en la que el P. Chaminade trata de cómo resulta difícil hacer bien la meditación. Sin embargo, Dios se contenta con la buena voluntad; basta caminar en su presencia y no buscar nunca la propia comodidad.

Le envío, mi querido Hijo, tres breves cartas para los srs. Bouly, Langue y Dumont: por favor, entrégueselas, respectivamente, lo antes posible.

Aprovecho la ocasión para decirles algunas palabras edificantes.

En su última carta usted me hablaba, mi querido Hijo, de sus penas interiores y de sus dificultades para la oración mental. Fácilmente está distraído, una nadería le preocupa y no pone toda la atención deseable para solucionar a lo largo de la jornada las divagaciones que invaden su mente en el santo tiempo de la oración mental.

Ante todo, usted debe, mi querido Hijo, obligarse a ser fiel todo lo que pueda y, en consecuencia, debe tratarse a sí mismo severamente cuando haya faltado en algo en la oración. El que se perdona fácilmente sus faltas, por muy pequeñas que sean, no progresa en la virtud.

Además, debe ejercitarse en la santa presencia de Dios. [*Camina ante mí y sé perfecto*][299]. Usted se lo dice a sus hermanos, ¡pues bien, hágalo!...

En fin, debe aplicarse de corazón a no hacer su santa voluntad, sino que siempre debe hacer lo que Dios quiere, lo que quiere Jesucristo. [*Cristo no se agradó a sí mismo*][300] y el discípulo debe ser como el Maestro, dijo el divino Salvador.

Caminemos, mi querido Hijo, llenos de coraje, y con la ayuda de María Dios nos bendecirá…

1225. Burdeos, 2 de noviembre de 1840
Al P. Meyer, Courtefontaine

El gobierno de la Compañía ¿está todavía en las manos del Buen Padre? Las cartas que él firma ¿no son tal vez el fruto de la imaginación de sus secretarios? El P. Chaminade responde con claridad y precisión a estas preguntas del P. León Meyer. En la continuación de la carta, que aquí no se recoge, el Fundador alude a las dificultades que encuentra en la dirección de la Compañía. ¡Qué difícil es contentar a todos los directores! También san Ignacio se encontró en estas mismas situaciones dolorosas. El que dirige tiene que sufrir necesariamente mucho: «Sus gemidos dirigidos al cielo son como el rocío que hace germinar la semilla».

El P. Caillet, mi querido Hijo, me ha comunicado la carta que usted le ha escrito el 22 de octubre último; me ruega que le escriba literalmente la respuesta que le he dado verbalmente, y me presto a hacerlo con agrado por medio de la mano del sr. Bonnefoi.

Leo, mi querido Hijo, y muy atentamente, y a menudo releo todas las cartas que usted me escribe. Primero las leo yo solo, y las releo para decirle al P. Roussel la respuesta que hay que dar. El P. Roussel es muy inteligente y escribe con facilidad y prontitud todo lo que se le ha dicho y de la manera con que se le ha dicho. No firmo ninguna respuesta sin leerla; mis respuestas son realmente mías, aunque usted no vea en la respuesta más que mi firma…

[299] *Ambula coram me et esto perfectus* (Gn 17,1).
[300] *Christus non sibi placuit* (Rom 15,3).

1237. Burdeos, 21 de diciembre de 1840
A Mons. Donnet, Arzobispo de Burdeos

El párroco de la parroquia de Santa Eulalia escribe al arzobispo quejándose de que la afluencia de los fieles a su iglesia ha disminuido en parte y que esta disminución se debe al hecho de que muchos de ellos prefieren asistir a la capilla de la Magdalena. Informado de esto, el P. Chaminade escribe una larga carta al Arzobispo, de la cual solo citamos la parte central.

NOTAS DEL P. CHAMINADE, CANÓNIGO HONORARIO,
EN REPUESTA A LA CARTA DE MONSEÑOR EL ARZOBISPO DE BURDEOS,

… 1º La iglesia de la Magdalena está lejos de perjudicar la acción parroquial y por tanto a la Fábrica, si por los cuidados del sr. párroco el número de parroquianos de Santa Eulalia que la frecuentan es muy pequeño, y si entre ellos la mayor parte creyeran que debían mantener la parroquia. Pero, Monseñor, es un hecho que ocurre así; he aquí una prueba única que es suficiente: la iglesia de la Magdalena no es generalmente frecuentada más que por los miembros de la Cofradía de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, y sobre todo por la sección de las señoras y los jóvenes; la parroquia de Santa Eulalia es de todas las parroquias de Burdeos la que proporciona el menor número de miembros de la Cofradía y es indiscutible que los miembros de la cofradía, en sus parroquias respectivas, son generalmente los más edificantes.

1240. Burdeos, 7 de enero de 1841
Circular del Superior general de la Compañía de María
A sus queridos Hijos

Los Asistentes del P. Chaminade desean una mayor libertad de acción para poner fin a una disputa financiera. Por eso lo invitan a renunciar formalmente como Superior general. Él está de acuerdo y el 8 de enero 1841 firma el acto de renuncia. Para informar a toda la Compañía de lo sucedido, escribe la siguiente circular, en la cual declara que ahora se siente más libre para dedicarse exclusivamente a la oración y a la predicación.

… Pues bien, mis queridos Hijos, este momento tan deseado ha llegado: por lo menos yo lo creo y lo aferro con felicidad, para realizar sus deseos y los míos.

Mi avanzada edad hace que me sea casi imposible llevar a cabo un gobierno que exige energía y actividad, y por otra parte los trabajos de una administración continua que absorbe todo mi tiempo libre, que incluso no es suficiente, en perjuicio de otros trabajos por otra parte más importantes en el orden de la fe para el futuro de nuestra Compañía; por todo esto he debido meditar seriamente ante Dios dejar la dirección general, que sobrepasa mis fuerzas, para ceñirme exclusivamente a obras más apropiadas a mi ancianidad, e incluso diría, a mis necesidades; y en consecuencia he aquí, mis queridos Hijos, la decisión irrevocable que he tomado.

… ¿Es necesario que les diga, mis queridos Hijos, que no seré un extraño en la administración y que sus tres Asistentes generales han aceptado el gobierno colectivo y solidariamente responsable de la Compañía, solo a la condición expresa de que yo continúe guiándolos, tanto individualmente como reunidos en Consejo, en todos los asuntos de su gestión?

¿Es necesario decirles también, que no entiendo que el retirarme de ustedes sea condenarme, en relación a todos mis Hijos, a un silencio absoluto? No, mis queridos Hijos,

yo no me separo de ustedes, ¡Dios no lo quiera! Me debo por entero a ustedes hasta mi último suspiro; y ya que mi vida está de tal forma unida a las suyas, me parece que no sabría existir lejos de ustedes. Me escribirán y les escribiré; y francamente, no me retiro de los asuntos más que para procurarme los medios de hablarles más a menudo y sobre todo para ocuparme de ustedes más útilmente. «No conviene, decía san Pedro a los fieles de la primitiva Iglesia, que nosotros nos ocupemos de los cuidados temporales, en perjuicio del ministerio evangélico que el Señor nos ha confiado; escoged de entre vosotros, en consecuencia, hombres de bien recomendados por su prudencia y su capacidad, y les encargaremos de proveer de todo, mientras que nosotros nos entregaremos completamente a la oración y a la predicación» (Hechos VI,2-3).

He aquí, mis queridos Hijos, lo que en persona me atrevo a decirles. No puedo ocuparme más de tantas cosas: la oración y la predicación absorberán mis fuerzas y mi tiempo. He escogido, entre ustedes, según el derecho que me confiere los Estatutos, las personas de mi confianza y los establezco ahora en mi lugar y situación para atender todos los cuidados de la administración de la Compañía. Yo me entregaré exclusivamente a la *oración* y a la *predicación,* es decir que me aplicaré con todas mis fuerzas a cumplir con ustedes el mandato que Dios me ha confiado, por boca de san Pedro, buscando por todos los medios que la bondad divina me sugiera «inculcar en sus corazones el espíritu de nuestras obras todas de caridad». Y así se preparará o intentará, bajo mis ojos y según mi corazón, la Administración que tarde o temprano deberá sucederme…

1242. Burdeos, 21 de enero de 1841
Al señor Enderlin, Friburgo

En Friburgo se hacen progresos en la actividad escolar y se obtienen buenos resultados. El P. Chaminade recuerda que todo se lo debemos a Dios y a María.

He recibido, mi querido Hijo, su carta del 28 de diciembre último; me apresuro a responderle.

Me entristece y satisface al mismo tiempo la sobrecarga de fatigas que la apertura del nuevo curso le ha causado; además, teniendo en cuenta la enfermedad que le sobrevino, no puedo más que aplaudir este género de sobrecargas, ya que Dios y María encuentran en ello su gloria.

Por fin le ha llegado el sr. Bernardo Laugeay y, aunque le encuentre un poco débil de carácter, puede esperar sacar de él un buen partido; pero usted dice que ha desdoblado su clase y ha confiado una parte a los cuidados de un joven de la ciudad que le es de toda confianza.

Hasta ahora todo va bien, mi querido Hijo: el número de los alumnos sigue aumentando; la opinión pública les es favorable y las Autoridades se sienten picadas por la emulación. Me parece que debe estar muy satisfecho y descargado de sus penas. Mantenga la esperanza. Sobre todo, mi querido Hijo, no se deje llevar por sentimientos de satisfacción personal ante los éxitos de su escuela. Recuerde estas bellas palabras de David: «En vano protegeré la ciudad, si Dios no la guarda», y las de san Pablo: «Nosotros sembramos y regamos, pero es Dios el que da el crecimiento». Sí, es a Dios solo a quien debemos reconocer como autor del bien que hacemos; y haciéndolo así, hacemos un acto de rigurosa justicia, porque es de él de quien recibimos todo bien; y ¿por qué, dice San Pablo, nos gloriamos del bien como si no viniera de él? La Santísima Virgen María nos protege y es a su po-

derosa protección a lo que debemos todo lo que nos ocurre. Unámonos para manifestarle nuestro sincero agradecimiento...

1253. Burdeos, 21 de marzo de 1841
Circular a toda la Compañía

Con esta circular, que manifiesta un estado de ánimo sereno y en paz, el P. Chaminade les da las gracias a todos los religiosos que le han enviado la felicitación por su santo en el día de San José. En ella eleva un himno al poder de San José, que puede obtener de la Virgen María todo aquello que necesitamos, y parece que quiera dar a sus amados hijos el saludo de despedida: «Rezad por mí, que me voy».

He acogido como siempre, mis queridos Hijos, sus deseos y felicitaciones por mi fiesta con muy dulce satisfacción. La veneración que profesan por su anciano Padre y el vivo afecto que le tienen en el Señor, pero sobre todo por la gran devoción que tienen a su glorioso Patrón, me llega al corazón y lo llena de alegría y esperanza. ¡Quiera el cielo, por la poderosa intercesión de san José, escuchar sus oraciones por mí! ¡Quiera la Santísima Virgen María, que conoce mis necesidades y mis miserias, prestar oído favorable a la voz filial de los que son mis queridos Hijos, porque ellos son los suyos! ¡Quiera también concedernos a todos, por mano de su glorioso Esposo, las gracias que le pedimos!

En el sagrado altar me he vuelto a acordar de ustedes: todos ustedes estaban presentes en mi pensamiento y en mi corazón, y los ofrecía a todos con la sagrada Víctima, por ustedes en primer lugar y por mí, y además, especialmente, por la salvación de la magnífica juventud confiada a nuestra solicitud.

Rezaba también, mis queridos Hijos, de una manera muy particular por nuestra preciosa Compañía. No sé expresar qué sentimiento de felicidad y de confianza sentía al recomendársela fuertemente a san José. Es su familia, le decía con todo el afecto de mi corazón. María es la Madre, san José nos ha adoptado por ella y en ella como sus Hijos. ¡Por cuidados de él, María se muestra siempre más y más nuestra Madre! ¡Y Vos, gran Santo, socorred todas nuestras necesidades con una solicitud plenamente paternal! Nuestras necesidades son grandes, las del momento presente y las del futuro, todo se lo encomendamos. ¡Qué dulce pensamiento para nosotros el que nos permite deciros: [*Nuestra suerte está en sus manos*][301].

Sí, mis queridos Hijos, nuestra suerte está en las manos de José. ¡Qué motivo de esperanza y qué feliz presagio!: José, el guardián de su Señor y el esposo de su reina; José, el padre nutricio de Jesús y el cabeza de la sagrada familia; José ha querido aceptarnos como hijos suyos y nos permite llamarle nuestro Padre!

Por tanto, recemos a san José con todo fervor y toda confianza. Se le ha dado un gran poder en el cielo y en la tierra. Puede obtenernos de la Santísima Virgen María todo lo que nos falta, todo lo que necesitamos, incluso en el orden temporal, y quiere concedernos toda clase de bienes. Por ello, tengamos hacia él, mis queridos Hijos, una devoción filial, y que su bendito nombre esté sin cesar en nuestros corazones y en nuestros labios, con los de Jesús y de María.

Recen por mí, que me voy; recen por mí, para que, después de haber mostrado a los otros el camino de la sabiduría, no sea reprobado. Recen los unos por los otros, para que, no teniendo más que un corazón y una sola alma como los fieles de la primitiva Iglesia, rivalicen ustedes en el celo y los esfuerzos de caminar por las vías de la perfección reli-

[301] *In manibus tuis sortes meae!* (Sal 30,16).

giosa. Recen por la santa Iglesia, por nuestro Santo Padre el papa; recen por nuestra querida Francia; recen por sus alumnos. Recen y no dejen de rezar.

Pero no olviden a nuestros queridos difuntos. Estos queridos Hermanos nos han precedido en la santa carrera que se nos ha presentado; nos han mostrado el camino de la vida, nos han dado el ejemplo y reclaman la ayuda de nuestras oraciones.

La mayoría de ustedes, mis queridos Hijos, me manifiestan el deseo y la esperanza que tienen de verme pronto. Me hago idea de su dicha por la que yo experimentaría si pudiera abrazarles contra mi corazón. Me parece, en efecto, que necesitamos vernos por lo menos una vez más… Pero el tiempo, las circunstancias y mis enfermedades no están en disposición de realizar este común deseo. Recen, mis queridos Hijos, para que desaparezcan todos los obstáculos y que, si es el deseo de Dios, tenga la dulce satisfacción de bendecirles realmente en persona…, como lo hago en este momento de espíritu y de corazón, con toda la efusión de mi amor paternal.

1264. Burdeos, 29 de diciembre de 1841
Al P. Chevaux, Ebermunster

El P. Chevaux fue nombrado Superior provincial de Alsacia. Hasta entonces algunos religiosos de la Compañía de María habían realizado la función permanente de «visitadores». Ya en 1828 había surgido la idea de una división de la Compañía en Provincias y después de la Revolución del 1830 se había precisado y formalizado la naturaleza de este tipo de entidades dedicándoles algunos artículos de las Constituciones. Pero, de hecho, solo en 1841 se hizo el nombramiento del primer Provincial en la persona del P. Chevaux. Con este motivo el P. Chaminade escribe al nuevo Provincial la siguiente carta.

Acabo de enterarme, mi querido Hijo, por el sr. Clouzet que usted ha debido ponerse en camino hacia Alsacia en la tercera fiesta de Navidad y participo con usted en la doble pena que le ha sobrevenido, pena física y pena moral. Pienso que la pena física, aunque muy real en esta época del año y con su delicada salud, no es, ante sus ojos, de gran importancia. Pero la pena moral ha debido ser muy grande, teniendo en cuenta sus disposiciones interiores. Su fe le habrá exigido un gran sacrificio y su obediencia ya habrá cantado varias veces victoria. ¡Qué consoladoras, mi querido Hijo, las victorias de la obediencia! El espíritu de obediencia nos hace vencer en nosotros, por así decir, al espíritu de humildad; es el Espíritu de Jesucristo, como espíritu de fe, el que sobrepasa en nosotros el mismo Espíritu de Jesucristo como espíritu de humildad; y Dios es así glorificado.

Es fácil ver cómo ocurren este combate y esta victoria en el corazón verdaderamente cristiano. Por una parte, el espíritu de humildad, que es verdad y justicia, hace ver al corazón cristiano su bajeza, su incapacidad, su impotencia e incluso su indignidad original y personal. Y por otra parte, el espíritu de fe, que es un espíritu de confianza plena en la gracia de Jesucristo, eleva el coraje, hace despreciar los obstáculos invencibles a la naturaleza, hace avanzar y hace vencer por la gracia unida a la obediencia.

Sí, mi querido Hijo, es Dios quien le ha enviado, es él quien le ha revestido del título y de las funciones de Provincial, en esta hermosa y extensa Provincia. La Compañía de María ha sido llamada por Dios a recoger allí una gran y excelente cosecha y la Providencia le pone a usted a la cabeza de los obreros. No se mire a usted mismo, no vea más que a Dios que le ordena esta misión. Él le dará todo lo que necesite para cumplir esta misión según sus planes. ¡Sea fiel: corresponda a la gracia y a toda la gracia que se le ha dado!

Como Provincial de Alsacia toda su solicitud debe dirigirse a la prosperidad de los Establecimientos de la Compañía, ya formados o que serán formados en el futuro bajo su gobierno.

1266. Burdeos, 8 de julio de 1842
Al P. Perrodin, Acey

El gran bien que los marianistas hacen en Suiza, lleva a los católicos de ese país a pedirles que se abran otras escuelas en Lausana (1843), Sion (1845) y Aldorf (1846). Sin embargo, en el sur de Francia, las cosas no van como deberían y el P. Chaminade es objeto de críticas poco agradables. El P. Perrodin manifiesta sus preocupaciones y sus temores por el futuro de la Compañía al P. Chaminade, que le responde con esta carta, en la que manifiesta un gran espíritu de fe unido a una inquebrantable confianza en la Virgen Inmaculada.

… No me extraña, mi querido Hijo, «que se digan muchas cosas sobre nosotros». Puede ser, incluso, que personas graves y serias hayan tomado parte en lo que oyen decir, no desconfiando con decisión de las maquinaciones del infierno. Si los demonios persiguen sin cesar a la Iglesia de Jesucristo, ¿cómo podrán librarse de tales persecuciones los que quisieron reunirse con el designio de mantenerla, sobre todo aquellos que se declararon Hijos de María y que se alían precisamente contra el imperio de Satán? ¿No somos fuertes con la fuerza que debe darnos la primera profecía pronunciada contra la serpiente: [*Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre su descendencia y la suya, y Ella te aplastará a cabeza*]?[302].

Se dirá: Pero son personas incluso de la Compañía misma los que hablan contra ella. – Y ¿cuál es el campo del padre de familia, sembrado con el más puro trigo, en el que el espíritu maligno no haya sembrado cizaña? [*Esto lo hizo un enemigo*][303]. Pidamos, mi querido Hijo, confianza en nuestra manera de actuar, y ¡no nos inquietemos!

«Pero se teme por el futuro de la Compañía; se piensa que no estamos sólidamente organizados, que solo volamos con un ala, que después de mí no habrá manos capaces de llevar las riendas». – Si la Compañía de María no es la obra de Dios, efectivamente habrá que temer mucho por el futuro: aunque estuviese mejor organizada, no se mantendría. Si es la obra de Dios, todas las maledicencias que se puedan hacer contra ella, no servirán más que para afirmarla. Sin embargo, si se desviase de los fines que se propone, entonces no sería obra de Dios, sería útil que desapareciese…

«Se habla en Burdeos y sin duda en alguna parte del *Midi*, se habla en el Norte contra la Compañía». – ¡Y qué no se dice! Desde hace más de cincuenta años que estoy entregado a las obras externas, siempre se ha hablado mal de mí, se han dicho mil cosas malas de mí, pero no me acuerdo haber respondido para justificarme. Sé que soy muy malo, estoy convencido de ello. Pero ¿lo soy por mis acciones externas tanto como se quiere suponer? No es probable. Por tanto, hay que suponer que hay una persecución oculta de los demonios, que Dios permite y que nosotros también tenemos que permitir, adorando interiormente la sabiduría y la bondad de sus designios.

No he tenido, mi querido Hijo, ninguna pena al leer las reflexiones que acompañan su carta, porque comprendo que se las ha inspirado su entrega a la Compañía y que usted

[302] *Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen illius, et ipsa conteret caput tuum* (Gn 3,15).
[303] *Inimicus homo hoc fecit* (Mt 13,28).

querría encontrar un medio de frenar estos escándalos. No veo otro medio que seguir caminando francamente a Dios, sin inquietud, sin angustia y con toda la prudencia de la que sea uno capaz…

1269. Burdeos, julio de 1842?
A un religioso de la Compañía, probablemente el P. Perrodin

La siguiente carta no lleva ni la fecha ni el nombre del destinatario. El texto nos ha llegado incompleto, pero lo que queda es un buen resumen de la «práctica general de la fe».

El P. Chaminade comienza con la consideración de la eficacia de la «meditación mixta sobre el Credo de los Apóstoles» para la vida espiritual. Todas las verdades de la fe –dice a continuación- están contenidas en la verdad profesada por Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (Lc 9,20). Es necesario partir del Credo, que contiene las verdades profesadas por la Iglesia católica, recitándolo lentamente para detenerse luego, más o menos tiempo, en cada palabra. Los artículos del Credo tienen algo de síntesis y de absoluto, capaces de remover toda una vida.

El Credo abre el camino a la contemplación de Cristo en sus misterios de vida, muerte y resurrección. Como enseña la Escuela francesa de espiritualidad, la fe nos revela que Cristo obra en nosotros y dirige a nosotros «sus palabras divinas». Pero nosotros debemos caminar a su lado, ejercitando la fe sobre todo en la meditación, con él llegaremos entonces a ser pacientes y humildes.

Por último tenemos que comulgar con Jesús en la eucaristía, fuente de todos los bienes espirituales. Jesús permanece en nuestra alma mientras que las especies sacramentales no se corrompan. Después es la fe la que mantiene el alma en una especie de «comunión espiritual» real y profunda con él.

Respondo muy tarde, mi querido Hijo, a su carta del 29 de octubre último; no responderé a lo que se refiere a los jóvenes postulantes, porque sé que se ha hablado de esto en otras cartas, que ha habido algunos errores, que el P. Roussel ha respondido a todo en nombre de la Administración, y que ciertamente no habrá más errores. Ahora me centro en lo que me dice de su vida interior.

La oración mixta sobre el *Credo* o Símbolo de los Apóstoles siempre le será útil; pero como usted quiere aplicar la fe cristiana al arrepentimiento de sus faltas, acuérdese siempre que todos los artículos de nuestra fe, todas las verdades reveladas se relacionan con aquella verdad de la que hizo confesión san Pedro: [*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*][304].

En todos los misterios de Jesucristo, comenzando por el de la Encarnación, no vea más que el Hijo de Dios operando en la Santísima Humanidad, actuando y hablando, sufriendo y muriendo, resucitando, etc. Es siempre el Hijo de Dios el que opera en la Santísima Humanidad, es él el que sufre, muere, resucita y sube al cielo; en una palabra, desde la Encarnación inclusive, Jesucristo es siempre y será siempre Hombre-Dios o Dios-Hombre; la fe nos hace ver siempre en Jesucristo el Hijo de Dios que opera *por nosotros,* que sufre, muere y resucita por nosotros, que habla por nosotros, que nos enseña; todas sus palabra son palabras divinas que nos son dirigidas. ¡Qué inmensos tesoros tenemos en Jesucristo!

Nos unimos a Jesucristo por la fe que tenemos en él; entramos en sus tesoros con esta fe, porque esos tesoros son nuestros. ¿Tenemos necesidad de humildad, de paciencia, etc.? Después de haber reconocido nuestro orgullo, nuestra falta de paciencia, etc., vemos en nuestro tesoro las humillaciones y el amor de las humillaciones, los sufrimientos y el amor de los sufrimientos que siempre tuvo Jesucristo; los méritos de Jesucristo humillado y sufriente son infinitos. Hagámonos un bálsamo con sus humillaciones y sufrimientos;

[304] *Tu es Christus Filius Dei vivi.* (Mt 16,16).

apliquemos ese bálsamo sobre nuestro orgullo y sobre nuestra impaciencia, y curaremos; destruiremos los vicios y cicatrizaremos las heridas que nos han hecho; amaremos tanto las humillaciones como los sufrimientos, ya que en Jesucristo y por Jesucristo, ellas han procurado una tan gran gloria a Dios y la procurarán en nosotros unidos a Jesucristo. He aquí, mi querido Hijo, el uso que es preciso hacer de nuestra fe, especialmente en la oración, sin duda, y además en todo el curso de nuestra vida.

Me limito, mi querido Hijo, a esta aplicación general, que usted puede particularizar para la destrucción de todos los vicios y la adquisición de todas las virtudes, cristianas y religiosas; si encuentra algunas dificultades o algunos problemas, tenga la bondad de indicármelo.

No vaya a creer, mi querido Hijo, que, si atribuyo tan grandes efectos a la fe, excluyo el alimento de la adorable eucaristía; muy al contrario, es por la comunión de Jesucristo como víctima inmolada en la cruz, por lo que llegan todos los cambios tan milagrosos que se producen en la almas cristianas; pero es siempre la fe la que hace que nos alimentemos de la sagrada carne de Cristo y de su preciosa sangre, y así nuestra vida llegue a ser la vida de Jesucristo. Cuando la unión substancial cesa de alguna manera en el que tiene la dicha de comulgar, la fe conserva una unión moral tan íntima entre las voluntades que no es nada extraño que haya influencias recíprocas, formando una comunión espiritual muy real, y eso es el efecto de una fe muy viva en la adorable eucaristía, víctima que ha sido inmolada en la cruz. Los sacerdotes que comulgan bajo las dos especies del pan y del vino pueden, más fácilmente aún que los fieles, tener presentes la inmolación y la muerte de víctima divina, fuente de todos los bienes espirituales y eternos, donde siempre la fe va a beber.

El tema que usted escoge, mi querido Hijo, para sus exámenes particulares, es muy hermoso, amable e interesante: «Mi examen particular, me dice usted, se centra sobre la entrega a María, a su Compañía, etc.». Pero, mi querido Hijo, este tema que le encanta ¿no sería el tema de una oración más que de un examen particular? ¿No se hace el examen directamente sobre las faltas a sus deberes religiosos? ¿No es en este ejercicio donde se arrepiente uno y se pide perdón de las faltas que se han cometido, etc., etc.? Guárdese, mi querido Hijo, de las ilusiones, que cada cosa sea lo que debe ser, no importa el placer o la repugnancia que podamos sentir.

Deseo, mi querido Hijo, que pueda ver en este pequeño resumen la práctica general de la fe, en el curso ordinario de la vida, especialmente en la oración, que es el pivote sobre el que se mueve toda la vida cristiana y religiosa.

1271. Burdeos, 1 de marzo de 1843
Al P. Perrodin, Acey

Esta carta, después de haber comunicado la dolorosa noticia de la muerte de un Padre maestro de novicios, revela el contenido mariano de las meditaciones del P. Chaminade e incluye una de las expresiones más significativas de su «piedad filial», que tiene en Jesús su modelo y su justificación. Este concepto será ampliamente desarrollado por el P. E. Neubert en el conocidísimo libro Mi ideal: Jesús, Hijo de María[305]*.*

[305] El volumen, aparecido en Francia en 1933, ha sido traducido a unas treinta lenguas con una tirada de más de medio millón de copias.

Su carta, mi querido Hijo, del 1 de enero me agradó mucho, no por los elogios que contiene, sino por la viva expresión de su amor por la Santísima Virgen María y por el interés, me dice en su carta, que el P. Bardenet sigue teniendo por la Compañía.

Que nos demos muestras recíprocas de amistad y entrega es natural en la vida religiosa. Dios nos ha unido con lazos tan sagrados, que ofenderíamos a Dios mismo si no correspondiéramos con sentimientos mutuos a la preciosa unión que él ha formado entre nosotros. He sufrido mucho por retardar, tanto como lo he hecho, expresarle de alguna manera mis verdaderos sentimientos de amistad y de entrega. Desde final de año último y hasta hoy, los asuntos se suceden y se multiplican; todo mi tiempo lo estado dedicando a despacharlos.

Sin embargo, no había ningún asunto malo; debo exceptuar el terrible acontecimiento de la muerte del P. Chauvin. Atacado, casi bruscamente, por una fiebre cerebral, murió 10 días después. Este corto intervalo, que nos pareció muy largo mientras duró, fue de una extrema agitación. Pareció que estuvo consciente solo en dos o tres ocasiones durante algunos minutos, en uno de ellos se le pudieron administrar los sacramentos algunas horas antes de su muerte. Murió con gran paz, apenas pudo darse cuenta; no se puede dudar que conservó su conocimiento hasta el fin. He dicho antes «casi bruscamente»*:* dos o tres días antes había hecho algunas afirmaciones, en materia bastante grave, en las que se notaba que no tenía sentido; se le hizo notar con gran dulzura y cuidado y aceptó bien las observaciones que se le hicieron. No sé qué decir, incluso qué pensar de un acontecimiento semejante: lo resumo todo adorando los designios y disposiciones de la Providencia.

El amor de usted por la Virgen María me parece que sigue creciendo, por ello bendigo al Señor; es Jesucristo quien se lo inspira o más bien quien le inspira poco a poco, según el grado de su fidelidad, el amor que él mismo tiene a su Santísima Madre. Su amor por ella es eterno, por el designio eterno de su Encarnación; el cumplimiento de este gran misterio no ha hecho más que llenar su santa Humanidad del amor eterno que él tenía por ella. Lo que no dejo de admirar desde hace algún tiempo, demasiado poco tiempo, es que María en el momento de la Encarnación fue asociada a la fecundidad eterna del Padre, por su viva fe animada de una caridad inconcebible y engendró la Humanidad de la que se revistió su adorable Hijo.

También es la fe, mi querido Hijo, la que nos hace concebir a Jesucristo en nosotros mismos: [*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones… Les dio potestad de ser hijos de Dios*][306]*.* Todos los tesoros de la Divinidad son reducidos, en María, a la fe de la que ella estaba animada: llegó a ser en ella plenitud de gracias, fuente de vida. Como María concibió por su fe a Jesucristo en el orden natural, nosotros podemos concebirle realmente por nuestra fe en el orden espiritual. Querido Hijo, digo estas palabras solo para animar de alguna manera su confianza en María y el amor que le anima...

1281. Burdeos, 13 de noviembre de1843
Al P. Léon Meyer, Ebersmunster.

El anciano fundador manifiesta confidencialmente al P. Meyer su deseo de volver a visitar todas las casas de la Compañía. Está tranquilo porque pone su confianza en María, la estrella que guía la navegación por el mar peligroso de la vida.

[306] *Per fidem Christum habitare in cordibus vestris* (Ef 3,17). *Dedit eis potestatem filios Dei fieri* (Jn 1,12).

Estoy en disposición, mi querido Hijo, de hacer una visita general a todos los Establecimientos de la Compañía; incluso puede que en esa visita incluya algunos de los principales Establecimientos tanto del Instituto de las Hijas de María como de la Orden tercera. Hubiera hecho esta visita el año pasado, si no hubieran surgido ciertos asuntos que me pareció hacer necesaria mi presencia en Burdeos, y creo que este retraso estaba en los planes de Dios.

Parece que la Compañía sigue echando raíces más profundas, a pesar de todas las sacudidas que sufre. Navegamos por un mar borrascoso, pero evitaremos todos los escollos, si tenemos nuestra vista fija en le Estrella que nos guía: [*Mira la estrella, invoca a María*][307].

Seguimos estando dispuestos, mi querido Hijo, a tratar con el P. Mertian, solo si quiere ser razonable, si quiere hacer un Establecimiento que tenga futuro y si para ese fin acepta los consejos que no buscan halagarle en sus ideas y prejuicios que han buscado inspirarle contra la Compañía. No decida nada sobre las propuestas que podrían hacerle, escríbalas y envíemelas, comunicándonos en secreto las opiniones y los juicios sobre todo ello. Es cuestión de un nuevo Establecimiento del mismo género, pero no creo que se haya puesto todavía ninguna base.

Me paro aquí para que esta carta pueda salir por fin, porque ha pasado largo tiempo desde que se empezó. Hubiera querido más especialmente hablarle a corazón abierto de la finalidad última de la Compañía, porque no dudo que quiere ser un verdadero miembro de la Compañía, ¡pero más tarde!

1289. Burdeos, 2 de enero de 1844
Circular a la Orden Tercera de las Hijas de María

Esta es una carta caracterizada por una profunda espiritualidad. Empieza con un agradecimiento a la Virgen por la rápida expansión de una obra «tan hermosa» como es la Tercera Orden de las Hijas de María. Un futuro reconfortante y lleno de buenas obras se abre ante ella, pero deberá tener cuidado con el espíritu del mal que, sembrando cizaña, no dejará de atentar furiosamente contra la fidelidad y la cohesión necesaria entre las hermanas. Por ello, continúa así:

… Por tanto vean, lo repetiré, mis queridas Hijas, vean con qué prudencia deben conducirse en los difíciles pero consoladores trabajos de su preciosa obra. Esposas de Jesucristo, deben conservar intacta, en medio del mundo, la fe jurada. Hijas de María, deben en medio del mundo, uniendo el ejercicio de la vida activa al de la vida contemplativa, mostrar en ustedes las virtudes y la perfección del monasterio. Este es el deber, mis queridas Hijas: es grande, es difícil, pero el alma fiel lo puede todo en Aquel que la conforta.

Sí, el alma fiel lo puede todo. Es el divino Maestro mismo quien viene a asegurárnoslo y nada resiste al corazón humilde al que el amor de Dios y del prójimo abrasa. Seamos solamente fieles y sabremos vencer todos los esfuerzos del demonio y del mundo.

Pero *una primera condición que cumplir, para ser fiel, es la unión con Jesucristo en la caridad.* La unión hace la fuerza. Cuando dos o tres están unidos en el nombre de Jesucristo, el buen Maestro está con ellos; y cuando está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¡Somos fuertes, en efecto, mis queridas Hijas, cuando Nuestro Señor Jesucristo está con nosotros! Señor, somos sus servidores: cuida de nosotros y nos protege. Padre, se

[307] *Respice stellam, voca Mariam.*

ocupa de nosotros y provee nuestras necesidades con tierna solicitud. Esposo, nos colma sin cesar de sus divinas caricias y nos defiende de las seducciones del mundo. Salvador, cura y cicatriza las heridas de nuestras almas y nos libera del yugo de Satán. Es todo para nosotros, el divino Jesús. Es él mismo, es su divino Espíritu quien reza en nosotros, quien continúa en nosotros, por la práctica de sus virtudes, la renuncia y la inmolación que practicó en su adorable persona sobre el altar de la cruz. Pero no somos solamente fuertes cuando Nuestro Señor Jesucristo está con nosotros; somos felices, tenemos paz. La paz sigue los pasos de Jesús, reina donde él reina. ¡Felices comunidades que estáis con Jesús! Tienen la paz, no la paz que da el mundo, sino la paz de Dios, que sobrepasa todo sentimiento de alegría mundana…

1290. Burdeos, 6 de enero de 1843
Circular a toda la Compañía

En este breve documento, el Fundador agradece a sus Hijos de la Compañía de María las felicitaciones por el Año Nuevo y les manifiesta su proyecto de volver a visitar todas las casas en las que desarrollan su trabajo. Las vocaciones son ahora numerosas y los religiosos más de 400. Son muchos, en este momento, los admiradores del P. Chaminade y de su obra. El vicario del obispo de Albi escribía así al P. Chevaux: «Creo que nadie venera más que él al P. Chaminade, que tiene el mérito y la gloria de haber dado a la sociedad presente el tipo de obreros que le son más necesarios»[308]*. Por desgracia, en pocos meses, todo cambiará de golpe.*

He acogido, como siempre, mis queridos Hijos, con viva satisfacción sus votos y deseos de Año nuevo. ¡Qué dulce me es verles tan solícitos en ofrecerme el testimonio de sus corazones y desear sobre mí las bendiciones del cielo!

Desean verme, mis queridos Hijos; todos me dicen, con la efusión de amor filial, cuánto se retrasa poder hablar de corazón a corazón con su Buen Padre. ¡Si supieran con qué ardor me uno a su deseo! No tengo la dicha de conocer personalmente a todos los Hijos que el Señor me ha dado por su Santísima Madre. Tardo en verles y animarles de viva voz y todos los que ya conocía siguen estando presentes en mi espíritu. Me gustaría verlos también para probarles que sigo siendo aún más su Buen Padre.

¡Qué de cosas edificantes tendremos que decirnos, cuando se nos dé la dicha de visitarles en sus Establecimientos! Esperemos con paciencia los momentos del Señor y no desesperemos. Mientras tanto, escríbanme sin temor y sin molestia, díganme sus penas y dificultades; será una felicidad para mí leer sus cartas y responderles. Toda mi vida es suya y todo mi tiempo, por tanto, debe estar consagrado a ustedes.

Les agradezco, mis queridos Hijos, las oraciones que dirigen por mí al Dios de misericordia. Por mi parte, no les olvido; recemos todos juntos para que lleguemos a ser verdaderos religiosos de María.

1313. Burdeos, 17 de agosto de 1844
Al P. Caillet, Burdeos

En esta carta, el P. Chaminade expone al P. Caillet su punto de vista, iluminado por la fe, sobre la crisis que está atravesando la Compañía de María. Es conmovedor el recuerdo de la Revolución e impresionante la viva devoción a la Virgen María que trasluce.

[308] J. SIMLER, *Guillermo-José Chaminade, II*. Madrid, SPM, 2006, p. 363.

Nuestro Señor Jesucristo volvió a tomar en su mano, hace ya más de cuatro años, la criba para seleccionar el buen grano de los miembros de la Compañía de María entre los cuales se encontraban muchos sentimientos imperfectos, y que alteraban los de la santidad del estado que habían abrazado. Es lo que hizo, de otra forma, al comienzo de esta Revolución[309] y es lo que usted me hizo notar en sentido contrario y de ahí las salidas de la Compañía de los Auguste, Collineau, Lalanne y otros[310].

Me hago viejo, mi querido hijo, y siento que pronto iré a dar cuenta a Nuestro Señor Jesucristo de las misiones que se ha dignado darme a lo largo de mi vida, tanto antes de la primera Revolución como después. He pasado por grandes pruebas: la mayor no fue la del 93, en la que [*un solo paso*][311] me separaba del cadalso, el espesor de una tabla: las pruebas de 1844 son mucho mayores. ¡Dios sea bendito! ¡Que María sea glorificada!: [*¡Júzgame digno de alabarte, Virgen sagrada!*][312].

Si el Señor ha tomado su criba para la Compañía de María no ha sido más que en sus planes de predilección por la Compañía de María. Él la ha querido: no puede haber ya duda sobre la voluntad de Dios a favor de su existencia; pero quiere una Compañía completamente pura, completamente santa, completamente desprendida de las ideas y sentimientos que tienen a la humanidad demasiado corrompida por el pecado Él quiere poder decir, salvando las distancias, lo que ha dicho a la Santísima Virgen: [*Eres toda hermosa, toda hermosa, amiga mía*][313]. Y de ahí, la criba en la mano; de ahí, las sacudidas que la agitan; de ahí, las contradicciones que parecen retrasarla en su caminar; de ahí, divisiones entre los Jefes principales y el Fundador; de ahí, quizá, en el futuro, persecuciones contra los Generales y la Administración general; finalmente, es necesario que el oráculo que Jesús ha pronunciado se cumpla, tanto respecto a la Iglesia en general como, en particular, respecto a esta pequeña porción de la Iglesia que se llama Compañía de María: [*Yo he venido a este mundo para un juicio: para dar la vista a los ciegos y para privar de ella a los que creen ver* (Jn 9,39)][314].

1317. Burdeos, 3 de septiembre de 1844
Al P. Meyer, Ebersmunster

El 30 de agosto de 1844, el P. Caillet anuncia un Capítulo general inmediato. El P. Chaminade, movido siempre por sentimientos de fe y amor, se confía con el P. León Meyer, el hombre en el que deposita toda su confianza. ¿Qué será de la Compañía de María?

Vuelvo unos momentos, mi querido hijo, a su última carta del pasado 23 de agosto.

Se habrá podido dar cuenta, por la lectura de las comunicaciones que le envié después de recibirla, de la penosa situación de la Compañía de María; no añado, sin embargo,

---

[309] Después de 1830.

[310] J. B. Collineau y Augusto Perrière eran dos asistentes del P. Chaminade. Dejaron la Compañía en 1833. Lalanne la dejó solo temporalmente.

[311] *Uno tantum gradu ego morsque dividimur* (1 Sam 20,3). Toda la frase es una alusión evidente al conocido episodio del período de la Revolución, cuando el P. Chaminade, perseguido por los revolucionarios hasta la tienda de un tonelero, fue salvado de la guillotina por el ancho de la tabla de una cuba debajo del cual se había escondido.

[312] *Dignare me laudare te, Virgo sacrata!*¡

[313] *Tota pulchra es, tota pulchra es, amica mea.*

[314] *Ego in hoc judicium veni in mundum ut qui non vident videant, et qui vident caeci fiant.*

funesta a penosa; confío en que Jesucristo, quizá por la intercesión de su augusta Madre, no habrá tomado la criba en la mano más que para purificar a la Compañía…

Tiene que haber verdadera unión entre todos los sacerdotes de la Compañía en miras y sentimientos. Tenga cuidado en esto, mi querido hijo: no hablo aquí de miras y sentimientos puramente humanos sino de miras y sentimientos sobrenaturales, de miras y sentimientos de fe cristiana que son el espíritu de nuestras Constituciones que tanto ha apreciado el Papa.

Solo deseo el amor de mis hijos para que respondan al tierno amor que tengo por ellos en el orden de la salvación en su regeneración espiritual. Si no los he engendrado propiamente, Dios se ha servido de mí como su padre nutricio. Querido hijo mío, tenga su mente y su corazón siempre elevados hacia Jesús y María y sabrá hablar a sus cohermanos; enseguida estarán ustedes íntimamente unidos para el mismo fin. No me atrevo a permitirme pensar que pudiera producirse el escándalo de algún disidente: en ese caso inesperado avíseme enseguida…

1324. Burdeos, hacia mediados de septiembre de 1844
Al P. Meyer, Ebersmunster

En esta carta confidencial, el P. Chaminade habla de su segunda renuncia y de su intención de elegir a sus sucesores. Parece que todo se desarrolla con gran tranquilidad. Sin embargo, se oyen voces de que el P. Caillet tiene la intención de convocar motu proprio *un Capítulo general.*

He recibido, mi querido hijo, su última carta que me ha agradado mucho. El asunto de Baviera[315] me consuela, y sin embargo me dejaría algunos presentimientos negativos.

Cuando le digo que he recibido con agrado su carta no es porque usted me dice que seré reelegido; sino por el buen espíritu que creo que reina en lo que consideramos el Norte de Francia.

Yo he presentado real y sinceramente la dimisión de mi Generalato según el orden prescrito por las Constituciones para escogerme hombres según el corazón de Dios y dirigirlos hasta mi muerte, para cumplir sus adorables deseos respecto a la Compañía de María. Estoy más cerca de la tumba desde hace cerca de cuatro años; además, algunos podrían creer en Burdeos que tanto retraso en el nombramiento de un sustituto venía en parte, si no totalmente, de mí: lo cual es completamente falso.

Lo especialmente importante es la elección de los tres Jefes generales y sobre todo el de trabajo, en la situación en que está la Compañía: su situación a este respecto es un poco crítica. Si fuese demasiado difícil encontrarlo, uno de los otros dos Asistentes podría quizá ser nombrado con la autorización para hacerse reemplazar cuando lo juzgue conveniente.

La última vez que le escribí, iba a hacer una pequeña Memoria para nuestros señores arzobispos y obispos; no estaba acabada cuando al P. Caillet se le ocurrió ir él solo a pedir al señor arzobispo de Burdeos permiso para seguir adelante y convocar un Capítulo general…: yo me he visto obligado a escribir la carta de la que le envío copia para informar a quien sea necesario. Tenga cuidado de hacerla copiar de nuevo suprimiendo enteramen-

[315] Era el proyecto, un poco confuso, de extender la Compañía de María en Baviera. Ese proyecto se llevará a cabo en 1851 por el sr. J. Enderlin, siguiendo la invitación de mons. Ketteler, el gran obispo de Maguncia.

te la parte indicada, que no debe ser presentada más que a los prelados: suprima también la posdata.

Voy a escribir al P. Fontaine que dé el retiro en St. Remy y se venga a Burdeos a darlo en Santa Ana; y al P. Perrodin que hable con usted para darlo en Courtefontaine y en Ebersmunster.

Continuaré esta carta en el primer momento libre que tenga; siga informándome de todo.

¡Que el nombre de Jesús y de María sea bendito por siempre!

1433. Burdeos, 13 de enero de 1846
A Mons. Donnet, Arzobispo de Burdeos

El 13 de enero, el arzobispo de Burdeos notifica al Fundador la declaración del cardenal prefecto de la Sagrada Congregación que aprueba el Capítulo general. En ese mismo día, el P. Chaminade le responde con la siguiente carta, llena de humildad y docilidad.

Monseñor,

Acabo de recibir los documentos que me ha hecho el honor de enviar y que contienen: 1º una carta de Su Grandeza; 2º una carta del sr. arzobispo de Nicea, Nuncio apostólico en París, París 10 de enero de 1846; 3º una carta de S. E. mons. cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de obispos y regulares, dirigida al sr. Nuncio apostólico, Roma 23 de diciembre de 1845.

Acepto la nueva decisión de la Sagrada Congregación como proveniente de Jesucristo mismo; me someto a ella pura y simplemente, y me someto con alegría.

Como consecuencia de la determinación de la autoridad suprema de la Santa Sede, reconozco que, por la decisión de la Sagrada Congregación tomada el 18 de julio de 1845, mi cargo de Superior general de la Compañía de María ha sido declarado vacante, sin ninguna condición, teniendo en cuenta mi dimisión; me adhiero enteramente a la aprobación que la Santa Sede acaba de hacer del Capítulo general celebrado en Saint-Remy y de la elección que ha sido realizada del P. Caillet para que sea mi sucesor como Superior general de la Compañía de María.

La decisión de la Santa Sede me tranquiliza de los desagradables líos que ha ocasionado mi dimisión.

Renuevo a los pies de Su Santidad todas mis anteriores manifestaciones de humilde sumisión y de completa obediencia a sus órdenes, motivadas o no.

Le ruego, Monseñor, que transmita a Su Santidad esta nueva declaración y me crea, con el más profundo respeto, el más humilde y obediente servidor de Su Grandeza.

1435. Burdeos, 14 de enero de 1846
A mons. de Chamon, obispo de Saint-Claude

Esta carta revela el ánimo del Fundador en este momento crucial. De hecho, lo que quiere básicamente es lo siguiente: obedecer las directrices del Papa y seguir cumpliendo con su misión de Fundador, colaborando con el nuevo Superior general para erradicar los «abusos» que se habían infiltrado en el tejido de la Compañía de María.

Ayer a mediodía recibí unas comunicaciones del arzobispado que contenían, en el envío que me hacía el sr. arzobispo, la preciosa respuesta de Roma y la carta de envío de ella que escribe el sr. Nuncio apostólico al sr. arzobispo de Burdeos. Su Grandeza de Burdeos parece, por su carta, algo disgustado con la respuesta de Roma. Respondí enseguida al sr. arzobispo; escribí al mismo tiempo al P. Caillet: adjunto aquí copias de ambas cartas. Esta nueva declaración pontificia es admirable; más aún, emana de la sabiduría divina. No diré más por el momento a Su Grandeza: me parece conveniente esperar unos días para ver si el P. Caillet se atiene a ella, para ver también si el sr. arzobispo quiere seguir inmiscuyéndose en los asuntos de la Compañía de María. Tendré el honor de escribirle a usted de nuevo para poner, puesto que lo podemos, a la Compañía y al Instituto de Hijas de María en tal situación que me permita morir en paz. He dicho esta mañana la misa en acción de gracias. Con mi más profundo respeto, Mons., el muy humilde y obediente servidor de Su Grandeza.

1480 quater. Burdeos, 12 de julio de 1847
A mons. Donnet, arzobispo de Burdeos

La carta, cuyo original se encuentra en los Archivos vaticanos, destaca el nudo de la cuestión: el comportamiento del P. Chaminade está dictado solo por las exigencias de su conciencia. Salvada la conciencia, él está dispuesto a aceptar cualquier acuerdo.

Monseñor,

En medio de las discusiones con el P. Caillet… me vi agradablemente sorprendido de recibir oficialmente un proyecto de acuerdo. Por mucho sacrificio que me fuese a costar, excepto el de los puros deberes de mi conciencia, siempre estuve dispuesto a hacerlo y he dado prueba de ello en el asunto tan prolongado que se ha querido llamar mi segunda dimisión, confirmando la primera (el escrito de dimisión del 8 de enero de 1841). El P. Bouet[316] me pedía, desde hacía tres días, que cediese en todo. Cedí después en todo, tanto al P. Bouet como al P. Caillet, excepto en el poder explicar cuáles eran los deberes de mi conciencia. El P. Bouet quería que cediese incluso los deberes de mi conciencia. He dicho a menudo, y muy a menudo, que se podría conseguir llevarme al cadalso, pero que moriría antes que ir contra mi conciencia. Considero mi conciencia como el medio por el cual Dios se digna prescribirme su voluntad. En los primeros tiempos, el P. Caillet se contentaba con mofarse de mí, como si yo quisiera actuar como confesor de la fe; después me excusaba, porque yo había caído en la infancia, a causa de la edad; pronto ha venido una conciencia falsa, después una conciencia criminal, después, etc.

No creo de ninguna manera que mi conciencia esté falseada en esta materia; y si lo está, me atrevo a decirle, Monseñor, que usted tiene la obligación, así como todos sus colegas del episcopado, de esclarecerla…

Perdón, Monseñor, y mil veces perdón; pero por la adhesión inquebrantable que tengo a su augusta persona y a la Religión católica, permita admitir el proyecto de acuerdo que presenté al P. Caillet…

[316] El P. Bouet era el confesor del P. Chaminade. Compañero de exilio en Zaragoza, fue monje en la trapa española de Santa Susana. Cuando se cerró esta, regresó a Burdeos, donde trabajó como sacerdote diocesano. Fue un hombre de gran virtud pero de poco equilibrio, con períodos alternos de euforia y de depresión. En los últimos años de la vida del P. Chaminade se mostró muy poco prudente en sus juicios. Al pobre anciano no sabía más que decirle que si persistía en su actitud «iría derecho al infierno».

1482. Burdeos, 14 de septiembre de 1847
Al P. Caillet, Burdeos

En septiembre, los hermanos de las comunidades del Sur se reunían en Santa Ana para unas breves vacaciones. El P. Chaminade quería aprovechar la oportunidad para cerrar la desagradable disputa con el P. Caillet, hablando a todos los religiosos allí reunidos y explicarse públicamente. Nada más recibir la carta en la que el Fundador le manifestaba su intención, el P. Caillet fue inmediatamente a su habitación para decirle que de ninguna manera aprobaba el proyecto. La carta que mostramos aquí testimonia de todas maneras la profunda convicción que el P. Chaminade tenía sobre la bondad de su causa así como de sus intenciones, siempre correctas.

Deseo, mi querido hijo, aprovechar la ocasión que me ofrece la llegada a Santa Ana de una parte de la Compañía, para darle a conocer su verdadera situación. Se trata para ella de su pérdida o de su conservación: usted no me puede prohibir comunicaciones de tan gran interés. Usted podrá asistir a ellas, usted y los que usted quiera, incluso los srs. Faye[317], sus abogados defensores reconocidos por el sr. arzobispo. Yo estaré solo con un lector. Los jóvenes de la Compañía serán verdaderamente libres: pero usted podrá ayudarles o hacer que les ayuden a explicarse bien, si no saben expresar bien lo que querrían decir, según las informaciones que han recibido de usted. Lo mismo sería si algunos no comprendiesen bien los escritos que haré leer: yo les ayudaría, en conciencia, con honor y también con justicia, no pudiendo captarlos de manera que no sepan lo que hacen tomando un partido u otro. Si llegamos a entendernos, enviaremos enseguida el acta al norte. Tenemos todos los elementos para una reunión completa y perfecta: yo llevaré los documentos acreditativos. La reunión podría hacerse mañana a las tres de la tarde, si no hay un obstáculo insalvable. Tenga la bondad de avisarme hasta mañana por la mañana, y lo antes posible, si puede celebrarse. Sé que manda hacer una novena a Nuestra Sra. de Talence: me agrada mucho; tengo una gran confianza en que María no abandonará a una Compañía que se gloría de llevar su nombre. Reciba, mi querido hijo, mi saludo paternal y pacífico.

P.D. Comprendo que usted debe presidir la asamblea, como es usted quien la convoca.

1488. Burdeos, 25 de septiembre de 1847
Circular a los srs. arzobispos y obispos

En una larga exposición a los arzobispos y obispos de las diócesis en las cuales trabajaban los religiosos de la Compañía de María, el P. Chaminade trazaba la historia del gran desacuerdo entre él y el P. Caillet. Aquí solo citamos un breve pasaje.

Reconozco al P. Caillet como Superior general. Reconozco también a sus tres Asistentes para ejercer las funciones generales que les son atribuidas. Tengo la intención real, y ellos tienen mi promesa escrita, de dejarles todo el resto de mis bienes. Todo está ahora dispuesto para que la iglesia y la casa central, con las otras casas que dependen de ella, no tengan ninguna clase de hipoteca; pero pido que el antiguo orden de cosas sea restablecido; que no pueda haber cisma; que no haya realmente dos Compañías, una legítima, la que está aprobada por la Santa Sede, y otra desnaturalizada y rechazada por la Santa Sede. ¿Qué gano yo en esto? Nada según la naturaleza sino grandes dificultades y grandes traba-

[317] Antonio Faye, congregante muy fervoroso, era el abogado que cuidaba las cuestiones administrativas de la Compañía de María.

jos a la edad de ochenta y siete años y medio. Ganaré mucho según Dios. No habré abandonado las instituciones que Dios me ha ordenado crear. Por su gracia he conseguido crearlas: y por su gracia, se comportarán según sus designios de misericordia.

Pero, se me dirá, ¿no es usted demasiado viejo para hacer algo todavía? – Monseñor, cuando estaba en pleno vigor de mi edad, yo no podía nada, no más que ahora: tenía necesidad de la gracia divina. La gracia ¿habría perdido hoy su fuerza? [*Dios ha elegido lo débil del mundo para confundir a los fuertes*][318]. Pero yo necesitaría, Monseñor, de su ayuda y de su protección, al menos en su diócesis.

1524. Burdeos, 29 de noviembre de 1849
Al P. Caillet, Burdeos

En los últimos meses de vida, el P. Chaminade escribió al P. Caillet esta carta, que provoca al mismo tiempo respeto y sorpresa. Fue la gota que colmó el vaso. El Consejo de la Administración general, presidido por el P. Caillet, decidió que había llegado el momento de cortar toda relación, ya inútil, con el anciano Fundador. El P. Chaminade debía considerarse excluido de la Compañía.

… Crea en mis buenas disposiciones, como yo creo en las buenas intenciones con las que me ha escrito la carta a la que respondo, y, como ya le he dicho antes, concédame *confianza por confianza.* ¿Es pedirle demasiado?

En cuanto a lo que me objeta de la conducta de todos los Fundadores de Órdenes religiosas, le responderé que no me creo con el derecho de tener menos humildad, abnegación y obediencia que ellos; pero creo que el Espíritu Santo, y la Iglesia que él anima, tienen el derecho de exigir que yo conserve más responsabilidad moral en mi mismo estado de dimisión completa. Si usted tuviese, en la Compañía de María, bajo su obediencia, al respetable autor de sus días, ¿creería que, porque usted fuese su superior, él no tendría el derecho, para desempeñar su responsabilidad de padre, a ordenarle que fuese fiel a todo lo que él supiese que era para usted un deber? ¿No seguiría usted a este respecto el ejemplo que Nuestro Señor le ha dado en la tierra y le da todavía en el cielo? Le citaré todavía el ejemplo de la conducta de san Bernardo para con el Soberano Pontífice, que había sido uno de sus hijos. En cuanto a mí, mi querido hijo, no soy solamente el Padre espiritual de usted, sino también el de todos los miembros de la Compañía; soy incluso el Padre de la autoridad de usted y de las Constituciones, aun cuando sea dependiente de ambos, porque usted las tiene de Dios por medio de mí, como usted tiene del Creador la vida del cuerpo por medio de los respetables autores de sus días. El Señor, mi querido hijo, ha querido de tal modo que todos los depositarios de una autoridad cualquiera permaneciesen, en su misma elevación, sometidos a sus padres temporales y espirituales, que ha dado él mismo ejemplo de esta obediencia, obedeciendo a María y José, y respetando incluso la autoridad de los sacerdotes de la antigua ley, desde su Circuncisión hasta su Pasión inclusive. Una de las debilidades muy comunes de nuestros días es la tendencia de los hombres a no deber nada a sus inferiores: se quiere que el inferior no sea más que inferior y que el Superior no sea más que Superior respecto a sus inferiores. A usted, mi querido hijo, le bastará percibir este escollo para evitarlo, como parecía dispuesto cuando me escribía hace mucho tiempo que, incluso después de mi dimisión, la Compañía debería dejarse guiar por mis consejos.

[318] *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

CONCLUSIÓN

Es razonable pensar que con esta publicación la bibliografía ascética sobre la dirección espiritual se haya enriquecido con un nuevo título, cuyas características son la inmediatez y la espontaneidad típicas de una colección de cartas. Nuestra selección ha tenido en cuenta 236 cartas, completamente o en extracto. De ellas algunas serían dignas sin duda de ocupar un lugar de honor en una antología de espiritualidad. Lo que es sorprendente, leyéndolas, es la plenitud que el P. Chaminade ha sabido dar al largo recorrido de su vida. Es una vida extraordinaria[319], en la que los valores fundamentales del Evangelio han sido muy bien asumidos en la búsqueda, en el riesgo y en algunas realizaciones singulares. Los elementos más actuales de esta correspondencia son fácilmente detectables y pueden ser condensados, en pocas palabras, en los siguientes puntos.

Su voluminosa correspondencia documenta cómo el P. Chaminade se preocupaba por dar una formación profunda a los que se confiaban a su discernimiento y acompañamiento espiritual. El centro vital de su enseñanza es el misterio de Dios, contemplado amorosamente con la fe del corazón y puesto en práctica con asiduidad en la doble dimensión del ser y del actuar. El rasgo que mejor caracteriza su visión espiritual, en la dirección de la Venerable Teresa de Lamourous, es la insistencia sobre la ofrenda del corazón, como esposa de Cristo y en calidad de víctima, para la conversión de Francia. Con la Beata Adela insiste, en cambio, con tonos apasionados, en la idea esponsal unida a la de la consagración a María. Con los religiosos y las religiosas, sus consejos se refieren a diversos aspectos: desde el espíritu de oración a esa gimnasia del espíritu que es el ejercicio de las virtudes de preparación. El P. Chaminade tuvo mucho que ver también con almas que han llegado al umbral de la vida mística, subyugadas por la extraordinaria presencia del misterio de Dios. A ellas les dio consejos adecuados para descubrir esas profundidades internas que satisfacen las más altas aspiraciones.

Dirigiéndose a menudo a las comunidades en su conjunto, trató de poner las bases fundamentales para una auténtica vida religiosa comunitaria. Una comunidad tradicional, construida sobre estructuras uniformes, se consigue agrupando personas que se comprometen a observar un

[319] El primer escrito sobre el P. Chaminade es J. B. LALANNE, *Reseña histórica sobre la Compañía de María de la Congregación de Burdeos* (https://marianistas.org/portada/biblioteca-digital-marianista/). Otro homenaje a su memoria lo constituyen una serie de artículos escritos en 1873 por el P. J. REBSOMEN para el *Monat-Rasen* de Insbruck. En cuanto a las biografías, las mejores siguen siendo las primeras: J. SIMLER, *Guillermo José Chaminade* (I-II). Madrid, SPM, 2005-2006; H. ROUSSEAU, *Guillaume Joseph Chaminade.* París, Perrin, 1913. Tiene también valor otros trabajos: [L. COUSIN], *Un insigne apôtre de Marie. Guillaume Joseph Chaminade par un religieux marianiste.* Librerie Bloud, 1927; L. GADIOU, *La Societé de Marie.* París, Letouzey, 1930; G. GOYAU, *Guillaume Joseph Chaminade.* Nivelles, 1928; M. DARBON, *Guillaume Joseph Chaminade*. París, Spes, 1946. Interesante por su especial planteamiento es el estudio del jesuita P. BROUTIN, «La modernité di G. Joseph Chaminade», en *Nouvelle revue théologique* (abril, 1938). Entre las biografías breves se pueden recordar: la versión italiana del volumen de L. COUSIN (SEI, 1930, que contiene una vivaz presentación de mons. Salotti); G. BARRA, *Prete nella tormenta*. Turín, Borla, 1956 (presenta sumariamente los acontecimientos del P. Chaminade en una forma literaria discutible, con algunos capítulos novelados con mal gusto); R. CAMILLLERI, *Un prete tra due revoluzioni.* Piemme, 1933 (destacable desde el punto de vista histórico pero pobre en espiritualidad); V. GIZARD, *Petite vie de Guillaume Joseph Chaminade.* París, Descléé de Brouwer, 1995. Para un estudio más profundo es necesario utilizar el voluminoso trabajo de V. VASEY, *Un autre protrait*.

reglamento común. Una comunidad de corazones, en cambio, se construye día a día en torno a la Palabra de Dios y mediante un diálogo fraterno que lleva al discernimiento y la consolidación de un proyecto común. Personas de fe, que viven en una dinámica comunitaria, deben ser profundamente evangélicas con el testimonio de sus vidas. Por eso el P. Chaminade no se cansaba de repetir: «Todos sois misioneros». La convicción del valor evangelizador del testimonio tiene como consecuencia que la comunidad sea transparente ante el mundo y esté dispuesta a encontrarse con él. La renovación religiosa deseada por el P. Chaminade implica un doble movimiento muy intenso: por un lado, el fortalecimiento de la cohesión interna de la comunidad mediante la superación del egoísmo, del relativismo dominante y de la indiferencia religiosa que niega la primacía de la verdad y pone todo en el mismo nivel; por otro, hacerse comunitariamente presentes entre los hombres en contacto con sus aspiraciones, sus dolores y sus esperanzas. Se trata en definitiva de alternar la escucha contemplativa de María con el servicio fraterno de Marta en una comunidad de corazones. El manantial y el culmen de la vida comunitaria es la oración: rezar juntos ayuda a tomar conciencia de ser parte viva de la Iglesia y partícipes de su misma misión.

El P. Chaminade recorrió un currículo formativo único en algunos centros de cultura como Burdeos y el colegio sulpiciano Laon de París. Tuvo como maestro al protomártir de Burdeos, el P. Juan Simón Langoiran. Hay buenos motivos para creer que en París pasó algún tiempo bajo la dirección del beato Pedro Nicolás Psalmou, futuro mártir de la Revolución. Tuvo amigos santos, como el venerable Bienvenido Noailles. Fue un director espiritual experto y lo demostró formando personalidades excepcionales, reconocidas oficialmente por su santidad. Incluso el P. Deshaye, superior general de los montfortianos y fundador de los Hermanos de san Gabriel, en un momento de incertidumbre, recurrió a sus luminosos consejos[320].

En aquel infausto 1792 que precedía al Terror, mientras muchos de sus amigos sacerdotes se exiliaban, el P. Chaminade decidió permanecer en la brecha. Desde entonces empezó a pensar que era necesario dar mayor confianza a los laicos, despertando y responsabilizando su conciencia eclesial en vista de su compromiso activo por una sociedad más evangélica. Sobre la política no se hizo nunca demasiadas ilusiones. Por otra parte, los principios democráticos tan alardeados al comienzo de la Revolución acabaron por favorecer la llegada del «hombre fuerte». El proceso revolucionario, de hecho, no fue más que una sucesión de golpes de estado. Sin embargo, para el P. Chaminade, tan ajeno a las pasiones partidistas, los acontecimientos políticos fueron determinantes en relación a sus decisiones apostólicas y su ritmo de trabajo, como puede verse, de hecho, en su correspondencia.

Las cartas son también un testimonio de cómo procedía por etapas progresivas en la búsqueda continua de los planes de Dios en relación a su actividad apostólica. Basta pensar en la Compañía de María. Los primeros compromisos apostólicos fueron, por así decirlo, de rodaje. El grupo de fundadores no tenía un programa bien definido. Inicialmente debía simplemente constituir «el hombre que no muera», para garantizar la continuidad de la obra de la Congregación mariana. Solo con el tiempo, debido a una serie de circunstancias providenciales, fueron llevados a dar prioridad a la enseñanza. Aceptando la oferta de una escuela secundaria y luego de una escue-

[320] CHAMINADE, *Cartas III, o. c.*, n. 625, 21 de mayo de 1832, p. 169. El P. Chaminade tuvo en sus familiares ejemplos válidos de vida cristiana. Su hermano Juan Bautista murió con fama de santidad en enero de 1790, mientras celebraba la eucaristía en la capilla del seminario de Mussidan. Su hermano Luis, después de la Revolución, fue director del seminario mayor de Burdeos. Murió en 1808 en una reunión de la Congregación. David Monier leyó el elogio fúnebre. Su hermano Blas, franciscano recoleto, vuelto de Italia después de la Revolución, vivió en una parroquia, entre oraciones prolongadas y penitencias extraordinarias. Murió en 1822 rodeado de la veneración de los fieles. Su sobrino Julio fue marianista, pero dejó la Compañía en 1830. Su sobrino Víctor fue postulante y asistió a su tío durante sus últimos meses de vida (Cf. AGMAR, *Répertoire analytique des Boites* II-12).

la primaria gratuita, y observando los éxitos que obtenían en esta actividad, los primeros marianistas descubrieron su vocación de educadores en la fe a través de la educación escolar. Durante algunos años, el P. Chaminade acarició el sueño grandioso de recristianizar Francia, partiendo de la formación de los maestros a través de la creación de escuelas de magisterio, que no existían entonces. En aquel tiempo se consideraba la escuela como el instrumento primero y fundamental para la evangelización. En 1832, por ejemplo, el párroco de Clairac, un pueblo de 5.000 habitantes, pedía una escuela de los «Hermanos de María», para evitar que el cristianismo desapareciese, ya que la Iglesia había sido abandonada durante toda una generación[321]. Aquellos maestros religiosos estaban, sin duda, muy capacitados: ¡uno solo de ellos era capaz de tener una gran clase de 150 alumnos desde los 5 hasta los 14 años! Sobre la escuela, el P. Chaminade tenía las ideas muy claras. Sabía que por sus valores educativos y pedagógicos habría podido llegar a ser atractiva para la gente de mentalidad laica o no religiosa, pero eso conllevaba el riesgo de una grave ambigüedad y habría podido hacerle perder su orientación específica y, por lo tanto, su propia razón de ser.

El P. Chaminade será recordado por la importancia que supo dar de nuevo al religioso laico en el apostolado, al lado del sacerdote, formando un equipo de un solo cuerpo social. Durante varias décadas, los marianistas fueron llamados por todos sencillamente «Hermanos de María»[322]. En la historia de la vida religiosa, la vocación siempre ha sido entendida como una llamada a seguir al Señor con una fidelidad radical al Evangelio, releído a la luz de una inspiración especial del Espíritu Santo (el carisma del Fundador). Como tal, precede a cualquier división en categorías, como las del sacerdote y del laico, del corista y del hermano lego. Originalmente, de hecho, en las comunidades monásticas prevalecía la componente laica. Solo en el siglo XIII se introduce una rigurosa distinción por categorías. El P. Chaminade pensó en volver a lo anterior. Sin devaluar el sacerdocio ministerial, lo despojó de esa reserva clerical que condiciona psicológicamente y relega a un estado de inferioridad al religioso. Quería que el servicio de la autoridad no dependiese del criterio clerical: en la Compañía de María, el servicio de la autoridad no tenía que ser una prerrogativa exclusiva de los clérigos. Por lo tanto, el religioso marianista se identifica como religioso completo, tanto dentro de su propio Instituto como en la Iglesia. Su misión específica es la de ser religioso por vocación personal y carismática.

No se piense que el P. Chaminade fuese el cura clásico que se dedica exclusivamente a la juventud. Según los archivos de la ciudad de Burdeos parece haber sido el promotor de todas las iniciativas pastorales y sociales locales, incluidas las más valientes y provocadoras. A él se deben actividades especialmente innovadoras para su época y que todavía hoy siguen siendo de gran actualidad: la atención a la prensa, la difusión de los libros, el cuidado especial de las prisiones, la atención a los últimos y los marginados, el interés activo por los trabajadores, especialmente por los dedicados a los trabajos más humildes. Con la ayuda de María –esa era su táctica- aceptó la invitación a la mayor disponibilidad evangélica. Muchos han escrito que se anticipó a la Acción católica, es decir a la idea del apostolado de los laicos en el contexto de la organización de la Iglesia. También se ha dicho, y con razón, que anticipó la aparición de los institutos seculares. Las iniciativas que más se admiran son las de su edad madura, pero también en la vejez el P. Chaminade tuvo intuiciones de gran valor (basta pensar en la Tercera Orden de las Hijas de María). Lo que más sorprende de él es la certeza de estar inspirado sobrenaturalmente en sus elecciones así como la lucidez profética con la que veía a la sociedad de su tiempo. Tuvo que sufrir mucho: persecuciones,

[321] P. ZIANS / E. WELTZ, *Répertoire analytique de la correspondance adressée au Père Chaminade.* Roma, AGMAR, n. 16, p. 325.
[322] *Ibid.*, p. 346.

incomprensiones e incluso el abandono de sus hijos[323]. También él ha sufrió el destino de la semilla que debe morir bajo tierra para explotar en plenitud de vida y santidad[324]. Diversos períodos de su vida, de hecho, se cerraron con un «exilio», para abrirse inmediatamente después a una fase de nuevas experiencias e iniciativas audaces.

Sabemos que rechazó todo encargo en la curia para dedicarse por completo a una variada actividad misionera. La correspondencia sigue paso a paso esa actividad, que ha conocido tiempos de éxito y tiempos de prueba: el tono de las cartas se adapta, de hecho, a las circunstancias. Hay cartas llenas de entusiasmo, dictadas no por una euforia superficial y un optimismo a ultranza, sino fruto del espíritu, manifestación de coraje y de esperanza. En general, sus cartas son sobrias y tranquilas, marcadas por la serenidad y la objetividad. El P. Chaminade escribía como hablaba: con un discurso lento pero no carente de encanto. Un religioso le escribió: «Si se me permite formular un deseo, me gustaría estar cerca de usted para escuchar sus palabras, como las escuché felizmente durante su visita a nuestra comunidad: creo que esos días han sido de los más hermosos de mi vida»[325].

En 1818, pensó dotar a la iglesia de la Magdalena de un pequeño campanario. Por supuesto, las personas que vivían en las casas vecinas protestaron, pero él, aunque fuese un año más tarde, consiguió lo que se había propuesto. Después de un trabajo de restauración, sobre una de las campanas que había hecho fundir especialmente, apareció la siguiente inscripción: «Me llamo María Carlota. Sueno por María, Madre de Dios. El Padre G. J. Chaminade me ha bendecido en 1818». La expresión «sueno por María, Madre de Dios» es un claro testimonio de las motivaciones más profundas de toda su acción. De hecho, en su espiritualidad[326], el aspecto mariano constituye el núcleo central de su fisonomía religiosa: es la base de su experiencia apostólica y lo caracteriza entre tantos hombres de Dios. En la correspondencia encontramos casi todo el pensamiento mariano del P. Chaminade. Si quisiéramos reducir a unas pocas palabras su visión de María en la economía de la salvación, podríamos decir: María es el agente de la Encarnación y el modelo de respuesta personal que se debe a Dios. De aquí la insistencia en presentarla como la colaboradora de Dios en la realización de sus planes y como la madre de todos los cristianos: ella, la nueva Eva, es la verdadera madre de todos los vivientes, la mujer que genera a la vida verdadera abriendo a toda criatura humana el camino hacia Jesús. La devoción mariana del P. Chaminade es a la vez filial y apostólica, desde el momento que Cristo descendió en María para salvar a los hombres y confiarle a ella, como madre, la ayuda específica de la Iglesia. «Dejarse educar por María» es para el P. Chaminade un deber específico de los cristianos, «hacer alianza con ella» es el secreto que comunica a sus familias espirituales. Muy significativa es esta expresión suya: «El nuevo Adán nos ha generado en el corazón de la nueva Eva»[327]. Un religioso recuerda un gesto significativo que reali-

[323] La prohibición de las relaciones con la propia congregación es un hecho recurrente en muchos fundadores. El último caso es el de Palolina Visintainer, la religiosa trentina que fundó la primera Congregación brasileña (cf. *La Madre di Dio*, octubre 1991, p. 29).

[324] Esa es la opinión de Benedicto XIV (cf. Carta con motivo del centenario de la fundación de la Compañía de María).

[325] P. ZIANS / E. WELTZ, *o. c.*, p. 569.

[326] Sobre la espiritualidad chaminadiana existen algunos tratados sistemáticos: P.J. HOFFER, *La vida espiritual según los escritos del P. Chaminade*. Madrid, SM, 1970; J. A. ROMEO / I. ZABALA, *La espiritualidad marianista en la Iglesia de hoy.* Madrid, SM, 1989 (tratado en forma catequética); L. GADIOU / J. C. DELAS, *Marianistas en misión permanente*. Madrid, SM, 1974; PH. PIERREL, *Por los caminos de la misión*. Madrid, SPM, 1993.

[327] CHAMINADE, *Escritos marianos I*. Madrid, SM, 1968, p. 533. Sobre la doctrina mariana del P. Chaminade existe toda una biblioteca. Recordamos solamente los dos últimos tratados: J. B. ARMBRUSTER, *Conoscere, amare e servire Maria alla scuola del padre Chaminade*. Milán, Ed. Paoline, 1987; P. FERRERO, *L'Alleanza con*

zaba habitualmente en los últimos años: «En el noviciado de Santa Ana, después de la recitación del Oficio, aquel hombre venerable, de edad muy avanzada, antes de retirarse a su habitación, se hacía acompañar hasta la estatua de la Inmaculada, colocada en uno de los extremos de la propiedad, al final de una avenida de tilos. Una vez allí, después de haber rendido homenaje a la Virgen con una piedad impresionante, se acercaba al pedestal y, apretando con fuerza la mano sobre la cabeza de la serpiente, sobre la que María tenía su pie virginal, decía con ardor: Sí, ella te aplastó la cabeza y te la aplastará siempre»[328].

Sus cartas incluyen, por supuesto, elementos completamente superados, que revelan, por así decirlo, la pátina inconfundible del tiempo. Estos son, por ejemplo, las opiniones sobre el origen del estado religioso: para el P. Chaminade, es de institución divina, de acuerdo con una interpretación difundida del relato evangélico del joven rico[329]. La práctica de los consejos evangélicos es la perfección de la vida cristiana y el religioso es el modelo del cristiano integral[330], es el cristiano por excelencia. Hoy, en cambio, se afirma que la observancia de los consejos evangélicos (y no solo los tres clásicos que son objeto de los votos de religión) es necesaria para todos los que quieren llevar una vida cristiana perfecta. Se vuelve así a lo que afirmaba san Juan Crisóstomo: «Jesús no habla solo para los monjes». Sea cual sea el estado de vida que se abraza, Dios debe ser el valor supremo, el bien absoluto. La vida religiosa es una forma de responder a la propuesta evangélica de radicalidad por el Reino, que se organiza en un «estado» en el que esa radicalidad se convierte en la norma.

En la correspondencia del P. Chaminade también encontramos unos aspectos dramáticos sorprendentes: en algunas cartas, de hecho, uno tiene la impresión de advertir una concepción tétrica de la vida, un sentido pesimista y trágico de una extrema corrupción de la naturaleza humana marcada y continuamente amenazada por la desventura del pecado. ¿Un residuo de jansenismo? Tal vez. Hoy día, algunas de sus valoraciones sobre el mundo envuelto «por los gases nebulosos y venenosos» regurgitados por los poderes infernales[331] podrían hacernos sonreír. Pero no podemos olvidar los tiempos pasados. Una visión «seria» de la vida, que se trataba de expresar en términos tan fuertes, parecía entonces más creíble y más respetuosa de la «justicia de Dios» y de la libertad del hombre. Vendrán después los santos (como santa Teresita, por ejemplo) para inclinar la balanza hacia la misericordia de Dios, y la Iglesia los seguirá[332].

Maria nella sua missione apostolica secondo la dottrina del padre Chaminade. Artigiana San Giuseppe Lavoratore, 1997.

[328] El recuerdo es de C. J. Demangeon, entonces novicio y que llegará a ser Asistente general (cf. su breve biografía, Friburgo 1916, pp. 17-19). La interpretación mariana del *ipsa conteret caput tuum* comienza en el siglo VII y se difunde a través de los textos litúrgicos que usan la *Vulgata*; aparece después en las homilías de san Bernardo y se convierte en una tema de la predicación ordinaria. En el texto hebreo es la descendencia de la mujer la que aplastará la cabeza de la serpiente, mientras que en la versión de los Setenta la lucha se personaliza y será un descendiente de la mujer el que tendrá la misión de aplastar la cabeza de Satanás. Actualmente se interpreta, como es correcto, la victoria de la mujer, que se sigue identificando con María solo indirectamente, o sea a través del Hijo Jesús, el verdadero vencedor del demonio.

[329] Cf. *EdF I*, n. 36 (www.marianistas.org/portada/biblioteca digital marianista).

[330] Estas opiniones son afirmadas generalmente hasta el tiempo de la *Apostolicam actuositatem* (1965).

[331] CHAMINADE, *Cartas II, o. c*., n. 38, 5 de diciembre de 1825, pp. 184-190; *Ibid*., n. 506, 4 de marzo de 1830 («Vivimos en una generación corrompida casi totalmente»; ID., *Cartas I, o. c*., n. 117, 6 de febrero de 1819, p. 316 (habla del «mundo totalmente corrupto y pervertido»); ID., *Cartas IV, o.* c., n. 897, 9 de noviembre de 1836, p. 60 (alude a la «perversión de la naturaleza»). Este tema es ampliamente desarrollado en ID., *Cartas V, o. c*., n. 1163, 24 de agosto de 1839, pp. 84-94, a los predicadores de retiros.

[332] El ardiente secretario del P. Chaminade, Bonnefous, confesó inocentemente al P. Caillet que había manipulado a veces la correspondencia por «inexperiencia y por el ardor de su carácter» (*Positio super virtutibus, Summarium.* Roma, Tip. Guerri e Mirri, 1931, p. 1104).

El P. Chaminade combate, por ejemplo, fuertemente el «filosofismo», una mezcla de racionalismo, laicismo, indiferencia religiosa e irreligiosidad, incapacitándose para discernir con imparcialidad algunos elementos positivos del mismo, algunas ideas que eran el fruto de un auténtico progreso del espíritu humano. Era sin duda un hombre de Iglesia, pero en él la idea de la Iglesia era la que enseña la teología tridentina. Sin embargo, en las cartas encontramos una inspiración innovadora en las referencias frecuentes al Cuerpo místico, entonces teológicamente olvidado. También es clara la ausencia de una verdadera orientación litúrgica, a pesar de que son frecuentes las referencias al sacrificio de la misa y a la comunión eucarística. Será necesario esperar a don Guéranger y Solesmes para ver los primeros pasos titubeantes en el campo de la liturgia participada[333].

Una intuición de gran actualidad que emerge con fuerza en la correspondencia del P. Chaminade es la del valor de la persona humana por lo que tiene de más íntimo. «Lo esencial es lo interior», solía repetir incansablemente. Por vida interior entendía la profunda identidad de cada uno, que no debía confundirse, sin embargo, con lo «privado», ya que, si la fe tiene una irrenunciable dimensión íntima y personal, también tiene una irrenunciable dimensión social. Pero sabía que las condiciones ambientales pueden causar una distorsión íntima, una sensación de división interna: el hombre se distrae fácilmente de su yo profundo habitado por Dios, pero cuando eso sucede se encuentra privado del principio interior que crea unidad y armonía en su ser y actuar. Es indispensable, por lo tanto, cultivar el espíritu de fe o la «fe del corazón» como elemento unificador de la complejidad de la persona humana. La fe, y más precisamente la fe del corazón, permite al hombre conocerse a sí mismo y ver toda la realidad creatural que lo rodea con una luz diferente. La verdad de Dios no es, de hecho, una verdad científica: es una verdad que llama a vivir una relación y, por lo tanto, a dejarse involucrar. De ahí la insistencia en la unión indisoluble que debe existir entre las virtudes teologales de la fe y de la caridad. La caridad hace la fe viva, atractiva, apasionante, dinámica, y forma en el que cree unas convicciones imborrables.

Tal vez a algunos les parezca exagerada su enseñanza sobre la absoluta necesidad del silencio. Realmente él ha enseñado a aprender gradualmente y con sabiduría el difícil arte de «saber callar» para «poder descubrir». Es original el método elaborado por él sobre los cinco silencios[334], cuya práctica permite percibir la débil voz del Espíritu en lo más profundo de nuestro ser. Del silencio entendido de esa manera a la meditación o la oración, que el P. Chaminade identifica con la contemplación, la distancia es tan corta que llega a ser espontánea. De ahí su insistencia en presentar la meditación, siguiendo la estela de la literatura ascética patrística y medieval, como el objetivo y la cumbre de la vida del espíritu, o, en palabras de san Buenaventura, «del itinerario de la mente a Dios». Él presenta esa vida, animada por la meditación de los misterios de la fe y fundada sobre la base de una buena formación interior, no solo a los sacerdotes y religiosos, sino, con las oportunas adaptaciones y matices, a todos los cristianos, como quería san Francisco de Sales.

---

[333] Dom Guéranger tuvo el mérito inmenso de publicar, entre 1841 y 1865, los nueve primeros tomos de comentario del año litúrgico. Pero la obra quedó por mucho tiempo como un libro de lectura espiritual individual y la espiritualidad litúrgica no fue más allá de las islas privilegiadas de las abadías. Faltaban todavía las bases escriturísticas y teológicas para que pudiese nacer un movimiento pastoral dirigido a difundir la espiritualidad litúrgica en toda la Iglesia.

[334] La *Rivista di ascetica e mistica* de Florencia (en.-feb. 1962) publicó un amplio artículo sobre la doctrina del silencio enseñada por el P. Chaminade, cuyo autor es el profesor R. GUERINI (entonces profesor de letras en el colegio Santa María, de Roma). Buen conocedor de la espiritualidad, el autor encuentra original esta enseñanza en la historia de la ascesis. Conlleva el dominio de la lengua, de las pasiones interiores, de la inteligencia, de los movimientos del corazón y de la misma imaginación: «las cinco vocales del alfabeto que es necesario estudiar para aprender el verdadero lenguaje de la vida religiosa» (cf. *EdF II*, *o. c.*, n. 871; *Escritos de dirección I*. Madrid, SM, 1964, nn. 870-912).

La espiritualidad cristiana consiste esencialmente en «vivir de la fe», es decir en encarnar la fe en la vida diaria. Por lo tanto, se identifica con la experiencia cristiana vivida y desarrollada plenamente. Solo Dios conoce la experiencia cristiana de cada hombre. De hecho, sabemos que Dios tiene muchas maneras de establecer una relación personal con sus criaturas, lo que explica la gran diversidad de las espiritualidades humanas. En la historia del cristianismo las experiencias espirituales más típicas han sido las radicales (martirio y virginidad), las del monje y el religioso, las del devoto, las del contemplativo y las de los hombres dedicados a las obras de misericordia. El P. Chaminade enseña sobre todo una espiritualidad inserta en la tradición monástica. Por ello exige una ascesis (entrenamiento exterior de la virtud), que haga interiormente libres, el arrepentimiento como una actitud crítica hacia la propia obra, la vigilancia para reconocer los signos del Señor, y el discernimiento que necesita de la ayuda de un director espiritual. Señala el camino espiritual siguiendo algo la escuela renano-flamenca: Dios está presente en lo profundo del alma y solamente quien vive en silencio y lejos de las distracciones mundanas puede experimentarlo. Es también muy sensible a las enseñanzas de la Escuela francesa, que contempla las humillaciones del Verbo y predica el amor puro y desinteresado. Pero está influenciado sobre todo por la Escuela ignaciana de Lallemant, y por tanto enseña siempre a escuchar a Dios que habla con la voz del Espíritu: voz que exige una respuesta. Huye de la mística totalmente pasiva del quietismo y de hecho proclama fuertemente la necesidad de la ascesis del servicio y de la contemplación en la acción. No ignora a san Francisco de Sales, que propone a todos los cristianos una vida devota, en la que santificarse, sea cual sea su estado de vida. Acude también a los grandes predicadores franceses del siglo XVII y al *Hortus pastorum* de Jacques Marchant, un reformador del clero postridentino siguiendo el espíritu de san Carlos Borromeo.

La santidad no tiene un camino fácil y está marcado por varias etapas. Es fruto no solo de la acción conjunta de Dios y de la persona que la lleva a cabo, sino también del ambiente y de las personas con las que se relaciona. El P. Chaminade tuvo la gracia de vivir entre hombres santos que recorrían con él el mismo camino para llegar al Reino de Dios, imitándose mutuamente con valor hacia la cumbre de la perfección. Conoció muchos fundadores, con los que le gustaba discutir sobre la vida religiosa. De acuerdo con los cánones del Concilio lateranense IV, eligió como regla de referencia para la Compañía de María la de los benedictinos. Sin embargo, mostró simpatía por los trapenses y los carmelitas. Pero las exigencias de la vida apostólica lo acercaron más al clero regular, a los jesuitas y a los Hermanos de las escuelas cristianas. De todas maneras, se alejó de los clérigos regulares, no acogiendo su fin apostólico clerical y prefiriendo la acción comunitaria a la individual.

Visto a través de sus cartas, el P. Chaminade aparece como un hombre extraordinario. Sin embargo, es tan poco conocido que alguien podría decir que para muchas personas «no es más que un mero nombre y, a menudo, ni siquiera eso»[335]. Si está totalmente ausente de la historia de la Iglesia, no ocurre lo mismo en la historia de la espiritualidad. Baste pensar en la *Histoire spirituelle de France*[336] y en el documentado volumen de Tullio Goffi *Spiritualità dell'Ottocento* [337]. En la primera obra la correspondencia con Teresa de Lamourous es señalada como «una hermosa página de espiritualidad»; se afirma y se documenta a continuación que el P. Chaminade «es un eminente maestro de vida espiritual», cuyas características más destacadas son «el abandono, la abnegación, la infancia espiritual y el espíritu de entrega» vividos con María[338]. La segunda destaca su enseñanza sobre la maternidad espiritual de María, que es fuente del espíritu misionero y apos-

[335] FR. CARDINI, destacado historiador, en la presentación de CAMILLERI, *G. J. Chaminade,* p. 6.
[336] AA.VV., *Histoire spirituelle de France*. París, Beauchesne, 1964.
[337] T. GOFFI, *La spiritualità dell'Ottocento.* Bolonia, EDB, 1989.
[338] Cf. especialmente las páginas 292, 301 y 315.

tólico y estímulo a la imitación de Cristo[339]. Pero el P. Chaminade está especialmente presente en el aspecto mariano. Muchas páginas están dedicadas a él en la *Historia de la mariología* de Th. Koelher[340], así como en las enciclopedias marianas[341]. El mariólogo monfortiano Stefano de Fiores le recuerda a menudo y destaca su doctrina sobre la consagración a María entendida como una alianza[342]. Hoy día, la misión apostólica de María en la Iglesia ya no es una visión aislada: el jesuita Carlos Ignacio González dedica a ello un capítulo en su *Mariología* y desea, como quería el P. Chaminade, el inicio de una pastoral mariológica[343]. Por último, nos ha llegado una mariología popular muy reciente, *Una Madre para el hombre del tercer milenio*, que dedica una página al P. Chaminade, mencionando un texto muy significativo de él y resumiendo su pensamiento mariano que incluye la maternidad espiritual, la misión apostólica, la consagración, la educación por medio de María, el celo mariano y nuestros deberes hacia ella[344]. Incluso los pocos libros que tratan el aspecto místico de la presencia de María en las almas citan todos ampliamente al P. Chaminade[345].

La propiedad de San Lorenzo, que fue escenario de las obras del P. Chaminade, parcelada en 1859, fue atravesada por algunas calles públicas. Ironía del destino: cuando los religiosos fueron expulsados de Francia en 1903, el ayuntamiento de Burdeos decidió llamar a una de esas calles *rue des Cheminade* (*sic*). ¿Conocían esos señores al hombre que se había entregado tanto por la ciudad de Burdeos? ¿Por quién fueron aconsejados si su memoria se había perdido en el tiempo? Las respuestas pueden ser dos. Tal vez se conocía el origen catastral de aquellos terrenos. O tal vez la idea fue sugerida por algún peregrino desconocido, que se unía a la fila de personas a las que gustaba permanecer en oración delante de la tumba de «un hombre de Dios» en el cementerio de la Cartuja: recordaba su nombre, pero se equivocó en la ortografía. De hecho, en el cementerio de la Cartuja, se yergue imponente el mausoleo del P. Chaminade, siempre cubierto de flores colocadas por devotos anónimos. El monumento está coronado por una estatua de la Virgen, que levanta su mirada y sus brazos hacia el cielo, en un gesto de intercesión y de agradecimiento. Fue construido, como ya se ha mencionado, por el P. Étignard, antiguo discípulo del P. Chaminade, con la contribución activa del P. Lalanne, el hombre que mejor que ningún otro mantuvo viva la memoria del Fundador[346].

En el día de la inauguración de este monumento (14 de noviembre de 1871), el P. Lalanne conmemoró al personaje enterrado allí con palabras inspiradas:

> Testigo de sus actos y palabras, afirmamos aquí ante el cielo, que ha sido testigo de ello como nosotros, que nunca le hemos sorprendido gastando, no digo un día, sino una sola

[339] Cf. especialmente las páginas 54-55, 229 y 335.
[340] T. KOEHLER, *Storia della Mariologia*, vol. IV, pp. 135-143.
[341] AA. VV., *Nuovo dizionario di mariologia*. Milán, Edizione Paoline, 1985, pp. 344, 404 y 981, 1371, 1399, 1491; AA.VV. *Enciclopedia mariana*. Ed. Massimo, 1959, pp. 7, 514, 566, 567 y 787.
[342] S. DE FIORES, *Maria nella vita secondo lo Spirito.* Piemme, 1998, pp. 115, 122 y 123.
[343] C. I. GONZÁLEZ, *Mariologia*. Piemme, 1988, pp. 235-290.
[344] T. MUNARI, *Una Madre per l'uomo del terzo millennio.* Padua, Ed. Messaggero, 1997, pp. 35-36.
[345] A. PIZZARELLI, *La presenza di Maria*. Milán, Edizione Paoline, 1990; S. RAGAZZINI, *Maria nella via dell'anima*. Roma, Desclée, 1960; E. NEUBERT, *La vida de unión con María*. Madrid, SM, 1964. El amplio estudio de G. HIERZENBERGER / O. NEDOMANSKI, *Tutte le apparizioni della Madonna in 2000 anni di storia*. Piemme, 1996, p. 186, sitúa al P. Chaminade en la lista de los «videntes» del siglo XVIII.
[346] E. WELTZ, *o. c*., p. 55. En los cuadernos personales del sr. J. Menuey, Asistente general de la Compañía de María (1881-1937), se encuentra el siguiente apunte: «Fui solo a la tumba del P. Chaminade y he rezado un rosario. Durante este rezo más de 17 personas, de toda procedencia social, se han acercado, rezando con gran fervor. Me he quedado muy impresionado de este culto privado y espontáneo, se podría decir popular, hacia el P. Chaminade, "el santo de Burdeos", como se oye repetir a la gente».

> hora de su trabajo continuo, en algo que no se relacionase con Dios y con la guía de las almas por las vías de Dios[347].

El mismo Chaminade atestigua su «interés exclusivo por la religión»[348]. En particular, confesó «no vivir y no respirar más que para difundir el culto de María»[349]. Aunque en un tono negativo, la carta de un laicista afirmó lo mismo. Durante los Cien Días, el prefecto de Gironda escribió al Director general de Asuntos religiosos en los siguientes términos:

> El señor Chaminade es un apóstol del fanatismo que tiene un gran número de seguidores: es tanto más peligroso en cuanto que muestra una seriedad que infunde respeto y posee el don de la persuasión[350].

Escribirá más adelante el P. Lalanne:

> El P. Chaminade era como un arroyo que fluye vivaz y alegre, y que, cuando se encuentra con una piedra, no se agita para superarla por la derecha o a la izquierda sino que deja crecer su volumen de agua y luego pasa por encima[351].

Los últimos años de su vida no fueron un accidente, sino una confirmación de su excepcional personalidad. Un consultor de la Sagrada Congregación de ritos, que se ha ocupado directamente de su causa de beatificación, hizo esta declaración:

> El P. Chaminade era demasiado grande para ser entendido por hombres mediocres pero, después de un siglo, las miserables oposiciones de hombres que no estaban a su altura, no han hecho más que dar mayor realce a su grandeza moral y, por así decirlo, a su santidad[352].

Y por todas estas razones, un biógrafo suyo de Burdeos escribe:

> Para nosotros de Burdeos, el P. Chaminade es uno de nosotros, pero para todos los que creen en Cristo y en su Madre debería llegar a ser un hombre de todo el cristianismo[353].

---

[347] J. SIMLER, *o. c.,* t. II, p. 398.
[348] CHAMINADE, *Cartas I, o. c.*, n. 234, 23-25 de abril de 1823, pp. 589ss.
[349] ID., *Cartas II, o. c.*, n. 381, 5 de diciembre de 1825, pp. 184ss.
[350] En AGMAR, *Répertoire des boîtes* 11-12 (editado por A. Albano), pp. 206-207.
[351] J. B. Lalanne, «Sociéte de Marié», en *Dictionnaire des Ordres religieux*, t. IV. Migne, 1859, col. 744.
[352] Fr. CALLAEY, en *Inquisitio historica*, p. 474.
[353] M. DARBON, *o. c.*, p. 261.

ÍNDICE DE DESTINATARIOS

ARZOBISPOS Y OBISPOS: *25 de septiembre de 1847*

BARDENET, sacerdote, misionero: *4 de marzo de 1823*
BECANNE, sacerdote: *21 de abril de 1826*
BELLOC, señora: *febrero de 1816*
BERNHARD, sr. José: *21 de febrero de 1839*

CAILLET, P. Jorge: *16 de junio de 1824; 23 de junio de 1825; 19 de julio de 1825; 17 de agosto de 1844; 14 de septiembre de 1847; 24 de noviembre de 1849*
CARRAYLON LATOUR, señora: *julio de 1819*
CÉLESTINE, sr.: *11 de julio de 1820*
CHAMON, monseñor: *14 de enero de 1846*
CHANGEUR, negociante: *4 de agosto de 1818*
CHARRIER, sacerdote: *19 de noviembre de 1819; 1 de diciembre de 1819*
CHEVAUX, P. Juan: *14 de diciembre de 1832; 17 de junio de 1833; 7 de febrero de 1834; 11 de marzo de 1834; 6 de agosto de 1836; 2 de mayo de 1837; 3 de julio de 1837; 24 de julio de 1838; 24 de agosto de 1838; 27 de agosto de 1838; 17 de mayo de 1839; fin de enero de 1840; 28 de febrero de 1840; 9 de abril de 1840; 17 de octubre de 1840; 29 de diciembre de 1841*
CLOUZET, sr. Domingo: *10 de enero de 1827; 9 de abril de 1827; 3-5 de diciembre de 1831; 13 de marzo de 1833; 20 de noviembre de 1837; 12 de febrero de 1839*
COMUNIDAD de Courtefontaine: *23 de enero de 1838*
COMUNIDAD de Saint-Remy: *23 de enero de 1838*
CONGREGANTES del seminario de Auch: *5 de diciembre de 1825; fin de 1827; 12 de agosto de 1828*

D'AVIAU, monseñor: *24 de julio de 1819; 22 de octubre de 1821; 3 de junio de 1822*
DONNET, monseñor: *14 de agosto de 1838; 21 de diciembre de 1840; 13 de enero de 1846; 12 de julio de 1847*
DONZÉ, joven postulante: *31 de agosto de 1836*
DUMONTET, sr. Justino: *4 de marzo de 1834¸10 de junio de 1834; 18 de marzo de 1837; 8 de enero de 1838*

ENDERLIN, sr. Francisco-José: *diciembre 1839; 1 de febrero de 1840; 13 de mayo de 1840; 16 de junio de 1840; 17 de octubre de 1840; 21 de enero de 1841*
ÉTIGNARD, sr.: *7 de agosto de 1831*

FRIDBLATT, P. Andrés: *agosto 1839*

GENRE, sr. Honorato: *3 de enero de 1837*
GERBAUD, Hermano de las escuelas cristianas: *19 de diciembre de 1810*
GOBILLOT, sr. Pedro: *6 de agosto de 1829*
GREGORIO XVI, papa: *16 de septiembre de 1838*

JACOUPY, monseñor: *21 de septiembre de 1818*

LABORDÈRE, señora Laura: *Agosto 1820; Fin de 1820*
LACHAPELLE, señorita Carlota: *20 de enero de 1819; 15 de junio de 1820; 23 de marzo de 1821; 6 de julio de 1821; 18 de noviembre de 1821 (Madre de la Encarnación)*
LAFON, sr. Jacinto: *Año 1802 o 1803; Año 1808*
LALANNE, P. Juan-Bautista: *Julio de 1828; 15 de febrero de 1830; 22 de febrero de 1830; 4 de marzo de 1830; 29 de octubre de 1830; 22 de diciembre de 1830; 2 de marzo de 1831; 3 de junio de 1831; 5 y 7 de julio de 1831; 26 de octubre de1831: 10 de enero de 1832; 23 de enero de 1833; 19 de marzo de 1833; 17*

de mayo de 1833; 22 de septiembre de 1837; 21 de marzo de 1838; 25 de febrero de 1840
LAMOUROUS, Teresa de: *27 de mayo de 1796; 15 de septiembre de 1797; 23 de septiembre de 1797; 3 de junio de 1798; 8 de diciembre de 1798; 28 de diciembre de 1798; 15 de enero de 1799; 1 de febrero de 1799; 2 de marzo de 1799; 13 de abril de 1799; 27 de abril de 1799; 19 de julio de 1799; 23 de septiembre de 1799; 5 de julio de 1800; 26 de agosto de 1800; 6 de septiembre de 1800*
LARRIEU, sacerdote: *5 de diciembre de 1825*
LAURENT, canónigo: *5 de julio de 1830*

METZGER, padre maestro de novicios: *Septiembre de 1835; Invierno de 1835-1836 (10 cartas a un maestro de novicios)*
MEYER, P. León: *14 de enero de 1831; 26 de junio de 1832; 20 de enero de 1834; 4 de julio de 1834; 9 de febrero de 1835; 17 de febrero de 1835; 18 de julio de 1835; 10 de enero de 1836; 31 de agosto de 1836; 4 de noviembre de 1836; 17 de diciembre de 1836; 12 de febrero de 1839; 19 de marzo de 1839; 2 de noviembre de 1840; 13 de noviembre de 1843; 3 de septiembre de 1844; Mitad de septiembre de 1844*
MONEROC, delegado de educación: *29 de noviembre de 1837*
MONIER, sr. DAVID: *19 de agosto de 1806; 27 de octubre de 1821; 23-25 de abril de 1823; 18 de noviembre de 1823; 5 de marzo de 1839;*
MORLHON, monseñor de: *18 de mayo de 1824*
MOUCHET, sr. Claudio: *17 de julio de 1836; 6 de agosto de 1836; 9 de noviembre de 1836; 10 de diciembre de 1836; 15 de junio de 1837; 18 de septiembre de 1837; 3 de febrero de 1838; 31 de marzo de 1838; 31 de marzo de 1838; 20 de octubre de 1838; 17 de noviembre de 1838; 10 de marzo de 1839; 22 de mayo de 1839; 5 de mayo de 1840; 30 de junio de 1840*
MOULINIÉ,sr.: *16 de septiembre de 1830*

NOAILLES, Alexis de: *14 de mayo de 1830*
NOAILLES, P. Pedro Bienvenido: *15 de febrero de 1826*
NOVICIAS de las Hijas de María: *10 de enero de 1822*
NOVICIO: *1836 0 1837*
NOVICIOS de Saint-Remy: *29 de marzo de 1832*

O'LOMBEL, sr.: *22 de marzo de 1824*
OLIVIER, sr. Francisco: *28 de octubre de 1840*

PÉRISSE, editores: *7 de octubre de 1836*
PERRIGUEY, sr. Augusto: *17 de diciembre de 1829; 15 de abril de 1831; 8 de julio de 1831, 13 de noviembre de 1833*
PERRODIN, P. Julio César: *21 de julio de 1835; 9 de febrero de 1840; 26 de abril de 1840; 8 de julio de 1842; 1 de marzo de 1843*
PIERRE, (P.) comisario de policía: *21 de noviembre de 1809*
PIO VII, papa: *26 de mayo de 1803*
POLIGNAC, conde de: *29 de septiembre de 1814*
PONTARD, P. Pedro: *2 de febrero de 1791*
POSTULANTE de Courtefontaine: *21 de febrero de 1839*
PREDICADORES DE RETIRO: *24 de agosto de 1839*
PROFESORES de Saint-Remy: *17 de enero de 1837*

RANDON, Rigagnon: *28 de abril de 1798*
RELIGIOSO de la Compañía de María: *18 de diciembre de 1825; julio de 1842*
RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA: *4 de enero de 1834; 29 de agosto de 1838; 5 de septiembre de 1839; 7 de enero de 1841; 6 de enero de 1844*
RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS de las dos Congregaciones: *22 de julio de 1839; 11 de enero de 1840*
RICHARD, María Josefina Antonieta: *13 de junio de 1838*
ROTHÉA, P. Carlos: *13 de mayo de 1826*
ROTHÉA, sr. Louis: *25 de enero de 1822; 1 de junio de 1826*
ROUSSET, P. Joaquín: *29 de agosto de 1795*
RUBELLES, Adolfo de: *2 de marzo de 1831*

SAN VICENTE, Madre: *23 de septiembre de 1830; 15 de noviembre de 1830; 8 de septiembre de 1840*
SOLEIL, Justino (alumno): *2 de mayo de 1837*

TERCERA ORDEN de las Hijas de María: 2 *de enero de 1844*
TERESA, Madre: *3 de agosto de 1818*
TOURNON, conde de: *29 de octubre de 1818*
TRENQUELLÉON, Adela de: *Otoño de 1808; 23 de diciembre de 1808; 28 de febrero de 1809; 28 de marzo de 1809; abril de 1809; 7 de noviembre de 1809; 27 de agosto de 1810; 11 de marzo de 1811; 24 de octubre de 1811; 29 de julio de 1812; ;Abril de 1814; 8 de octubre de 1814; 7 de septiembre de 1815; 3 de octubre de 1815; 15 de diciembre de 1815; 11 de enero de 1816; 1 de junio de 1816; 10 de noviembre de 1816; 9 de agosto de 1817; 15 de octubre de 1817; 4 de noviembre de 1818; 6 de febrero de 1819*

VALENTINI, canónigo: *31 de octubre de 1839*

WEISSEMBURGER, sr. Domingo: *2 de noviembre de 1825*

XAVIÈRE, Madre: *8 de octubre de 1839*